



Tu ley  
es mi .  
*Oscuridad*

*Alexandra Granados*



# Tu ley es mi oscuridad

Vol II

Alexandra Granados



Primera edición en digital: Enero 2019

Título Original: Tu ley es mi oscuridad

©Alexandra Granados 2019

©Editorial Romantic Ediciones, 2018

*www.romantic-ediciones.com*

Imagen de portada ©StockPhotoPro, ©Kotangens

Diseño de portada: Isla Books Studios

ISBN:

Prohibida la reproducción total o parcial, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, en cualquier medio o procedimiento, bajo las sanciones establecidas por las leyes.

 Romantic  
ediciones

# Menú de Navegación

[PROLOGO](#)

[Capítulo 1](#)

[Capitulo 2](#)

[Capitulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capitulo 5](#)

[Capitulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capitulo 9](#)

[Capitulo 10](#)

[Capitulo 11](#)

[Capitulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[CAPÍTULO 19](#)

[CAPÍTULO 20](#)

[CAPÍTULO 21](#)

[Capítulo 22](#)

[CAPÍTULO 23](#)

[CAPÍTULO 24](#)

[CAPÍTULO 25](#)

[EPÍLOGO](#)



*Para mi tía Mari, la persona más fuerte que conozco, con mucho amor*

# PROLOGO

**Billings, Montana.**  
**13 de Enero 2017.**  
**Jason Laker.**

Entro con paso tranquilo a la taberna. Fuera de esa estancia parece que el tiempo quiere empeorar. Hemos pasado de tener sol a que se nuble el cielo. Vaya basura de lugar. Estoy deseando salir de ese estado para marcharme a dónde haga buen tiempo en esta época del año.

Le pido un vodka con limón a una camarera que está enseñando los pechos a todo el personal – quizá me decida a quedarme después más rato de lo previsto —, y voy a la mesa que está reservada para mí. Se encuentra al fondo de la sala, junto a los barriles de cerveza. Justo el sitio ideal para mantener una interesante reunión de negocios.

Me aseguro de tener la cartera bien guardada en su sitio y fijo mi mirada en el reloj que hay junto a la puerta de entrada del local. Son las diez y media de la noche. Pete tiene que estar a punto de llegar.

Saco mi pequeño ordenador del maletín que siempre llevo conmigo y me distraigo leyendo los últimos correos electrónicos que he recibido. Todos son órdenes y cosas que debo hacer. Lanzo un suspiro de fastidio ante la insistencia de Marcus con acabar pronto con este asunto.

Pesado.

Todo lo quiere llevar bajo control y no sabe cómo hacer las cosas más rápidas. Cree que ladrando órdenes y diciéndonos a todos lo que tenemos que hacer, vamos a conseguir lo que queremos antes de lo esperado. Iluso.

Leo su último correo, recibido el día de ayer con pereza. Es escueto y directo. Como él.

*Jason, aún no tenemos una maldita pista de dónde pueda estar Elizabeth. Sólo sabemos que el coche que le robó a los Garrett pertenecía al padre de esos dos, y que la policía lo está rastreando hasta Billings, del Estado de Montana. Necesito que salgas hacia allí inmediatamente y te reúnas con un contacto mío. Se llama Pete. Está de nuestra parte. Haz lo que tengas que hacer para traerla ante mí. Aún la necesitamos.*

Dejo de leer y archivo el correo en la carpeta de tareas realizadas. Siguiendo

sus indicaciones ya estoy en Billings, y eso me molesta más de lo que puedo reconocer en estos momentos.

—No tengo más remedio que seguirte la corriente— murmuro elevando la vista al oír un carraspeo a mi lado.

No es la camarera con mi bebida, sino un hombre de color que me mira por encima del hombro. Está vestido de forma informal, con unos vaqueros y una camisa desgastada. No parece un hombre de negocios.

—Buenas noches, ¿usted es Pete?

No me contesta. Se sienta a mi lado de forma pausada y clava su mirada marrón en mí con arrogancia.

—Elizabeth Stone está en Helena, Montana, a unas pocas horas de aquí.

Alzo una ceja sorprendido. Vaya, sí que es bueno el tipo este.

—Me dijo Marcus que trabajásemos juntos para tratar de capturarla— sigue diciendo aceptando mi vaso de vodka que la camarera deja en la mesa justo ahora. Se lo bebe de un trago—. Y me parece bien. Por un buen precio haré lo que queráis.

Un buen precio.

Se me escapa una sonrisa despectiva. Evidentemente si es amigo de Marcus le gusta el dinero más que respirar. Supongo que igual que a mí, por eso me hice empresario hace muchos años.

El sonido de mensaje entrante llama mi atención al ordenador. Alguien me ha enviado un nuevo correo electrónico.

—Si me das un minuto...— le digo a mi acompañante, abriéndolo sin consideración alguna.

Si el tal Pete éste se ha bebido mi copa sin preguntar si quiera, yo perfectamente puedo ojear mi correo personal sin remordimiento de conciencia.

Alzo las cejas sorprendido al ver que se trata de un correo proveniente de China. Vaya, es el magnate chino.

*Jason, sé de manos de Marcus que usted se encuentra actualmente en Montana. Espero que pueda atraer de nuevo a nuestro lado a la señorita Stone. Mi matrimonio con su familiar se hará pronto y no quiero que ningún imprevisto impida mi enlace. Procura ponerte en contacto con nuestro contacto en Carson City para que no puedan localizarla si su rostro se hace público. No nos interesa que termine en prisión, al menos no tan pronto. Ocupate de eso. No es necesario que se lo comuniques a Marcus. Ya hablaré yo con él. No me decepciones. Nuestra venganza contra los Jenkins será la prioridad. Sin lugar a dudas.*

Me doy cuenta que no firma el mensaje. Ya sé de dónde ha sacado la misma manía Marcus.

—¿Problemas?

Rápidamente le doy a archivar el correo para que no pueda verlo. Ni muerto quiero que Marcus descubra que yo también tengo tratos con el señor Lin. Me daría de lado, y ahora no me interesa esa posibilidad.

—Mi esposa— miento levantando la mano para pedir otra bebida. Esta vez para mí—. Sólo quería decirme que cuando regrese a casa tengo que arreglar el

aspirador.

Pete gruñe pasando por alto mi comentario. Yo sonrío satisfecho con mi treta.

—Y bien. ¿Qué hacemos con respecto a Elizabeth?

—Según un contacto mío, está viviendo en la calle como una mendiga— dice con mucho desprecio—. Nadie sabe quién es. Su aspecto ha cambiado. Sólo tenemos que acercarnos a ella con un cebo y será nuestra.

Viviendo en la calle. ¿Cómo una sin techo? Quiero preguntárselo pero me muerdo la lengua. No me debe interesar. Mi venganza contra Sean Jenkins y contra los Garrett en general va antes que los sentimientos. Si ahora mismo Elizabeth está viviendo sin recursos es por su culpa. Nosotros le ofrecimos la posibilidad de venir a nuestro encuentro y decidió huir. ¡Que se joda!

—Entonces partimos hacia Helena, supongo.

Mi acompañante asiente, levantándose enseguida del asiento. Yo hago lo mismo, para estar a su misma altura. No me gusta mantener conversaciones tan importantes en inferioridad de condiciones.

—Hablaré con Marcus y mañana mismo iremos hacia la capital de este Estado. Quiero que me mande dinero para ver a quién compramos para que sea nuestro cebo.

—Si es por dinero yo...

—No. Yo recibo órdenes de Marcus y quién me paga es él— me corta con brusquedad—. Soy un ladrón, pero tengo mi ética.

Asiento, encogiéndome de hombros. Bueno, allá él.

—Está bien, recogeré mis cosas y mañana nos vemos allí.

Dejo un billete en la mesa con la propina correspondiente, y sin prestar atención si Pete me sigue o no, salgo de la taberna con paso rápido.

—Joder.

Hago una mueca de desdén al contemplar que está lloviendo. Genial. Guardo bien el ordenador en el maletín y voy hacia mi coche. El correo electrónico del señor Lin me intriga. Quiero tomar el teléfono para llamar al poli corrupto que tenemos infiltrado en Carson City, pero al recordar que ya es muy tarde, gruño.

—¿Todo bien?— me pregunta a mi espalda Pete.

Sonríe con socarronería y sé que probablemente Marcus le ha tenido que encargar que me vigile. Vaya, vaya, vaya, así que esas tenemos. Imagino que cómo no he podido atraer a la señorita Stone hacia nuestro bando está molesto.

¡Qué se joda!

—Claro.

Le vuelvo a repetir que nos vemos mañana, y tras comprobar que tiene mi teléfono para que nos pongamos en contacto cuando sepamos a qué hora partiremos, voy directo a mi coche. Dejo el maletín a un lado y arranco el coche sin pérdida de tiempo.

A través del espejo retrovisor puedo ver cómo Pete saca su teléfono móvil

del bolsillo y comienza a hablar apresuradamente con alguien. Entiendo que está dándole el reporte a Marcus de nuestra conversación.

Supongo que yo no soy el único que estoy actuando a las espaldas en este asunto. El juego va a comenzar a ponerse peligroso.

—Pues que así sea. El premio es conseguir ser el dueño de Empresas Jenkins — murmuró casi con maldad—. Da igual de qué manera lo logremos.

El recuerdo de Elizabeth Stone viviendo en las calles de una ciudad como Helena, quiere remorderme la conciencia, pero lo aparto enseguida de mi mente. Esa mujer me da igual.

Tuvo su oportunidad de apuntarse al equipo ganador, y prefirió permanecer junto a los Garrett. Ella solita se buscó su propia desgracia, que viviera con lo cosechado, como una inmundada persona sin techo. Al menos el tiempo que nosotros tardásemos en dar con ella. Cuando eso sucediese, que se preparase para pasarlo mal. Y ya no porque Marcus quisiera echarle las manos al cuello. No, a fin de cuentas él sólo es un simple hombre con ansias de poder y de ambición. Un cachorro que quiere ser alfa.

El lobo, el verdadero lobo, iría a por ella con ganas y la reduciría a nada. Así hacían las cosas en el mundo del cual yo provenía.

Elizabeth Stone acabaría devorada por las garras del lobo y yo no tengo pensado impedirlo. Por nada del mundo me voy a perder esa diversión. Mientras viva mi lealtad va a permanecer junto al mejor postor y así es como tiene que ser. Saber que una mujer puede vivir o morir por mis acciones no es asunto mío. Yo no hice las reglas de este juego, pero voy a hacer que se cumplan.

Hasta las últimas consecuencias.

# Capítulo 1

**15 de Enero 2017**  
**Madrid, España.**  
**Amy Kimberly**

Recorro el hotel con paso decidido en busca de la Directora General. Miro con mala gana la mirada de los hombres que silban ante mi físico al cruzarse conmigo. No me gusta para nada que se queden mirando mis atributos como babosos. Ya tengo bastante con mi marido.

Giro el tercer pasillo en la planta cuarta y por fin llego a un despacho en forma de pecera de cristal, en el cual pone el siguiente letrero: “Directora General. Señora Alonso”. Llamo por educación antes de entrar.

—Buenos días, señora Alonso. Soy Amy Kimberly, tenemos una cita programada para ahora.

La buena señora eleva su vista, y a través de sus gafas se queda mirándome como embobada. ¿No me ha escuchado acaso?

—Ah, señora Kimberly— dice leyendo mi nombre en su agenda—, por favor siéntese.

No le hago caso.

Le dejo la fotografía de Elizabeth Stone en la mesa.

—Buscamos a esta mujer. Quiero saber si le suena su rostro y si ha pasado por aquí.

—No, me temo que en mi hotel no se ha registrado— dice muy segura de sí. Maldición.

Saco otra fotografía, y se la pongo también en la mesa.

—¿Y a ella? Es Laia Stone, su hermana. Se supone que era la Subgerente de un hotel vecino suyo, llamado Beatriz Spa hotel.

Me niega de nuevo, y elevo los ojos al cielo con frustración. Es el quinto hotel que miro sin resultado.

—Si las ve por aquí, ruego me lo haga saber urgentemente. Son prófugas de la justicia las dos.

Me doy la vuelta y sin más diplomacia, salgo del despacho con frustración. Desde el 25 de Diciembre, no hay manera de dar con Elizabeth Stone. Pareciera

que se la tragó la tierra. La única pista certera que teníamos era gracias a la verdadera Joanne Pearson, que en su confesión indicó que viajó a Madrid y que allí se la encontró el pasado mes de Julio. Hilando cabos, terminamos descubriendo que Laia Stone, su hermana, era la subgerente del mismo hotel donde ambas mujeres de alojaron. Pero nada. No había ni rastro de ninguna de las dos.

De Laia, desde Septiembre no se sabía nada.

De Elizabeth... desde Navidad.

Joder. Cojo mi móvil para llamar al comandante e informarle de las frustrantes noticias y veo en llamadas entradas el nuevo número de teléfono del Teniente Danniel Garrett.

Me pienso durante un segundo si contestarle la llamada, pero tras suspirar desganada, le doy al botón verde para contestar.

—Dígame, Teniente.

—¿Tienes novedades, Amy?

Río burlona.

—No. Nadie sabe nada. Parece que estoy pasando frío aquí en Madrid a lo tonto.

—Por aquí tampoco hay novedad— me responde él con rudeza—. Estoy en Westport y es un callejón sin salida.

Suspiro pensando que es un idiota por haber ido a Westport. Ninguna criminal que huye de la justicia decide regresar a su lugar natal para esconderse. Por muy psicópata que sea su ex novia, no pienso que sea gilipollas.

Ha sabido engañarnos durante todas estas semanas a fin de cuentas.

—Si descubro algo nuevo, le llamaré. Espero lo mismo— le digo con sorna.

—Mi mayor deseo es meterla en la cárcel— dice él obtuso—. Si llego a encontrarla, la pondré las esposas y la mandaré directamente a prisión. ¿Queda claro?

No me da tiempo a contestar, me cuelga la llamada enfadado. Me da igual.

Llamo a mi comandante y le cuento las noticias.

Después tendré que ir al siguiente hotel para enseñar las fotografías de las hermanas Stone.

\*\*\*

## **Tahoe City, California.**

### **En un motel**

### **Samuel Gómez.**

Devoro con la mirada el cuerpo desnudo de Melanie a mi lado en la cama. Al final he caído en la tentación de soltar la tensión acostándome con ella, y curiosamente, no me arrepiento. Hacerla mía ha sido una experiencia...

interesante.

—¿Ya es de día?— pregunta ella somnolienta.

—Duerme un poco más— le pido—, aún queda tiempo para salir al aeropuerto.

Gime abrazando la almohada. Su gemido parece que quiere despertar la erección de mi miembro al recordarla gemir durante la noche desnuda en mis brazos.

Me levanto de golpe en la cama como si me hubiera quemado y voy al baño a tomarme una ducha fría. Tras lo sucedido en la vida de los Garrett, me había prometido hacer todo lo posible por encontrar respuestas a los interrogantes que había tras el caso de asesinato de Carson City. Y para mi desgracia, aún no había descubierto nada.

Elizabeth Stone seguía desaparecida, y Laia Stone, su hermana también.

¿Y qué hacía yo?

Me acostaba con la directora del colegio de Westport. Por puro placer. Pues muy bien.

Dejo correr el agua por mi cuerpo durante dos minutos y salgo enseguida de la ducha. Decido ir a desayunar tranquilamente y trabajar un rato antes de que Melanie despierte.

El caso de Elizabeth Stone no es el único que traigo entre manos.

Me siento en la mesa del salón, con el pelo aún mojado, y abro el ordenador para ponerme al día de la situación en los negocios. Quiero confirmar que la empresa esté siendo gestionada de forma correcta. Sé que Sarah, mi secretaria, es muy inteligente y que ella puede atender cualquier urgencia que pueda surgir. Por eso puedo estar tranquilo.

Echo un rápido vistazo al correo y cuando voy a borrarlos todo de golpe al ver que no son nada del otro mundo, paso el puntero del ratón y entro en uno que llama mi atención por su asunto.

*¿Le sirvió la grabación que le entregamos?*

Es escueto el cuerpo del mensaje y lo leo con celeridad.

*Señor Gómez, mi compañero y jefe le entregó una grabación muy esclarecedora sobre el caso del asesinato ocurrido en Carson City. He visto por las noticias, que el paradero de la joven Elizabeth Stone sigue siendo un misterio para la policía. Nosotros también la estamos buscando. Sólo sabemos que sigue en Estados Unidos, pero a saber en qué rincón escondida. Si descubrimos su paradero, se lo informaremos en breve. Saludos. Firmado, el hombre de la gabardina.*

Le echo un vistazo a la cuenta a través de la cual he recibido el correo al buzón y suelto un bufido de incredulidad al ver que no es una cuenta real. Por difícil que puede ser creerlo, parece que han creado una cuenta de la nada para enviar ese mensaje. ¿Quiénes demonios son?

Hago una captura al mensaje, y reenviando el correo se lo paso a mi secretaria. Sarah, le escribo, *pásale de inmediato al departamento de informática este correo. Diles que necesito que intenten localizar el origen del IP del ordenador que lo ha*

*enviado. Lo quiero para ayer. Es importante y urgente. Gracias. Cualquier cosa, llama.*

Cierro el ordenador de golpe, frustrado por los juegos.

En mi vida yo siempre me he tomado muy en serio mi trabajo de investigador privado y no soporto, que haya gente que quiera hacerse la lista. *Si descubrimos su paradero se lo informaremos en breve.* Me ponen eso. ¡Cabrones!

Pienso si es conveniente llamar a Jim o a Danniell para decirles el asunto del correo, pero de momento prefiero callármelo. Cuando regrese a Westport a dejar a Melanie en su colegio, ya veré si les digo algo.

—¿Todo bien?

Alzo la vista al oír la voz de Melanie y trago hondo intentando ocultar el deseo que me produce ver su cuerpo tapado con una simple sábana.

—Cosas del trabajo.

—¿Se sabe algo de Eli... digo, de la señorita Stone?— pregunta nerviosa.

—No. Parece que se la trago la tierra.

Evado su mirada para que no vea el rechazo que siento hacia esa asesina. Saber que fue capaz de disparar a un policía a quemarropa me hace ver que seguir investigando su posible inocencia es una estupidez. Sobre todo porque la falsa Laia Stone ya no estaba ingresada en el hospital cuando llegamos a visitarla.

Sí, hicimos el viaje a Tahoe City para que Melanie viera a la Laia falsa, y al llegar al hospital nadie sabía de lo que hablaba. Según ellos, nunca una tal Laia Stone estuvo ingresada allí. Incluso me dejaron ver los archivos “secretos” para que comprobase que ellos decían la verdad.

—Voy a darme una ducha— me dice ella aún adormilada.

Asiento, dándome la vuelta para no sentir la tentación de acudir a su encuentro.

—Tienes tiempo para tomártela tranquila, tengo asuntos que tratar de negocios— le digo.

—Vale— accede dándose la vuelta—. Si acabas pronto, te estaré esperando encantada bajo el agua de la ducha.

Comienzo a toser, sorprendido ante su descaro.

Nunca pude haber imaginado que Melanie Sánchez pudiera querer seducirme con esos trucos. ¿Quién se lo hubiera pensado de una directora de colegio?

—Sabes que eres tentadora, ¿no?— le digo con voz ronca, mientras comienzo a quitarme el vaquero y la camisa blanca—. Creo que dejaré para más tarde el trabajo.

Melanie se gira sorprendida al verme caminar tan raudo hacia su lado. Intento sentirme avergonzado por mostrar el placer que quiero hacerla pasar en mis brazos, pero no le doy importancia.

Ella es jodidamente atractiva y yo soy un hombre soltero y sin compromiso.

¿Qué hay de malo?

—¿Yo soy tentadora?— me pregunta alzando una ceja.

—Mucho— respondo invadiendo su boca apasionadamente—. Demasiado

incluso para mi gusto.

La tomo en brazos haciendo que sus rodillas se amolden a mi cintura, y comienzo a besarle en el cuello lentamente. Su sábana acaba tirada en el suelo y su cuerpo desnudo se alza ante mí como un premio maravilloso.

—¿Te apetece sexo acuático?— bromeo caminando con ella dirección al baño.

Afirma sin pronunciar palabra alguna.

Bien.

La verdad era que me hubiera resultado muy difícil soltarla si hubiera dicho que no.

\*\*\*

**Nottville, Virginia Occidental.**

**Hospital General.**

**Sean Jenkins.**

Con el café en la mano derecha y el periódico en la izquierda, salgo de la cafetería con paso decidido. Me despido con amabilidad de Erick, el doctor que ha estado tratando a mi hija, y voy rumbo a la UVI, donde mi mujer sigue hospitalizada.

Ese día, por fin van a dar el alta a Maddy. Tengo pensado ir a visitarla después y acompañarla hasta casa. No me voy a quedar tranquilo hasta ver con mis propios ojos que el sistema de alarma y seguridad que he mandado instalar en su casa ha sido ya montado a la perfección.

No quiero más sustos.

Saludo con la cabeza a Emma, la enfermera que vigila la sala de espera de los pacientes graves. Al verme llegar sus ojos me miran con ternura y sé que me ha cogido cariño en todas semanas.

—Sigue dentro— me dice ella en un susurro.

Le doy las gracias por el aviso, guiñándole un ojo.

Sé que el acceso sólo se le está permitido a una persona por familiar. Normalmente solemos turnarnos Maddy, Jim y yo en estar con Brianna. Los tres nos coordinamos a la perfección.

Hoy en cambio está otra persona dentro con mi mujer.

—Prometo no hacer ruido— le digo a la enfermera antes de abrir la puerta y entrar en el cuarto.

Mi corazón como siempre se llena de tristeza por ver a mi Brianna tumbada en la cama, llena de tubos y de cables. Maddy insiste que sus pulsaciones siguen siendo buenas y que no hay nada que temer, yo no voy a volver a respirar tranquilo hasta verla abrir sus bellos ojos.

Giro mi vista y fijo toda mi atención en Danniell Garrett.

El muchacho lleva ya varios minutos haciendo compañía a mi esposa.

Cuando yo me fui se había quedado en silencio mirándola con suma desdicha. Sé que se siente culpable de su estado. Jim y Maddy han intentado hacerle entrar en razón para que se diera cuenta que lo sucedido no había sido por su causa, pero no había habido manera de convencerle.

Supongo que tampoco yo he hecho mucho esfuerzo en intentar quitarle ese peso de la conciencia. El recuerdo de saber que Elizabeth Stone, la persona que él defendió contra viento y marea, había resultado ser la culpable de todo aquel caos, no se me iba de la cabeza.

Me siento fatal por no ser capaz de olvidarlo. El muchacho la culpa no la tenía, pero como viejo tonto que soy sin mi esposa a mi lado, los problemas no los puedo olvidar con tanta facilidad. No, viendo a cada rato sufrir a mi mujer en su coma.

Quiero hablar para avisarle que estoy allí, cuando le veo tomar la mano de Brianna con cariño. Su voz suena grave y ronca. Parece que ha estado en silencio mucho rato.

—Bri— susurra—. Ojalá algún día puedas perdonarme por no haber sido capaz de ver la desgracia que estaba trayendo a nuestras vidas. Yo nunca imaginé que... ella— dice con puro resentimiento—, fuera a atreverse a intentar matarte. Y no lo hubiera creído si mis ojos no lo hubieran contemplado.

Sonríe con ira hacia sí mismo.

—Todo esto es mi culpa. Lo siento tanto. Eres como una madre para mí y no te he protegido. Sé que Sean me considera el principal responsable de todo esto y maldita sea, tiene razón. Yo lo soy.

Se me pone un nudo en la garganta al oírle. Está sufriendo mucho.

Siento deseos de tener en mis manos el precioso cuello de esa maldita mujer para hacerle sufrir una milésima parte del dolor que ahora está sufriendo mi familia. Y sí, aunque yo mismo puedo haberlo olvidado momentáneamente, Danniell Garrett es parte de mi familia.

—Te prometo, por ti y por Maddy que la atraparé. No pienso parar hasta verla entre rejas— se acerca a su rostro y le da un beso en la mejilla—. Regresa con Sean, Bri. Él te necesita y todos nosotros también. Te queremos mucho.

Carraspeo para que se dé cuenta que estoy aquí.

Dann se separa lentamente de Brianna y con una sonrisa de disculpa, se quita la bata verde para dejármela a mí, y camina con paso derrotado hacia la puerta.

—Danniell...— le llamo al pasar por mi lado.

Se queda quieto al oírme, tensionado.

—Tú no has hecho nada, hijo— le digo aceptándolo por primera vez en todas esas semanas—. Te engañó muchacho, al igual que hizo con Maddy y conmigo. Incluso Mike West también se vio afectado por su maldad.

Dann gruñe al recordar a su mejor amigo.

—Voy a ir a verle ahora a su habitación del hospital— reconoce triste—, casi muere en mis brazos, Sean. La mujer que yo amaba casi mata al hombre que es como un hermano para mí ante mis ojos, y yo no pude hacer nada. Nada.

Sé que desea gritar y sacar toda su furia, pero al ver a Brianna se contiene.

—Sólo atrápala cuando la descubras— le pido seriamente—. Yo cuidaré de mi esposa y de mi hija mientras tanto. Te lo prometo.

Le ofrezco la mano con calidez, dejando la taza de café en una mesita. Enseguida que él me la da, le atraigo a mi cuerpo y le abrazo como haría un padre con su hijo.

—Jim y tú para mí sois como mis hijos— le recuerdo dándole grandes palmadas en la espalda—. Sois parte de mi familia, y os quiero. Ver cómo una mujer ha jugado con vuestros sentimientos – a parte de sus delitos criminales—, me ha alterado momentáneamente. Pero yo sé que ella lo pagará a su tiempo.

—Acabará en la cárcel, Sean— me susurra al oído, aceptando mi consuelo—. Y será por mi mano. Eso sí que te lo puedo prometer.

Se aleja de mí, y agradeciéndome con la mirada mi apoyo, sale de la habitación rumbo al encuentro de West. Yo me giro para acudir junto a Brianna.

—Ay mi vida, ese muchacho está sufriendo lo que no está escrito, ¿y sabes lo que más miedo me da?— le confieso, sentándome en la silla junto a ella—. Me aterra leer en sus ojos que sigue amando con locura a esa mujer aún sabiendo todo lo que ha hecho. Exteriormente quiere que todos creamos que ahora la odia, pero no es así. Y eso lo está matando.

Suspiro besando la mano de Brianna.

—Mi amor, ojalá estuvieras aquí para ayudarnos a superar todo esto. Eres la matriarca de esta familia, sin ti todo va mal.

Cierro los ojos rezando una vez más por su pronta recuperación. Mi temor a no verla más como antes quiere ir marchitándome poquito a poquito. Según van pasando los días, la esperanza se va apagando.

—Te quiero, Brianna. Mucho. Estaré aquí cuando despiertes.

Me levanto para ir a tomar la taza de café que tuve que dejar antes en la mesita. El aroma a sabor de la cafeína me envuelve las fosas nasales y calma mis nervios. Estoy bebiendo un sorbito cuando casi lo dejo caer al suelo al empezar a oír un pitido extraño salir de la máquina de las constantes vitales de Brianna.

—¡Cariño!

Corro hacia ella, y con manos temblorosas veo cómo su pecho comienza a convulsionar fuertemente.

—Mi vida, ¿qué pasa?

La habitación enseguida se llena de ruidos, y de médicos con bata blanca que me ordenan muy amablemente que salga de la habitación. Yo me niego, evidentemente. No quiero soltar la mano de mi mujer.

—Es mi esposa— les digo con firmeza—. No voy a salir de aquí.

Emma viene a mí y me sujeta con fuerza el brazo.

—Sean, por favor, deja a los médicos hacer su trabajo. Es la primera reacción que tiene Brianna en semanas. Déjanos intentar traerla de vuelta. Por favor.

Miro a mi esposa, y siento un agujero en el estómago al imaginarla respirando por última vez.

—No va a pasar nada, te lo prometo. Vamos.

Me dejo llevar fuera de la habitación, con puro miedo.

Hace años que no fumo, pero deseo poder tener un cigarrillo en los labios para calmar la ansiedad que comienza a recorrer mi cuerpo. Maldita sea.

Comienzo a caminar de un lado al otro de la sala de espera, muerto de nervios. Los médicos entran y salen corriendo de su habitación y yo estoy harto de esperar noticias. Los minutos pasados parecen horas.

Pienso seriamente si llamar a Jim o a Maddy para que me acompañasen a esperar lo peor, cuando Emma sale de la habitación con los ojos húmedos.

¡Dios, no!

Corro hacia ella con la ansiedad escrita en el rostro.

—¿Brianna?— comienzo a preguntar tembloroso—. ¿Está bien?

Los segundos que se queda en silencio mirándome fijamente, casi me ocasionan un ataque al corazón severo. Hasta que su rostro no cambia a mostrar una sonrisa de alivio y alegría no me relajo.

—Tu mujer acaba de despertar, Sean. Pregunta por ti.

No espero a oír más.

Corro hacia la habitación, y casi arrollando a un señor de bata blanca en el camino, entro en la estancia. No me detengo hasta que paro delante de la cama y contemplo con mis propios ojos, cómo los ojos dulces de Brianna están abiertos y enfocados en mí.

La sonrisa que muestra dirigida a mí me derrumba. Literalmente.

Me arrodillo de golpe a su lado, y abrazándome a su cintura con manos temblorosas, rompo a llorar desesperadamente. Mi nariz moquea incluso como si fuera un niño pequeño y no me da vergüenza. Mi Brianna mueve su mano con dificultad y comienza a acariciarme el pelo con suma delicadeza.

—Mi amor, no llores. Ya estoy aquí a tu lado, una vez más.

Nunca en mi larga vida unas palabras me saben tan a gloria como éstas.

\*\*\*

## **Hospital de Nottville, Virginia Occidental. Mike West.**

Salgo del cuarto de baño con paso lento, y camino hacia la cama de la habitación con un suspiro. Odio estar encerrado en el Hospital. Tengo pensado hablar hoy mismo con el doctor para pedirle el alta, o bien para esta tarde o como muy tarde para mañana.

Ya la infección tras la extracción de la bala se ha ido, y ya casi no tengo molestias en la zona donde la bala me perforó el bazo. Una semana entera tarde en recuperarme de la infección y unos pocos días más en comenzar a hacer la vida diaria con normalidad.

Ahora ya no había ni rastro de complicaciones. Gracias al cielo.

Mi madre no me ha dejado solo en la habitación en todo el tiempo que estuve ingresado. Mi padre quiso convencerla de ir a casa a descansar ciertas noches, pero ella no me abandonó en ningún momento. La verdad yo se lo agradezco. Supongo que en la vida del hombre, una madre siempre es una madre, pase lo que pase.

Me siento en la cama y alzo la vista al reloj que hay en la pared. Mediodía. Hasta las tres de la tarde no va a llegar el doctor para visitarme. Tengo que aparentar que estoy bien para que no me discuta mi idea de ser dado de alta.

—Hola, colega— me saluda Dann entrando en la habitación.

Le miro tranquilamente, muy preocupado por la expresión que tiene en el rostro. Intento pensar en alguna frase que decir para tratar de sacarle aunque sea una sonrisa, pero no se me ocurre nada.

El recuerdo de Elizabeth Stone en la cabaña, armada con el revolver de Dann, acude a mi mente y me estremezco. Y no de inquietud, si soy sincero. Sino de pesar... ¿por qué demonios aún habiendo siendo disparado por ella, mi cabeza sigue pensando que no lo quiso hacer?

Pidió perdón.

Y su mirada no demostraba la expresión de una criminal. Parecía una mujer asustada, y no sólo por querer escaparse de la posibilidad de ir a prisión. Era algo más.

Hasta el día de hoy no lo he mencionado con nadie más, porque pensé que nadie querría oírlo. Y justo a Dann, el hombre cabizbajo que tengo delante de mí, menos que ninguno.

—Hola, tío— le saludo sonriéndole—. Si todo va bien hoy pediré el alta y podré terminar de recuperarme en casa.

—Me alegro.

Camina hacia el sillón que hay junto al ventanal y se deja caer en él.

—Hablé hoy con Amy— me dice aparentando tranquilidad—. Ha investigado los hoteles cercanos en los que estuvo hospedada Joanne Pearson, la verdadera claro, y nada. No hay ni rastro ni de Laia, ni de su hermana.

Su hermana.

Frunzo un poco el ceño al ver que todavía no es capaz de pronunciar su nombre.

—No creo que haya salido del país— digo tranquilo—. Ten en cuenta que no tiene dinero. Lo dejó todo en su maleta. Y el coche de tu padre aún no ha aparecido.

—Pudo haber salido por carretera – dice encogiéndose de hombros—. O tal vez puede tener algún que otro compinche que la haya cubierto en la huida. No sabemos nada de ella. Nada.

Suspiro con aire meditabundo.

—¿La señora Kimberly sigue pensando que estás en Westport?— le pregunto curioso.

—Prefiero que piense que estoy lejos de aquí. No me apetece volver a sentir en vivo y en directo su reproche hacia mi persona. Desde que supo que la asesina de mi primo estuvo bajo mi protección está insoportable.

Las últimas palabras las dice elevando mucho la voz. Su frustración me recuerda a los meses siguientes que vivió tras perder a Jaime. Ahora no sólo está reaccionando igual, sino peor. Se está dejando llevar por la rabia. Refugiándose en el supuesto odio que siente por ella.

*Si tú supieras que tus ojos reflejan todo lo contrario amigo.*

Mi móvil comienza a vibrar en la mesita y voy a coger la llamada con calma. Me inquieto al ver el nombre de Samuel Gómez en la pantallita digital.

—Buenos días, Sam.

Dann se inclina hacia mi prestándome atención plena.

—Hola señor hospitalizado, ¿cómo se encuentra hoy?

—Mejor – le digo con el ceño fruncido—. Si todo va bien hoy me dan el alta. ¿Qué tal tú por Tahoe City?

Antes de recibir su respuesta, pongo el móvil en altavoz. Sea lo que sea lo que Sam tenga que decirme, seguramente también tendría que oírlo Dann.

—Fatal. Al parecer los médicos del Hospital quisieron hacerme creer que sufrí alucinaciones navideñas— me dice frustrado—. Según ellos, nadie llamado Laia Stone estuvo ingresada allí.

Alzo una ceja sorprendido, mirando a Dann con asombro.

—¿En serio?

—Sí. Mi instinto me dice que el tal Marcus ese, cuya matrícula de coche no existe para nadie, borró de un plumazo la presencia de esa mujer en el Hospital. No se me ocurre otra explicación. Ese hombre se cree un mago, un dios o algo así.

El grito frustrado de Sam resuena por toda la habitación.

—¿La señorita Sánchez pudo reconocer la imagen de esa supuesta Laia Stone con tu retrato robot de su aspecto?— pregunto con curiosidad.

—No. No le suena para nada y ella sí la conoce. Así que estamos igual que al principio.

Me quedo en silencio, cruzando una mirada preocupada con Dann.

Si Laia Stone no estaba ni en Madrid, ni en Tahoe City, nos hemos quedado sin pistas sobre su paradero, y por ende, no tenemos ninguna base real para seguir buscando a Elizabeth Stone.

Estupendo todo.

—Mike, ¿estás solo?— me pregunta a continuación Sam con voz queda.

—¿Por?

Dann frunce el ceño mirando el móvil con sospecha.

—Quiero contarte una novedad, pero no quiero que ninguno de los hermanos Garrett lo escuche. A saber cómo reaccionen.

Mi amigo me pide que asienta, haciéndole ver que él no está conmigo en el Hospital. No me gusta mentir, pero termino accediendo.

—Cuéntame, Sam.

—Esta mañana recibí un correo firmado por un tal “El hombre de la gabardina”

El recuerdo de la conversación con el reverendo Simmons viene a mi memoria. Fue un hombre con gabardina quién le dio el verdadero retrato de la sospechosa del asesinato.

—¿Y qué te dijo?

Me lee directamente el correo recibido y mi instinto me dice que evidentemente hay gato encerrado en ese mensaje. Elevo la vista a Dann y sé que él opina igual.

—Así que... según él, la señorita Stone sigue en el país— resumo lentamente.

—Sí— suspira Sam—, lo curioso es que he pasado el mensaje a mi secretaria para que lo monitorizasen, ¿y sabes algo? – se queda en silencio un segundo, captando toda nuestra atención—. No ha ocultado su rastro. Sarah ha podido informarme que aunque la cuenta que ha usado está codificada y no pertenece a una cuenta concreta de usuario, nuestro técnico ha localizado la ubicación desde el lugar que se envió el mensaje en menos de un minuto.

—¿En serio?

—Sí, así que eso quiere decir, o bien, que ha cometido un error muy grave enviando ese correo o...

—O es una trampa— sentencia Dann no pudiéndose quedar callado por más tiempo.

Sam se queda callado sorprendido al escuchar al menor de los Garrett allí. Suspira con suspicacia, intuyendo que le mentó. Chasqueo la lengua con resignación, pillado con las manos en la masa.

—Así que estabas solo, West.

—Dann merece estar informado de las últimas novedades, colega. Lo siento.

Ríe con cordialidad y sé que no se ha enfadado. Sé que él hubiera hecho lo mismo.

—Quieren que sepamos dónde ha estado— continúa diciendo Dann—. Te ha escrito ese correo para señalarte el lugar dónde desea que vayamos ahora.

—¿Tú crees?

—Su correo lo decía alto y claro. *Si descubrimos su paradero, se lo informaremos en breve*— recuerda diciéndolo con burla—. Esa es su forma de informarlo en breve.

Miro a Dann con incredulidad.

—¿Tú dices entonces que Elizabeth Stone está allí?

—Por cualquier razón, ellos quieren que capturemos a esa mujer— se explica Dann—, por eso se han dedicado a delatarla de todas las maneras posibles. ¿Por qué iban a escribirte sino? ¿Una persona que usa una matrícula falsa crees que va a escribirte sin una intención oculta?

Sam resopla, sintiéndose tonto por no haber caído antes en eso y yo miro a

mi mejor amigo sorprendido. Verle hablar así, pareciera incluso que de verdad ya no siente nada por Elizabeth. Parece tan... tranquilo, preciso y técnico.

Si no fuera porque le conocía desde la infancia, hubiera afirmado que su único interés era capturar a una sospechosa de un crimen. *Lástima que yo te conozca como si fueras yo mismo, amigo*, pienso algo decaído por su supuesta entereza.

—¿Dónde es la localización?— pregunto yo.

—Billings, del Estado de Montana.

¿Montana?

¿En menos de veinte días Elizabeth ha recorrido medio país, y casi más de mil millas de distancia, sin dinero y sin recursos?

Imposible.

Miro a Dann y le veo un brillo de excitación en el rostro que no me gusta nada.

—Está cerca de la frontera con Canadá— dice él en voz alta—. Recordad cuando jugó con Amy, llamándola para decirle que supuestamente se había visto a la sospechosa del retrato falso en Minnesota. Su mentira fue cruzar la frontera a Canadá.

—¿Y crees que haya usado la mentira y la haya convertido en realidad, en otro estado cercano a esa frontera?

—Es el último lugar donde nos pondríamos a buscarla. Tan lejos de aquí, y en tan poco tiempo. Pensadlo. Ella nunca imaginaría que nosotros íbamos a ir a buscarla en un sitio dónde ya nos hemos quemado antes.

Sam y yo nos quedamos en silencio en el teléfono, intuyendo que Dann tenía razón. Se me encoge un poco el corazón al ver que de verdad sí que la conoce bien a esa muchacha.

—Voy hacia allí— sentencia Dann para mi disgusto.

Voy a decirle que no, cuándo Sam se me adelanta. Menos mal que otra persona piensa igual que yo.

—Danny, puede ser una trampa como tú dijiste. No vas a ir tu solo.

—Samuel, no...

—Escucha – le pide casi en un gruñido—. He hablado con el comandante Thompson, y por desgracia, su agente Kimberly se ha dedicado en estas últimas semana a ponerte verde. Te juzga culpable por haberte acostado con una asesina, según palabras textuales de ella. Si vas sin nadie más y te encuentras tú solito con Stone te acusará de cómplice y acabarás imputado en el caso.

—¡Eso es una tontería!

—Sí, para los que te conocemos lo es, pero para una mujer que sólo ansía llegar a tener un puesto con tu mismo cargo de Teniente, es un aliciente para actuar en tu contra, aunque sea con mentiras. A veces las mujeres son así, sean agentes de la ley o criminales comunes y corrientes.

Dann resopla enojado.

—Si alguien va a ir a Montana— digo yo ahora—. Somos nosotros tres.

Ahora es cuando mi amigo me mira a mí con los ojos como platos.

—Tío— susurra Sam—, si tú estás hospitalizado por un disparo de bala. Estás de baja.

—¿Y? Puedo con esto y más, chicos.

Dann niega rápidamente con un gesto decidido.

—No voy a permitir que te acerques a alguien que te disparó a sangre fría. ¡Casi mueres por su culpa! ¿Cómo piensas que voy a permitir que te tenga a tiro de nuevo?

—Danny, soy poli. Me han disparado más de una vez, no le tengo miedo.

No puedo decirle que sé que no volverá a hacerlo y no por ser muy inocente cómo otros podrían acusarme. Algo en mi interior, me sigue diciendo que si Elizabeth Stone actuó así fue por puro terror. Y ya sabe lo que pasa cuando acorralas a un animal. Ataca.

—Si vamos por nuestra cuenta, Amy se aprovechará de ello. No confía en ninguno de los tres— resumo yo tranquilamente—. Si vamos juntos, quizá podamos tener una oportunidad de encontrar a Stone, y no sólo a ella. El tal Marcus y el hombre de la gabardina también tienen que estar cerca.

—Si queremos descubrir qué está pasando con todo este asunto, tenemos que estar unidos— dice Sam apoyando mi idea, aunque a regañadientes.

Dann intenta protestar de nuevo, haciendo un último intento por hacerme cambiar de idea, pero niego con seguridad.

—Vamos los tres. En cuanto me den el alta, partimos hacia Montana.

Sam se despide a través del teléfono alegando que tiene asuntos que terminar en Westport y yo imagino qué clases de asuntos son esos. Uno llamado Melanie Sánchez.

Dejo el móvil en la mesita, y me quedo mirando fijamente unos minutos a Dann en completo silencio.

—No quiero que vuelva a tener la oportunidad de poder matarte, Mike. Ya asesinó a mi primo— me dice casi arrastrando las palabras—, y casi logra acabar con Maddy y Brianna también. Es peligrosa.

—Está asustada— digo yo con suavidad—. Y sí, es peligrosa, pero yo creo que ahora mismo el mayor peligro para nosotros es la ambición de Amy.

—¿Por qué dices eso?

—Porque tú me preocupas, Dann, eres mi mejor amigo.

Pongo énfasis en mis siguientes palabras, para que calen hondo en él.

—Y algo dentro de mí, me dice alto y claro que a Amy Kimberly no le importas una mierda y que si te tiene que destruir para ascender ella, lo hará con los ojos cerrados. En cambio Elizabeth... tuvo ocasiones para hacerte daño y no lo hizo. Ni siquiera al final. Me disparó a mí, a ti no.

Le veo negar con frustración, pero no hago leña sobre el árbol caído. No es el momento. Quizá que vayamos los tres a Montana sea una buena idea.

—Tampoco sabemos seguro si... ella está allí— dice Dann sin energía casi—. Es sólo una hipótesis.

—Hagamos que busquen la matricula de tu coche en ese estado— le

propongo con una media sonrisa—. Si lo ha vendido, estacionado, o circulado por allí, tiene que haber registro en alguna cámara de seguridad o en algún radar. Puede ser un buen lugar para empezar hasta que me den el alta, ¿no crees?

Me mira asombrado ante esa idea, y saca rápidamente su nuevo móvil del bolsillo, ladrando órdenes a través de la línea telefónica con precisión para empezar con la búsqueda. Conociéndole, en pocos minutos tendremos la confirmación que deseamos.

—Voy a ver a Maddy— me dice—. Después paso a verte. Si te dan el alta, y sigues deseándolo así, partimos hacia Montana mañana por la mañana.

Afirmo, pidiéndole que le dé un beso de mi parte a la futura mami.

—Nos vemos luego, Dann, cuídate, ¿sí?

Me dice adiós con la mano y camina con paso lento hacia el siguiente piso, dónde se encuentra Maddy. Si mal no recuerdo a ella también le daban por fin el alta en ese día. Una muy buena noticia también.

Ojalá mi farol de poder salir de ese maldito hospital hoy también fuera verdadero.

Conociendo a Dann, si el médico no daba el alta hospitalaria, me dejaría en tierra, y no quiero arriesgarme a dejarle solo en la búsqueda de su ex novia.

¿Para qué le pueda pasar algo? No. Ni en sueños.

\*\*\*

## **Hospital general Nottville, Virginia Occidental**

### **Habitación 248**

### **Maddy Garrett.**

Le doy un dulce beso a Jim en los labios por ayudarme a bajar de la cama. Sigo con la pierna escayolada, pero al menos el esguince de la otra pierna ya se ha curado.

Por fin puedo volver a mi casa, y a mi rutina.

Erick me ha recomendado que haga vida normal lo antes posible. Me pidió que usase durante un par de días más la silla de ruedas, y que después cuando estuviera más fuerte, que empezase a plantearme la posibilidad de cambiarla por muletas.

Si por mi hubiera sido, hubiera insistido por salir del Hospital en muletas, pero pensando en mi embarazo, opté por hacerle caso. ¿Correr más riesgos gratuitamente? No, gracias.

—¿Estás contenta, mi amor?

—Aliviada— le respondo mirándole con cariño—. La verdad es que me apetece regresar a casa. Adoro este Hospital, pero sólo para trabajar.

Jim me besa en la mejilla contento de tenerme en casa de nuevo.

—¿Papá dijo que pasaría por nosotros antes?— le pregunto con curiosidad.

—Creo que sí. Luego le llamamos y lo vemos con él.

Suspiro sabiendo que aún así cada dos días iba a tener que regresar al hospital, para poder ver a mi madre en la UVI.

Tomo su mano a continuación para incorporarme y sin tener que pedirle nada, me toma en brazos para depositarme en la silla de ruedas.

—¿Cómo está la veterinaria?— le pregunto frunciendo el ceño.

—Bien. Cerrada como la dejé desde el día 22 de Diciembre— me contesta serio.

Alzo una ceja con preocupación.

—¿Has cerrado todo este tiempo?

—El tiempo que no estoy contigo aquí, lo estoy con Brianna. Y sino con Dann apoyándole. No puedo dividirme más mi amor.

—Pero tu trabajo es tu vida— murmuro inquieta—. Nunca has dejado de ayudar a los animales de la comunidad.

Jim se arrodilla a mi lado, mirándome serio.

—Mi amor, tú eres mi vida. Tú, mi futuro hijo—añade tocando mi vientre—, y mi hermano. Sois mi familia. Mi mundo. Sabes como somos los Garrett. Amamos con intensidad, hasta la muerte.

—Jim...

—Por eso, he decidido mientras te veía dormir en esta cama de Hospital, que temporalmente voy a dejar la clínica cerrada. Me necesitas a tu lado.

Alzo la mano para acariciar su rostro, aún preocupada. Me da tristeza que deje su trabajo por quererme cuidar.

—Pero ¿qué van a hacer los animales? Eres el único veterinario que hay en el pueblo. No puedes cerrar indefinidamente.

—Maddy...

—No voy a dejar que eches por tierra todo el trabajo de estos años— le digo poniéndome muy seria—. Si quieres descansar un rato para cuidarme, está bien, yo lo voy a agradecer, pero no vas a cerrar esa clínica. No soy la única que te necesita en este pueblo, Jim. Nottville no será feliz sin tu veterinaria.

Suspira.

—Pero no voy a poder estar allí y contigo a la vez, cariño.

—Entonces contrata a alguien para que haga tu labor— le propongo—, si pones el anuncio en los pueblos cercanos, seguramente algún veterinario que haya pueda venir. Podemos ofrecerle alojamiento y un buen sueldo. No vas a tener que ir todos los días, pero sí que podrás estar al tanto de lo que pasa con los animales del pueblo.

Mis palabras crean un brillo especial en sus ojos.

—Además ten en cuenta una cosa, mi vida. Habrá ocasiones en las que yo esté con mis padres, o en la iglesia, o cuando me recupere, esté trabajando aquí en el Hospital. No voy a estar los meses que me queden de embarazo haciendo reposo.

—Maddy...

—Me parece bien que te tomes un descanso de tu trabajo, pero no lo dejes

de lado. Por favor. Y menos por mí.

Se acerca a mí, y me besa con dulzura.

—Siempre me traes a la tierra, cariño. ¿Qué haría yo sin ti?

Suspiro aliviada al ver que entra en razón de nuevo. Gracias al cielo. Jim sin su trabajo, no sería mi Jim. Yo sé que se terminaría arrepintiéndose el resto de su vida.

—Buscaré a alguien, pero pediré referencias— me dice en tono muy serio—. No quiero otro criminal engañándonos.

Alzo la vista sorprendida ante el rencor que esconden esas palabras. Sé perfectamente que está hablando de Elizabeth. Me obligo a no pensar en ella. Haber descubierto que jugó tanto con nuestras buenas intenciones, me tiene furiosa. Y mucho.

—Espero no interrumpir— musita la voz de Dann en la entrada.

Miro hacia él casi sobresaltada y quiero sonrojarme al ver en sus ojos que ha escuchado lo último que su hermano ha dicho. Me destroza el corazón contemplar la tristeza de mi cuñado.

Jim a mi lado se tensa durante un segundo al escuchar la voz de Danny, pero enseguida se relaja.

—Hermanito, tú nunca interrumpes.

Se levanta del suelo y camina hacia él para saludarle como siempre. Me hago la promesa de hablar con mi marido después cuando estemos en casa, para que intente no sobreactuar tanto. Es evidente que Elizabeth a parte de intentar matarme a mí, a mi madre y a Mike, ha afectado a la relación de los hermanos Garrett.

Maldición.

—Vengo de estar con Mike— dice Dann con voz ronca—. Dice que van a darle el alta también hoy.

—¿De verdad?— pregunto contenta.

—Sí. Lo que ya no sé si será un alta voluntaria, o un alta obligada por él. Está harto ya de estar aquí.

Sonrío, entendiéndole perfectamente. He sentido lo mismo.

—También a parte de ver cómo estáis, quería deciros que saldré de viaje mañana mismo.

Jim y yo cruzamos una mirada de inquietud.

—¿Salir de viaje?

—Sí. El hombre que abordó a Wade, ha contactado con Sam. Está en Montana, Billings. Mañana Mike, Sam y yo saldremos allí para intentar encontrarle.

Jim mira inquieto a su hermano.

—¿Montana? Eso está cerca de la frontera de Canadá— dice sospechoso.

Me quedo anonadada cuando a continuación Dann nos cuenta la sospecha que tienen con respecto a Montana. Me parece completamente increíble cómo una mujer sin recursos y sin dinero, haya podido llegar tan lejos.

—¿Cuándo te confirmarán lo del coche de papá?— pregunta Jim.

Veo cómo mi cuñado saca su móvil del bolsillo con expresión cansada.

—Estoy esperando la llamada.

Le pido a Jim que me acerque un poco de agua al notar la garganta seca. Enseguida acude a mi pedido, con una botella de agua bien fresquita.

—¿Habéis avisado a Amy?

—No, ella en este asunto no es...— no puede seguir hablando, porque su teléfono comienza sonar.— ¿Dígame? Sí, soy yo.

Cierro los ojos bebiendo el agua sin querer escuchar nada de la llamada. Si de verdad han encontrado el coche de mi suegro, que dios le tenga en su gloria ahora, eso es una mala noticia. Quiere decir que Elizabeth está muy cerca de haber cruzado ya la frontera a Canadá.

La asesina de Fran podría librarse de su crimen.

—¿Abandonado dice? ¡No! Por supuesto que no deseo que se lleve al desguace. Es el coche de mi padre, joder. Sí. Mañana estaremos allí. Gracias.

Cuelga el teléfono con frustración.

—¿Ha abandonado el coche de papá?— pregunta Jim apretando las manos con fuerza.

—Casi en pleno descampado. A pocas millas de llegar a Billings, Montana.

Ninguno de los tres decimos comentario alguno. Sabemos perfectamente lo que eso significa. Elizabeth Stone está allí, en Montana. La pregunta que corre por mi mente ahora es, ¿y si cuándo se desplacen a ese estado, ya no hay ni rastro de ella?

—Llamaré a Sam y le informaré de todo.

—Danny— dice Jim caminando hacia él. Su tono de voz es serio y quedo—. Yo...

—Tranquilo hermanito, si la encuentro pienso meterla en la cárcel, no voy a darle el beneficio de ninguna duda.

—No es eso.

Jim cabecea intranquilo.

—El asunto es claro. Odiamos a esa mujer por lo que nos ha hecho. Es peligrosa e incluso puedo llegar a pensar que está loca. Recuerdo perfectamente cómo me hizo creer que adoraba a mi mujer, cuando unas horas antes fue ella quién atentó contra su vida para matarla.

Me estremezco sin poderlo evitar al oír a mi marido hablando así.

—Jim...

—Dann, mi preocupación es que te pueda hacer algo. A ti. No le tembló el pulso para disparar a Mike. Si te hiciera algo a ti, yo...

Dann le niega con un gesto, con mirada seria.

—Elizabeth Stone para mí es una asesina. Y como Teniente de policía que soy, de Nottville, voy a actuar en consecuencia. No va a jugar conmigo. No de nuevo.

Quiero pedirle que tenga cuidado, pero se da la vuelta para salir de la

habitación demasiado rápido. Se le ve muy tenso e inquieto. Sé que está a punto de explotar.

—¡Maddy!

Casi suelto la botella del agua del susto, al ver a mi padre entrar corriendo a mi habitación, con los ojos rojos. Puedo ver que ha estado llorando. Me pongo pálida de puro terror al verle así.

Dann y Jim se quedan parados a su lado, también angustiados.

—¿Papá?

Le veo venir hacia mí directamente. Jim intenta frenarle en el camino para ver qué es lo que pudo haber sucedido, pero casi le pasa por alto. Quiere llegar a mí, y casi se me para el corazón de angustia. Pensar que nunca más fuera a poder ver a mi madre me paraliza de puro terror.

No ahora. No siendo ella tan joven.

—Maddy, hija mía.

Me abraza con fuerza y yo cierro los ojos con desconsuelo.

—¡Sean!— le llama la atención Jim caminando a nuestro lado. Dann se mantiene a un lado, con expresión desolada. Sé que está sintiéndose culpable.— ¡Estás asustando a Maddy!

Mi papá reacciona al oír el grito de parte de su yerno y separándose de mí, me mira con ternura, pero con una sonrisa enorme. Creo que vuelvo a empezar a querer respirar tranquila. No le vi sonreír así desde que mamá estaba con nosotros.

—¿Mamá está...?— comienzo a preguntar con un nudo en la garganta.

—Acaba de despertar, mi amor, está preguntando por ti.

Ahora sí que comienzo a llorar sin apenas controlarlo. Me aferro a él con fuerza. Oigo a lo lejos la expresión de alegría de mi marido y de mi cuñado con la noticia.

Mi madre está bien. Me repito. Acaba de salir del coma. Ha regresado por fin con nosotros.

—Quiero ir a verla— le pido entre sollozos—. Por favor.

Él siente, haciéndose a un lado para dejar a Jim junto a mí. Me dejo arropar ahora por el calor de mi marido. Es un milagro que todo esté empezando a ir bien.

Levanto la mirada para buscar a Danny y sonreírle a él también, con ganas de verle feliz después de esas semanas de intensa tortura mental, y me pongo algo decaída al contemplar la expresión entristecida de su rostro.

Cruza conmigo su mirada y por primera vez en mi vida, comienzo a sentir verdadero odio inundando todo mi cuerpo. Y ya no sólo tras tomar constancia de todo lo sucedido en las últimas semanas, sino por Dann.

Mi cuñado, quién antes sonreía por todo, y bromeaba en cada situación todo lo posible, ahora se veía taciturno, serio, dolido y casi derrumbado. Ni siquiera la buena noticia de la recuperación de mi madre, a quién sé que él considera como una madre también, le hace quitar la tristeza de su rostro.

Sus ojos azules permanecen apagados, como sin vida. Puede que ahora su rostro muestre una sonrisa en su aspecto exterior, pero su interior está lleno de tristeza y de desesperanza. No puedo ver nada más que un agujero de oscuridad tragándole poquito a poquito con desdicha.

¡Su dulce mirada de siempre, ahora está destruida por una mujer!

Una maldita embustera que se aprovechó de nuestra buena voluntad a su antojo.

¿Cómo no odiarla?

—¿Estás bien?— me pregunta Jim, al verme tan tensa de repente.

Afirmo, sin apartar mi vista de mi cuñado. Mi marido, que me conoce como nadie, sabe hacia donde estoy mirando y girando su vista para contemplar a Danny, se tensa también a mi lado.

Ha visto lo mismo que yo.

—Te juro que pagaré por todo este sufrimiento— me dice al oído con fiereza—. Yo mismo me encargaré de que pase el resto de su vida entre las rejas de una prisión.

Tomo su palabra como una promesa de vida para nosotros dos. Y suspiro aliviada. Sé que Elizabeth caerá, tarde o temprano. Jim lo acaba de prometer.

Y era bien sabido, que cuando un Garrett hacía una promesa, la cumplía hasta las últimas consecuencias.

## Capítulo 2

**Helena, Montana.**  
**En algún lugar de la ciudad.**  
**20 de Enero, 2017**  
**Elizabeth Stone.**

Acurrucada en un rincón de aquél callejón, miro hacia las sombras del exterior, con el corazón latiéndome a mil por hora. Hace minutos que llevo oyendo ruidos provenir de un cubo de basura que hay a pocos pasos de donde estoy yo. Intuyo que lo está haciendo un animal callejero, pero al no haberle visto salir del escondrijo, el miedo me ha agarrotado las entrañas.

No pestañeo siquiera.

A esas horas de la madrugada, no es común que aparezca ningún vagabundo. Es demasiado tarde, sobre todo con aquél frío infernal. Normalmente, las personas que viven en la calle tienden a saber dónde van a pasar la velada a partir de las nueve de la noche. Después ya hace demasiado frío como para salir a la aventura.

A no ser que uno tenga hambre que prefiera arriesgarse a estar caliente, pienso cabizbaja.

Por eso estoy tan atenta al ruido. No es que tenga mucho conmigo, un trozo de queso y algún que otro mendrugo de pan, pero hasta eso ahora en mi situación es todo un lujo.

Es mejor que no tener nada.

Mi mente quiere regresar el tiempo atrás y recordar épocas mejores, pero la detengo de golpe. Mi vida pasada ya no tiene importancia. Ha quedado atrás. Junto a la Elizabeth Stone que fue capaz de matar, disparar y manipular.

Ahora la persona que está acurrucada en el callejón, observando tan atentamente en la oscuridad, es una mujer bien distinta.

Vivir en la calle como una vagabunda supongo que es lo que tiene. Cambia drásticamente el eje de una de la noche a la mañana.

Al ver que el ruido no cesa, me decido a coger el mendrugo de pan y el queso, para salir corriendo a la menor señal de peligro, pero aliviada descubro que mi miedo es infundado.

Mis ojos ven instantes después como un gato y ratón comienzan a corretear

rumbo a la salida del callejón, tras salir del cubo de basura.

—Estúpida asustadiza de porquería— me insulto, rebujándome algo más en la manta para intentar coger algo de calorcito—. Ahora resulta que le temo a un gato y un ratón. Genial.

Cierro los ojos cansada, llevando a mi pecho la comida que logre sacar mendigando aquél día. No es un manjar, pero al menos podré engañar al estómago cuando al despertar me pida alimento.

Algo es algo.

\*\*\*

Con el ruido de los coches y el olor a gasolina envolviendo todo el callejón, despierto. Como cada mañana durante las últimas semanas. Elevo la vista al cielo y al verlo de color como anaranjado, entiendo que recién habrá amanecido.

Me levanto con lentitud, intentando desentumecer los huesos por la mala postura. Dormir apoyada a una pared, sin un mullido colchón que sostenga mi espalda ni mi cuello, crea dolor de musculación. Normal supongo.

Saco de mis manos temblorosas el trocito de queso, y me lo llevo a la boca. Lentamente lo mastico disfrutando el sabor. Creo que es lo único que podré tomar hoy hasta la noche al menos. Tengo que dosificarlo.

Mi garganta se muere por beber algo, pero me prometo a mí misma que en ese día intentaré colarme en algún centro comercial para ir al cuarto de baño, y beber de algún lavabo. En esos lugares al menos no vetan la entrada, como si hacen en los bares y restaurantes.

Parpadeo intentando evitar las lágrimas.

Ya he llorado demasiado.

Camino lentamente, con la manta puesta alrededor de mi espalda, y salgo del callejón buscando las sombras. Siempre intento pasar desapercibida entre la gente. Y no sólo por miedo a que me reconozcan. He descubierto, por cruel que pueda aparecer, que hay gente que desprecia a los sin techo, y aunque no hagamos nada, nos atacan con crueldad sólo por echarse unas buenas risas.

El segundo día de haber probado esta vida ya lo viví en carnes propias.

¿Pero qué otra opción me quedaba?

Sin documentos, ni dinero, ni posibilidad de encontrar un empleo normal. Sin nada con lo que comprar una nueva identidad.

El coche del patriarca fallecido de los Garrett era muy succulento, y sé que habría podido sacar un buen pellizco si lo hubiese vendido a alguien, pero no lo hice. ¿Por qué?

Por estúpida.

Cada vez que quise llevarlo a algún concesionario o que contactaba con un compraventa de segunda mano, me arrepentía en el último momento. Por Dann. Por el cariño que aún sentía hacia su padre. No quise arrebatárselo también.

Por eso lo deje abandonado a pocas millas de entrar en este estado. Quise

llamar a la estación de policía de Nottville para dar el aviso de su localización, pero sin un centavo en el bolsillo ni para realizar una simple llamada telefónica, no podía hacer nada.

Suponía que al ver la matrícula, cualquier policía normal podría contactar con Dann. Ya no era asunto mío.

Regreso a mi presente al oír un claxon taladrando mi cabeza.

Me pongo a un lado cuando un ciclista pasa por mi lado, con prisa por ir a su trabajo imagino. Me guardo el malhumor. Me he convertido en un deshecho social. Sin derecho a reclamar por la falta de educación. ¿Para qué reclamar que casi me atropella?

Paso por una gran cristalera de una tienda de cosmética y me quedo mirando mi reflejo con ojos desapasionados.

Mi cabello pelirrojo de antes se ha ido. Ahora llevo el pelo de color blanco, casi gris. Teñido, evidentemente. Lo tengo cortado casi como un chico, al uno. Una gran cicatriz atraviesa mi mejilla derecha, y eso no es todo. Mi pecho está aprisionado con un corsé que hace que los senos parezcan más pequeñitos. Mis manos y brazos están casi huesudas. Signo de no haber comido casi nada en días.

¿Días?

Semanas también.

Y para acabar con el cambio, las ropas andrajosas que le había cambiado a una mujer mayor vagabunda de la calle, por un trozo de jamón york con aceitunas, finalizan mi disfraz.

Nadie, en la vida, sería capaz de reconocerme como Elizabeth Stone. Ni siquiera aparentaba mi edad. Todos los que se cruzaban en mi camino, pensaban que era una señora de casi unos cuarenta años.

Para mi causa, iba bien.

—A sobrevivir un día más— le susurro a la extraña que refleja mi rostro—. Allá vamos.

Doy la vuelta con tranquilidad y camino unas cuatro o cinco manzanas, buscando con la vista el centro comercial de Helena. Es un edificio enorme, en forma ovalado, que tiene las tiendas más exclusivas del condado. Sólo un vigilante de seguridad custodia la entrada.

Sé que tiene la orden de no dejar pasar al interior del establecimiento a personas como yo, sin techo. Para “proteger” a los clientes de los “apestados”, pienso yo. La verdad que nuestro olor corporal no es algo de lo que podemos sentirnos orgullosos, ¿pero si no teníamos una cama en la que pasar las noches, cómo íbamos a poder tomar una ducha tranquilamente para limpiarnos de este olor?

Cuando llego casi a la puerta, me fijo que en la acera hay un conocido del barrio, otro vagabundo como yo, oscuro de piel, que está pidiendo una limosna con carita triste. Me acerco a él lentamente, aprovechando que el vigilante está ayudando a una mujer a salir con un carrito de bebé.

—Hola...— murmuro sonriente.

Él reconoce enseguida quién soy, y me hace una inclinación de cabeza.

Rebusco entre mi pecho donde suelo guardar los restos de comida que me quedan. Mi estómago quiere gruñir un poco al intuir mis intenciones pero no le hago caso. Yo acabo de comer algo de queso. A saber cuándo fue la última vez que él probó bocado de algo.

—Te doy este mendrugo de pan— le digo simpática—, si distraes por mí al vigilante.

Me mira alzando una ceja sorprendido por mi petición.

—Por favor, si tuviera algo más, te lo daba. Necesito beber agua— le confieso cabizbaja.

Imagino que el tono de mi voz le da pena, porque coge con rapidez entre mis manos el mendrugo de pan que le ofrezco, y camina silbante hacia el guardia de seguridad, sin echar la vista atrás.

—¡Gracias!— le susurro siguiéndole a cierta distancia.

Me apoyo contra la pared, y cuando veo que el vigilante presta toda su atención al negrito que vive en la calle, corro hacia el interior del centro comercial con ganas.

Suspiro aliviada al poner un pie en el establecimiento y sentir el calorcito de la calefacción calentar mi piel. Silbo de alegría, caminando con paso veloz, rumbo a los servicios de señoras.

Evidentemente hago oídos sordos a las miradas de asco y de repugnancia que la buena gente de Helena me lanza al cruzarse conmigo. ¡Cómo si nunca hubieran visto antes a una persona sin hogar!

Cierro de golpe la puerta del servicio y echando el pestillo, corro hacia el lavabo. Abriendo el grifo, bebo de esa agua como si fuera un manantial. Incluso por mi ansiedad de beber agua casi me atraganto, pero no me detengo.

Creo que ese era el tercer día sin beber agua, ¿o el cuarto?

No lo puedo recordar.

Me arriesgo a echarme un poco de agua también por el rostro, para quitarme la humedad y la suciedad al menos de la cara y voy al inodoro. Quiero aprovechar para orinar al menos en un retrete. Un pequeño paraíso.

Cojo un poco de papel higiénico y tras guardarlo en mis pechos junto con el mendrugo de pan que me sobra, me levanto con pesar.

Echo un último vistazo de pesar a mi reflejo en el espejo, y lanzando un gruñido a la mujer de ojos marrones que me devuelve la mirada, camino hacia la salida del lugar.

Muchos vuelven a mirarme con el ceño fruncido, pero lo paso por alto.

¡Si supieran lo feliz que era por haber bebido unos pocos tragos de agua! Fliparían seguro, ya lo creo.

Le lanzo un beso a mi compañero de travesuras al salir del centro comercial. Obvio la mirada enfurruñada del guardia de seguridad al verme salir por sus dominios.

—¡Qué tenga un buen día!— me atrevo a desearle en tono de burla.

Obligo a mis piernas a moverse y me dirijo hacia mi puesto de trabajo habitual en las últimas semanas. Hora de empezar el día.

\*\*\*

La señora que me echa un centavo en la canasta me mira como si me estuviera dando un millón de dólares, pero no me lo tomo en serio. Estos días viviendo en la calle me he dado cuenta que poca gente hay solidaria de verdad.

Llevo ocho horas sentada en esa esquina del centro de la ciudad, junto al gran parque forestal de la zona, y recontando el dinero que he recaudado, no me llega ni para comer. Poca gente se para a ver mi cartel que dice “Vivo en la calle, agradeceré cualquier ayuda para comer. Gracias”.

Miro las nubes apretando fuertemente la manta contra mi cuerpo y lanzo un suspiro de desdicha al ver que comenzará a llover dentro de poco. Si no quiero coger un buen resfriado tengo que salir de allí enseguida.

Me levanto con pesar y cogiendo el cartel con el que llevo conviviendo varios días, camino hacia el agujero que hice en la arena del parque para enterrarlo allí hasta el día siguiente. Sé que por las tardes, los jóvenes salen de sus clases y de sus obligaciones rutinarias y no respetan mucho a las personas como yo, que piden limosna en plena calle.

Intentar sobrevivir por la tarde de esa manera no es buena idea.

Echo tierra encima del cartel y de la cesta con rapidez y respirando agitadamente, comienzo a caminar por las calles de Helena, sin fijarme en nadie.

Mi estómago me gruñe solicitando algo de comida más que un trozo de pan, pero contando los centavos que saqué de la cesta, no me llega para nada. Decido guardarlos en un bolsito que tengo hecho con material de tela, y ahorrarlos para otro día.

Quizá si administro bien el dinero, dentro de unos tres días pueda comprarme aunque fuera un poco de embutido para acompañar al pan.

Me interno dentro del parque forestal, y localizando al fondo un árbol con gran sombra, me dejo caer en él de golpe. Saco un pequeño trocito de pan y me lo meto en la boca masticándolo bien. Imagino que estoy probando un manjar de deliciosos chocolates. Con tropezones de macedonia.

Cierro los ojos. El aroma a lluvia que sale de las nubes quiere adormecerme. Sé que si me quedo allí un rato más me voy a mojar, pero allí me da igual. No voy a fastidiar el cartel ni la canasta. Quizá algo de lluvia sobre mi cuerpo sea bueno para limpiar el mal olor corporal.

El frío golpeando mi rostro no me permite dormir, así que muy a mi pesar, comienzo a recordar momentos de mi vida pasada. Tanto momentos olvidados que recién estoy recuperando, cómo instantes que recuerdo a la perfección y que trato de sacar de mi mente a la fuerza.

\*\*\*

**A pocas millas de Billings, Montana.  
27 de Diciembre 2016**

*Apago el motor del coche a un lado de la carretera. No puedo seguir conduciendo más, ya no sólo por la oscuridad que hay fuera, sino por la gasolina. Está bajando el depósito de forma alarmante. Y no tengo forma de repostar. Sin dinero, ¿qué voy a echarle?*

*He rechazado venderle el coche a varios hombres que me ofrecían pequeñas millonadas por él. Incluso uno me enseñó los dólares con los que me tentaba, uno tras otro ante mis narices, pero no pude entregárselo a nadie. La mirada de Dann triste ante la posibilidad de perder para siempre el coche de su difunto padre me perseguía allá a donde fuera.*

*Bueno, a decir verdad, Dann me ha estado persiguiendo estos últimos dos días en todo momento. Por todo. El dolor que vi en sus ojos al saber la verdad, me ha estado matando lentamente. Como un rayo caído directamente en mi corazón.*

*Me restrego los ojos con fuerza, intentando no dejarme caer en el sueño. Tengo mucho miedo de dormir, y que de repente me saquen del coche para encerrarme en un vehículo policial. Haber conducido tantas millas en tan poco tiempo ni siquiera me da la seguridad de estar a salvo.*

*Dann conoce la matrícula del coche a la perfección, y aunque yo haya logrado sacarle el chip de seguimiento el día anterior, tras regalarle la radio del coche a un mecánico como pago, sé que con solo los dígitos y las letras de matriculación del vehículo pueden dar conmigo.*

*—¿Qué diablos hago ahora?— pregunto en voz alta.*

*Las imágenes de Marcus y de Jason vienen a mi mente, enfadándome en el acto. Mi cabeza quiere convencerme como mejor opción el buscarles para pedirles ayuda en este entuerto, pero mi conciencia me recuerda que si estoy metida en este lío es por ellos.*

*¿Quiénes manipularon mi mente a base de drogas, hipnotismo y engaños?*

*¡Ellos!*

*Si nunca les hubiera conocido, todo esto no habría pasado.*

*Los expulso de mi mente como si no existieran, recostándome en el asiento del conductor. Mi salida no es buscar refugio en ellos.*

*¿Salida?*

*Enfoco la mirada en un cartel direccional, y parpadeo asombrada al leer “Bienvenido a Billings, Montana. A tan solo quince minutos desde aquí. El paraíso para vivir”.*

*Miro la salida a un lado del cartel y una idea cruza por mi mente al ver que no hay tantas millas de distancia para llegar allí andando. Quizá una media hora, cuarenta minutos si voy despacito.*

*Si mi Geografía no es mala, Montana es un estado colindante con Canadá. Si logro encontrar trabajo, y aborrrar durante unos meses con una identidad falsa, tal vez pueda cruzar la frontera tras conseguir el dinero suficiente para subsistir.*

*Salgo del coche algo más animada con mi plan.*

*Dejo las llaves dentro del vehículo y cierro la puerta de un golpe.*

*—Ojalá Dann venga pronto por ti— le digo como si me entendiera—. Gracias por*

*traerme sana y salva hasta aquí.*

*Miro al frente y comienzo a caminar, tiritando de frío.*

*Para no ser raro en mí, cuando salí de la cabañita lo hice sin el abrigo. Cómo no.*

---

*Billings, Montana.*

*29 de Diciembre de 2016.*

*Estoy tiritando, esperando con el corazón latiéndome a mil enfrente de un restaurante. He ido por la mañana bien temprana a pedirle trabajo al jefe de la cocina. Me parece un buen lugar para conseguir algo de dinerito fácil.*

*Hace media hora que el señor engominado como le denominé, se metió dentro de la cocina para valorar mi solicitud y aquí sigo, esperando como tonta su respuesta.*

*Fuera en la calle apenas está amaneciendo y mi cuerpo está empezando a resentirse por no haber podido dormir tampoco en esos días.*

*—Señorita Stann— me dice llamándome por el nombre inventado que le di—. He estado hablando con el jefe, y me temo que sin documentación no podemos ofrecerle trabajo.*

*—Pero... me dijeron que sí admitían a inmigrantes— murmuro cabizbaja.*

*—Lo siento. Las leyes dictan que sin documentación legal, no hay trabajo.*

*—Pero señor yo...*

*Alza una mano enfadado hacia mí.*

*—Mire, señorita Stann, si no consigue tener sus papeles en regla, le será difícil conseguir trabajo. Lo siento— me mira con una sonrisa y añade en voz muy baja—, pero claro usted es muy bella, con ese pelo rojo y esa mirada risueña. Por un par de centavos, muchos hombres pagarían bien por usted.*

*Deseo levantarle la mano para abofetearle con fuerza, pero me contengo. No me conviene nada llamar la atención. Su sola referencia a que yo soy pelirroja me aterró.*

*—Buenos días, señor. Gracias.*

*Me giro y me voy de allí de prisa.*

*Mi corazón late muy de prisa de puro temor.*

*Tengo mucha hambre y mi cuerpo ya no da para mucho más. Necesito dormir y comer. No necesariamente en ese orden. Me acuerdo del coche que dejé parado a la entrada del pueblo y me planteo en regresar hacia él para venderle y sacar lo que pueda de dinero por él, al menos hasta comprarme una documentación nueva.*

*Termino no dejándome caer en la tentación.*

*Sigo caminando, buscando lugares donde pedir trabajo. En la calle, tirado en contenedor de basura, encontré una chaqueta de cremallera con capucha. La tengo puesta abotonada hasta arriba, ocultando mi pelo y mi rostro.*

*De camino hacia el restaurante he visto por la televisión de las tiendas que mi rostro actual está en todos los noticieros y no deseo que me descubran. Necesito hacerme un cambio de look urgente, pero sin dinero, no puedo hacerlo.*

*Tengo que insistir en buscar trabajo.*

*Alguien tendrá pena de mí, ¿no?  
Eso espero.*

---

*Billings, Montana.  
31 de Diciembre.*

*Me dejo caer en un callejón en la quinta avenida del pueblo. Estoy agotada. No aguanto más no dormir. El suelo a mis pies se mueve. Me llevo la mano al corazón temiendo que esté a punto de darme un infarto.*

*Pienso en Maddy y suelto un gemido de pesar al extrañar sus tiernos cuidados en mis recaídas. Si ella estuviera allí, sabría cómo hacerme sentir mejor.*

*Me llevo las manos a la boca para intentar acallar el sollozo que pugna por salir de mis labios. Ya es de noche. Sólo el ruido de las ratas, de los gatos callejeros y de las cucarachas corretean por la zona.*

*Yo soy la extraña allí.*

*Cierro los ojos sintiéndome casi flotando en el aire, y vuelvo a abrirlos casi al segundo al sentir unas manos zarandeándome por los hombros.*

*—¡Este es mi lugar!— me dice una voz áspera—. ¡Búscate tu propio rincón en otro lado, vagabunda!*

*Miro asustada a una mujer de pelo cano que me mira con desdén desde la altura. Tiene en las manos unos cartones y huele a queso podrido.*

*—¡Largo!*

*Intento levantarme, poniéndome a cuatro patas primero para impulsarme, pero mis piernas fallan. No sé cuánto tiempo llevo sin comer, y sin dormir.*

*—¡Vamos!*

*Me empuja hacia un lado y me siento impotente por no poder defenderme. Me río de mi misma ahora. Es irónico que en todo el país me estén buscando por presunta asesina psicópata y una mujer de la calle en dos empujones me tiene contra las cuerdas.*

*Respiro hondo y sacando fuerzas de no sé donde, me levanto apoyándome en la fría pared del callejón y camino arrastrando los pies hasta salir del allí. Puedo ver por el rabillo del ojo cómo la mujer coloca sus cartones en el suelo y haciéndose un ovillo se tumba dispuesta a dormir como una bendita.*

*Contemplarla allí, comienza a formar una idea en mi cabeza. Si nadie me quiere contratar por ser una indocumentada, puedo ganarme la vida viviendo en la calle. A fin de cuentas, es lo que llevo haciendo dos días.*

*Quizá si consigo darle lástima a la gente, puedan darme algún tipo de limosna que me ayude a comer.*

*Sólo quizá.*

---

Billings, Montana.  
01 de Enero de 2017

*Estoy tirada en el suelo en un descampado. Es mi primer día oficial como mujer sin techo y todo me ha ido mal. He conseguido que me tiren un par de centavos casi a la cara, que me escupan por oler mal, que me lancen huevos por diversión. Y sólo por estar humillándome por un mendrugo de pan.*

*¡Qué humanitarios los habitantes de Billings!*

*—¡Si quieres gente bondadosa vete a la capital!— me espeta una mujer vestida con tacones algo y traje de ejecutiva. Lo dice cuando se me escapan esas palabras en su presencia —. Sucia andrajosa.*

*Y si eso fuera lo único, pues bueno, sería el menor de los males para mí. Pero no, nada en sencillo en mi vida, y menos aún eso.*

*Después de pasar infinidad de humillaciones en la mañana, llegó la tarde y con ello, los chavales desquiciados. Al parecer se divertían acosando y abusando de las mujeres sin recursos. Como si fuéramos meros objetos para su placer.*

*—Vaya, vaya, esta es nueva— susurró uno, viéndome con la mirada baja y la mano alzada, solicitando algún tipo de ayuda.*

*—Al menos es guapa, con ese cabello rojo.*

*Otra vez la mención al color de mi pelo me asustó.*

*—¿Quieres un trozo de pan muchacha?— me ofreció uno con socarronería—. Si me la chupas, te doy lo que me pidas.*

*Evidentemente su comentario me repugnó, por eso sacando algo del orgullo que aún tenía latente, me levanté del lugar y quise caminar lejos de ellos. No me dejaron. Me tiraron de un golpe en el suelo en aquél descampado, como si fuera una simple marioneta.*

*Así estoy ahora, escuchando sus risas y burlas.*

*Me siento tan débil por la falta de comida y de sueño que ni ganas de pelear con ellos tengo.*

*—Vamos, chata, si me das placer, te doy dinero para que cenes hoy como una reina — vuelve a decirme el malnacido.*

*Me estremezco de puro asco de tan sólo imaginármelo.*

*Uno de ellos me escupe enseguida al ver el desprecio formándose en mis rasgos.*

*—¡Mira a la pobretona! Se cree con el suficiente orgullo para mirarnos por encima del hombro. ¡Será zorra!*

*Pum. Me llega un golpe inesperado en el estómago, haciéndome gritar de dolor.*

*—Vamos, tío— dice su amigo, el que tanto quiere que se la chupe—, vámonos. No quiere.*

*—¿Vas a dejar que te mire con superioridad?— pregunta él sacando una navaja de su bolsillo con fiereza—. Es una muerta de hambre. Nadie la va a echar de menos.*

*El otro se asusta al ver a su amigo acercarse a mí con el arma en la mano.*

*Por un segundo, deseo tener la fuerza suficiente para arrebatarme esa navaja y hacerle lo mismo que le hice a Fran, tantos meses antes. Me enfado conmigo misma por desear repetir aquel acto tan cruel de nuevo.*

—Monada, si te portas bien no te haremos nada, lo prometemos— me dice el chaval armado, agachándose a mi lado.

Pasea su navaja por mi rostro.

Tiemblo por su contacto, pero no por miedo, sino por frío. Y por hambre. Creo que mi cuerpo está a punto de convulsionar de necesidad de alimento.

—¿Serás buena conmigo, cariño?

Toma mi pelo con fuerza con su mano, y acerca su lengua a mi oído. Me estremezco de puro asco. De nuevo. Mi mente recuerda los besos de Dann y sus fuertes brazos rodeando mi piel y sacando fuerzas de no sé dónde, le aparto de un empujón.

Intento ponerme de pie para salir huyendo de allí, pero mi ataque le ha puesto furioso. Se acerca a mí con la navaja en mano y me hace un corte profundo en mi mejilla.

—¡Tío! ¿Qué coño haces? ¡Vámonos de aquí!— su amigo le arrastra de la mano y arrebátandole la navaja ensangrentada, le obliga a salir corriendo de allí.

Aturdida, me quedo sola, aún tumbada en el suelo y llevo la mano a mi mejilla. Noto la sangre fresca gotear al suelo y ni siquiera me inmuto. Comienzo a reír a carcajadas, recordando a la oficinista de la mañana diciéndome que fuera a la capital de este estado si quería encontrarme con gente solidaria. Deseo poner conseguir dinero para poder largarme de Billings para siempre.

Cuando voy a intentar levantarme de nuevo, giro la vista a la derecha y veo un par de billetes tirados en el suelo. En la huida alocada de los chavales, del susto por agredirme imagino, se les ha caído el dinero. No me da vergüenza recogerlo del suelo.

Lo cuento con calma.

Mi estómago celebra victoria al ver que con ese dinero puedo comprar algo de alimento para saciar el hambre de comida.

La cicatriz que me quede en el rostro será el menor de mis males en comparación con la alegría de poder llevarme algo a la boca después de días sin probar bocado alguno.

---

Helena, Montana.

03 de Enero de 2017

Recorro las calles de la capital del estado con paso lento. Busco un escondrijo que hacer mío para poder tomarlo como referencia para dormir en las noches. Ya me he acostumbrado a pedir, buscar y ocultarme de miradas discretas.

Recién me he teñido el color de pelo a un tono gris de señora mayor, en honor a la primera mujer de la calle que me encontré en Billings.

No quiero recordar cómo tuve que hacer para ganar ese dinero, en mi último día en Billings. Vender mi boca y mi mano a un señor mayor para que me diera un par de dólares a cambio, en otra época hubiera acabado conmigo, ¿pero ahora?

Ahora me había salvado.

Las imágenes de se busca de mi rostro verdadero estaban por todos lados. Ya no podía seguir manteniendo el mismo aspecto. Algunos curiosos ya se quedaban mirándome fijamente

*al verme pasar. Tenía que salir de Billings y cambiar lo más posible de apariencia física para pasar desapercibida, y no había encontrado otra manera.*

*—Nunca más— me repito, cruzando un paso de peatones con la mirada baja—. Si vuelvo a venderme, seré la misma chica tonta que casi deja que un familiar abuse de ella como en mi adolescencia. Nunca más.*

*Espero que la vida en las calles de Helena, la capital de Montana, sea algo más sencilla que en Billings. Por mi supervivencia.*

\*\*\*

## **Helena, Montana. 20 de Enero de 2017.**

Abro los ojos casi son sobresalto. Las gotas de lluvia ya están cayendo por mi rostro, mojándome entera. Abro la boca casi sin pensar, aprovechando el agua que cae del cielo para beber algo. Sé que no es muy apropiado que sacie mi sed de esa forma, pero después de todo lo vivido en los últimos veinticinco días, beber el agua de lluvia tampoco me parece algo tan reprochable.

Me levanto del suelo con dificultad y comienzo a andar sin rumbo fijo. Tengo que esperar a la noche para refugiarme en mi escondrijo. En Helena, el lugar donde uno pone su trasero el primero, ahí se queda. Nadie viene a echarle después.

Una buena noticia para mi tranquilidad.

Paso junto a una parejita de adolescentes enamorados, que me confunden con una viejita sin recurso económico alguno – bendita sea mi forma de vestir, que da el pego perfectamente—, y la jovencita se acerca a mí corriendo, ofreciéndome un bocadillo que saca de su bolsillo.

—Para usted, señora.

Mi cicatriz en la mejilla no parece que le dé miedo.

—Gracias...— susurro con voz ronca, celebrando interiormente ese manjar de cena que ya tengo para la noche—. Muy amable.

Ella sale corriendo, feliz con su buena obra. Niego deprimida, obligando a mis pies a que se pongan en marcha lo antes posible. La lluvia parece querer convertirse en tormenta y no tengo otra muda para cambiarme si ésta llegara a mojarse mucho de agua.

Coger una pulmonía no está en la lista de mis mayores deseos en ese momento.

Giro una esquina tras salir del parque, y me paro indecisa delante de un bloque de tiendas, curiosa por ver el noticiero de la tarde. Tengo la costumbre de pararme unos segundos delante de los escaparates de los establecimientos que venden televisiones para poder ver las novedades en el mundo.

Me interesa saber si tienen pistas sobre mi paradero actual.

No es que tenga dinero ahorrado precisamente para salir huyendo si alguna pista les llevase a buscarme en Helena, pero bueno.

Apoyo las manos en el cristal templado al ver enseguida mi rostro siendo pelirrojo en la pantalla de televisión más alejada de la tienda. Tengo que ponerme algo bizca para ver los titulares de la pantalla.

*Todavía en búsqueda y captura la criminal que asesinó a un asesor inmobiliario en Carson City— dice en forma de subtítulo la noticia—. Es muy peligrosa. Presuntamente está desquiciada. Disparó a un policía de Nottville el pasado 25 de Diciembre. Desde entonces está desaparecida.*

Voy a girarme al ver que no hay nada nuevo en el caso, cuando veo a la estúpida de Amy Kimberly sonreír ante la cámara, con una dentadura perfecta. Me encojo en el lugar, al sonreír yo ante el espejo y ver mis dientes amarillentos.

Maldita zorra.

*—Estamos investigando su paradero desde que huyó del estado de Virginia Occidental— dice la cabrona—, es necesario que estén todos atentos ante un posible cambio de look de su aspecto. Ya manipuló antes el color de su cabello. Puede que ahora haga lo mismo.*

Aparecen en televisión mi rostro con diferentes peinados y colores de cabello en la programación y así me da la risa. Ninguno de ellos es parecido a mi aspecto actual. Y ya no sólo por la cicatriz del navajazo del muchacho ese.

*—También tenemos en control al Teniente Garrett y a su familia. Esa mujer ya les manipuló una vez, y puede repetir su hazaña. No les dejaremos respirar hasta que podamos tener su localización. Hay una celda en Nevada que tiene su nombre.*

Me aparto del cristal templado con brusquedad, con verdadero odio hacia esa mujer. Si no hubiera dejado el arma de Dann en el coche cuando lo abandoné semanas atrás, hubiera estado feliz de perseguir a Amy Kimberly y pegarle un gran balazo en el pecho por arremeter en contra de Dann y de su familia.

Continúo mi camino, intentando respirar hondo.

Como me repito varias veces al día, yo ya no soy Elizabeth Stone. Sea lo que sea que pase en la vida de los Garrett no es asunto mío.

Mi vida es sobrevivir momento a momento, nada más.

Dann, Jim y Maddy saben defenderse solitos.

## Capítulo 3

**Elizabeth Stone**  
**Billings, Montana**

La lluvia no cesa de caer en toda noche, y la manta con la que siempre me cubro para no pasar frío, no está haciendo su función. Estoy completamente helada. Tanto frío tengo que he tenido que acercarme al cubo de basura, para buscar algo de abrigo a su lado. Después de que se fuera el camión de recogida de residuos claro.

Saber que puede haber ratas o gatos cerca ya no me afecta.

Mi olor a pesar de la lluvia, es casi igual de maloliente que la basura, así que no notaran diferencia si me ven allí.

El bocadillo que la jovencita me dio aún lo tengo a bien recaudo. Tan a falta de costumbre estoy de comidas sustanciosas, que fue darle dos bocados y ya sentirme llena. Otra cosa no, pero vivir en la calle te permite bajar peso con la dieta obligada de alimentos.

¿Algo bueno, no?

Con el cuerpo flaco que estoy echando, es casi imposible que me reconozcan como Elizabeth Stone. ¿Quién iba a quererse detener más de cinco minutos observando a una pobre mujer de cabello gris, más flaca que un palo de escoba, y que huele a muerto?

—Nadie— contesto con tristeza.

Me muero por saber qué hora es para ver si puedo moverme del callejón o no para buscar refugio en cualquier otro lugar hasta que la tormenta pase. Permanezco con los ojos cerrados, sin abrirlos, con la mente puesta en el gran desayuno que me voy a dar cuando amanezca.

La perspectiva de tener un bocadillo entre mis posesiones me llena de felicidad.

—A lo que hemos llegado, señorita Stone.

Me estremezco sin poderlo evitar al imaginar que es Dann quién dice esas palabras dirigidas a mí. A él le gustaba llamarme por mi apellido. Siempre que lo hacía, me miraba con expresión juguetona. Quería que yo le contestase algo. Y por supuesto, que yo le devolvía la frase igual, añadiendo *Señor Garrett*.

Veinticinco días sin él. Parece poco tiempo, pero para mí se está convirtiendo en toda una eternidad. Extraño tenerle a mi lado, y poder estar acurrucada a su lado. El olor de su aroma ahora sería toda una panacea para mí. Verle por la televisión, en los programas de noticieros continuando mi búsqueda por haber sido descubierta como la asesina de su primo, me ha estado consolando en cierta medida.

Saber que está bien, entero y luchando día a día, me llena de cierta felicidad que no puedo explicar. Sobre todo porque la última vez que le vi, un par de días atrás vía satélite, estaba en la salida del Hospital de Nottville.

Las noticias del lugar habían ido a realizar el reportaje del alta de Madeleine Garrett. Iba en silla de ruedas, acompañada de su marido, de mi Dann y de Mike West. ¡Lo que respiré tranquila al verle vivo y a salvo!

—Por suerte el disparo no le dañó nada interno— musito girándome con cuidado en el frío suelo. Creo que tiemblo un poco por la baja temperatura que hay en el ambiente, pero no le doy importancia—. Gracias a Dios.

Un ruido seco al otro lado del cubo de basura me distrae de mis pensamientos, pero no me hace abrir los ojos. Imagino que las ratas ya están queriendo tomar su cena desde el propio cubo de basura. A mí no me harán daño, así que no me inmuto.

Al menos eso pienso, porque unos pocos instantes después, sin saber cómo empiezo a sentir como un trocito de pelo comienza a pasearse por mi mejilla y mi nariz. ¿Las ratas respiran como un ser humano en el oído de una?

Abro los ojos de golpe y casi grito de la impresión al ver ante a mí un cuerpo acurrucándose a mi lado con lentitud. Me incorporo de golpe, mirando con incredulidad el cuerpecito de una niña.

Al ver que yo me muevo quiere levantarse para salir corriendo de allí. No se lo permito. Agarro su mano con firmeza, pero sin hacerle daño. La atraigo hacia mi pecho con algo parecido a ternura. Sorprendente que aún tenga esos pensamientos dentro de mí.

—¿Quién eres?— pregunto en voz muy baja.

La niña solloza, temblando. No sé si de miedo o de frío.

Maldigo enfadada, sabiendo que mi cuerpo está igual de frío que el suyo. Si la abrazo más, sólo conseguiré crearle más frío aún.

—¿Estás bien?

Ella asiente, entendiendo al menos lo que yo le digo. Bien.

—¿Estás sola?— susurro—. ¿Y tú mamá, y tu papá?

Sólo niega, dejando ya de intentar escapar de mi agarre.

Suspiro, temiendo averiguar que no sólo las mujeres como yo que hemos cometido asesinatos acabamos el resto de nuestra vida siendo vagabundas. Parece que en esta ciudad, Helena, también hay niños que no tienen hogar. Joder.

Me incorporo más en el suelo y levantándome aflojo mi agarre para tomarle de su mano con más dulzura que antes. No puedo ver su rostro por la oscuridad reinante que hay, pero por el tamaño de su cuerpo entiendo que la pequeña no

podrá tener más de seis o siete años.

Y está sola en la calle, en un callejón, junto a un cubo de basura y a una desconocida que bien podía ser una criminal. Me pongo a temblar con la conciencia de saber que sí que soy una asesina.

—Ven, cariño – murmuro acariciando con calma su cabello—. Voy a intentar llevarte a un lugar más cómodo para pasar el resto de la noche, ¿vale?

Ella asiente, de forma dócil.

Me alejo del cubo de basura, con ella a mi lado. Salgo del callejón sin saber a dónde ir. ¿Qué lugar puede estar protegido de la lluvia? ¿A dónde puedo ir con una niña pequeña?

Un coche pasa como loco por la carretera y da con la rueda un charco que nos empapa completamente de agua sucia. ¡Genial!

Me enfado, y tomando en brazos a la niña, camino en dirección al centro comercial. Sé que por la noche esa zona pertenece al negrito que me ayudó en la mañana, pero no tengo otra opción. Puedo darle como mitad de pago por ese favor la mitad de mi bocadillo. No va a rechazarlo.

La otra mitad restante, sé que irá para el estomaguito de la pequeña que solloza de frío en mis brazos.

—Ya llegamos, no te preocupes.

Le beso el pelo con dulzura, prometiéndole que pronto todo va a estar bien. Y espero no añadir a mis pecados el hecho de mentirle a una nena pequeña.

\*\*\*

Tal como supuse, el negrito al principio cuando nos vio llegar nos miro con el ceño fruncido. Estaba agazapado entre el alfeizar de una ventana y la entrada de un portal. Muchos cartones acolchaban su cuerpo. El techo de ladrillo del portal evitaba que las gotas de lluvia le cayeran de golpe en la cara.

Enfrente suya estaba a pocos metros, la entrada posterior al centro comercial, dónde los restaurantes y los bares sacaban la basura y tiraban los alimentos caducados al finalizar el día.

Al oírnos acercar, se levantó con expresión malhumorada por habernos atrevido a despertarle en plena noche. Enseguida cuando su vista enfocó el cuerpo tembloroso de la niña, se hizo a un lado, mirándome con curiosidad. Nunca me había visto en compañía de nadie más.

—Por favor, te puedo dar la mitad de bocadillo como pago si me dejas tu cama esta noche— le pido casi en una suplica—. No es por mí, es por ella.

—¿Y sus padres?

La niña comenzó a agitarse al oír la voz masculina.

—Por favor. Prometo que a primera hora nos iremos. Sólo quiero que esté tranquila y sin lluvia un rato.

En tiempo record y soltando varios suspiros seguidos, salió de allí con el ceño fruncido. Eso sí, la mitad del bocadillo se la llevó sin rechistar.

Ahora casi tres horas después, estoy junto a la nena, viéndola dormir con el dedo en la boca como si fuera un chupete. Me extraña que una niña que parece tan mayor como ella, siga teniendo esos gestos infantiles. ¿Cuánto tiempo llevará sola en las calles?

El olor que emana de ella, la suciedad de sus facciones y la ropa hecha jirones que trae, inducen a pensar es demasiado tiempo.

—¿Por qué nadie se ha dado cuenta de llevarte a un lugar seguro?— pregunto acariciando su pelo.

Sé que dormir un poco me vendría bien a mí también, pero si me tumbo junto a ella, voy a emparar los cartones y sólo conseguiré hacerle sentir más frío.

Miro ahora con nostalgia el trocito de bocadillo que me queda, y pasándolo por alto, lo dejo en un rincón que está seco, y me dedico a comer unos pedacitos del mendrugo de pan duro del día anterior.

Evidentemente mi estómago protesta, pero le ordeno callar con sequedad.

La niña necesita más esa comida que yo. Así de sencillo. No hay más que hablar.

Termino pronto de engañar mi hambre, y me recuesto en la pared, mirando con aprensión el centro comercial. Las luces del alba parece que ya quieren asomarse en el cielo, y aunque la lluvia sigue cayendo sobre nosotros, el nuevo día está por comenzar.

Me da mucha pena despertar a la niña, pero sé que si los del centro comercial nos descubren allí, llamarán a la policía para que nos saquen. Y no me apetece ver a ningún policía cerca.

Nunca más.

—Toma— me dice una voz de hombre sobresaltándome.

Es el negrito.

Trae consigo una manta pequeña, casi rota, pero que se ve muy abrigada. Eso en un brazo. En el otro tiene un abrigo de plumas y una prenda de ropa muy pequeña que no logro identificar.

—Para la niña— dice casi en un gruñido—. Se resfriará si no se cambia de ropa.

—¿Pero... cómo...?

—Son de mi hija – dice seco—. Vamos. Distraeré de nuevo al guardia para que entres al centro comercial. Cámbiala allí dentro en el baño, y que desayune tranquila.

Quiero agradecer su buena intención al coger entre mis brazos la ropa, pero enseguida se marcha, sin pararse a ver si le sigo o no. Cabeceo sorprendida del buen corazón del hombre.

¿Tiene una hija y aún así vive en la calle como un mendigo?

Miro las ropas con sorpresa al ver que eran telas caras.

Me encojo de hombros, tomando a la niña en mis brazos, con mucho cuidado de no despertarla. Me dedico a mecerla durante unos instantes al verla sollozar. Inspiro hondo agachándome para coger el bocadillo también,

sintiéndome tonta por casi olvidarle allí en el suelo.

—Vamos a ir a ponerte ropa limpita, cariño.

Camino lentamente hacia la puerta principal y sonrío divertida al ver cómo el negrito está sacando de quicio al guardia de seguridad. Miro el reloj digital que hay a la entrada del establecimiento y lanzo un silbido de asombro al ver que ya eran las siete de la mañana.

Jolín.

Cómo pasa de rápido del tiempo a veces.

Me acerco a la pared y tan rápido como puedo con la carga preciada que llevo, entro en el centro comercial y pongo rumbo a los baños con celeridad.

—¿Mamá...?— susurra la niña, despertándose, al notar tan fuerte el cambio de temperatura del exterior al interior del lugar.

Niego, pidiéndole que permanezca en silencio.

Entro rápidamente en el baño y cerrando con llave la puerta del servicio, bajo a la niña al suelo.

Me quedo sorprendida al ver a la niña por primera vez con plena luz.

—Pero si eres una nena, ¿cuántos años tienes, cielo?

No me contesta. Me arrodillo a su lado para que se fije en mis ojos.

—No voy a hacerte daño. Voy a ponerte ropita limpia hasta que se seque la tuya, y te daré algo de comer. Sólo te pido que no te asustes, ¿sí?

La niña se ilumina al oírme hablar de comida y sonrío con tristeza, agradeciendo mi idea de no haberme comido el bocadillo entero la noche anterior.

Se lo paso enseguida y empieza a comerlo con placer. Aprovecho su concentración en alimentarse, para ir cambiándola de ropa. Adiós al frío de lo mojado, bienvenido lo seco.

Una vez la tengo vestida bien sequita, la tomo en brazos, y sentándola en el lavabo, limpio su cara con agua. Detrás de toda la suciedad y la porquería, aparece ante mí una niña muy bonita.

—¿Te gusta el bocadillo?— le pregunto, intentando peinarla con los dedos.

Asiente.

—¿No sabes hablar?— pregunto preocupada.

—Mi mamá me dijo que nunca hablase con desconocidos— dice en voz muy bajita.

Bien.

Me siento feliz escuchándola.

—Tu mamá es una mujer muy sabia. ¿Dónde está, mi vida?

No contesta de nuevo. Puedo notar que siente miedo ante algo.

—Cariño, tu mami estará echándote de menos. Me gustaría poder llevarte con ella y así ponerla contenta.

—Mamá se quedó con papá cuando él enfermó— susurra mirando con anhelo los últimos trocitos del bocadillo—. Me pidió que corriese y buscase ayuda, pero nadie me ha hecho caso.

—¿Qué?

Dejo de peinarla, asombrada.

—¿Nadie te ha ayudado?— pregunto incrédula.

—Tengo seis años— dice como justificación.

—Creen que eres una huérfana— resumo yo atolondrada.

—Caí en un charco de barro con la lluvia.

Suspiro enfadadísima con la gente de ese maldito estado. ¡Ven a una niña pedir ayuda, y no se paran a escucharla! Por dios, ¿y luego soy yo la cruel psicópata de Carson City?

Intento calmarme, disfrutando de la buena noticia al menos.

—¿Eso quiere decir que sólo llevas un día en la calle?

—Desde ayer— dice asustada—. Mi papá estaba mal y no he conseguido ayuda. Yo...

—Mi amor— susurro bajándola al suelo con calma—. Voy a llevarte a un lugar dónde te van a ayudar, ¿sí?

Asiente, aún sin sonreír. Entiendo que extraña a su mamá. Normal. Con seis añitos, bastante ha hecho la pobre estando sola en una ciudad tan insolidaria como esa.

—¿Eres mamá tú?

Parpadeo sorprendida por esa pregunta.

—¿Mamá? ¿Yo?

Niego rápidamente, dejando su ropa mojada en el interior del cubo de basura. Saco la bolsa nada más y se la entrego a la niña.

—Tú mamá querrá que guardes tu ropita, cariño. Vamos.

Me miro yo ahora en el espejo de refilón y lanzo un suspiro de pesar al ver mi aspecto demacrado. Me extraña que la pequeña me haya confundido con una mamá, y no con una abuela. En serio.

La tomo de la mano y abriendo la puerta, salimos del centro comercial con paso seguro. La niña mira a todos lados, contenta al parecer de reconocer el lugar. Eso quiere decir que sí conoce el pueblo.

—¿Cómo te llamas, mi amor?— pregunto con la cabeza baja.

No me apetece que las cámaras del establecimiento me graben bajo ningún concepto.

—Kristine Krantz.

Krantz.

Mis oídos comienzan a pitarme de la impresión.

—Cariño... ¿fue tu mamá quién te dijo que salieras a pedir ayuda?— pregunto inquieta.

Asiente tras pensarlo unos segundos.

—¿Y a quién te dijo que fueras a pedir ayuda?— quiero saber con un nudo en la garganta.

Salgo con ella de la mano del Centro Comercial y me extraña no ver al guardia de seguridad discutiendo con mi colega, el negrito. No hay nadie en la

puerta.

—A la muchacha de pelo corto que duerme al final del callejón, junto al cubo de basura— repite ella casi de corrillo.

Me paro en la entrada, dejando caer al suelo mi manta mojada.

Me suelto de la mano de la niña, mirándola con sospecha.

—¿Quién hirió a tu padre, cariño?

—El hombre de la gabardina.

No espero a oír más.

Miro con pesar un coche que frena bruscamente a poca distancia de nosotras dos, y al ver a una mujer que se parece mucho a la nena, comienzo a correr hacia las calles de Helena como alma que lleva el diablo.

Por idiota, y confiada, me han encontrado.

Y no sólo eso, saben mi nuevo cambio físico ahora.

¡Maldita sea!

\*\*\*

Cruzo calles, avenidas, parques, locales, tiendas, corriendo como loca. He perdido mi manta, el poco dinero que tenía guardado, y lo peor de todo, mi ventaja con respecto al mundo.

Si Jason Laker fue quién envió a la niña a buscarme —evidentemente hipnotizándola, claro—, eso quería decir que seguramente ya habría hecho una grabación de mi aspecto actual. Adiós a vivir en la clandestinidad.

Las semanas pasadas de penurias no han servido de nada.

Miro hacia atrás a cada rato al oír pasos, y temo que me atrapen. Sé que Marcus le habrá contado a Jason mi rechazo hacia ellos, y seguramente no querrían de mí nada bueno. Algo más malvado que antes me tendrían preparado y no quiero saber lo que es.

Ser el arma criminal de esos dos no entra dentro de mi futuro a corto plazo.

Miro con pesadumbre el semáforo en rojo, y a los coches ir de prisa por la carretera. Me paro obligada si no quiero que me atropellen. Mi corazón late muy de prisa. La mirada confundida de la niña me quiere atormentar. ¿Por qué Krantz?

Maldito cabrón, hacer creer a esa niña que se apellida igual que el primo de Dann. Y ya no sólo eso, sino hacerla vivir un día entero en la calle. Una niña de seis años sola entre las peligrosas calles de Helena. No hay derecho.

Me lleno de furia y sintiendo una valentía repentina, echo a correr hacia la carretera, sin esperar a que se ponga en rojo. Varios conductores se ponen a pitarme, gritando si estoy loca o ciega, y pero yo no hago caso. Si llegan a pasarme por encima entre sus ruedas me da igual. Mejor muerta que en la cárcel.

No tengo tanta suerte.

Llego al otro lado de la acera, y sigo corriendo.

Parece que está empezando a amainar. Ya poco a poco van cayendo menos

gotas de agua. Ojalá eso sea bueno para que pierdan mi pista. Llevo más de quince minutos corriendo como una loca.

Miro hacia un lado y al ver una alcantarilla en el suelo, se me ocurre una idea arriesgada. Confirmando que no hay nadie cerca mía, y tirándome al suelo de golpe, abro la alcantarilla, y tras volverla a poner a mi paso, la vuelvo a colocar en su posición normal.

Quiero ir bajando de a poquito por la escalera hasta llegar al agua encharcada al fondo, cuando piso algo resbaladizo y caigo de bruces contra el suelo. Maldigo en voz baja. Duele.

Aguanto la respiración, llevándome la mano a la boca para frenar los insultos que quieren salir, justo cuando vuelvo a oír los pasos de antes. Esta vez no están detrás de mí, sino encima.

Elevo la vista hacia dónde está la rejilla de la alcantarilla y me encuentro con las piernas de Jason Laker. Y no, no lo reconozco por sus piernas de pollo, sino por su gabardina marrón.

¡Cabrón manipulador!

—¿Dónde demonios está?— le oigo gritar a alguien a su lado.

—No lo sé, señor, imagino que o bien ha parado a algún coche y se ha ido en él, o se ha metido en alguna tienda. Por aquí no ha podido continuar.

Esa voz que le habla, me llena los ojos de lágrimas. Es el negrito. El supuesto vagabundo que se ha quedado con mi poca comida a cambio de favores.

¡La ropa de mi hija, ja! Recuerdo furiosa.

Empiezo a llorar de pura frustración. Yo que pensé que estaba a salvo jugando el papel de mujer sin techo, y resulta que me han tenido controlada en todo momento.

—Marcus se cabreará mucho. La necesitamos para rematar el caso Garrett. La mujer y la hija de Jenkins siguen vivas.

—¿No puedo ir yo, señor?— pregunta el negrito con voz fría—. Yo puedo infiltrarme perfectamente en su vida. Según tengo entendido han puesto un anuncio para buscar un ayudante en la clínica veterinaria del mayor de los Garrett.

Niego, cabeceando la cabeza una y otra vez.

¿Quieren volver a usarme para atentar contra Maddy? ¡Locos!

—Se lo comentaré a Marcus. De momento hay que encontrar a Elizabeth Stone.

—Si me hubiera dejado atraparla antes...— se queja el negrito. ¡Le odio!—, ahora sería nuestra.

—Tenía que venir por propia voluntad. Esa mocosa había atraído su atención. A ti no te hacía ni caso. Si no pone de su parte, no podemos volver a drogarla para que haga nuestra voluntad. Salvaje como está ahora, no nos sirve.

Malnacidos.

Deseo subir para clavarles a los dos el primer objeto punzante que encontrase en sus oscuros corazones. Y podría haberlo hecho, sino fuera por la

debilidad de mi cuerpo. Así tan desnutrida como estoy no soy nada peligrosa.

Una simple niña ha podido traspasar mis defensas, ¿qué no podrán hacer hombres con tan poco escrúpulos como esos dos?

—¡Vamos! Hay que marcharnos de aquí antes de que venga la policía.

Espero en silencio hasta asegurarme que sus pasos ya no se oyen por ese espacio reducido.

Me apoyo en la pared y saltando a la pata coja, me aferro a la escalera para intentar subir hasta alcanzar la rejilla de la alcantarilla, pero está tan resbaladiza que vuelvo a trastabillar y caigo contra el suelo.

Esta vez no me golpeo en la pierna, sino en la cabeza y abrazo la inconsciencia con placer, deseando no despertar hasta dentro de mucho tiempo.

\*\*\*

*Westport, California.*

*02 de Septiembre de 2016*

*Entro en el restaurante y me dirijo a la mesa que tengo reservada a mi nombre. El camarero me sonríe c omo si me conociera de toda la vida. Le devuelvo la sonrisa con simpatía. No s e quién es, pero bueno, da lo mismo.*

*Observo el menú en la carta de comida, y lanzo un suspiro de pesar al ver que no hay nada barato.  Por qué habrá accedido a almorzar en un sitio tan caro?*

*—Buenos días, Elizabeth,  qu  desea tomar hoy?*

*Alzo la vista al camarero sorprendida de que sepa mi nombre. Quiero preguntarle si me conoce de algo, pero entiendo que lo que sucede es que recuerda los datos de la reserva. Nada más.*

*—Quiero un refresco nada más, sin azúcar— le pido con tranquilidad—, por favor.*

*—Claro, si desea algo más, no dude en ped rmelo.*

*Asiento, mientras se va.*

*—Llegaste pronto, querida.*

*Miro sorprendida a Marcus. Hoy viene vestido informal, con unos vaqueros y una camisa. En su mano trae un sobre marrón.*

*— Hoy no has tenido ninguna actuación?*

*—Sí, solo una. La tuya.*

*Le miro con el ceño fruncido.*

*—Dime lo que necesitas, hoy tengo el día ocupado— murmuro pensando en los niños de la tarde.*

*—Te traigo tus siguientes objetivos, cariño.*

*Pone el sobre en la mesa y saca varias fotografías.*

*— Qui nes son?*

*— No te lo cont  Laia?— me pregunta sorprendido—. Pens  que finalmente te encontraste con ella.*

—Sólo con Joanne Pearson. Mi hermana ya no estaba en Madrid cuando fui— digo segura de mí.

Paso entre mis manos las fotografías, mirando atentamente los rostros desconocidos para mí. Son cuatro hombres, y dos mujeres.

—Tú si viste a tu hermana, ¿no lo recuerdas? Eso es cosa mía.

Quiero decirle que no sé de qué habla, pero con una mirada me hace callar. Me quedo en silencio de forma inmediata.

—Bien. Sabes que puedo hacerte recordar lo que yo deseo, ¿no?

—Sí.

—Después olvidarás esto llegado el momento, así que te voy a contar quiénes son— sigue diciendo con todo de voz serio—. Son Fran Krantz, Jim y Danniell Garrett, Sean Jenkins, Maddy Jenkins y su hija Madeleine.

Mi vista no se despega de los ojos de Marcus. A veces son tan atrayentes...

—¿Qué tengo que hacer con ellos?

—Tienes que matar a las chicas y a Francisco Krantz. Asiento, sin darle importancia.

—¿Cuándo?

—El 21 de Septiembre. Te tendremos organizado todo en una de las habitaciones de mi motel. Por eso tú no te preocupes. Sólo tendrás que fingir que le seduces, emborracharte y cuándo él intente tener sexo contigo, le matas. Varias cuchilladas en el pecho. Sin piedad.

—¿Lo recordaré después?— pregunto en voz monótona.

—Sí. Con el tiempo. Como esta conversación.

Veo de reojo cómo el camarero me trae una bebida con un líquido de color verde.

—Tómalo, cariño.

Lo hago sin pensarlo. ¿He pedido un zumo en vez de un refresco? Hago una mueca de asco.

—¿Y qué hay con los hermanos Garrett?

—Jim es el hermano mayor, es inofensivo. Su vida es insulsa. Sólo se preocupa por su mujer y por sus animales. Cuando mates a Madeleine él mismo caerá de la torre de marfil por sí solo— se queda un momento en silencio, esperando que yo le diga que entiendo lo que dice. Afirmando con la cabeza—. Y bueno, Danniell Garrett, es otro tema.

—¿Otro tema?

—Es la razón de que hayamos preservado tu virginidad, Elizabeth. Tienes que entregársela a él a cómo dé lugar.

—¿Qué?

Empiezo a sentirme como mareada. Me llevo las manos a la cabeza al notar que empieza a dar vueltas la sala del restaurante.

—Tranquila, enseguida te sentirás bien— sonrío él burlón—. Recuerda esto y ya te dejo en paz por hoy. No volveremos a vernos más, creo. Hasta después.

Quiero pedir un vaso de agua que me reanime, pero Marcus toma mi mano, impidiendo todo movimiento.

—Tras matar a Fran, tendrás que ir a un pueblo llamado Nottville. En estas fotografías, por la parte de atrás, te pone la dirección dónde les encontrarás. Memoriza la ruta

*esta noche y luego destruyes las fotografías. No vas a olvidar el camino que te lleve a ellos.*

*—¿Y cuándo les encuentre?*

*—Sentirás pasión inmediata por el menor de los Garrett. Te mojarás por él. Tienes que seducirle a cómo dé lugar. Le necesitamos rendido a tus pies para bloquearle. Sabemos por una antigua querida suya que se deja llevar mucho por sus sentimientos. Le necesitamos fuera de control, ¿sí?*

*Fuera de control.*

*Pasión inmediata por él. No suena mal.*

*—Un par de semanas después, cuando ya sientas que daría su vida por ti, tienes que matar a tus siguientes víctimas: las mujeres en la vida de Sean. Le queremos destruido para comprar su empresa. Necesitamos su imperio. Su riqueza, y su poder.*

*—¿Absorberéis su empresa?*

*—No, querida, nos la regalará— admite riendo a carcajadas—. Y yo por fin seré el primer millonario que hay en esta zona de Estados Unidos. Tendré el poder del sector hotelero y el de la seguridad. Un negocio redondo.*

*Un pensamiento cruza mi mente.*

*—¿Y Jason?*

*Ríe fríamente.*

*—¿Quién?— responde encogiéndose de hombros—. La gloria sólo será mía.*

*Bajo la vista a las fotografías y clavo la mirada en mi supuesta víctima de seducción. El hombre con ojos azules que está retratado, tiene expresión jovial pero dura. No parece fácil engañarle.*

*—¿Qué hay que hacer con él una vez todo se termine?— pregunto en voz muy baja.*

*—Él también morirá claro. Le matarás, llegado el momento, cariño.*

\*\*\*

## **Helena, Montana.**

### **En el presente.**

Grito a pleno pulmón, y no por sentir patitas pequeñas recorriendo mi pecho y mi estómago. A saber cuánto tiempo llevan pasando por mi cuerpo en búsqueda de comida. Grito con puro pánico al ser consciente del sueño que acabo de tener.

No, sueño no, pesadilla.

Una pesadilla muy real.

Empujo a los bichitos de mi cuerpo al mismo tiempo que me incorporo en el lugar. Noto la mano pegajosa. Llevo la mano al cráneo y sé aunque no lo vea, que estoy sangrando. Sí que me he tenido que dar fuerte contra el suelo al resbalarme.

Miro a la abertura de la alcantarilla y me sorprende ver que es de noche. ¿Cuánto llevo inconsciente?

Me sacudo todo el cuerpo para sacar de mí cualquier animal que haya querido quedarse conmigo, y agarrándome con fuerza a los peldaños, comienzo a

subir hacia la superficie lentamente. Vuelvo a escurrirme, pero esta vez no me caigo. Me golpeo la muñeca. Suelto un gemido de dolor, y aún así sigo adelante.

Casi canto un aleluya al agarrar la alcantarilla y empujarla hacia fuera para salir a la calle. Salgo rauda, disfrutando del aire frío en mi rostro.

Gimo un poco sintiendo mi cuerpo helado. Estoy tiritando, creo. Miro a ambos lados de la calle y al no ver a nadie, comienzo a andar cojeando con la mente puesta en conseguir un lugar caliente donde tumbarme.

Me acerco a las primeras casas que encuentro, y me dedico a llamar al telefonillo de cada una de las viviendas que hay. Muchos contestan con voz gruñona. Otros adormilados. Incluso uno es capaz de amenazarme con bajar para darme una paliza por hacer bromas a esas horas de la noche.

No me detengo hasta que veo que una de las casas grandes no contesta. Casi quemo el timbre pulsando el botón repetidamente, y no tengo respuesta. Bien.

Cojo una piedra del suelo, y rápidamente la lanzo en una de las ventanas, la que está en la parte de atrás de la casa. Meto la mano y quitando el cierre desde dentro, abro la puerta y entro en el interior.

—¿Hola?— digo en voz alta, buscando averiguar si hay alguien durmiendo dentro.

Paseo hacia el salón y al ver todo apagado, intuyo que los dueños de la casa están fuera. Rezo porque estén fuera de viaje.

Me acerco al contestador automático y al ver que parpadea una luz roja, le doy para escuchar el mensaje grabado.

—Querido, tu hijo y yo hemos llegado bien a New York. Mis padres te echan de menos. Cuando regreses en una semana, por favor, toma el avión directo hacia aquí. Tenemos una sorpresa que darte. Te quiero.

Gruño enfadada con esa mujer, por poder ser feliz.

Escucho de nuevo el mensaje para ver que día se grabo. Saco cuentas mentalmente y descubro que tengo dos días antes de salir de esa casa.

Bien.

Camino hacia el sofá, y me tumbo de golpe en él. Cierro los ojos, intentando calmar el dolor de cabeza que quiere venir a atacarme. Aún tengo secuelas del golpe en las alcantarillas. ¡A saber si alguna rata no paso por mi herida tan campante sin yo darme cuenta!

Decido dormir un rato más.

Ojalá que no tenga más pesadillas.

\*\*\*

El ruido de una ambulancia me sobresalta. Tanto que al intentar levantarme, me caigo al suelo de golpe. Me insulto a mi misma por actuar con histeria.

—Tonta, estúpida, idiota.

Sigo diciendo insultos mientras me pongo en pie. Me duele la rodilla, y la cabeza horrores. Camino a la cocina en búsqueda de algún botiquín o de algo así

que tenga algún analgésico. Deseo cantar de nuevo el aleluya al ver un paquete de Ibuprofeno en un armario.

Saco un vaso y llenándolo de agua, lo tomo.

Agua.

Mi mente se despeja en seguida al ser consciente de que tengo toda una casa para mí. Una casa con agua, ducha, cama, y comida. ¡Comida!

Corro al frigorífico y sonrío de pura de felicidad al ver variedad de platos hechos. No pienso en lo que hago. Saco todo lo que mis manos pueden tomar, y sin usar tenedor ni nada, comienzo a engullirlo con las manos.

Intercambio comida con agua.

Así durante más de media hora. ¡No me he sentido tan llena en semanas!

Cuando comienzo a sentir arcadas de tanto comer, dejo a un lado la comida, y voy hacia el salón para reposar un poco el estómago. Creo que he exagerado un poco. Si mi memoria no falla, entre embutido, quesos, pasta, filetes y sándwiches, no he dejado pie con cabeza, como decía mi abuela.

Todo me lo he comido.

Busco el mando de la televisión y le doy a encender curiosa por ver qué noticias dan en los noticieros. Sobre todo sobre mí. Quiero saber si tengo que salir huyendo en cuanto mi estómago repose algo la comida engullida o si puedo disfrutar del día en esa casa.

No tengo que cambiar mucho de canal cuando sale mi rostro en un informativo.

Mi rostro de ahora.

¡Maldito sea el manipulador de la gabardina!

Subo el volumen para ver lo que la noticia dice.

—Estamos tratando con una psicópata sin lugar a dudas— dice el presentador, un hombre con traje y cortaba. Su expresión es seria—. No sólo es capaz de vivir entre los mendigos de nuestra ciudad, Helena, sino hasta que se daña con una navaja en el rostro para pasar desapercibida.

Me río con frialdad al oírle. Herirme a mí misma. Como si el navajazo del chaval ese en Billings, no lo hubiese sufrido yo en mis carnes.

—Este es el retrato real— comenta enseñando mi fotografía con el pelo corto y de color gris. La cicatriz a través de la pantalla del televisor se ve horrenda—. No sabemos si le ha dado tiempo de huir de Helena o no. La última vez que se la ha visto ha sido en la mañana, en el Centro Comercial. Se atrevió a secuestrar a una niña para a saber qué avieso fin.

—¿Qué?

Me levanto del sofá indignada.

Mi estómago protesta por el movimiento, pero le ordeno que calme.

—Vamos a retransmitir en directo con nuestra enviada especial a la casa de la pequeña Kristine, la pequeña que fue arrebatada a la fuerza de los brazos de su madre por Elizabeth Stone, la peligrosa fugitiva de Carson City.

¿Llevar a la fuerza?

¿Secuestrar?

Miro atenta la pantalla y me quedo sin habla al ver a la nena que durmió conmigo la noche anterior, en brazos de su madre. La mujer sale en cámara llorosa y temblando. Mira al periodista con dolor no fingido.

Por dios.

Quito el volumen enseguida de la televisión, sin ganas de querer escuchar cómo me retrataban de monstruo. Así que Jason Laker ha implantado en la mujer que yo secuestré a su hija. Muy bien. Más delitos a mi espalda.

Mi estómago vuelve a protestar por toda la comida ingerida con tanta ansiedad y corro en búsqueda de un baño, sabiendo que necesito evacuar.

¡Esto ya es lo que me falta, por dios bendito!

\*\*\*

Tardo casi media hora en el baño. La ira aún no se me va. Si logro dar cuando me recupere con Jason o con el negrito vagabundo falso, iban a saber quién soy yo.

Me limpio bien, y quitándome de golpe la ropa sucia, me meto en la bañera decidida a darme un baño relajante.

—La psicópata de Carson City— murmuro muy triste—. De asesina de hombres a secuestradora de niños pequeños. ¿Qué vendrá después?

Cierro los ojos con un gemido disfrutando del vapor del agua caliente en mi piel. Me escuece mucho la brecha que tengo en la cabeza. ¡La herida! Me llamo tonta por no habérmela curado antes. Intento tener cuidado con ella cuando me lavo el pelo.

Lanzo varios suspiros de placer. Un aplauso para los pequeños placeres de la vida. Curioso que después de no haber estado ni treinta días metida en la piel de una mujer sin techo, pudiese echar tanto de menos los beneficios de tener una casa.

Una cama mullida. Comida en la despensa. Agua caliente.

Pequeños lujos que ahora estoy disfrutando como una nena pequeña.

La alegría se me va de golpe al acordarme a la supuesta niña Krantz. Evidentemente ese no era su verdadero apellido. Jason se lo había inventado para captar mi atención. Si no hubiera echado a correr, o si no me hubiera decidido por preguntarle a la niña sobre su familia, me hubieran pillado.

La gran pregunta pensándolo bien que tengo ahora es, ¿por qué tardaron tanto en quererme capturar?

El negrito me había visto sola por varios días, ¿por qué no hizo nada? ¿por qué meter a una niña?

Tenía que venir por propia voluntad.

Recuerdo las palabras de Jason Laker.

Apago el grifo con un gemido lastimoso y salgo de la bañera. Voy al espejo del lavabo y me fijo sorprendida en el reflejo del cristal. Sin tanta suciedad en el cuerpo, vuelvo a parecer una joven de mi edad. Ya no parezco tan mayor, aún

teniendo el pelo del color blanco grisáceo.

Bajo la mirada de mis pechos hacia mis costillas para llegar a las piernas y me estremezco al contemplarme tan delgada. Sin las ropas andrajosas es evidente que cualquiera que me conoce me puede reconocer sin lugar a dudas. Me he engañado a mí misma como una tonta.

Una tonta huidiza.

¿Por qué siempre termino huyendo de todos los sitios?

—Mi problema es que me invento vidas y cuando algo no sale como yo quiero salgo por patas.

A mi mente viene el recuerdo de Dann y siento ganas de llorar hasta quedarme sin lágrimas. Marcus me manipuló para enamorarme de él. La puñetera bebida que me dio, tanto ese día en el restaurante, como en las ocasiones anteriores, era droga.

—Ahora resulta que soy una psicópata drogadicta— murmuro triste—. ¿Qué más cargos puedo llegar a sostener?

Me llamo estúpida por haberme creído por un instante que la magia existía. Nunca me han hipnotizado. Simplemente usaron la droga – ahora sí no sé qué clase de droga utilizaron—, para hacer conmigo lo que querían.

Me convirtieron una asesina a base de drogas.

Muy bonito todo.

Me dirijo hacia un armarito blanco y agradezco al cielo que haya un botiquín en su interior. Tomo en mis manos un par de gasas, alcohol y tiritas, y procedo a curarme la herida de la cabeza. Ya no sangra, pero seguramente una desinfección completa no me hará mal.

Cierro fuertemente los ojos, intentando alejar el dolor que me ocasiono en la cura. El alcohol me arde. Creo que sigue abierta la herida. Maldita alcantarilla.

Me vendo esa zona de la cabeza, y vuelvo a fijarme en el espejo, intentando saber qué hacer ahora con mi cabello para que no les sea tan fácil localizarme. Ahora todos creen que sigo escondida en algún lugar de las calles de Montana. Debo sacarle ventaja al hecho de haber entrado en una casa.

Me toco el cabello cortito con suavidad, y aunque no quiero, no puedo evitar pensar en Dann.

Matarle. Marcus quería que yo le matase cuando todo eso acabase.

—Matar— grito abriendo los ojos como platos.

Bajo corriendo hacia el piso inferior, en búsqueda del teléfono. Ahora que mi estómago está lleno, y mis necesidades básicas están cubiertas, vienen a mí los recuerdos de lo vivido en las últimas horas.

¡Jason Laker quiere enviar a alguien a matar a Maddy y a Brianna!

Otra vez van a atentar contra ellas.

No sé cómo, pero tengo que impedirlo. Por Dann y por Jim.

—Aunque me odiéis— susurro tomando el teléfono en mis manos—. Seguramente no me vais a escuchar pero algo tengo que hacer.

El recuerdo del cuerpo inerte de Maddy y de Brianna a mis pies, vuelve a

asaltarme, y parece tan real, que casi me tambaleo. Me agarro a la mesita para evitar caerme de bruces contra el suelo de parquet.

—No. Ya no más. No quiero ayudarles más en sus malvadas intenciones.

Sé que mi acción seguramente no servirá de nada, pero al menos tengo que intentarlo.

Marco el número de la policía de Nottville, aún me lo sé de memoria, y pido que me pasen con la familia Garrett. Les digo que soy Amy Kimberly y los muy idiotas no dudan en decirme que permanezca a la espera, que enseguida me pasan con ellas.

El reflejo de mi figura desnuda me mira con reproche desde el cristal de la mesita y yo cabeceo con firmeza.

—He dicho que no voy a dejar que las maten, no que fuera a dejar de mentir — me contesto a mi misma sin arrepentimiento—. La psicópata de Carson City está siendo buscada por la policía por algo, ¿no?

Camino hacia el sofá y tras intentar respirar calmadamente, escucho al fin una voz masculina a través del teléfono. Agradezco a todos los santos que no sea Dann quién conteste la llamada.

—¿Dígame?

—Buenos días, Sean Jenkins— musito con resentimiento, al reconocerle enseguida.

Sus negocios y su ambición son los causantes de todo aquél problema y eso mi mente no lo olvida.

—¿Quién es?

No me reconoce. Bueno, bien, supongo que es normal. Sólo me ha visto una vez. Bueno, si contamos las veces que me habrá visto en las dichas imágenes que Jason filtró de mí asesinando y manipulando vehículos, seguro que la cuenta de veces que me vio aumentan.

—¿Agente Kimberly?— pregunta.

Río sin poderlo evitar.

—No, señor Jenkins. No soy esa poli pesada de Carson City.

Se queda en silencio unos segundos.

—¿Señorita Stone?— pregunta con odio—. ¿Es usted?

—Sí, Sean. Soy yo.

Lanza una retahíla de insultos, sobre mí, claro. Diciéndome que me encontrará aunque sea lo último que haga, que casi destrozo a su familia, que me aleje para siempre de Danniell, y mil cosas más que no presto atención.

—Bla, bla, bla— le digo, haciéndole callar—. No he llamado para que me insulte, sino para advertirle, señor Jenkins.

—¿Advertirme? ¿Acaso va a venir hasta aquí para rematar su hazaña con mi mujer y mi esposa? ¿Es eso?

Alejo el teléfono unos centímetros. Guau. Qué potencia de pulmones tiene el padre de Maddy. Para ser un hombre mayor es enérgico.

—Sean...— murmuro tuteándole por primera vez—. Usted está viendo mi

teléfono. No me estoy ocultando. Estoy en Helena, Montana. Esta llamada no es una trampa.

Se queda en silencio otra vez, respirando agitadamente.

—Escuche, usted no me cae bien— confieso sin ser verdad del todo. Me han “entrenado” para odiarle, a fin de cuentas—. Usted es primer lugar quién ha provocado todo este lío.

—¿Qué yo qué...?

—Maddy y Brianna están condenadas a ser asesinadas por su empresa, señor Jenkins— le confieso con ira—. Su ambición en los negocios y su expansión han provocado toda esta situación. Si me pidieron que asesinase a su mujer y a su hija, fue para destruirle a usted.

Mis palabras parece que hacen efecto. Se mantiene en silencio escuchándome atento. Bien. Aprovecho la situación.

—El asunto es este. Han enviado a otra persona para acabar con Maddy y con Brianna. Imagino que ya habrá salido para Nottville. Van a usar la búsqueda de un ayudante que ha hecho Jim en su clínica para infiltrar al asesino.

—¿Cómo diablos sabe usted lo de Jim?

—Lo sé porque iban a utilizarme a mí para terminar el trabajito— afirmo con pesar—. Digamos que me he negado y han iniciado el plan B.

Suelta un par de maldiciones más a través del teléfono y vuelvo a alejar el teléfono de mi oído. Vaya, ya ha recuperado el habla.

—¡No le creo nada! Es usted una muy buena mentirosa, señorita Stone.

Una exclamación de sorpresa y de ira se escucha a través del teléfono y me imagino que otra persona acaba de llegar a la casa y acaba de oír a Sean pronunciando mi nombre. Genial. Más complicación.

—¡Tú!— grita la voz de Jim Garrett a través del teléfono.

Oigo a Sean diciéndole que le devuelva la línea, pero no lo hace. Ahora es el hermano de Dann quién descarga toda su ira sobre mí.

Cuento hasta diez. Joder, cómo me odia.

—¡No te atrevas a acercarte nunca más ni a Maddy ni a Dann! ¡Voy a protegerles con mi vida si es preciso!

Me levanto de golpe del sofá, muy enfadada. Me he cansado de los insultos.

—Mira, Jim. En un par de días, llegará a tu clínica veterinaria un hombre de color solicitando el puesto de tu ayudante. Tiene un lunar encima de la ceja derecha— le aviso—. El hombre de la gabardina, Jason Laker, le ha mandado para matar a Maddy y a su madre. No le temblará el pulso hacerlo. Si te pones en su camino tú, o el propio Sean, moriréis todos. Quieren la empresa de Sean y no se pararan hasta hundirle.

Se queda ahora él callado ante mi arrebató de enfado. Ríe burlón a continuación. No me cree. Maldición.

—¿Piensas que me voy a tragar ese cuento?

—¡Tú verás! ¡Es tu mujer a fin de cuentas!

Cuelgo el teléfono enfadada. Siento impulsos de destruirlo a golpes contra

el suelo, pero no lo hago. Tengo que salir de esa casa rápidamente. Sean Jenkins sabe mi localización, y rastreando el número del teléfono desde el cual le acabo de llamar, me encontrarán enseguida.

Entro en el primer dormitorio que encuentro, y tras buscar ropa de hombre, me visto así. He pensado que voy aprovechar mi extremada delgadez para hacerme pasar por un varón.

Me pongo un vaquero, y una camisa de color blanca. Después cojo un sombrero de vaquero, un pañuelo para anudarlo al cuello, y una mochila de debajo de un cajón. Voy a coger algo de provisiones de la cocina antes de marcharme del pueblo.

—Así que se supone que ahora soy un hombre— murmuro mirándome en el espejo con ojo crítico.

La ropa masculina me queda algo grande y ancha, y el sombrero volará con una ráfaga grande viento, pero bueno. Sí parezco un hombre. No puedo pedir más.

Regreso al salón, y tras coger la comida que puedo cargar, me dirijo a la puerta para salir de la casa con pesar. ¡Qué poco he disfrutado de estar refugiada entre cuatro paredes!

Voy a girar el pomo de la puerta cuando oigo unas pisadas desde el exterior. Corro rápidamente a esconderme en la cocina, al sentir cómo unas llaves entran en la cerradura para abrir.

¡Acaba de llegar el dueño de la casa!

Miro con cuidado al hombre que entra en la vivienda. Está hablando por el teléfono móvil. Deja las llaves del coche en una mesita y su maletín en el suelo.

—Cariño, estoy llegando a casa. Me doy una ducha y salgo para casa de tu madre.

Suerte que no mira hacia la mujer que finge ser hombre, pienso cruzando dedos. Espero hasta perderle de vista por las escaleras, y voy rápidamente a coger las llaves de su coche.

*La psicópata de Carson City, pienso con burla saliendo de la casa con la mochila auestas, a parte de asesinar, secuestrar y conspirar para matar a buenas personas de Nottville, también ahora se dedica a robar comida y coches de buenos ciudadanos. ¡Qué buen titular!*

Entro en el BMW X5 que hay aparcado en la entrada, y salgo pitando leches de allí, en rumbo a un lugar conocido. Haber hablado con Sean y con Jim me han hecho darme cuenta que seguir huyendo es una tontería. Tarde o temprano, terminarían encontrándome. No sólo tenía que huir de los Garrett, o de la policía.

Marcus y Jason Laker también estaban detrás de mí, y ellos son mucho más peligrosos que los demás juntos.

—Tengo que encontrarles yo antes de que me encuentren ellos— murmuro buscando un cartel que me indicase cómo llegar a alguna carretera interestatal—. Dejar de huir y enfrentarlos. Es mi mejor opción.

Lanzo un ruego a cualquier ser superior para que proteja a Maddy. Jim no me ha creído nada de lo que le dije.

—No permitáis que le pase nada, ahora que está embarazada— susurro entristecida—. Prometo que si sobrevive a todo esto, yo....

Giro bruscamente a la izquierda en el carril de la izquierda, incapaz de terminar la promesa. La desesperación por su bienestar me pide que comprometa mi libertad por su seguridad, pero no soy capaz de hacerlo. Ir a la cárcel me aterra. Mucho.

—¿Te aterra más que ver el sufrimiento de Dann ante la muerte de su cuñada?— me pregunto con voz ronca.

No tengo una respuesta clara a esa incógnita. Llegado el caso, si tengo elegir entre ellos y yo, no sabría que podía elegir. Dann y Maddy son importantes para mí, ¿pero y Sean, Brianna o Jim? Ellos me odian. No darían ni un centavo por mí.

Me burlo de mí al comprender que en la situación actual, ni siquiera Dann daría un penique por mí, pero eso me lo tengo merecido. Nunca fui sincera con él. Ni mi enamoramiento de él ha sido real. Todo producto de una droga.

Me pido calma a mí misma al ver que casi cierro los ojos y casi me la pego con el coche. Ahora no es el momento de dejarme llevar por los sentimientos.

Tengo que convertirme en la mujer fría que Marcus quiso hacer de mí. Su plan fue hacerse con el negocio de Jenkins, ¿no? Pues por ambicioso, yo le haría quedarse sin nada. Y no robándole su dinero, o destruyendo su empresa. No. No tengo tiempo para perderlo en eso.

Le arrebataría algo más. Algo que él me manipuló para aprender a hacer. ¡Le mataría a sangre fría!

Mi corazón palpita con fuerza contra mi pecho. Espero durante un segundo sentir remordimiento o pesar por el plan que se está formando en mi mente, pero enseguida descubro asombrada que no quiero retroceder en la idea.

Quiero llevar a cabo el crimen, y en esta ocasión lo voy a hacer con alevosía y premeditación. Sin dudas, ni arrepentimiento.

—Voy a matar a un hombre— murmuro apretando el volante con fuerza.

Bajo la ventanilla del vehículo, y el fresquito de la calle entra en el coche y me golpea en el rostro. Sonrío casi con frialdad al cruzarme con una empresa que anuncia compra venta de vehículos. Sé que hacia este automóvil no tengo ningún tipo de cariño ni de pesar por venderlo.

Pongo el intermitente derecho y entro en el polígono industrial.

Primero me toca vender el coche, segundo tras obtener recursos ir en busca de Marcus. ¿Y qué es lo tercero?

Sencillo, que todos vean y tiemblen de miedo al contemplar en acción a la verdadera psicópata de Carson City.

## Capítulo 4

**Billings, Montana.**  
**23 de Enero de 2017**  
**Samuel Gómez.**

Dejo en el coche solos a Mike y a Dann y camino con paso lento hacia el hotel. Tras varios días de investigar y de recorrer el pueblo en búsqueda de Elizabeth, nos hemos encontrado al fin con la mejor pista del día.

Echo un último vistazo a mis colegas y no puedo evitar sonreír de impaciencia al ver que cada uno está a lo suyo. Dann sentado al volante mirando hacia mi dirección, preocupado por mí —¡cómo no!—, y Mike, reclinado en el asiento de atrás, con los cascos puestos, escuchando la radio en búsqueda de novedades.

¡Vaya par!

—No tardo nada— le digo a Dann, levantando el pulgar derecho en señal de que todo está bien.

Le veo cabecear y sonrío con mayor fuerza.

Vuelvo a mirar hacia el frente y al entrar el hotel, me dirijo directamente a la recepcionista. Gruño interiormente al fijarme en su preciosa cabellera y pensar inmediatamente en el rostro de Melanie.

Joder, no me la puedo quitar de la cabeza.

Desde que la dejé en Westport, en su colegio con sus alumnos, no he vuelto a llamarla. Tampoco he contestado a sus mensajes. ¿Para qué? Nuestra relación fue algo pasajero. Sin pena ni gloria. El sexo fue bueno, evidentemente. Melanie es una mujer apasionada y ardiente.

Pero nada más.

Yo tengo mi vida en New York, dirigiendo la sede de los Jenkins allí. Y ella tiene su futuro en Westport, con sus alumnos y sus profesores.

No tenemos nada en común.

—Buenos días, caballero— me dice coqueta la recepcionista al llegar a su lado.

Le muestro una sonrisa de cortesía, carraspeando intentando quitarme de la cabeza la imagen de Melanie.

—Buenos días – le digo sacando la imagen de Elizabeth de mi pantalón. Saco también mi licencia de investigador privado—. Estamos buscando a esta mujer.

Ella mira la fotografía y alza una ceja de reconocimiento que no me pasa desapercibida.

—¿La conoce?

—Sí, estuvo por aquí pidiendo trabajo como señorita de la limpieza, hará un par de semanas— dice—. No tenía papeles, ni recomendaciones, así que le dijimos que no podíamos contratarla. Se marchó a pedir trabajo al restaurante de al lado.

Asiento, excitado. Bien.

Siento que vamos por buen camino.

—¿Ha vuelto a verla por el pueblo?— pregunto.

Me devuelve la foto, cambiando la expresión de su rostro de repente. Se queda mirándome fijamente, parpadeando.

—¿Perdón?

—Después de que le pidiera trabajo, me refiero, ¿la volvió a ver en el hotel o por el pueblo?

—A decir verdad sí, pero...

Se queda callada, rehuyendo mi mirada.

Le muestro mi placa para que vea que no voy de farol en el asunto.

—Esta muchacha es Elizabeth Stone— le digo con voz ronca—. Ha matado a una persona en Carson City, y ha atentado con otras tres más, al menos que sepamos nosotros. Si usted sabe algo de ella, me gustaría que me lo dijera.

Omito decirle que si no lo hace, informaré a la autoridad local para que la interroguen ellos en comisaría. La expresión de mi rostro lo dice todo, y me doy cuenta, por la palidez que se muestra en su bello rostro.

—Yo... yo... tengo a alguien registrada en el hotel con ese apellido— murmura mirando al suelo.

Mi corazón palpita a cien al oírla.

—Me estoy saltando a la torera la Ley De Protección De Datos al decírselo — musita lentamente.

—¿En qué habitación está?

Accede al ordenador, y tecleando el apellido, murmura un número de habitación, en la planta cuarta. Me inclino ante el mostrador y leo el nombre de la huésped. Laia Stone.

No Elizabeth.

Siento decepción de forma inmediata.

La pista no nos ha llevado ante Elizabeth, sino ante su hermana.

—¿Podría describirme a esa mujer?— le pregunto inquieto.

A mi mente viene la imagen de la falsa Laia de Tahoe City. Quizá nuestra visita a ese hotel no haya sido una pérdida de tiempo a fin de cuentas.

—Alta, pelo rizado, de piel oscura. Llego en un vehículo importado que

aparcó en nuestro garaje.

Piel oscura. Bien. Es la falsa Laia.

—¿Vehículo importado? Dígame la matrícula del coche, por favor.

Sé que me va a protestar por la LOPD otra vez, y suelto un gruñido. Giro la pantalla del ordenador y ante su enfado, leo la matrícula del coche anotada en la ficha de cliente del hotel.

—Ajá—.

Como he intuido, es la misma matrícula del coche del tal Marcus cuando me dio la grabación. Aquello huele a trampa a kilómetros.

—Quiero que me dé una copia de la habitación de esa mujer— susurro alejándome del mostrador.

—Yo no puedo hacer eso— dice ofendida—. Señor Gómez, en mi hotel se rigen unas normas muy estrictas sobre...

No la dejo terminar.

—¿Prefiere que llame a la policía y que la lleven a la estación para que la interroguen allí?

A mala gana me lanza la llave. Tiene la ira grabada en el rostro. Ya no me parece bella.

Me giro hacia los ascensores, sacando el teléfono móvil para llamar por refuerzos, cuando recuerdo una cosa extraña en esa conversación.

La recepcionista se cruza de brazos enfurruñada.

—¿Cuándo vio a Elizabeth por última vez?— le pregunto con voz fría.

—¿Disculpe?

—Identificó a Laia justo después de que yo le hablase del apellido Stone, pero antes de eso, ya sabía otra cosa. ¿Qué es?

Intuyo que no me lo va a decir, y yo ni corto ni perezoso, comienzo a marcar delante de ella el teléfono regional de la policía.

—Vino al hotel en compañía de un señor mayor, unos pocos días después de que rechazáramos sus servicios como empleada— dice en voz muy baja—. Estuvo una media hora con él y luego se fue con la mirada baja.

Alzo una ceja con sorpresa.

—¿Media hora?

—Es un señor que siempre reserva suite para sus placeres personales— me aclara avergonzada—. Es familiar del cochero, por eso hacemos la vista larga a sus gustos íntimos. Hay días que puede venir con más de siete señoritas distintas.

Creo que mi rostro se pone pálido y ella lo nota. Mira al suelo avergonzada. Yo niego con un gesto, mientras me guardo el móvil en el bolsillo de nuevo. No voy a llamar a Dann y a Mike ahora.

¿Cómo demonios le decía a Dann, esa... novedad con respecto a Elizabeth? Sé que no va a gustarle nada. ¡No me gusta ni a mí, y eso que esa mujer ni me va ni me viene!

Pulso el botón del ascensor y marcando el número cuatro, agarro con fuerza la llave magnética. Me apoyo contra el ascensor, contando hasta diez para

reorganizar mis ideas. No creo tener la suerte de encontrarme con la falsa Laia y su cómplice en el mismo lugar.

Demasiada casualidad.

El sonido de mensaje entrante en el móvil, me sobresalta. Lo miro por encima con el ceño fruncido, y lanzo un suspiro de impaciencia al ver el nombre de Melanie en la pantalla.

—Qué mujer más insistente— murmuro medio enfadado, medio complacido.

Leo el mensaje suspirando.

*Samuel, sé que no quieres saber de mí. Rebuirme estos días me lo ha dicho alto y claro, no voy a insistir más. Sólo quiero que me llames por un asunto urgente. Es sobre el caso de Elizabeth. Llámame. Espero que estés bien. Saludos.*

Pulso en eliminar mensaje.

El ascensor se abre enseguida y me guardo el teléfono en el bolsillo. Algo dentro de mí me dice que el mensaje de Melanie es sólo un reclamo para que yo contacte con ella. Al ver que la he evitado estos días, se le ha ocurrido usar el nombre de Elizabeth para atraer mi atención.

—No soy tan tonto, querida señorita Sánchez— musito malhumorado.

Camino a grandes zancadas hasta la habitación de la supuesta señorita Stone, y abriéndola con la llave magnética, entro con sumo cuidado.

La luz está encendida, y la televisión prendida, lo que me dice que alguien está actualmente allí.

Saco mi pistola del chaleco y tras quitarle el seguro, camino hacia la zona del saloncito con sumo cuidado. No quiero sorpresas.

—Puede bajar esa pistola, no voy a disparar contra usted, señor Gómez.

No me hago el sorprendido al oír aquella voz.

Miro fijamente a la mujer que semanas atrás estaba tumbada en el Hospital de Tahoe City, supuestamente en coma.

—Tiene buen aspecto para haber despertado de un coma profundo, señorita Stone— murmuro sin dejar de apuntarla ni un instante.

Y no lo hago porque no me fie de ella, sino porque he podido ver perfectamente que ella también tiene un arma entre sus manos, y no me apunta a mí, sino a su cabeza.

Doy dos pasos hasta ponerme en frente suya. Así tengo buen ángulo si me obliga a disparar.

—No se preocupe, no tenemos nada contra usted— me dice sonriente—. Es un simple peón, protegiendo un imperio que se derrumba.

¿Imperio?

La miro con la clara sensación de intuir que está mal de la cabeza. ¿Qué imperio protejo?

—¿Por qué se hizo pasar por Laia Stone?— pregunto con voz queda—. ¿Quién es usted?

—Otra peón, adicta a la marihuana y al chocolate— responde encogiéndose

de hombros—. Me ofrecieron drogas a bajo precio si me hacía pasar por la hermanita de Elizabeth Stone si alguien la descubriría antes de tiempo y es lo que hice. Nada más.

Mira hacia la mesita que hay junto a la televisión con anhelo. Sigo su mirada y suelto un exabrupto de asco al ver los restos de droga en un papel blanco.

—¿La compraron por drogas?

—Son mi vida.

Gruño para mis adentros, mientras pienso que cada vez este caso se complica más.

—¿Quién le ofreció las drogas?— quiero saber.

—No tengo permiso para decirlo.

Me quedo mirándola fijamente sin comprender nada.

Ella mueve su mano, quitándole el seguro a su pistola.

—Suelte el arma— le pido con seriedad.

—No voy a dispararle a usted— me dice muy seria—. Esta bala es para mí, no para usted.

¿Y eso es un consuelo?

—¿Cuál es su nombre verdadero?— comienzo a preguntar, pensando en distraerla—. ¿Dónde está el dueño de coche que tiene aparcado en el garaje del hotel?

Vuelve a reír, esta vez a carcajada limpia.

—Mi nombre es Laia Stone— susurra poniendo los ojos en blanco—. Me han contratado para distraerles mientras cumplen sus planes. Sabían que vendrían a Billings y me enviaron a mí. Encontrar a Elizabeth Stone era vuestra prioridad y por eso me ofrecieron la droga que necesitaba. En su momento fue un trato justo.

—¿En su momento?

—Ya no les soy de utilidad. Y necesito mi sustento. Sin droga no soy nada, detective. Nada.

Doy un par de pasos más hacia ella, con miedo de que cumpla su latente amenaza y dispare contra sí misma. Es evidente que esa mujer conoce las intenciones de los cómplices de Elizabeth. Es una buena testigo.

—¿Y Marcus? Tal vez si negocia con él, pueda conseguirle su... sustento— le digo con voz suave.

Odio las drogas y todos sus derivados, pero parece que esa porquería es lo único que le da algo de color al rostro de la mujer aquí presente.

—Marcus utilizó mi coche. Quise dárselo como pago para más mercancía y no lo aceptó. Partieron hacia Nottville sin mí. No me necesitan.

Nottville.

Actúo rápidamente, sin pensar.

Salto sobre ella, y soltando mi arma contra el sofá, con toda mi fuerza la obligo a soltar la suya. Sorprendida la mujer me araña, y patalea sobre mí, queriendo alcanzar su pistola. Quiere suicidarse a cómo dé lugar.

Igual que los hombres que fueron enviados para rematar a Maddy y a Brianna semanas atrás.

—¡Suéltame! ¡Tengo que irme! ¡Es mi momento! ¡Ya cumplí mi parte del plan!

Gruño y con esfuerzo logro tirarla al suelo, para ponerle las esposas que Mike me prestó antes de entrar el Hotel. Gracias al cielo por ser tan precavido en eso.

—¡Quiero morir! ¡Déjeme!

Descargo su arma, y tomando mi teléfono entre las manos, llamo a la policía de Montana para que se haga cargo de ella. Tal vez algún psiquiatra de guardia pueda sacarle toda la verdad de su dañado cerebro.

\*\*\*

**Billings, Montana.**  
**En el aparcamiento del Hotel.**  
**Mike West.**

Me inclino en el asiento trasero del coche mientras me pongo los auriculares del móvil. Sam y Dann están discutiendo para ver quién entra en el Hotel. Me desentiendo de esa conversación. Sé que a mí no me van a dejar entrar.

—Sigues recuperándote, tío, esfuerzos los mínimos— me dijo Dann nada más llegar a ese Estado.

Y con ese lema han transcurrido los días. Sin dejarme a hacer nada que pudiera parecer un esfuerzo. Como si fuera un inútil. Tengo pensado hablar con ellos seriamente para vean que ya estoy recuperado, pero más adelante.

Quizá cuando encontremos a Elizabeth Stone.

Pongo la radio con las noticias nacionales y le lanzo las esposas hacia Sam, al ver que le ha tocado a él salir. Bien.

Paso los canales buscando alguna noticia interesante o novedosa sobre el caso que estamos investigando. Parece que no hay nada diferente. Todo es lo mismo. Dejo estática la programación al llegar a un canal de avances 24 horas.

—La psicópata de Carson City fue vista por última vez el pasado día 25 de Diciembre tras herir a un policía en Virginia Occidental.

Hago una mueca, llevando mi mano derecha de forma inconsciente a mi estómago. La cicatriz que tengo en mi cuerpo y que el cirujano me dejó allí aún me “pica” del recuerdo del balazo. No voy a olvidarlo fácilmente. No.

—Parece ser que ha estado oculta entre la familia Garrett, primos cercanos de Fran Krantz, su primer asesinato. Nadie entiende cómo una familia de multimillonarios como los fundadores del pueblo de Nottville no hayan sospechado de las intenciones de la mujer.

Gruño recordando la campaña de desprestigio iniciada por Amy Kimberly contra Danny. Maldita mujer. Se nota que su único deseo es hundir a Dann, a

saber porqué aviesa razón.

Miro la hora y suspiro notando que han pasado más de quince minutos y aún Sam sigue dentro del Hotel. Quizá sí que ha encontrado algo interesante dentro. Bien.

Giro un poco la vista hacia Dann y cabeceo al verle mirar al frente casi sin pestañear. Tiene los nudillos blancos de apretar con demasiada fuerza el volante. Sin lugar a dudas, teme lo que Sam pueda averiguar dentro del hotel.

Todo apunta a que Elizabeth estuvo aquí, en este pueblo, semanas antes.

Ojalá siga aquí. Para finalizar esa maldita búsqueda.

Sé que mi mejor amigo no ha vuelto a dormir tranquilo desde que la señorita Stone me disparó. Eso sí ha logrado dormir algo, claro. Ya hasta lo dudo.

—... secuestrando a una niña pequeña, ¿se puede caer más bajo? Esa mujer no tiene límites. Está jugando con la psicología de los buenos ciudadanos de Montana. Primero mendigando en la calle, robándole dinero a nuestros vecinos fingiendo ser una persona mayor sin recursos y luego no contenta con ello, le roba un vehículo a nuestro querido alcalde el señor Miston. ¡Qué desfachatez de la presunta psicópata de Carson City!

Oh, joder.

Suelto varios tacos, quitándome los cascos de golpe.

Dann se gira a mí, con la sospecha escrita en el rostro al verme. Por mi estado actual es evidente que si estoy así es por haber descubierto algo nuevo sobre su ex pareja.

—¿Elizabeth?— musita casi en un susurro.

Sus ojos de color azul habitualmente, ahora están grises. Sin brillo. Afirmo para mi desgracia. ¿Para qué ocultarle?

Cierro la aplicación de la radio, y pongo la App de videos en Internet. Seguramente la noticia ya se habrá hecho viral en toda la programación.

—¿Qué ha hecho ahora?— me pregunta Dann tenso.

No le contesto, ni siquiera lo sé yo.

Pongo Elizabeth Stone, actualidad y secuestro de una niña y enseguida aparece un programa grabado en el día anterior. Parece una noticia real.

Le doy a reproducir y reptando hasta el asiento delantero lo pongo para que Dann y yo podemos verlo al mismo tiempo.

—Este es el retrato actual de la presunta delincuente de Carson City— dice una presentadora muy guapa, con pechos grandes—. Las grabaciones han sido entregadas a este noticiero por un ciudadano anónimo. Al parecer le pareció indignante su última fechoría y al grabarlo todo nos lo envió sin pedir nada a cambio. Un buen vecino.

Suelto un gemido de incredulidad al ver en la pequeña pantalla del móvil, el supuesto rostro actual de Elizabeth.

—¿Qué narices se ha hecho en la cara?— susurra Dann, pálido cual fantasma.

Me fijo en la cara de Elizabeth, y poco puedo reconocer en ella de la muchacha que me atacó en Diciembre. Tiene el pelo corto, como un chico, de color gris. Una cicatriz enorme en la mejilla, que casi le llega hasta el labio. Ropa andrajosa y rota. Llena de mugre. Como una vagabunda.

—Ha estado viviendo en la calle todas esas semanas— resume mi amigo, apretando cerrando sus puños con fuerza.

Noto que tiene ganas de golpear a alguien para sacar al exterior toda su furia. Quiero quitar el video para que no vea más, pero enseguida él me quita el móvil de las manos. Están informando del secuestro de la pequeña a manos de Elizabeth ahora.

—¡Una niña!

Me lanza el móvil y sale del coche dando un portazo fuerte a la puerta.

Bloqueo el móvil y dándole algo de espacio, salgo detrás de él para intentar consolarle. Le veo dando vueltas como un animalito acorralado de un lado a otro. Tiene los músculos tensos y la mirada salvaje, pero no sé si de ira o de preocupación.

¿Le habrá dolido ver cómo ha tenido que sobrevivir Elizabeth?

Intento ponerme en su lugar, y sé sin dudar que si yo hubiera visto a la persona que amo —porque estoy seguro que Dann sigue enamorado de esa mujer—, viviendo en la calle, sin comida, sin forma de resguardarse del frío y desamparada ante ataques de personas inhumanas, también me pondría así de mal.

Dann está perdido. Completamente perdido por Elizabeth Stone, lo quiera reconocer o no.

—Dann... — murmuero mirándole fijamente.

—¿Sabes que después de que Amanda se marchó y se llevó a Jaime...— comienza a decirme mi amigo, mirando al infinito—, yo investigué y la seguí?

Alzo una ceja sorprendido de oír eso.

—¿A Mandy?

—Sí. ¿Creíste acaso que iba a quedarme quieto viendo como Jaime, el hijo de mi corazón, se iba de mi lado sin hacer nada?

Me paralizó, sin saber qué decirle. Tantos años después de la salida de Mandy de Nottville, vengo a enterarme de algo sorprendente ahora.

—La encontré en Washington, con un magnate musulmán del petróleo. Al parecer él le podía ofrecer algo mejor de lo que yo tenía— me dice con furia—. Jaime corrió a mí en cuánto me vio. Estaba llorando. Quería venir conmigo a casa, a Nottville. Con Maddy y Jim, sus tíos.

Un magnate. Malditas mujeres. Todas son arpías, pienso enfadado ante lo que mi mejor amigo me está contando. Y no sólo por el daño que le hizo a él, sino porque es evidente que también jugó conmigo. Amanda me quiso seducir, para burlarse de Dann y yo casi caigo en sus redes.

Nadie sabe cuán arrepentido de ello estoy.

—¿Qué pasó allí, Dann?

—Me pidió dinero por adoptar a Jaime. La muy...— se calla para no decir ningún insulto—, me dijo que si le pagaba un millón de dólares, me daría en adopción a Jaime. ¡A su hijo!

—¿Intentó sobornarte por dinero? ¿A ti, un policía?

—En ese entonces, yo no era Teniente. Ella pensó que yo no llegaría a nada, y se atrevió a quererme vender a su hijo. Me lo propuso con una sonrisa.

—¿Y tú que hiciste?

—Le llamé de todo. Me puso furioso saber que quería comerciar con sangre de su sangre. Jaime no se merecía crecer con una mujerzuela así. Y acepté su negocio.

Le miro con asombro.

—¿Aceptaste?

—Por supuesto. No conozco ningún otro lugar para que Jaime creciera tranquilo y a salvo que a mi lado.

—¿Entonces porqué regresaste sin el niño?

—Porque cuándo fui a cogerle en brazos y le dije que vendría a casa conmigo, volvió a los brazos de su madre, Mike. La amaba como su mamá que era. Estaba tan desconsolado al pensar en no verla nunca más, que no tuve corazón para separarles. ¡Aún sabiendo que ella había querido comerciar con su vástago! Me fui con el rabo entre las piernas y juré no volver a caer en las redes del amor.

El nombre de Elizabeth Stone lo veo pasar por su mirada, y entiendo parte de su frustración.

—Y años después otra mujer aparece en tu vida— le resumo ahora yo—, y vuelve a jugar con tus sentimientos.

—No, Mike. No ha jugado conmigo. Me ha destrozado. Literalmente.

Se acerca al coche y se apoya en el maletero con la mirada en el cielo azul. Fijo yo también mi vista en el cielo y frunzo el ceño al ver qué parece que quiere volver a empezar a llover, otro día más.

—¿Has visto la cicatriz en su rostro?— me pregunta con voz queda.

Afirmo con la cabeza. Está hablando de Elizabeth. Tal como ya he imaginado.

—¿Se la hizo ella misma para disfrazar su rostro?— comienza a elucubrar con desgana—. ¿O tal vez, una de esas noches que ha estado durmiendo en la calle, la han atacado? ¿O pegado? ¿O violado!

Suspiro, entendiéndolo lo que me quiere decir.

—No termino de superar el hecho de ser consciente de que es posible que esté loca y que por eso haya podido desear matar a Maddy y a Brianna, cuándo vengo a descubrir que también se dedica a secuestrar niños. ¡Niños!

—Y eso te ha recordado a Jaime.

—¡Me ha recordado que el único sentimiento que puedo tener hacia ella es el odio por todo el mal que ha hecho!— grita frustrado—. ¡Y no sólo eso! ¡Te intentó matar a ti también, delante de mí! Y yo...

—Dann, no creo que...

—¡Y mi corazón se rompe al pensar que ha estado sola, durmiendo en la calle, en la intemperie durante todos estos días! ¿Por qué después de todo sigo sintiendo... esto por ella? ¿Por qué, Mike?

No tengo respuesta que darle.

Me acerco a su lado y mirándole a los ojos, le digo en voz baja, casi en un susurro.

—Porque la amas, Dann, y ese amor que sientes por ella, es el amor de un Garrett. Inquebrantable, duradero, y eterno.

Me mira con los ojos rojos de sorpresa.

—¿Qué!?

—Jim lo siente por Maddy, tus padres lo sintieron el uno por el otro, tú lo sentiste por Jaime y por eso aún te estremeces cada vez que recuerdas a ese crío... y lo sientes por Elizabeth. Haga lo que haga ella, te lo recuerda, Dann. Y no puedes evitarlo.

Sé que no quiere aceptarlo, y que quiere decirme algo del tipo “Cállate, no entiendes una mierda”, o “eso es estúpido”, o bien “déjate de decir chorradas”. Pero no lo hace. Vuelve a alzar la mirada al cielo con expresión desolada.

—Aún así, aunque tengas razón en lo que dices, Elizabeth Stone es una criminal.

—La psicópata de Carson City— matizo yo en un suspiro.

—Sí. Y yo soy policía, y como tal, tengo que meterla en la cárcel. La ame o no.

Quiero intentar decirle que en todo aquel asunto, hay gato encerrado, pero el sonido de la sirena de la policía nos sobresalta a los dos. Miramos hacia el Hotel y vamos corriendo hacia Sam al verle llegar a nuestro lado con una muchacha esposada a su lado.

—¡Sam!

—Tenemos un problema— comienza a decir—. Bueno, tenemos dos problemas— rectifica mirando a Dann fijamente.

Gruño algo enojado, intuyendo que de nuevo el nombre de Elizabeth iba a salir a la palestra ahora de manos de Samuel.

—Esta es la falsa Laia Stone— murmura Sam.

Me quedo unos segundos mirando fijamente a joven de piel oscura y me estremezco al ver sus ojos están dilatados. Sin duda, está drogada.

—¿Qué has averiguado?— pregunta Dann yendo directo al grano, como siempre.

—Elizabeth estuvo aquí— dice Sam intranquilo—. Pidió trabajo como camarera, pero al no tener papeles, no la cogieron.

—Sí, eso lo sabemos. Ha salido en las noticias.

—¿Ah, sí?

Le relato lo que vimos en las noticias. Sam silba sorprendido al conocer el “estilo de vida” que ha tenido que vivir Elizabeth para pasar desapercibida.

—Ellos enviaron al chico para rajarle el rostro— dice la falsa Laia, llamando nuestra atención.

Los tres clavamos la mirada en ella, muy sorprendidos.

—¿Perdón?

—Marcus pensó que no le convenía que la descubrieseis tan pronto aquí en Billings. Tenía que ganar tiempo para pensar en cómo rematar sus asuntos en Nottville.

¿Nottville?

Miro a Sam inquieto.

—¿Maddy y Brianna?— susurro preocupado.

Samuel asiente y Dann y yo soltamos varios tacos, nada avergonzados por lanzar insultos enfrente de una ¿dama?.

—¿Dónde está ahora Elizabeth?— pregunta Dann mirando a la chica con ira—. ¿Ha ido a terminar la tarea en Nottville?

—No. Ella no. Ya no sirve con ella, no como conmigo. ¡Ya no quiere lo que yo necesito! ¡No lo quiere! ¡Marcus ya no puede controlarla! ¡No puede! ¡No puede!

Los agentes de policía de Montana llegan a nuestro lado, y toman a la muchacha para llevársela al coche patrulla. A nosotros no nos queda más remedio que esperar a que Samuel les cuente todo lo sucedido, antes de venir a nuestro lado, para que nos lo informe a nosotros.

Dann y yo cruzamos miradas confusas. Estamos atolondrados, sin saber qué decir.

—Esto suena a conspiración a gran escala— digo yo.

Sé que Elizabeth no es un inocente en todo aquel asunto, pero las noticias nuevas que van surgiendo, indican que no es la única responsable. ¿Por qué la muchacha dijo que Marcus ya no podía controlarla? ¿En qué?

—Dann, tío, eso no es todo— dice Sam, subiéndose al coche con nosotros.

Sabemos que tenemos que salir rumbo a Nottville. Tras contarnos todo Sam, hemos intentado contactar con Sean o con Jim para prevenirles, pero ninguno de los dos contesta al teléfono.

Cosa rara en ellos.

—¿Qué pasa ahora?— pregunta desganado.

Está agotado después de haberle contado él también todo lo que nosotros hemos averiguado a través de la programación de la radio. Sam no ha dicho ni una palabra al respecto. Ahora creo que comienzo a entender el porqué. Se estaba guardando una información nueva con respecto a Elizabeth.

Seguro.

—Suelta ya la bomba— le pido a Sam, poniendo el marcha el coche.

Dann se ha sentado en el asiento del copiloto y Sam atrás.

—Elizabeth no vendió el coche de tu padre, porque consiguió otro método para conseguir dinero fácil, Danny.

¿Otro método?

Oh no. La expresión elocuente en el rostro de Sam me dice todo lo que necesito saber. Y a Dann también. Clava su vista en el frente, con la mirada fija en el infinito.

—¿Vendió su cuerpo?— pregunta casi en susurro.

—Lo siento, tío. Estuvo media hora con un tipo famoso en el pueblo por pasar el tiempo con diferentes prostitutas.

Quiero increpar a Sam por tener que ser tan brusco contando esa noticia, pero Danny me pide que me quede en silencio, cabeceando con la mirada.

—Secuestradora de niños, asesina, psicópata, loca, vagabunda y prostituta. Genial. Maravillosamente genial— murmura pálido cuál fantasma.

Bajo las ventanillas del coche, deseando que al aire fresco nos refresque las ideas a los tres, y pongo rumbo al aeropuerto más cercano para volar hacia Nottville.

Lo principal ahora era ratificar que tanto Maddy como Brianna se encuentran bien. Más adelante, intentaríamos poner en orden todo lo que habíamos descubierto, para continuar con la búsqueda de Elizabeth.

Teníamos un caso que resolver. Y muy importante para la vida de Dann Garrett, mi mejor amigo.

\*\*\*

**Hospital General Nottville.  
Nottville, Virginia Occidental.  
Jim Garrett.**

Entro precipitadamente en la habitación 384 donde está internada mi suegra. Ella y mi mujer elevan la mirada extrañadas al verme llegar con tantas prisas. *Están bien*, pienso algo más tranquilo, *todo va bien*.

Maldigo la llamada de Elizabeth Stone por segundo día consecutivo. Desde que llamó a la casa advirtiéndonos de un posible “peligro” no he descansado nada. Siempre que me alejo de mi mujer y de mi suegra aunque sea para ir a tomar un café, llego tenso.

Maldita mujer.

Me ha dejado paranoico.

Sean ha ido a la estación de policía, para confirmar con ellos las novedades de la búsqueda de Stone. Descubrimos en la televisión cierta información que sucedió en Helena, Montana y para quedarnos más tranquilos, pensamos que era buena idea ir a la estación a decir lo que había pasado con Elizabeth.

—¿Estás bien, mi amor?— me pregunta Maddy, sentada en un sillón con un libro en la mano.

Me fijo en su pierna escayolada y tiemblo de rabia hacia Elizabeth. Ella fue la que ocasionó el sufrimiento de mi Maddy, ¿cómo no odiarla y desconfiar de ella?

—Cariño, llevas un par de días muy raro— dice ella dejando el libro a un

lado—. ¿Qué pasa?

Brianna clava su mirada en mí y por su rostro pasan miles de emociones. Sé que intuye que algo raro está pasando.

—Sean no se aleja de mí si no es por una razón importante— murmura con el ceño fruncido—. ¿Qué ha sucedido, hijo? ¿Es sobre la señorita Stone?— añade sospechosa.

Maddy se lleva una mano inconscientemente a su vientre al oír ese nombre. Yo suspiro con tristeza.

—Imagino que no sirve de nada seguir ocultándolo— murmuro cabizbajo.

Y sin muchas ganas de ello, comienzo a contarles todo lo que hemos descubierto. Desde la llamada tan extraña de Elizabeth el día anterior, como las novedades que vimos en la televisión sobre su paradero.

—¿Secuestró a una niña?— repite Maddy asustada.

—Esa mujer no está bien de la cabeza— dice Brianna suspirando—. Sin lugar a dudas, tiene que estar trastornada. No hay otra explicación.

Yo afirmo con un gesto, sabiendo que Brianna tiene razón.

Una persona normal no actúa de forma tan bipolar como esa muchacha. ¿A santo de qué quiere avisarnos de un potencial ataque contra Maddy y Brianna, cuándo fue ella quién las intentó asesinar semanas antes? ¡Estaba grabado, por amor de Dios!

—¿Estamos en peligro?— pregunta Brianna, intentando calmarse.

—No. Estáis protegidas. Tenemos personal infiltrado en el Hospital que os vigila todo el día.

—¿Entonces por qué llegaste tan tenso?

Me acerco a Maddy y le doy un beso cálido en el cabello.

—Mi vida, eres mi mundo entero, es normal que con lo que está pasando si me alejo de tu lado al regresar estoy tenso. Te quiero cariño, hasta que todo esto termine, no voy a estar tranquilo.

Asiente y se relaja ante mi toque. Inspiro su olor y comienzo a respirar con normalidad. Tenerla cerca me llena de paz y de calma.

—¿Vas a ir a la clínica hoy?— me pregunta Maddy suspirando.

—Sí, tengo dos citas concertadas para entrevistar a dos personas interesadas en el puesto de ayudante— reconozco con pena—. Necesito encontrar enseguida ayuda para la veterinaria.

—¿No serán hombres de piel oscura, no?

Elevo la vista a Brianna y pienso de mal humor en la advertencia de Elizabeth. Niego intentando no enfurecerme.

—No te preocupes, son gente de confianza. Han sido investigados, por si acaso.

No digo que la palabra de Elizabeth Stone para mí no sirve nada. Seguramente si ella nos dijo que el peligro provenía de un hombre de raza negra, la realidad resultaría ser todo lo contraria.

Una mujer fingiendo ser nuestra amiga, por ejemplo.

—Regresaré enseguida, mi amor. Quise venir a veros antes de salir hacia la clínica.

—Ten cuidado.

—Lo prometo— aseguro robándole un beso con lengua intenso—. Vosotras no salgáis de la habitación bajo ningún concepto hasta que regrese Sean, ¿sí?

Ambas asienten con seriedad.

Vuelvo a besar a Maddy y tras darle un apretón caluroso en la mano a Brianna, salgo de la habitación, y del Hospital con paso apresurado.

Saludo a los guardias que hay en la puerta, y dirigiéndome a mi coche, arranco y voy rumbo a la clínica. Si mal no recuerdo, en menos de media hora llegaría el primer candidato. Un hombre del pueblo. Recién graduado en sus estudios. Según lo que pude investigar, se trataba de un apasionado de los animales. Lo que le faltaba en experiencia, lo tenía en pasión.

Tal como yo empecé en este negocio.

Giro el volante y me estremezco al atravesar la carretera dónde apareció volcado el coche de Maddy. Lanzo una maldición de rabia contra Elizabeth por haber provocado aquella desgracia. Aún habiendo pasado ya casi todo un mes, las imágenes del accidente aún están grabadas en mi mente.

A puro fuego.

Pulso el botón del manos libres al recibir una llamada entrante.

—Hola, Jim.

—Sean, ¿qué tal todo?

—Bien, he dado la orden para que controlen a todas las personas nuevas que lleguen a Nottville y al hospital. Por ese lado podemos estar tranquilos.

—Estupendo.

Lanzo un suspiro de alivio al oír esa noticia. Si los colegas de Dann de la estación se dedican a controlar cada acceso y entrada de gente externa al pueblo, puedo respirar tranquilo.

—Ahora sólo tienes que tener cuidado tú en la clínica— dice Sean en voz baja.

—Sean, no creo que fuera cierta la llamada de Elizabeth. Creo que sólo quería acojonarnos para distraernos.

Se queda en silencio pensando en mis palabras.

—No sé, parecía muy segura, hijo. Hay algo raro en todo esto.

—¿Raro?

—Sí. Parecía tenerme odio a mí. Me lo dijo incluso directamente, que fueron mis negocios los que provocaron todo este asunto.

—¿Y vas a creerla?— le pregunto incrédulo.

Le doy al pedal del freno al ver la vegetación y el tramo de entrada el pueblo. En pocos minutos ya tendría la clínica a la vista.

—¡Es una farsante! Una mentirosa sin escrúpulos. Seguramente quiso hacerte sentir culpable a ti de sus delitos. Así funciona, dando lástima— murmuro recordando su último truco para esconderse de la ley—. Acuérdate

que se convirtió en una mujer sin techo. Si fue capaz de llegar a eso... ¿qué no haría?

—Ya...

Aparco el coche, extrañado ante el tono de voz de Sean tan... inseguro. ¿Desde cuando Sean Jenkins es inseguro?

—Escúchame— le pido apagando el motor del coche—. Elizabeth trata de jugar con nosotros. Es evidente que nadie va a ir por Maddy, ni por Brianna. Sólo trata de asustarnos, para hacer el siguiente movimiento. ¡Dios sabe que clase de lógica hay en una psicópata!

—Te estás dejando llevar por el odio— me avisa él—. No piensas con claridad.

¿Claridad?

Saco las llaves del contacto, y tras quitar el altavoz para atender la llamada con normalidad, salgo del vehículo cerrando la puerta con un golpe seco.

—Digo la verdad. Esa mujer casi mata a tu hija y a tu esposa. Mató a Fran y disparó a quemarropa a Mike. ¿Qué más pruebas necesitas para saber que está loca?

Doy un par de pasos hacia mi clínica con el cabreo escrito en el rostro, cuando veo a un hombre parado en la puerta, esperándome con una sonrisa.

¿Ha llegado ya el candidato?

Miro de reajo mi reloj de mano y suspiro al ver que aún me deberían quedar veinte minutos de tranquilidad hasta la cita.

—Sean...— le pregunto intentando deshacerme de mi enfado—. El primer candidato que me investigó tu equipo, dijo de venir a mediodía, ¿no?

—Sí, ¿por qué?

—Porque me está esperando un hombre en la puerta de la clínica— le digo, saludando a mi potencial futuro ayudante. Por educación, más que otra cosa—. Y ha llegado antes de lo previsto.

Sean se queda en silencio.

—Describemelo, James, por favor.

Lanzo un suspiro de exasperación al oír el tono preocupado en su voz. Miro atentamente al desconocido y detengo mis pasos al ver que el hombre parado ante mí, no es joven. ¿No se suponía que mi primera entrevista era para hacérsela a un jovencito recién graduado?

—Quizá sea un paciente— digo en voz alta como hipótesis, tras describir el aspecto del hombre.

Alto, bien vestido, con una carpeta bajo el brazo. De piel oscura y sonrisa brillante.

—Llamaré a la policía— me dice Sean—. No te quedes a solas con él—. Y sin darme tiempo a reaccionar me cuelga el teléfono.

Guardo el móvil en mi bolsillo, y planto una sonrisa de simpatía al verle acercarse hasta mí al hombre.

Siento un nudo en el estómago al ver un lunar en su rostro.

¡Tiene el mismo aspecto que describió Elizabeth!

—Buenos días, señor— murmuro fingiendo alegría.

—Buenos días.

Su voz suena grave y segura de sí. Saca un recorte de periódico del maletín con elegancia.

—Vengo por el anuncio del ayudante en la clínica— susurra sonriente.

De nuevo, la voz de Elizabeth pasa por mi mente, avisándome de que alguien quería hacer daño de nuevo a mi mujer. Siento hervir la sangre desde los dedos del pie hacia mis manos ante la posibilidad real de que ese hombre haya venido a hacer daño a mi esposa.

*Respira, Jim, me digo intentando aparentar normalidad, tal vez estás dejándote llevar por una quimera. Recuerda que no se puede confiar en Elizabeth.*

—Sí, busco un ayudante y aún no lo he encontrado— admito pidiéndole permiso para caminar hacia la puerta—. El caso es que tengo ya coordinadas dos entrevistas para hoy. Si me permite, le doy una cita para realizarle a usted una entrevista más tarde si quiere.

Mis palabras no le sientan bien, ya que hace un feo gesto en el rostro ante mi rechazo. Contengo a mis puños para no comenzar a lanzarme sobre él con ganas.

Aún no estoy seguro de que él sea “el malo de la película”, como diría mi Maddy.

Miro hacia el coche aparcado justo a la derecha de nosotros y no puedo contener un silbido de sospecha al ver que no tiene matrícula delantera.

—Se me cayó hace unos días— dice siguiendo con sus ojos mi mirada—. Tengo que llevar el coche a taller para que lo arreglen.

Asiento cínico.

¡Sin duda oculta algo ese cabrón!

—¿No podría entrevistarme ahora? La verdad es que he viajado desde muy lejos y me gustaría saber que tengo trabajo antes de buscarme una casita por aquí — dice alzando una ceja—. No sé si sabrá de algún lugar donde poder hospedarme mientras esté aquí.

Hospedarme.

Agarro el pomo con fuerza para evitar lanzarle un puñetazo en plena nariz aguileña. Sus palabras me recuerdan a la intromisión de Elizabeth en nuestras vidas.

—Voy a abrir la clínica, y le atiendo enseguida— miento de forma convincente.

—Gracias, señor Garrett, es usted muy amable.

Abro la puerta y sin encender la luz, entro en la clínica.

No me fijo si él entra detrás de mí o no. Voy al mostrador y tras dejar lo que llevo en las manos, rebusco entre los cajones en busca de algún objeto punzante que usar en caso de necesidad. Bien. El abrecartas me servirá a la perfección.

—¿No enciende la luz?— me pregunta el hombre extrañado.

Río como si se me hubiese pasado, y caminando hacia el diferencial en el

cuadro de luces, lo pulso hacia arriba.

—Vengo del hospital y estoy algo descentrado— me disculpo, girándome para mirarle fijamente.

Oh vaya. No me sorprende para nada ver al señor simpatía parado a mi lado, con una pistola en la mano. Se encoge de hombros ante mi poca sorpresa.

—Parece ser que me esperaba— dice chasqueando la lengua—. Es una fatalidad. Queríamos actuar con calma y tiento, pero bueno. ¿Qué le vamos a hacer?

Hijo de puta.

Lo pienso y se lo digo a la cara. Él sólo sonrío burlón ante el tono de odio que sale de mis palabras.

—Has venido al pueblo para matar a mi mujer, eres un hijo de puta.

Se encoge de hombros, caminando a la puerta para poner el cartel de cerrado a través del cristal.

—¿Quién os avisó de mi visita?— me pregunta curioso.

—¿No lo sabes?

Quiero caminar hacia él para ajustar cuentas pendientes, pero mueve amenazante su pistola, apuntando a mi pecho.

—No estás en la lista, no me obligues a matarte, señor Garrett.

¿Lista?

Recuerdo las palabras de Sean de antes y siento un nudo grande en el estómago. ¿Qué fue lo que le dijo Elizabeth en su maldita llamada? Algo así como que Maddy y Brianna estaban condenadas a morir por destruirle a él.

—¿Has venido por Maddy para vengarte de su padre?— pregunto incrédulo.

Veo sorpresa en rostro y es genuina.

Vaya, vaya. Resulta que la psicópata de Carson City, como la denominan, dijo la verdad.

—¿Quién le ha contado tantas cosas? Está usted muy bien informado. Demasiado, a mi modo de ver.

—Pregúntele a Elizabeth Stone— le espeto aprovechando su sorpresa para caminar unos pocos pasos y así colocarme enfrente al mostrador—. Ayer nos llamó para avisarnos de su visita.

La ira se muestra en su rostro y eso en cierta medida me complace. Parece ser que no soy el único que odia a esa mujer. Bien.

Activa un botón que tiene en el oído derecho —vaya, estaba usando auriculares el tipo—, y se oye en toda la estancia un grito vociferando con pura energía.

Alguien está enfadado. Genial, que se joda, sea quién sea.

—Espero órdenes, señor— susurra a la persona desconocida.

Agarro con fuerza el abrecartas en mi bolsillo, donde lo deje antes disimuladamente. Si piensa el señor sicario que voy a dejar que le haga algo a mi familia, está confundido. Mi familia es lo más importante para mí.

—¿Me va a añadir a la lista?— pregunto mirando de reojo movimiento en la

calle.

Recuerdo que Sean dijo que iba a llamar a la policía. Bendito sea él. Intuyó peligro y actuó. ¡Cómo se nota que dirige la mejor empresa de seguridad del mundo!

La mejor empresa del mundo.

Siento un cubo de agua helada caer figuradamente en mi cabeza al tomar conciencia de eso. Sean me lo advirtió y no le presté atención. Incluso Elizabeth fue la que nos dio la pista, pero a saber con qué fin.

Todo eso tenía que ver con el negocio de Sean. Quizá a una venganza.

—Está bien. Saldré al Hospital ahora mismo, cuando me encargue de él. Nos vemos en el punto de reunión al anochecer. Corto y cambio.

Salgo de mis pensamientos y enfoco toda mi atención en el extraño. Ha dicho que cuando termine aquí se dirigirá al Hospital. Seguramente a por Maddy. ¡Los cojones!

—No voy a dejar que le hagas daño a mi mujer o a mi hijo— le digo sintiendo una fuerza interna descomunal—. Antes muerto.

Le veo alzar la pistola hacia mi cabeza en un movimiento rápido, y sé que es ahora o nunca. Si sigo con la técnica de distraerle no voy a sacar nada.

Me echo encima suyo, y copiándome de la técnica de Elizabeth que Dann me contó, le golpeo fuertemente en las pelotas.

—¡Hijo de puta!— me grita ahora él a mí del dolor.

Saco el abrecartas y se lo clavo en el antebrazo con verdadera ira. Grita más fuerte al sentir el dolor y suelta el arma. Por desgracia ésta se dispara al caer al suelo.

Tanteo mi cuerpo en búsqueda de algún dolor o de algo parecido y suspiro aliviado al ver que no tengo ninguna herida.

—¡Jim!

Oigo la voz de Sean aporreando la puerta, cerrada con llave.

Miro al hombre jadeante en el suelo y no camino hacia mi suegro hasta que no me aseguro que no va a moverse del sitio.

—¿Estás bien?— me pregunta, mirándome con los ojos como platos.

Le veo asustado y pálido.

—Estoy bien— contesto jadeante.

Me sorprendo al ver que detrás de Sean están dos de los compañeros de trabajo de Dann y de Mike, con las pistolas en alto. ¡No les he oído llegar!

—¿Se encuentra bien, señor Garrett? Oímos un disparo.

—El arma se disparó sola al dejarla caer— les digo dejándoles pasar.

Sean y yo miramos cómo los policías esposan al hombre de piel oscura tirado en el suelo.

—¡No os saldréis con la vuestra!— exclama con lágrimas en los ojos de dolor.

Quiero lanzarme hacia él, para romperle cualquier hueso del cuerpo que se ponga a tiro, pero Sean me lo impide agarrando mi mano.

—La policía la interrogará. No manches tu mano, hijo.

Asiento levantando las manos en señal de paz.

Observo cómo se lo llevan al coche patrulla.

—Fue enviado aquí para matar a Maddy y a Brianna, y no por idea de Elizabeth— afirmo muy a mi pesar—. Tenías razón. El objetivo principal eres tú.

Sean suelta un gemido, llevándose la mano a la cabeza.

—¿Por mis negocios?

—Por venganza— corrijo yo suavemente—. Alguien quiere hacerte pagar algo atentando contra la vida de tu familia.

—¿Pero... y Elizabeth que pinta en todo eso?

Me encojo de hombros sin tener una clara respuesta al respecto.

—Voy a llamar a Dann— le digo intranquilo—. Ese hombre ha estado en contacto con alguien a través de un pinganillo que tenía en el oído. Había quedado con él esta noche. Hay que averiguar quién ese hombre. Encontrándole sabremos qué demonios está pasando aquí.

Camino hacia el mostrador y marcando el teléfono de mi hermano, cojo el auricular. Sean camina detrás de mí.

—¿Dann?

—¡Jim!— responde él agitado—. ¡Estamos a punto de coger el avión para regresar a casa! ¿Estás bien?

Le escucho ansioso e intuyo que él también ha recibido alguna llamadita de Elizabeth para atraerle a Nottville. Joder con esa mujer.

—No me lo digas— musito con enojo—. A ti también te llamó Elizabeth para advertirte del peligro que corrían Brianna y Maddy.

—¿Qué te ha llamado... quién?

Cruzo una mirada confundida con Sean al notar la sorpresa en el tono de la voz de mi hermanito.

—¿No te ha llamado a ti?

—No. Hemos encontrado a la mujer que se hacía pasar por la hermana de Elizabeth Stone. Estaba drogada. Ella nos avisó de que su coleguita, el tal Marcus, se dirigía a Nottville para rematar a Maddy. ¡Llevo queriendo contactarte desde esta mañana!

Le pido que se calme, mientras mi cabeza da vueltas intentando entender algo de todo aquél lío. Le cuento con tranquilidad lo que ha pasado aquí, y el encuentro que acabo de tener con el hombre que ha querido matarme.

Oigo cómo Dann suelta varios insultos y maldiciones al escuchar mi parte de la historia.

—¿Estás bien? ¿Seguro que no te llegó a disparar? ¡Mírate bien!

—Sí, tío. Estoy bien. Te lo prometo.

—Nosotros vamos a montarnos ya en el avión— me repite de nuevo con voz acelerada—. Llegaremos a Nottville a media tarde. Vamos directamente hacia el hospital. ¡No os mováis de allí! Hoy mismo aclararemos este entuerto,

¿sí?

Le digo que no se preocupe y que venga tranquilo, y ambos colgamos deseándonos tener cuidado mutuamente.

Miro a Sean y señalándole hacia mi vehículo le pido que nos pongamos en seguida en marcha para ir junto a nuestras esposas.

—No vamos a separarnos los cuatro— le digo seguro de mí—. Hasta que no descubramos quién te quiere destruido, Sean, permaneceremos juntos. Maddy, Brianna, tú y yo.

No me lleva la contraria y lo agradezco.

¡Qué alguien intentase atentar contra nosotros a partir de ahora!

Iban a enterarse de lo que valía un peine. ¿Enfrentarse a los Garrett y salir bien parado?

¡Y una mierda!

## Capítulo 5

**Motel “El placer los sentidos”**  
**Carson City, Nevada.**  
**Marcus.**

Entro en el motel cabreado, tanto que ni saludo como hago de costumbre al aparcacoches. Voy directamente a recepción.

—¿Tengo llamadas para mí?

—No, señor— me dice con miedo la recepcionista.

Golpeo el mostrador con ira apenas disimulada.

—Quiero que pasen a mi habitación cualquier llamada que reciba, ¡sin falta! ¿Entendido?

Ella asiente, retorciendo trocitos de su cabello en señal de inseguridad. La miro con desprecio antes de caminar a grandes zancadas por los pasillos de la entrada, rumbo a mi habitación.

Me golpeo en el hombro con un señor con sombrero de vaquero, pantalón y camisa. Gruño, aceptando su disculpa por cortesía, más que otra cosa.

—La próxima vez mire por donde va.

Saco mi móvil de mi camisa, y me pongo a leer los mensajes de la bandeja de entrada. Nada. Laker no ha informado cómo está la misión. ¡Maldito estúpido!

Utilizo mi tarjeta de acceso en el ascensor y le doy al botón que marca el último piso. La zona VIP. Ahí está mi Suite, decorada a mi gusto y a mi elección. Mi único rincón de paz.

Evito con la mirada el saludo de las mujeres que se cruzan en mi camino al salir del ascensor y abriendo la puerta de mi habitación, cierro con un golpe seco. Me acerco directamente hacia la televisión y pongo las noticias internacionales 24 horas. Si Laker no me informa, seguramente la programación basura sí lo puede hacer.

Me preparo un vaso de vodka con ron, bien cargadito, y me siento en mi sillón favorito, parado delante de la televisión. Miro el calendario. El 3 de febrero está cada día más cerca. Para ese momento, yo ya debería tenerlo todo atado con respecto a la empresa de seguridad Jenkins. El empresario chino Jian Lin no aceptará retrasos en el negocio.

Lanzo el suelo el vaso de cristal al ver una reportera en Nottville, informando sobre el arresto de un inmigrante en la clínica veterinaria de los hermanos Garrett.

—Maldito Laker, ineficaz y petulante.

Cojo el teléfono de encima de la mesita, y marco su número con ira. La reportera sigue hablando en la televisión mientras yo escucho los tonos de la llamada sonar sin respuesta.

—...todavía no se sabe de quién se trata, lo que sí es cierto, es que actualmente está en una celda de la estación de policía de Carson City. Uno de los vecinos que vive colindante a la veterinaria, nos ha informado que ha disparado contra James Garrett, el mecenas de Nottville.

Mecenas.

Y un cojón.

—Hola, Marcus, buenas tardes.

¡Buenas tardes!

Me levanto de un salto del sofá, y pateo bien lejos el hielito del vaso que tiré antes al suelo. La desfachatez de Jason Laker me está hartando.

—¿Qué demonios has liado esta vez, Jason?

Le oigo tragar y sé que está algo preocupado. Le noto tenso, ¡y para no estarlo! Mi plan tan cuidadosamente planeado se está viniendo a pique. Y el único culpable, es él, por inepto.

—Pensamos que como no conseguimos atraer a Elizabeth Stone, podíamos encargarnos nosotros mismos del caso— me dice en voz baja—. No podía ser tan difícil.

¡No podía ser tan difícil!

Cuento hasta diez intentando calmarme. ¿Cómo decía yo en mis actuaciones? Uno, dos, y tres. Cuando cuente tres, te olvidarás de todo. Eso tengo que hacer, olvidar de su ineficiencia.

Y de mi acuerdo con él.

—¿Cómo vas a solucionar este error?— le pregunto calmado.

Sé que él se sorprende al oírme tan tranquilo. Sonrío con frialdad. Soy un mago, ¿no? Puedo usar todos los faroles que me vengan en gana si así lo quiero.

—Voy a salir de Nottville. Todo parece indicar que Elizabeth Stone ha abierto la boca y por eso el Garrett mayor se esperaba nuestra visita de hoy. Quizá nos escucharía en aquél callejón en Montana a escondidas y avisó a su noviecito.

Aprieto los puños con ira, no sé si en contra de Elizabeth o de Jason. Una por vil traidora, y el otro por estúpido.

—Quizá es el momento de que te encargues tú mismo de la acción— murmuro con sequedad.

—¿Qué quieres decir?

—Pues muy sencillo. Utiliza las artes que te enseñé de engaño, entra en el Hospital y acaba con la vida de Brianna Jenkins.

Pongo los ojos en blanco al oírle soltar una maldición.

—¿Yo?

—¿No quieres tu parte en este negocio de miles de dólares?— pregunto con voz fría—. ¡Pues para que tengas tu recompensa, tienes que matar a la mujer de Sean!. Por desgracia, su hija estará bien protegida ahora.

Imagino que matando a una obraremos el mismo efecto en Jenkins que asesinando a los dos miembros de su familia.

—Pero yo...

—Hasta ahora sólo te has dedicado a grabar la acción y a conspirar. Te toca actuar.

Quiero preguntarle si acaso es un cobarde, pero mi silencio le resulta más elocuente que esas palabras. Laker sabe que estoy pensando muy mal de él.

—Sean arruinó mi negocio— dice con voz pausada—. Y le jodió la vida a mi familia. Voy a recuperar mi dinero y mi honor, aunque sea manchando mis propias manos con sangre.

Bien.

Le aconsejo un par de acciones para que lleve acabo el plan, mientras interiormente rezo con todas mis fuerzas para que una vez muerta Brianna, Jason Laker acabe en la cárcel. O si los espíritus están conmigo, tal vez termine muerto.

—¿Sabes algo del chino?— me pregunta tras escuchar mi idea.

Gruño interiormente, enfadado ahora conmigo por haberle contado esa parte del plan.

Hasta yo mismo tengo errores, está visto.

—Es pronto. Una vez nos apoderemos de los negocios de Jenkins, será el momento de contactarle. No tengas prisa.

Me cuelga rápidamente y yo vuelvo a sentarme en el sofá.

Mi vista vuela a la pantalla de la televisión y siento odio profundo hacia la mujer de ojos marrones, pelo corto grisáceo y ropa mugrienta que aparece en las noticias.

Elizabeth Stone.

¡Valiente zorra!

Recuerdo la primera vez que la vi, en mi primera actuación en Westport. Pensé que era una persona con una mente muy fácilmente manipulable, y no porque yo fuera mago, evidentemente la magia no existe, sino por su docilidad.

Un par de droga bien adulterada, palabras bonitas, cierta dosis de hipnotismo que aprendí en la Universidad y listo.

El arma perfecta a mi servicio.

Y al principio todo marchaba bien. Era capaz de crearle y borrarle recuerdos tras darle la “receta mágica” de beber. Ni lo sospechaba la muy estúpida.

—Pero cometí un error muy grave— murmuro enfadado conmigo mismo—. Sobrestimé su capacidad de enamorarse.

El sonido del teléfono de la habitación me sobresalta.

Camino hacia la mesita principal, con el ceño fruncido. Acabo de hablar con Laker, no sé quién me estará llamando ahora.

—¿Dígame?

—La señorita Stone está en línea, señor.

Suelto un exabrupto, ladrándole la orden de que me pase la llamada de inmediato. ¿La señorita Stone?

—¿Dígame?

—Hola, Marcus, buen día.

Aprieto con fuerza el cable del teléfono, poniendo los ojos en blanco. Sí. Es la asesina de Carson City, en vivo y en directo.

—Se supone que yo te enseñé a actuar con discreción— le digo aparentando tranquilidad—. ¿Por qué das tu nombre verdadero en recepción?

—Así me aseguro de que no me ibas a colgar el teléfono.

Su voz suena baja y como en trance. Qué raro.

—¿Qué quieres?— pregunto suspirando—. ¿Te lo has pensado mejor, y deseas unirme al bando ganador?

—Si ese bando sigue insistiendo en asesinar a Madeleine Garrett, mi respuesta sigue siendo la misma— me responde enseguida.

Resoplo, sin ganas de juegos.

Camino hacia la entrada de la habitación, y sacando de un cajón escondido un iPad, pongo una suave melodía que suele inducir a la hipnosis. Creo que tal vez si intento controlar su mente una vez más, pueda atraerla a hacer mi voluntad. Y ya no para asesinar a nadie, sino para que se suicide ella sola.

Está fuera de control ¿y qué se hace cuando una operación fracasa?

¡Eliminar y deshacerse de las pruebas!

—Elizabeth... — le comienzo a decir con voz sugerente—. Si no deseas matar a ningún Garrett, lo entenderé. Te prometo que estarán a salvo.

—¿Y Sean y Brianna Jenkins?

—Ellos no entran en esa negociación. Sus vidas hace tiempo que están a punto de terminarse.

Intento hacerle recordar con voz suave y tentadora, la vez que estuvo desnuda para Jason y para mí, para que se relaje y vuelva a meterse en el mismo trance que en aquella ocasión, pero su risa horrenda y fea, me chafa el plan.

—No, querido mío, ya no me vas a manipular— murmura fríamente—. No ahora que estoy concentrada en cumplir una última misión como tu *arma*.

—¿Una última misión?

Apago con brusquedad el sonido de la música y apoyándome en la puerta de entrada de la Suite, comienzo a prestarle verdadera atención a la muchacha. No me está gustando para nada la seguridad de la que está haciendo gala.

—Sí. ¿No te imaginas cuál puede ser, Alain Scott?

Un escalofrío de horror me traspasa la columna cervical al oírla pronunciar ese nombre. Joder, claro. ¡Está llamando al motel! Ha descubierto quién estoy fingiendo ser. Maldita sea.

—¿Cómo...?

—Tu amiguito Jason Laker, una vez me dijo que ese no era su verdadero nombre. Intuí que tú tampoco te llamabas de nombre de pila Marcus. Recordé todas nuestras conversaciones y uní cabos. A fin de cuentas en Carson City, no hay muchos grandes hoteles y/o moteles del sector hotelero, ¿no?

Suelto un gruñido poco masculino.

—¿Se lo has contado a alguien?— pregunto inquieto, caminando hacia mi armario de cuatro plazas, para comenzar a hacer rápidamente las maletas—. ¿Tu misión final es meterme en la cárcel?

Mis palabras suenan con ironía, y tampoco lo evito. Si esa estúpida muchacha se piensa que voy a dejarme encerrar en una prisión, está cómo una cabra. Sería su palabra contra la mía. ¿Y a quién creería la buena gente del estado de Nevada, a un magnate hotelero o a una psicópata asesina?

La suave risa de Elizabeth me hiela la sangre.

—No, señor Scott. Usted no va a ir a la cárcel.

—¿Entonces?

—Usted morirá de manos de su famosa arma mortífera. Se sentirá orgulloso de lo que ha creado cuando lo último que vea sea mi rostro, arrebatándole su vida. Se lo prometo.

A continuación me cuelga el teléfono y yo me quedo inmóvil mirando con la boca abierta el auricular sin entender nada de lo que me ha dicho.

¿Quiere matarme?

¿A mí?

¡Esa sucia estúpida, psicópata e insignificante se atreve a amenazarme!

Marco las teclas del teléfono, aprovechando que es inalámbrico, y espero a que atiendan la línea telefónica.

—¿Sí?

—Haz tus maletas. Salimos de este motel hoy mismo.

—Pero Alain, cariño, yo...

—¡Laia, haz tu maldita maleta y espérame en recepción en menos de quince minutos! ¿Oíste? Tu estúpida hermana te ha encontrado.

Se queda callada, asombrada al oírme.

—¿Qué?

—¡Si no estás en quince minutos abajo, me iré sin ti!

Le corto la llamada con ira.

Estúpida mujer, tan corta de entendederas como su hermana.

Durante un segundo, me planteo la posibilidad de contactar con el chino, pero no lo hago. Continúo haciendo mi equipaje con celeridad. Cabeceo quitándome esa absurda idea de la cabeza. Crearle problemas a Jian Lin no es buena idea.

¡Es lo último a hacer si uno quiere seguir vivo!

\*\*\*

**Westport, California.**  
**Melanie Sánchez.**

Planto en mi rostro una sonrisa a la madre de mi alumno al salir de mi despacho. No siento mucho deseo de sonreír, pero no tengo más remedio que hacerlo. Ser la Directora General del único colegio que hay en Westport tiene sus obligaciones, y entre ellas está el aparentar que todo va bien. Aunque a veces no sea así.

—Nos vemos el mes que viene— le susurro, despidiéndola con amabilidad.

La señora de pelo rizado, traje extremadamente caro, y zapatos de tacón se gira para lanzarme una sonrisa lobuna, antes de perderse entre los pasillos de mi colegio.

Muy bien.

La última cita de la mañana.

Regreso a por mi bolso que está encima de mi escritorio, y sacando mi móvil para revisar si tengo mensajes o llamadas perdidas, apago las luces y cierro con llave al salir del despacho.

Por suerte hasta el día siguiente ya no tendría que regresar al trabajo.

Saludo a mis profesores con un gesto tranquilo, y suspiro intranquila al ver que no tengo ningún mensaje de Samuel Gómez. Me está evitando. Quiero intentar no sentirme dolida por su rechazo, pero no lo puedo remediar.

Acabo de convertirme en la típica chica que pierde sus principios por liarse con un tío un par de veces, y luego si te vi no me acuerdo.

Miro inconscientemente el anillo que tengo en el dedo, y suspiro recordando que se supone que soy una mujer separada. Ni una adolescente, ni una solterona. Una mujer adulta capaz de afrontarse a cualquier problema que se le presente.

Supongo que conocer a alguien como Samuel Gómez me pilló demasiado por sorpresa.

El pitido de llamada entrante me sobresalta. Es número oculto. Rezo porque sea Sam. Necesito hablar con él.

—Buenas tardes, Melanie.

Se me encoje el estómago al oír esa voz femenina.

Otra vez.

—¿Porqué me torturas?— pregunto en voz muy bajita.

Miro a ambos lados de los pasillos y me meto en la primera aula que encuentro vacía. Como alguien me descubra me tacharían de cómplice y no podría soportarlo. ¡Soy la directora de un colegio local, por amor de dios!

—No te torturo, Melanie. Necesito tu ayuda.

—¿Mi ayuda?

Resoplo de forma nada femenina.

—Elizabeth, tienes que entregarte a la cárcel, no pasearte entre Westport y

Carson City, vestida de hombre para a saber Dios qué cosas hacer. ¡Yo no quiero ser cómplice tuyo!

Se queda callada. Tiene la respiración acelerada.

—Acabo de hablar con mi peor enemigo. Sé que pronto saldrá huyendo como una rata del Motel. No te pido que seas mi cómplice. Eres una mujer decente— dice con sorna—. Sólo quiero que llames a alguien de Nottville, a poder ser que no sea un Garrett, y que les prevengas contra Alain Scott. Nada más.

Alzo una ceja confusa.

—¿Alain Scott?

—Sí. Tengo la verdadera matrícula de su coche, quiero que la anotes y se la pases a alguien de Nottville. Es importante que ellos lo sepan. Sobre todo antes de que yo haga nada.

¿Hacer?

Siento pánico de imaginar sólo lo que fuera que ella estuviera planeando.

—Elizabeth, voy a colgar, yo no...

—Melanie, yo he guardado durante años tu secreto— me murmura con mucho pesar—. Ayúdame en esto y te prometo que te dejaré tranquila. Hace un día te contacte por primera vez y esta es la segunda. Te juro que ya no sabrás nada de mí.

He guardado durante años tu secreto.

Bajo la vista al anillo de casada de mi mano y me estremezco. Sin lugar a dudas, Elizabeth acaba de amenazarme. Otra vez. Mi secreto de nuevo a punto de salir a la luz.

—¿Qué quieres que haga?— pregunto con desgana.

—Sólo necesito que llames a Nottville y preguntes por Mike West. Es un policía que está llevando a cabo la investigación de mi caso. Dale el número de matrícula que te voy a dar. Tiene que investigar sus negocios a fondo.

—¿Los negocios de quién?

—De Alain Scott, el director del Motel “El placer de los Sentidos”

Me quedo parada al recordar que en ese motel fue donde la poli se encontró muerto a Fran.

—¿Es sobre tu caso todo este asunto?— pregunto anonadada.

—Más importante que mis crímenes— me reconoce en un suspiro—. Tú dale ese nombre a Mike, y la matrícula de su coche. Sé que ellos podrán sacar todos sus trapos sucios a tiempo.

Trapos sucios.

Se queda en silencio ahora, silbando. Miro el teléfono imaginando que la llamada se ha cortado, pero no, sigue poniendo número desconocido en llamada entrante.

—¿Elizabeth?

—Este asunto se pone mejor por segundos— me dice misteriosamente—. En fin, ya da igual. Tú dile eso a West.

—Está bien.

Anoto en un bloc de notas el número de matrícula del vehículo que me facilita ella, y el nombre de Alain Scott.

—Gracias por todo, Melanie. Has sido una gran jefa y una gran amiga estos años.

—¿Qué vas a hacer ahora, Elizabeth?— le pregunto sin poderme contener.

Intuyo que no me contestará, al oír su risa. Suelto yo un suspiro al sentir en su sonrisa tristeza. Mucha tristeza.

—Voy a matar a Alain Scott— dice dejándome de hielo—. Y después... ¿quién sabe? Dios dirá.

Abro la boca para intentar hacerla entrar en razón, pero enseguida me cuelga el teléfono, dejándome sin habla.

A matar a un hombre. ¡Adiós a la teoría de que mi antigua profesora de educación primaria era inocente!

—Necesito sentarme— susurro buscando una silla a tientas.

Caigo desplomada en una y me llevo las manos a la cabeza. El anillo en mi dedo me pesa más que nunca esa vez. Por la culpa del secreto que encierra, Elizabeth me ha inmiscuido en aquél asunto.

¡Si Samuel Gómez me hubiera respondido a mis mensajes cuando se lo pedí, nada de esto estaría pasando!

Quiero sentir rabia hacia él, pero no soy capaz.

Al imaginarme su rostro delante de mí, sólo puedo sentir dolor y cierto fagonazo de deseo que aún no se va mi sangre, ni de mi cuerpo.

—Sam, Sam, Sam...

El ruido de pasos de alumnos en el corredor me activan y me traen al presente. Miro con dedos temblorosos el nombre de la siguiente víctima de Elizabeth y me meto en el buscador de internet para buscar el teléfono de la estación de policía a Nottville.

Tenía que darle esa información a la policía y de forma urgente.

Tal vez aún había una posibilidad de detener a Elizabeth antes de que añadiese un nuevo crimen a la lista. No voy a perder nada por intentarlo.

\*\*\*

## **Hospital General de Nottville.**

### **En la entrada.**

#### **Mike West.**

Siento la respiración agitada y un poco de temblor en el cuerpo, al ver por fin ante mis ojos del Hospital de Nottville. No quiero reconocerlo, pero tanto viajar de prisa y corriendo entre avión y coche me ha dejado agotado.

¡Parece que no estoy recuperado del todo a fin de cuentas!

Miro en el cuadro de mandos la hora y gruño con algo de hambre al ver que son las cinco de la tarde ya. La hora de llegada del avión se retrasa y venimos unas dos horas más tarde de lo previsto.

—A día de hoy y seguimos con estos problemas— refunfuña Sam, quejándose de las líneas aéreas—. Voy a acabar harto de los viajes.

Afirmo con él, mirando por el rabillo del ojo a Dann. No puedo evitar incomodarme un poco al verle contemplándome fijamente.

Sé que no lo dice, pero me señala la frente y sé lo que quiere decir. Tengo sudores fríos y fiebre tal vez. Qué perspicaz es. Demasiado.

—Estoy bien— le delecto con los labios, intentando que Sam no se entere.

Si Dann se puede poner pesado con respecto a mi salud, no quiero imaginar cómo se pueden poner los dos sabiendo que me siento francamente mal.

—Sean ha formado un completo comando aquí— sonrío Sam, sacándome de mis pensamientos.

Sigo su vista con la mía, y suelto un silbido de admiración al ver varias patrullas aparcadas en la entrada del Hospital. Y no sólo eso, sino varios coches con el logo de la Empresa Jenkins en fila india.

—Con su mujer y su hija no escatima en recursos— digo yo satisfecho con su forma de hacer las cosas.

Dann coloca una mano sobre mi hombro y yo le miro de nuevo con expresión fingida de estar bien. Ahora mismo lo importante no es mi salud, sino averiguar lo que demonios estaba pasando allí.

—Llama a la policía de Montana— le pido para que se concentre en otra cosa—. Quizá ya le hayan sacado información importante a la Laia farsa.

Mis palabras le parecen correctas y enseguida procede a hacerlo.

Me recuesto en el asiento del coche, disfrutando de los últimos segundos de tranquilidad.

—Después de averiguar cómo están Maddy y Brianna, irás a que te vea un doctor— me dice Sam, sorprendiéndome.

Alzo una ceja con suspicacia en su dirección.

No voy a preguntarle cómo lo sabe. Parece que Dann no es el único observador de los tres en ese coche. Me encojo de hombros, sin ganas de discutirles la decisión. Tal vez una revisión médica no me venga mal.

—¿No os ha dicho el nombre de la persona que viene hacia aquí?— pregunta Danny con voz grave.

Sam aparca el coche en línea, justo detrás de un coche azul y yo cierro los ojos unos segundos más intentando ordenarle a mi cuerpo que vuelva a la normalidad.

—Sí, sé que no podéis obligarla hablar sin un abogado presente, pero por dios, mi cuñada y su madre pueden estar en peligro. Necesitamos saber si podemos estar tranquilos o en alerta. Es de pura importancia.

Cabeceo, cansado de la burocracia de los polis en otros estados. Parece que si no hacen las cosas estrictamente como dice la ley, son incapaces de actuar. Eso es

a mi modo de ver como si el cielo azul se queda para siempre de ese color mientras sea de día. ¿Y el amanecer? Cuando amanece no es azul, sino anaranjado.

Azul.

Abro los ojos de golpe, y me quedo mirando la matrícula del coche que teníamos enfrente con sumo interés. El día que Maddy y Brianna sufrieron el accidente, Jim y Danny me dijeron que un tipo con el coche azul fue visto en su casa. Supuestamente era el coche del ex novio de Elizabeth Stone.

Parpadeo evitando que las gotas de sudor caigan sobre mis ojos.

Esa matrícula no es del estado de Virginia Occidental. Es de Nevada.

—Sam...— murmuro llamando su atención

Él me mira y yo señalo el vehículo y su matrícula. Enseguida entiende lo mismo que yo.

—¡Joder!

Sale del coche con celeridad. Yo le pido a Dann que cuelgue al ver que no está consiguiendo nada positivo de la llamada. Mi amigo me frunce el ceño al ver correr a Samuel hacia la entrada del Hospital.

—Ve tras él— le pido señalándole el coche—. Yo voy a avisar a la policía de aquí para que extremen las precauciones.

Danny no se detiene a escuchar hasta el final. En cuanto le digo que vaya tras Sam, sale del coche como una bala. Sé que reconoce el coche en cuanto lo ve.

—Si yo pudiera correr, iría también tras ellos— murmuro con una maldición de pesar.

Salgo del coche con tiento y camino directamente hacia Johnny, uno de mis compañeros en la estación de policía. Sonríe abiertamente al verme llegar a su lado.

—¡Pero bueno, tío! ¡Estás fatal!

—Vaya, gracias— le digo haciéndole una mueca—. Digamos que hemos tenido un mal vuelo.

Pongo cara de circunstancias.

Carraspeo para cambiar de tema. Mi salud no es importante ahora. Voy a decirle que extremen precauciones y que investiguen al dueño del coche que está aparcado enfrente del nuestro, cuando la radio del coche patrulla comienza a sonar, llamando la atención de mi compañero.

Suspiro agotado.

—¿Sí? Soy Johnny.... ¿El caso del asesinato Carson City, dices?

Entrecruzo los ojos, posando mi mirada sobre él y sin pensarlo, le cojo yo la llamada de la central.

—Aquí Mike West— susurro disculpándome con la mirada con Johnny, que me mira ceñudo. Lo siento. Le vocalizo antes de seguir hablando—. Si es sobre el asunto de Elizabeth Stone, estoy llevando yo el caso.

—West, soy Lenna, hay una mujer que me ha preguntado por ti. Llama desde

Westport. Dice que es urgente. Algo sobre un asesinato. Parece nerviosa.

Le digo que no se preocupe y que me pase la llamada.

No sé porqué pero la cicatriz de mi estómago comienza a picarme ante el mero pensamiento de pensar que es Elizabeth la que llama. Mal asunto, Mike, que empieces a estremecerte si tienes que hablar con esa mujer.

—Mike West— digo inspirando hondo.

—Buenos días, Mike. Habla Melanie Sánchez, desde el Colegio de Westport. Melanie.

Elevo los ojos al cielo, algo decepcionado al ver que no se trata de la señorita Stone. Es otra mujer. ¿De Westport también?

—Hubiera querido hablar con Samuel Gómez de este asunto, pero no me coge el teléfono— me dice con tristeza.

Ese comentario me ayuda a identificar a la persona que llama. Es la directora del cole de Westport. La mujer con la que Sam se fue a Tahoe City. Su última amante si no estoy equivocado.

—Yo llego el caso de Elizabeth Stone. Creo que había preguntado por mí.

—Así es, tengo noticias sobre ella, por eso llamo.

Mi corazón palpita con fuerza en cada latido.

Noticias sobre Elizabeth. Me giro para mirar el coche azul, y recuerdo la supuesta llamada de Elizabeth a Jim días antes. Quiso avisar de un peligro grande, ¿y si ahora quiere hacer lo mismo? ¿Eso lo hace una cruel asesina?

—Estoy escuchando— le digo a mi interlocutora con impaciencia.

—Elizabeth Stone me ha llamado hoy. Me dio la numeración de una matrícula de un coche y un nombre. Me pidió que hablase con usted y se lo informase de inmediato.

—¿Qué nombre?— pregunto yo, ahora intrigado.

—Alain Scott. Es el director del Motel donde apareció muerta la primera víctima de Elizabeth.

Alzo una ceja confuso.

—¿Y la matrícula cuál es?— quiero saber.

Miro el coche azul de antes y gruño al ver que no coincidían. Evidentemente ambas pertenecían a Nevada, pero hasta ahí la coincidencia.

—Me dijo Eli también— continúa hablando—, que investiguéis todo con respecto a ese hombre, sobre todos sus negocios.

—¿Por qué?

—No lo sé, se lo prometo.

Le digo que no hay problema, y en el fondo es así.

Todo referente a la antigua pareja de Dann es confuso y raro. Cómo si alguien tejiera hilos, avanzando y enredando las cosas a placer.

—Hay algo más— susurra Melanie en voz baja.

—¿Qué más le dijo, señora Sánchez?

—Me dijo que tenía pensado buscarle ella para matarle, señor West.

Suelto varios tacos seguidos. Johnny me mira mal por decir esa clase de

insultos delante de una dama, pero no he podido contenerme. ¿Otro asesinato? Su bala en mi estómago aún me duele de lo reciente que es, ¿y ya quiere atentar contra la vida de alguien más?

Adiós a mi teoría de que esa mujer era inocente.

—Por favor— continúa Melanie—, no sé porqué hace estas cosas, pero Elizabeth no era así antes. Detenedla antes de que haga algo de lo que se arrepienta.

—Está bien. Actuaremos de inmediato.

—Gracias.

Pongo fin a la comunicación y contacto enseguida con la central. Tras dar mi cargo, mi número de placa y mi apellido, ordeno que investiguen a Alain Scott en todos sus aspectos. Hago especial hincapié en que averigüen todo lo necesario sobre sus negocios y sobre lazos familiares.

—Sobre todo quiero que nos envíen una fotografía reciente de él— le digo por último.

Quiero saber quién es la próxima víctima de Elizabeth antes de nada.

—Gracias, Johnny— susurro golpeando su brazo en señal de familiaridad.

Le pongo al corriente ahora a él del asunto del coche azul, y voy camino al Hospital a la habitación de Brianna. Lanzo una plegaria al cielo, deseando encontrar todo tranquilo y en paz. Por el bienestar de los Garrett claro.

¡A saber cómo Dann va a tomarse el saber que la mujer que aún ama va a cometer un nuevo asesinato en breve!

\*\*\*

**En la habitación de Brianna Jenkins.  
Nottville, Virginia Occidental.  
Samuel Gómez.**

El primero en cruzar la puerta de entrada de la habitación de Brianna soy yo. Suspiro de alivio al ver las miradas alarmadas de Sean, Jim, Maddy y su madre al verme tan apurado.

—¿Sam?— pregunta Sean.

Camino hacia ellos y espero unos segundos a la llegada de Dann para proceder a contarles lo que nosotros vimos aparcado en la entrada del Hospital.

—¿Un coche azul?— pregunta Jim enojado.

Se dirige a la ventana y golpea el alfeizar con fuerza al reconocer el coche estacionado frente al nuestro.

—¡Es el mismo que vi salir de casa el día del accidente de Maddy y de Brianna!— afirma rabioso.

—Eso quiere decir que ese cabrón está aquí, en el Hospital— dice Dann intentando llamarnos a la calma a todos.

Me acerco a Maddy y a Brianna para darles un beso de saludo, y pido la atención de los presentes para que entren en calma. Ponernos todos nerviosos no es buena idea.

—Pensemos en el lado bueno— les digo con una sonrisa—. Tenemos seguridad de mano de Sean, patrullas de policía apostados abajo, y hombres armados aquí— añado mirando a Dann y luego a mí chaleco antibalas—. Nadie nos va a hacer daño.

Las mujeres suspiran aliviadas, los hombres en cambio me miran con enojo. Están preocupados, y mucho.

Noto cómo Jim se acerca a su hermano para darle un gran abrazo de oso. Noto la tensión en ambos e intuyo que la razón de su distanciamiento tiene nombre de mujer. Elizabeth Stone.

Joder con esa mujer. Con lo poquita cosa que parece ser, y la ha liado parda.

—¿Y Mike?— pregunta Maddy.

—Ya viene.

—Va a ir de cabeza a ver al doctor en cuanto solucionemos esto— sentencia Dann, acercándose ahora a su cuñada para darle un cálido beso en la mejilla—. No está recuperado del todo.

Afirmo ante su idea, contemplando los signos vitales de Brianna con interés. La máquina está funcionando bien, pareciera. Una buena señal.

—¿Han dicho algo nuevo del paradero de Stone?— me decido a preguntar directamente a Sean.

Los presentes me miran con el ceño fruncido pero yo me encojo de hombros, sin darle importancia a mi pregunta. Para defenderse de algo hay que estar preparados ante cualquier eventualidad, ¿no? Y estar informados es el primer paso.

—Nada— responde Sean, ante la atenta mirada de Dann—. Lo último que se supo fue que al salir de Helena, Montana, vendió el BMW que le robó al alcalde de la ciudad y partió supuestamente rumbo al Oeste.

Al Oeste.

¿A su casa?

La imagen de Westport pasa por mi cabeza e inevitablemente el recuerdo del cuerpo desnudo de Melanie se cuela por mi mente. Joder con esa mujer. No quiere dejarme ni a sol ni a sombra, maldición.

—Todo parece indicar que ha regresado a Carson City— susurra la voz de Mike West, desde la puerta.

Todos giramos para mirarle asombrados.

—¿Perdón?— pregunto confuso.

Daniel se acerca a él inmediatamente al oírle hablar.

—Acaban de darnos un nuevo chivatazo— responde Mike mirando a su amigo a los ojos—. Proveniente de Westport. Elizabeth Stone está en Carson City.

—¿Qué?

—Me llamó Melanie Sánchez para informarme.

Ahora soy yo el que se acerca a Mike con el ceño fruncido.

—¿Melanie?

Mi corazón me taladra en el pecho comenzando a bombear con fuerza. ¿Melanie? El último mensaje que me envió se me viene a la cabeza y creo que empalidezco.

—¿Mi Melanie?— pregunto yo de nuevo.

Mike afirma y yo lanzo un juramento de pura rabia. La mirada de Melanie ocultándome algo con respecto a Elizabeth viene a mí, y la maldigo por haberme engañado. Joder. ¡Qué idiota he sido!

Jim nos mira a los tres sin entender nada.

—¿Y sigue en Carson City?— pregunta rabioso.

—Puede ser. Parece ser que está planeando otro asesinato, el de un magnate hotelero. El director del motel donde apareció Fran muerto.

Otro asesinato.

Me cuesta creer que Melanie está inmiscuida en la trama de asesinato de Elizabeth. Es imposible.

—¿Cómo supo Melanie todo eso?

—Al parecer la llamó por teléfono y se lo contó.

—¿Le contó que pensaba matar a un hombre a sangre fría?— quiere saber Dann alucinado—. ¿A tanto ha llegado?

—Es una psicópata, Danny— responde su cuñada—. Imagino que busca nuestra atención. No podemos encontrarle lógica a sus actos.

Lanzo un suspiro, viendo las caras de desánimo de todos. Mi plan de animarles un poco se está yendo al garete.

—¿Saben algo del hombre de la gabardina?— pregunto, recordando el coche azul—. Aquí no ha pasado nada fuera de lugar.

—Los hombres ya lo saben y no van a dejar entrar a nadie que no sea o médico o de la familia. Está todo controlado.

Sé que esas palabras deberían calmarme, pero el recuerdo de Melanie no abandona mi cabeza. Su sonrisa y alegría al mirarme al despertar en el hotel de Tahoe City, me persigue. Y ya no es su cuerpo desnudo lo que me obsesiona.

—Salgo para Carson City— anuncia Dann antes de que alguno de nosotros digamos algo.

Me giro para mirarle con el ceño fruncido. Y no soy el único. Jim, Sean y Mike se quedan mirándole serio. Sonríó irónico, pensando que parece un insecto inspeccionado por científicos con lupa.

—Dann...

—Prometí ser yo el que la detuviera y eso pienso hacer— resume terco—. No vais a hacerme cambiar de opinión.

—Pues yo voy contigo— dice Jim, plantándose enfrente suya con los brazos cruzados.

—Jim...

—Eres mi hermano. No voy a dejarte solo en esto.

Miro a un hermano y al otro, y noto la obstinación en sus rostros. No parecen querer ceder.

—¿Y Maddy?— pregunta Dann—. ¿Vas a dejarla sola?

—Maddy estará con Sean y con Brianna en todo momento. Se queda protegida.

—Pero...

No le dejan terminar. Y no son los hombres, sino Maddy, que levanta la mirada de su madre, dónde la ha tenido enfocado todo ese rato de conversación, para fijarla en su cuñado.

—Danny, yo me quedaría más tranquila si Jim te acompaña en tu viaje. Sé que juntos estaréis bien.

Lo dice de forma tan segura, que hasta yo mismo quiero decirle que sí, que haré lo que me pida. Supongo que a Dann le pasa igual, porque no discute más.

—Disculpen, tengo que revisar a la paciente— susurra una voz de hombre en la entrada.

Miro cabreado al hombre de bata blanca que entra en la habitación, con una carpeta marrón.

—¿Y Erick?— pregunta Maddy sorprendida.

—Está en una urgencia, hoy llevo sus casos— responde mostrando una sonrisa deslumbrante—. Prometo no tardar mucho con la paciente.

—Está bien.

Sean le da un beso a su mujer en el pelo y cogiendo la silla de ruedas de Maddy la acompaña al exterior.

Jim, Mike y yo les seguimos como autómatas. ¡Estos médicos siempre dando la lata!

—¿Tardará mucho, doctor?— pregunta Dann.

—No. Será breve. Lo prometo.

—¡Dann!— le llamo yo llamando su atención—. Vamos.

Tengo pensado bajar al coche azul del tipejo ese de la gabardina marrón, y disimuladamente poner algún tipo de chip de seguimiento que tengo en mi vehículo para seguirle el rastro. Evidentemente cuando vea que no puede hacer nada en contra de Brianna y de Maddy por la seguridad que hay montada en el Hospital, tarde o temprano se marchará de aquí.

Y cuando lo haga, queremos que nos lleve hasta sus cómplices. Sobre todo si el hombre de piel oscura no habla en su interrogatorio.

—¿Se sabe algo del tipo ese que quiere matar Elizabeth?— pregunta Dann con voz queda.

Suspiro al oír preocupación en la voz del menor de los Garrett al hablar sobre esa muchacha. ¡Ojalá yo no termine como él con respecto a Melanie!

—Alain Scott. El Departamento de Policía lo está investigando. Imagino que cuando llegemos a Carson City ya tendremos todos los datos de quién ese hombre.

¿Cuándo lleguemos?

Mike piensa volver a viajar de nuevo. Empiezo a querer negar con la cabeza, cuando Dann se me adelanta.

—Tú no vas a ningún lado, Mike.

—Dann...

—Estás sudando como un pollo. Tembloroso y pálido cuál cadáver. Te quedas aquí.

Sean, Jim y Maddy entran en el ascensor y se alejan de nosotros tres. Imagino que irán dirección a la cafetería.

—No voy a quedarme atrás, Dann, creo tener tanto derecho como tú para atrapar a la persona que me disparó. Por mí, y por ti, que eres mi amigo. Quiero vivir tranquilo y darle esa tranquilidad también a mi madre.

Ambos se miran fijamente unos segundos, intentando imponer su voluntad al otro. Yo decido intervenir. Si siguen así, la discusión no va a terminar nunca.

—Chicos— murmuro alzando las manos para declarar un alto al tema—. Vamos a hacer lo siguiente— comienzo a decir con seguridad—. Llevamos a Mike a que le mire un médico. Seguramente le recetará algún calmante para su dolor. Después de asegurarnos que todo vaya a estar bien, seguimos al tipo que ha venido aquí para hacerle daño a las chicas de Sean y le damos por el culo.

Sé que mis palabras pueden sonar bordes, pero qué le den a ese tipo. No tengo porque ser diplomático con él.

—Vaya, valdrías para ser soldado de las fuerzas armadas— me bromea Mike con una sonrisa tenue.

—Y después...— continúo hablando sin prestarle atención—... Dann, Jim y tú os vais a Carson City. Si actuamos con rapidez quizá podamos impedir la muerte de un hombre inocente.

Mike y Dann asintieron, sin querer protestar ante el plan.

—¿Y tú que harás?— me pregunta éste último—. ¿Te quedas con Maddy y Brianna?

—No— digo muy seriamente—. Tengo asuntos que tratar en Westport.

A Mike se le ilumina la mirada y sé que está pensando en Melanie Sánchez. Y por todos los demonios, razón tiene para pensarlo. Quiero ver a esa mujer una última vez para que me cuente cómo fue su conversación con Elizabeth Stone.

Su versión de la historia me interesa mucho escucharla de sus labios.

—Entonces a ver al médico, supongo— dice Mike con malas pulgas.

Asiento, relegando a Melanie a un lado.

—Sí, ya te toca a ti...

No puedo terminar mi frase burlona para con él. Y no porqué no sepa continuar, sino porque veo a alguien que se supone que no debería estar ahí.

—Oye Dann— le digo llamando su atención—. ¿Ese no es Erick, el doctor de Maddy y de Brianna? ¿No estaba en una urgencia?

Él alza una ceja confuso.

Señalo hacia el doctor y su expresión se vuelve peligrosa. Casi como la mía y

la de Mike cuando comprendemos que nos han tomado el pelo. Y a base de bien.  
—¡Brianna!— gritamos los tres a la vez.

Y como si fuéramos balas, salimos corriendo en dirección a la habitación de Brianna, con la esperanza de que no fuera demasiado tarde.

\*\*\*

## **Nottville, Virginia Occidental. Brianna Jenkins**

La cabeza me da vueltas ese día, y mi estado no mejora tras la llegada de Danniell, Mike y compañía con noticias. Y no porque no me guste verles. Evidentemente saber que están bien me llena de alegría y de alivio.

El asunto era que hacía poco me habían pasado de estar en la UVI a estar en planta internada y mi cuerpo aún se estaba aclimatando. La disminución de calmantes también jugaban un papel importante en mi malestar.

Enfoco mi mirada en Maddy al verla tensa, siguiendo atenta toda la conversación, y lanzo un suspiro de pesar al ver el odio en su mirada. Mi corazón se resiente un poco por eso. Mi Madeleine nunca se ha dejado llevar por el rencor ni por la ira. Yo no le enseñé a eso.

—Mamá, ¿estás bien?

Me pregunta ella, apretando mi mano con fuerza.

—Un poco cansada nada más, cariño— le digo forzando una sonrisa—. Mi cabeza trata de aclimatarse de nuevo a regresar a la vida.

Maddy frunce su bello rostro al oírme decir eso, y yo niego con un gesto haciéndole ver que no tiene que hacerme caso en lo que digo. Delirios de una enferma.

—Disculpen, tengo que revisar a la paciente.

Miro con los ojos entrecerrados a un doctor de bata blanca en la puerta, con la vista fija en su carpeta. Ay, gracias a Dios, a él si que puedo pedirle calmantes para aliviar la presión de mi cabeza.

Cierro los ojos tranquila, y siento el beso de Maddy y de mi marido en mi mejilla y en mis labios respectivamente. Sé que aún se quedan un rato más hablando, pero yo me evado del lugar.

Se viene a mi mente la imagen de Sean, arrodillado junto a mí en la UVI, el día que desperté y se me humedecen los ojos. Le vi tan pálido, y tan demacrado que me sentí mal por haberle provocado tanto dolor.

Mi Sean.

—¿Me puede administrar más calmante, doctor?— pregunto cansada, al ver que pasan los minutos y sigue callado en el umbral de la puerta.

Como no me contesta, abro los ojos y me sorprende verle parado, con la puerta cerrada a su espalda. Bajo la vista al pomo y sé que la ha cerrado con

traba.

¿Por qué?

Intento incorporarme en la cama, pero los cables que tengo enganchados al cuerpo que monitorean mis constantes, y las vías a mis venas, no me dan movilidad.

Mis piernas aportan su granito de arena ya que siguen tan adormecidas de cintura para abajo, como el día que desperté.

—¿Doctor?

Ríe burlón y deja caer al suelo al carpeta con mi historial.

Se desata la bata blanca y alza su mirada para que sus ojos se crucen con los míos.

Me quedo paralizada al ver tanta maldad en su mirada. Me causa escalofríos. Y sé, sin asomo de dudas que ese señor no es doctor.

—Es usted el dueño del coche azul, imagino— murmuro mirando hacia todas partes, intentando buscar el pulsador de emergencia para llamar a la enfermera.

—Muy perspicaz, señora Jenkins.

De un movimiento violento y brusco, localiza el pulsador y lo arranca, con cableado y todo.

—No va a llamar a nadie. Sé que no tengo mucho tiempo, y no voy a demorarme más de la cuenta.

Camina hacia mí, sacando un cuchillo del cinturón del pantalón.

—¿Vienes de parte de Elizabeth?— pregunto intentando ganar tiempo.

Sé que Sean no estará lejos mucho de mí. Ir a por un café es un trayecto relativamente rápido.

—Esa zorra lo pagará después. No ha obedecido nuestra orden. Pagará caro su ofensa.

Le miro asustada, sin entender nada. ¿Qué no ha obedecido su orden? ¿De qué?

—Su marido es el culpable de todo esto— continúa diciendo, caminando hacia mí con el cuchillo en alto—. ¡Si no me hubiera robado todo lo que yo tenía, ahora no estaría aquí! ¡Él arruinó a mi familia y lo pagará caro!

—¿Robado?

La indignación recorre mi cuerpo.

—Mi marido nunca le ha robado nada a nadie. ¡Es un hombre decente!

—¡Y una mierda!— grita casi histérico—. Su maldita empresa de seguridad de manos de la gestión de ese tal Krantz, me lo arrebató todo. ¡Todo! Yo quise contraatacar con negocios, y nunca imaginé que terminaría manchando las manos de sangre. Para eso estaban Elizabeth, o Pete, pero bueno. ¿Qué más da los tecnicismos?

Se coloca a mi lado de la cama y alza la navaja a la altura de mi estómago.

—Leí tu historial robado. No puedes moverte de cintura para abajo— dice sonriente—. Matarte será como robarle el caramelo a un niño. Algo sencillo.

Me imagino a Sean sufriendo por mi muerte y trago hondo con fuerza. No puedo permitir causarle ese disgusto. No a él y menos ahora.

—Despídete, Brianna Jenkins. ¡El nuevo Jason Laker, en honor a mi hermana y a mis sobrinos, será quién consiga matarte! ¡Es justicia!

Saco fuerzas de no sé dónde y al ver cómo el cuchillo se hunde mi estómago, me arranco varios cables y parte de las vías que tengo en mi brazo, y empujando la máquina de las constantes hacia un lado, la tiro hacia él.

Sorprendido, se echa para atrás, cayendo al suelo de culo.

Yo a mi vez, ruedo en la cama, y haciendo fuerzas con las manos me dejo caer al suelo, hacia el otro lado.

Siento dolor en el estómago donde he recibido una cuchillada, y en la mano que empieza a sangrar al haberme arrancado las vías de golpe, pero no le presto atención. Me arrastro hacia la puerta, gritando como loca pidiendo auxilio.

¡Alguien tiene que oírme!

—¡Maldita zorra!— gime el asesino, caminando hacia mí.

El cuchillo ya no lo tiene en la mano, pero aún así me alza en vilo y me golpea justo en el estómago donde tengo la herida abierta.

—¿Quieres sufrir? ¡Pues que así sea!

Ahora es él quién grita y supongo que está loco. No le importa hacer ruido en un hospital, rodeado de policías y de hombres de seguridad privada. ¿Acaso no quiere salir ileso de toda esa situación?

—La policía vendrá enseguida— jadeo cuando me toma del pelo con rabia—. Si sales de aquí en este momento, no te pillarán.

—Ya me has visto el rostro, puta, ¿de qué sirve huir?

Comienza a reír, hablando de algo sobre unas grabaciones, y un espectáculo de magia que no logro comprender. Tampoco me da tiempo a intentarlo, ya que de un momento a otro la puerta de entrada se hace pedacitos de una patada ante mis ojos.

Gracias al cielo.

Creo que puedo desmayarme de dicha al ver entrar con expresiones feroces a Dann, Mike y Samuel por la puerta.

Los tres armados y muy cabreados.

—¡Suéltala!— exige Dann.

El hombre no se para a mirarlos. Se pone detrás de mí, usándome como un escudo. No evito varios gritos de dolor al ver que me arrastra junto a él hacia el gran ventanal, que hay junto a la entrada del baño.

—No vas a salir de aquí— le promete Dann. Su arma está en alto.

Intento agarrar algo para distraer al hombre que me tiene atrapada, pero no hay nada a mano. Mis piernas están siendo arrastradas por él, haciéndole más lenta la huida, pero no impidiéndosela.

Si Sean me viera así...

—Voy a contar hasta tres— repite Dann con tono de mando—. Y dispararé. Juro por Dios que no me temblará el pulso.

Veo que Mike le está queriendo pedir calma a Dann, pero éste no le hace caso. No puedo sentirme más que orgullosa por ese muchacho. Para mí es como un hijo. Más incluso que Jim. Tal vez por eso no acepté tan pronto a Elizabeth en su vida. Antes de saber que era una asesina, claro. Quería protegerle.

Elizabeth.

Se me ilumina la mente.

Tal vez si incomodo al hombre que me tiene presa, pueda ganar algo de tiempo a mi favor.

—Danniel...— susurro casi sin voz. Este tipo está agarrándome con demasiada fuerza del cabello—. Se llama Jason Laker.

—¡Cállate, zorra!

Mike, Dann y Sam comienzan a gritarle al hombre que no se le ocurra volver a insultarme, pero yo no me detengo. ¿Y si logra tirarme por la ventana, que parece ser su objetivo?

Tengo que ayudarles.

—Me dijo que todo esto tiene que ver con los negocios de Sean. Un embargo que provocaron en su empresa cuando la dirigía Fran.

—¡He dicho que te calles!— exige el hombre de la gabardina con rabia.

Me da un nuevo puñetazo justo en la herida abierta del estómago y me falta la respiración. Noto que Dann quiere apretar el gatillo al ver lo violento que está siendo conmigo Laker, pero le pido con la mirada que se tranquilice.

Noto que él ya ha llegado a la pared junto al ventanal conmigo delante. No hay más camino hacia atrás.

—¡Suéltala!— grita ahora Samuel.

Ha aprovechado que toda la atención ha estado fija en Danniel y en mí, y se ha puesto a la izquierda.

—Tengo ángulo y yo tampoco voy a dudar en disparar— amenaza fríamente—. Si quiere vivir, señor Laker, suéltela.

El hombre ríe groseramente a mi espalda.

—¿Si quiero vivir?— se burla—. Yo ya estoy muerto, señor Gómez. Y si voy a morir, bien puedo hacerlo cumpliendo la misión.

Da un golpe al cristal y lo rompe en pedacitos.

Algunos caen sobre mi cuerpo, cortándome.

—¡Alto!

Sé que su intención es tirarme con él por la ventana de ese piso, y no estoy dispuesta a permitirselo. No. Sean se sentirá culpable el resto de su vida y no voy a irme dejándole con ese dolor matándole el alma.

Me saco un trocito del cristal de la mano y se lo clavo al hombre en la garganta. El primer lugar que pilló. De la sorpresa él gime y me deja caer al suelo.

—¡Cúbrete, Bri!— grita Dann.

Me hago un ovillo con la poca movilidad que tengo, y escucho tres disparos. Los tres vienen de parte de Mike, Sam y Dann y van directos al cuerpo de Jason Laker.

No lo veo, pero al dejar de sentir su peso a pocos pasos de mí, intuyo que el impacto de la bala le hace trastabillar y caer de golpe por el ventanal.

Mira, al final puede cumplir su deseo.

\*\*\*

**Hospital General de Nottville.  
Nottville, Virginia Occidental.  
Sean Jenkins.**

Veo a mi hija y Jim tomando tranquilamente una merienda digna de dioses y no puedo evitar sonreír con ternura al ver que Maddy por fin está comenzando a recuperar el brillo de su rostro.

El embarazo además, a pesar de su edad, hace resplandecer todo su cuerpo.

—¿No tomas nada, Sean?

—No, Jim. Prefiero tomar algo con Brianna después.

Ambos sonríen al verme sonreír como tonto al hablar de mi mujer, pero lo paso por alto. ¿Qué le voy a hacer si después de casi cincuenta años sigo enamorado de mi esposa?

Miro en la cafetería en busca de los muchachos y al no verles, me preocupo.

—¿Y tu hermano y los demás?— le pregunto a Jim.

Éste se encoje de hombros.

—Imagino que habrán ido al médico para que revisen a Mike. No tenía buena cara.

—¿Estará bien?— pregunta enseguida Maddy preocupada.

—Sí, cariño, es normal tardar en recuperarse de un disparo de bala.

Comienza a explicarle cosas de las heridas en tejidos, y coagulación y yo me desentiendo. Maddy le escucha con paciencia, pero sé que ella al ser doctora sabe muy bien de ese tema. Le ve tan emocionado hablando que no desea interrumpirle.

Vaya dos.

—Voy a buscarles.

Doy un beso a mi hija, y voy rumbo al ascensor. Saludo como siempre, a los médicos que ya me conocen del lugar, y me quedo algo parado al ver a Erick, el doctor de mi esposa, esperando en el ascensor para subir a otra planta.

—¿Erick?

—Hola Sean— me dice sonriente—. ¿Cómo estás?

—Bien, extrañado supongo.

Suena el ruido de apertura de puerta de ascensor y juntos entramos. Pulsamos el piso de la planta donde está internada Brianna.

—¿No estabas atendiendo una urgencia?— pregunto confundido.

—¿Urgencia?

Niega con calma.

Me fijo en sus manos y veo que tiene varias carpetas. Entre ellas, consta el nombre de mi esposa. Señora Jenkins.

—Erick, ¿has enviado a alguien para que revise a mi mujer?— pregunto con voz ronca.

Su sola expresión de extrañeza me hace ver que no ha sido así.

—¡Joder!

Suelto varios insultos que hubieran asustado a un beato, pero no le doy importancia. Doy vueltas en el ascensor como un león enjaulado.

—¿Qué pasa, Sean?

No le respondo. Siento tanta ira dentro que sé que si hablo es para “comerme” a alguien.

Salgo corriendo hacia la habitación de Brianna, en cuanto el ascensor se abre. Sé que Erick me sigue, preocupado por lo que pueda estar pasando. Se lo agradezco.

Me queda un pasillo que girar hasta llegar a la habitación, cuando escucho tres disparos seguidos. Retumban en mi oído y en el lugar. Los pacientes comienzan a gritar asustados, hablando a gritos. Yo tengo que empujar a una mujer que casi me arrolla al salir corriendo hacia la salida.

Tengo las tripas en la garganta del miedo.

—¡Brianna!— grito parándome en la entrada.

Mis ojos buscan desesperadamente el cuerpo de mi mujer en la cama. Al no verla, busco en la habitación, y veo a Sam y a Mike intentando decirme que me tranquilice. ¿Tranquilizarme?

¡No!

Voy a cruzar hacia la ventana, que es lo que veo abierto de par en par, cuando escucho un gemido femenino. Suelto un suspiro de alivio al ver a Danniell levantando a Brianna del suelo.

Está viva, me repito, está respirando.

—Joder.

Camino hacia ella, y la tomo en mis brazos. Ella tiembla entre mi cuerpo y yo gruño al verla tan asustada.

—¿Qué ha pasado?

—El hombre de la gabardina— me informa Samuel con sequedad—. Se hizo pasar por un médico y quiso matarla. Nos vimos obligados a disparar.

Quiero decirle que me importa una mierda si el tipo ese está muerto o no. Brianna es mi prioridad.

—¿Estás bien, mi amor?

—La ha apuñalado, Sean. Hay que avisar a un médico.

¿Apuñalado?

Voy con ella a la cama, y tumbándola allí, gimo de desconsuelo al ver una herida abierta en su estómago.

—¡Erick!

Le pido a gritos que venga para curar a mi mujer. Sé que iba detrás de mí tras salir del ascensor.

—Estoy bien— susurra ella—. Los muchachos vinieron a tiempo.

Quiero pedirle perdón por no haber podido estar ahí yo para salvarla, cuando Erick entra en la habitación seguido de una enfermera y nos piden que salgamos de la habitación.

—¡Y un cojón que la voy a dejar sola!

—Tenemos que atenderla, Sean— me intenta explicar Erick.

Yo no atiendo a razones.

No quiero perder de vista a mi mujer. ¡Joder, hay más seguridad que en un encuentro mediático en este Hospital, y aún así han logrado a herir a mi esposa! ¿Cómo diablos voy a dejarla a solas?

—Sean, estaré bien— me dice Brianna—. Necesito varios calmantes y un poco de tranquilidad. Te prometo que despertaré más tarde y te contaré todo.

Gruño besándole cálidamente los labios.

—Brianna...

—Cariño, soy la señora Jenkins, puedo con esto y más.

Sonrío en contra de mi voluntad y ante la insistencia de ella y de Sam, que tira de mí hacia la puerta de salida, me separo de Brianna.

—Te amo, no lo olvides señora Jenkins.

Me dejo llevar por Sam y por los demás, y me quedo apostado en la pared contigua a la salida de la estancia. No voy a irme más lejos que eso.

—¿Qué ha pasado?— les pregunto a los tres con ira.

En menos de tres minutos, Samuel me cuenta todo con pelos y señales.

—¿Jason Laker?— repito intentando hacer que me suene el nombre—. No sé quién diablos era ese hijo de puta.

—Al parecer le dijo a Brianna que te culpaba a ti de su ruina— me dice Sam.

—A él y a Fran— añade Danniell con calma.

Miro al hermano de mi yerno y me estremece una posibilidad.

—¿Fran?

—Trabajó para ti, organizando una sede. Parece ser que alguien se arruinó debido a los negocios que gestionó mi primo, y ha querido vengarse de nosotros.

Quiero preguntarle si eso es cierto, ¿qué demonios tuvo que ver en eso Elizabeth? Pero no lo hago. No quiero pensar en esa muchacha. No ahora.

—Jason Laker...— vuelvo a susurrar su nombre.

Nada.

No me suena para nada.

—Fue el hombre que le dio el retrato de Elizabeth a Amy, al principio de todo esto— dice Danniell con sequedad—. Está puesto en su informe. Supuestamente era camarero y estaba trabajando la noche en la que les vio juntos en su bar y fue a declararlo ante la policía de Carson City.

¿Y qué?, pienso.

—Evidentemente fue una trampa. Querría quitársela de en medio y por eso la delató.

No quiero pensar en eso.

Miro a Sam y a Mike y a una señal, caminan juntos al ascensor con paso ligero.

—Vamos a levantar el cadáver. Quizá tenga algo en sus pertenencias que nos sirvan de ayuda.

Me encojo de hombros, sin importarme una mierda nada de eso. ¡Ojalá se pudra en el infierno!

—¿Sean?

Giro la mirada bruscamente al ver a Erick salir del cuarto junto a la enfermera.

—¿Cómo está?

—Bien. Por suerte, la puñalada no ha sido profunda. Le hemos dado un par de puntos, curado las heridas de los brazos por quitarse las vías, y se le ha facilitado un par de calmantes. No despertará hasta la noche.

Le agradezco su ayuda. Hago el intento de entrar en la estancia, pero el doctor me detiene.

—Espera, me pidió que os dijera algo antes— susurra visiblemente incómodo.

Le miro serio.

—Según palabras textuales de Brianna. “Dile a Danniell que cuando encuentre a Elizabeth Stone en Carson City tenga mucho cuidado con ella y no porque vaya a hacerle daño nada más le vea, sino al contrario. Parece que oculta más cosas de las que se ven a simple vista”.

Cruzo una mirada extrañada con Danniell y éste me mira a mí igual de confuso. Sin entender nada.

—Quiso que lo supierais.

Le agradezco de nuevo y al verle marchar, me quedo yo ahora en silencio a solas con Dann.

—Vigila tu espalda y la de tu hermano— le pido con seriedad—. Por favor. Este asunto cada vez se ennegrece más. Y ya estamos tentando demasiado a la muerte.

—Te lo prometo, Sean.

Se marcha con paso apresurado y enseguida yo voy junto a Brianna. Sé que tengo que ir a hablar con Maddy para explicarle que su madre se encontraba bien después del ataque, pero primero quiero asegurarme yo mismo de eso.

—Hola, mi amor— murmuro yo tomando su mano.

Localizo las vendas en su brazo, en el estómago y en la cabeza de los cortes que ha sufrido. Beso su mano calurosamente. Empiezo a respirar tranquilo al ver que se encuentra bien.

—Duermes como una bendita— susurro encantado por eso—. Te prometo que todo se ha acabado con la muerte de ese hombre. Nadie más vendrá por ti.

Miro la ventana rota con desconfianza, y depositando suavemente la mano de Brianna en su regazo, camino hacia allí como un sonámbulo. A mi mente llega la imagen del tipo ese queriendo asesinar a mi mujer y siento fuertes deseos de resucitarle para matarle yo nuevamente.

—Maldito seas, ojalá te pudras en el infierno.

Miro hacia el suelo desde lo alto del ventanal y parpadeo confuso al reconocer el cadáver del hombre que yace tirado sobre un coche rojo.

¿Jason Laker?

¡Y una mierda!

Ahora entiendo porqué se me hizo conocido el nombre que pronunció Mike, refiriéndose a Carson City y a magnate hotelero.

¡Qué idiota he sido al no hilar cabos!

Contemplo como Dann, Mike y Samuel hablan entorno al cuerpo del empresario fallecido y yo saco mi teléfono para hablar con ellos. Necesitan saber su nombre real para continuar con la investigación.

—Dime Sean...— susurra Samuel elevando su mirada hacia donde estoy yo al verme asomado a la ventana—. ¿Pasa algo?

—Es sobre ese tío de ahí abajo— digo con desprecio—. Su verdadero nombre no es Jason Laker.

Abre la boca sorprendido mirándome.

Dann y Mike al ver que está con la mirada elevada hacia mí, enfocan también sus ojos en mí.

—Sam, ese hombre trabajó para mí hace muchos años, cuando yo comencé a fundar la empresa. Brianna no llegó a conocerle. Estaba muy diferente de joven. Le encargué llevar una de las sedes de mi empresa. En Texas.

—¿En serio?

—Sí, descubrí que me robaba y le eché al año, creo. Le pagué lo que consideré justo y creo que se fue del país.

—¿Y no volviste a verle?

Intento hacer memoria para no equivocarme con las mentiras y medias verdades que estoy pronunciando.

—Creo que sí— digo—. Cuando Fran me ayudó con los negocios, compaginando sus labores de asesor inmobiliario con mi empresa, se cruzó en su camino. Parecía querer llegar a un trato conmigo. Ya no era el muchacho que abusó de mi confianza. Utilizó a Fran de intermediario.

—Y entiendo que rechazaste su trato de negocios.

—Efectivamente. No confíe en él antes, y no iba a hacerlo ahora.

Lanzo varios insultos, sin entender cómo de esa cosa tan nimia, haya nacido un plan de venganza tan... elaborado.

—¿Cuál es su nombre, Sean?

—Alain Scott. El hombre de la gabardina es Alain Scott, Sean.

—¿Qué?

Cruza una mirada confundida con Dann y Mike, antes de mirarme a mí de

nuevo.

—Si puedes habla con la señora Melanie Sánchez de nuevo y averigua que fue exactamente lo que Elizabeth le dijo que iba a hacer. Si va a asesinar a un Alain Scott, no es el verdadero.

Cuelgo el teléfono enseguida al oír el gemido torturado de Maddy en la entrada. Jim me mira con los ojos como platos sin entender nada.

Lanzo un suspiro y comienzo a contarles todo lo sucedido con calma. Mentir se me da demasiado bien, al menos contar la última parte de los hechos si es un engaño. Ahora las cosas ya empezaban a encajar... un poco, claro.

## Capítulo 6

**Westport, California.**  
**22 de Enero 2017**  
**Elizabeth Stone.**

Con el periódico en la mano, el sombrero puesto y la ropa de hombre, nadie me presta atención. Estoy sentada en un banco, enfrente de mi antiguo Colegio, donde trabajé durante años como profesora de Educación Primaria y ninguno de mis anteriores compañeros ha sido capaz de reconocermé.

Bien.

Llegué del avión casi a mediodía. No tuve mucha dificultad en vender el BMW que le robé al tipo ese en su casa. Por suerte, o desgracia según como se mire, aún había gente que trapicheaba en el mundo de cosas robadas. Gracias a eso, ahora yo puedo tener algo de dinero en efectivo en el bolsillo y dos documentos falsos en mi cartera.

Uno de hombre, y otro de mujer.

Evidentemente el de hombre pienso usarlo para matar a Marcus, y el de mujer para huir por patas una vez cometa el delito.

Huellas nuevas, aspecto nuevo, dirección y referencias inmaculadas.

¡Cuándo uno puede pagar, es rápido conseguir las cosas!

El recuerdo de los días que pase siendo una mendiga vienen a mí, y me estremezco sin poderlo evitar. Creo que voy a tardar bastante tiempo en olvidar esa época de mi vida.

Alzo la vista del periódico al ver salir a la Directora del Colegio junto al profesor de Educación Física. Suspiro negando con la cabeza, viendo los pocos sutiles intentos del hombre por coquetear con Melanie.

—Tío, déjalo ya, haces el ridículo— susurro levantándome en el acto al verles girar la esquina.

Me pongo el periódico en el hombro, y colgándome la mochila con provisiones, comienzo a seguirles a cierta distancia.

—Hasta que no se dé el golpe no va a parar— murmuro al ver que sigue con ella.

Suspiro desganada.

Sé que necesito entrar en la biblioteca del colegio para realizar la búsqueda de la verdadera identidad de Marcus, pero antes de eso necesito hablar con Melanie a solas. No para inmiscuirlo en esto, claro. No quiero meter en líos a nadie más, pero necesito su clave de acceso para entrar en sus dominios.

Ir a una Biblioteca Municipal lo tengo descartado, por razones obvias. Y más en Westport.

Deseo cantar el Aleluya al ver cómo al final Melanie se deshace del profesor ligón. Mejor abordarla estando a solas. Tampoco voy a robarle mucho tiempo. No es que me sobre, y más estando en mi lugar de nacimiento.

Acelero el paso y muevo la mano para tocarle suavemente en el hombro y así llamar su atención, cuando me detengo al verla sacar su teléfono móvil del bolso con desesperanza. Frunzo el ceño confusa.

—Samuel, soy yo— empieza a decir—. Necesito hablar contigo. Es un asunto importante. Es sobre Laia Stone. Llámame.

Si antes estaba perdida, ahora más. ¿Laia?

¿Noticias sobre mi hermana?

Intento hacer memoria de la última vez real que mi camino se cruzó con el de mi hermana y no soy capaz de recordarlo. No sé si debido al tiempo o las drogas de Marcus.

Quiero ir a un psiquiatra, pienso cabizbaja, quizá si él lograra sacar toda la porquería que tengo en la cabeza, yo pueda empezar de nuevo una vida normal lejos de este dichoso país de complots y crímenes.

Melanie acelera el paso y yo me quedo atrás, como tonta.

Por el rabillo del ojo veo la antigua papelería del pueblo, que vende libros antiguos y me decido por entrar. No por los libros en sí, sino por la conexión a ordenadores y a internet que han puesto como novedad.

Tal vez conectándome a internet pueda descubrir la identidad del tipo que hay tras el nombre artístico de Marcus.

—Por el momento te has librado de que te aborde, Melanie.

\*\*\*

Casi dos horas después de estar navegando por la red, sonrío casi con maldad, como si fuera una mala de telenovela. Tanto comienzo a reír, creo que con histeria, que la jovencita que está sentada a mi lado se queda mirándome con preocupación.

¿Qué? ¿Acaso nunca has visto a una persona riendo sin parar?, quiero espetarle, pero me contengo. No es una buena idea llamar mucho la atención.

Le doy a imprimir a la noticia donde aparece el rostro, la dirección del Motel, y el nombre verdadero del mago Marcus.

—Te tengo, mago de pacotilla.

Es alucinante el asunto. El cabrón es el Director General del motel donde confabularon para que yo matase al primo de Dann. Ahora comienzo a entender

cómo pudo ser posible que Jason tuviera un video tan nítido del momento del crimen. ¡El Motel tiene cámaras de seguridad privadas en cada habitación!

Clandestinamente, claro.

—¿Cómo no lo he podido recordar antes?

La jovencita junto a mí me pregunta si estoy bien, añadiendo la palabra “caballero” y le sonrío haciéndole ver que no hay problema. Me gusta que me confunda con un varón. Es una buena señal.

—¿Cuánto es?— le pregunto al hombre desdentado que dirige la librería.

Le pago el dinero que me pide.

—Disculpe, ¿sabe dónde puedo alquilar un vehículo que esté abierto a estas horas?— pregunto, mirando hacia el exterior.

Ya es de noche.

He perdido la tarde delante de un ordenador.

—Claro, señor.

Saca un mapa que tiene guardado bajo el mostrador, y me hace unas indicaciones sobre el papel con el dedo. Claro. ¿Cómo no? Una de las sedes primas hermanas del lugar donde alquilé el coche que estrellé en las lindes de la casita de Maddy y Jim.

—Gracias.

Doblo en varios pedacitos el papel impreso con los datos de Marcus, y salgo de la librería con un peso menos encima. Ahora que ya tengo un destino fijo, sólo necesito encontrar un arma, y aprovechar el momento idóneo para atacar.

—Sencillo, creo.

Camino silbando rumbo a la empresa de alquiler de coches. El tiempo es fresquito, pero no tanto como en Montana. Mi cuerpo más o menos está bien. Con las provisiones de la mochila no he vuelto a sentir tanta necesidad como antes de probar bocado.

Tengo el estómago lleno.

Paso por delante de una cabina telefónica, y me paro a su lado.

Siento un fuerte impulso de marcar el teléfono de Dann para hablar con él y ver cómo está Maddy. Imagino que ya habrá visto las noticias y ya sabrá que me quieren acusar también de secuestradora de niños.

Quiero ser capaz de contarle toda la verdad de lo sucedido. Desde el mismo día en que mi camino se cruzó con Jason Laker – o como quiera dios que se llame—, y con Marcus. Tal vez si soy sincera con él, y le cuento todo tal cual fue, pueda llegar a perdonarme.

Me meto en la cabina, y marco el teléfono de Dann siguiendo un impulso. Aguanto la respiración nerviosa. ¿Si me lo coge cómo empiezo?

*Hola Dann, soy Elizabeth, la asesina de tu primo. Te seduje siguiendo indicaciones de un hombre que os odia y con la intención de matarte al acabar. Tienes que quererme y salvarme de la cárcel solo porque yo te lo diga.*

Cuelgo antes de que dé el primer tono la llamada. No puedo. Golpeo con fuerza el cristal de la cabina, con frustración. Odio toda esa situación, sobre todo

por el hecho de morirme por ver y hablar con Dann y no poder ser capaz de hacerlo.

La última vez que nuestras miradas se cruzaron él estaba en el suelo atendiendo a su amigo, herido de bala por mi mano. Después de eso, ¿qué ganas podría tener de verme?

Salgo de la cabina con un nudo en el estómago.

Miro al suelo y comienzo a ordenar a mis pies que caminen hacia el local de rentas de vehículo para alquilar uno que me lleve a Carson City. Seguir en Westport no es buena idea.

Una persona se cruza en mi camino y me golpea sin querer en el hombro. Alzo la vista para mirar enfurruñada al intruso y parpadeo sorprendida al ver a Melanie Sánchez frente a mí.

Vaya, vaya.

—Disculpe, no le vi.

Noto que tiene en la mano el móvil y entiendo que por eso no me vio llegar. Niego sin querer darle importancia. Aprovecho que la tengo junto a mí para tomarla del brazo y llevarla a un callejón.

—¿Pero qué...?

—Melanie, no grites. No quiero llamar la atención.

Se queda parada de repente al oír mi voz, y reconocerla.

—Por amor de dios, ¡Elizabeth!

Le llevo una mano a la boca para evitar que grite y con los ojos le pido que mantenga la calma.

—Mel, no voy a hacerte nada. No grites.

—¿Qué no grite?— susurra ella asustada—. ¡Pareces un hombre! ¿Qué haces aquí?

Me encojo de hombros, sin querer darle una respuesta clara. Mi plan de cogerle alguna acreditación para entrar a su colegio, ya no me sirve de utilidad.

—Cariño, estás fatal— murmuro mirándole asombrada—. ¿Qué te ha pasado?

—¡Tú! ¿Se puede saber porqué te has convertido en una asesina?

Niego, sin quererle dar una respuesta.

—Eres mi ex jefa, no tengo porqué darte ninguna explicación en ese sentido.

Le quito la mano de la boca para que no piense que soy una amenaza para ella. Me separo un poco, mirando a ambos lados del callejón, deseando que nadie aparezca por allí.

—Quiero que me digas que es lo que sabes de Laia.

—¿Qué?

—Oí antes que llamabas a un tal Samuel para hablarle al respecto. ¿Qué sabes de mi hermana?

Me mira con los labios fruncidos. Conozco ese gesto perfectamente, sé que no quiere soltar prenda.

—Melanie...

—No voy a ayudarte en nada. Has cometido varios delitos, eres una asesina — dice cabreada.

Suspiro, cansada.

Saber que todos me odian me pone de los nervios. Y cada vez más.

—Mel, no voy a hacerte daño. Tengo que salir hacia Carson City. Quiero que me digas que sabes de mi hermana. Nada más.

—Yo...

—Creo que no te estoy pidiendo mucho— musito, llevando mi mano hasta la suya, para acariciar su anillo de casada—. No voy a hacerte nada, y en eso entra el no hablar de tus... cosas.

Melanie se pone roja y se suelta de golpe de mi mano.

—No está en Westport— murmura con rabia—. Se supone que días después de tu... huida, encontraron a alguien que se hacía pasar por tu hermana en un hotel, en coma por sobredosis de heroína.

—¿Qué?

—La internaron en Tahoe City durante semanas. Todos pensamos que era la verdadera Laia. Su descripción encajaba en todo, menos en una cosa. Y es que era de color negro de piel.

Sus palabras se clavan en mi mente sin entender nada. ¿Drogas? ¿Mi hermana? ¡Imposible! Quiero creer que mi hermana Laia es incapaz de caer en consumir drogas, pero me recuerdo a mí misma, y enrojezco de vergüenza al entender que cualquier persona en malas compañías, puede caer en cualquier cosa.

—¿Y si no era mi hermana esa muchacha, donde está?

—No lo sé— me responde cabizbaja—. Sólo he podido averiguar, a través de la estación de autobuses, que un día después de que supuestamente la encontrasen en coma en ese hotel de Tahoe City, tomó un autobús rumbo a Carson City.

Alzo una ceja sorprendida.

—¿A Carson City?

—Sí. Aún tenía guardada yo una foto en la que salíamos las tres juntas y se la enseñé al taquillero. La reconoció enseguida.

Me grabo esa información en la cabeza, con tristeza. Otro misterio más a descubrir.

—¿Vas a quedarte callada, mientras me voy?—le pregunto tranquilamente—. ¿O vas a obligarme a hacer algo que no quiero?

Se pone nerviosa ante mi tono de voz y sé que se imagina que soy capaz de atacarla sino me obedece. ¡Ja! Como si fuera capaz de atentar contra una amiga.

El recuerdo de Maddy acude a mi memoria, y se me va la alegría de golpe del cuerpo. Sí, en efecto soy capaz de dañar a alguien a quién quiero si la circunstancia lo requiere.

—Cierra los ojos y cuenta hasta cien. Cuando abras los ojos, yo ya estaré lejos.

—Yo...

—Mel, no voy a hacerte daño. Sólo quiero marcharme y que no veas hacia dónde. No deseo que me atrapen todavía.

Bruscamente hago que se gire y la pongo mirando hacia la pared.

—Comienza a contar.

Me alejo de ella, y cuando la oigo llegar a tres, me giro y comienzo a caminar con tranquilidad. Como si fuera otro convecino más de Westport, regresando a su casa.

Y ojalá lo fuera.

Nadie sabe cuán lo deseo.

\*\*\*

### **Carson City, Nevada. 23 de Enero 2017.**

El reloj del coche marca las dos de la mañana, cuando estaciono el vehículo en el aparcamiento privado del Motel. “El placer de los sentidos” el maldito motel donde me convertí en asesina por primera vez, se alza ante mí imponente.

Cierro con la llave magnética el coche, y sacando la mochila del asiento del copiloto, salgo del vehículo con la cabeza bien alta.

El pañuelo anudado a mi cuello, junto al sombrero y el traje de varón que tengo puesto, engaña a la vista de las personas. Me saludan con respeto como si fuera un hombre. Muy bien.

—Buenas noches, señor— susurra el botones en la entrada.

—Buenas noches.

Le hago una inclinación de cabeza y voy directa a recepción. Hay una mujer, rubia pechugona en el mostrador que me sonrío coqueta nada más me ve llegar. ¿Tengo pinta de ser un hombre atractivo?

Pues vaya, como engaña el ojo humano ante un buen traje.

—Quiero una habitación para hoy y mañana— susurro sacando mi documentación falsa.

—Por supuesto.

Roza mi mano al coger el documento y no puedo evitar estremecerme de rechazo. Justamente las chicas no son mi opción sexual favorita.

Dann Garrett es el único hombre al que deseo tener cerca.

Carraspeo furiosa conmigo misma al tener que acordarme de él otra vez.

—Quiero una habitación en suite— murmuro, recordando que el director del hotel tenía una reservada en la última planta.

—Pero señor, esas suelen ser muy caras— susurra ella cohibida—. No sé si...

Saco de mi bolsillo varios cientos de dólares y ella los mira asombrada.

—El dinero no es problema— le digo con desprecio.

Asiente enseguida, mientras me coloca en una habitación de la penúltima planta. Bueno, no es la misma planta que la de Marcus, pero me vale, de momento.

—Gracias, guapa— murmuro más por obligación que otra cosa.

—A su servicio, señor.

Tomo la llave magnética de la habitación y mi documento falso y me dirijo hacia el ascensor. Hago una foto mental al vestíbulo, y sé donde posicionarme al día siguiente para ver llegar a Marcus desde recepción.

No creo que la rubia me pusiera problemas si me ve “sentado” allí leyendo un periódico matutino.

Cabeceo ante mis absurdas ideas mientras salgo del ascensor y entro en mi Suite.

—Vaya— susurro, observando el lujo tiene la habitación.

La comparo con la estancia de la cual escapé asustada meses atrás y sé que no tiene nada que ver. Fran Krantz no merecía nada más, supongo.

Dejo la mochila en el suelo, y cerrando con llave la puerta, poniendo el cartelito de “no molesten, por favor”, voy quitándome poco a poco la ropa de varón y la dejo tirada en el suelo. Nadie va a entrar, así que, ¿qué más dónde la dejo?

Camino desnuda hacia el cuarto de baño y acciono el jacuzzi de la bañera, dispuesta a darme un baño relajante esa noche.

Ya que pago a un precio muy elevado la habitación, lo disfruto con placer.

\*\*\*

El timbre del teléfono me saca del letargo de la ducha. Gruño frustrada porque no me permitan disfrutar de un baño relajante más rato. Miro al reloj de la mesita y suelto una expresión sorprendida al ver que eran ya las seis de la mañana.

Miro mi cuerpo y exclamo sorprendida una palabrota al ver que tengo toda la piel arrugada. Y el cuerpo helado. El jacuzzi dejó de funcionar al rato de entrar en el agua, supongo.

—Buenos días— susurro, fingiendo voz de hombre.

—Buenos días, señor, la habitación tiene servicio de desayuno. ¿Desea que se lo hagamos llevar a la habitación?

Mi estómago gruñe queriendo decir que sí, pero al ver de refilón mis pechos al aire libre, sé que necesito algo de tiempo para esconder mis tributos femeninos.

—No. En un rato bajaré al restaurante.

Corto la comunicación, sin ganas de ser diplomática con la rubia de anoche. Miro mi reflejo en el espejo y me quedo asombrada al ver los huesos de mi costillas asomarse al levantar los brazos.

—Vaya. Delgada no, se nota que he pasado hambre.

Me lavo la cara con fuerza, y tras aplastarme el pelo y echarme la gomina de cortesía que el hotel nos ofrece, voy a la entradita para ponerme el traje nuevamente.

Ese día tengo que aprovecharlo para encontrarme con Marcus.

Saco el papelito que envolví tan bien antes y miro con desdén a Alain Scott, el rostro del hombre que hay tras el mago.

*Un hombre de negocios tan serio, pienso sarcástica, y resulta que eres un cruel manipulador. Te queda poco tiempo, querido mío, pocos días de disfrutar tu gloria.*

Me miro una última vez más en el espejo, y al verme disfrazada a la perfección de hombre, dejo la mochila con las provisiones en la habitación, y dejando el cartelito de “no molestar”, salgo con la llave magnética rumbo al restaurante.

Primero desayunaré algo, y después... me tocará espiar hasta dar con el rostro de Marcus.

Nada difícil, ya que ahora estoy jugando en su terreno.

\*\*\*

El desayuno en el restaurante es algo flojo, al menos cuando salgo de él voy con la sensación de no haber comido nada.

—Espero que le haya gustado su primer día aquí, señor.

Me dice una camarera, coqueta.

Inclino el sombrero en señal de cortesía, acordándome para mal de la recepcionista por haber hecho correr el rumor de que yo tenía dinero más que de sobra.

Le compro el periódico del día a un muchacho en una de las esquinas del hotel y caminando hacia recepción, me dejo caer en uno de los sillones. Voy a aparentar ser un turista más, informándome de las noticias en el mundo, antes de empezar con mi rutina diaria.

Lo abro con energía y tarareando empiezo a pasar las páginas casi sin pararme a hojear nada. Y así hubiera seguido todo el rato, si una fotografía mía de verdad no hubiera captado mi atención.

—La psicópata de Carson City, roba y vende un BMW al alcalde de Helena, Montana.

Abro mucho los ojos al comprender que el hombre al que invadí la casa y al que le robé la ropa, era ni más ni menos que el alcalde de ese pueblo de Montana.

—Vaya, más razones para que me odien.

Como me hace gracia el titular del periódico, comienzo a leer el artículo con interés.

*Este pasado día 22 de Enero de 2017, la temida psicópata de Carson City, Elizabeth Stone, allanó la vivienda del alcalde de Helena, la capital de Montana. Rompió un cristal de la puerta trasera de la vivienda y entró en su interior. Parece ser que dentro hizo una serie de*

*destrozos — como allanamiento de frigorífico, despensa, armario, lavabo, etc.—. Desconocemos durante cuánto tiempo estuvo en la casa, lo que sí es cierto que cuando el alcalde regresó a su casa, esa mujer le robó las llaves de su vehículo y con todo el descaro del mundo lo vendió a los pocos minutos a un compraventa que ya ha sido arrestado e interrogado por aceptar comprar vehículos robados.*

Me pongo a reír sin poderlo evitar.

¿Arrestado el hombre que me compró el coche? ¿Y qué con eso?

Sigo leyendo intrigada.

*Nadie sabe dónde está ahora. Lo cierto es que la agente de policía, Amy Kimberly, de Carson City, que acaba de regresar de Madrid, España, no ha querido hacer declaraciones al respecto. Esta reportera puede dar fe de lo furiosa que estaba la señora Kimberly al descubrir que Stone estuvo todo este tiempo en los Estados Unidos. “Alguien la ha encubierto”, fueron sus únicas palabras, dichas con rabia. “Sólo espero que ese alguien no mantenga una relación íntima con ella. Por su bien”.*

Dejo de leer, cabreada al intuir ese mensaje hacia quién va dirigido.

Paso la página con cabreo, pensando que esa estúpida señora Kimberly está atacando a Dann sin razón alguna. Sólo por cabreo o rabia. Mi idea de haberle querido llamar la tarde anterior, ahora me doy cuenta que era una estupidez.

Para todos yo era una psicópata asesina, ladrona y secuestradora de niños. Si intentaba hacer algo que me uniese a Dann, sería hundirle a él en el lodo. Y no. Eso no puedo hacerlo.

—No a ti, Dann.

Sigo pasando las páginas del periódico, pasando por alto todas las alusiones a mí que hacen en los artículos. Me fijo en fecha de edición y al ver que es de esta mañana, lanzo un suspiro de pesar al ver que todo está enfocado en mi búsqueda.

¿Acaso en Carson City no ha pasado nada más interesante para hablar de ello?

Dejo el periódico a un lado, y mantengo la mirada fija en el mostrador de recepción. Guiño un poco los ojos para ver la hora.

Las nueve de la mañana.

Marcus no ha aparecido por ahí todavía.

Me acomodo algo mejor en el sillón y al ver que la rubia me guiña un ojo ahora a mí —¡Joder con la mujer, ha pensado que quiero coquetear con ella al verme guiñar la vista para poder ver la hora!—, vuelvo a coger el periódico y abriendo la página de pasatiempos y crucigramas, me decido por distraer la mente con ello por un rato.

Sólo hasta ver a Marcus.

\*\*\*

Seis horas después, y más guiños de la mujer de los que puedo recordar, cuando ya casi me decido a levantarme para preguntarle a la dichosa recepcionista cuándo iba a aparecer Alain Scott, le veo entrar por la puerta.

Como un gato que se prepara para atacar, mi piel se eriza completamente y me levanto de un golpe del sofá, con la vista fija en él.

Le veo tenso y molesto.

Sonrío complacida al imaginarle preocupado. ¡Ojalá que sea por mi causa! No puedo celebrar más el hecho de saber que Marcus esté mal por mi mano. Justo castigo.

Camino hacia recepción con el periódico bajo el brazo. Quiero comprobar hasta qué punto paso disimulada con este disfraz.

—Quiero que pasen a mi habitación cualquier llamada que reciba, ¡sin falta! ¿Entendido?

Oigo cómo grita él a la recepcionista. Ella se lleva las manos al cabello, para retorcerlo entre sus dedos. Es un gesto de cohibición ante el jefe. ¡Mal asunto para ti, chica!

Lanzo un oración al suelo de suerte y cuándo veo que se gira para ir al pasillo que lleva a los ascensores, comienzo a andar con la vista baja y choco con él, dándole en el hombro. Me copio del encuentro pasado que tuve con Melanie.

Marcus me mira con sumo desprecio. Me mira brevemente y hace una mueca de desprecio al haberle golpeado sin querer. Eso cree él claro.

—Perdón...— susurro, levantando la vista para mirarle ahora a los ojos.

Él me gruñe dándose la vuelta, sin prestarme mucha atención.

—La próxima vez mire por dónde va— me dice antes de irse, manipulando instantes después algo en su móvil con el ceño fruncido.

¡Bien! Cien puntos para mí. Mi disfraz de hombre cuela hasta para alguien como Marcus. ¡Acabo de engañar al mago farsante!

Se me hincha el pecho de emoción. Puedo seguir adelante con el plan.

—¿Está usted bien, señor?— me pregunta la recepcionista sonriente.

Sé que ha visto el choque y aún así no hace ningún ademán raro. Curioso, que pueda aparentar ser discreta justo ahora.

—Alain está de malhumor hoy— murmura tuteando a su jefe.

—¿Sí? No me di cuenta— niego, intento pensar en qué hacer cómo próximo paso.

—Está nervioso porque no ha recibido una llamada muy importante.

La miro fijamente, ahora con la atención puesta en su rostro. Ella hace una caída de ojos en señal de seducción al verme tan seria. Bueno, serio. Soy un hombre, me repito, un hombre que habla con una chica guapa.

—¿Hay alguna forma de conseguir un teléfono por aquí para llamar?— pregunto apoyándome en el mostrador con dejadez.

—El muchacho que vende periódicos suele tenerlos, pero son robados— me confiesa en un susurro.

Alzo una ceja sorprendida.

—¿Robados?

—Sí, al señor Scott no le molesta, siempre y cuando no influya a sus negocios. Aquí se hace de todo— continúa bajando la voz—. Drogas,

prostitución, robos... siempre y cuando se haga con discreción.

Siento náuseas al oírla. Todo eso me afecta a mí directamente, ya que de un modo u otro, he estado metida en algo de eso en las últimas semanas.

—También puedo prestarle mi teléfono de empresa, tiene tarifa plana— dice ella enseguida, preocupada al ver mi cambio de ánimo en mi postura corporal.

Saco unos cuantos dólares del pantalón y se los dejo encima de la mesa como señal de propina, cuando me da el teléfono móvil.

—Gracias, señorita.

—Estoy a su servicio, señor.

Asiento, dándome la vuelta.

Regreso al sillón y sacando la impresión que hice de Marcus, la pongo encima del periódico y marcando el teléfono que aparece de la recepción de este motel, llamo por teléfono.

—Motel “El placer de los Sentidos”, ¿en qué puedo ayudarle?

Pongo mi voz normal de mujer al hablar.

—Buenos días, quiero hablar con el señor Scott— susurro mirando de reojo a la rubia. No me está mirando. Bien.

—Claro, intento comunicarle con él. ¿Su nombre, por favor?

—La señorita Stone, él me conoce muy bien.

Anota mi apellido en un bloc de notas y me deja en espera.

Me recuesto más en el sillón y levantando el periódico para que no me vea hablando por teléfono, cuento hasta cinco en voz muy bajita. Quiero hablar con Marcus para ponerle muy nervioso. Más de lo que ya está. Deseo que sus últimas horas de vida las pase tenso y mal.

En venganza por haber hecho sufrir tanto a Dann y a Maddy.

Anhelo que sufra y que pague por toda la angustia que hemos creado en la vida de los Garrett. Ganar dinero en un negocio no es excusa para matar, asesinar y conspirar contra una familia buena. Yo sé que mi castigo pronto tendrá que venir, pero como que me llamo Elizabeth Stone, que la redención de Marcus, o de Alain Scott, será pronto.

Y provocada por mi mano, como tiene que ser.

—¿Dígame?— escucho la voz masculina a través del teléfono.

¡Está tenso! Genial. Sé que sabe quién soy. Por eso le dije a la secretaria mi verdadero apellido.

—Hola, Marcus, buen día— respondo alegre.

Escucho su respiración agitada y sé que su mente está tratando de idear algo contra mí.

—Se supone que yo te enseñé a actuar con discreción. ¿Por qué das tu nombre verdadero en recepción?

—Así me aseguro de que no me ibas a colgar el teléfono.

Le respondo en voz muy bajita.

Veo por el rabillo del ojo como la recepcionista mira en mi dirección y yo le guiño un ojo para distraerla.

—¿Qué quieres? ¿Te lo has pensado mejor y desear unirte al bando ganador?

Me viene a la mente la imagen de Maddy, muerta por mi mano a mis pies, y niego casi con rabia. Sé que no puede verme, pero me repugna imaginarme trabajar junto a alguien que se divierte jugando con la vida y la muerte de las personas que yo quiero.

—Si ese bando— respondo muy seria—, sigue insistiendo en asesinar a Madeleine Garrett, mi respuesta sigue siendo la misma.

Marcus resopla.

Me encojo de hombros, intentando darme calma. El plan es alterarle yo a él, no al revés. Voy a abrir la boca para decirle algo más con dulzura, que sé que es lo más puede llegar a fastidiarle, pero me callo al empezar a oír una melodía suave a través del teléfono.

¿Música?

Esa canción me recuerda al sonido que había en el Teatro, el primer día que fui a ver la primera actuación de este idiota. En Westport, a la salida del cine.

¡Está tratando de manipularme!

Quiero reír sorprendida al ver que “sus trucos de mago” ya no surten efecto en mí. Ya no soy esa chica. ¡Gracias al cielo!

—Elizabeth— me susurra con voz que quiere ser tentadora—. Si no deseas matar a ningún Garrett, lo entenderé. Te prometo que estarán a salvo.

—¿Y Sean y Brianna Jenkins?— pregunto alzando una ceja.

No lo digo porque me interese en exceso salvarles, ellos provocaron todo esto, pero sé que si Maddy pierde a sus padres nunca en su vida será capaz de perdonarme y descubro que esa posibilidad no me gusta nada.

—Ellos no entran en esa negociación— me contesta casi sulfurado—. Sus vidas hace tiempo que están a punto de terminarse.

¿Ah sí? ¡Pues no hay trato!, pienso muy segura de mí.

Aprieto los puños fuertemente contra el papel de periódico al escucharle hablar sobre mi tiempo pasado con él y con Jason Laker en su casa. ¿Me está recordando la noche que estuve desnuda en su sillón de la sala de estar?

Me levanto del sofá, para alejarme de la vista de la rubia pesada, con ganas de vomitar. Aún no he recordado ese momento en concreto de mi vida, pero no me apetece revivirlo. No ahora.

Mi cuerpo desnudo sólo es para Dann, me recuerdo inspirando hondo. Dann fue mi primer hombre, sólo él tiene derecho a decirme cosas sugerentes con respecto a mi desnudez. Nadie más.

—No, querido mío, ya no me vas a manipular— le espeto con frialdad—. No ahora que estoy concentrada en cumplir una última misión como tu *arma*.

—¿Una última misión?

Noto que apaga la música y se queda en silencio oyéndome atentamente. Vale, ya es hora de ponerle nervioso. Hasta ahora, la conversación estaba tornándose a su favor y eso no puedo permitirlo más.

El mango de la sartén lo tengo yo, no él.

—Sí— le digo riendo alegre—. ¿No te imaginas cuál puede ser, Alain Scott? Se le escapa una maldición.

Yo salgo de la recepción y camino hacia la salida con calma. Elevo la vista hasta el último piso de las habitaciones y frunzo el ceño intentando averiguar cuál es la ventana de su Suite.

—¿Cómo...?

—Tu amiguito Jason Laker, una vez me dijo que ese no era su verdadero nombre. Intuí que tú tampoco te llamabas de nombre de pila Marcus. Recordé todas nuestras conversaciones y uní cabos— le confieso de carrerilla—. A fin de cuentas, en Carson City no hay muchos grandes hoteles y/o moteles del sector hotelero, ¿no?

Marcus me gruñe. Le noto enfadado. Mucho.

Mi mente quiere llamarle Alain, pero para mí sigue siendo Marcus, el mago farsante más estúpido del planeta.

—¿Se lo has contado a alguien?— me pregunta con inquietud.

Oigo pasos apresurados por la habitación.

Guiño los ojos intentando ver movimiento en algún ventanal, pero no se ve nada. Puede que los cristales estén tintados para mayor protección de los clientes.

—¿Tu misión final es meterme en la cárcel?

Me habla con ironía y rabia entremezcladas. Comienzo a reír sin poderlo evitar. Ingenuo él. ¿Meterle en la cárcel? Ese es un pobre castigo para todas sus maldades.

—No, señor Scott— le aviso, obligándome a llamarle por su verdadero apellido—. Usted no va a ir a la cárcel.

—¿Entonces?

—Usted morirá de manos de su famosa arma mortífera— confieso sin sentir remordimiento alguno—. Se sentirá orgulloso de lo que ha creado cuando lo último que vea sea mi rostro, arrebatándole su vida. Se lo prometo.

Le cuelgo el teléfono al declararle mis intenciones, no sin antes haberle oído respirar con mucha brusquedad.

¡Le puse nervioso!

Bien, es bien sabido, que cuando una persona es culpable de un delito, ponerse nervioso significa su ruina. Ya es hora de que sea el fin de Marcus.

\*\*\*

*Diez minutos después*

Entro en el Motel nuevamente una vez más, y voy directa al pasillo que lleva al ascensor. Quiero coger mi mochila con las provisiones, y caminar hacia mi coche para esperar la salida de Marcus.

Conociéndole sé que querrá alejarse durante un tiempo del Motel, hasta que

la policía me capture. Es lo más lógico y justo lo que yo quiero.

Alejarle de Carson City.

Aquí tengo las manos atadas para llegar hasta él, ¿pero fuera, en otro estado? Allí estaría jugando en terreno conocido.

Entro en mi habitación, y cogiendo la maleta, salgo de la habitación, sin molestarme en cerrarla. La señora de la limpieza seguramente podrá entrar con su copia.

Camino por los pasillos y lanzo un suspiro de pesar al cruzar por uno que me trae demasiado malos recuerdos.

*El lugar dónde maté a Fran, pienso apoyándome un segundo contra la fría pared blanca, aquí me convertí en asesina bajo el yugo de Marcus y de Jason Laker. Malditos sean los dos.*

Recuerdo como si lo estuviera viviendo en este mismo instante, a la joven asustada con el cabello oscuro, salir corriendo con una bolsa de basura en las manos, llena de sábanas manchadas en sangre y con el arma del crimen oculta en su interior.

¿Quién me hubiera dicho a mí, meses después, que de esa circunstancia, tantas cosas podían llegar a pasar?

—Me obligan a acudir directa a la casa secundaria de los Garrett para hacerme su amiga y poderles clavar una daga por la espalda— digo en voz alta en modo resumen, emprendiendo el camino al ascensor—. ¿Y qué hago yo? Me enamoro de un hombre maravilloso y le hago la vida imposible. Y todo en unas pocas semanas.

Cabeceo inspirando hondo.

Me llamo a la calma. Pensar en Dann Garrett no es buena idea. Me hace débil, y no me lo puedo permitir. No ahora.

Salgo por la recepción y evitando de forma poco disimulada a la recepcionista, saco su móvil dispuesta a destruirlo de un golpe. Aún no quiero que averigüen que estoy usando un disfraz de hombre.

Eso me recuerda que hay una persona que sí sabe que estoy por la zona, y que voy por la calle andando como un hombre.

Abro el coche alquilado con calma y dejando la mochila a un lado, junto al periódico del día, me siento con la vista fija en recepción. Si no calculo mal, en menos de cinco minutos Marcus saldrá del hotel con paso apresurado.

Mi siguiente movimiento es sencillo.

Seguirle y cuándo encuentre el momento adecuado, asesinarle. Aún no tengo claro que arma usar, pero supongo que puedo improvisar cuando la situación se tercié.

Conecto el móvil al manos libres del coche y me decido por llamar a Melanie. Es la única persona que puede escucharme al menos sin colgarme el teléfono antes. Dar información a Jim, Sean o Mike es frustrante.

Siempre quieren insultarme y poco escuchan.

—Espero que tú seas más educada, Melanie.

Escucho durante unos instantes los tonos de llamada del teléfono y respiro aliviada al ver que mi antigua jefa laboral contesta el teléfono. ¡Claro, estoy llamando desde llamada oculta!

—Buenas tardes, Melanie.

Ella suelta un respingo de susto y rezo por llamar a mi paciencia. Va a ser que nadie me va a escuchar tranquilamente sin quererme gritar o sin asustarse.

¡Qué pereza!

—¿Por qué me torturas?— me pregunta Mel en voz muy bajita.

—No te torturo, Melanie— le digo soltando un suspiro.— Necesito tu ayuda.

—¿Mi ayuda?— dice ella resoplando—. Elizabeth, tienes que entregarte a la cárcel, no pasearte entre Westport y Carson City, vestida de hombre para a saber Dios qué cosas hacer. ¡Yo no quiero ser cómplice tuyo!

¿Cómplice mío?

Respiro fuerte una y otra vez, con la mirada puesta en la puerta central de acceso al Motel. Aún no hay señal de Marcus.

—Acabo de hablar con mi peor enemigo. Sé que pronto saldrá huyendo como una rata del Motel. No te pido que seas mi cómplice. Eres una mujer decente— le digo burlándome de eso—. Sólo quiero que llames a alguien de Nottville, a poder ser que no sea un Garrett, y que les prevengas contra Alain Scott. Nada más.

—¿Alain Scott?

—Sí. Tengo la verdadera matrícula de su coche, quiero que la anotes y se la pases a alguien de Nottville. Es importante que ellos lo sepan. Sobre todo antes de que yo haga nada.

Rebusco en el periódico la documentación sobre Marcus que saque en Westport y lo pongo a mano dispuesta a dárselo a continuación.

Sé que estoy agotando la paciencia de Melanie, y quiero que me escuche hasta el final antes de que decida llamar a la policía.

—Elizabeth... — susurra en voz baja— voy a colgar, yo no...

Suelto un gruñido, cansada de su actitud.

No quiero hacerlo, pero ya que está haciéndome esta pequeña llamada tan difícil, decido poner las cartas sobre la mesa. *Perdóname, Mel.*

—Melanie, yo he guardado durante años tu secreto— murmuro con pesar—. Ayúdame en esto, y te prometo que te dejaré tranquila. Hace un día te contacté por primera vez y esta es la segunda. Te juro que ya no sabrás nada de mí.

Cierro los ojos pidiéndole perdón con el pensamiento.

Sé que su secreto tiene verdadera razón de ser y que no tengo derecho de echarlo en cara justo ahora, tantos años después, pero estoy atada de manos y pies. No puedo hacer otra cosa.

—¿Qué quieres que haga?— me pregunta en voz muy baja.

—Sólo necesito que llames a Nottville y preguntes por Mike West. Es un

policía que está llevando a cabo la investigación de mi caso. Dale el número de matrícula que te voy a dar. Tiene que investigar sus negocios a fondo.

—¿Los negocios de quién?

—De Alain Scott, el director del Motel “El placer de los Sentidos”

Sé que se queda sorprendida al entender mis intenciones.

—¿Es sobre tu caso todo este asunto?

—Más importante que mis crímenes— reconozco suspirando—. Tú dale ese nombre a Mike, y la matrícula de su coche. Sé que ellos podrán sacar todos sus trapos sucios a tiempo.

Alzo la vista hacia la entrada del motel y silbo sorprendida sin poderlo evitar. Tal como yo imaginaba, Marcus está saliendo de su negocio con una maleta bien gran de ropa. ¡Presumido!

—¿Elizabeth?

—Este asunto se pone mejor por segundos— contesto sorprendida al ver a Marcus tomando con fiereza la mano de una mujer que camina detrás suyo—. En fin, ya da igual. Tú dile eso a West.

—Está bien.

Le digo en voz alta los datos del coche de Marcus y su verdadero nombre, sin apartar la mirada de las dos figuras que van rumbo a su coche. Sé que la mujer que va con él me resulta conocida, pero no logro identificarla.

Va demasiado maquillada y con ropa demasiado estrecha.

—Gracias por todo Melanie. Has sido una gran jefa y una gran amiga estos años— le digo poniendo en marcha el motor.

Quiero estar atenta para seguir muy cerca el coche de Marcus.

—¿Qué vas a hacer ahora, Elizabeth?— me pregunta ella siguiendo un impulso.

Río observando a la chica subiéndose al coche en el asiento de atrás. Vaya, interesante, no va con él de copiloto.

Recuerdo la pregunta de Melanie y opto por decir la verdad. Tal vez así se apresure en darle la información a West y éstos averigüen de una vez el paradero de Jason Laker. Si yo voy a encargarme para siempre de Marcus, estaría bien que ellos detuviesen al hombre de la gabardina.

—Voy a matar a Alain Scott. Y después... ¿quién sabe? Dios dirá.

Le doy al botón de finalizar llamada y poniendo primera comienzo a seguir el coche de Marcus, saliendo del motel.

Esta es la segunda vez que salgo de Carson City con nervios recorriendo mi cuerpo casi de forma electrizante, pero esta vez es diferente la sensación.

Antes huía por haber cometido un asesinato. Ahora... iba directa a cometer otro, con alevosía y premeditación. Creo que en estas circunstancias tengo todo el derecho del mundo a sentir nervios, ¿no?

# Capítulo 7

**Carson City, Nevada.**

**24 de Enero, 2017.**

**Oficial de policía Amy Kimberly.**

Lanzo al suelo el cigarrillo tras darle la última calada y entro en la estación de policía con paso rápido. No saludo a ninguno de mis compañeros, ¿para qué? Seguro que todos me miran con lástima y pena.

Estoy furiosa. La maldita Elizabeth Stone parece estar jugando conmigo e ir por delante, haga lo que haga. Psicópata inteligente y malvada.

—El Comandante quiere verte en su despacho, Kimberly— me avisa su secretaria con pena.

¿Con pena?

¿Hacia mí?

Aprieto los puños y con una voz falsamente amigable, le digo que en seguida voy.

Me siento un segundo en mi despacho y encendiendo el ordenador me pongo a revisar las últimas informaciones que hay con respecto a la salida de Stone de Helena, Montana hace un par de días.

Evidentemente para mejorar mi malhumor no hay nada. Ninguna información de provecho con respecto a esa maldita mujer.

—¡Kimberly!— grita el comandante, llamando mi atención.

—Sí, señor, ya voy.

Le doy un golpe a la silla, y camino hacia su despacho con mucha desgana. No me apetece oír su diatriba sobre el poco funcionamiento que estoy teniendo en ese caso.

—Quiero que salgas inmediatamente hacia Billings, Montana— me dice en cuanto asomo un pie en su despacho.

—¿Qué?

Le miro con muy malas pulgas.

No me importa que sea mi superior directo. ¿Otra vez a coger un avión, y encima para ir al Estado de Montana otra vez? ¡Por todos los demonios, si recién vengo de estar en Helena!

—No me pongas esa cara, Amy, pareces una niña chiquita, en vez de una mujer de casi cuarenta años.

Se sienta en su “trono” como le decimos nosotros como un señor y me mira con la ceja levantada esperando que yo le diga “sí, señor”, cuando es lo que menos deseo hacer.

—¿Por qué tengo que ir a Montana?— pregunto soltando un suspiro.

—Tienes que ir a hablar con una mujer que está presa allí. Se hace llamar Laia Stone.

—¿Laia?

Le miro intrigada muy a mi pesar.

—¿Por qué dice que se hace llamar Laia Stone?

—Porque no tiene documentación que lo acredite, y su tono de color de piel no es la misma que la de Elizabeth. No sabemos su verdadero nombre. Lo único cierto es que es una drogadicta.

—¿En serio?

—Sí. No dice nada con sentido, al menos a nuestras colegas de Montana. Espero que tú seas capaz de sonsacarle la verdad con tu... técnica.

¿Mi técnica?

Le miro seriamente, suspirando. Maldición, me toca viajar otra vez. Estoy empezando a hartarme de este caso. No me extraña que mi marido prefiera pasar su tiempo libre con otras mujeres que estar conmigo. Si nunca estoy en casa.

—Está bien. Recogeré todas mis cosas y saldré hacia Montana, *otra vez*.

Me giro para ir a mi escritorio, cuando mi comandante me pide que espere un momento más.

Siento deseos de estrangularle, pero me contengo. De nuevo.

—Quiero que dejes de desacreditar a la familia Garrett cada vez que hablas con la prensa, Amy— me pide con tono de voz muy serio.

—¿Perdón?

Me quedo mirándole como tonta, con una ceja levantada.

—La familia Garrett es la víctima aquí, Amy. Ellos perdieron a su primo a manos de una criminal. No puedes “acusarles” de ser cómplices de Elizabeth Stone.

—Pero señor, ellos...

—Los Garrett están dándolo todo para intentar encontrar a esa mujer. Igual que nosotros. Gracias a ellos se ha podido detener a la tal Laia Stone, y no sólo eso, también a Pete y a Jason Laker.

Siento frío ante esas noticias. ¿Por qué demonios nada de eso me había sido informado antes? ¡El caso era mío! ¡Mío!

—¿Jason Laker?— pregunto anonadada—. ¿Qué tiene que ver ese camarero en todo esto?

—Parece ser que él fue un cómplice de Elizabeth Stone. Intentó matar a Brianna Jenkins en el Hospital. Falleció en su intento.

Ahora sí que me quedo sin habla. ¡Pero si él fue quién nos facilitó la

verdadera imagen de Elizabeth! ¿Cómplices?

—Señor, ¿me está hablando en serio?

—Sí. El Teniente Garrett, su compañero West y un detective privado que trabaja para el señor Jenkins, lo detuvieron a tiempo.

Deseo gritar fuerte de pura frustración. Ya no es idea mía, es realidad. Están apoderándose de mi caso. ¡Soy el último mono allí!

—¿Por qué nadie me informó?— le pregunto muy mosqueada a mi comandante.

Sé que tengo que usar diplomacia y respeto a la hora de hablar con mi superior, pero he perdido la paciencia.

—Porque estabas calumniando por las televisiones el nombre de Danniell Garrett.

—¡Se acostó con esa... criminal! ¡Quiere encubriarla manteniéndome alejada! ¿Cómo no sé da cuenta?

Thompson golpea la mesa con fuerza y ni con esas yo me sobresalto. Sigo retándole con mi mirada. Estoy furiosa con todo ese asunto. Ya no sólo es que esa mujer vaya un paso por delante siempre, sino que parece que todos los que una vez tuvieron contacto con ella están siempre mejor informados que yo.

¡Y eso es porque ella está de por medio! Seguramente.

—Señor...— susurro intentando calmarme y al mismo tiempo volverme a ganar su paciencia para conmigo—. Elizabeth Stone es una mujer que está loca. Ha embrujado a los Garrett y a todos los que pueden estar relacionados con ellos. Ella...

—Basta.

—¡Pero señor!

—¡He dicho basta!— me ordena él.

Le miro enfurruñada. Muevo inconscientemente la mano buscando un pitillo que me relaje y al no encontrarlo aprieto los puños con fuerza.

—Espero por su carrera y por su bien que ésta sea la última vez que me levanta la voz, oficial de policía Amy Kimberly— me dice en voz muy baja—. Eso se le llama insubordinación y puede costarle el puesto, ¿estamos?

Le digo que sí con un gesto de la cabeza, pero sin bajar mi mirada. Creo llevar la razón y no voy a rectificar en lo dicho.

—Ahora quiero que salga para Billings esta misma tarde y que interrogue a esa mujer. Quiero saber lo que oculta.

—Está bien.

—Y hágame un favor y hágasele a usted. No vuelva a hablar con la prensa sobre Danniell Garrett. A parte de ser sólo una víctima más en este asunto, es Teniente y creo que usted misma le debe más respeto a su persona de lo que hace gala. ¡Está varios rangos por encima suyo en cuanto a méritos se refiere!

Aprieto fuertemente ambos puños ahora, y le digo que estoy de acuerdo pero de boquilla. Nada más.

—Le mantendré informado.

Salgo echando chispas de su despacho y de la propia estación de policía sin despedirme de nadie. No cojo nada de mis pertenencias personales. No estoy de buen humor para cruzar palabras con nadie.

Quiero pasear y olvidarme un poco del mundo por un rato. Después... ya comenzaría a cumplir las órdenes de mi superior. Después, claro. Ahora sólo quiero intentar apaciguar la ira que recorre mis venas nada más recuerdo el rostro sonriente de Danniel Garrett.

—Víctima él, sí claro.

Voy a llevar la mano al bolsillo para sacar mi teléfono y gruño al darme cuenta que lo deje en la estación de policía. Me hago el encargo mental de recordar luego dar la orden de que pinchen el teléfono del Teniente de pacotilla de Nottville. Tengo la intuición de que a través de él será más fácil capturar a Elizabeth Stone.

¡Tienen que estar en contacto!

De lo contrario, ¿cómo narices ellos están tan bien informados de las novedades?

—Novedades— murmuro recordando el nombre de Jason Laker.

Me paro enfrente de una tienda de mensajería rápida y a mi memoria viene como pequeños fogonazos la conversación que ambos tuvimos en la estación de policía meses atrás. Cuando él me trajo el retrato de Elizabeth Stone, también me mostró otra imagen.

La putita del director del Motel dónde falleció Fran Krantz.

Antes era evidentemente que se trataba de una casualidad, ¿pero ahora?

Me llevo la mano al bolsillo y a pesar de no haber cogido el móvil, por suerte sí que encuentro las llaves del coche. Salgo directamente hacia mi vehículo, estacionado cerca de allí, y me dirijo rumbo a la búsqueda de Ellen Harold.

Si Jason Laker ocultaba algo, la castañita del motel también.

¡Y yo como tonta caí en la trampa!

—Malditos sean.

Acelero el vehículo apretando el pedal del acelerador con rabia y pongo la sirena en el techo, para hacer ver que estoy dirigiéndome a una urgencia. Ya me importa una mierda si es verdad o mentira. Necesito encarar a esa inmigrante de pacotilla y descubrir en qué me engañó y en qué me dijo la verdad.

Su declaración la tengo bien guardada en mi memoria. Soy policía por algo.

Esquivo a varios transeúntes que parecen no entender lo que significa la sirena sonando, y aparco bruscamente en la puerta del Motel, casi diez minutos después.

Un trayecto de veinte minutos lo hice en la mitad de tiempo. No está mal.

Voy a poner un pie fuera del coche cuando me lo pienso mejor al ver al dichoso Danniel Garrett entrar en ese momento al motel en compañía de su amiguito. Aquél al que disparó su noviecita. ¿West, era?

¿Qué narices hacen allí?

Pienso en el Comandante Thompson que quiso enviarme a Montana

enseguida y sospecho que los causantes de esa idea tan repentina son los polis esos de Nottville que están inmiscuyéndose en mi territorio.

Nevada es mi hogar. Mi jurisdicción, ¿qué coño hacen allí agentes de la ley de Virginia Occidental?

—Esto huele a conspiración, y tráfico de influencias. ¡Ja, con el que tiene méritos!— musito mirando con odio al Teniente.

Y no sólo porque él sea hombre y yo mujer, sino por cómo parece actuar. ¡A escondidas y con engaños!

—¿Qué le has dicho a mi jefe para que él me pida que salga hacia Billings?— me pregunto, deseosa de salir del coche para ir tras ellos y enfrentarlos como una leona.

Y estoy a punto de hacerlo. Incluso salgo del coche cerrando la puerta con un golpe fuerte. Son tantas las ganas que le tengo, que casi no me controlo, pero algo dentro de mí me dice que me quede quieta. Vuelvo a abrir la puerta y me siento tranquilamente en el asiento del conductor.

Se me ocurre que puede ser mejor idea quedarme quietecita en el coche y seguirles cuándo salgan del motel. Si de verdad Elizabeth Stone está en contacto con ellos, tarde o temprano se tendrán que reunir todos.

¿No?

¡Pues cuándo fueran a hacerlo, ahí voy a estar yo para pillarles con las manos en la masa! Se enfade o no mi comandante. El caso de la psicópata de Carson City es mío, y ya es hora de que empiece a actuar en este juego como a mí bien me dé la gana.

\*\*\*

**Westport, California.**  
**Unas dos horas antes.**  
**Samuel Gómez.**

Levanto el puño de la mano para llamar fuertemente a la puerta del departamento de Melanie y me detengo en el último momento. No estoy seguro de si dejarme llevar por la emoción que siento de volver a ver a Melanie o por la frustración de saber que ha tenido contacto cercano con Elizabeth Stone.

Me apoyo en el marco de la ventana, soltando un suspiro de pesar.

El cuerpo desnudo de la directora del colegio me persigue. Y ahora que puedo oler su perfume a través de los lindes de la puerta, me tortura más. Joder. ¿Qué gano viniendo aquí?

Me planteo seriamente durante unos segundos si darme la vuelta y marcharme sin mirar atrás, pero un ruido proveniente del interior de la casa me hace ver que Melanie sí está dentro.

—Al toro, Samuel. Tú eres el bueno aquí. No te acojones.

Elevo la mano y golpeo con fuerza la puerta.

Doy un par de pasos hacia atrás. Quiero verla bien a la luz del sol en cuanto quite la cerradura y gire el pomo. Prefiero no tener una postura corporal amenazante.

Hermosa, pienso segundos después, devorándola con la vista.

Melanie se lleva una mano al corazón de sorpresa al verme. Sin duda no me esperaba.

—Hola, señora Sánchez.

—Señorita— corrige ella.

Se le va enseguida el trance y entornando la puerta, sale de la casa para mirarme con ira a penas disimulada.

Vaya, está enfadada conmigo.

—¿Qué quiere, señor Gómez?

—Hablar contigo. Tengo varios mensajes tuyos para que nos comunicásemos.

—¡Por teléfono!— se queja mirándome de arriba abajo con lentitud—. No hacía falta que vinieras.

Me cruzo de brazos, mirándola con sospecha.

—¿No me invitas a entrar?— pregunto alzando ambas cejas.

—¿Qué?

—Vengo del aeropuerto. Podrías ser un poco hospitalaria y dejarme entrar.

Niega demasiado rápido.

Mi instinto me dice a gritos que está queriendo evitar que yo vea algo. ¿O a alguien?

—¿Estás sola, Melanie?— le susurro acercándome a ella peligrosamente.

—¿Qué?

—¿O escondes algo?

Baja la mirada, huyendo mi mirada y entiendo que ese gesto es un claro ¡sí!

La vena de mi cuello se hincha de rabia al pensar no sólo que pueda estar encubriendo a alguien —el nombre de Elizabeth Stone aparece por mi mente—, pero no sólo eso, sino algún nombre masculino.

¿Algún Max, Héctor, Hernie o Tom?

La alzo en vilo y apartándola hacia un lado, abro la puerta y entro en su casa como una exhalación.

—¡Samuel!

Me pongo alerta, esperando cualquier ataque procedente de cualquier rincón oscuro de la casa, pero parpadeo sorprendido al no recibir golpe alguno.

La casa está en silencio.

No hay nadie más dentro, al menos de personas, porque de cosas está llena. Con cajas a medio hacer.

—¿Cajas?— pregunto girándome hacia ella—. ¿Estás haciendo tus maletas o algo así?

Melanie cierra la puerta con rabia y me mira con malas pulgas.

—Nadie lo sabe aún, no tenías porqué haber entrado así en mi casa— susurra mirando al suelo.

—¿Te vas?— pregunto, con un nudo raro en la garganta.

Me acerco a ella, con la necesidad imperiosa de acariciarle el rostro para hacer que me mire a los ojos, pero al sentirla ponerse tensa ante mi cercanía, me quedo quieto dónde estoy.

A varios centímetros de ella.

—¿Melanie?

—He cumplido ya un ciclo en Westport— me dice aún sin alzar la mirada—. He postulado para una vacante, también como gerente en un colegio en Texas y quiero probar algo nuevo.

—¿Gerente?

Mi voz suena a grito y sé que no estoy exagerando. ¿Esta mujer está diciéndome que va a cambiar su empleo de ser directora de un colegio, por un puesto más bajo? ¿De gerente? ¿En Texas?

—¿De qué va todo esto?— pregunto furioso.

Me cruzo de brazos indignado con ella. Y ya no sólo por querer marcharse de esa forma tan precipitada, sino por jugar de esa forma con su futuro profesional.

—No tengo porque darte explicaciones— me dice con la respiración agitada—. He cumplido un ciclo y...

—No eres una lavadora— interrumpo su pobre excusa, caminando hacia ella. ¡Adiós al mantener las manos quietas!

—¿Qué?

Me acerco a ella todo lo que puedo físicamente y pongo las manos sobre su cabeza, aprisionándola con mi cuerpo. No puede moverse, ni yo tampoco. Estamos íntimamente pegados el uno con el otro.

—Dime en este momento porque huyes, Melanie.

—No huyo.

—A otro perro rabioso con ese cuento— espeto mirando sus labios con ansia pura—. No me mientas, cariño.

Veo que se estremece al llamarla con ese apelativo cariñoso y yo mismo me siento sorprendido de haberlo usado. ¿Acaso estoy volviéndome romántico? ¿Yo?

Niego, sin apartar la mirada de sus labios. Al diablos si me comporto como un blandengue. Saber que la señora Sánchez se va de Westport me afecta más de lo que quiero reconocer ahora.

Bajo la mano de sus labios hacia su cuerpo y frunzo el ceño al contemplar su mano derecha desnuda. Sin joyas, ni anillo de ningún tipo. Me alejo un poco de ella para tomar esa mano entre las mías y con suma delicadeza comienzo a acariciar la marca que se le ha creado en el dedo con la ausencia de su anillo de matrimonio.

—Samuel...

—Te has quitado el anillo— susurro en voz muy baja.

—Yo...

Me llevo su mano derecha a los labios y le doy un cálido beso en los nudillos. Melanie gime ante mi contacto y ya no puedo resistirme más. Soy un hombre, por amor a dios. No un eunuco.

Arraso su boca con un beso que ella me responde en completa rendición.

—Melanie— musito contra sus labios—. Siento mucho haberte dado de lado.

Ella me mira con los ojos como platos, sorprendida ante mi disculpa. Sonrío como un niño pequeño que ha sido pillado en una travesura al saber que no tengo explicación posible a mi alejamiento de ella.

¿Decirle que es demasiado tentadora para mí, le daría algún tipo de consuelo?

No lo creo.

—Digamos que me dejé llevar por el caso de Elizabeth Stone— reconozco en un gruñido—. Y al haber trabajado con ella, llegué a pensar que érais iguales. Me disculpo.

Espero que me sonría y me diga que me perdona por mi “pequeña” equivocación, pero me quedo sin saber qué decir ni qué hacer, al verla romper a llorar a mi lado con dolor.

Miro hacia todos lados, incómodo con sus lágrimas. No estoy acostumbrado a consolar a damiselas lloronas a mi lado. Nunca les doy pie a ponerse “emocionalmente sensibles” en mi compañía. Huyo antes.

La llevo a mis brazos y torpemente le doy “golpecitos” en la espalda intentando calmarla.

—No soy un saco de boxeo— dice ella entre lágrimas e hipidos.

Niego con un suspiro, parando en el acto.

Me decido por darle suaves besos en su cabeza, acariciando su cabello con calma. Se ve que ésta técnica es mejor que la anterior, ya que se desahoga en mis brazos a base de besos y caricias.

Curioso. No me siento incómodo para nada con tanta cercanía.

—¿Estás mejor?— le pregunto minutos después, agarrándola de la cintura y llevándola a una silla libre para que se siente tranquila un rato.

Melanie afirma, secándose las últimas lágrimas que recorren su hermosa mejilla.

—Te traigo un vaso de agua fría.

—Está desconectado el frigorífico— me dice casi en un susurro.

—Un vaso con agua del grifo entonces.

Le echo un último vistazo de sospecha y voy hacia la cocina con paso apresurado. No me apetece darle tiempo para recuperar fuerzas y que comience a inventar una excusa sobre su actual estado de ánimo.

Si Melanie desea irse de Westport no es por ningún ascenso laboral, sino más bien todo lo contrario. Es porque quiere huir de algo o de alguien.

—Y pienso averiguarlo a cómo dé lugar.

Con ese pensamiento en mente, cojo un vaso de una caja a medio hacer que hay encima de la encimera de la cocina y echándole algo de agua, regreso al salón junto a Melanie.

—Tómalo.

Ella lo acepta con una débil sonrisa. Yo se la devuelvo, contento de que no se haya movido del sitio donde la dejé sentadita. Bien. No parece dispuesta a mentirme.

Me pongo a su lado, y cogiendo una silla la coloco enfrente suya. Quiero que su mirada y la mía estén enlazadas todo el rato.

—Bueno, señora Sánchez. Creo que hay cosas que tiene que decirme.

Asiente, dejando a un lado el vaso.

—No hay ningún ascenso.

Río cabeceando sin poderlo evitar.

—Nadie te va a querer contratar por menos de lo que eres ahora, Melanie. No soy idiota, cariño.

—Pensé que con eso te convencería— responde encogiéndose de hombros—.

—No ha sido una gran idea por mi parte.

Cierto.

Le pongo un mechón de su pelo detrás de la oreja antes de que ella tenga que hacerlo. Una conexión eléctrica nos recorre a los dos al chocarnos y me quedo mirándola asombrado.

¡Vaya!

Parece que no sólo es el sexo lo que me atrae de ella. Haberle visto llorar a moco tendido en mis brazos, no me hizo sentir incómodo. Bueno, matizo, sí me puso algo tenso, pero no con sensación de molestia, sino por preocupación de no saber cómo calmarla.

Es distinto.

—Si quieres empieza por lo sencillo— le digo con tranquilidad—. ¿Qué ha pasado con Elizabeth Stone?

—¿Eso es sencillo?

Lanza un suspiro de pesar observando el lío que ha liado en su salón.

—Elizabeth conoce un secreto de mí que ha usado en mi contra— comienza a decir en voz muy baja. Tengo que acercarme a ella para poderla oír bien—. Nunca me chantajeó cuando trabajamos juntas en el colegio, pero ahora lo usó a su favor para que yo hiciera algo por ella.

—Llamar a Nottville y avisar a Mike West del asunto de Carson City, ¿no?

Su expresión cambia a triste de nuevo al oírme y no entiendo su cambio de humor.

—¿Melanie?

—¿Has venido sólo por eso, no? Por mi llamada a Nottville. No has venido... por mí— dice decaída—. Tenía que haberlo pensado.

Se me encoje algo el corazón al oír su voz tan decaída. Me maldigo a mí mismo por no poder decirle que no tiene razón en eso. Joder.

—Lo siento— me disculpo decidiendo ser sincero—. No tenía pensado verte más. Pensé que tras acostarnos en Tahoe City todo se había acabado entre nosotros.

—Dirás para ti— me reta enfadándose—. Yo no te dije adiós.

Quiero alzar la mano para acariciar ese ceño que tiene fruncido ahora, pero cuando hago el gesto se aleja de mi lado. Vaya, vaya, con la fiera. Tiene carácter.

—Está bien, soy una mujer adulta. No voy a patalear por eso.

—¿Patalear?

—Tengo familia en Argentina, ¿algún problema?

Niego, sonriente.

¡Qué tonto he sido alejándome así de ella! Me hago la promesa de intentar arreglarlo, aunque sea con flores y canciones estúpidas con mariachis. ¿Los argentinos solucionan así los problemas, no?

—Sigue, Melanie— le pido en un suspiro—. ¿Cuál fue el chantaje?

—Mi estado civil actual.

Esa respuesta no es la que yo espero, y creo que mi rostro lo demuestra. Siento las mejillas calientes de repente. Imágenes del cuerpo desnudo de Melanie siendo poseído por otro hombre me causa deseos de pegarme con alguien, ¡y de forma agresiva!

*Melanie Sánchez es mía.*

Me estremece reconocer ese hecho, y de nuevo, me siento estúpido por no haberlo reconocido antes.

—¿A qué te refieres con eso?

—Nunca he estado casada, Sam. Realmente sigo siendo soltera.

¡Eso sí que es sorprendente!

—¿Perdona?

—Una noche, hará unos años, cuando contraté a Elizabeth recién salida de la Universidad, yo estaba mal. Salimos a celebrar su contrato y creo que ambas bebimos demasiado. Le conté cosas que no debía, y entre ellas se me escapó decirle que inventé a mi supuesto marido.

—¿Por qué lo hiciste?

—Porque nunca hubieran aceptado a una directora de colegio soltera. En la época que yo vine a Westport, estaba mal visto.

—¿No creciste aquí?

—No.

En Argentina. Supongo.

Intento encajar el hecho de que la persona que me interesa es soltera. Nunca se ha casado antes, ¿por qué esa nueva información sobre ella me gusta y mucho? No puedo evitar sentirme un machista al pensar que Melanie sólo ha sido, es y será mía.

¿Sólo mía?

*Sí, pienso al contemplar su hermoso rostro mirándome casi con miedo, intuir que puede volver a romper a llorar, me hace desear convertirme incluso en un payaso de por*

*vida, para lograr hacerla reír cada segundo del día y que se olvide de la palabra llorar.*

Joder.

Estoy perdido. Maldita sea.

—¿Tan malo es que se enteren de tu estado civil actual?— pregunto con curiosidad—. En el pueblo te conocen. Ya es agua pasada, Melanie.

—Sí, si solo fuera eso— me dice tensa—. Me inventé lo del marido para cambiar de apellido.

—¿De apellido?

—Cuando salí de Argentina me habían acusado de ser ladrona. Unas joyas preciosas de mi jefa desaparecieron y quisieron cargarme el muerto a mí. Yo limpiaba su casa y era la única que tenía llaves para entrar y salir en mitad de la noche.

Suelto un silbido atolondrado.

—Tú no robaste nada— le digo con seguridad.

—Efectivamente, pero no podía demostrarlo. Quisieron meterme en prisión y... bueno, digamos que al forcejar con esa mujer, ella cayó por las escaleras y yo salí huyendo de la casa.

Ahora sí que abro la boca ampliamente de la sorpresa. ¿Por las escaleras?

—¿Una agresión?

—¡Fue sin querer! Ella me llevaba a empujones a la salida y yo me resistía. Tropezamos juntas y ella cayó.

Huye mi mirada avergonzada en cuanto termina de hablar. Sé que está diciendo la verdad. No hay ni una señal de mentira en la expresión de sus ojos claros.

Me arrodillo en sus piernas y acariciando su rostro, hago que me mire fijamente.

—Te creo, Melanie.

—Sam.

—Yo no soy poli— le digo—, aunque trabaje a favor de la ley como detective. De mis labios no va a salir nada de esto, a nadie. Además, eso pasó hace mucho tiempo y en otro país. Nadie te va a perseguir por eso.

—Yo...

—Elizabeth no tiene derecho a chantajearte por eso— mi voz suena afilada pero no reduzco el tono—. Seguramente ya has pagado la culpabilidad de lo sucedido en estos años. Cometiste un error. Sí. Punto. Ya está.

Me abraza y me llega a mis fosas nasales el olor de su aroma. Es el mismo que hay en su casa. Todo huele a ella. ¿Cómo será despertar cada mañana con ese olor metido en la cabeza?

—Elizabeth quería que os contase que quería asesinar a ese señor — me susurra aprovechando que la tengo en mis brazos—. Insistió en que teníais que investigar a Alain Scott, que sus negocios os darían respuestas sobre el caso por el que la acusan a ella.

—¿Sus negocios?

—Sí, algo así. No paró hasta que acepté anotar el nombre de ese señor y su matrícula. Parecía muy segura de lo que iba a decir.

Me separo un momento de ella, pero sin dejarla de acariciar ni un instante.

—Cariño, no sé a qué hombre querrá matar esa mujer, pero Alain Scott ya está muerto.

—¿Qué?

—Quiso matar a Brianna Jenkins en Nottville y terminó saltando por la ventana de un tercer piso con varias balas en el pecho. Se hacía llamar Jason Laker.

Melanie se sorprende y sé que su reacción es normal. ¡Bien! No está tratando de engañarme. ¡Cien puntos para mí!

—¿Entonces a quién quiere matar?— me pregunta anonadada.

—No lo sé, pero los hermanos Garrett y Mike han salido hacia el Motel ese para ver quién es el hombre que se hace llamar Alain Scott.

Me inclino ante ella con ganas de volver a robarle otro beso más, pero Melanie se aparta con rapidez. Gruño insatisfecho por no haber podido probar sus labios una vez más.

—No sólo me llamó por teléfono, Sam. Ella vino a verme— me dice con voz apresurada.

—¿Te hizo algo?

—No— niega rápidamente—, te lo digo porque está muy cambiada.

—Lo sé, vimos la imagen que tiene de vagabunda, con ese pelo de color gris y la cicatriz en su rostro. Mike lleva impresa la fotografía para...

No me deja terminar. Agarra con fuerza mis antebrazos para llamar mi atención. La noto tensa y nerviosa.

—No, está usando un nuevo disfraz.

—¿Qué?

Ahora soy yo el que la mira tenso. ¿Cómo un nuevo disfraz?

—Está vestida de hombre, Sam. ¡Y si no la miras directamente a los ojos, no puedes identificarla! Ha perdido demasiado peso. Ya no queda nada de la Elizabeth Stone del pasado.

Abro los ojos cómo platos, inquieto. ¿Un hombre? ¿De vagabunda ha pasado a vestirse de hombre? ¡Joder con esa mujer!

—Y dicen que está loca— susurro sacando mi móvil del bolsillo—. ¡Y un cojón! Esa mujer está demasiado cuerda.

Me alejo de Melanie dándole un beso dulce en la nariz y marco enseguida el número de Jim Garrett. Creo haber entendido que él se iba a quedar en el coche esperando mientras que Mike y Dann entraban en el motel a intentar averiguar quién era el falso Alain Scott.

¡Qué manía tenían todos de usar nombres falsos!

—¿Sam?

—¡Jim! Habla con tu hermano y con Mike— le digo rápidamente—. Elizabeth puede que esté en Carson City, pero está vestida de hombre.

—¿Qué?

—Abordó a Melanie aquí en Westport— le digo sin desvelar ningún secreto que yo no deba decir—. Y la vio. Dile a Danniell que solicite al hotel un listado de los posibles hombres que se hayan hospedado en Carson City en estos últimos días. Imagino que habrá tenido que alquilar algún coche para poderse desplazar de un lado a otro. Si encontramos la matrícula del coche, daremos con ella al fin.

—¡Bien hecho, tío!

—Tened cuidado, ¿sí? Aún no sabemos la verdadera identidad del director ese del motel que Stone quiere asesinar. ¡Extremad precauciones!

—Sí, mamá— me dice en burla Jim antes de colgarme el teléfono.

Niego, lanzando el teléfono el sofá en el que dormí una noche, semanas atrás. Giro mi cuerpo para ver a Melanie y gruño abiertamente al verla mirándome con distancia. Maldita sea, está recordando que el motivo de mi visita a su casa hoy era por Elizabeth Stone.

No por verla a ella.

—Melanie...

—Ya sabes todo. Lárgate— me pide señalando a la puerta.

—Cariño.

—Habías terminado conmigo, ¿no? Pues ya me ha quedado claro. ¡Vete!

Ella espera que mis pies se muevan, y realmente lo hago, me pongo en movimiento, pero no hacia la puerta. Sino hacia su lado.

—Samuel Gómez yo...

—He sido un arrogante, un estúpido, un gilipollas y un creído— resumo poniendo carita de niño bueno—. Pensé que podría olvidarte alejándome de ti, pero me equivoqué.

—No, yo...

—Sé que no me vas a perdonar ahora, y quizá tampoco en un corto plazo pero soy muy pesado, ¿sabes? Cuando negaron mi ingreso en la policía, yo no me rendí. Me hice investigador privado. Nunca doy nada por perdido, cariño.

Abre la boca para decirme que no la llame así de nuevo, pero yo me adelanto. La llevo a mis brazos y comienzo a besarla con mucho ardor. ¡Quiero cantar el Aleluya al ver que me corresponde!

Su enojo parece querer alejarme de estar cerca suyo, pero su cuerpo dice todo lo contrario. ¡Y pienso usarlo a mi favor!

—Melanie, eres preciosa— susurro con voz ronca.

—Sam...

—Yo conseguiré que me perdones, cariño, ¡aunque sea a base de besos!

Vuelvo a invadir su boca con mi lengua y mi cuerpo arde de pura pasión al saber que Melanie Sánchez va a ser mía otra vez.

¡Viva Elizabeth Stone y su visita intempestiva a Westport!

\*\*\*

**Carson City, Nevada.**  
**Motel “El placer de los sentidos”**  
**Mike West.**

Llegamos rápidamente al motel de Carson City dónde Dann y Jim perdieron en el pasado a su primo, y yo noto que estoy como flotando en un mar de insensibilidad. Los calmantes inyectables que me recetó el médico ayer están haciendo efecto. Demasiado. Palabras como dolor y cansancio ya no existen en mi vocabulario.

Parezco invencible y en cierta manera eso me gusta, hasta que el efecto de la medicina se pasa, claro. Ahí vuelvo a ver las estrellas.

—Tienes que cuidar la herida y desinfectarla. Puedes enfermar si no te cuidas, Mike— me dijo Erick cuando me cambió la venda.

Por lo visto por la brusquedad de movimientos que hicimos acudiendo de un lugar a otro, uno que otro punto de mi herida se abrió y me comenzó a dar la lata. Por eso me estaba sintiendo tan indispuerto.

—Le cuidaremos— le prometió Danny con una sonrisa al médico—. Palabra de poli.

Aún ahora se me escapa una sonrisilla de los labios al recordar la expresión de inocencia que se puso en el rostro para convencer a Erick de sus buenas intenciones. Cuando un Garrett quiere salirse con la suya, no le cuesta nada.

—Jim, tú te quedas aquí— oigo que le está diciendo Dann a su hermano antes de salir del coche—. Tengo un mal presentimiento y es mejor que uno esté vigilando nuestra retaguardia.

Sé que Jim quiere protestar por dejarle atrás, y por salgo rápidamente del coche para prepararme y así ser de los primeros en entrar en el motel. Intuyo que usará mi “dolencia” en mi contra si le doy oportunidad y no quiero ocupar su lugar.

—Gracias— le susurro a mi amigo cuando comenzamos a andar hacia las puertas grandes del motel.

—Tú eres poli, él no. Si las cosas se ponen difícil, prefiero que estés tu dentro, tío.

Niego con un gesto, sin ocultar la sonrisa eso sí. Y sé que no debería sonreír, ya que la última vez que la cosa se puso difícil fui yo quién recibió la bala, pero bueno. ¡Gajes del oficio!

—Habla tú— me pide Dann unos pocos pasos después, justo cuando entramos en recepción y vemos a una rubia muy bonita sentada en el mostrador.

Noto que viste exhibiendo sus atributos a la vista y entiendo porqué quiere Danny que yo hable.

—Yo estoy soltero, ¿no?

—Podría decirse así.

Lanzo un suspiro de exasperación, caminando hacia ella con paso decidido.

—Buenos días, bienvenidos al “Placer de los sentidos”, ¿en qué puedo ayudarles?

—Buenos días— susurro intentando poner voz seductora—. ¿Qué tal?

Dann se ríe por lo bajo a mi espalda y yo deseo sacarle la lengua en protesta. ¿Qué pasa? Tengo el chip de seducción algo oculto en ese momento. La última vez que lo saque fue con... con Elizabeth. Paro de pensar al recordarla a ella.

¡Para lo que me sirvió ese intento de cortejo!

—Bien, con mucha clientela— me contesta sonriente.

El recuerdo de Elizabeth me bloquea y miro a mi amigo con algo de tristeza. Él no sabe lo que intenté hacer con ella. Con Mandy, sí, se lo confesé a los pocos días. Era mi deber como amigo decirle que su pareja por aquel entonces era algo “casquivana”. El asunto de Elizabeth Stone era bien distinto.

Y eso que sólo la vi en contadas ocasiones. ¿Qué me haya disparado es lo que hace que no se vaya de mi pensamiento? Quizá.

—Buscamos a esta señorita— dice Danny, echándome un cable.

Le miro algo agradecido al ver que toma las riendas de la situación. Vaya conmigo, estoy desentrenado con las mujeres, joder.

La recepcionista mira el retrato con interés pero enseguida niega, al no reconocer a la muchacha. Sus ojos son claros y expresivos, así que es evidente que no está mintiendo. Cruzo una mirada interrogante con mi amigo. ¿Aún no habrá llegado a Nevada?

—¿Se encuentra Alain Scott?— pregunto yo ahora, pintándome una sonrisa amable medio fingida—. Nos gustaría hablar con él.

Ahora su mirada se ennegrece y sé que lo siguiente que va a decir no es verdad del todo.

—Se marchó a unos negocios urgentes, volverá en unos pocos días.

—¿Tiene su teléfono?

—No, señor, no podemos facilitar datos personales de nuestros socios.

Nos muestra una sonrisa de cortesía que no nos convence ni a Dann ni a mí.

—Somos policías— resumo sacando mi placa y diciéndole mi cargo y nombre—. Estamos investigando el asesinato de Fran Krantz.

—¿El hombre que contrató servicios de una prostituta meses atrás y que amaneció muerto aquí?— pregunta ella, abriendo los ojos como platos.

—Ese hombre era mi primo— dice Dann fríamente.

La muchacha tiembla ante el tono que usa Danny yo le pido a él que tenga calma. No sé si ha alterado por la mención a su primo o a Elizabeth, pero no es el momento de actuar con imprudencia.

—Queremos saber si ha recibido llamadas telefónicas dirigidas al señor Scott en estos días— comento.

—Yo no...

—Podemos hacerle estas mismas preguntas si la detenemos en la estación— termino la frase en voz baja—. Puedes ahorrarte ese trámite si nos cuentas lo que te pedimos ahora. No queremos arrestar a una preciosidad como tú.

Danny silba a mi espalda y sé que estoy empezando a resurgir mi modo seductor, poco a poco. No está mal.

—Sí— rebusca un cuaderno gastado que tiene guardado en un cajón—. Le han llamado por negocios, empresarios chinos, asiáticos, europeos...— comienza a enumerar a continuación nombres de personas que no hemos oído hablar nunca, hasta que llega alguien que sí reconocemos y con facilidad—. Jason Laker.

Le pido que se detenga ahí.

—¿Cuándo le llamó?

—Suele contactar dos veces por semana— responde frunciendo el ceño—, a veces lo hace a través de la línea del motel y otras a su teléfono personal.

—¿Y soléis tener grabaciones de esas llamadas?

—¿Perdón?

Dann vuelve a repetir la pregunta y ella mira al suelo incómoda.

—No, nosotros respetamos la intimidad de nuestros clientes.

—¿En serio?— pregunto señalando disimuladamente mis esposas—. ¿De verdad?

La mujer comienza a mover las manos de forma nerviosa, abriéndolas y cerrándolas repetidamente.

—El señor Scott mandó instalar productos de vigilancia y seguridad en todas las habitaciones hará unos seis meses o algo así. Creo que de empresas Jenkins.

—¿Jenkins?— repito parpadeando—. ¿De Sean Jenkins?

—Sí, quiso tener controlada cada llamada entrante que recibiera tanto él, como sus clientes. Monitorizarlo todo. Decía que era para asegurarse de tenerlo todo controlado. Asuntos de negocios, supongo.

—¿Y por qué cuándo falleció mi primo, se informó a la policía del lugar que no teníais cámaras de seguridad, por respeto a la privacidad de vuestros huéspedes?

La veo ponerse nerviosa. Más aún si cabe.

—Yo estaba de vacaciones, señor Garrett. Desconozco lo que mi sustituto les dijo en mi ausencia.

Bajo la vista al cuaderno que aún tiene entre las manos la mujer y lo cojo con una disculpa. Comienzo a pasar páginas, leyendo la fecha de cada llamada y de que cada anotación nueva. Por suerte esa mujer era ordenada en su trabajo.

—¿Entonces disponen de grabaciones de voz de las llamadas?— oigo que Dann vuelve a preguntar.

No escucho la respuesta. Mis ojos se clavan en una página, escrita a mano con rapidez. Me llama la atención el apellido que hay escrito. Elevo la vista a la fecha de la llamada y lanzo un exabrupto al ver que el día coincidía con la llamada que yo mismo recibí de Melanie Sánchez.

—...por eso sólo podemos tener almacenado aquí, sin estar en la nube, las llamadas de los últimos tres días.

Miro a Dann sonriente al oír eso. No he llegado a escuchar lo demás, pero

entiendo por encima lo que quiere decir.

—¿Últimos tres días?

—Sí.

—Bien, quiero que nos ponga ahora mismo esta llamada que recibió el señor Scott— y le enseño su cuaderno, con la anotación correspondiente—. Queremos oír lo que la señorita Stone habló con Alain Scott.

Dann me arrebató el cuaderno con fuerza al oír el apellido de Elizabeth y yo le pido que tenga tranquilidad.

—Puede ser Laia, la verdadera— le recuerdo calmado.

Le pido a la señorita que nos ponga la grabación enseguida y ella tras pensárselo un segundo, decide hacer lo que le pedimos. Imagino que la posibilidad de ir a la cárcel como detenida le supone mayor angustia que saltarse las normales de su motel.

Por nosotros, genial.

—La grabación la recoge el ordenador a través de una aplicación. Luego después se sube a la nube. Así ahorramos espacio del disco duro. Últimamente la clientela del lugar se ha expandido mucho y tenemos que liberar antes de tiempo los datos y las grabaciones— nos comienza a decir, girando la pantalla del ordenador—. Según la anotación y la hora, creo que esta es la conversación que queréis oír.

Nos guiña un ojo, retorciéndose el pelo con pose sensual. O eso piensa ella. Ese gesto denota inseguridad y nervios.

—Motel “El placer de los sentidos”, ¿en qué puedo ayudarle?

Oímos a través de la grabación como habla la rubia. Miro a Dann para ver su expresión al escuchar a continuación la respuesta del interlocutor.

—Buenos días, quiero hablar con el señor Scott.

Es ella, lo sé incluso antes de ver a Danniel apretando sus puños con la vista clavada en el infinito. Fue Elizabeth Stone, la verdadera, quién contactó con el falso señor Scott.

—Calmado— le pido a mi amigo colocando brevemente una mano en su hombro derecho en señal de amistad—. Escuchamos y luego analizamos, ¿sí?

Afirma pero sin prestarme atención. Se concentra enseguida en escuchar atento los siguientes minutos de grabación entre su ex novia y Alain Scott.

Al terminar de escuchar todo, creo que ambos estamos pálidos, y no como fantasmas. Ese estado ya hace tiempo lo perdimos. Parecemos cadáveres andantes.

La misma recepcionista se lleva las manos a la boca, asustada tras haber oído la conversación. Ha entendido enseguida que la persona que llamó era ni más ni menos que Elizabeth Stone, la asesina de Carson City.

Yo no le presto atención a ella, ni siquiera a Dann. Mi mente recuerda palabra a palabra las frases pronunciadas por Elizabeth. Y ya no sólo el hecho de que la muy tonta ha dicho alto y claro que pensaba matar a Alain en la conversación ¡y está grabado, claro!. Sino por todo lo declarado en su conjunto.

Sobre un arma secreta, los atentados contra la vida de Maddy y Brianna.

Incluso mencionaron su conexión con Jason Laker.

Todo lo que pueden inculparle en un juicio estaba grabado.

—Así que su nombre de verdad es Marcus— susurro hilando cabos—. Él adoptó el nombre real de Jason para apoderarse de su poder en los negocios e hizo creer a todos que se llamaba Alain Scott, cuando no es así.

—Ella fue enviada a mi familia con la intención de asesinar a mi cuñada— dice Dann llamando mi atención—. Fue una trampa desde el principio tal como temía. Un juego cruel.

Quiero recordarle que Elizabeth en la conversación ha dejado claro que ya no desea atentar contra su familia, pero me quedo callado. No es el momento de hacerle entrar en razón.

—Nos llevamos la grabación— le digo a la recepcionista.

Ella asiente, sobresaltada. Aún está intentando recuperarse de la impresión. Supongo que no es sencillo descubrir de un momento a otro que tu jefe es un delincuente. Y uno que conspira con la muerte.

—Quiero que saque de la dichosa nube todas la grabaciones que tenga de las llamadas que su jefe ha recibido estos últimos siete meses y las envíe al departamento de policía de Nottville.

—¿Nottville?

—Sí. Nos encargaremos nosotros de analizarlas. ¿Algún problema?

Niega enseguida, poniéndose a teclear en el ordenador con eficacia. Entiendo que estará buscando lo que le solicité. Muy bien.

—Cualquier juez tomará esta grabación como atenuante en la demanda contra ella— me dice Dann, saliendo del trance en el que había estado inmerso los últimos minutos.

Suspiro encogiéndome de hombros. Puede ser.

—No podemos hacer nada, Danny.

—Imagino que tú quieres encerrarla por haberte disparado— dice él triste —, y estás en todo tu derecho. Casi te mata.

Deseo decirle que no debe apostar muy alto por esa posibilidad, pero no digo nada. El sonido de mi móvil me salva. ¡Salvado por Jim!

—Dime Jimmy— le saludo casi con alegría.

—Mike, agárrate al mostrador o a lo que tengas a mano. Tengo dos noticias nuevas que te van a hacer caer de la impresión.

—¿Sí?— sonrío pensando en la grabación telefónica—. Espérate tú a oír lo que hemos descubierto nosotros.

Me quedo en silencio esperando oír sus novedades. Tranquilamente después en el coche ya le contaríamos entre Dann y yo lo sucedido.

—Amy Kimberly está aquí, Mike. Y por la postura que tiene, parece estar espiándonos.

—¿De verdad?

Se lo susurro a Danny y éste alza los ojos al cielo con frustración. Todos sabemos la campaña de desprestigio que esa poli ha estado haciendo desde que se

enteró de la verdadera identidad de la presunta asesina de Fran Krantz. Parece que ahora busca algo más que sólo calumniar.

—Entonces si quiere seguirnos, la llevaremos a un lugar especial— sonrió travieso—. Estoy cansado de tantas conspiraciones.

—¿Estás un poco alterado, no?

—Eso es decir poco, Jimmy— digo suspirando—. Dime que más ha pasado, colega.

—Es sobre Elizabeth.

El desprecio en la voz del hermano de Dann me encoje el corazón.

—¿Qué ha pasado?— pregunto rápidamente—. ¿También está fuera Elizabeth junto a Amy, o algo así?

Danny se pone tenso y parece querer salir fuera del motel para mirar más atentamente, pero yo le detengo con una mano. Si ese fuera el caso, salir a mirar como un oso en modo ataque no es buena idea.

—No. Me llamó Sam. Por lo visto tiene nuevo disfraz.

—¿Disfraz?

—Se presentó ante Melanie, la directora de su antiguo colegio, vestida de hombre. Es probable que si ha estado en el hotel lo haya hecho disfrazada de varón. Según tengo entendido, vestida así no parece ella misma.

Agradezco la información, girándome a la rubia que sigue tecleando en el ordenador.

—Quiero una lista de los hombres que se hayan hospedado en el motel.

—¿Qué?

Me mira como si me hubiera vuelto loco. Suspiro intuyendo que en un motel donde la gente va a “pasar momentos placenteros”, los hombres que se registren sean demasiados. Maldita sea.

—¿Y por qué no nos saca mejor una lista de los hombres que se hayan hospedado los últimos tres días?— propone Dann serio.

Las mejillas de la mujer se vuelven de color rojo escarlata y yo me quedo mirándola con sospecha.

—¿Qué sucede?

—¿Perdón?

—Tu rostro acaba de teñirse de rojo explosión. Algo te ha hecho enrojecer. ¿Qué ha pasado?

Baja la mirada avergonzada.

—Podrían despedirme— empieza a susurrar tímidamente.

Me acerco a ella y acariciando su cabello rubio hago que me mire dulcemente a la cara.

—Cariño, con nosotros estás a salvo. ¿Algún hombre te ha tratado mal en estos días?

—Un tipo, se registró hace tres noches. Tenía mucho dinero en efectivo— comienza a decir con voz entrecortada—. Me dio mucha propina. Quería comprarse un móvil y yo le deje el de la empresa. Imaginé que lo devolvería

enseguida y no lo hizo.

—¿Se lo llevó?

—Sí. Se marchó del motel sin pagar su salida, ni su cuenta de gastos y con mi móvil bajo el brazo. Me engañó.

—¿Cómo era ese hombre, cariño?

Me lo describe con todo lujo de detalles y alzo una ceja cauteloso al oír que siempre le vio con sombrero, traje y con un periódico en las manos.

—¿Tenía alguna cicatriz en la cara?— pregunto por último.

—Sí. Creo que sí. No me dejó mucho ver su cara, pero ahora que creo recordar, cuando se sentó en el sillón de aquí, de la recepción, al hablar por mi móvil levanto la vista casi con desesperación y le vi. No le afeaba el rostro a decir verdad, pero sí que tenía cicatriz.

Acaricio su rostro con dulzura y le doy una última caricia antes de separarme de ella. Me da un vistazo seductor y sé que espera que le pida el teléfono cuando nos marchemos del motel.

Ay, señor, me temo que voy a decepcionarla.

No siento deseos de enredarme con una mujer, al menos a corto plazo.

—¿Me puedes dar los datos de ese hombre?— pregunto a continuación—. Añádelo a la grabación que nos mostraste antes.

—Sí. El resto se lo haré llegar a Nottville, a su supervisor— responde haciendo lo que le pido.

—Muy bien. Gracias, querida.

Arrastro a Dann a salida que sigue con la mirada baja, fija en el disco duro que la mujer nos da con la grabación. Mi mente está produciendo ideas a mucha velocidad. La teoría de que Elizabeth es una mujer tildada como una psicópata la veo cada vez más inverosímil. Está actuando con demasiada calma, y con mucha inteligencia para faltarle un tornillo. El recuerdo de su voz confesando directamente al tal Marcus que iba a matarle, no lo dijo alguien inseguro. Sino más bien todo lo contrario.

—¿Qué está pasando, Mike?— me pregunta Dann triste—. No entiendo nada. ¿A qué se refería con cumplir una misión? ¿Qué narices está sucediendo?

Me paro delante suya y le miro con seriedad. No tengo forma de darle una respuesta correcta. Ni yo mismo sé lo que está ocurriendo allí.

—Tendremos que esperar a encontrarla para que sea ella quién nos resuelva nuestras dudas— le digo encogiéndome de hombros.

Dann me mira incrédulo.

—¿Y porqué va a decirme la verdad?— pregunta con voz ronca—. No ha sido sincera conmigo nunca, no tiene porqué serlo ahora.

—¿Quién sabe, tío? Quizá ocurra un milagro y de repente entendamos todo esto con una simple explicación.

Camino junto a él rumbo al coche en el que Jim nos espera, y evito apostar la presencia de Amy Kimberly. Si Jimmy no nos hubiera dicho nada, seguramente no la hubiera visto medio oculta en su vehículo, mirándonos con el ceño

fruncido.

—¿Listo para empezar a jugar, Danny?

Él mira de reojo hacia donde yo le señalo y sonrío como niño travieso al entender lo que yo quiero hacer.

—Llamo a la central para que busquen la ubicación de la matrícula del coche que está usando Elizabeth y soy todo tuyo para iniciar esta partida.

Bien.

¡Pues que gane el mejor!

# Capítulo 8

**Nampa, condado de Canyon, Idaho.  
02 de Febrero 2017  
Elizabeth Stone**

Un día más amanece y abro el gran ventanal de mi dormitorio para dejar entrar la luz del sol en la estancia. Retiro la cortina y la brisa que hay en el exterior junto a la lluvia que está cayendo sobre Idaho, el Estado en el que estoy ahora, me da de pleno en la cara.

Dejo que un par de gotas de lluvia recorra mi rostro, alzando la cabeza hacia el cielo ennegrecido.

—Buenos días, mundo.

Entro en la habitación y voy al baño directa para hacer mis necesidades en primer lugar. Bañarme, lavarme los dientes, peinarme. Mientras lo hago observo de vez en cuando al iPad que deje colocado encima del lavabo la noche anterior para controlar que el punto de seguimiento de Marcus y de su extraña mujer sigan en el mismo sitio donde les deje al anochecer.

Respiro tranquila al ver que no se han movido.

Bien.

Mientras me visto y preparo lista para salir a la calle, suspiro confusa ante la decisión de Marcus de haberse alejado tan poco de Nevada. Si el GPS no me engañaba, sólo había recorrido en su huida unas 500 millas de distancia desde Carson City.

¿Por qué tan cerca?

Días y días siguiendo sus pasos y aprendiéndome sus costumbres y aún no había dado respuesta a esa pregunta. ¿Por qué había querido mantenerse tan próximo a un lugar donde seguramente ya todos habrían descubierto sus planes?

Si Melanie había hecho su parte con la policía de Nottville, ahora el verdadero nombre de Marcus, Alain Scott, estaría en boca de todos. ¿Por qué no se escondía mejor? ¿Qué ganaba con mantenerse a pocas horas de distancia?

Esa respuesta sólo él podía dármela y tampoco iba a pararme a preguntarle.

La próxima vez que le tuviera enfrente mío sería para matarle. Sin más.

No habría conversación, ni diálogo entre los dos.

—Pero para eso necesito primero un arma— murmuro, mirándome en el espejo con el ceño fruncido.

Observo con ojo crítico la cicatriz de mi mejilla. El maquillaje que ahora tengo que echarme para ocultarla es eficaz en cierta manera. Al menos se disimula, gracias al cielo. Mi querida antigua jefa de Westport aparte de informarles a todos de mis planes de atentar contra Alain Scott, también les había contado mi “disfraz” de varón.

Tenía que haberlo imaginado.

Adiós al efecto sorpresa.

—Bienvenida al mundo de los fugitivos, Lizzie Flynn— le susurro a mi reflejo. Ahora tengo el pelo largo lleno de extensiones de colores diversos como puede ser el violeta, rosa y gris. Ropa ancha y colorida, y lentillas de colores. Hoy llevo los ojos de color azul celeste.

En honor a Dann Garrett, por supuesto.

El pasaporte falso de mujer que iba a ser mi futura identidad he tenido que sacarlo a relucir ahora. Lo necesitaba para alquilarme una casa, otro vehículo y para sobrevivir esos días de forma decente.

El otro pasaporte de varón lo tiré días atrás en uno de los contenedores de basura de los moteles de mala muerte por los que pasé siguiendo a Marcus.

—En fin, Lizzie, a salir a correr.

Como cada día de los últimos cinco cojo una cantimplora con agua y salgo a correr por el barrio, como cada vecino de esa ciudad.

A diferencia de Helena, o de Billings, lugares por los que tuve la desgracia de pasar, Nampa era una ciudad muy tranquila. Puramente residencial. Grandes casones rodeados de zonas verdes, árboles y pequeñas piscinas en el interior de cada terreno avisaba a los extranjeros que allí se iba a descansar y a no causar problemas.

Supongo que Marcus decidió trasladarse aquí por lo mismo, pienso girando una esquina al pasar por delante del 32 de Trail Creek. Miro por el rabillo del ojo y suspiro aliviada que el coche de Marcus aún sigue aparcado allí.

Muy bien.

Continúo mi carrera un poco más, saludando a un par de vecinos que ya conocen mi recorrido con una sonrisa amable. Me repito una y mil veces que no tengo que llamar la atención. Ninguno de los retratos que la policía ha distribuido con mi rostro a nivel nacional coincide con mi aspecto de ahora.

Nadie tiene porqué dudar de mí.

—Soy un fantasma— susurro intentando normalizar la respiración con el ejercicio físico—. Nadie sabe que estoy aquí, y nadie tiene que saberlo.

Al menos hasta que consiga encontrar a un puñetero contrabandista de armas, claro.

\*\*\*

Al mediodía me encuentro sentada en la cocina de la casona que tengo alquilada, y con una manzana en la mano, enciendo las noticias para ver las novedades que se cuecen por el mundo. Estar informada es una de las cosas que no dejo de hacer, pase lo que pase.

Cambio un par de canales durante un rato, hasta que lo detengo en una emisora que dan información sobre sucesos en Carson City, Nevada.

Subo el volumen de la televisión con el mando, interesada al ver el rostro de Amy Kimberly. Está junto a la estación de policía. Lo que me llama la atención del informativo no es ella en sí, sino su rostro.

Parece que está rojo de furia. Como si estuviera sumamente enfadada por algo.

—Bien, señora Kimberly— está diciendo el reportero con tono serio y formal—. Agradecemos que nos dedique estas palabras. La población tiene que estar informada sobre las novedades del caso de este municipio.

—Y a nosotros, los verdaderos agentes de policía que vivimos en Carson City— comienza a decir elevando un poco el tono de voz—, lo único que nos preocupa es el bienestar de los convecinos. No sólo de este estado, sino de todos. Somos una nación y tenemos que ayudarnos unos a otros y no entorpecer nuestra labor, como si fuéramos niños pequeños en una trifulca de patio de colegio.

Alzo una ceja sorprendida, sin entender nada de lo que está diciendo. Parece que no soy la única, al ver cómo el reportero carraspea para llamar su atención. Le hace otra pregunta con respecto a mí, y parece que la señora *dignidad* vuelve a la normalidad.

—Actualmente estamos llevando la investigación del caso de la señorita Stone con mucha discreción. No podemos dar mucho detalle de las novedades para no alertarla de nuestra presencia, pero si que es cierto que podemos afirmar que tenemos un patrón claro de cual va a ser su siguiente movimiento.

¿Sí?

Muerdo la manzana con energía, sabiendo que está echándose un farol. Esa mujer no sabe dónde estoy, si lo supiera, ahora mismo yo estaría entre rejas. Y ella celebrando su victoria sobre mí con alcohol, claro.

No roja como tomate de ira.

—Tenemos una fuente cercana proveniente del motel dónde apareció muerto el señor Krantz, que involucran al director de la cadena hotelera con la señorita Stone. ¿Es cierto? ¿Son cómplices?

—Rotundamente no— responde ella intentando aparentar calma.

—¿Entonces cómo explican las grabaciones que han llegado hasta Nottville de las conversaciones íntimas que ha habido entre la señorita Stone y el señor Scott?

Escupo un trozo de manzana con el cuál casi me atraganto al oír la pregunta del reportero. ¿Qué han grabado qué...?

Recuerdo la llamada que le hice a Marcus el día que le prometí matarle a

sangre fría y noto que ahora se me suben los colores a mí. Oh, oh. Me han pillado por los cojones, y eso que yo tengo de eso.

La cara decepcionada de Dann viene a mí y siento un escalofrío recorrer mi piel de frustración. Maldita sea. Una cosa era que él supiera que yo pensaba matar a alguien, y otra que lo hubiera escuchado directamente de mi propia boca.

¿Qué estaría pensando de mí?

—Esa información es confidencial— continúa diciendo Kimberly secamente—. Si de verdad existieran esas grabaciones, ahora mismo están en manos del juez que instruye el caso.

¿Juez?

¡Pero si aún no me han atrapado!

—Y además...— añade ella mirando al reportero con frialdad—. Si esas supuestas conversaciones son reales, no han podido producirse entre la señorita Stone y Alain Scott, porque éste murió asesinado a balazos por la policía de Nottville el pasado día 23 de Enero.

¿Qué!

Me levanto del sillón sulfurada.

Miro el Ipad con el ceño fruncido y respiro tranquila al ver que Marcus sigue dónde debería estar. Su puntito rojo sigue brillante, junto al puntito negro de la mujer.

—¿Alain Scott muerto?— le pregunta el reportero.

—Eso sí. Apareció en Nottville con un nombre falso. Se hacía llamar Jason Laker. Quiso atentar contra la vida de Brianna Jenkins y fracasó. La policía de ese estado le mató a quemarropa.

—¿La policía?

—Sí. Creo que sobre ese caso deberán hablar con el Teniente Garrett y con su colega de oficio, el señor West. Fueron sus armas las que se dispararon esa tarde.

Gruño furiosa con esa estúpida policía, lanzando el mando a distancia contra la televisión con rabia. ¡La muy maldita sigue tratando de hacer quedar mal a Dann!

—Zorra vengativa y malvada.

Doy un respingo de sorpresa al ver que mi puntería ha sido efectiva y la televisión ha terminado en el suelo con mi lanzamiento agresivo.

Jolín.

Voy a acercarme para sacar los cristales de en medio, cuando el timbre de la puerta me sobresalta, por segunda vez en el día.

Pienso en hacerme la loca y no abrir, cuando sea quién sea vuelve a llamar apretando el timbre con energía. Si quiero pasar desapercibida debo ser hospitalaria con quién sea que esté queriendo entrar en mi casa alquilada.

Me pongo una sonrisa falsa en el rostro y aprovechando uno de los cristales del suelo, lo tomo con un pañuelo por si acaso y camino hacia la puerta con paso apresurado.

Miro entre un resquicio de la cortina de la ventana que hay junto a la puerta y suelto un poco del aire que retuve del susto al ver a una de mis nuevas vecinas temporales del barrio.

La mujer que pasea a su perrito de madrugada, para ser exacto.

—¡Buenos días, vecina!— me saluda ella señalando una tarta de fresa que tiene en la mano—. ¡Me acabo de dar cuenta que no te hemos dado la bienvenida a nuestra comunidad!

Se me encoje el estómago al ver su tarta y recordar el bizcocho que yo hice en casa de Dann y el cuál lleve al reverendo Simmons casi ya un mes atrás.

También ese era de fresa.

—Gracias— susurro, tomándolo con alegría fingida—. Eres muy amable.

—De nada. Somos vecinas. Hoy por ti, mañana por mí, ¿no?

Pone una sonrisa que me da escalofríos. Inevitablemente comparo su amabilidad con la que Maddy me ofreció al conocerme y no hay color. A la mujer que tengo delante ahora se le nota que lo está haciendo por obligación y por quedar bien. En cambio la cuñada de Dann... a ella ayudarme y acogerme en su casa le salió del corazón.

—Gracias, voy a guardarla. Iba a ponerme a trabajar ahora— le digo como excusa fingiendo pesar.

—No te preocupes, cariño, yo también tengo cosas que hacer. ¡Disfrútala!

Cierro la puerta de un golpe y voy con la tarta a la cocina. Me dirijo al cubo de la basura y sin pensar alguno la dejo caer allí con un golpe seco.

No quiero trabar amistad con nadie. No estoy en ese condado para eso.

¡No señor!

\*\*\*

Por la tarde de ese mismo día, atenta al GPS y a la localización de Marcus — ¡cómo no!—, salgo de la casa vestida de negro completamente. Esta vez no tengo que correr. Tampoco voy a sociabilizar con ningún vecino.

Llevo en el bolsillo del pantalón de la pierna derecha guardado dinero para ir a comprar el revolver. Curioso pero cierto, encontré el contacto por internet. Parece que a través de la red se puede conseguir todo lo que uno necesita. No sólo información, sino cosas tan impensables como un arma, o droga.

Niego con asco al pensar en droga, porque ese pensamiento me lleva directamente a recordar a Jason Laker. Tomo el Ipad en mis manos y cambiando la función de GPS a teléfono móvil, marco el teléfono de policía de Nottville con la tranquilidad de saber que lo tengo en oculto.

No me apetece que me descubran tan pronto, al menos no mi localización. Estoy tan cerca de poder matar a Marcus que no quiero que nadie me lo impida. No ahora.

—Buenos días, estación de policía de Nottville, le atiende Lenna.

—Buenas tardes— le digo yo corrigiéndola—. Le hablo desde Wild Rose,

del estado de Wisconsin. Quiero hablar con Mike West, por favor.

—El señor West está ocupado— comienza a decir ella como si fuera un loro —, ahora no le puede atender, si me deja su teléfono y nombre, le daré el recado para que contacte con usted.

Inspiro hondo entrando en la ranchera que tengo alquilada a nombre de Lizzie. Me llamo a la calma. Me recuerdo a mí misma que si estoy llamando es para averiguar sobre lo sucedido con Jason Laker. Quiero saber si de verdad su verdadero nombre era el de Alain Scott, o sólo un bulo que se ha propagado para confundirme.

¡A veces los policías son demasiado astutos!

—Mire, llamo porque creo que la tal psicópata de Carson City está viviendo en la casa contigua a la mía— le digo fingiendo estar alterada—, ¿podría pasarme con West, por favor?

—Un momento por favor, le transfiero la llamada.

Río a carcajadas poniendo el altavoz en el aparato electrónico. Enciendo el motor y agradezco haber alquilado un vehículo con cambio automático. No tener que concentrarme en cambiar de marcha es un alivio para mi concentración.

Pulso un momento en el localizador cambiando de aplicación para confirmar que Marcus sigue estando dónde se supone que tiene que estar y al ver que es así, me relajo al volante, poniendo el coche en marcha.

El contrabandista me ha citado casi a la salida del condado, en un lugar alejado de vecinos y de la población en general, como si fuera un profesional. Bueno, a mí tampoco me importa mucho su forma de proceder en estos asuntos.

Mientras me consiga el arma, me doy por satisfecha.

Dejo de oír el sonido de la musiquita a través de la línea telefónica y entiendo que ya por fin la tal Lenna ha logrado transferir la llamada correctamente. Bien.

—Buenos días, aquí el Teniente Garrett, ¿dígame?

Piso el pedal del freno con brusquedad y estaciono el coche con descuido en el arcén al oír esa voz. ¡Dann! ¡Mi Dann!

Llevo la mano al corazón al creer que se me va a salir del pecho. Puede que tenga taquicardias. ¡Cuánto le he echado de menos! ¡Es increíble!

Abro la boca para decir algo, pero me quedo paralizada. Mis cuerdas vocales me traicionan justo en el peor momento y me dejan sin voz.

*Dann, te quiero, quiero decirle a voz en grito, tengo tantas cosas que contarte y que explicarte. Sobre todo hay tanto por lo que tengo que pedirte perdón. Dann, a pesar de todo, yo sé que te amo. Con todo mi corazón.*

—¿Diga?— pregunta él en un gruñido.

El sonido de la lluvia golpeando contra el cristal del coche resuena en el Ipad y sé que Dann lo oye. Sabe que la línea no se ha cortado. Creo incluso que puede oír mi respiración agitada.

*Dann, por favor, no cuelgues. Déjame oír tu voz un poco más.*

—Lenna me dijo que tenía información sobre el caso de Elizabeth Stone, ¿está usted a salvo? ¿Tiene información útil que proporcionarnos? Si es así, no tenga miedo, nosotros podemos protegerla de sus garras si es preciso.

¿Garras?

Me llevo la mano a la cabeza al sentir una punzada fuerte de dolor en pleno cerebro al oír el resentimiento en su forma de hablar de mí. Sin duda, me odia. Él no sentiría nada de estremecimiento al oír mi voz ahora.

Seguro que estallaría en rabia.

—¿Hola?

Lanzo un suspiro de tristeza, colocándome bien de nuevo en el asiento y apretando el pedal de aceleración pongo el coche de nuevo en movimiento. Tengo que tomar perspectiva de la situación de nuevo. Ahora tengo que acudir a la cita con el contrabandista de armas.

Eso es lo importante. No mi amor frustrado por el menor de los Garrett.

—Elizabeth Stone no me tiene amenazada— contesto con voz queda.

Él se queda en silencio. Ahora quién parece tener la respiración agitada es él.

—¿Elizabeth?

—Hola, cariño. ¿Cómo estás?

Suelta una serie de insultos que en otra época pudieron haberme afectado —no es que ahora no me afectasen claro—.

Sonríó sin poderlo evitar, y me planteo colgar la llamada, pero decido no hacerlo. Tal vez no he conseguido hablar con Mike, pero seguramente Dann sabe todo lo sucedido con Jason Laker.

Él estuvo allí cuando murió, o eso dijo Amy Kimberly.

Ninguno de los dos decimos nada pasados unos minutos y el golpeteo de la lluvia contra los cristales ya me está queriendo taladrar el oído. Miro el reloj en la centralita y lanzo un suspiro de pesar al ver que mi cita con el contrabandista de armas estaba cercana ya.

—¿Dónde estás?— pregunta él casi con ira.

No oculto la sonrisa de saber que evidentemente su primera pregunta hacia mí tiene que ser esa. Dónde estoy, sí claro, cómo si yo fuera a decírselo.

—Ahora mismo estoy conduciendo— respondo burlona.

—¿Y hacia dónde?— insiste él susurrándole algo a alguien.

No digo nada ahora. Lanzo un suspiro cansado intuyendo que estaría ordenándole a quién fuera que estuviera a su lado que localizase la llamada. Lástima que no pueda hacerlo, no sin el operativo adecuado y no creo que lo tenga a mano ahora.

—Quiero hablar con West— comento con picardía—. La tal Lenna esa que te pasó la llamada se confundió, no quería hablar contigo sino con él.

Dann suelta una palabrota al oír mi petición.

—¿Acaso crees que voy a dejarte hablar con él después de haberle disparado? Casi le matas, Elizabeth.

—La palabra mágica de esa frase es el “casi”. No lo hice.

—Usaste mi arma y heriste a mi amigo. Punto.

Giro por la rotonda con brusquedad, activando el parabrisas para evadir el acumulamiento de agua. No sé porqué, pero me molesta que ya no me trate con cariño. Sí, sé que me merezco que esté muy enfadado conmigo, pero aún así notarle tan distante no me agrada.

Nada de nada.

—¿Por qué has llamado, Elizabeth?— me pregunta él a continuación—. Sé que en las últimas semanas has ido contactando con mi familia o bien a través de terceros para que nos informara de cosas que tú tramabas hacer contra ellos.

—¡Yo no he tramado nada! Al menos desde que salí de tu cabañita.

—¿Planear la muerte del director del motel de Carson City no es tramar nada?— continúa Dann sin prestarme casi atención—. Oí la grabación. Está en nuestro poder. Ya no puedes engañarme.

Quiero decirle que eso no tiene nada que ver con que yo haya querido tramar algo contra Maddy o contra su madre en Nottville, pero no malgasto mi tiempo en ello. Tampoco me va a creer a fin de cuentas.

—¿Qué paso con Jason Laker?— pregunto con brusquedad—. Tu amiguita, la señora Kimberly dice que tú y West le mataron, ¿es verdad?

—Quiso matar a Brianna— me responde—. Fue defensa propia. Si Sam, Mike y yo no le disparamos, hubiera saltado por la ventana de un tercer piso llevándose consigo a Brianna.

Por un segundo mi mente se alegra con esa posibilidad, pero enseguida se va como si nunca hubiera llegado. Maldigo a Marcus por haberme implantado ese deseo en la cabeza. Maldita sea, el rencor que siento hacia esa mujer no se me va, haga lo que haga.

Una razón más para que Dann me odie de por vida.

—¿Es cierto que el verdadero nombre de Laker era Alain Scott?— quiero saber en voz muy baja.

—¿Por eso llamaste?

—Sí— le confirmo con frialdad.

Giro hacia la izquierda y al final de la carretera detengo el coche. Sé que a pocos pasos estará esperándome el coche del tipo ese con mi futura arma.

—Efectivamente, señorita Stone. El hombre de la gabardina es el verdadero Alain Scott, el empresario dueño del motel “el placer de los sentidos”. La persona a la que tú llamas Marcus es un farsante.

Farsante. Mago de pacotilla.

Golpeo el volante una y otra vez presa de una rabia inmensa en contra de Marcus. Creo que Dann lo nota, porque se queda en silencio escuchando mi respiración agitada.

Si Marcus “adoptó” el nombre de Alain Scott en Carson City, ¿porqué Jason se lo permitió?

Le hipnotizó, me susurra mi mente con burla.

—No es un mago de verdad, estúpida— musito en voz alta.

Oigo reír a Dann al otro lado del teléfono y me pongo roja como un tomate. Cierto, está escuchando atento todo lo que hago o digo.

—¿Quién no es un mago?

—Nadie, hablo sola— susurro con ira, cogiendo la Tablet entre mis manos.

Pongo el dedo sobre el botón de finalizar llamada y deseo pulsarlo con todas mis fuerzas. Fuera parece que la tormenta va parando, porque ya no suena tanto su goteo contra el cristal.

—¿Elizabeth?

Cierro los ojos temblando. Mi estúpida imaginación me hace creer que ha pronunciado mi nombre casi con necesidad. *Frío corazón, cálmate*, le pido restregándome los ojitos con tristeza como una niña pequeña, *Dann me odia. Mucho.*

—No sirve de nada que te pida perdón por todo lo que ha pasado, ¿no?— pregunto en voz baja. Antes las palabras no quisieron salir de mis labios, ahora no paran—. No, no digas nada. Sé que todos me consideran la psicópata de Carson City. Una mujer capaz de secuestrar a una niña en Montana sin pestañear.

Suelto un hipido, no sé si de histeria o de tristeza.

—Una loca— añado cabizbaja.

—¿Por qué?— me pregunta Dann tras unos instantes de silencio—. ¿Por qué ha pasado todo esto?

No tengo respuesta a eso. ¿Decirle que me programaron para destruir a su familia, es la verdad?

—Dann...— susurro desesperanzada—. Me enviaron para seducirte— le confieso sin saber por qué—. Y no lo recordé, hasta después.

—¿Recordaste?

—Sí— continuo. He abierto la veda para confesar las cosas y no puedo parar ahora—. Marcus quería que te enamorase, ¿sabes? Se suponía que yo no sentiría nada por ti. Entraría en vuestra vida, mataría a Maddy y a Brianna y después me iría. Sencillo.

Suelto ahora yo un taco, para sorpresa de él.

Abro los ojos de golpe y enfoco la vista en un punto en el descampado. Mi mente imagina que ahí está Dann, esperándome con el ceño fruncido pero con los brazos abiertos. Parpadeo un par de veces intentando hacer desaparecer esa visión, y no se va.

—Perdóname, Dann. Me enamoré como tonta y al final a la que he logrado destruir ha sido a mí.

La llamada se corta y entiendo que él ha colgado el teléfono, indignado por lo que yo le estaba diciendo. Rompo a llorar sin poderlo evitar. Entre lágrimas, me parece seguir viendo a Dann al final del camino.

—Tonta, Elizabeth. Tonta, tonta, tonta— repito.

Seco mis lágrimas con ira y respiro hondo repetidamente. El contrabandista me está esperando. Llorar por Dann ya no tiene sentido.

—Y te dije que te sigo amando, seré estúpida.

Voy a dejar la Tablet en el asiento del copiloto, cuando comienza a sonar. Me quedo parada mirando el número del móvil que aparece como llamada entrante, sin saber quién podría estar llamando.

—¿Sí?— pregunto con la voz ronca provocada por la llorera, dándole al botón verde.

Saco las llaves del coche con rapidez, pensando que se trata del contrabandista. ¿Cuándo le di mi teléfono? Eso ya no lo recuerdo, pero bueno.

—Se cortó la llamada, señorita Stone— me dice la voz de Dann Garrett.

Dejo caer el suelo la maquinilla de la impresión.

Joder.

Cojo enseguida el Ipad, gruñendo al ver que el cristal se ha roto con el golpe. Maldita sea. A comprar otra ahora.

—¿Cómo has averiguado mi teléfono?

—¿Este es el que le robaste a la recepcionista del motel?— me pregunta él fríamente.

Alzo una ceja, saliendo del coche.

Necesito mover las piernas y caminar para despejar la mente. Los latidos alterados de mi corazón me dicen alto y claro que no estoy soñando. Dann ha encontrado mi número, y me sigue la pista mejor de lo que he creído posible.

—¿Encontraste mi ubicación?

—Nampa, condado de Canyon, Idaho— dice sonriente.

—¿Todo eso lo has averiguado en mi llamada?

Llevo la mano que tengo libre al corazón y le ordeno que se calme. No es el momento de colapsar.

—No. Tú nos has conducido hasta tu casita alquilada, Lizzie Flynn. ¿No te gustó la tarta de fresa que la tiraste al cubo de basura sin probarla siquiera?

Tropiezo con una piedra y caigo al suelo como si tuviera dos pies izquierdos. ¡Pum!

Otro trocito de cristal del Ipad a la mierda.

—¿Cómo...?

—Cariño, Sean Jenkins trabaja en seguridad y vigilancia— me dice satisfecho—. Viviendo como una vagabunda no hemos podido localizarte. Si no usas documentación, no hay registro donde comenzar a buscar.

—Averiguaste mi nombre falso de varón— resumo yo, sentándome en el frío suelo con pesar.

Tengo ganas de ponerme a patallar en el suelo, como si fuera un bebé enfadado. Joder. Menuda delincuente estoy hecha.

—Tenía que haber seguido fingiendo que soy una sin techo— susurro frustrada.

—O tal vez una prostituta de Billings, ¿no?

Siento deseos de vomitar al oírle decir eso.

—¿Cómo sabes eso?— pregunto casi sin voz.

El recuerdo del olor del hombre que me dio dinero por hacerle un favor

sexual no se me olvida. Y saber que Dann lo ha descubierto, me repugna. Y no él, sino yo. Por tener que recordarlo.

—Mi vida, soy bueno en mi trabajo. Te dije que te encontraría, ¿no?

Miro el Ipad sorprendida. Es cierto. Eso dijo Dann el último día que le vi.

—Aún no puedes atraparme— susurro inquieta—. Tengo que terminar mi trabajo.

—Asesinar al falso Alain Scott, ¿no?

¡Marcus!

Cambio a la aplicación GPS y doy un brinco al ver que no hay puntito rojo, ni puntito negro donde se supone que tenían estar. Se estaban desplazando por carretera, rumbo al Oeste, hacia el Estado de Oregón.

¡Y justo ahora!

—¿Te has quedado sin palabras ahora?— me pregunta con la voz calmada.

—Dann...

Alzo la vista hacia el lugar donde pensé haberle visto antes y suspiro tranquila al ver que no estaba junto a mí en la realidad. Era producto de mi imaginación.

—Por favor— le pido con voz suplicante—. Dame un día. Y me entregaré lo prometo.

Sé que quizá esté mintiéndole, una vez más, pero no me importa.

—¿Un día?

—Sí, veinticuatro horas. Necesito acabar con esto.

—¿Quieres matar al falso Alain, no?

—¡Tengo que hacerlo!

Me levanto con dificultad del suelo, gruñendo al sentir dolor en una de mis rodillas.

—Dann, escúchame. Si Marcus no muere, irá por Brianna y por Maddy. No parará hasta destruir a Sean. Quiere su empresa. Tiene un plazo.

Durante un segundo creo que le convengo con mis palabras, porque se queda callado, como atento. Enseguida me río de mí misma. No. No me cree.

—Mientes— susurra él—. Nunca dejarás de mentir, ¿cómo no me di cuenta antes?

Suspiro, andando hacia el punto de encuentro en el contrabandista. Tengo que continuar un poco más.

—Elizabeth, deja de luchar. Es cuestión de tiempo que te tenga de nuevo entre mis brazos.

Dejo salir un gemido al imaginarme estar de nuevo con él. En sus brazos, me dice. Dann comprende lo que yo estoy pensando, porque comienza a reír, pero sin alegría. Como con decepción.

—No, señorita Stone. Me refiero evidentemente a tenerte cerca para ponerte las esposas. Hay una celda en el estado de Virginia Occidental que tiene tu nombre.

Mi nombre.

Celda.

Recuerdo la fotografía que Marcus me mostró tiempo atrás, con la cruz roja en el rostro de Danniel Garrett y contengo las lágrimas que de nuevo quieren fastidiarme. No, ya no más.

—Señor Garrett— susurro ahora yo—. Usted podrá encerrarme si así lo desea, no me opondré. Es mi castigo. Sí, pero antes voy a matar a un hombre y no vas a poderlo impedir.

Lanzo con fuerza al suelo la maquinita y termino de romperla, haciendo pedacitos el cristal. Tengo la clave de acceso para poner el GPS localizador en cualquier otro aparato que compre. No lo necesito precisamente a él.

Y tampoco necesito seguir sufriendo por el menor de los Garrett. Es indudable que no cree en mis sentimientos por él. Me odia. Intensamente. Y ahora para colmo de males, sabe dónde estoy y lo que voy a hacer.

Sabe mi nombre falso.

Y está en mi casa alquilada.

Me doy una bofetada a mi misma como muestra de ánimo y de fuerza. Necesito seguir hacia delante. Adelantarme a los acontecimientos que están por venir.

Convertirme en el arma que Marcus fabricó. Sin amor, sin sentimiento, sin bondad.

No podía ser tan difícil, ¿no?

## Capítulo 9

### **A las afueras de Hampton, Idaho Elizabeth Stone.**

Minutos después llego hasta la explanada donde el contrabandista me está esperando junto a su vehículo. Está fumando un puro. Su simple olor me da asco. Toso un poco sin poderlo evitarlo al notarlo entrar por mis vías respiratorias.

Qué asco.

—Llega tarde, señorita Lynn.

Me encojo de hombros, acercándome a él con precaución.

Le miro a la cara y no puedo evitar silbar de la impresión al ver el rostro de una persona demasiado joven como para estar allí traficando con armas. ¡Pero si aún puedo ver que tiene granos en la cara! Es un adolescente, por amor de dios.

—¿Algún problema?— me espeta él cruzándose de brazos.

Niego rápidamente. No tengo ganas de granjearme un nuevo enemigo. Ya de por sí tengo bastante problemas. Estoy literalmente sin casa, otra vez. Dann y los demás están ahora allí, esperándome seguramente.

—¿Traes el arma?— pregunto directamente. Quiero concentrarme en cualquier otra cosa que no se llame Danniel Garrett.

El muchacho asiente, sacando el revolver junto a una cajita donde supongo que están las balas. Me lo tiende con seguridad.

Llevo la mano yo a mi bolsillo y saco varios billetes de dólares.

—Aquí tengo lo acordado— le digo.

El rubiales me arrebató con ansias el dinero pactado y yo miro el arma con el ceño fruncido. Sé que lo necesito para arrebatarle la vida a Marcus, pero no me hace excesiva ilusión saber que tengo usarla.

Es la segunda pistola que toco en mi vida.

La primera de Dann...

Gruño comprobando que todo esté en orden.

—¿De dónde la sacaste?— le pregunto, más por curiosidad que por otra cosa.

—El cuñado de mi padrastro es poli— dice encogiéndose de hombros—. Así me pago yo mis caprichitos.

Abre la boca sonriendo y me estremezco al ver que sus dientes son de color amarillo. Tan jovencito y tan vicioso. Maldición. La juventud se está perdiendo.

—Gracias.

Le digo adiós con la mano, y agarrando con fuerza el revolver y la cajita, me dirijo hacia mi ranchera. No doy ni dos pasos cuando recuerdo que Dann y compañía saben donde vivo. Seguramente ya dispongan de los datos de la matrícula de la ranchera que tengo alquilada.

Será cuestión de minutos que me localicen si salgo a carretera con ese coche.

—Perdona...— murmuro girándome al chaval.

Este se pone serio. Ha estado contando el dinero con la lengua fuera, como si los dólares fueran una droga para él.

—¿Cuánto aceptarías de pago porque me vendas tu coche?— le pregunto poniendo expresión seria.

—¿El coche?

—Sí, quiero comprar tu coche. A cambio te puedo dar dinero como recompensa.

—¿Y tu coche?

—Es una ranchera— le digo señalando hacia el lugar donde lo dejé estacionado—, pero es alquilada.

El muchacho sonrío feliz.

—No se preocupe señorita Lynn, nosotros podemos quitarle la matrícula y vender el coche para exportarlo fuera.

Alzo una ceja al oír ese “nosotros”. Vaya, parece que el chavalín no trabaja solo. Jolines con las nuevas generaciones, vienen pisando fuerte.

Saco un par de billetes más del bolsillo y se los muestro con una sonrisa. Veo su cara iluminarse y sé que va a decir que sí.

—Acepto el intercambio— dice alargando la mano para tomar el dinero.

Aparto la mía un segundo, para mirarle fijamente.

—¿Tu coche es robado?— pregunto con sospecha.

—Sí, pero la matrícula está tuneada. Nadie lo está buscando— responde lanzándome las llaves de su coche para que yo las coja.

Le doy el dinero junto con las llaves de la ranchera.

—Pues gracias, chico. La verdad acabas de hacerme un gran favor.

El joven sonrío caminando feliz hacia la ranchera y yo me meto en su coche. Echo un vistazo rápido y bajo todas las ventanas para que ventile el vehículo, al oler el horrible aroma a puro en el interior.

Reviso en la guantera y parpadeo sorprendida al encontrármelo lleno de papeles y de tabaco de liar. Hago una muesca de asco al tomarlo con los restos de una carta rota y tirarlo al exterior del coche. Me hago la promesa de pasar por una gasolinera para aspirar dentro del vehículo antes de salir del Estado.

¡Qué grima, por favor!

Arranco el motor, y agradeciendo al cielo que este coche también sea automático, lo pongo en marcha. Y no, no me dirijo hacia la salida del condado,

sino que voy directa a mi casa alquilada.

Necesito recuperar mis cosas antes de partir en busca de Marcus. Sólo espero poder ser capaz de resistir el hecho de encontrarme con Dann, y no derretirme de amor a sus pies al tenerle enfrente mío.

Lo espero con todas mis fuerzas.

\*\*\*

Aparco el coche a varias manzanas de la casa, y tras coger el arma y ver que la recámara está cargada a tope, camino hacia allí con paso lento. Voy entre las sombras, aprovechando que el cielo está oscuro. No hay mucha luz en la calle y eso me viene muy bien.

En el vecindario todo está en silencio y tranquilo. La zona residencial de los chalets y de las casas es muy tranquila, tanto que es extraño ver pasear a alguien a partir de las siete de la tarde por esas calles.

—Menos hoy, claro— susurro escondiéndome detrás de un árbol al ver a la dichosa vecina de la tarta salir a sacar al perro a la calle.

Me encojo, haciéndole burla a la mujer al andar. Parece una modelo paseando por una pasarela. Inspiro hondo, sacando de mi cuerpo todo pensamiento negativo. Necesito paz y tranquilidad para llegar hasta mi casa a escondidas y coger mis cosas sin que nadie me vea.

Como una ladrona.

Sonríó cínicamente, retomando el camino al no presentir peligro a mi alrededor.

Llego hasta la puerta trasera de la casa y lanzo un suspiro de pesar al ver aparcado un coche en la entrada de la casa que reconozco perfectamente. Es el coche de Jim. Parpadeo un par de veces, intentando discernir si el vehículo ha aparecido allí producto de mi imaginación pero al ver que sigue allí, sé que no. Es real.

Y Dann ha venido a Nampa en compañía de su hermano.

Maddy.

Lanzo una oración al cielo, suplicando por no tener que ver a Maddy allí. Después de haber intentado matarla, sé que contemplar el odio reflejado en su cara o en la de Jim, me destrozaría. Mucho.

—Es imposible que se haya traído a Maddy— susurro para darme ánimos.

Me descalzo enseguida y dejando en el suelo los zapatos, camino con suma lentitud hacia el porche trasero. Me muevo entre las sombras con ligereza, como si lo hubiera hecho siempre así.

Miro a derecha y a izquierda y al ver la luz del salón encendida y apagada la de la cocina, entiendo que si me están esperando, lo están haciendo en la entrada principal. Suspiro aliviada, girando el pomo de la puerta y entrando en la casa de puntillas.

Me echo enseguida al suelo y voy andando en gatas con el oído puesto en

todas direcciones. No tardo mucho en oír voces masculinas provenientes de la entrada.

Dann, Jim y West.

Identifico sus voces enseguida con precisión. Mi corazón tiembla de pura alegría al oír tan de cerca el tono de voz de Dann. ¡Le tengo a pocos pasos de distancia!

—Quizá no quiera recoger sus cosas— está diciendo Jim con ira—. Ya se fue una vez sin su dinero, y sin su ropa en tu cabaña, ¿no?

—Puede.

Llego al pasillo y al corredor que dan paso al salón y miro con anhelo la distancia que hay para llegar hasta las escaleras. Si no las han tomado, mis cosas deberían estar en mi dormitorio. El tercer cuarto que hay en el lado izquierdo del primer piso. Junto al baño.

—Necesitará su documentación y su pasaporte falso— insiste Dann convencido de ello—. No creo que quiera volver a vivir con las personas sin hogar.

Me pongo triste al pensar en esa época de mi vida.

Sí, no me haría mucha ilusión regresar a vivir esa situación, pero si salgo airoso de toda esa situación, creo que tampoco me va a quedar otro remedio. Sin otra identidad, poco más puedo hacer.

—¿No se preguntó cómo la hemos encontrado?— pregunta West.

—Ella sabe que tenemos los recursos de Seguridad Jenkins. Una vez descubierto el vendedor de la documentación falsa a nombre de Stefan Larson, encontrar su otra identidad fue sencilla.

Me maldigo a mí misma por no haber pensado en ese hecho. Claro, si Melanie les dio mi descripción y la señorita seductora del motel identificó esa descripción conmigo, era evidente que descubrirían mi nombre falso de varón.

Quizás debí haber sacado la documentación de Lizzie en otro lugar. Fallo técnico, supongo.

—Céntrate— me susurro llevándome las manos a los oídos—. No te quedes escuchando más. Sube a por tus cosas y vete antes de que te descubran.

Me pongo en pie y tras mirar de reojo hacia el salón y ver que los tres tienen su atención puesta en la entrada principal y en el gran ventanal, corro hacia la escalera y subo al primer piso.

Me llevo la mano al corazón. Como sigo oyendo voces en el salón, entiendo que no me han oído. Bien. Camino rápidamente hacia mi dormitorio y suelto un gruñido de decepción al ver que mi mochila con mis cosas no está allí.

Golpeo la almohada con fuerza, intuyendo que se han llevado la mochila con ellos al salón. Claro, por eso están apostados allí, esperándome. Saben que si entro en la casa, no me va a quedar más remedio que ir hacia ellos si quiero recuperar mis cosas.

—Dann, eres demasiado inteligente.

Elevo la vista al espejo y me llevo la mano a mi mejilla al ver que la cicatriz

ya no está oculta por el maquillaje. El agua que me ha caído en rostro de lluvia a parte de correr el rímel y de dejarme la cara “fea”, ha hecho aparecer la cicatriz.

Llevo la mano a mi cinturón del pantalón y saco la pistola que recién compré. Cierro los ojos, contando hasta diez intentando darme valor. No quiero usarla de nuevo en contra de West o de los hermanos Garrett. Sólo quiero recuperar mi mochila y salir de allí.

Cada minuto que paso allí con indecisión, Marcus se puede estar alejando cada vez más de mí, y necesito encontrarle para poderle matar. Perder más tiempo no puedo permitirlo. No ahora que están a punto de cazarme los “buenos”.

Abro los ojos y miro con tristeza la expresión de mis ojos al contemplar el arma en mi reflejo del cristal.

Esa mujer no soy yo.

—¿Y quién coño soy yo?— me pregunto bajando la vista avergonzada.

Camino hacia la puerta y cuando voy a abrirla, escucho pasos fuera.

Quito el seguro del revolver y levantando el arma, me quedo parada apuntando hacia allí, esperando a que alguien entre a por mí. No vuelvo a respirar tranquila hasta que no oigo cerrarse la puerta que da acceso al cuarto de baño.

Alguien se ha metido en el baño.

No me han descubierto en la casa.

Me lo repito una y otra vez, llamándome a la calma.

—¡West, Jim y yo vamos a salir fuera para ver si la encontramos en las cercanías!— oigo gritar a mi Dann.

—¡Vale, no tardo nada!

Miro hacia la puerta adyacente que también da acceso al cuarto de baño y al mirar el arma en mi mano, se me ocurre una idea. Demasiada mala, sí, pero dado que estoy encerrada en una casa con tres hombres que desean enviarme a prisión en cuanto me pongan un dedo encima, no tengo otro remedio.

—Primero le disparas y ahora le secuestras. Dann no te lo va a perdonar nunca, chica.

Inspiro hondo y sintiendo un ruido sordo en el oído de los nervios voy hacia esa puerta y con la pistola en alto entro en el cuarto de baño de un golpe.

Mike West se queda mirándome con la boca bien abierta.

—Manos arriba, agente West.

Hace lo que le digo, lo que conlleva que se le caiga al suelo los pantalones que estaba subiéndose en ese preciso momento. Mis mejillas se ponen rojas de pura vergüenza al quedarme mirando sus calzoncillos con asombro. Son blancos con dibujitos de cachorros. Madre.

—¿Me puedo subir los pantalones?— me pregunta alzando una ceja ante mi escrutinio—. Si quieres dispararme, al menos quiero estar presentable.

—¿Estás armado?

Niega, sacando unas esposas que tiene en un bolsillo del pantalón.

—Sólo tengo esto. No suelo ir al baño con mi pistola. Es de mala educación.

Le pido que se suba los pantalones con una sonrisa oculta en los labios. Vaya, cuando he pensado en secuestrarle, no he imaginado en encontrarle en paños menores.

—Te agradecería si bajas el arma, no voy a hacer nada— me dice seriamente.

—Ponte las esposas por delante, por favor.

West me mira con el ceño fruncido, pero hace lo que le pido. Dejo de apuntarle enseguida, para alivio de los dos. Él no es el único que no desea terminar con una bala otra vez en el estómago. No tengo deseos de disparar a nadie. Al menos a nadie que haya en esa casa, matizo.

—¿Dónde está mi mochila con mis cosas?

—En el salón. Junto al sillón.

Le pido que salga hacia allí, con la pistola aún en alto.

—No quiero sorpresas, por favor— le pido en voz baja—. No quiero hacerte daño, West.

—¿No?

—No. Sólo quiero coger las cosas y me marcharé. Lo prometo.

Le oigo suspirar y sé que no cree ni una palabra de lo que digo, pero bueno. Es como el cuento del lobo. De tanto que he mentido, ahora nadie me cree. Justo castigo, supongo.

Vamos juntos hasta que llegamos a las escaleras, cuando sin yo esperármelo West se lanza sobre mí para tratar de quitarme el arma. Suelto un grito de sorpresa, forcejeando con él. ¡Por amor de Dios, se supone que la que miente aquí soy yo, no él!

—¡Suelta el arma!— le ruego a pleno grito.

—Suéltalo tú, Elizabeth. Deja ya este juego absurdo, por favor.

Evidentemente él es más fuerte que yo, y logra arrebatarme el arma de un tirón. Joder. Incluso esposado. Miro el inicio de las escaleras que dan acceso a la planta inferior y recordando a Melanie y su historia del forcejeo con su antigua jefa en Argentina, sé lo que tengo que hacer.

Elevo la rodilla y golpeando con fuerza su estómago, dónde imagino que aún tendrá algún dolor con respecto al disparo que le di, le cojo por sorpresa y le empujo escaleras abajo, cayéndome con él hacia el piso inferior.

—Maldita sea— gruño levantándome del suelo con el cuerpo dolorido.

Imagino que amaneceré al día siguiente con algún que otro moretón en la espalda.

Giro mi vista hacia el poli y voy corriendo hacia el arma, que ha caído a pocos centímetros de su mano.

—Eres de armas tomar...— susurra él, llevándose una de las manos que tiene esposadas al estómago.

Se levanta la camiseta y creo que palidezco al ver su camisa interior llena de sangre. ¡Oh dios mío!

—¿Estás bien?

West me mira suspirando sin decir nada.

Voy hacia él y apartando sus manos con brusquedad, le rompo un poco de su camisa blanca interior y la presiono sobre la herida.

—Creo que se te han abierto los puntos.

—No terminaré de curarme nunca— susurra él cabizbajo.

Le miro triste, sintiéndome culpable.

—Lo siento. Nunca quise hacerte daño.

Voy al salón y colgándome la mochila en la espalda, me acerco al ventanal y suspiro con tristeza al ver el reflejo de Dann a pocos metros de distancia. Está junto a Jim mirando hacia todos lados buscándome supuestamente.

—Has roto su corazón, ¿lo sabías?— me dice West.

Miro a través del cristal que se ha acercado a mí. Con esposas, dolorido y todo. No me muevo del lugar. Quiero contemplar unos minutos más a Dann.

—Yo nunca quise hacerle daño. Al menos conscientemente. Me enviaron para destruir a esa familia, West.

—¿Quién te envió?

—¿Acaso eso cambia algo de lo que hice?— le pregunto irónicamente—. Dann nunca me va a perdonar. No me perdono ni yo.

Le echo un último vistazo a mi Dann y me giro hacia el hombre al que disparé semanas atrás.

—¿Qué hago contigo?

Le miro fijamente unos segundos, con el arma aún en la mano.

—Si quieres disparar, hazlo ya, pero con eso sólo lograrás dañar más a Daniel.

Palabras mágicas.

Cierro los ojos, atormentada ante la posibilidad de seguir hiriendo al menor de los Garrett. Creo que preferiría ir a la cárcel, y eso que esa opción me aterra, antes de dañar más a Dann.

—Vas a venir conmigo— murmuro, siguiendo adelante con mi plan de secuestrarle.

—¿De verdad?

—Sí. Tal vez si vienes conmigo, Dann acceda a darme el tiempo que necesito para matar a Marcus.

Alzo el arma apuntando hacia el corazón de West y le pido con frialdad que camine con paso lento hacia la puerta trasera. Sé que salir por ahí es el camino más rápido para ir al coche que recién he comprado.

—Dann no va a dejarte marchar.

—Sí, ya sé que me odia— suspiro cansada de eso.

Le ordeno que camine y respiro tranquila al ver que hace lo que le pido. Sé que tal vez ir con él me retrase en el camino, pero si le dejo en la casa, alertará a sus amigos de mi presencia y me pillarán.

No tengo opción.

—¿De verdad quieres seguir jugando este juego del gato y el ratón?— me

pregunta West en la cocina.

No le respondo. Le apunto nuevamente con el arma y él se da por contestado con ese gesto. Le señalo hacia las sombras para que camine con cuidado hacia el coche.

—Ahora calladito. ¿No querrás que alguien salga herido, no?

—Tú no vas a hacerle daño a Danny, querida.

Niego inquieta.

—No. A él no, ¿pero y a Jim? ¿O a ti?— le recuerdo con frialdad—. Ya atenté contra vosotros dos. No me pongas a prueba otra vez.

Pongo a mi voz el tono grave suficiente para que suene a persona malvada y sin corazón y parece que lo consigo, ya que no refuta mis palabras.

Hace exactamente lo que le pido.

¡Bien por mi!

\*\*\*

Una media hora después más o menos estoy conduciendo a toda velocidad por la interestatal. Estoy a punto de entrar en Ontario, de Oregón. Según la nueva Tablet que he comprado en el núcleo urbano, antes de salir a carretera, Marcus se ha detenido en Hampton, población del Estado de Oregón.

A casi tres horas y cuarto de distancia de mí.

La música suena a través de la radio del coche, a todo volumen. Prefiero oír la melodía de cualquier canción que me taladre el oído a la voz de Mike West. El poli, desde el asiento trasero del vehículo, ha intentado distraerme, hablando todo el rato sobre las consecuencias de mis acciones y sobre lo que estoy haciendo.

Al principio no le prestaba atención.

Tras meterle en el coche a punta de pistola, saque de mi mochila una cuerda, y atándole las piernas, le hice tumbarse en el asiento trasero para que se quedase quieto. Le puse el cinturón de seguridad. No quise problemas con él.

Después de iniciar el camino y de haber conseguido la Tablet, fue cuando comenzó su diatriba. Una y otra vez, pero cuando comenzó a hablar de Dann y sobre el daño que yo le había causado, ya no quise oírle más.

Me dolía demasiado.

La canción en la radio deja de sonar y ahora comienza a timbrar la melodía del teléfono de West. Otra vez. Es la sexta vez en los últimos treinta minutos.

—Son Danniell y Jim— susurra él soltando un suspiro.

Elevo la vista al cielo, pensativa.

Sé que si no contesto el teléfono, seguirán llamando una y otra vez, pero tengo miedo de contestar y de que localicen la llamada.

No les quiero tras de mí. No tan pronto.

Miro a West y decido llevar a cabo mi plan de pedirle a Dann tiempo a cambio de la vida de su amigo. Sacarme con él un farol, supongo. Si hablo poco

por teléfono no localizará la llamada, ¿no?

Giro el volante y frenando el vehículo, paso la mano izquierda hacia atrás para coger el teléfono de West del bolsillo de su pantalón.

—¡Mira hacia la carretera!— me pide él al ver que casi nos comemos un camión de mercancía.

Le saco la lengua burlona a través del espejo retrovisor, antes de darle al botón verde de responder llamada y ponerla en altavoz.

—¡Mike!— oigo gritar a la voz de Dann—. ¿Dónde demonios estás? Llegamos a la casa y no te hemos visto. Tampoco está la mochila de Elizabeth. ¿Qué pasa?

Le pido con la mirada al poli que se quede callado, mientras respiro hondo buscando la fuerza necesaria para hablar con mi Dann con calma.

—West estará a salvo, siempre y cuando os mantengáis alejados de mí por veinticuatro horas.

Dann se queda callado, reconociendo mi voz enseguida.

—No te atrevas a hacerle daño, señorita Stone— me dice él con frialdad.

Río sin poderlo evitar. Los moretones que están saliéndome en la espalda dicen que esa tarde quién ha querido hacerme daño ha sido su amigo a mí, y no al revés, pero bueno. No le digo nada.

—Te lo vuelvo a decir, Dann. Si me dejas en paz por un día entero, te entregaré sano y salvo a tu amigo.

—Quiero hablar con él— me pide enseguida—. ¿Cómo sé que sigue vivo?

Quiero no sentirme ofendida por ese comentario, pero no lo puedo evitar. Su desconfianza me taladra el corazón con un golpe seco y directo.

—Dann, estoy bien— responde West a mi espalda—. Un poco atado, digamos, pero no me ha hecho daño.

—¿Dónde estás?

Quito el mano libres y me llevo el teléfono al oído antes de que West diga algo. Sé que él ha estado atento a la dirección que he tomado por la carretera y que sabe hacia donde me dirijo.

—Señor Garrett, esa información no le interesa.

Dann suelta una palabrota poco tierna para mi gusto y le oigo hablar en voz baja con alguien más. Entiendo que con Jim. Chasqueo la lengua, intuyendo que está tratando de decirle que localice la llamada.

No. Otra vez no.

—Una vez Marcus esté muerto, te devolveré a tu amigo.

—No le hagas daño— me pide él, refiriéndose a West obviamente.

—Te lo prometo— susurro y como sé que mi palabra para él ya no tiene sentido, añado sin saber porqué—. Te lo prometo por el amor que aún siento por ti. Mike West no sufrirá daño alguno.

Saco la mano por la ventana y lanzo el móvil con fuerza, haciendo que se estampe contra el frío suelo del asfalto.

—¡Mi móvil!— gime West mirándome con el ceño fruncido—. ¿Qué tienes

en contra de los iPhone? Quemaste el de Danny, y has aplastado el mío.

Cruzo una mirada intrigada con él, y sin poderlo evitar, comienzo a reír casi con histeria. Él, primero se queda sorprendido de mi arrebató, pero parece ser que mi risa es contagiosa, porque enseguida me sigue el rollo, y comienza a reír conmigo.

Curioso.

Mike West tiene sentido del humor.

Supongo que es amigo de Dann por algo.

\*\*\*

## **Hampton, Oregón. Unas 190 millas después.**

Con una sonrisa plantada en el rostro y con Mike West delante de mí, entramos en el Hotel de la región dónde sé sin lugar a dudas que Marcus está hospedado con su mujercita. Es casi medianoche y tengo más sueño del que quiero reconocer, pero necesito registrarme en el hotel y descansar antes de iniciar mi ofensiva contra Marcus.

—Regístrate a tu nombre— le pido a Mike en un susurro.

Tengo la pistola apuntando a su espalda, así que entiendo que hará lo que le pido sin protestar.

—Sabes que si me registro a mi nombre, Dann te encontrará enseguida— me advierte alzando una ceja.

—No me estoy escondiendo de nadie— le digo seriamente—. Sólo le he pedido tiempo.

—Tiempo para asesinar a alguien.

Miro a West con seriedad. Mis ojos ocultos por las lentillas que llevo de color azul, sé que brillan y no oculto la satisfacción que me va a dar poder ser capaz de llevar a cabo la tarea que me ha llevado hasta ese Estado.

—Si no mato a Marcus, él encontrará la forma de asesinar a Maddy y a Brianna— le confieso en voz muy baja—. Y no es que me importe mucho la vida de ésta última, pero aunque tú no me creas, yo adoro a Maddy y no quiero que le pase nada. No por culpa de la ambición de un hombre tan podrido como Marcus, el mago.

—¿El mago?

—Me ha hipnotizado y convertido en una asesina, ¿no lo sabías?

West me mira con los ojos como platos y yo sonrío con frialdad.

Le pongo la pistola en las costillas y le doy un empujón para que se dirija hacia recepción. Soltando un suspiro, hace enseguida lo que le pido.

Bien. Sé que no me ha creído nada de lo que le dije, así que tampoco le doy mucha importancia.

—Buenas tardes, señor— nos saluda el recepcionista.

Es varón, bueno, mejor.

—¿Tiene habitaciones libres?

Asiente y dándole West su documentación, nos entrega las llaves de una habitación del quinto piso. Miro mi GPS de reojo y veo que el puntito rojo de Marcus está situado en la planta tercera. Muy bien. La planta quinta me viene bien. Siempre dicen que es una ventaja estratégica estar encima del enemigo, ¿no?

Me despido del hombre de la recepción con un gesto y tomando de la mano a West, nos dirigimos juntos al ascensor. Voy con la cabeza baja, para que nadie se quede mirándome la cicatriz. Sé que es llamativa y no deseo llamar la atención. No ahora.

Primero tengo que dormir un rato, y luego idear la forma de llevar a cabo la misión que me ha llevado ese hotel.

Sencillo, ¿no?

—Estás muy seria— me dice West mirándome a través del espejo del ascensor.

Alzo la vista para fijarla en él y me pongo roja al darme cuenta que el arma ya no está apuntándole a la espalda. Parpadeo con sorpresa al entender que si él lo hubiera querido ya podría haberme desarmado.

—¿Por qué no lo has hecho?— le pregunto intrigada.

—Porque a veces las cosas no son lo que parecen— dice sonriente—. Y como poli que soy quiero vivir la experiencia del secuestro hasta el final. Así cuando me toque en el futuro cazar al siguiente secuestrador sepa cómo actuar.

Niego confusa ante su cambio de actitud.

Guardo la pistola en la mochila y colgándomela en el hombro, le indico que salga él primero cuando se abre la puerta del ascensor.

—¿Vas a estar enfurruñada todo el rato?— me pregunta enseguida, al entrar por la puerta de la habitación conmigo en silencio.

Miro con ansia la cama y suelto un suspiro de frustración al ver que sólo hay una cama de matrimonio. Maldición.

—Podemos compartir la cama— dice West sonriente—. Prometo dejar las manos quietas— insiste levantándolas.

Me fijo que siguen esposadas y niego con un gesto cansado.

—Es imaginación mía, ¿o estás queriendo coquetear conmigo?— le pregunto directamente.

West sólo sonríe, encogiéndose de hombros.

—Llámalo así si quieres.

Le tomo del brazo bruscamente y le pido que se sienta en la cama.

Una vez allí, saco la cuerda de la mochila y quitándole las esposas, me pongo a atarle de pies y mano a la cama para que no se pueda mover.

—¿Te va el sado?

Resoplo con tanta fuerza que creo que llego a escupir saliva incluso. Le miro enrojecida al verle encoger la nariz al sentir mi descuido en su piel. No puedo

evitarlo, y como me paso en el coche, comienzo a reír sin parar. Creo que el estrés de lo vivido en las últimas semanas me tiene al borde de la histeria.

—¿Te parece divertido escupirme en la cara?

Me acerco a su rostro y con mi camisa le limpio el escupitajo de la cara sonriente. West se estira en la cama intentando encontrar la postura más cómoda.

—Si te prometo que me portaré bien y que no intentaré huir, ¿me soltarás?

—No— le digo alejándome de él—. Voy a ducharme y después quiero dormir tranquila. Mañana va a ser un día muy especial.

Alejo la mochila de sus manos y los posibles objetos punzantes que haya en la mesita de luz y entro en el baño. Dejo la puerta abierta por si las moscas. Por suerte él aunque mire no me verá desnuda, pero yo a él si que podré verle a través del espejo.

Miro anhelante la ducha con hidromasaje y como hice en el motel del falso Alain Scott, lo primero que hago es desnudarme y meterme ahí para disfrutar un buen jacuzzi en mi piel.

\*\*\*

El sonido del teléfono del servicio de habitaciones me saca del letargo que el agua caliente y relajante ejerce sobre mí. Parpadeo un poco desperezándome confusa al no recordar durante unos segundos del lugar dónde estaba.

Me levanto de golpe de la bañera y poniéndome una toalla sobre mi cuerpo, salgo del baño para atender el teléfono.

Me pongo roja como tomate al ver a West silbar al verme entrar de esa forma en el saloncito.

—¿Sí?

—¿Habitación del señor West?— pregunta la voz del hombre de recepción.

Me pongo tensa temiendo presentir problemas ya. ¿Por qué tan pronto? Gimo elevando la mirada al cielo estresada ante la posibilidad de tener que huir tan rápidamente del lugar.

—Sí, soy su asistente personal— respondo intentando dulcificar la voz—. ¿Pasa algo?

—No, señorita. Simplemente queríamos saber si deseará que le enviemos el desayuno a su dormitorio por la mañana o no. No lo ha contratado a la hora de registrarse.

Le digo que no será necesario, y agradezco la llamada antes de colgar.

—No reservaste el desayuno— le digo burlona.

Miro el reloj y frunzo el ceño mosqueada conmigo por haberme quedado dormida durante dos horas sin darme cuenta.

—¿Te importaría desatarme para ir al baño?— me pregunta él—. Tengo que ir a orinar.

Quiero decirle que primero voy a vestirme, pero me quedo inquieta al ver su frente perlada de sudor. Voy hacia él y maldigo al descubrir que tiene fiebre. Las

palabras que le dije a Dann de que no iba a hacerle daño a su amigo ahora me taladran la cabeza.

¡Maldita sea!

—Estás ardiendo.

—No he tomado los antibióticos— me responde encogiéndose de hombros — ni el calmante. Lo raro sería que no tuviese fiebre, querida.

Paso por alto el tono de coquetería de su voz y me dirijo de nuevo al teléfono para llamar a recepción.

—Sí, hola— susurro cuando me contestan al teléfono—. Me gustaría saber si disponen de médico en el hotel o servicio de farmacia. Necesito varios calmantes y antibióticos para curar una infección.

West me susurra la medicación que necesita y yo se lo repito al hombre de recepción.

—¿Entonces pueden traerlo?

—Sí, señorita— dice el hombre tranquilamente—. Le mandaremos el médico en breve.

Se lo agradezco, colgando el teléfono con desesperanza.

—No voy a morir— me dice West intentando sonar convincente—. Simplemente pedí el alta demasiado pronto y estoy pagando las consecuencias.

—¿Y por qué narices saliste demasiado pronto del Hospital?

—¿Por qué va a ser? Para capturarte. No iba a dejar a Dann sólo para perseguirte, cariño.

Le miro con cara de pocos amigos antes de ver mi reflejo en el espejo y comprobar que sigo semi desnuda. Bueno, con una toalla. Mis mejillas se tiñen del color rojo sin poderlo evitar.

—Estás más delgada.

Suspiro, ahorrándome el comentario sarcástico que casi le respondo. ¿Cómo estaría el cuerpo de una persona que ha vivido con menos de un mendrugo de pan al día como menú diario?

—Voy a ponerte un paño mojado en la frente— le digo girándome para ir al baño—. Después cuando venga, te suelto y vas al baño.

—¡Sí, señora!

Cojo enseguida una toalla de manos y mojándola con agua bien fría, me quedo unos minutos mirándome en el espejo. Hago una mueca de sorpresa en los labios al ver mis mejillas sonrosadas. Parece que tienen vida nuevamente. La cicatriz de la mejilla ya no me afea el rostro.

Resoplo moviendo un poco un mechón de pelo del flequillo.

El sonido de la tos de West me pone en movimiento de nuevo. Me dirijo hacia él y sentándome a su lado en la cama, le pongo la toalla mojada en la frente.

—¿Tienes infectada la herida?— le susurro mirándola con aprensión.

—Creo que se han abierto un par de puntos— me responde encogiéndose de hombros—. Imagino que al caer por las escaleras.

Omito decirle que yo le empujé para que cayera por esas dichosas escaleras.

—¿Te... toco, o algo?— pregunto tímida.

West alza una ceja seductor al oír mi frase. Me avergüenzo al entender el doble significado de la frase.

—Me refiero si presiono la herida o algo— digo casi tartamudeando.

—El doctor lo hará, querida. Con que me dejes ir al baño me conformo.

Miro las cuerdas que atan sus piernas y las esposas que enlazan sus manos y tengo un mal presentimiento.

—No voy a hacer nada— me asegura él mirándome a los ojos—. En serio. Sólo quiero orinar y mover un poco las piernas.

Los moratones que tengo en el cuerpo me piden que no le crea nada, pero termino levantándome de la cama y cogiendo un cuchillo de mi mochila, procedo a desatarle las cuerdas de las piernas.

—Puedes orinar esposado— susurro, ayudándole a incorporarse.

Al principio parece que se tambalea un poco, pero enseguida se pone en pie y tras mi atenta mirada entra en el baño.

—¡Quédate dónde pueda verte!— le exijo en la distancia.

—¡Sí, mamá!

West me grita divertido y yo cabeceo mientras rebusco en mi mochila alguna prenda de ropa que ponerme. No encuentro más que un par de vestidos y una falda. Jolín, no traje pantalones.

Me siento soltando un suspiro encima de la cama y alternando la vista a donde está West en el baño y al interior de la bolsa, saco el GPS junto al vestido de corte ancho para ponérmelo enseguida.

Acaricio el puntito rojo que tiene el nombre de Marcus repetidamente. Mis dedos hormigean de ganas de coger el revolver que le compré al muchacho horas atrás y gastar todo el cargador en su pecho. Por Maddy, y porqué no negarlo, por mi tranquilidad también.

Con él muerto yo podría ser libre.

—Están llamando a la puerta, querida.

Alzo la vista asustada hacia West. Está parado delante mí, con los brazos cruzados. Ya no tiene puestas las esposas.

—¿Cómo...?

—Soy poli, encanto.

Tira a mi lado en la cama las esposas y camina tranquilamente hasta quedarse parado junto a mí. Parpadeo un par de veces incrédula al ver que no tiene puesta la camisa. Su pecho sudoroso se torna demasiado cercano para mi gusto.

—No he hecho el intento de atacarte ni de desarmarte, Elizabeth.

Me levanto en seguida al recordar que se supone que yo soy la secuestradora y él mi rehén. Con las prisas la toalla se arrastra hacia el suelo y me quedo desnuda ante sus ojos.

—Vaya. El picardías que te compraste aquél día en Nottville para placer de Dann no te hacía falta— susurra él con voz ronca—. Estás...

No me interesa oír el piropo que me quiera decir, me agacho enseguida para

envolverme de nuevo con la toalla. Tomo al mismo tiempo el vestido en mis manos y camino hacia la puerta al oír la llamada insistente del médico al otro lado del pasillo.

—Deberías mantener alejado mis cosas punzantes como el cuchillo y el arma de fuego— me aconseja West, señalando a su lado en la cama—. Así no va a durar mucho tu carrera como criminal, encanto.

Cuento interiormente hasta diez llamando a mi paciencia y con una sonrisa autoimpuesta, abro la puerta casi con brusquedad. Un hombre calvo y con aspecto de haber sido levantado de la cama a disgusto, aparece ante mis ojos.

—El enfermo está allí. Pase.

Cierro de golpe la puerta.

Al hombre se le pone una cara de circunstancias al ver mi aspecto semi desnudo, y el de West sin la parte superior de la camisa puesta. Sé que cree que ambos somos amantes. Ja. No tengo bastante con Dann, para que me confundan como la novia furtiva de su amigo el poli listillo.

—Estábamos ocupados— responde West tomando entre sus manos mi GPS para disgusto mío.

La mochila me la lanza, con el cuchillo, el resto de cuerdas rotas y mis pertenencias personales en su interior. Le miro sorprendida al ver que la pistola sigue ahí dentro.

—Vístete, cariño. Para que me revise el doctor no necesitas estar presente.

Asiento tomando la mochila con ira. No me está gustando nada su actitud de bromista. ¡Se supone que la secuestradora aquí soy yo! Yo debería dar las órdenes y no recibirlas de él.

—No tarde, doctor. Es tarde y queremos dormir.

Cierro de un portazo la puerta del cuarto de baño y me apoyo contra el lavabo, llevándome la mano al corazón. Tomo entre mis manos la pistola, dejando caer al suelo el vestido y la toalla y suspiro aliviada al ver que la pistola está en perfectas condiciones, junto a sus correspondiente munición.

¿Por qué un hombre que se hace llamar a sí mismo policía, no me desarma en cuánto tiene la ocasión?

Es tonto. ¿O trama algo?

Compruebo que el seguro está puesto en el arma antes de guardarlo entre mi ropa interior en la mochila. Miro anhelante la bañera de hidromasaje, y sabiendo que no voy a poder tener otra ocasión de probar agua de jacuzzi en mucho tiempo, activo el botón del masaje y me meto en la bañera con rapidez.

Cinco minutos.

Sólo cinco minutos, me prometo. Después saldré para ponerle al señor West las cosas en su lugar.

A fin de cuentas él estaba enfermo y yo no. Tengo todas las de ganar.

# Capítulo 10

## Elizabeth Stone

*Me estiro en la cama como una gatita que recién despierta. No siento dolor alguno en ningún músculo de mi cuerpo. Eso es bueno, he tenido un sueño reparador entonces.*

*Giro mi vista hacia la derecha y me callo un grito de horror que casi brota de mis labios al ver los ojos en blanco de Mike West.*

*—¡West!*

*Voy a tocarle en la muñeca para buscarle el pulso y me quedo de piedra al ver sangre en mis manos. ¡Sangre!*

*—Dios, otra vez no.*

*Me levanto de un salto de la cama y veo asustada el cuerpo de Mike lleno de sangre. Brota de su estómago, de la herida donde recibió la bala. Está abierta y sangrante. West ha muerto desangrado.*

*Corro hacia la puerta con los ojos llenos de lágrimas y al ir a abrirla me quedo sin hablar al ver ante mí a Dann. Tiene la mirada desencajada de dolor.*

*—¡Tú!*

*Me toma con fuerza de los brazos y comienza a zarandearme sin piedad.*

*—¡Eres una zorra sin corazón! ¡Has matado a mi amigo!*

*—No...*

*—¡Prometiste por el supuesto amor que me sentías que no le harías daño y mentiste! ¡Siempre estás engañando!*

*Quiero decirle que no recuerdo haber matado a su amigo, pero las palabras se traban en mi lengua y me impiden pronunciar excusa alguna. Maldita sea. Me quedo parada mirando entre lágrimas el odio que se refleja en los ojos azules de mi Dann.*

*Oh, mi amor, ¿qué he hecho?*

*Un carraspeo que oigo por detrás de la espalda de Dann me sobresalta. Éste enseguida me suelta de los hombros para girarse y recibir con una sonrisa a la recién llegada. Abro y cierro los ojos sorprendida al ver el rostro femenino que me mira casi con desdén.*

*—Hola, hermanita.*

*¡Laia!*

*Camina junto a Dann y enlazándose a su cintura levanta su mano en señal de saludo hacia mí.*

—*¡Cuánto tiempo! Desde Madrid que no te veía, queridita.*  
*¡Quiero tirarle de los pelos y alejarla de MI Dann, pero estoy como paralizada. Y no por el claro tonto de Laia hacia el menor de los Garrett, sino porque éste la mira embobado.*  
*¡Cómo antes me miraba a mí ahora al contempla a ella!*  
*Como si fuera su mundo. Su sol. Su eje.*  
—*¿Dann...?*  
*Mi voz suena temblorosa y débil. El olor metálico de la sangre inunda mis sentidos y bajo la mirada a mis manos para ver los restos de mi último delito en mi cuerpo.*  
*Sangre del cuerpo de West.*  
—*Danniel y yo nos hemos enamorado, hermanita. Espero no te importe.*  
*¡No!*  
*Él sonríe con ternura atrayéndola más firmemente a su cuerpo y yo siento fuertes deseos de vomitar. Creo que si no me agarro a algún lugar, caeré al suelo de golpe.*  
—*Nos conocimos en el Hotel de Madrid. Vino allí buscándote a ti, me encontró y le enamoré. ¿No es perfecto? ¡Soy feliz, hermanita!*  
*Quiero hacer que Dann pose su mirada en mí, pero está demasiado ocupado fijándose en Laia. Mi hermana.*  
*Laia.*  
*Observo su rostro y siento que el suelo se mueve bajo mis pies al ver encima de su cabeza un puntito negro. Como el puntito del GPS que le puse a Marcus el día que se marchó de Carson City.*  
*Ellen Harold.*  
*¡Es la amante de Marcus!*

\*\*\*

Comienzo a toser con fuerza al empezar a tragar agua de forma abundante en la boca. Muevo las manos y los pies pensando que estoy ahogándome, cuando descubro que estoy en la bañera de hidromasaje del hotel de ese lugar en Oregón.

No estoy en el mar.

Miro hacia la puerta abierta del cuarto de baño y parpadeo con los ojos doloridos por el agua que me ha entrado en ellos, al recordar que estoy con West en esa habitación del motel.

La puerta está abierta y yo la deje cerrada.

Quiero levantarme de la bañera cuando veo que tengo las manos unidas delante de mí con unas esposas enlazando ambas muñecas.

¡Estoy esposada!

Tropiezo en la bañera al salir, pero me incorporo con rapidez. Rebusco en busca de una toalla cuando escucho una sonrisa burlona desde el dintel de la puerta.

¡Mike West!

Gracias al cielo.

Por puro instinto, corro hacia él para abrazarle. Estoy feliz de que siga vivo.

El West que yo vi muerto a mi lado en la cama era producto de mi imaginación entonces. Una pesadilla. Yo no le he matado. Está vivo.

Típico de mí, al correr hacia él para abrazarlo no piso bien el pie que tengo mojado y caigo de bruces contra el suelo. ¡Muy glamurosa yo!

—Tranquila, nena— susurra él ayudándome a levantar del suelo, agarrándome del brazo izquierdo.

Quiero decirle que estoy bien y que no necesito que me ayude, cuando recuerdo que estoy esposada, ¡y desnuda!

—¿Cómo demonios me has esposado?— me quejo intentando taparme mis pechos y mi vello púbico, para que él no me vea.

Enseguida se da cuenta de mi incomodidad y cogiendo un albornoz de uno de los armaritos blancos del lugar, me tapa bien desde atrás.

—Así mejor.

—Quítamelas— le pido señalando las esposas con temor.

Intento hacer fuerza, tratando de quitármelas, y no consigo más que hacerme daño en las muñecas.

—Vas a hacerte daño, cariño.

—¿Cómo te las quitaste tú?

—La hebilla del cinturón, cariño— me responde tomándome de los hombros para dirigirme hacia la habitación del salón—. La próxima vez que esposes a alguien, asegúrate de ligarle las manos a la espalda. Es un consejo de un profesional.

Le hago burla con un gesto en la boca, furiosa por su sabiduría, pero me dejo guiar hasta la cama. Miro hacia la ventana que da a la calle y me sorprende ver que sigue estando oscuro fuera. Sigue siendo de noche.

—¿Cuánto he dormido?

—Unas dos horas más.

Me fijo en su frente y al ver que ya no está sudando, entiendo que el médico ya le ha dado el tratamiento adecuado para tratarle la infección.

—La cuenta de sus servicios se cargará a la habitación —me dice cogiendo una silla para sentarse enfrente mío.

Posa sus ojos color marrón invernal sobre mí y se cruza de brazos expectante.

—¿Ya has pedido refuerzos para meterme en la cárcel?— le pregunto atemorizada.

West mueve la cabeza de izquierda a derecha en señal negativa, lo cual me sorprende y mucho.

—¿No?

—La verdad es que estoy intrigado con tu comportamiento— afirma alzando una ceja—. Siento curiosidad por saber tus motivos para estar metida en este lío.

Suelto una risita de incredulidad.

—¿Perdona?

—Quiero saber qué ha pasado para que te hayas convertido en la psicópata de Carson City— dice muy serio—. Por el bien de Danniell, y por el tuyo. Hay muchas cosas en este caso que no cuadran y quiero averiguar la verdad de tus labios.

Un ramalazo de inquietud recorre mi ser. No es excitación, y tampoco es nerviosismo. Es algo parecido a... esperanza. ¿West quiere escucharme? ¿Oír mi versión de los hechos?

—¿No querrás jugar con mi mente para luego entregarme a la policía con una confesión mía grabada?— pregunto en voz baja.

—Si quisiera que estuvieras en la cárcel, ya estarías en una celda. Te lo aseguro.

Silba mirando al cielo como pidiendo paciencia y yo bajo al vista hacia mi mochila. Ahora reposa en el suelo, a pocos pasos de mí.

—¿Mi GPS?

—El puntito negro y el puntito rojo siguen aquí, un par de plantas por debajo— confirma sacándolo de su bolsillo para mostrármelo.

Puntito negro.

Siento que me falta la respiración al recordar mi pesadilla. Laia y Ellen Harold. ¿Por qué si son dos personas distintas, mi sueño quiso unirlas en una sola persona?

—Si te cuento la verdad— comienzo a decir con voz ronca—, ¿me soltarás y me dejarás marchar? Hay asuntos que tengo que tratar antes que Dann dé con nosotros dos.

West se encoge de hombros.

—No voy a prometerte algo que no sé si voy a poder cumplir.

Resoplo con la cabeza fija en el suelo. No quiero volver a escupirle sin querer. Él lo recuerda, porque toma mi mentón con su mano y me hace mirarle a los ojos con naturalidad.

—Puedes escupirme si quieres, encanto.

Sonríe abiertamente con los ojos brillantes de expectación.

—¿Por qué estás coqueteando conmigo?— le pregunto yo, deseando ganar tiempo antes de decidir qué mentiras puedo decirle, y qué verdad contar.

—¿Disculpa?

—Desde el principio has coqueteado conmigo y sabías que yo era la pareja de tu mejor amigo, ¿por qué? ¿Acaso tu amistad con Dann es tan vacía?

Se le quita la alegría de repente y su expresión pasa a ser seria por un instante.

—Es una técnica que tengo desde la adolescencia— confiesa en un suspiro—. Si la mujer me devuelve el coqueteo, quiere decir que lo que ama de Dann es su dinero.

Ah.

Intento hacer memoria para ver si en algún momento yo he coqueteado con él a propósito, y el recuerdo de alejar mis manos de su beso caballeresco detrás

de la espalda en el supermercado en Nottville viene a mí y respiro tranquila.

No. El hecho de estar ahora desnuda en su presencia no es un aliciente. Claro que no.

—Yo no he correspondido a tu seducción— respondo tranquila.

—Efectivamente, tú no.

Su tono de voz muestra enojo y sé que eso quiere decir que otras novias de Dann sí que han caído en ese juego. El nombre de Mandy viene a mi cabeza y de la impresión comienzo a toser repetidamente al tragar saliva por otro lado.

—¿Amanda?

West asiente y yo intuyo con la expresión de su rostro que él se enamoró de Amanda en una época. Y ella les traicionó a los dos.

—Pero eso es agua pasada— dice él tranquilo—. Lo importante es el presente y tengo que decirte que tú has pasado la prueba con nota. Pudiste seducirme y no lo has hecho. Supongo que debo agradecértelo.

Asiento, avergonzándome de repente. Sé que estoy prácticamente desnuda bajo el albornoz, que no me tapa casi nada con las esposas puestas.

—Yo amo a Dann— le digo segura de mí—. No necesito mirar a otro hombre.

—¡Buena respuesta!

Se levanta enseguida y va al baño a buscar el vestido que yo elegí antes para ponerme. Viene rápidamente con una sonrisa de disculpa en el rostro.

—Prometo quitar el chip de seducir de mi actitud— me dice ayudándome a poner en pie.

—¿Qué haces?

—Voy a ponerte el vestido. Levanta la manos, prometo no mirar tus encantos.

Quiero protestar, pero al hacerme elevar las manos el albornoz se cae, dejándome de nuevo desnuda ante sus ojos. Cierro los ojos con mucha timidez sin querer ver lo que hace. Siento por mi piel la seda del vestido y cuando sé que ya no estoy en pelotas delante de un hombre que no es el que amo, le vuelvo a mirar.

—Gracias.

West me guiña un ojo y dándole una pequeña patada al albornoz blanco, me sienta en la cama de nuevo.

—Una vez aclarado que yo no te gusto, y que tú tampoco me gustas más que como la pareja de mi mejor amigo, comencemos con lo que nos interesa.

Saca el GPS nuevamente y mira serio.

Sus ojos relucen con interés.

—Soy todo oídos, nena.

\*\*\*

Clavo la mirada en el puntito rojo del GPS y la imagen de Marcus viene a mí

como un dardo. Siento rabia al pensar en él. ¿Cómo puedo contar todo, sin mentir? ¿En qué voy a quedar si confieso la verdad?

—Tú mismo le mostraste la grabación a Dann— le recuerdo a West—. ¿Qué más necesitas saber?

—Todo. Quiero saber cómo apareciste en la vida de Maddy y de Jim. No me cuadra que una persona que se la ve de lejos que adora a la señora Garrett, quiera matarla de un día al otro.

Siento la tentación de mirar al suelo al oír eso, pero West chasquea la lengua llamando mi atención. Quiere la verdad, y por amor de Dios yo quiero dársela, pero... ¿me creerá?

—No creo que me creas— le digo encogiéndome de hombros.

—¿No?— replica él—. Hasta donde yo sé, ahora mismo te estoy dando el beneficio de la duda. No olvido que me disparaste, Elizabeth. No soy ingenuo, sé que no eres inocente. Al menos no del todo. Sólo quiero saber tu versión de los hechos. No te pido la luna.

A continuación hace como que toca la guitarra recordando esa canción antigua y yo cabeceo incrédula con sus bromas continuas. Ahora entiendo porqué es tan amigo de Dann, ambos hacen buena pareja. De amigos, matizo.

Dann.

Ojalá hubiera podido tener la ocasión de contarle a él toda la verdad.

Mi Dann. Sé que hubo una vez que quise confesarle todo, pero la llamada de la dichosa Amy Kimberly lo estropeó todo.

Un momento.

—¿Por qué la señora Kimberly está desacreditando tanto a Dann?— pregunto con el ceño fruncido.

Él me mira ceñudo a su vez.

—¿Es idea mía o quieres evadir el asunto?

¡Chico listo!

—Si te voy a contar la verdad quiero saber que vas a oírme hasta el final— me justifico simplemente.

—Ella quiere ser ascendida, Elizabeth, y tu cabeza en prisión la va a catapultar a ese reconocimiento que ella tanto anhela. Cuando supo que te infiltraste en la vida de Dann y él se acostó contigo, digamos que se le fueron un poco los cables. Cree que te está protegiendo.

—¿Perdón?

—Sí. Kimberly piensa que Dann no va a permitir que te metan en la cárcel. Suspiro desesperanzada.

—Dann me va a encerrar en cuánto me vea. Si Kimberly piensa lo contrario, quién está loca es ella.

Me levanto de la cama y camino hacia el ventanal. Observo las estrellas en el cielo con un sentimiento de pérdida que pocas veces he sentido en mi piel. Tengo el tiempo de mi libertad contado. Por mucho que me decida por confesar toda la verdad a Mike West, nada me va a salvar de ir a la cárcel.

Restriego las manos con las esposas incómoda por su contacto en mi piel. Me falta el aliento cada vez que recuerdo el destino que me espera.

—Cuéntame la verdad de lo sucedido, Elizabeth. Creo que mereces tener la ocasión de desahogarte con alguien, ¿no?

Oigo que se acerca a mí y me acaricia los brazos de arriba hacia debajo de forma continuada. Entiendo que quiere relajarme. Inconscientemente imagino que él es Dann y dejo que mi cuerpo actúe por sí solo, apoyándome en su torso en busca de consuelo.

—Yo amo a Dann— confieso triste—. Y adoro a Maddy. Manipularon mi mente.

—Marcus— susurra West en mi oído.

Afirmo.

—Sí, el maldito mago farsante.

Cierro los ojos, sintiendo una fuerza cálida atravesar mi piel al notar algo de estremecimiento en el vello de mis brazos ante las caricias de West. Está quitándome tensión acumulada, eso sí.

—¿Por qué mataste a Fran Krantz, Elizabeth?

Abro la boca y sin poderlo evitar, las palabras comienzan a salir de mis labios como si fueran balas salidas de una metralleta. Bum. Bum. Bum.

Le hablo de mi trabajo en Westport, de Melanie Sánchez, de su secreto, de mi hermana, de mi salida al cine en el pasado mes de Julio, de Marcus, de Jason Laker, de las sesiones de supuesto hipnotismo, de la droga, de la pérdida de memoria. Le relato los encuentros que tuve con Marcus. Las fotografías de los Garrett y de los Jenkins que me enseñaron como objetivo.

Respiro hondo pero no me callo. Sigo hablando de mi viaje a Madrid en búsqueda de Laia. De mi encuentro con la verdadera Joanne Pearson. Del plan de Marcus de apoderarse de la empresa de Seguridad Jenkins por pura ambición. De su idea de que matase a Maddy y a Brianna. Le confieso el plan de seducción a Dann Garrett.

Todo. No me guardo nada.

He abierto el cajón de los recuerdos y no puedo parar. Necesito que sepa que yo no atenté a propósito contra Maddy, y que yo no sabía que ella estaba embarazada. Le digo que aún ni recuerdo cómo fui capaz de manipular los frenos de su ranchera.

Ni lágrimas me salen al confesar todo. Lo tengo tan asumido en mi yo interior, que sacarlo afuera no me supone dolor. Estoy vacía. Parezco una narradora de una mala novela, que suelta todo de golpe sin pararse a pensar si tiene sentido lo que dice. Sé que West está escuchando atento.

Sus caricias en mis brazos no han parado ni un solo instante.

Para mí es como si él fuera Dann. Atento a mí. Comprensivo. Dulce. Callado.

Enrojezco cuando llego a la parte de relatar cuando le disparé a él en la cabañita de Dann, pero no me callo. Le cuento de las semanas que viví en la calle.

Del tiempo que pasé sin comer, de la búsqueda de empleo infructífero, de los chiquillos que rajaron mi mejilla. De la niñita que supuestamente secuestré. De mi llamada a Sean y a Jim para avisarles del intento de atentado que iban a realizar con sus mujeres.

De mi nueva decisión de ir a por Marcus.

Le confirmo mis intenciones de asesinar a sangre fría a Marcus. No me lo callo. No le miento. Todo lo que le digo es la verdad.

Pura. Dura. Sin subterfugios.

¿Para qué? Al menos me está escuchando. Tal vez no me crea y toda esta confesión no sirva para nada, pero yo me desnudo figuradamente con él.

Y joder, cuándo termino de hablar, me siento... completa. Llena. Como liberada de un peso, de una carga que un maldito mago me ha creado en la cabeza por “diversión”.

—Y colorín colorado, mi historia con esas frases ha llegado a su fin— susurro abriendo los ojos.

\*\*\*

Los dedos de West siguen haciendo su “magia” en mi piel, erizándola a marchas forzadas. Han pasado casi cinco minutos en los que yo me he quedado mirándole a través del espejo buscando sus ojos, sin encontrarlos.

Está mirando a un punto en el infinito.

Me entristece saber que cómo me he temido no me ha creído nada. He confesado todo para que piense que soy una loca psicótica y mentirosa. Me consuela el hecho de saber que Dann hubiera reaccionado igual. Supongo.

—¿Podrías quitarme las esposas?— le pido en un susurro—. Ahora quiero ir yo al baño.

West se acerca a mi oído y sin responder baja las manos hacia mis muñeca y tras sacar la llave de las esposas de un bolsillo de su pantalón, me las quita para mi gran alivio.

—Oh dios, gracias.

Acaricio la marca de las esposas en mi piel.

Me giro sobre mí misma, para mirar a West a los ojos. Quiero decirle que no está obligado a decir nada por compromiso sobre lo que le he contado, pero no me da tiempo abrir la boca. Sin yo esperármelo, Mike se acerca a mí y une sus labios con los míos con ternura.

¡Me da un beso con lengua el tío!

No cierro los ojos, pero de forma inconsciente le devuelvo el beso. Y jolines. ¡Besa bien el poli!

Me quedo con la boca bien abierta cuando segundos después se aleja de mí y me sonrío pícaro, con los ojos brillando.

—Ve al baño. Cuando salgas hablamos.

Se aleja hacia la cama, y subiendo allí la mochila con mis cosas, me señala el

cuarto de baño para que vaya a orinar. Mis piernas tambaleantes hacen lo que él me dice de forma inconsciente de nuevo.

Estoy paralizada.

Y me siento culpable para qué negarlo. Responder al beso de West ha sido como traicionar a lo que siento por Dann. ¡Asesina, ladrona, secuestradora y ahora besa amigos!

—Cada vez lo mejoras más, tía.

Me siento en el inodoro y hago mis necesidades con mucho pesar. Me entristece saber que ni con el hombre de Billings que me pagó porque yo usara mi boca en su miembro semanas atrás, me sentí infiel con respecto a Dann.

No cómo ahora.

¡Con su amigo!

*Es sólo un beso, pienso tras limpiarme bien, sólo un beso. Yo amo a Dann. Punto.*

Convencida de ello salgo del baño con la cabeza bien alta. No tengo que sentirme culpable. Ha sido West. No yo.

Le encuentro junto al teléfono, cerrando mi mochila con calma tras meter las esposas en su interior. Le miro sin saber qué narices está haciendo con mis cosas.

—Siento el beso de antes— dice él hablando el primero—. Digamos que hace mucho que no beso a una mujer y me dejé llevar.

Alzo una ceja anonadada.

—¿Me besaste porque hacía mucho que no besabas a alguien?

No sé si sentir ganas de estamparle una lámpara en la cabeza o reír como tonta.

—Amo a Danniell Garrett— le digo con seriedad—, y aunque besas muy bien, te diré que me gusta más besar a Dann.

West rompe a reír y no entiendo porqué, pero lo paso por alto. Sus besos o sus intenciones no son lo que importan ahora.

—Te creo, Elizabeth— me dice él, sorprendiéndome de nuevo.

—¿Qué?

—Tu versión de los hechos tiene sentido.

Me acerco a la cama y me siento con las piernas temblando sin poderlo evitar. Sé que él tampoco acaba de decir nada del otro mundo, pero necesito sentarme en algo sólido.

—¿Me... crees?

—Claro. ¿Cómo una mujer que no tiene nada que ver con la familia Garrett mata a su primo y luego atenta contra la mujer y el hombre que le salvaron la vida?— resume él sonriente—. Era grotesco imaginar que eras una psicópata sin corazón.

¿Grotesco? ¿Se usa aún esa palabra?

—West...

—Mike— corrije él tranquilo—. Tutéame, ya te he visto desnuda a fin de cuentas, ¿no? Olvida los formalismos.

Le miro resentida por recordarme eso.

—Me apodan la psicópata de Carson City— le digo fríamente—. No soy inocente, Mike— añadido para hacerle ver que pretendo hacerle caso—. ¿No te olvidas que disparé contra ti?

Se lleva la mano al estómago y gime dolorido al recordarlo. No. No lo ha olvidado.

—Tendrás que enfrentarte a un juez y contarle todo lo que me dijiste a mí— susurra él serio—. Ni Dann ni yo podremos evitar que te pongan las esposas cuando la policía del lugar te encuentre, Elizabeth.

Asiento, con un nudo en la garganta.

—Pero no por sólo— continúa él—, quiere decir que necesariamente vayas a la cárcel. Te drogaron, Elizabeth. Manipularon tu mente. No has estado actuando en tus cábales, al menos no en lo que se respecta a la familia Garrett. Te “programaron” para odiarles.

—Y para amar a Dann, no lo olvides.

Tomo entre mis manos el GPS que West ha dejado caer en la cama, y parpadeo incrédula al ver que el puntito rojo ya no está con el puntito negro.

—¿Mike?— susurro en voz baja.

Él me nota alterada.

—¿Vas a impedir que mate a Marcus?— pregunto con voz ronca.

—¿Perdona?

—Tú sabes porqué tengo que asesinar a ese... señor. Si no lo hago, las vidas de Maddy y de su madre nunca volverán a ser tranquilas. Él no parará hasta destruirlas.

Quiero seguir justificando mi idea como algo necesario de hacer, pero me quedo callada. La expresión en la mirada de West no auguraba nada bueno.

—Elizabeth, te han manipulado la mente entre todos, con la ayuda de las drogas—dice serio—. Todo lo que has hecho hasta hoy tiene una explicación. Te obligaron a cometer los crímenes que hiciste.

—¿Y?

—Y eso es una cosa, pero que sigas queriendo matar a alguien, sea un criminal o no, no lo hace una persona normal. Cariño, si quieres salir bien librada de toda situación, tienes que olvidarte de vengarte de Marcus y ayudarnos a Dann, Jim y a mí a cazar a ese hijo de puta.

¿Cazar?

Quiero negar diciéndole que nunca podrán atrapar a Marcus, pero me callo. Creo que estoy empezando a entender lo que Mike me está tratando de decir.

—Una mala acción hecha por una buena acción no compensa la situación, ¿no?— resumo yo frustrada.

—Elizabeth...

—¡Marcus no va a parar hasta que se haga con la empresa de Sean Jenkins! No se va a quedar quieto, le detengas o no.

—¿Por qué es un mago?

—¡No! Porque es malvado. ¡Tiene que morir!

Vuelvo a enfocar la mirada en el GPS y de nuevo me preocupa ver que el puntito rojo de Marcus sigue alejado de la mujer. El puntito negro está quieto en la habitación de una planta inferior.

—No puedes matar a nadie, Elizabeth. A nadie más, al menos.

No me gusta ese tono de voz, pero no se lo hago saber.

—Mike, agradezco toda tu ayuda, pero este de aquí...— susurro señalándole el puntito en cuestión que era Marcus que está ahora en recepción—... planea algo muy grave contra Dann, Maddy y los Jenkins. No voy a dejar que se salga de rositas.

No espero a oír su respuesta.

Le pido perdón por haber tenido la paciencia de escucharme antes de lanzarme sobre él para empujarle en contra del armario. Sé que le pillo por sorpresa y aprovecho mi ventaja sobre él, rompiendo el espejo del armario para sacar el cuchillo del cristal para colocárselo en su garganta.

—¿Elizabeth?

—Sé que no vas a dejar que vaya tranquilamente al piso inferior a matar a Marcus, por eso voy a atarte. No deseo que esa zorra de Amy Kimberly te acuse a ti también de ser mi cómplice.

—No tienes que...—

—Lo tengo que hacer por Maddy, Mike. Se lo debo. Muerto Marcus ella estará a salvo.

Rebusco con una mano las esposas de la mochila y con la otra sigo amenazando su cuello con el cristal.

—No te muevas, Mike. De verdad que no quiero hacerte daño. Eres un buen tío.

—Ya. ¡Dann me matará cuando después de que sepa todo lo que de verdad te ha pasado, no haya sido capaz de protegerte de ti misma!

¿Protegerme de mi misma?

Le pongo la esposa en la muñeca y le encadeno a la pata de la cama. Me alejo de él con cuidado ahora y sacando el resto de las cuerdas que aún están en buen estado, le ato las piernas, y las rodillas para que no sea capaz de moverse.

—Llamaré a Dann y le diré donde puede recogerte— le comento para tranquilizarle.

Mike sonrío como nene pillado en travesura y mi corazón late a mil sin poderlo evitar.

—Viene hacia aquí, ¿no?— pregunto tragando fuerte.

Él asiente, encogiéndose de hombros ante mi mirada de dolida traición.

—Le llamaste mientras dormía en la bañera, ¿no?

—Te dije que ante todo es mi amigo y tu eres su chica. No podía no avisarle de que te tenía bajo custodia, ¿no?

¿Yo su chica?

¡Buena broma esa!

—¿Le contarás que besaste a su chica?— le pregunto a continuación

burlona.

—Fue un beso de consuelo— susurra él en voz grave—. Supuse que me contaste todo pensando que yo era Danny, y actúe como si él estuviera aquí. Yo nunca le robaría la mujer que ama, querida.

Ni aunque me gustases de verdad, le oigo decir en voz muy baja. Casi inexistente.

Me levanto pesarosa, me coloco la maleta en la espalda, cojo el GPS, las zapatillas de deporte, y voy hacia la puerta dispuesta a ir a visitar a la mujer que tiene el puntito negro. Aún sigue encerrada en la habitación del hotel.

Necesito saber porqué mi mente la relacionó con mi hermana Laia.

—¡Aún estás a tiempo de pensar las cosas!— me dice West serio—. Si no atentas contra Marcus, puedes librarte de la cárcel. No seas terca, Elizabeth. Deja que te ayudemos. Aún puedes ser libre.

Ser libre.

El cuerpo sangrante de su propia muerte vuelve a mi memoria al recordar la pesadilla que tuve antes en el jacuzzi y sé que ya de por sí estoy perdida. No tengo salvación.

—Por mucho que Dann descubra la verdad, nunca me perdonará que haya matado a su primo— le digo triste—. Nunca aceptará que le mintiese y que atentase contra ti y contra su cuñada. Nunca volverá a confiar en mí.

—Elizabeth...

—Pero fuera de eso, Mike, yo estoy ya perdida. Estoy podrida— susurro y de verdad creo lo que digo—. Hoy mismo soñé que te mataba a ti, ¡a sangre fría! ¿Crees que voy a poder llevar una vida normal? No.

No.

No, repito al ver que mi mente quiere refutar mi argumento.

—Adiós, Mike. Gracias por tu beso y por escucharme. Eres un gran amigo.

Giro hacia la puerta y las últimas palabras del poli de Nottville se clavan en mi cabeza, haciendo que las lágrimas que han estado ausentes en toda la noche, vengan a mí cómo si fueran llamaradas de fuego ardiente.

—Dann se sentirá destrozado al ver que eliges el mal en vez de decantarte por el amor y por el bien, Elizabeth. Nunca se perdonará no haber llegado a tiempo para salvarte.

—¿Salvarme?

—Aún tenías salvación y estás eligiendo seguir “podrida” como tú dices. Dann no lo soportará. Le matarás a él también, Elizabeth, espero que puedas vivir con eso.

Cierro de golpe la puerta y apoyándome sobre la fría madera de roca, rompo a llorar como nenita pequeña que ha sido regañada por sus padres.

Dann.

Mi Dann.

Seco mis lágrimas con brusquedad y oyendo el ruido de West intentando desatarse en el interior de la habitación, decido ponerme en marcha para actuar

con rapidez. Si era verdad lo que Mike dijo, Dann llegaría dentro de nada al motel.

Y aún tengo que ver a Ellen Harold y a Marcus antes de que eso pase.

\*\*\*

Instantes después estoy parada en la planta donde el puntito negro está brillante. Habitación 234. Planta cuarta. Miro a ambos lados del pasillo y no hay nadie. Fuera sigue siendo de noche — ¡qué madrugada más intensa por dios—. A pocos pasos de allí se encuentra un cuarto decorado completamente de blanco que pone en letras grandes “servicio de limpieza. Prohibido el paso. Sólo personal autorizado”.

Decido probar allí primero antes de llamar a la puerta de Ellen Harold. Ya he comprobado que la puerta está cerrada con llave magnética.

Entro en el cuarto de limpieza que por suerte está abierto y sonrío casi con maldad al ver que en ese lugar el personal empleado del hotel se cambiaba de ropa. Parece que hace las veces de tendedero del vestuario una vez limpio, de almacén de cacharros y de productos de limpieza.

—Hora de disfrazarse otra vez— musito cogiendo una bata azul marino y blanca de señorita de limpieza.

Me recojo las extensiones del pelo en una coleta y sacando algo de maquillaje me lo coloco en la mejilla donde tengo el recuerdo de la herida de navaja de los chicos de Billings.

—Perfecta.

Giro sobre sí misma, y llevando conmigo la mochila —no pienso dejarla atrás en ningún momento—, vuelvo a la habitación de Ellen y de Marcus. Directamente llamo con fuerza al grito de *servicio de habitaciones*.

No tengo que golpear mucho la puerta porque enseguida un cuerpo femenino y aparentemente somnoliento, aparece en el resquicio. Puedo ver que tiene corrido el rímel y el pelo alborotado. No me recuerda para nada a la señorita Harold que vi salir del Motel de Carson City y eso que no han pasado más que un par de semanas de ese día.

—¿Qué quiere?

—Servicio de habitaciones, nos han avisado de que está cayendo agua al piso inferior desde su cuarto de baño. Tenemos que hacer comprobaciones.

No espero a que me diga nada, y haciéndola a un lado —eso sí, con una sonrisa muy amable—, entro en la habitación.

—¡Esperel!

Veo de reojo cómo se anuda bien la bata que tiene puesta y cómo cierra la puerta con un golpe para seguirme.

—¿Agua? Si aquí no hay ninguna fuga.

—Por eso me han enviado, para comprobarlo— miento mirando atentamente todo el cuarto.

No hay ropa, ni ordenadores a la vista. Parece una habitación de hotel normal y sencilla. Camino hacia uno de los cajones de la mesita de luz y con descaro comienzo a abrirlas. No sé que estoy buscando, pero intuyo que si Marcus ha querido hospedarse a este hotel precisamente es por algo.

Nunca deja las cosas al azar, y eso que supuestamente se hace pasar por un mago. Irónico pero real.

—¿Está buscando fugas en un cajón?— me pregunta ella en tono borde.

Alzo una ceja sorprendida ante su comentario.

—¿Me puede dar su nombre por favor?

Dejo la mochila en el suelo y al no ser capaz de conseguir nada “observando el lugar”, me decido por ir directa al grano. Marcus no está allí y necesito encontrarle antes de que él regrese a la habitación.

—Sí, claro— murmuro sacando la pistola de la mochila—. Soy Elizabeth Stone, un placer.

La mujer que tengo enfrente se lleva las manos a la cara y suelta un grito de horror. No sé si verse apuntada por un arma de fuego o por verme a mí.

—Tú...

Me río de mi sueño al quedarme mirándola fijamente. La luz de la luna ilumina su cabello y los rasgos de su cara y es evidente que no tiene nada en común con mi hermana Laia. Mi sueño —o mejor dicho pesadilla—, fue un timo absoluto. ¿O no?

Segundos después mis pestañas parpadean y creo ver en ella a mi hermana mayor. ¿Qué demonios han hecho con mi mente?

—¿Qué quieres?

—Tengo entendido que tú me delataste— susurro recordando las noticias que se han filtrado en la prensa con respecto al asesinato del primo de Dann.

—¡Yo sólo dije lo que vi!

Noto que sus manos comienzan a temblar y sé que no es de nervios, sino de necesidad. No puedo evitar un sentimiento de pesar al saber que está sintiendo necesidad de drogas ahora. Tiene lo que se llama comúnmente “tener el mono”.

—¿Hace cuánto que no consumes?— pregunto tranquilamente.

No responde.

Quito el seguro del revólver y apunto hacia su corazón. Quiero que vea que voy en serio. Si no logro que me conteste a una pregunta tan sencilla como la que le acabo de hacer, no me dirá nada de lo demás.

—Desde que salimos de Carson City. Marcus ha ido a comprarme droga— admite con voz entrecortada.

Su acento se cuele en mi mente y sé dónde lo oí antes. No sólo en la llamada que le hice a Marcus cuando me dejó su móvil entre mis cosas en la cabañita de Dann, sino de antes. Es una de las camareras del bar en Madrid, donde trabajaba mi hermana Laia.

¡Por eso soñé con ella y con Laia!

—¿Dónde está mi hermana?— le pregunto acercándome a ella—. Acabo de

recordar que tú trabajaste en el Hotel de Madrid antes de venirte aquí. Laia era la directora de ese hotel. Tengo entendido que ha desaparecido. ¿Dónde está?

—Yo... yo...

—¿Dónde está?— grito ahora elevando la voz.

—No lo sé. Mis órdenes eran entregarte las entradas para el hotel y seguirte en Madrid. Nada más. Yo no sé nada de tu hermana.

Las entradas. ¡La mujer del puesto de helados!

Me llamo idiota por no haberlo pensado antes. Todo empezó con esas malditas entradas.

—¿Por qué me eligieron a mí?— pregunto inquieta.

De nuevo se queda callada y la paciencia empieza a acabarse para mí. Maldita sea.

—¿¡Por qué a mí?!

Empiezo a respirar ahora yo agitadamente y sé que estoy jugando con fuego. Parece que mi dedo quiere apretar el gatillo del arma sí o sí. Intento tranquilizarme, recordándome que yo no soy una criminal, pero no puedo olvidar las últimas palabras de West hacia mí.

—No me haga daño— solloza ella en un hipido—. Yo sólo soy un peón más en este juego, como tú.

—¿Peón?

—Sí, un peón que hacen conmigo lo que desean. No he querido hacerte daño, y menos a ti. Lo prometo.

Comienza a llorar y mi corazón parece encogerse un poco al oír esas lágrimas. Me son demasiado conocidas.

Voy en busca de algún interruptor de la luz y prendo el botón. La sala se ilumina y me quedo contemplando a Ellen Harold con sorpresa. A la luz de la luna parecía otra persona. Una desconocida para mí.

Ahora vista bajo el foco de una bombilla parece... no puede ser.

Bajo la pistola despacio, pestañeando repetidamente. Creo que el sueño me está afectando y mucho.

¿Laia?

Ella comienza a retorcerse las manos con fuerza ante mi pregunta. Me quedo mirándola anonadada, contemplando su cabello castaño. Sus ojos verdes, la forma de su rostro. Su acento. Es... imposible.

No se parece en nada a mi Laia, mi hermana.

—¿Eres tú?

Lentamente ella asiente como con miedo y yo dejo caer el arma al suelo. Gracias al cielo que no se dispara sola con la caída. Camino hacia mi hermana — ¡mi hermana!— y siento el fuerte impulso de abrazarme a su cuerpo como si fuera mi tabla salvavidas.

Tonta de mí.

Enseguida ella al ver que ya no estoy armada, aprovecha la situación y antes de que yo pueda hacer nada, salta sobre mí sacando un cuchillo que tenía

guardado por debajo de la bata.

Me lo clava en el hombro derecho, haciéndome aullar de dolor.

—Yo soy Laia, pero ya no soy tu hermana— susurra golpeándome en el estómago hasta tirarme al suelo.

Toma ella entre sus brazos mi pistola y me apunta a la cabeza con ella.

—¿Laia?— pregunto en un susurro agarrándome con fuerza el hombro. Me arde y mucho. Mis ojos se anegan en lágrimas de contener el grito de dolor que quiero dar.

—Tu hermana, la que creció contigo ya no existe. La directora de ese hotel en Madrid se ha ido para siempre. Ahora estoy yo, Ellen Harold. Es mi nueva identidad.

Su mano tiembla al apuntarme con la pistola y sé por qué lo hace. No tardo mucho en entender qué es lo que pasa.

Está drogada.

Han hecho con ella lo mismo que conmigo. A base de drogas la han convertido en otra persona. En una asesina sin corazón. Igual que pasó con mi persona. Y a decir verdad al menos en mi caso sí que lo lograron. Me convirtieron en alguien malvado. Hay que añadir.

—Yo les recomendé que te buscarán. Nadie sospecharía de una profesora de escuela— dice feliz—. Marcus estaba feliz conmigo.

—¿Por qué caer en las drogas?— pregunto inquieta.

No responde. Vuelve a patearme en el estómago, haciéndome cortar casi la respiración. Me duele mucho el navajazo en el hombro. Ni moverme puedo sin que me ahogue de dolor.

—Porque me ha hecho libre— dice sonriente—. Ya no recuerdo lo que era ser directora general de un establecimiento. Junto a Marcus y a su cliente chino, seré millonaria. Me va a casar con él y ganaré una fortuna.

¿Millonaria?

¿Chino?

¡Jian Lin! El hombre que tanto Marcus mencionaba en las reuniones que teníamos los dos, cuando me incitaba a odiar a los Garrett.

—¿Te vas a casar con un chino?

—Voy a asegurar mi futuro.

La miro con tristeza y sé que ya no queda nada en ella de Laia. De mi hermana. Me dejo llevar por la angustia y por el dolor y comienzo a llorar como una niña pequeña al ver que definitivamente ya sí que lo he perdido todo.

Ni familia.

Ni Dann.

Ni libertad.

Nada. No tengo nada.

—Siento que mi buena fortuna te haga mal, querida— susurra Ellen.

Porque sí, para mí ella es Ellen Harold, y no Laia Stone. Marcus me la ha arrebatado también.

—Supongo que tu fin ya ha llegado. Marcus me dijo que tenías pensado matarle y yo no voy a permitirlo

Apunta la pistola contra mi sien y yo cierro los ojos, derrotada ya.

Sé que al menos tengo el consuelo de saber que le he contado toda la verdad a Mike West. Él va a poder encarcelar a Marcus. Quizá incluso quiera vengarme. Tal vez si le dice todo lo que ha pasado a Dann, éste también pueda llegar a perdonarme alguna vez.

—Por favor— susurro que así sea.

—¿Suplicas por tu vida?

No la contesto. Mantengo los ojos cerrados.

—Adiós, Elizabeth Stone. Gracias por tus servicios a la causa.

Y apretando el gatillo dispara causándome un gran dolor y sumergiéndome en la oscuridad. Mi último pensamiento va hacia Dann.

Mi Danniell Garrett.

# Capítulo 11

**Nottville, Virginia Occidental**  
**Hospital General de Nottville.**  
**3 de Febrero 2017**  
**Madeleine Garrett.**

Mi padre me ayuda a entrar en la habitación donde mi madre duerme, empujando mi silla de ruedas. Quiero dejar de usarla de una vez, pero Erick me ha prohibido usar las muletas de momento. No quiere que haga demasiado esfuerzo para que no afecte a mi bebé.

Y yo no voy a llevarle la contraria, claro.

—¿Te traigo un té o algo, mi vida?— me pregunta él con una sonrisa.

Niego feliz mientras señalo el libro sobre maternidad que tengo en mis manos.

—Vale. Regreso enseguida. Tengo que ir a la estación de policía. Parece que hay novedades con respecto a Alain Scott.

—¿El verdadero o el falso?

—El falso. Le han seguido la pista hasta el Estado de Oregón.

—¿Tan cerca de Nevada?

—Sí, parece que trama algún chanchullo. Quiero informarme bien para quedarme tranquilo aquí.

Recuerdo la historia que Jim me contó sobre el hombre que fue a la veterinaria con malas intenciones y me estremezco de pura inquietud.

—¿Sigue en la cárcel, no?

Mi papá sabe enseguida de quién hablo. Asiente con energía.

—No va a salir de ahí. Por lo visto la niña esa de la ciudad de Helena, en Montana, confesó recordar haberle visto antes llevándosela de la casa junto a Jason Laker.

—Pobre niña.

—Sí— admite dándome un beso en la mejilla—. Hay mucha gente inhumana por el mundo, mi sol.

Me pone su móvil en la mano para que lo tome con fuerza.

—Recuerda que Jim te va a llamar hoy. Quédate atenta a la línea telefónica,

¿sí? Quiero quedarme tranquilo sabiendo que estás junto a tu madre.

—Sí, papá.

Aprieto con fuerza entre mis manos el teléfono y frunzo el ceño al ver que hay una lucecita encendida en él. Como de un mensaje sin leer. O quizá una llamada perdida. Miro por el rabillo del ojo que mi madre sigue durmiendo tranquila en la cama de hospital y desbloqueo el terminal.

Alzo una ceja sorprendida al ver un mensaje de Jim hacia mi padre. De esa noche anterior. ¿Jim le manda mensajes a él y no contacta conmigo?

Sin remordimiento alguno de conciencia, leo el mensaje y me quedo boquiabierta al ver su contenido.

*Sean, avisa a Sam y a los miembros de seguridad que hay en el Hospital. Por favor, que no se despeguen de Maddy o de Brianna. Elizabeth ha vuelto a actuar. La muy maldita ha secuestrado y herido a Mike West, otra vez. Estamos siguiéndole la pista hacia Oregón. Dile a Maddy que la quiero.*

Sus últimas palabras me estremecen pero aún así no evito cabrearme con mi marido por haberle avisado a mi padre de las novedades, en vez de a mí. Estar embarazada no me convierte en una mujer débil.

Voy a la agenda telefónica y sin pensar en la hora que es, marco el número de Jim.

—Buenos días, Sean— responde él. Parece agitado.

Me llevo la mano al estómago al notar un vuelco de emoción en él. Si no fuera porque el bebé aún es pequeño y todavía está formándose en mi interior, diría que le está dando la bienvenida al oír su voz.

—Buenos días, esposo, ¿qué tal todo por Oregón?— pregunto enfadada—. ¿Ya habéis encontrado a Mike?

Mi marido maldice con preocupación al ver que ya sé la verdad.

—¿Por qué me ocultas cosas, cariño?

—Maddy, mi amor, yo no quería darte dolores de cabeza— dice como cabizbajo—. Pasó ayer. Y estamos siguiéndole la pista muy cerca.

—¿Mike está bien?

Me doy la vuelta para mirar hacia la puerta al ver que mi madre se remueve incómoda a mi lado. Entiendo que alzar la voz cerca suya no es algo recomendable para hacer.

—Gracias al cielo sí, nos llamó hace unas horas. Estamos dirigiéndonos hacia Hampton, a un hotel donde supuestamente está Elizabeth.

Enseguida me cuenta que al parecer Mike ha conseguido desarmarla y llamarles para avisarles de su localización. Respiro tranquila sabiendo que con Elizabeth detenida todo ese infierno acabaría pronto.

Por fin.

—¿Cómo está Danny?

—Bien— dice demasiado rápido. Entiendo que miente—. Bueno, tirando. Conduce ahora él.

—¡Estoy perfectamente bien cuñada!— oigo a lo lejos que grita en un

gruñido.

Niego sonriendo sin poderlo evitar.

Por mucho daño que nos haya causado Elizabeth Stone, Dann sigue actuando bromista conmigo. Menos mal que esa mujer no le ha destrozado hasta el punto de hacerle cambiar su carácter.

—Tened cuidado cuando lleguéis al hotel. Por favor.

Jim me asegura que no va a pasar nada, y me lanza un beso a través del teléfono.

Cierro los ojos para imaginar que recibo el beso en los labios. Tengo ya ganas de que regresen a Nottville, a nuestro hogar lo antes posible.

Quiero a mi familia de vuelta, sana y salva.

A todos ellos.

—Te quiero, James Garrett. Tu futuro hijo y yo te estaremos esperando aquí.

Él me dice que también me ama y muy a su pesar cuelga el teléfono.

Me muevo entre las aplicaciones del móvil y pongo el mensaje como no leído para que mi padre no sepa que le acabo de cotillear sus mensajes personales.

Sé que es un adicto a la seguridad, de ahí su empresa.

—¿Maddy?

Me giro rápidamente al ver a mi madre recién despierta. Me mira con los ojos nublados, recién salida de las garras del sueño. Puedo notar dolor en la expresión de su rostro y entiendo que los analgésicos aún no le han hecho efecto.

—Buenos días, mamá.

Recuerdo que Erick me dijo hace unos días que si todo iba bien, como mucho en dos semanas por fin le podrían dar el alta.

—Es hora de empezar un nuevo día.

Hago rodar a las ruedas de la silla para colocarme a su lado y tomando su mano entre las mías, le doy un beso caluroso en la mejilla.

—¿Preparada para que escuches un nuevo capítulo del libro sobre maternidad que compré?

Ella me ríe con ternura y sé que no me va a decir que no. Nunca lo hace. ¡Mi madre es un tesoro!

Vuelvo a darle un beso y dejando el teléfono de papá a un lado de la silla de ruedas, tomo el libro y comienzo a leer el capítulo cinco. Trata sobre inteligencia emocional y sobre comida recomendable en los primeros meses de embarazo.

Un tema cuanto menos interesante, ya lo creo.

\*\*\*

**Estación de policía  
Carson City, Nevada.  
Amy Kimberly.**

Hago pedacitos la carta firmada por el comandante que tengo entre las manos. No me conformo sólo con destrozarla, sino que la tiro al suelo y la pisoteo. El comandante me está mirando con mirada ceñuda y no me importa.

—No pienso cumplir esa orden— susurro con voz fría.

Me giro con la cabeza bien alta para salir de su despacho pero su carraspeo en mi espalda me detiene.

—Amy, me temo que es oficial. Desde ahora el Departamento de Policía de los Estados Unidos te retira la licencia, tu placa y tu arma por tiempo indefinido.

Me estremezco al oír en voz alta las mismas palabras que he leído en la carta.

¡Me está despidiendo! Después de años de servicio y el hijo de puta ha firmado mi marcha. ¡Toda mi vida a la mierda!

—No lo pienso aceptar. Ser agente de la ley es toda mi vida— espeto furiosa —. ¡No he hecho nada para merecer esa deshonra.

—Querida, me temo que tu actitud ante los medios de televisión y la prensa ha dejado mucho que desear. Y yo como tu jefe superior directo ya te avisé que tenías que mantenerte al margen de desacreditar a la familia Garrett.

¡Los Garrett!

Aprieto los puños furiosa al haber caído en la trampa que esos estúpidos me hicieron semanas atrás. ¡Mi coche cayó a un lago al fango por perseguirles!

—¿El Teniente Garrett le ha amenazado? ¿Su dinero y su poder le han comprado?

El comandante golpea la mesa con ira y yo trago fuerte. No estoy arrepentida de decir lo que pienso, pero si sé que no debo atacar el honor de mi superior directo. Tengo que aguantar, un poco más.

Tal vez si soy razonable con él...

—No es una baja indefinida, Amy. Es temporal. Quieren que te mantengas apartada de los medios de comunicación, de la policía y del caso de Carson City. Por un tiempo. Son como unas vacaciones laborales obligadas.

—¡Vacaciones!

Me acerco a la mesa de escritorio e inclinándome ante él le digo furiosa.

—¡Vacaciones sin empleo ni sueldo! ¡Me estás echando a la calle, ten los cojones de admitirlo!

—Amy...

—¡Joder! ¡Yo no he hecho nada malo! Son los Garrett los que ocultan, manipulan y esconden pruebas que puedan incriminar a Elizabeth Stone. ¡Están engañando a todo el mundo y no eres capaz de verlo!

El comandante vuelve a golpear la mesa, acelerando mi corazón ahora.

—Amy, estás dejándote llevar por el odio. Has querido ascender en tu carrera de la manera equivocada. Ser policía es defender la ley. Proteger al inocente, pero sobre todo defender el buen nombre de la policía ante la prensa y tú no lo has hecho. Te has dedicado a hundir en la mierda la reputación del Teniente Danniell Garrett. Y de su familia. Y bueno si sólo hubiera sido eso,

hubiera tenido un pase... pero has puesto en ridículo el buen nombre de la policía.

Toma el mando de la televisión que hay colgada en la pared izquierda, y pone un programa de noticias cómicas de la noche anterior. Están hablando de mí y de mis comentarios con respecto al caso de la psicópata de Carson City. Versionando mis palabras con humor irónico, claro.

—¡Es un programa de entretenimiento!— me justifico.

—¡Es una burla al departamento de la policía de Nevada y por ende, al departamento de la policía de Estados Unidos!— exclama furioso—. Y eso no puedo pasarlo por alto. Sobre todo después de haberte advertido que dejarás en paz a la familia Garrett. Tu trabajo era atrapar a la señorita Stone y no lo que hiciste.

Le fulmino con la mirada cabreada.

—Tu placa y tu pistola, por favor, Amy. No lo hagas más difícil de lo que ya es.

Le miro cabreada. Deseo saltar sobre él y golpearle hasta desahogarme. No he tenido bastante con la “caída bajo el lodo” que tuve al perseguir el coche de Jim Garrett por la zona pantanosa de Carson City, que ahora tengo que soportar que me expulsen como si hubiera cometido un delito espantoso.

¡Joder!

Es injusto.

—Una asesina suelta y ustedes hacen esto— murmuro rabiosa.

Voy hacia él y deajo con un golpe seco mi placa y mi pistola reglamentaria en su escritorio. Escupo después como muestra de mi desagrado.

—Os arrepentiréis de esto.

Me giro rápidamente y salgo del despacho con furia. Sé que el resto de compañeros del departamento han estado oyendo todo y eso me provoca más rabia. Mucha más. ¡Todos han estado presentes en mi humillación!

—¿Qué coño miráis?— les increpo sacando una caja de cartón de debajo de mi escritorio para meter a presión mis objetos personales—. ¡No soy un mono de feria!

Recuerdo la sonrisa prepotente de West y de los Garrett cuando tuve que pedirles ayuda para salir del lodo y la rabia se instala en mi pecho. Me oprime la respiración. Todo esto es su culpa. Con su maldito dinero y su maldito apellido seguro que han reclamado ante mis superiores para sacarme de la partida.

*Ingenuos estúpidos, pienso, si creen que voy a dejar de buscar a Elizabeth Stone están equivocados. Con placa o sin placa, no voy a rendirme.*

¡Jamás!

Cierro de mala forma la caja cuando he metido todo, y tomando mi bolso en las manos, salgo hacia la calle con la cabeza bien alta. No tengo porqué sentir vergüenza de nada. Son ellos los que están cometiendo el mayor error de sus vidas echándome de esa forma de mi puesto de trabajo. No yo.

Quiero que la tierra me trague cuando al salir de la estación de policía, elevó

la vista y veo a mi marido apoyado en su coche. Me lo ha tenido que prestar. Desde que el mío terminó en el taller reparándose por la broma de los estúpidos esos, he tenido que usar el suyo para ir al trabajo.

—¿Qué haces aquí?— le pregunto cabreada.

—Tu jefe me llamó— dice encogiéndose de hombros—. Sabía que no te tomarías bien las noticias de tus vacaciones y quiso que viniera para contenerte, supongo.

—¿Contenerme?

Comienzo a reír con frialdad.

—Nadie me va a contener— confirmo abriendo la puerta del coche y echando en el asiento de atrás la caja.

Voy a la guantera y sin disimulo alguno saco mi pistola personal para uso rutinario de allí. Compruebo que está cargada y que está puesto el seguro, y enciendo la radio que tengo pinchada a la policía para poner su canal y estar atenta a las noticias actuales de lo que suceda.

—¡Amy!

Me detiene cogiéndome de los hombros para mirarme a los ojos fijamente.

—Suéltame— le ordeno apartándome bruscamente de él.

—Cariño...

—Vete con tu amante— le espeto haciéndole a un lado—. Yo no te necesito. Ya no tengo carrera por la que mantener las apariencias de este matrimonio. Haz tu vida como desees. Yo tengo otros asuntos que tratar.

—Pero...

Abro la puerta del coche y me siento en el asiento del copiloto.

—Mi coche vale el doble que esta chatarra. Cuando lo arreglen en el taller puedes quedártelo. A cambio yo me llevo este.

—¿Dónde vas?

Enciendo el motor y colocando el espejo retrovisor a su posición correcta, miro de reojo al que era mi marido hasta el día de hoy.

—Me voy de caza. Todos aquellos que me han jodido lo van a pagar caro.

—¡Pero Amy!

No quiero escucharle. Subo la ventanilla y apretando el pedal de aceleración arranco el coche sin rumbo fijo. La radio comienza a sonar con los avisos que la policía va recibiendo a día de hoy.

Tarde o temprano sé que oiré algo relacionado con Elizabeth Stone o con los hermanos Garrett, y ahí estaré atenta para salir volando hacia ellos.

¡Y ya no sería el agente de la ley que fui hasta hoy! No. Sería todo lo contrario. Ellos lo habían provocado.

¡Que se jodieran!

\*\*\*

**Hampton, Oregón.**

## Mike West.

Después de horas atado como un cerdo en el matadero, logro por fin hacer vencer el cabecero de la cama para impulsarme en el suelo y llegar hasta el resto de cristales del armario que Elizabeth rompió al noquearme antes.

Rajo las cuerdas de mi pie con la mano que tengo libre, y una vez suelto, me quito con cuidado la hebilla del pantalón para quitarme las esposas de la mano derecha. Joder, ser diestro y estar atado justo de esa manera dificulta un poco la acción. Y mucho, pero aún así lo logro.

Me levanto del suelo con cuidado de no cortarme con los cristales restantes del suelo y voy hacia la mesita de noche que hay junto al ventanal. Saco la grabadora que le pedí al médico que me consiguiera la noche anterior antes de irse de la habitación y sentándome en la cama presiono el botón de play.

Enseguida la dulce voz de Elizabeth Stone se oye a través del aparato y no puedo evitar soltar un suspiro de alivio al ver que se ha grabado bien. ¡Tengo grabada toda su confesión!

Abro la ventana para mirar hacia abajo en búsqueda de la planta cuarta y frunzo el ceño al ver que hay varios coches de policía apostados en la entrada, con las luces puestas. Corro hacia el teléfono con un mal presentimiento.

Por todos los santos, que no le haya dado tiempo a Elizabeth cumplir su plan, rezo marcando la extensión de recepción.

—¿Buenos días?— responde una voz femenina.

—Hola, buenos días. Soy Mike West, agente de policía de Nottville. He visto que hay varias patrullas apostada en la entrada del hotel, ¿ha pasado algo?

—Están investigando sangre que se ha encontrado en una de las habitaciones, señor. De madrugada se oyó un disparo en una de las estancias y al ir a investigar vimos restos de sangre en el suelo. Está acordonada la zona.

¡Joder!

Quiero preguntarle si han visto salir a una mujer con una cicatriz en el rostro, pero la persona en recepción se adelanta y me habla primero.

—Unos hombres han venido preguntando por usted. Llegarán enseguida desde el ascensor.

Hombres.

Cierro los ojos suspirando. Dann y Jim.

—Gracias— voy a colgarles cuando me fijo en la grabación de audio que le hice a Elizabeth—. Señorita, una pregunta. ¿En su hotel tienen cámaras de vigilancia en las habitaciones o fuera?

—Sí, señor. Ahora mismo estamos buscando las grabaciones para enseñárselas a la policía. Tenemos contratada para tranquilidad de nuestros huéspedes la tecnología de Empresas Lin y estamos bien surtidos en cámaras de vigilancia.

—¿Dentro de la habitación también?

—Sí, señor.

Alzo una ceja pensando que eso es una grave infracción ante la intimidad de las personas, pero al escuchar que están llamando a la puerta me contengo de decir algo.

—Gracias. Enseguida bajamos. Nosotros también queremos ver esas grabaciones.

Cuelgo enseguida y acudiendo al cuarto de baño saco uno de los calmantes y del antibiótico para tomármelo de golpe. Poco a poco ya estoy sintiendo mi cuerpo rígido y ya he visto las consecuencias que tiene no tomar la medicación.

Inspiro hondo a continuación y voy a la puerta para abrirla.

El primero en entrar es Dann, que mira hacia todos lados en la habitación en búsqueda de alguien. Me sonrojo sin poderlo evitar al recordar el beso que le robé a Elizabeth Stone. Joder. Ahora no puedo rememorar eso.

—No está aquí, Danny.

Mi voz suena con mucho desaliento, ya que Jim viene hacia mí para ver si estoy bien. Frunzo el ceño al ver que estoy sin camisa. Se me ve perfectamente la herida vendada del estómago.

—¿Te hizo daño?— pregunta él con ira.

Dann viene también directo a mi lado al oír esa pregunta. Está furioso. Y mucho.

—¿Se atrevió a hacerte daño?

—No.

Le respondo y no es mentira del todo. A pesar de recordar perfectamente el momento en el que caí por las escaleras en la casa en la que me secuestró, y cómo fui apuntado en el cuello con un cristal. Sé que esas situaciones se pueden malinterpretar. Y ahora hay asuntos más urgentes e importantes que tratar.

—Chicos, tengo novedades.

Saco la grabadora del bolsillo y sin pensar en nada le doy al botón de reproducir para que ambos escuchen todo. Al principio Jim al reconocer la voz de la persona que habla a través del aparato quiere increpar y exigir que corte las mentiras de Elizabeth Stone, pero Dann con un simple gesto de la cabeza, le detiene.

Se acerca a mí y toma entre sus manos la grabadora.

Mi corazón se encoje al ver la fuerza con la que aprieta dicha máquina. Sé que está absorbiendo cada palabra que sale de los labios de Elizabeth Stone. Niego hacia mi conciencia al sentirme algo mal al notar la sonrisa que sale de sus labios tras escuchar la parte en la que ella confesaba que le amaba.

En cambio Jim chista y comienza a caminar ofendido por la habitación de un lado al otro al oír la parte en la que dice que ella también ama a Maddy.

—¡Y un cojón!

Danny le pide silencio y se lleva al oído la grabadora.

Me acerco yo a la ventana para mirar hacia el piso inferior y gruño al ver que los patrulleros siguen allí. Guiño un poco los ojos para ver si soy capaz de

reconocer la ropa que tenía puesta Elizabeth cuando salió de esta misma habitación, pero no puedo verla.

Imagino que ya estará bien lejos.

Solo espero que no haya sido ella quién disparase ese arma.

—¿Esto es real?— me pregunta Dann al acabarse el sonido de la grabadora.

Afirmo casi con tristeza.

—¡Son mentiras!— afirma Jim de nuevo—. Es una mentira que ella ha dicho para salvar el culo. ¡Es muy inteligente!

—Ella no supo que estaba siendo grabada, Jim— le digo, dejándole callado en el acto—. Conseguí liberarme después de que el médico tuviera que venir a revisarme.

—¿El médico?

—La maldita infección no me deja en paz.

Señalo hacia la venda que tengo recién puesta y me giro hacia ellos para mirarles a los ojos.

—Sé que me secuestró y sé que ha hecho muchas cosas que estaban mal, pero si lo hizo fue porque la obligaron.

—No— sentencia Jim—. Una cosa es que la drogasen y la indujeran a hacer todo lo que hizo, pero nadie la obligó. Nadie. Ella está actuando por sí misma. Al menos ahora.

—Jim, sí, pero...

—Y ahora mismo seguramente ella ya ha matado al tal Marcus ese, ¿no?— añade sarcástico.

Le miro sorprendido.

—Sí, hemos hablado con la chica de recepción antes de subir. No han encontrado ningún cuerpo, pero esa habitación en la que ha aparecido la sangre, estaba reservada a nombre de Ellen y Marcus Harold. ¿Casualidad?

Niego yo cabizbajo.

Joder, Elizabeth, ¿qué has hecho?

—Entonces esa grabación es una pura patraña. Esa mujer fue, es y seguirá siendo una asesina. Inducida a actuar por las drogas o no.

Quiero decir algo para salir en defensa de Elizabeth, pero la mirada de Dann me detiene. Sus ojos azules están clavados en mí con algo parecido al... ¿dolor?

—Escuché también el tono de voz con el que te has dirigido a ella en todo momento— dice en voz muy bajita.

Oh, oh.

—Danny...

—¿Has intentado coquetear con ella?— pregunta, dejándome sorprendido.

Me siento como un niño pillado en una fechoría. Parece ser que Dann sabe el juego que me traigo con sus chicas. Deseo decirle que si lo hago es para ver si de verdad se interesan por él o no, pero mi boca no quiere hablar ahora.

El beso que le di a la chica en cuestión minutos antes me hace sentir un mal amigo.

Jim posa su mirada de uno al otro sin entender nada.

—¿Mike?

—Dann, quise ver si sentía algo por ti— le digo optando por endulzar algo la verdad—. Sé lo que sientes por ella, y aproveché la ocasión de estar a solas para sacar la verdad.

Mi amigo se cruza de brazos con el ceño bien arrugado.

—¿Y qué descubriste?

—Me rechazó— le digo con toda la entereza que puedo—. Como cuándo me encontré con ella con Maddy en Nottville. Me dijo que te amaba a ti.

Jim suelta un taco feo y yo no separo mi mirada de Dann. Mi corazón palpita con fuerza intentando no demostrar que estoy mintiendo. Y en realidad no estoy diciendo nada falso. Elizabeth me dijo claramente que yo no le gustaba. Si me devolvió el beso fue porque yo le recordé a Dann, nada más.

Lo vi en su rostro al separarme de ella.

—Te quiere, tío.

Muestro una sonrisa de consuelo hacia él y por fin sus ojos pierden la desconfianza que estaba granjeándose hacia mi. Menos mal.

—Entonces sí cumplió la promesa que me hizo— dice Dann boquiabierto.

Asiento cruzando los deditos de mis pies. Sé que es infantil, pero no quiero crear distancia entre lo que siente Dann por Elizabeth.

—¡Danny por favor!— se queja Jim—. Esa grabación es una farsa, no puedes permitir que...

—Jim, no.

Se guarda la grabadora en su bolsillo y buscando mi camisa por el suelo me la lanza para que me la ponga. No pregunta por las esposas, ni por los restos de cristales, ni por la cuerda rota. Sé que confía en mí.

—Vístete, tío. Tenemos que iniciar su búsqueda, pues.

Me pongo enseguida la camisa y voy a recoger la medicación restante.

—¿El médico te dijo que todo estaba bien?

—Sí. Todo bien.

Mi vista ve de reojo los pantalones de Elizabeth en el suelo y me agacho para recogerlo. Miro en sus bolsillos y al no encontrar nada interesante los dejo encima del lavabo. Me giro para salir de allí e inevitablemente mi mirada se va a la bañera de hidromasaje.

Mis mejillas se tiñen de color rojo al recordar el cuerpo desnudo que vi posado en él horas antes. Sé que soy un hombre decente y todo eso, pero para esposarla tuve que sacar sus manos de la bañera y sin quererlo uno de sus pechos se puso a mi vista.

Tal vez por eso, tras oír toda la verdad salir de sus labios, sentí el impulso de besarla. Como consuelo, tal vez. Incluso puede que por atracción. ¡Es una mujer hermosa a fin de cuentas!

Jim y Dann me preguntan si todo va bien desde la salita y lanzo un suspiro de tristeza hacia el cielo. No me gusta la sensación que tengo de estar engañando

a mi mejor amigo.

¿He hecho bien en ocultarle el beso que le di?

No lo sé.

Sin querer pensar más en cosas imposibles, vuelvo hacia donde están ellos. Ya no hay ni rastro de pesar ni de pena en mi rostro. Estoy sonriente y tranquilo. Al menos exteriormente.

Les cuento enseguida la descripción de Elizabeth Stone —de su ropa, peinado, objetos que lleva, etc—, y añado la conversación que tuve con la recepcionista pocos minutos antes de que llegarán ellos.

—¿Empresas Lin?— pregunta Jim, recuperando su tono neutral de nuevo.

Es evidente lo mucho que desprecia a Elizabeth. Supongo que tiene sus razones. A fin de cuentas, consciente o inconscientemente ella trató de matar a su mujer. Mujer embarazada, hay que añadir.

—Sí.

—¡Jian Lin!

Danny y yo cruzamos una mirada interrogante. Parece ser que no soy el único al que ese nombre no le suena lo más mínimo.

Es un alivio.

—¿Por qué el falso Alain Scott ha venido a hospedarse a este hotel?— pregunta con la voz muy ronca—. Si suponemos que lo que hay en esa grabación es cierta— añade con sarcasmo—, quiere decir que Elizabeth está buscando al tipo ese para vengarse de él. La elección de este lugar no ha sido al azar.

—¿Qué quieres decir, hermano?

Jim nos mira con la respiración agitada.

—Sean me contó que hay un empresario extranjero que lleva años tratando de comprar su empresa.

Suelto un exabrupto, entendiéndola enseguida lo que quiere decir sólo con esa frase. ¡Elizabeth está convencida de que el causante de todo este lío ha sido Sean!

—Elizabeth me dijo que esto nunca acabaría hasta que Marcus esté bajo tierra— les digo calmado—. Piensa que seguirá atentando contra Maddy y contra Brianna por los negocios de Sean.

—Por eso ha salido tras él.

Jim carraspea para recuperar la palabra.

—Lo que yo no sabía hasta ahora es que este hotel esté usando la tecnología de la empresa de Jian Lin. Por eso Marcus o el falso Alain Scott, como se le quiera llamar, ha venido aquí. Tiene que tener tratos con el chino. Y Lin lo que quiere es...

—La empresa de Sean.

Recuerdo la seguridad con la que Elizabeth se marchó alegando su necesidad de matar a Marcus y la duda ya se clava en mi cabeza. ¿Jian Lin será el motor de toda esta racha de crímenes, drogas y asesinatos?

¿Por una empresa de seguridad?

Maldición.

—Vamos a ver la grabación— murmuro recordando lo que me dijo la señorita de recepción—. Si este hotel está usando la tecnología de ese señor de piel amarilla, y el tiroteo que ha habido una planta más abajo, no sabemos durante cuanto tiempo dispondremos de esa grabación para verla.

Jim y Dann entienden rápidamente lo que quiero insinuar y salimos hacia la salida de la habitación del hotel. No miro atrás. El aire fresco del pasillo inunda mis fosas nasales. El ambiente se hace pesado y espero que sea por la acumulación de personas que hay en el lugar y no por mi calor corporal.

No deseo volver a tener fiebre.

La imagen del cuerpo semi desnudo de Elizabeth viene a mi memoria y carraspeo incómodo. Jim me mira fijamente y aparto enseguida la mirada. El hermano de Dann, desde que supo que su mujer casi muere por un accidente de coche provocado, se ha convertido en una persona muy perspicaz.

Y desconfiada.

—¿De verdad no te hizo nada?— pregunta cuando entramos en el ascensor.

Trago mal la saliva y comienzo a toser repetidamente sin poderlo evitar.

—¡Jimmy!— se queja Dann, dándome golpecitos en la espalda con cordialidad.

Niego, intentando aparentar seguridad. Quiero quitarme de la cabeza esa imagen. ¡Elizabeth Stone es la mujer que Danny ama!

No es Amanda.

Se me encoje un poco el corazón al comprender que estoy a punto de volver a caer en el mismo error que en el pasado. Mandy me lió y terminé acostándome con ella como estúpido. Caí en sus redes de mujer fatal.

Y Danny me perdonó.

El asunto de Elizabeth sé que es muy diferente. Intuyo que Danniell Garrett no iba a ser precisamente comprensivo.

—Se lo prometió a Dann— contesto haciendo un guiño a mi amigo—. Esté cometiendo delitos o no, no ha fallado a su palabra. ¡Será que te quiere, colega!

Dann se pone rojo al oírme y yo escondo mi sensación de desasosiego mostrando una sonrisa amplia. Sé que Danny es mi mejor amigo y por él soy capaz de cualquier cosa.

Mi amistad con él está antes que todo. Y una mujer no va a cambiar eso. Sea inocente, culpable, ¡o deseable, joder!

Jim cabecea, en plan negativo, y yo agradezco el “clin” que suena en el ascensor cuando llega a la planta baja.

—¡Luz del sol!

Camino alegre hacia la recepción. Los hermanos Garrett me siguen animados al ver mi energía. Ninguno esperaba verme en tan buenas condiciones al encontrarme.

—Buenos días, soy el señor West— susurro al llegar hacia la señorita de recepción.

No hay ni rastro de los policías de la zona.

—Buenos días.

—Somos el Teniente Garrett y el agente de policía Mike West— susurro enseñando mi placa—. Necesitamos revisar las grabaciones de lo sucedido en la habitación de Ellen y Marcus Harold.

Agradezco mi memoria al haber recordado esos nombres.

—Señor, nosotros no podemos...

—Una criminal muy peligrosa se ha hospedado en este hotel— dice Dann interviniendo ahora él—. Estamos persiguiéndola por varios estados del país.

—¿Peligrosa?

—Mucho.

La seriedad con la que Dann habla me quiere hacer sacar una sonrisa, y no porqué el tema sea gracioso, sino por la forma en que le dice. Observo a Jim y éste está mirando hacia el suelo con el ceño fruncido. Sin duda puede reconocer que su hermano no cree ni una de las palabras que está pronunciando con respecto a Elizabeth.

¡Bien!

La grabación de audio ha sido una buena idea.

—Se la conoce como la psicópata de Carson City—añado yo en un susurro tétrico.

La joven se lleva una mano al pecho, asustada y muy sorprendida. Se nota que sabe de quién hablamos.

—¿En este hotel?

—Sí, creemos que ella ha sido quién ha actuado aquí esta noche pasada.

—¿Ella es la mujer que le disparó a la otra mujer?— pregunta en un susurro muy bajo.

Sus palabras me dejan sin respiración. Dann no está mejor que yo. El único que parece reservar la entereza es Jim.

—¿Una mujer, dice?

—Sí.

Tecllea unas palabras en el ordenador y girándolo hacia nosotros nos muestra una grabación.

—Está cortada— murmura—. Y no puedo sacar copia. Se lo han llevado los patrulleros que vinieron anoche, pero éste es el registro que ha quedado de esa habitación de hotel.

Dann y yo nos recostamos frente al mostrador, mirando el monitor de la pantalla. Reconocemos claramente la figura de Elizabeth, al entrar en la habitación. Está vestida de muchachita de la limpieza. No puedo evitar una sonrisa asomar a mis labios al reconocer la creatividad de la mujer.

—No hay sonido porque son los restos de la grabación— murmura la recepcionista.

Niego haciéndole ver que no pasa nada. Sigo atento a los movimientos de Elizabeth. Doy un respingo evidente al verla sacar el arma para apuntar a la mujer castaña con expresión amenazante.

Jim suelta un insulto hacia ella por detrás y yo suelto un gruñido de pesar al intuir la escena que se va a desarrollar delante nuestro. No quiero verlo en realidad. Es evidente que esa grabación será otra prueba más en contra en el futuro juicio contra Elizabeth Stone.

Dann respira agitadamente. Tiene los nudillos blancos de apretarse con tanta fuerza los puños. Sus ojos ya no son azules, sino verde. Sé que está atormentado y furioso. Las últimas palabras que yo le dije a Elizabeth antes de que saliera de la habitación del hotel me persiguen ahora a mí.

—¿Pero qué...?

Jim es el que habla y yo vuelvo a posar mi mirada en la pantalla.

Abro la boca con incredulidad al ver los siguientes minutos. Casi ni pestañeo de lo atento que estoy. No sé que es lo que le dice la tal Ellen Harold a Elizabeth, que la sorprende y hace que su arma caiga al suelo.

No veo pólvora en ningún lugar, por lo que entiendo que el arma ahí no se disparó.

—Ahora la situación se invierte— dice Jim.

Le miro de reojo y me sorprende ver que está tenso él también. ¿Tenso? Me parece extraño viniendo del principal detractor de Elizabeth.

—¿Qué...?

Daniel agarra el mostrador con fuerza al ver los últimos minutos que hay de grabación. No sé si decir en esos instantes que estoy horrorizado o paralizado.

Los tres hemos contemplado cómo Ellen Harold – si de verdad esa mujer se llama así—, acaba de disparar a bocajarro sobre Elizabeth Stone.

—¿No se ha encontrado el cuerpo?— pregunta Dann tembloroso.

La recepcionista niega, mientras la grabación sigue su curso.

Tras el disparo, el cuerpo inerte de Elizabeth cae al suelo y la mujer coge rápidamente la mochila del suelo. Mete el arma ahí que acaba de usar y se gira bruscamente hacia la puerta. Un hombre entra en la sala con aspecto enfadado.

La abofetea nada más ve el cuerpo tirado en el suelo. Parece que discuten durante unos instantes. Y ya no podemos ver más, porque la imagen se corta en ese preciso instante.

Dejo salir el aire que he estado conteniendo con una sensación de vacío en el estómago que no sé explicar.

—¿Qué pasa después?— pregunta Jim acercándose a su hermano.

Miro hacia donde está y me preocupa mucho al ver su rostro ceniciento. Le ha afectado mucho contemplar como es disparada Elizabeth.

—¿Qué más hay en la grabación que se han llevado los patrulleros?— insiste Jim.

Aprecio su entereza al preguntar esas cosas tan lógicas. Dann y yo estamos sin habla. ¡Curiosa esa situación! Los policías somos nosotros y el que actúa con instinto de la ley es él.

—Ambos cogen el cuerpo de la mujer y lo sacan de la habitación arrastras. No se ve nada más.

—¿No?

Niega, rápido. Demasiado rápido, tal vez.

—¿Qué nos ocultas?

—Yo no...

Dann golpea fuertemente el mostrador y mira con fiera a la señorita de recepción. Le pongo una mano en su hombro para que se tranquilice, pero se suelta de mi agarre. Sus ojos del color gris tormentoso ahora se fijan en la mujer.

—Estoy lejos de mi jurisdicción, pero puedo detenerla si obstaculiza la investigación— musita fríamente.

La muchacha respira hondo y al ver el nuevo golpe que Danny hace sobre el mostrador, se asusta y procede a hablar. ¡Vaya con mi amigo!

—Un hombre. Un segundo hombre entra después en la estancia— tartamudea ella—. Permanece en las sombras, su rostro no sale. Estuvo en todo momento con el acompañante de la señorita que dispara el arma.

—¿Le conoce?

Niega rápidamente.

Miente, de nuevo.

—¿Le conoce?

—No, señor, se lo juro.

Veo que Dann quiere volver a usar la fuerza bruta y con la ayuda de Jim, le alejo del mostrador. Me quedo yo delante.

—Un minuto— le pido. Me giro hacia la muchacha—. Si usted ha estado aquí toda la noche, ¿cómo es posible que no haya visto salir al hombre y a la mujer cargando el cuerpo de una mujer alta?

—Yo...

—Y si hay cámaras de seguridad en todo el hotel, ¿por qué no nos muestra el resto de grabaciones?

—Yo...

—Señorita— la detengo. No quiero que siga tartamudeando.— Sé que usted es una empleada de este lugar y que su puesto puede estar en juego. Intuyo también que es posible que le haya mentado a los patrulleros. Está bien. Imagino que está siguiendo instrucciones de su superior. Pero quiero que entienda, que han matado a la mujer del Teniente Garrett aquí presente.

La mujer exclama de sorpresa. Fija su vista en Danny y los ojos se le llenan de lágrimas al comprender lo que eso quiere decir.

—Necesitamos saber qué han hecho con el cuerpo de esa mujer. Y ya no sólo por el crimen que se ha cometido aquí. Imagino que los patrulleros lo investigarán. Necesitamos saber qué ha pasado y a dónde se han ido.

—Jian Lin— responde ella en un susurro—. No puedo decirles más. No hay más grabaciones que darles o enseñarles.

Baja la vista acongojada.

Sé que Dann trata de volver a abalanzarse contra el mostrador para intentar sacarle algo más a la muchacha, pero yo me pongo en medio. Le pido a Jim que

le controle, antes de girarme por última vez hacia la mujer.

—Entiendo que este hotel tiene puerta trasera habilitada sólo para el servicio, ¿no?— ella asiente—. Bien. Vamos a salir por ahí.

Suelto un par de billetes para pagar la estancia en la habitación de la noche anterior y caminando hacia Dann, les cuento mi plan.

—Vamos a necesitar a Sam.

—¿Sam?

—Sí, Jim. Él está acostumbrado a realizar investigaciones secretas usando la tecnología de la empresa de Sean. Todo parece indicar que ese tal señor Lin está en contacto directo con Marcus y eso sólo quiere decir una cosa.

—Están terminando los cabos sueltos— dice Dann con voz ronca.

Su tono de voz está apagado y sé que saber que Elizabeth está muerta le ha destrozado. Joder, incluso a mí me está afectando, pero lo contengo. No me corresponde a mí llorarla.

—¡Maddy!— susurra Jim asustado.

Afirmo lentamente.

—Hay que pedirle a Sam que nos ayude con Jian Lin, y a Sean que avise a los hombres que ha contratado para vigilar a las mujeres. Si de verdad desean apoderarse de “Seguridad Jenkins” van a ir a saco a por ello. Ya no tienen porqué ocultarse. Hemos descubierto su juego.

—Matando a Elizabeth se acaba la conexión con los Jenkins—dice Jim—, ¿por qué van a arriesgarse?

—Porque Sean nos oculta algo— murmura Dann cabizbajo—. Él sabe algo más de este asunto de lo que nos ha contado.

Cruzo una mirada sorprendida con los dos hermanos, pero no digo nada. No ahora.

—Voy a llamar a Sam— murmuro, necesitando un momento a solas para reflexionar—. Llama tú a Sean, Jim. Dile que refuerce la vigilancia en el Hospital. Por si acaso.

Le veo asentir y tras ver que Dann se aleja hacia la entrada del hotel con paso lento sin despedirse de nadie, entiendo que yo no soy el único que necesita estar solo.

A fin de cuentas, ¿qué he perdido yo ese día?

Sólo a una mujer a la que he besado una sola vez, ¿y Dann, qué ha perdido?

Al amor de su vida.

\*\*\*

**Westport, California.**  
**En la casa de Melanie.**  
**Samuel Gómez.**

El sonido de móvil me saca del letargo en el que el cuerpo de Melanie me ha inducido. Lo dejo sonar sin hacer ni el mínimo intento de moverme. Prefiero continuar acariciando la espalda desnuda de la mujer que respira pausadamente a mi lado.

Creo que es la tercera vez en el día que hacemos el amor, y raro en mí, cada vez siento todo con más intensidad que antes. Hundirme hasta la empuñadura en ella me llena de una paz y una satisfacción que nunca antes sentí. Creo que el concepto enamorarme de una mujer nunca ha significado nada para mí hasta ahora.

Con Melanie.

Y por culpa de mi terquedad, casi la pierdo.

¡Gilipollas!

—Eres bueno dando masajes— susurra ella feliz.

Mi corazón brinca de alegría al saber que puedo hacerla feliz. Es cierto que aún está un poco reticente conmigo. No logra olvidar del todo mi “huida” de semanas atrás de su lado, pero al menos me permite estar a su lado.

Estos días junto a ella los estoy viviendo intensamente. ¡Tanto que mi trabajo en New York ahora se torna lejano!

—Creo que hoy sí que sí tendré que volver a guardar las cosas en su sitio— dice ella desganada.

No puedo evitar sonreír abiertamente al notar el tono resignado en su voz. Desde que supe que Melanie significaba algo muy fuerte para mí, no he dejado de estar a su lado. Todo el rato. En la cama y fuera de ella.

Quizá estoy siendo demasiado posesivo, pero me importa una mierda.

Gruño frustrado al oír de nuevo el móvil sonando. ¡Joder!

—Cógelo, Sam.

Me inclino para lamer un segundo el recorrido de su espalda hasta el inicio de su cintura y tomo el teléfono con desgana. Alzo una ceja al ver el nombre de Mike West.

—¿Mike?

—Necesito que investigues urgentemente a Jian Lin, es un empresario chino. Creemos que está actualmente en Estados Unidos.

Se me eriza la piel al oír ese nombre.

—¿El señor Lin?

Me alejo un poco de Melanie para sentarme bien en la cama. Estoy desnudo completamente y no me da vergüenza.

—¿Le conoces?

—Ha intentado hacer varios negocios con Sean— comento en voz baja—. En su día le investigué y no tiene trapos sucios propios.

Me quedo en silencio un par de segundos recordando que él no tenía nada oculto, pero su ex mujer sí. Regentaba varias casas de club de alterne entre la élite china del mundo de los negocios. Supuestamente esa fue la razón por la cual se divorció de ella Lin.

—¿Por qué te quedas callado, tío?

—Su exmujer era su único punto débil digamos— respondo contándole todo—. Él en sí nunca ha tenido nada reprochable. Aún así Sean no quiso hacer negocios con el señor Lin. Me vi obligado a quedar con él en una ocasión, por Junio del año pasado para declinar su oferta de compra a las empresas Jenkins.

Mike gruñe, pero yo no hago caso de su malestar. Melanie decide ese momento para girarse en la cama, y no puedo evitar devorarla con la mirada. Joder con mi chica.

Muevo una mano y con suma delicadeza, comienzo a acariciar su vientre. No quiero subir ni bajar de ahí, porque sé cómo podría terminar esa incursión. El estremecimiento del cuerpo de Mel me dice que ella también es conciente de lo que puede pasar y gime ante mi frustración.

¿Es gemido de frustración o de deseo?

—¿Sam?

Cabeceo algo avergonzado al darme cuenta que Mike me ha estado hablando y yo en los mundos de yuppie, como dice mi madre cuando me cuenta algo que no me interesa.

—Disculpa colega, repíteme. Se fue la cobertura.

Él murmura algo así como “he oído tu respiración excitada y no me estás haciendo ni caso, chaval”, pero hace lo que le pido.

—Hay novedades en este asunto. Agárrate fuerte que creo que la situación ya no puede ir a peor.

—¿A peor?

—Parece ser que el núcleo de todo este asunto radica en Sean Jenkins.

—¿En Sean?

Alzo una ceja sorprendido.

—¿Qué quieres decir?

Procede a contarme lo que ha pasado en las últimas veincuatro horas y casi se me cae el teléfono de las manos cuando llega a la parte del balazo que recibe Elizabeth en el hotel en Oregón.

—Espera, espera...— alejo mi mano de Mel, y me siento en la cama bruscamente—. ¿Quieres decirme que habéis visto cómo Elizabeth moría de un disparo?

Oigo a Melanie sollozar de angustia al escucharme y mi corazón se hace pequeño. Me giro para observarla y se ha llevado una mano a la boca horrorizada. Está llorando. Por dios bendito.

—¿Está muerta?

—Creo que le dio el disparo en el cuello, tío. Es imposible que haya sobrevivido— me dice con mucho pesar.

Me extraña oír ese tono de pena en su voz al decir eso, pero no digo nada. Me siento dividido entre consolar a Melanie y atraerla a mis brazos hasta que deje de llorar o seguir escuchando las noticias de Mike.

—¿Entonces creéis que Sean nos ha ocultado algo?

—Creemos que ahora mismo están de camino hacia Nottville. Ten en cuenta que han matado al peón que estaban utilizando para cometer los crímenes. Sí querían la empresa de Sean, no van a parar hasta arrebátársela de las manos.

—¡Y una mierda!

Aprieto los puños con enfado. ¡Y un cojón que iba a dejar que hicieran algún mal a Maddy, Brianna o al propio Sean! Ellos eran cómo mi familia, desde siempre. No sólo soy un simple empleado, al menos no me considero así.

Si de verdad Jian Lin es el causante de todo eso, pienso detenerle a cómo dé lugar.

—Salgo hacia Nottville en este momento.

—No, tío. Necesito que vuelvas a investigar a Jian y a la conexión que pudiera haber tenido con Alain Scott.

—¿Qué?

—Dann, Jim y yo vamos a salir ya mismo hacia allí. Aquí en Hampton ya no hacemos nada— otra vez noto melancolía en su voz y eso me eriza la piel nuevamente—. Necesito que tú te encargues del asunto de Jian. Cualquier cosa que averigües de interés con respecto a sus negocios actuales nos podría venir bien.

—¿Y Sean?

—Jim hablará con él.

Le digo que me parece bien y cuelgo el teléfono.

No tardo ni un minuto en tomar en mis brazos a Melanie para abrazarla. No se calma mi corazón hasta que no noto su respiración en mi cuello. Le susurro cariñosamente unas cuantas palabras, meciéndola como una nenita pequeña.

¡Joder, quién me hubiera dicho a mí que situaciones así iba a tener que sortear en mi vida!

—Cariño...

—Elizabeth no era tan mala— susurra con voz entrecortada.

—Mel, te chantajeó— le recuerdo con suavidad.

Ella niega y yo le doy pequeños besitos en el cuero cabelludo. No quiero que se ponga peor.

—Me preocupa Dann— confieso sin saber porqué—. A pesar de todo, yo sé que aún la amaba. Desde el día de Navidad ha estado actuando por puro instinto. Quiso encontrarla y él decía que era por venganza y por meterla en prisión, pero yo sé que en el fondo esa no era la verdad. Danny quería volver a verla.

Melanie se queda en silencio escuchándome. Sé que justamente esas palabras no son un consuelo en sí misma, pero narices, ¡yo nunca he sido un hombre melindroso con las palabras!

Digo lo que pienso, y me supongo que eso es lo que le gusta de mí a la mujer que tengo en brazos. Eso espero, al menos.

—¿Han encontrado su cuerpo?

—No. Se lo llevaron— le digo suavemente. Continúo meciéndola al notar que quiere preguntarme algo y no se atreve. Recuerdo al conversación que

mantuve con Mike y sonrió sin poderlo evitar. Sé lo que la preocupa—. ¿Mel?

Hago que alce la mirada para que mis ojos se claven en los suyos.

—Cariño, aún no tengo que ir a Nottville.

—¿No?

Esa simple pregunta suena en voz tan baja y tan suave que me derrito. Acaparo su boca con un beso que me sabe a gloria y a sal. Sus labios son mi locura sin duda alguna, joder.

—No. Una vez fui un gilipollas y me marché. Nunca más.

Vuelvo a apoderarme de su boca antes de que comience a llorar de nuevo. Su gemido se une al mío y despierta a mis instintos más básicos. Quiero volver a acostarme con ella. ¡Otra vez!

—Me duele todo el cuerpo— susurra ella entre avergonzada y excitada.

Beso su nariz tierno mientras alcanzo una sábana y procedo a taparla con ella. Mel me mira sorprendida y yo niego con mirada de travieso.

—Parezco un hombre de las cavernas. Mi mujer se pone a llorar y sólo pienso en una cosa. Follar. Deberías lanzarme fuera de tu cama.

—Nunca.

Se abraza a mí y ahora el que siente deseos de ser acurrucado soy yo. Por más que intento hacer memoria, no recuerdo la última vez que alguien se abrazó a mí de esa forma tan posesiva.

Ni siquiera mi madre, cuando yo era niño lo hizo. Sólo se preocupaba por sus fiestas y salidas nocturnas. No tenía tiempo para su hijo.

—¿Sam?

—Voy a prepararte el mejor almuerzo que hayas probado en tu vida— le digo queriendo olvidar mi pasado de un plumazo—. Claro, si encuentro los cacharros en las cajas.

Melanie frunce sus labios al oír mi “protesta” y yo sonrió haciéndole ver que era una broma.

—Vamos. Nos vestimos, reponemos fuerzas y después comienzo a investigar a ese tal Jian Lin.

—¿Te podré ayudar?

—¡Claro!

No le pregunto por su trabajo. Sé que si sigue alejada de la escuela es porque ha previsto algún sustituto o algo para su empleo. Intuyo que lo correcto sería convencerla para que volviese a retomar sus labores como directa del colegio del pueblo, pero mi parte egoísta se queda callada.

Quiero pasar todo el tiempo que pueda a su lado.

Tal vez si soy lo suficientemente convincente en un futuro no muy lejano, pueda llegar a convencerla para que se mude conmigo a Nueva York.

¡De ilusiones uno también vive!

# Capítulo 12

**Nottville, Virginia Occidental.**  
**10 de Febrero 2017**  
**Amy Kimberly.**

Entro en el coche de mi marido con un vaso de plástico de café bien cargado, un periódico local en el hombro, y en la mano que me queda libre la radio. Estoy sintonizada día y noche con la frecuencia de la policía de ese estado.

Nottville.

Virginia Occidental.

¡Cómo lo odio!

Desde que puse el pie aquí días atrás tras salir de Carson City, el lugar que me vio crecer, no me he separado ni un momento de los Garrett. Ni las continuas llamadas de mi esposo, ni incluso las de mi ex jefe, que no ha cejado en intentar localizarme, me han hecho cambiar mis planes.

Daniel Garrett y su hermano, James traman algo. Y hasta que no averigüe qué demonios es lo que esconden, no pienso alejarme de su lado. Ni en sueños.

Me siento en el coche frunciendo el ceño al entrar. Como he estado usando el coche como mi cama improvisada, huele a sudor y a cerrado, pero me importa un bledo. Es mi hábitat hasta que el caso de la psicópata de Carson City se dé por finalizado.

—Y por mucho que tú anuncies su muerte, yo no voy a creerlo— murmuro enojada con el artículo que hay en primera plana—. No sin cuerpo presente al menos.

Coloco el papel de periódico encima del volante y tomando el café entre mis manos, a medida que le doy sorbitos comienzo a leer la noticia.

*Elizabeth Stone, la famosa mujer que ha escapado de la policía por más de cinco meses, a la que se le conoce como la psicópata de Carson City, está muerta. A nuestra redacción ha llegado una copia de la grabación de una habitación de hotel en el estado de Oregón, en Hampton. Se ve perfectamente cómo la mujer es disparada por una desconocida a bocajarro. La policía encargada del caso, ha declarado de manera oficial que está muerta y a nosotros no nos queda más remedio que creerlo.*

*A esa mujer se le ha acusado de matar al famoso asesor inmobiliario Fran Krantz, de 37*

años, el pasado 21 de Septiembre.

*Fuentes de la policía confirman que la señorita Stone cambió de nombre en varias ocasiones — incluso adoptando la figura de un varón y de una vagabunda en las calles de Montana dónde recordemos secuestro a una niña pequeña—, y que llegó incluso a engañar a la familia Garrett, primos hermanos del fallecido señor Krantz, para colarse en sus vidas y así atentar más contra ellos.*

*Otras grabaciones que también se han hecho públicas, nos muestran cómo esa muchacha, haciendo gala de máxima frialdad, manipuló el coche dónde iba Maddy Garrett, la esposa de nuestro benefactor James Garrett en Nottville y casi ocasionó su muerte y la de su madre.*

*Al parecer la maldad de esa mujer no conoció límites, o eso piensa este humilde reportero que comenta esta noticia. Al menos esperamos que con la confirmación de la policía del fallecimiento de la señorita Stone, nosotros los vecinos de Nottville, ya podamos vivir más tranquilos.*

*El próximo día...*

Dejo de leer la noticia, asqueada con lo que se dice allí. Me llena de ira pensar que el comandante de mi estación de policía haya aceptado la muerte de esa mujer sin ver el cuerpo. ¡Sólo por una grabación!

—Sin cuerpo no hay muerte, maldita sea. ¡Eso es de primero de academia!

Termino el café y lo lanzo al suelo por fuera del coche.

Elevo la vista hacia el edificio blanco que tengo ante mí, que es el Hospital de Nottville y observo con los puños apretados como Danniell Garrett está parado en la puerta observando llegar a su hermano del coche. Viene junto a Sean Jenkins.

La mirada del Teniente Garrett es seria. Demasiado. Imagino que está fingiendo sentirse mal por la muerte de Elizabeth Stone. Ja. Cómo si él no la hubiera protegido durante todo este tiempo.

—Seguramente tú la tienes oculta en algún lugar...— murmuro sin pestañear mirando en su dirección—. Valiente hijo de puta, tú has hecho que me larguen de mi puesto de trabajo.

Suelto varios insultos más al sentir la vibración de mi teléfono móvil. De nuevo me están queriendo localizar. Paso de él y sacando un cigarrillo de la guantera, inhalo enseguida con una calada la nicotina. Me relaja.

Regreso a mirar a los Garrett y me incorporo en el asiento bien al notar que el hermano mayor está hablando muy serio con Sean. Demasiado. Parecen incluso elevar la voz. Lo sé porque la gente a su alrededor se queda mirándoles atentos.

—Bien. Por mi podéis mataros si queréis— murmuro con desprecio.

Yo sólo quiero atrapar a Elizabeth Stone, y mi instinto policial me dice que ella sigue viva en algún lugar. Su supuesta muerte es una tapadera. Una porquería. Al igual que el reportaje que he leído en el periódico minutos antes. Ahí han dicho que no se sabe la identidad de la mujer que supuestamente ha disparado contra Stone.

Y es mentira.

Ella es Ellen Harold, la prostituta que me tomó el pelo. Junto a Jason Laker y a Alain Scott. Esos malnacidos me engañaron a base de bien. También ellos pagarán, claro. Uno ya está muerto. Quedan dos.

—Y tres contigo si descubro que has tenido algo que ver en mi caída, Teniente Garrett— digo en voz alta hacia la espalda de Danniell Garrett.

Está entrando ya en el Hospital, a solas.

Sean y James siguen fuera. “Discutiendo”

Bien. No pienso moverme de allí, y si tengo que arrancar el coche, evidentemente lo voy a hacer para perseguirles. ¡Y no caeré en un lago de fango esta vez!

Ni en sueños.

\*\*\*

**Nottville, Virginia Occidental.**

**A las puertas del Hospital.**

**James Garrett.**

Aparco el coche en el estacionamiento del hospital con manos temblorosas. Danniell ha salido antes para hablar con recepción y comprobar que todo está en orden. Quiere confirmar que los vigilantes que Sean ha apostado allí están haciendo su labor correctamente.

Apago el motor del vehículo y sacando la llave del contacto, salgo al ver llegar a Sean Jeniks. Mi suegro. Frunzo el ceño al recordar la grabación de Elizabeth Stone. Una parte de mí quiere seguir odiándola por todo lo que ha hecho —haberla visto manipulando la ranchera de mi Maddy era algo que difícilmente iba a olvidar—, pero otra parte de mí. No sé con cuánta intensidad, siente pena por ella.

Sí. Pena.

El día que la encontré tirada en la carretera, malherida, indefensa bajo la nieve se cuele en mi memoria y me hace dudar. Evidentemente en la confesión de Elizabeth, ella dice que apareció en nuestras vidas porque el tal Marcus se lo ordenó a base de hipnosis y de drogas, y eso debería ser suficiente para que yo la siga odiando.

Entonces... ¿por qué el hecho de haber visto su muerte en esa dichosa grabación en el Hotel de Oregón, me tiene tan desconcertado?

Por mi hijo que aún no ha nacido, sé que debería seguirla odiando, como semanas atrás, pero no puedo hacerlo.

Y no sólo por mí, sino por Danniell.

Él está... mal. Por fuera, en su exterior se ha convertido en un bloque de hielo. No parece sentir nada. Está calmado. Vigilante. Parece un robot, que hace las cosas por programación. No una persona humana que acaba de perder a la

mujer que ama, porque muy a mi pesar, yo sé que aún ama a la Elizabeth Stone.

La amaba cuándo discutió conmigo en el restaurante, unos días antes de Navidad, la tarde que me ayudó en la clínica veterinaria. Y sé que aún la quiere a día de hoy. Su mirada lo dice todo.

Sus ojos que antes eran azules, eran son grises. Todo el rato. No hay brillo, ni cambio de expresión. Están inertes, como el cuerpo de Elizabeth tirando en el suelo de esa habitación de hotel.

Maldita sea, ¿por qué tuvimos que ver esa grabación?

—Hola, Jim.

Me giro al oír la voz de Sean. Se ha acercado a mí al verme parado frente al coche. Intento ordenarle a mi cabeza que regrese al presente. Tengo que volver a retomar la perspectiva. Por Maddy y por Danny. Los dos me necesitan fuerte y entero.

—Sean, necesito hablar contigo.

Me saco de la cabeza todo lo que tiene que ver con Elizabeth Stone, y me concentro en Sean. El padre de Maddy, mi mujer, y el hombre al que aprecio como un padre. Necesito saber si de verdad nos oculta algo importante relacionado con el tal Jian Lin ese.

Y lo necesito averiguar para ayer.

—¿Qué pasa, hijo?

Observo los coches aparcados en el estacionamiento y al no haber nada extraño le pido que caminemos juntos a la puerta del Hospital. Puedo ver en la distancia la figura de Danniell en recepción despidiéndose de la auxiliar para dirigirse a la salida.

—Me gustaría saber qué sabes sobre Jian Lin.

Soy raudo y voy directo al grano.

Me quedo mirándole para ver su reacción y al verle palidecer me siento francamente mal. Siento que mis piernas tiemblan de puro temor al pensar que Sean puede tener algo que ver con lo sucedido.

Dios no.

Intento decirle a mi mente que no piense locuras, sobre todo por el hecho de que Brianna y Maddy, quiénes casi mueren, son su vida. Su mujer y su hija —¡mi esposa!—, respectivamente.

—¿Por qué...?— tartamudea él.

Y eso ya me enfada y mucho.

Sean Jenkins es la persona más segura del mundo que yo conozco. Muy seria. Más incluso que mi propio padre, que en paz descansa. Él siempre ha sido la roca que logró sacarnos adelante con sus ánimos y su compañía cuando Danniell y yo perdimos a nuestros padres en ese accidente de coche.

Saber que tartamudea es una mala señal. Malísima.

—Sean, estos últimos meses han sido horribles para mí y para Maddy— murmuro salundo a mi hermano con la cabeza, cuando nos encontramos los tres en la entrada del Hospital—. Hemos vivido situaciones que no desearía volver a

repetir.

—Jim, hijo yo...

—Incluso mi trabajo, que ha sido toda mi vida, lo he dejado de lado— susurro apretando los puños—. Salvar, curar y proteger animales heridos o en peligro ha sido junto mi familia mi motor para levantarme día a día. Salir a perseguir por todo el país a una presunta asesina nunca ha estado en mis planes — confieso evitando la mirada de Dann—. Sólo espero y Dios puede dar muestra de ello, que tú no hayas tenido que ver con lo sucedido.

Sé que mi hermano me mira sorprendido por mi arrebatado de ira, pero yo no me amedentro. Sé que suelo ser una persona calmada y tranquila, pero todas estas circunstancias ya me superan. Pensar que de nuevo pueden intentar atentado contra mi mujer o contra mi propia suegra, pueden conmigo.

—James, estás hablando de mi hija y de mi mujer— dice él arrastrando las palabras.

No bajo la mirada. Aguanto su escrutinio con la cabeza bien alta.

—Entonces dime quién diablos es Jian Lin, y por qué te has puesto nervioso en cuánto he pronunciado su nombre.

Sean carraspea. No sé si para aclarar su voz o para buscar un buen argumento que justifique la respuesta que vaya a darme.

—Aquí no es el lugar para hablar de esto— termina diciendo lentamente—. No es lo que piensas, hijo.

—¿No?

—Tiene su explicación y no tiene nada que ver con Maddy o con Brianna— añade elevando un poco el tono de voz—. Son mi esposa y mi hija, por amor de dios. Nunca las pondría en peligro.

Mi enfado se ablanda un poco al notar el sentimiento con el que pronuncia esas palabras, pero aún así no puedo calmarme. No lo voy a hacer hasta que sepa que relación le une o le unió con ese empresario chino.

—Sean— murmura Dann—. ¿En algún momento viste cara a cara al hombre que se hacía llamar Alain Scott?

Giro mi vista a mi hermano y parpadeo sorprendido al no comprender a qué viene esa pregunta.

—¿A ese hombre?

—Sí, el tal Marcus. Ha salido su foto en los periódicos. Se hizo llamar Marcus Harold en el hotel donde se hospedó Mike días atrás.

—No— responde tras unos minutos—. Nunca le vi.

Daniel asiente y tras levantar la cabeza en señal de despedida se da la vuelta.

—Jim, cuéntale el tema de la grabación. Quiero ser yo el que se lo diga a Maddy.

¿Qué qué?

Quiero mover la mano y agarrarle del brazo para que no haga eso, pero al ver un resquicio de dolor en su rostro, algo dentro de mí me dice que Dann necesita hablar con una mujer de la muerte de Elizabeth. Maldición. Durante un

tiempo Maddy fue amiga de Elizabeth Stone. Quizá esa unión le haga salir del trance en el que está sumido mi hermano.

—Está bien.

Respiro hondo e intentando ser neutral, le relato a Sean todo lo que Mike grabó de la confesión de Elizabeth Stone. No soy sarcástico al contarle cómo está la situación. No merece la pena. La asesina de mi primo a fin de cuentas ya está bajo tierra.

La expresión de Sean se llena de incredulidad al terminar de contarle yo todo. No puedo evitar mostrar una sonrisa de cariño paterno filial al reconocer en su expresión la misma que yo tuve cuándo supe todo la primera vez.

Hemos pensado lo mismo los dos.

—No sé que creer— le digo en voz baja—. Maddy casi muere por su culpa, y ella ni siquiera recordó por qué lo hizo. ¿Irónico?

—Irreal, imagino. ¿Hipnosis y drogas?

Esas dos palabras hacen que recuerde la pregunta que mi hermano le hizo minutos antes y entiendo porqué lo hizo. Ahora sí. Quería saber si Sean se había cruzado con Marcus en algún momento para ver si pudo haber alguna ocasión en que utilizase la hipnosis con él.

Vaya, ya hasta yo estoy empezando a creer en palabras como “trucos de magia”, “hipnosis” y “drogas que hacen olvidar recuerdos”.

Increíble.

—Jian Lin es un tipo frío— afirma Sean minutos después—. Siempre ha querido apoderarse de mi empresa, pero yo nunca he querido hacer negocios con él. Sam averigüo que su primera mujer tenía un negocio de trata de blancas allá en su país en un club de alterne y yo no quería relacionar mi patrimonio con él.

—Oh, joder.

Abro la boca sorprendido.

—No esperaba eso— reconozco en voz baja.

—Pero hasta donde yo sé nunca tuvo nada que ver con Alain Scott, o Jason Laker, como prefieras llamarle. Al menos que yo sepa. ¿Cómo un magnate de la seguridad en china iba a tener algo que ver con un magnate hotelero?

—No lo sé. Sean.

Quiero decirle que lo único que me interesa es proteger a las mujeres que ambos amamos, pero no digo nada. Algo en la expresión de mi suegro me hace pensar que hay algo sobre este asunto que no me está contando, pero prefiero no presionar ahora. No todavía.

Sé que tarde o temprano Sean nos contará todo. Somos su familia. Yo le considero como un padre y sé que él a mí me tiene en concepto de un hijo, no sólo como yerno.

—Vamos a la cafetería— propongo, sacándome toda la ira de dentro.

Siento que vuelvo a ser el Jim Garrett de antes de que todo esto pasara. Al menos eso quiero intentar recuperar. Ojalá pueda hacerlo antes de que mi hijo venga al mundo.

—Hay cosas que tenemos que hablar— murmuro y para tranquilidad de él y ¿por qué no? De mí también, añadido—. Sobre la casa cuando Maddy dé a luz dentro de un par de meses. Sé que a ella y a mí nos gustaría mucho que pasaráis una temporada junto a nosotros. Vuestro nieto sé que disfrutará mucho de la compañía de sus abuelos.

La mirada de Sean brilla al oír mencionar la palabra “abuelo” y “nieto” y me golpea la espalda en señal de paz. Ha olvidado mi desconfianza con el asunto de Jian Lin. Y eso es lo que quiero. No deseo crear una brecha en mi relación con él.

No después de todo el cariño que hemos creado a lo largo de todos esos años que nos conocemos. En el fondo yo sé y siempre he sabido que Sean Jenkins adora a su familia, y que antes de consentir que alguien les haga daño, es capaz de dar su vida.

Incluso su fortuna.

\*\*\*

**Nottville, Virginia Occidental.**

**En el pueblo.**

**Mike West.**

Agradezco a mi madre el recibimiento que me hace en casa cuando llego. Mi padre está haciendo el desayuno esa mañana. Huele que alimenta a huevos revueltos, tortitas y zumo de melocotón. Mi estómago gruñe deseoso de probar algo antes de ir a descansar.

Danny me ha obligado a ir a casa para que tome un poco de aire y de distancia con respecto al caso de Elizabeth Stone, y la pura verdad es que se lo agradezco. El hecho de alejarme un rato del núcleo de todo puede hacerme bien.

Entro en la cocina y saludando con un gesto a mi padre, me sirvo un poco de comida que encuentro en la mesa y comienzo a comer en silencio. Mi padre, vestido con delantal y todo, se queda mirándome ceñudo al notar me tan callado. Lanzo un suspiro sin poderlo evitar, sin deseo alguno de decir nada.

A fin de cuentas, ¿qué le puedo decir?

*Papá, creo que ahora que sé fehacientemente que Elizabeth Stone está muerta, es posible que me gustase un poco. ¿Sabes que fue ella quién me disparó? Sí, y ella es al mujer que mi mejor amigo ama. ¿Genial todo, no?*

Desde Amanda no he tenido a otra mujer inmersa en mi mente. Cualquiera puede pensar que soy un idiota por haber mantenido “celibato autoimpuesto” durante tanto tiempo, pero el dolor que creó en mi ser esa mujer no tiene nombre. Y no sólo porque yo cayese en sus redes como un adolescente imberbe sino por haber traicionado a Danny a sus espaldas.

Sé que ya me perdonó y todo eso, pero aún así... me afectó mucho. ¡Maldita la casualidad, que años después tenga que ir y fijarme de nuevo en la misma

mujer que a él le atrae! Y ya no sólo que le guste, sino que él ama.

Y ahora está muerta.

Mi padre chasquea con sus dedos ante mis ojos y parpadeo con algo de vergüenza al entender que me ha estado hablando y no le he prestado atención. Me disculpo con un gesto, pidiéndole que por favor me repita lo que ha dicho.

—Hijo, te preguntaba si te sirvo un zumo de naranja— dice dejando un paño que ya está sucio encima de la mesa—. Veo que algo te remuerde la conciencia.

Clavo el tenedor con fuerza en las tortitas y evito su mirada.

Mi padre, inteligente como es, carraspea sentándose a mi lado. Lanzo un suspiro de desesperanza, sabiendo que no voy a poder evadir más el tema. Le conozco tanto como él me conoce a mí. Sabe que cuando no soy capaz de sostener su mirada algo grave me pasa y casi nunca lo deja pasar.

Típico de un ex marine de los Estados Unidos, supongo.

—Papá, todo está bien— miento tragando con fuerza un pedacito de yema de huevo—. Estoy un poco agotado, nada más. Por fin ha bajado la infección y estoy en proceso de recuperación.

Mi padre alza una ceja y yo gruño para mis adentros. Vale, cierto. No soy de los que suele reconocer sus dolencias y ahora acabo de hacerlo. Maldita sea.

—Hijo, tienes la misma expresión en el rostro que cuando regresaste de pasar ese fin de semana con esa mujer de Atlanta— me dice ven voz baja.

Tomo el vaso de agua que él me ofrece al empezar a toser como un cosaco. Joder con la intuición de un antiguo militante del ejército. ¡Y él poli actual se supone que soy yo!

—¿Todo bien?— pregunta mi madre desde el salón.

Le digo que todo está perfectamente mientras cruzo una mirada algo avergonzada con mi padre. Si ya me resulta difícil aceptarlo para mis adentros, no puedo imaginar algo peor que reconocerlo también delante de mi madre.

Soy un hombre adulto, por amor de dios.

—¿Te has enamorado de alguien, verdad?

Niego rápidamente, recordando la mirada de Danny en el Hotel de Oregón cuándo me preguntó si había seducido a su mujer. ¿Por qué eso hice? ¿Traté de seducirla? ¿No era una prueba para ver si era fiel a mi mejor amigo?

—¿Michael?

Doy un respingo al oír a mi padre llamándome por mi nombre completo.

—No puedo decir enamorarme porque no la conozco— susurro tranquilo —, pero sí que es cierto que me gusta. Desde que sé que está muerta no he dejado de pensar en ella.

*Y en el beso que le robé, pienso pero no lo digo.*

—¿Muerta?

Afirmo con un gesto mirándole sombrío. Cierro los ojos y al venirse a mi memoria el reflejo de la mujer en cuestión, confieso su nombre en un susurro.

—Estoy refiriéndome a Elizabeth Stone, papá. La ex novia de Danny.

Ahora es su turno de quedarse en silencio, mirándome casi con pena. Siento un nudo en el estómago al estar bajo su escrutinio. No me gusta que me mire cómo si fuese un animal ante un observatorio. Mi papá es astuto, a veces incluso demasiado.

—¿Te has enamorado de ella?

Niego yo ahora y una parte de mí sabe que estoy diciendo la verdad. Racionalmente, si yo me pongo a pensarlo, sólo he estado con ella un día entero. Dos quizás. Es imposible que uno se enamore tan rápido de alguien, ¿no?

—Yo supe que amaba a tu madre la primera vez que la vi— dice mi padre, haciendo que mi corazón comience a latir demasiado rápido—. No tienes por qué conocer profundamente a una mujer para amarla. Existe la atracción física y la pasión, hijo.

—Pero...

—Para conocer íntimamente a una mujer ya tienes toda la vida— añade serio.

Alzo una ceja confuso ante ese pensamiento. La verdad es que yo tengo entendido que se enamoraron tras años de estar saliendo juntos, pero no le contradigo. Sus palabras me hacen pensar. Demasiado.

—Pero es la persona que Danniell ama—comento cabizbajo. Omito también que ya está muerta, claro—. ¿Por qué me tiene que volver a pasar?

—Nunca amaste realmente a Amanda, hijo— me recuerda él—. Fue sólo sexo.

Quiero protestar ante la crudeza con la que lo dice, pero no lo hago. En el fondo sé que tiene razón. Ahora el asunto es diferente, si fuera sólo sexo o atracción física lo que siento por la señorita Stone, ¿por qué narices sigo pensando en ella, aún sabiendo que ya su alma ya está seguramente descansando en paz?

Saco del bolsillo interior de mi pantalón la grabación de audio y la pongo encima de la mesa. Le pido a mi padre que permanezca en silencio mientras le hago escuchar la confesión de Elizabeth. Antes de alejarme del lado de Danny, quedamos los dos en que yo me quedaría con la grabación para presentarla ante la autoridad.

A fin de cuentas, según me dijo Danny, yo no he tenido ningún lazo íntimo con Elizabeth Stone. Por eso puedo presentar la prueba sin que nadie piense que es falsa.

—Vaya, el asunto se pone interesante— opina mi padre minutos después, al terminar de oír toda la grabación—. Sin lugar a dudas ha dicho la verdad.

Me siento más tranquilo al escuchar su juicio sobre el asunto. Sé que mi padre no va a mentir, ni a endulzar la verdad. Es demasiado directo y claro.

—¿Y no se sabe nada de su cuerpo?— pregunta él con lástima—. Según las noticias, la policía ha anunciado su fallecimiento, pero no dicen nada de sus restos.

Ya no parece tener reticencia al hablar de ella. Me alegra, evidentemente.

—Parece que ahora nadie quiere dar respuesta a esa pregunta— confieso cabizbajo—. Después de marcharnos del hotel el día de esta grabación de audio, quisimos ir a la policía del Estado de Oregón, y resulta que ninguno de ellos se llevó la grabación de video que nos mencionó la recepcionista. Volvimos al Hotel, y esa mujer ya no estaba.

—¿Cómo que no estaba?

—No. Según su sustituto, dio su renuncia y se marchó— comento con un suspiro.

Mi padre se queda mirándome suspicaz y sé que está pensando lo mismo que yo. Alguien se ha dedicado a eliminar cualquier prueba o indicio de que Elizabeth Stone murió en ese hotel.

—¿Entonces, dime cómo explican la muerte de la muchacha?

—Por nuestra palabra y por los restos de sangre encontrados en esa habitación. Danniell y yo antes de salir de allí, fuimos a la habitación y sacamos muestra de la sangre de Elizabeth. Danny me lo sugirió antes de irnos y yo no me pude negar— comento con un suspiro—, y no veas lo contento que estoy por haberle hecho caso.

—Si no lo hubierais hecho, nadie creería que ella hubiera sido asesinada entonces.

Asiento mirando el plato de comida con inapetencia.

Hablar de Elizabeth Stone, y del caso de su propio asesinato ahora, me han quitado el apetito.

Oigo a mi madre poner el aspirador en el salón y me levanto de la silla con paso lento. Mi padre al ver mi intención de salir de allí hacia mi dormitorio se levanta al mismo tiempo y cogiéndome el plato con delicadeza, coloca su brazo en mi hombro.

—Hijo, ¿qué pasó el tiempo que te tuvo secuestrado en el hotel?

—Papá, ¿qué...?

—Intuyo que estás así de cabizbajo porque sientes que has traicionado a Danniell Garrett, tu mejor amigo desde la infancia—dice con voz ronca—. Tienes la misma expresión en el rostro de cuándo eras pequeño, y querías ocultar que habías hecho una travesura o algo indebido.

Mi corazón palpita intensamente en mi pecho al oírle. ¿Creo que ha traicionado a Danny? Joder, sí. Es cierto.

—Papá, no sé que me impulsó a hacerlo, pero es cierto. Le traicioné— afirmo bajando la mirada para no ver la decepción en su rostro—. Le robé un beso.

—¿Robaste?

—Sí, puede parecer una tontería, pero le arrebaté un beso. Un único beso que me supo a gloria. Evidentemente ella me respondió al contacto con reticencia e imagino que a la fuerza, pero el caso es que lo hizo y creo que Danny lo imagina.

—¿Sí?

—Su forma de mirarme cuando me encontró en el hotel, lo dijo todo, papá.

Mi padre chasquea la lengua. Me obliga a mirarle y me siento como un niño chiquito que está siendo regañado por la autoridad paterna. Quiero darme ánimos y decirme que ya soy adulto y maduro, pero la mirada de ojos castaños de mi padre, fijos en mí, me hacen quedarme callado. Espero sumiso a oír su respuesta.

—Michael, tu forma de hablar con ella durante la grabación te delata.

—¿Qué?

—Suenas demasiado comprensivo y demasiado tierno. Sólo un hombre que ama de verdad a una mujer, en este caso a la señorita Stone, puede notar lo al oírte hablar con ella.

¿Perdón?

Parpadeo inquieto ante esa respuesta.

*¿Dann... sabe que me atrae su mujer?*

Me sonrojo al darme cuenta que pronuncio esas palabras en voz alta.

—No se manda en los sentimientos— me dice dándome palmadas en la espalda—. Y aún así, hijo, cuando tú intentaste seducirla lo hiciste pensando en el bienestar de Danniell.

—¿Qué?

—Al menos eso fue lo que te motivó—repite—, y tú lo sabes. Danniell y tu amistad con él es lo más preciado que tienes. Le adoras como casi un hermano y nunca harás nada que le dañe. Te haya gustado esa mujer, que Dios la tenga en su gloria, o no, tu relación de años con Danny es más importante. Y más duradera.

—Más duradera.

Repito esas palabras, sabiendo que tiene razón.

A fin de cuentas, ahora Elizabeth Stone ya es historia. Fue asesinada. Curioso que el crimen que podía haber significado su ingreso en prisión fue el que ocasionó su fin, pero eso ya no tiene importancia.

Por desgracia, la muchacha está mujer y lo que yo pueda sentir o no hacia ella, ya no tiene importancia. Ninguna.

—Supongo que no he actuado como un hombre precisamente— murmuro algo avergonzado—. Lo siento, papá.

—Es la primera vez que te enamoras, hijo, no lo tomes en cuenta.

Deseo decirle que asegurar eso es hilar muy fino y que no es verdad, pero no puedo hacerlo. Me encojo de hombros, dándole un abrazo breve fraternal — sé que no le gusta mucho ese tipo de contacto a mi padre de mi parte—, y me dirijo hacia el piso superior.

Beso a mi madre en la mejilla al encontrármela atareada con su aspiradora en el salón y subo hacia mi dormitorio con la grabación en la mano. Me hago la firme promesa de contactar más tarde con Danny para hablar con él y contarle todo.

Mi padre tiene razón en una cosa, y la amistad que tengo con él es mucho más importante que cualquier sentimiento que pudiese haber sentido o tenido

hacia Elizabeth Stone.

Muerta ella o no, Danniell Garrett es como un hermano para mí, y entre los hermanos no puede haber secretos.

Y menos a causa de una mujer.

\*\*\*

**Nottville, Virginia Occidental.**

**En la cafetería.**

**Madeleine Garrett.**

Tomo el zumo de naranja en mis manos y en pequeños sorbitos comienzo a beberlo con calma. Estoy preocupada por mi esposo. Desde su última llamada no ha aparecido por el Hospital, ni ha llamado y de eso ya han pasado varios días. Y Jim no acostumbra a permanecer alejado durante tanto tiempo, a no ser que haya una razón que lo justifique.

Precisamente eso es lo que me preocupa. ¿Qué ha pasado para este silencio?

Miro con anhelo el plato con chorizo y patatas fritas que está tomando el familiar de un paciente del Hospital y me estremezco de envidia sana. Por mi embarazo, el ginecólogo me ha recomendado que coma lo más sano posible. Para evitar problemas innecesarios.

—Como seguir desplazándome en esta silla de ruedas—murmuro en voz alta con pesar.

Sólo Dios sabe cuántas ganas tengo de que se cure la fractura de rodilla que me tiene atada a la silla.

Alzo la vista hacia la entrada de la cafetería al oír un susurro extraño. Lanzo un suspiro de alivio al ver a mi cuñado caminando hacia mí. ¡Por fin han regresado!

—Danny, gracias al cielo que ya habéis regresado— le digo contenta de verle.

Acepto con calurosa bienvenida el beso que me da en la mejilla antes de sentarse a mi lado. Se me encoge el corazón enseguida al ver la expresión de pesar que tiene grabada en el rostro. Suplico seriamente pidiendo al santo que esté de guardia que no haya pasado nada malo. Otra vez.

Estoy harta de recibir malas noticias.

—Pensé que te encontraría con tu madre—murmura lentamente.

Su voz suena apagada y distante y añade más angustia a mi estado de ánimo.

—Están haciéndole pruebas. En un rato me dijo Erick que pasaría a buscarme para contarme cómo está evolucionando.

Imagino que mis palabras se oyen pronunciadas con mucha tristeza, porque Danny se acerca a mí y dándome un fuerte abrazo me pide perdón al oído por ser tan idiota.

Me aparto un poco de él para mirarle a los ojos y ver qué quiere decir, y no puedo evitar soltar un suspiro de desconsuelo al ver que el color azul que tanto me gustaba de él sigue sin aparecer. Sus ojos son grises ahora.

Como los de una tormenta que recién llega al pueblo tras varios días de sequía.

—Jim está bien, cariño. Perdona por preocuparte sin razón alguna.

Acaricio su mejilla con mi mano derecha y el tiembla ante el contacto. No puedo evitar sentir odio inmenso y puro hacia Elizabeth por todo el mal que ha causado en mi cuñado.

¡Daniel Garrett sigue padeciendo algo parecido al amor por esa mujer! Y digo algo parecido porque es imposible que la siga amando como antes después de saber todo lo que ha hecho en contra de nuestra familia.

—¿Qué ha pasado? — le pregunto en voz baja.

Danny mete su mano en la cazadora que lleva puesta y saca su móvil nuevo. Toquetea un par de veces la parte táctil y lo gira hacia mí con expresión seria. Me fijo en la aplicación que ha abierto y me quedo mirando el reproductor de audio con extrañeza.

—¿Qué es?

—Mike lo grabó y yo me hice una copia con la grabadora del móvil. Necesitaba quedarme con algo suyo aunque sea su voz.

Si sus palabras tienen algún sentido yo no se lo llego a encontrar. ¿Quedarse con algo suyo? ¿De quién?

—Escúchalo primero, por favor— me pide con seriedad—. Después te cuento toda la historia.

Me adelanto a su mano y pulso sobre el icono de reproducción del sonido. Decir que me quedo sorprendida es poco.

¡Es la voz de Elizabeth Stone! Lo sé en cuanto oigo la primera palabra que pronuncia. Entiendo que es una grabación de confesión, porque ella no hace más que relatar lo sucedido a su manera. Con su versión de la historia. Una parte de mí quiere dejar de escuchar enseguida las mentiras que salen desde los labios de esa mujer, pero la mano de Danny apoyada en mi brazo me lo impide.

—Por favor.

Sé que con esas dos simples palabras me pide que siga atenta a las “excusas” de una asesina, pero hago lo que me pide. Pocas veces mi cuñado me ha pedido algo con tanta ternura y tristeza mezcladas en su voz.

Minutos después cuando llego al final de la grabación, no sé si sentir incredulidad o pesar.

—¿Hipnotizada? — vocalizo elevando mi vista para clavarle en Danny—. ¿Drogada?

Sé que estoy casi gritando al ver cómo el resto de comensales dejan de prestar atención a sus platos para mirarnos a nosotros dos. Y me da igual. Nunca voy a olvidar el hecho de saber que mi madre sigue hospitalizada por culpa de Elizabeth Stone. La rabia bulle por mis venas cada vez que lo recuerdo.

—Son excusas, Danny. No está diciendo la verdad.

El rostro de mi cuñado se ensombrece ante mis palabras y siento un nudo formándose en mi estómago. Procedo a contarme todo lo sucedido en el tiempo que salieron de Nottville en busca de esa mujer, incluyendo el secuestro de Mike y su posterior liberación, y no puedo dejar de pensar que Elizabeth miente más que habla. Es imposible que la realidad sea otra.

Niego con un gesto de mi rostro ante el pesar de mi cuñado. Lamento saber que Danniell ha esperado que yo cambiase la opinión que tenía con respecto a esa mujer, tras contarme toda la verdad.

Voy a abrir la boca para recordarle todo lo que Elizabeth me ha hecho — ¡qué diantre lo que nos ha hecho a toda nuestra familia! —, pero no puedo hacerlo. Y no por falta de ganas, sino porque a mi mente no sólo vienen los recuerdos nefastos, sino otro tipo de recuerdos.

Como el día que la acompañé al supermercado a comprar la comida para Navidad — que nadie llegó a probar, claro—, o cuando hice de peluquera y le arreglé el desastre de cabello que tenía al habérselo tintado de forma tan descuidada.

En esos momentos Elizabeth era buena conmigo, amable. Atenta. ¿Quién diría que una psicópata, como todos la llaman, iba a esconderse con piel de cordero?

*Nunca quise hacer daño a Maddy. Ella es para mí muy importante, recuerdo que Elizabeth dijo esas palabras en la grabación, aún hoy no recuerdo cómo fui capaz de arrancarle el freno de su ranchera. ¡Si Jason Laker no me lo hubiera enseñado en vídeo, yo misma lo hubiera negado una mil veces! Si yo adoro a esa mujer, por amor de Dios.*

Sus palabras quieren ocasionar una brecha en mi fortaleza, al llegar a mi corazón. Maldita sea. Parece tan sincera...

Me llevo la mano al vientre y cualquier tipo de pensamiento o de deseo de perdón se va enseguida de mi cabeza. No sólo intentó matarme mí. También casi mata a mi madre y a mi bebé. Y eso jamás voy a ser capaz de perdonarlo. Haya sido manipulada o no para cometer los delitos.

—Es una criminal Danny—murmuro con voz ronca—. Independientemente de las razones que tuvo para hacer lo que hizo, Elizabeth tiene que pagar por sus delitos.

Vuelvo a posar mi mirada en mi cuñado y frunzo el ceño al ver una expresión en su rostro que no he visto desde que nos dijeron que Fran había muerto.

—Maddy, hay algo más que ha pasado a parte de esta grabación con respecto a... ella — me dice con voz apagada.

Llevo mi mano a su mejilla y le acaricio con suavidad.

—¿Danny?

—Está muerta, Maddy —dice—. Jim, Mike y yo contemplamos una grabación en la que supuestamente Ellen Harold la disparaba y acababa con su vida un poco después de haber grabado esa confesión.

Mi corazón palpita fuertemente bajo mi pecho. Espero sentir alegría o al menos algo de tranquilidad al saber que Elizabeth Stone ya no va a ser un problema para nosotros, pero no puedo.

Por mucho que yo la pueda odiar, ver reflejada en la expresión de Danny tanta desolación al contarme lo sucedido, me tiene paralizada.

Y para qué negarlo, compungida.

Viene a mí memoria sin poderlo evitar las sonrisas de Elizabeth cuando estaba en nuestra casa, cocinando conmigo o bromeando con mi marido o con mi cuñado y una lagrima se escapa de mi mejilla sin yo poderla contener.

Ruego porque sea efecto hormonal del embarazo y no porque me duela saber que está muerta.

Danny me quita la lágrima con suma dulzura. Quiero decirle que si lloro es por el dolor que puedo ver provenir de él, pero no lo hago. No soy buena mentirosa.

—¿Has seguido amándola todo este tiempo? — le pregunto con preocupación.

Evita mi mirada y entiendo que es un sí alto y claro lo que sale de su alma.

—Lo siento, cariño. Yo no he deseado su muerte—confieso y no me sorprende reconocer que digo la verdad—, pero sí quería que pagará por sus delitos, pero no con su vida.

Mi cuñado se queda mirándome como sorprendido al oír mis palabras. Imagino que el odio visceral que mi marido siente o sentía mejor dicho ahora, ha sido demasiado fuerte. Supongo que Dann pensaba que yo también la odiaba.

Y bueno, yo también pensaba eso mismo antes.

Y no, no ha sido la grabación lo que me ha hecho cambiar de forma de sentir con respecto a Elizabeth. Ni siquiera el hecho de saber que está muerta. Eso no. Ha sido Danny y el dolor que obviamente está tratando de contener ante todos.

—¿Sabes qué es lo peor, cariño? — me susurra él en el oído—. Lo peor es que por mucho que mis ojos hayan visto cómo la asesinaban, en mi corazón no puedo aceptarlo.

—¿Qué?

—Hay algo en mi interior que me dice que sigue viva, Maddy. Siento que si de verdad estuviera muerta yo lo sentiría aquí— se golpea con fuerza el pecho donde está su corazón y a continuación se levanta de la silla como avergonzado por lo que acaba de confesar.

Quiero tomar su mano para que no se vaya de la cafetería así, pero con una sonrisa dulce evade mi contacto. Como si le diera vergüenza tocarme.

—Danny..

—Igualmente, si siguiera viva tendría que arrestarla, cariño. Estoy jodido de todas las formas, lo mires por donde lo mires.

Me besa en la mejilla y guardándose el móvil en el mismo lugar de antes, camina hacia la salida. Le veo saludar a Jim y a mi padre que vienen hacia mi con

caras largas e intuyo que el asunto de Elizabeth Stone aún no ha terminado.  
Y a saber si de verdad algún día llegaría a terminar.

\*\*\*

**Carson City, Nevada.**  
**En la estación de policía.**  
**Comandante Thompson.**

Le ordeno a mi secretaria que no me pase más llamadas a no ser que sea de Amy Kimberly. Maldigo fuertemente su carácter tan agresivo y terco. Por más llamadas que le hago es imposible contactar con ella.

Miro hacia la puerta con cabreo al ver que mi orden de no ser molestado no ha sido cumplida y me levanto de golpe de la silla, al reconocer a la mujer que tengo enfrente mía. Lleva puesto un sombrero y un abrigo que oculta oportunamente su rostro ante miradas curiosas y que disimula bien su buen físico.

—Laia, ¿qué narices haces aquí?

Voy hacia ella y bruscamente la hago pasar hacia el interior de mi despacho. Cierro las cortinas y cierro bien la puerta para que nadie pueda oír ni ver nada.

—Mi nombre ahora es Ellen, cariño. Laia es parte de mi pasado.

La miro con deseo contenido.

—¿Qué coño haces aquí? —vuelvo a preguntar furioso más que nada.

Ella ríe mientras se sienta en la mesa de mi despacho. Siento fuertes impulsos de sacarla de allí a patadas, pero me contengo.

—He venido a darte tu pago por tus servicios— susurra ella, dejando un sobre blanco encima de mis papeles.

Mis mejillas quieren teñirse del color de un volcán cuando entra en erupción. Voy hacia el sobre y sin mirarlo si quiera lo guardo en el primer cajón que encuentro.

—Podías haberlo enviado por correo— le digo serio.

—Quería agradecerte en persona y de parte del señor Lin que contuvieras tanto a la prensa como a la policía de Oregón. Hacer desaparecer de forma tan apresurada esa grabación de mi crimen ha sido muy amable por tu parte.

Miro incómodo la forma en la que su lengua recorre sus labios de forma seductora.

—De nada— respondo intentando olvidar el recuerdo desnudo de ese cuerpo femenino sobre mí meses atrás.

Mueve su rubia cabellera recién teñida hacia mí tras quitarse el sombrero y se inclina ante el escritorio, enseñando descaradamente el inicio de sus pechos ante mis ojos. Me alejo de la tentación recordando que soy un hombre casado. Una cosa era echar una cana al aire después de quince años de matrimonio y otra

era ser reincidente.

—El 21 de Septiembre fue la única vez que estuvimos juntos — le recuerdo carraspeando intentando olvidar la orgia en la que me vi envuelto esa noche—. No se va a repetir.

Laia se encoje de hombros, indiferente ante mi comentario. Clava su mirada reluciente en mí, dando un suspiro de pesar.

—Bueno yo solo quería agradecerte que salvaras mi culo de ir a la cárcel al deshacerte de las pruebas que me incriminan con respecto a Elizabeth y al arma que hice disparar.

Intuyo que su agradecimiento terminaría por hacerme cada vez más cómplice en sus asuntos turbios, pero no digo nada. Ganar dinero extra era una cosa. Ponerle los cuernos a la mujer que comparte su vida conmigo es otra cosa bien distinta.

Y no quiero eso. Ahora no.

—El mes que viene quiero el pago enviado por correo— le digo serio—. No es necesario que vengas a traerme mi dinero en persona. Es mejor que sigamos pasando desapercibidos hasta que el caso de Fran Krantz quede cerrado definitivamente.

Ella asiente no muy contenta con mi resolución, pero me da igual. El Comandante de aquella estación de policía soy yo, y todos hacen siempre lo que yo digo.

—En breve el cuerpo de Elizabeth Stone aparecerá en las cercanías de Nottville—me dice pillándome por sorpresa—. Trata el asunto con discreción y el señor Lin te bonificará bien.

Su comentario suena más a amenaza que a advertencia.

—¿El cuerpo de tu hermana?

—Ella no es mi hermana. Tu sabes perfectamente que Laia Stone murió de una sobredosis hace mucho tiempo. Yo sólo he adoptado su nombre, encanto.

Me lanza un beso antes de levantarse con lentitud. Lleva sus manos a acariciar su pecho derecho y siento fuertes de echarme encima de ella sobre el escritorio para desfogar mi deseo en ella. No lo hago con mucho esfuerzo.

—¿Por qué dices que el cuerpo de Elizabeth aparecerá pronto?

—Porque si no fallo en mis cálculos, esa mujer morirá en unos pocos días desangrada por la bala que le metí en el hombro.

—¿Qué? ¿No está muerta?

No responde, camina a la puerta colocándose bien el gorro que lleva para ocultar sus cabellos rubios.

—Es indiferente. Morirá pronto. Bye.

Abre la puerta y lanzándome un beso en la distancia de marcha de la estación de policía, moviendo las caderas de forma demasiado insinuante.

Joder con la mujer.

Regreso a la silla y sentándome en ella comienzo a contar el dinero que ha comprado mi honestidad. Tres mil dólares por ser cómplice de un mafioso chino.

Creo que me he vendido demasiado barato.

# Capítulo 13

**Nottville, Virginia Occidental**  
**21 de Diciembre 2016**  
**Elizabeth Stone**

*Le doy un último beso en los labios a Dann antes de decirle que vaya al cuarto de baño. Tenemos que cenar y ya hemos perdido mucho tiempo inmersos uno en la mirada del otro. Por no decir en comernos la boca con ardor.*

*—Te prometo que estaré aquí cuando salgas del baño—murmuro feliz.*

*—Te tomo la palabra, señorita Stone. Recuerda que eres mía y que te buscaré hasta en el fin del mundo si es preciso.*

*Acaricia mi recién teñido cabello pelirrojo y entra en el baño con paso lánguido.*

*Me dejo caer en la cama, feliz. Por primera vez en mi vida me siento dichosa y enamorada de alguien a quién amo. Todo el dolor vivido en el pasado ha quedado atrás, afortunadamente.*

*Tomo la camisa que le he quitado a Dann minutos antes y me la llevo a la nariz para absorber su olor. Su aroma me inunda por completo y una sonrisa tímida se muestra en mi rostro con avidez.*

*Danniel Garrett es mío. Da igual si visto ropa de gala, vaqueros o el camión que compré en compañía de Maddy. Sé que me quiere a mí por cómo soy yo. Sin subterfugios ni nada por el estilo.*

*Escucho cómo se pone a cantar desde la ducha y cierro los ojos en soñadora.*

*Lanzo un deseo al cielo, apretando contra mi pecho su camisa.*

*—Por favor Dios, si algún día debo separarme de él por un tiempo, muéstrame el camino para llegar a su lado de nuevo. A cambio, te puedo dar lo que me pidas. Incluso mi alma si fuera preciso.*

*Me giro en la cama con la vista puesta en la puerta que da acceso al cuarto de baño. Ya no escucho el agua correr. No me sorprende a continuación ver ante mí a Dann, mirándome con los ojos brillantes. Sé que le gusta lo que contempla.*

*No me pongo roja ante su escrutinio. Al menos no del todo.*

*—Lista para otra ronda de besos, ¿no? —sonríe abiertamente—. Aún tenemos algo de tiempo.*

*No le respondo. Abro los brazos anhelante de sentirle cerca de mi una vez más. Es*

*evidente que es suficiente contestación para su pregunta porque viene hacia mi raudo.*

*—Señor Garrett, me gusta su forma de maximizar el tiempo.*

*Dann sonrío antes de lanzarse a devorar mis labios y yo le atraigo fuertemente de los brazos para sentirle sobre mí en toda su extensión.*

*¡A todo él! Es mío, en este momento, mañana y espero que siempre.*

\*\*\*

## **A unas cuantas millas de Nottville, Virginia Occidental.**

**13 de Febrero de 2017**

**Elizabeth Stone**

Ardor a puro fuego. Entumecimiento de hombro y brazo derecho. Ganas de vomitar y dolor insufrible de cabeza. Siento todo eso y más al abrir los ojos de mi letargo.

El olor a cuero y a motor me dicen que estoy montada en un coche. Gracias al cielo está parado. Si estuviera en funcionamiento, ahora mismo estaría echando yo hasta la primera papilla.

Siento la frente sudorosa y ardiente e intuyo que estoy ardiendo en fiebre. Quiero moverme para ver dónde diablos estoy pero la voz masculina que llega hasta mis oídos me hace ver que es mejor quedarme quieta y en silencio.

—No va a despertar. Está ardiendo en fiebre. Laia se equivocó al tratar de matarla así. No era el momento ni el lugar.

Es la voz de Marcus. Está hablando de Laia.

Los recuerdos de esa madrugada en Pregón se cuelan en mi mente y casi suelto un grito de dolor al recordar que mi brazo me duele por haber recibido un disparo de arma de fuego.

¡Mi propia hermana ha intentado matarme!

No pienso, no ha sido mi hermana, las drogas que Marcus le ha dado han logrado manipular su mente y sus recuerdos. Para ella yo no era nadie, pienso dolorida.

Quiero gritar y saltar sobre el maldito mago para arrancarle los ojos con mis propias manos, pero siento tanta debilidad en el cuerpo que sé que no puedo moverme. ¡Ni para cambiarme de postura tengo fuerza!

—La fiebre acabará con ella— dice una voz extranjera que no reconozco.

—Hemos sacado la bala de su interior, quizá si le damos tratamiento podemos volver a darle droga para que acate nuestras órdenes. Es un buen arma.

—Todos creen que está muerta. No nos sirve de nada. Mi futura segunda esposa se ha encargado de jodernos esta baza.

Tardo, pero termino reconociendo esa voz como la de un chino. Por su acento. Entiendo sin error alguno que la persona que está junto a Marcus no es otro que Jian Lin, el prometido de Laia.

—Lo mejor es encargarnos ya de ella. Mantenerla junto a nosotros es un riesgo que no podemos asumir. No si queremos ir a por Sean Jenkins y a por su familia.

Me sobresalto de pura impresión al comprender que su deseo es terminar el trabajo que me habían encomendado a mí. Desean acabar con Maddy y con Brianna.

—Mira, por ahí viene Laia por fin.

Me tenso apretando con fuerza el puño del brazo que no me duele. Nunca en mi vida seré capaz de olvidar quién me he disparado a sangre fría. Creo que comienzo a entender el dolor que sintieron los Garrett al averiguar que la asesina de su primo era yo.

—¡Listo!— dice una voz femenina alegre—. El comandante Thompson nos cubre. Podemos deshacernos de su cuerpo en cuanto queráis.

Marcus parece querer protestar porque empieza a hablar para decir algo, pero yo me evado de la conversación. No quiero oír cómo van a pretender matarme. Estoy metida en un gran lío. Me río de mí misma ahora al recordar que supuestamente yo era la que quería haber matado a Marcus por todo el mal que quiso hacer a la familia de Dann.

Me he quedado corta.

Aún si hubiera asesinado a Marcus el asunto no estaría finalizado. Aún quedarían Laia y el señor Lin. ¡Qué mala psicópata soy!

—Estamos a poca distancia de Nottville, en un par de días creo que podemos llegar a finalizar este asunto, señor— escucho que le está diciendo Marcus al extranjero.

Aguanto la respiración, sintiendo miedo.

—Hay una cascada y un lago aquí cerca. El comandante me sugirió que la dejásemos caer por ahí. Hay lobos en la zona y si la devoran, será más fácil que oculte su verdadera identidad.

Lobos. Cascada.

Quiero reír y llorar, no sé si de pena o de ironía al intuir dónde me habían llevado. La noche nevada la cual salí de la casa de los Garrett viene a mi memoria. Cierro los ojos, tragando fuerte al recordar al lobo con el que me encontré en mitad de la nada.

Si no hubiera sido por Dann ahora mismo yo sería sólo unos huesos que habrían sido devorado casi al completo por el lobo.

—Yo por mi lado regresaré a mi país. Tengo que terminar otro negocio antes de rematar este. Entiendo que Jenkins terminará vendiéndome sus propiedades cuando haya perdido a su hija y a su mujer. Quiero su patrimonio a mi nombre antes de que acabe este mes.

—Sí, señor Lin. Se lo prometo. No habrá más imprevistos.

—Más os vale.

Oigo un sonido asqueroso de besuqueo y entiendo que el chino está besando a mi hermana. Me repugna. Mucho. ¿Cómo es posible que a las personas

malvadas les vaya tan bien? Parece que todos sus planes salen a la perfección.

Quiero aprovechar el momento en el que parece que en el coche sólo se queda Marcus para levantarme del asiento trasero, pero al hacer un movimiento con el brazo, comienzo a ver las estrellas.

Y para mi desgracia vuelvo a caer en la inconsciencia. ¡Si que es jodido recibir un disparo y una puñada seguidas, maldita sea!

\*\*\*

La siguiente vez que despierto es porque comienzo a sentir golpes de piedras por todo mi cuerpo. Abro los ojos con mucha dificultad y entiendo que Marcus y Laia han cumplido sus planes a la perfección. Estoy rodando por una colina a demasiada velocidad.

—¡Adiós Elizabeth Stone! ¡Mi falsa hermana morirá devorada!

La risa burlona de Laia se clava en mis oídos pero no le doy importancia. Los gritos de dolor que no puedo contener salen de mis labios como bombas. No sólo son las pedradas que me hacen rajadas y cortes en cara y brazos, sino por los golpes que estoy recibiendo en mi hombro derecho.

Joder, duele. Seguramente tengo abierta la herida de la bala y de la puñalada. Por mucho que supuestamente me hayan sacado la bala de mi interior, no creo que hayan dedicado tiempo a frenar la hemorragia o en coserme la herida.

Se me hace eterna la caída. Tanto, que cuando siento el agua helada del supuesto lago sumergirse por todo mi cuerpo, me quedo sin respiración. Literalmente. Y maldita sea, yo sé nadar. He crecido cerca de la playa y el agua no me da miedo, pero entre el frío que hace —estaremos ahora unos cuantos grados bajo cero—, los golpes que me han dejado ardiendo todo el cuerpo, y la fiebre que tenía minutos antes, no son buenos compañeros para caer en un lago helado.

Chapoteo por instinto más que otra cosa, y hasta que no llego a tierra firme, no dejo de mover manos y piernas.

Cierro los ojos, tosiendo y respirando aceleradamente.

Mi cuerpo tiembla de forma alarmante. Intento coger fuerza para moverme y buscar un refugio seguro, y el brazo derecho vuelve a querer darme un latigazo fuerte de dolor. Casi desea mi cuerpo volver a desmayarse. La inconsciencia puede ser tan agradable. El no sentir es un paraíso ahora mismo.

—¡No!— grito moviendo la mano para coger restos de nieve del suelo para restregarlos por mi cuello.

Sé que estando a punto de tener hipotermia, darme más frío a propósito no es buena idea, pero prefiero estar despierta a caer dormida con posibles lobos cerca. No deseo morir devorada por fauces de animal.

—Vivir el resto de vida en una cárcel ahora suena mejor comparado con esto— susurro poniéndome a cuatro patas con mucho esfuerzo.

Trago un poco de nieve al carme de bruces contra el suelo al escurrirme por el estado del terreno, pero no me rindo. Me incorporo en pie con mucho

esfuerzo. No evito gemidos de dolor al sentir ramalazos de puro fuego por mi interior.

No sé si es buena idea o no, pero cogiendo un poco de nieve del suelo con la mano izquierda, me la pongo sobre el brazo derecho para taponar la herida. Veo las estrellitas pulular por el iris de mis ojos. Duele y bastante.

El recuerdo de Mike West se aparece en mi mente y suspiro con pesar al entender el horror que tuvo que vivir él cuando yo le disparé. Si él sintió una milésima de malestar del que estoy sintiendo yo ahora, es un bendito.

Miro hacia el lago y parpadeo sin poderlo evitar al ver dónde he ido a parar. Creo que estoy soñando. Si no me doliese tanto el hombro aún sosteniéndolo incluso, llevaría las manos a los ojos para restregarme los ojos.

Estoy muy cerca del lugar dónde fui con Dann a buscar leña para la chimenea de su cabañita.

—¿Será una trampa?

Comienzo a caminar pasito a pasito hacia esa misma cabañita con algo de temor. Sin moto de nieve o sin coche no hay otra forma de moverse por el lugar. Está todo enterrado en nieve. Igual que meses atrás cuando tuve el accidente automovilístico.

—Accidente, ¡ja!

Realmente con tanta manipulación que ha recibido mi mente, ya no sé qué ha sido casualidad y qué no de lo vivido junto a los Garrett. ¿Marcus pudo obligarme a tener un accidente con el coche de algún modo?

Ni lo recuerdo, ni quiero hacerlo.

Sigo caminando a paso lento. Siento mucho frío por todo mi cuerpo. Creo que incluso puedo llegar a estar tiritando. Bajo la vista hacia mi ropa y me sonrojo al ver que sigo vestida de muchacha de la limpieza. Al sacarme la bala, no han hecho ni el intento de cambiarme de ropa. A saber cuántos días han pasado desde que saliésemos del Estado de Oregón.

Unos siete minutos después al fin veo a lo lejos la cabañita de Dann. Se me escapan un par de lágrimas de alivio al ver que está a oscuras. No hay nadie dentro.

—No ha sido una trampa— murmuro acelerando un poco el paso.

Tengo muchas ganas de entrar en el interior para arrebujarme debajo de alguna manta. Para mí sería ahora un paraíso. Sobre todo porque acabo de tomar conciencia que de nuevo estoy en la calle, sin un centavo. No tengo nada en el bolsillo, ni siquiera el maldito arma que le compré al jovencito de la marihuana.

Miro con pena el cristal que rompí hará más de un mes. Sigue hecho pedacitos. Imagino que Dann no ha parado mucho por la cabañita desde el día de Navidad.

—Queriendo perseguirme sin descanso.

Entro en el interior de la cabañita y mi vista va directamente hacia el sofá. Me quedo de una pieza al ver que mi antigua maleta sigue en el mismo lugar donde la dejé semanas atrás. No la han tocado.

Me acerco a ella con suma delicadeza y rebuscando en el interior suelto un grito de alegría al ver que mi dinero está allí. Y con mi dinero me refiero a mi herencia, a lo que me dieron por la venta de la casa de mis abuelos. Mi patrimonio.

Me siento junto a la maleta, dónde Dann me sentó encima suya meses atrás y sin poderlo evitar comienzo a llorar intensamente, y no debido al dolor del brazo, o a la fiebre, o la herida que aún tengo sangrante. El líquido pegajoso que tengo en la mano izquierda me dice que sigue sangrando.

No, no lloro por ningún dolor físico. Si estoy llorando amargamente es por el recuerdo de Dann, de mi Dann. En ese cabaña yo supe que le amaba. En ese lugar, nos besamos por primera vez. Allí él estuvo dentro de mí por primera vez —para mi sorpresa, ya que yo siempre di por hecho que mi virginidad la había perdido con Fran—. En ese baño, yo me ilusioné con poder vivir a su lado para siempre.

Me duele el alma y por eso dejo que las lágrimas salgan a borbotones de mis ojos. Me hago un ovillo en el sofá y suelto toda la amargura que he estado escondiendo en mi interior. No lloré antes ni siquiera cuando estuve viviendo en la calle. Me hice la fuerte porque pensé que eso era lo mejor.

Ahora que estoy rodeada del aroma y del olor de Daniel Garrett, mi valentía se va a la mierda.

Soy una mujer que llora por un amor perdido.

\*\*\*

No sé cuánto tiempo paso llorando encima del sofá. El temblor de mi cuerpo me obliga a dejar de llorar. Sé que aún tengo lágrimas acumuladas que tienen que salir, pero ahora no es el momento. Si quiero no caer enferma, debo ponerme en marcha.

Con mucha dificultad me levanto del sofá y voy al baño.

—Oh dios mío.

Mi vista se clava en mi hombro derecho y siento deseos de desmayarme. Y no a causa del dolor, sino del horror que siento al verme la herida.

—¿Cómo demonios me curo yo esto?

Quiero coger una toalla para hacer presión en la herida y se me escapa de las manos. Me asusta ver la debilidad de mi cuerpo. No tengo casi movilidad.

Pateo la toalla hacia dónde está el inodoro y sentándome en él, intento cogerlo de nuevo. Por suerte esta vez si lo logro. Presiono dicha toalla en la herida y ahogo un gemido de dolor al notar ardor. Intento hacer memoria del conocimiento de primeros auxilios que tengo del colegio dónde fui profesora y sé que lo primero que tengo que hacer es coser la herida.

—Bueno, primero cauterizar, luego coser.

Me río con tristeza de mí. No sé cómo demonios voy a salir de esa. Ya no sólo porque soy mala enferma, sino porque no tengo ni idea de medicina.

—Maddy en cambio sí, ella me cuidó en todo momento en su casa.

¡Maddy!

Me levanto de golpe, gimiendo al recordar a Marcus y sus intenciones de ir por ella a Nottville. Mierda. Tengo que avisarles, ¿pero cómo?

Regreso al salón con mucha dificultad y suspiro entristecida. En esa cabañita no hay línea telefónica. Dann pensó en su intimidad cuándo construyó esa casa. No quería ser visitado. Bajo ningún concepto.

Mi vista se clava en los restos de sangre que hay en el suelo y sé que pertenecen a Mike.

Mike West.

Voy hacia la entrada de la cabaña y me quedo de una pieza al ver un coche aparcado casi en las lindes del bosque. No es el de Dann, e imagino que tampoco el de Marcus. Está casi enterrado en nieve. Lleva allí mucho tiempo sin moverse.

Entro en la cabaña y con mucho esfuerzo cierro mi maleta, con mis pertenencias personales. Esta vez no quiero irme de allí sin ellas. Una idea se me ha ocurrido al pensar en el poli amigo de Dann.

En ese hogar no hay forma de curarme ni de avisar a nadie. Estoy completamente aislada, pero quizá si logro hacer arrancar el coche de West y voy a la casa de Maddy y de Jim, puedo contactar con Nottville para informar de los planes de Marcus y de Laia.

Me doy una bofetada mental para lograr no sentirme mal al recordar a mi hermana. No es el momento, me digo, tengo que actuar, mi cuerpo no va a aguantar mucho tiempo más ese ritmo.

Cojo la maleta con mi mano izquierda y renqueando de puro dolor la arrastro por el suelo hasta llegar al coche. Maldigo al poli por haber aparcado tan lejos el coche. Verle allí, en la entrada del bosque me recuerda la razón de no haberlo visto el día que regrese con Dann de recoger leña.

Dann.

¡No!

No quiero pensar en nada más que no sea llegar a la casa de Maddy y de Jim. No quiero que a la cuñada de Dann le pase nada. Está embarazada, por amor de dios. Tiene derecho a tener a su hijo. No puede pasarle nada.

—No voy a permitirlo.

Sé que suena irónico que la persona que manipuló su coche para que tuviera un accidente casi mortal, quiera ayudarla hasta las últimas consecuencias, pero no me lo planteo. Sé que mi yo verdadero es ser una buena persona, no una psicópata, como todos me conocen en Carson City.

—Por favor, que no esté cerrado con llave— rezo dejando la maleta en el suelo, al llegar hasta el coche.

Con manos temblorosas voy a abrir la puerta y casi canto un aleluya con pura alegría al comprobar que West no cerró el coche la noche que vino a delatarme. Tal vez por los nervios o por las prisas de separarme de su mejor amigo, no lo sé, pero ahora mismo me siento afortunada por su descuido.

Y mucho.

Subo al coche la maleta y sentándome en el asiento del conductor, le hago un puente al coche para que pueda arrancarlo. Otra de las cosas que Marcus me enseñó con su manipulación mental y que ahora sí sé hacer.

Como si lo hubiera hecho toda mi vida. ¿Quién es la buena ahora?

Pongo primera con mi mano izquierda, y dejando la derecha muerta a un lado —no puedo moverla para nada—, pongo el motor en marcha en rumbo a la casa de Jim y Maddy. Tengo que quitar con el parabrisas los restos de nieve que hay para poder ver conduciendo.

¿Cómo iba a conducir sin tener visibilidad, pues?

\*\*\*

Con sudor frío y mucho dolor en mi brazo izquierdo por toda la fuerza que he tenido que hacer en el volante, consigo llegar hasta el porche de la casa de los Garrett. Salgo del vehículo con pies temblorosos.

Tanto que —cómo no—, en cuanto pongo un pie en el suelo nevado caigo de bruces contra el sueño. Me siento fatal, tanto que no contengo las ganas de vomitar y suelto todo lo que pueda tener en el estómago. Sólo sale bilis, muestra de que no he comido nada en varios días.

Y la verdad que con todo lo que me duele el cuerpo, la comida es en lo último que me he preocupado tras salir del lago helado.

Me levanto del suelo apoyándome en el coche y prometiendo a mi maleta que volveré a por ella cuando me sienta mejor, camino hacia la entrada de la casa. Igual que hice con la cabañita de Dann, golpeó el cristal y tras recibir algún que otro corte en mi mano sana, logro girar el pestillo para entrar dentro de la casa.

Camino a oscuras hasta el registro de la luz y conecto todos los interruptores para que la casa tenga vida de nuevo. Sonrío contenta al ver que poco a poco la casita comienza a sonar a medida que la energía va hacia todos los puntos de luz, y hacia todos los dispositivos.

Me tiento ir hacia la calefacción eléctrica que simula a la de leña que Dann tiene, pero antes de hacerlo voy hacia el teléfono para realizar la llamada telefónica hacia Nottville. No sé a qué hora me abandonarían Marcus y Laia en las lindes de la cabañita del menor de los Garrett, ni cuánto tiempo había pasado.

El tiempo para mí es ahora tan relativo que me da igual. Sólo deseo poder llegar a tiempo.

—Departamento de emergencias de Nottville, buenas tardes, le atiende Lenna, ¿en qué puedo ayudarle?

Hago burla a ese nombre, al recordarla. Fue ella quién me pasó a Dann la última vez que yo llamé preguntando por West.

Cuelgo enseguida el teléfono sin darle ninguna contestación. ¿De qué me sirve pedirle que me pase con Dann, o con West? Ninguno de ellos iba a creerme. Querrían averiguar dónde estoy para apresarme.

Rebusco en la mesita y sacando una de las agendas de color negro, busco el teléfono directo del Hospital de Nottville. Puedo llamar y preguntar por la habitación donde está ingresada Brianna Jenkins. Imagino que después del accidente, y de haber salido del coma, aún seguiría internada en el Hospital.

Así que en cuanto consigo el teléfono, marco el número con suma lentitud. Pongo el manos libres y me dejo caer en el suelo del salón de un golpe. No tengo más fuerzas para permanecer de pie. Ya no.

—Buenas tardes, señorita— susurro tras escuchar el saludo rutinario de la chica de admisión del Hospital—. Quiero hablar con la habitación de la señora Brianna Jenkins. Soy su sobrina.

Cruzo los dedos deseando que mi mentira sea verdad. Sé que es de mal gusto que le haya dicho que soy su sobrina, pero ¿qué otra cosa he podido decir? ¿Soy la mujer que casi la asesina, me puede poner con ella?

No tengo tan poca vergüenza.

Cierro los ojos agotada. Presiono mi mano sobre el hombro derecho, más por costumbre que por dolor. La verdad que ahora estoy como entumecida. Con muchas ganas de caer dormida en cualquier lugar.

—¿Buenas tardes?

Mi corazón palpita a mil por hora al reconocer la voz de Maddy. ¡Es Madeleine! Ordeno a mi respiración que se calme. Creo que siento tanta emoción de oírla y de saber que está bien, que de nuevo de mis ojos comienzan a salir las lágrimas que contuve antes.

—Hola, Maddy. Justo contigo necesitaba hablar.

Mi voz suena baja y ronca, pero aún así parece que la tomo por sorpresa, porque enseguida reconoce mi voz y suelta un grito, pero no de miedo, sino de estupefacción.

—¿Elizabeth? ¿Eres tú?

Asiento con la cabeza, antes de darme cuenta que evidentemente no me está viendo. Carraspeo intentando encontrar la voz.

—Sí, Maddy. Te ruego que no me cuelgues, necesito decirte una cosa muy importante. Bueno, tres cosas importantes.

Sé que parezco borracha hablando, porque estoy hablando como en indio, pero no le doy importancia.

—¿Cómo es que estás viva? Danniell y Jim te vieron morir.

¿Me vieron morir?

Parpadeo incrédula. Creo fervientemente que la borracha ahora es ella y no yo. ¿Muerta yo? Lanzo un suspiro de pesar, cuando el recuerdo de la conversación de Jian Lin y de Marcus viene a mí. Claro, ellos dijeron algo así como que todos creían que yo estaba muerta. Por el disparo.

—Sigo viva, al menos de momento— confieso con pesar.

—¿De momento?

—Sigo con la herida de bala sangrante—le digo la verdad, sin saber porqué—, y no sé cómo hacer para curarme, pero eso da igual.

Oigo que habla con alguien en voz baja y siento deseos de gritar de frustración al comprender que de nuevo querían localizar mi ubicación a través de la llamada. ¡Qué manía con pretender arrestarme!

—Maddy, escúchame atentamente— le pido llamando su atención—, ni tu padre ni tu marido me creyeron anteriormente, pero espero que tú si lo hagas.

—¿Creerte?— pregunta en voz baja—. Elizabeth, te vi manipulando mi coche. ¡Por tu culpa casi matas a mi madre y a mi bebé! ¿Cómo puedo creerte?

Sus palabras se clavan en mi corazón, y me hacen llorar más fuerte, pero en silencio. No quiero que sepa que el dolor que hay en su voz me destroza por dentro.

—Marcus, el tipo que se hace llamar Alain Scott, junto a Ellen Harold que fue mi hermana en otra vida, van camino a Nottville para terminar el trabajo que me hicieron empezar— le digo rápidamente—. Quieren acabar contigo y con Brianna. Avisa a tu marido y a Dann. Tenéis que salir de ese Hospital.

—¿Qué?

—Este asunto va más allá de unos negocios, no sé que pasa, ni porqué Jian Lin quiere veros muertas, pero desea hacerse con el imperio de tu padre. A como dé lugar. Y no se parará ante nada. Tiene comprado a varios policías y comandantes de diferentes estados.

Quiero decirle el apellido que Laia pronunció en el coche, pero no consigo recordarlo. Estoy empezando a oír un pitido raro en mi oído que me está adormilando aún más.

—Elizabeth, no estás diciendo nada coherente. No tiene sentido nada de lo que...

La llamada se corta y yo no tengo ganas de volver a ponerme de pie para volver a marcar el teléfono del Hospital. Espero que con lo que he dicho sea suficiente para que me crea. Ya no puedo hacer más.

Me arrastro por el suelo hasta el calorcito que comienza a desprenderse de la chimenea y me acurruco allí como si fuera una gatita a los pies de su amo. Antes de caer dormida creo escuchar a lo lejos sonar el teléfono de la casa pero no le doy importancia. Es imposible que alguien quiera contactar con Maddy o con Jim, ya que es evidente que en esa época del año ellos están en Nottville.

Quizás ya esté soñando despierta.

\*\*\*

**Nottville, Virginia Occidental.**  
**En la habitación de Brianna Jenkins.**  
**Diez minutos antes del mismo día.**  
**Madeleine Garrett.**

Le doy un beso en la frente a mi madre al verla durmiendo. Estoy contenta con la noticia que Erick nos dio hace tres días del estado favorable de su salud. Al parecer, dentro de poco por fin le va a dar el alta. Jim al igual que yo se emocionó y se llenó de felicidad en cuánto lo supo.

Y mi padre ya ni hablar.

Si todo seguía bien como hasta ahora, poco a poco ya vamos a ir saliendo de los problemas. Aleluya.

El teléfono suena en la habitación y voy rápidamente a coger la llamada para que no despierte a mi madre de su sueño. Últimamente no duerme mucho que digamos.

—¿Dígame?

—Tienen una llamada de un familiar para Brianna Jenkins.

—¿Un familiar?

Me quedo mirando el teléfono como si fuera una serpiente que quiere lanzarse a mi cuello en cualquier momento. ¿Un familiar de mi madre? No puede ser.

—¿Buenas tardes?

Oigo una respiración entrecortada al otro lado de la línea telefónica y pienso que quizá esa llamada es equivocada. Estoy a punto de colgar cuando escucho una voz que me deja anonadada.

—Hola, Maddy. Justo contigo necesitaba hablar.

Me quedo sin respiración al reconocer el tono de voz de Elizabeth Stone. ¡Se supone que está muerta! ¿Acaso estoy soñando y ha venido a atormentarme en sueños!

Imposible.

Creo incluso que suelto un grito de impresión.

—¿Elizabeth? ¿Eres tú?

Se queda en silencio, poniéndome de los nervios.

Me doy la vuelta con el teléfono colgado en el hombro para no molestar a mi madre. No quiero despertarla en primer lugar, y en segundo lugar si por cualquier motivo abre los ojos, no deseo que me vea hablando con la mujer que atentó contra su vida.

—Sí, Maddy. Te ruego que no me cuelgues, necesito decirte una cosa muy importante. Bueno, tres cosas importantes.

Ella habla atropelladamente y con esfuerzo. Casi como si estuviera temblando, ¿de frío o de miedo? En realidad no lo sé.

—¿Cómo es que estás viva? Danniell y Jim te vieron morir.

—Sigo viva, al menos de momento.

—¿De momento?

—Sigo con la herida de bala sangrante, y no sé cómo hacer para curarme, pero eso da igual.

¿Herida de bala? ¿Sangrante?

Abro la boca para preguntarle qué diablos significa eso, cuándo la puerta de

la habitación se abre y entra Jim con una bandeja de pastelitos en la mano. Su expresión de felicidad cambia a preocupación al verme tan tensa colgada al teléfono.

—¿Estás bien?

—Sí, cariño— miento en voz baja alejando el teléfono y no sé porqué—. Estoy hablando con admisión, sobre otra prueba que tienen que hacerle a mi madre antes de darle el alta.

Jim relaja su rostro mientras deja a mi lado en la mesita la bandeja con la comida.

—Voy al baño— vocaliza besándome en el cabello—. Te quiero, cariño.

—Maddy, escúchame atentamente— escucho que me exige Elizabeth al otro lado de la línea telefónica, cuando me llevo el auricular al oído—, ni tu padre ni tu marido me creyeron anteriormente, pero espero que tú si lo hagas.

—¿Creerte?— pregunto en voz baja—. Elizabeth, te vi manipulando mi coche. ¡Por tu culpa casi matas a mi madre y a mi bebé! ¿Cómo puedo creerte?

Mi corazón comienza a latir a mil por hora, y es por rabia. Todo el dolor que ha causado en la vida de Danny viene a mí como una bomba de presión y noto que me tenso. Ya no sólo por mi bebé o por mi madre, sino por mi cuñado.

De nuevo siento el impulso de volver a colgar el teléfono para no seguir escuchando las mentiras de una asesina malvada, pero sus siguientes palabras me dejan paralizada, apretando el auricular con fuerza contra mi oído.

—Marcus, el tipo que se hace llamar Alain Scott, junto a Ellen Harold que fue mi hermana en otra vida, van camino a Nottville para terminar el trabajo que me hicieron empezar. Quieren acabar contigo y con Brianna. Avisa a tu marido y a Dann. Tenéis que salir de ese Hospital.

—¿Qué?

No encuentro sentido a lo que está diciendo. ¿Su hermana? ¿Acabar el trabajo que le encargaron a ella? Recuerdo la grabación que Dann me mostró hace tres días y comienzo a sentirme mal sin poderlo evitar.

—Este asunto va más allá de unos negocios— dice casi sin respirar—, no sé que pasa, ni porqué Jian Lin quiere veros muertas, pero desea hacerse con el imperio de tu padre. A como dé lugar. Y no se parará ante nada. Tiene comprado a varios policías y comandantes de diferentes estados.

—Elizabeth, no estás diciendo nada coherente— le digo intentando llamarla a la calma—. No tiene sentido nada de lo que...

El teléfono se corta a continuación y me quedo mirando paralizada el auricular sin saber cómo reaccionar. Escucho a Jim tirar de la cadena del baño en la otra sala y cuelgo el teléfono con lentitud.

Las palabras de Elizabeth —que evidentemente no está muerta, sino muy vivita—, son confusas, y sin sentido. Ha hablado sobre Marcus y una mujer a la que ha definido como su hermana. ¿Ellen Harold es su hermana? Si no tengo mal entendido, Danny me contó que quién la disparó en el cuello según la grabación de video, fue Ellen, la mujer que estaba con Marcus. ¿Por qué una

hermana iba a hacerle eso?

No tiene sentido.

—¿Estás bien, mi amor?

Jim se acerca a mi lado y se arrodilla junto a mí, acariciando mi vientre. Siempre le da así la bienvenida a nuestro hijo.

—Sí, creo que me he quedado un poco traspuesta— murmuro bajando la mirada.

Es la primera vez que le miento y eso me hace sentirme fatal, pero aún no sé qué hacer con la información que me ha dicho Elizabeth. Sé que es evidente que si me ha llamado ha sido por algo. Buscando un fin, y no sé si eso me anima o me agobia más.

¡Danny!

Abro fuertemente los ojos al caer en la cuenta de lo que la llamada de Elizabeth significa en realidad. Está viva, no ha muerto. Tengo en mis manos la posibilidad de quitarle un peso de la conciencia a mi cuñado si le digo la verdad.

Ya podré preocuparme después por ver cómo le cuento a Jim y a mi padre la amenaza que se cierne sobre mi madre y sobre mí por parte del empresario hotelero.

—Cariño...— murmuro acariciando su barbilla con ternura—. ¿Podrías ir a traerme un zumo de melocotón y fresas con nata?

Jim frunce el ceño al oírme. Pongo cara de esposa enamorada fingiendo ser inocente. Cruzo los deditos de los pies pidiendo perdón por fingir un antojo que no tengo. Bueno, al pensar en las fresas se me hace la boca agua, así que no estoy mintiendo del todo.

—Pero cariño, tengo que ir al pueblo a por las fresas. Aquí en el Hospital no lo venden.

—Por favor. Me muero de ganas de probarlas.

Le sonrío conciliadora y él no tiene más remedio que aceptar mi pedido. Me da un beso con lengua que me corta la respiración.

—No salgas de la habitación— me pide serio—. Tu padre vendrá enseguida. No quiero riesgos.

Afirmo mientras le observo caminar hacia la puerta con paso apresurado. Sé que no estará lejos más de quince minutos. Cuando él quiere, hace los recados rápidamente.

Me giro hacia el teléfono de nuevo, para marcar la opción de rellamada. Quiero saber quién me ha llamado. Me quedo literalmente sin habla cuando tras varios tonos de llamada, oigo el mensaje del contestador que grabé con Jim en nuestra cabañita en las afueras.

¡Está en mi casa!

¿Pero cómo...?

No me lo pienso más. A continuación marco el nuevo número telefónico de mi cuñado. Sé que él es el primero que tiene que saber estas noticias. Espero estar haciendo lo correcto.

—¿Dígame?— responde a los pocos tonos.

Su voz suena lejana y apagada. No sé dónde estará, pero espero no pillarle conduciendo. Basta ya de accidentes y de desgracias.

—Danny, ¿dónde estás? Necesito hablar contigo urgentemente.

—Estoy con Mike en su casa— responde tranquilamente—. Quise venir para comprobar que está mejor. Gracias al cielo la infección ya se ha ido y está mejorándose. En breve ya quiere reincorporarse al trabajo.

Entiendo lo que dice. Erick no quiere darme el alta para trabajar y aunque sé que no estoy del todo recuperada para retomar mi vida laboral, puedo entender cuán difícil puede ser el estar inactivo. Más después de todo lo que está pasando en nuestra vida.

—Necesito que compres un par de vendas, antiséptico, hilo de coser, aguja y varios calmantes— resumo con voz seria.

—¿Qué ha pasado?

Se pone serio de repente y sé que se ha levantado de la silla dónde estuviera sentado. Este cuñado mío. No pierde la impulsividad.

—Yo estoy bien, al menos de momento. Ojalá sea así— murmuro acariciando mi estómago—. Tengo un informador que me acaba de llamar.

—¿Un informador?

—Sí. Parece ser que el hombre ese, Marcus y la mujer que está con él, se dirigen hacia Nottville a terminar con mi madre y conmigo.

—¿Qué!?

Me aparto el auricular del oído al oír su grito tan profundo.

—¿Qué demonios has dicho?

Le repito las mismas palabras, pero dichas con más tacto. Le pido que por favor avise a mi padre para que reactive de nuevo la vigilancia en torno al Hospital.

—Nunca se os ha quitado la vigilancia— me responde muy serio, mientras habla en voz baja con Mike.

Puedo oír su voz preocupada hablando en tono muy bajo. Intuyo que está diciendo que se viste para venir al Hospital a hacerme compañía.

—Danny...— murmuro intentando captar su atención—. Escúchame. Sé que esos dos individuos son peligrosos, y no tengo miedo. No voy a separarme de mi madre y voy a dar orden a los médicos para que nadie pase en esta habitación en el día de hoy. Al menos hasta que mi padre o Jim vengan. No quiero riesgos.

Le añado también que el informante que me ha llamado me ha avisado algo sobre alguien que está ocultando información o encubriendo pruebas en la policía, pero no puedo decirle quién es. Elizabeth no me lo ha llegado a decir. No sé si por no saberlo o por no quererlo decir.

Respiro profundamente, sabiendo que ahora viene la peor parte.

¿Cómo le digo que esa mujer sigue viva?

—¿Maddy? ¿Estás bien? Te oigo alterada.

Se me escapa una sonrisa de incredulidad. ¿Alterada? Eso es decir poco. Se supone que tengo que estar aterrorizada. No sólo por saber que dos psicópatas quieren mi cabeza para hacer sufrir a mi padre, sino por haber descubierto que la mujer que mató al primo de mi marido sigue con vida.

Elizabeth Stone es la única persona con la capacidad suficiente para destruir a mi cuñado. La persona que es como un hermano para mí, y aún así aquí estoy yo, a punto de decirle la verdad.

—¿Maddy?

—Te he pedido las vendas y todo eso porque tienes que ir a mi cabaña, Danny. Urgentemente. Hoy a poder ser posible.

—¿Por qué?

Inspiro hondo sin saber qué palabras usar para decirle lo que está sucediendo.

—Sólo lo sé yo y ahora tú. No sé hasta que punto debo contarle o guardar la información— murmuro con tristeza—. Y Dios sabe que no es santo de mi devoción, por todo el daño que ha hecho a mi familia, pero... algo dentro de mí me dice que tengo que decírtelo sólo a ti, cariño.

—Maddy, ¿qué está pasando? Me estás poniendo de los nervios, cuñadita.

Me decido por ser directa. Espero estar haciendo lo correcto.

—Es Elizabeth, Danny. Ella es la informante que me acaba de llamar.

Oigo un golpe y una exclamación de incredulidad por parte del hermano de Jim. Está asimilando mis palabras con lentitud.

—¿Puedes repetir eso?

—Tu presentimiento era cierto— le digo recordando lo que me dijo la última vez que hablamos de Elizabeth en la cafetería del Hospital, tres días atrás—. Tu corazón te decía que ella no podía estar muerta, y al menos de momento eso es verdad. Sigue viva, pero no sé por cuánto tiempo.

Estoy repitiendo las palabras de ella sin ser consciente de ello. ¿Eso fue lo que me acaba de decir, no?

—No sé cómo pero ha conseguido entrar a nuestra cabañita. Según ella, a parte de avisarme del peligro que se cierne sobre mi madre y sobre mí, me ha dicho que sigue herida por el disparo de la tal Ellen Harold. No se oía muy bien. Se cortó la llamada a los pocos minutos, pero entendí que no estaba bien. Si quieres arrestarla, este es el mejor momento.

Danny repite en voz baja mis últimas palabras.

Cierro los ojos, aliviada en cierta manera por haber descubierto que esa mujer aún sigue con vida. Las palabras que yo misma dije con anterioridad son ciertas y vuelven a mi memoria ahora. Yo no quiero que Elizabeth Stone pague sus delitos con su muerte, sino en la cárcel.

¿Y qué mejor castigo para ella, que quién vaya a encarcelarla sea Danniell Garrett? Supuestamente el hombre que ella ama.

Por eso no le he dicho nada a Jim. No. El Garrett que tiene que hacer justicia por la muerte de Fran es Danny. Sólo él.

—Pero antes de arrestarla, tendrás que curarla. Muerta no podrá pagar por sus delitos, cariño.

—Por supuesto— responde él con voz ronca—. No te separes de tu madre, ¿sí? Mike sale hacia el Hospital en este momento. Mantente alerta. Y no dejes pasar a nadie a la habitación. Ni siquiera a Erick. Ya se han metido en esa habitación gente indeseada con intenciones deleznable. No le demos una nueva oportunidad de hacernos daño.

—Te lo prometo.

Oigo que mi madre se mueve inquieta en la cama, y le digo a mi cuñado que tengo que colgar para estar con ella.

—Vale, pero escúchame una cosa— me dice en voz muy baja—. No preguntes porqué, pero te pido que no hables con nadie más sobre la identidad de tu informante. Al menos hasta que yo lo haga. Necesito tiempo.

¿Tiempo? ¿Para qué?

Una idea horrible pasa por mi cabeza, y temo haber llamado a la persona equivocada.

—Danny, prométeme que cuando se cure que vas a llevarla a la cárcel— le pido apretando con fuerza el cable del teléfono—. Ella mató a Fran, disparó a Mike y casi mata a mi madre. Sea cuales fueran los motivos que tuvo para hacer esas acciones, el caso es que ella cometió los delitos. Y tiene que pagar por ello. Prométeme que le pondrás las esposas.

*Por favor. Por Fran.*

—Sí, Madeleine— me dice en voz baja—. Tienes mi palabra. Te juro que como Danniell Garrett que soy que Elizabeth Stone pasará el resto de sus días en prisión. Por Fran.

Le doy las gracias, colgando el teléfono con un suspiro.

El resoplido de una persona en la puerta hace que lleve las manos al corazón. Me pongo roja como tomate de granja al ver a mi marido mirándome con enojo. Oh, oh. Ha escuchado todo.

—No sabes mentir, cariño.

—¿Llevas ahí todo el rato?— pregunto con timidez.

—Cada instante desde que te besé en los labios.

Camina hacia mí y tomándome en brazos me atrae a su cuerpo con delicadeza. Se le ve enfadado conmigo por mi mentira, pero aún así se comporta con dulzura.

—Jim, yo...

—Entiendo porqué has querido decírselo primero a Danny— me dice sentándose él en un sillón que han en la estancia, conmigo a su lado.

Me mece con ternura, como si yo fuera una niña pequeña.

—También entiendo que ibas a avisarme del peligro que viene hacia Nottville— dice intranquilo.

—Cariño, yo...

No me da opción a terminar de hablar, se lanza a mis labios con pasión, pero

también con algo de temor. Es evidente que saber que estoy en peligro nuevamente le asusta. Y mucho.

—Nada va a pasarme— le digo entre beso y beso—. Ni a mí ni a madre.

—¿Sabes que estoy empezando a pensar, muy en el fondo de mi corazón, que de verdad Elizabeth Stone quiere protegerte? A su manera claro.

Me separo de él sorprendida. Y mucho.

—¿Qué?

—No he creído a pies juntillas su confesión— añade seriamente—. Pienso como tú. Debe pagar por lo que ha hecho. Un crimen es un crimen, independiente de la razón por la cual lo haya cometido. No hablo de eso.

—¿Entonces?

—Esta es la segunda llamada que nos hace para advertirnos del peligro. ¿O quizá la tercera? No llevo la cuenta. Si tan malvada es... ¿por qué lo hace?

Me encojo de hombros, porque yo tampoco tengo la respuesta. Ojalá la tuviera.

—Tal vez en su interior, en su mente retorcida siente algo de cariño hacia nosotros.

Jim suspira ante mi comentario y yo lo hago con él.

Con cuidado de no hacerme daño en la rodilla fracturada, me apoyo más en él cerrando los ojos.

—Perdóname por haberte mentado— susurro con tristeza—. Te prometo no volver a hacerlo.

—Más te vale, señora Garrett.

Acaricia mi cabello con ternura, besándome de vez en cuando en la punta de la nariz. Sé que en el fondo no está enfadado conmigo. Sólo está preocupado por mi bienestar.

Y es normal, ¿qué hombre normal y corriente no se pondría nervioso si se entera que un hijo de puta está detrás de su mujer?

—¿Danny va a ir a por Elizabeth, no?

Afirmo lentamente.

—¿Tú crees que va a arrestarla?— me pregunta inquieto.

—Lo ha prometido dando su palabra de Garrett.

Jim suspira aliviado al oírme. Y creo que eso me hace sentir tranquilidad a mí también. Danny no hubiera dado su palabra si no pensara cumplir la promesa. En ese sentido, mi cuñado siempre ha sido muy leal.

Nunca hace un juramento en vano.

Sea cuál sea la palabra dada, la cumple, pase lo que pase. Por eso puedo estar en paz con la situación. Sé que tarde o temprano Elizabeth Stone estará en prisión y quién la entregue a la autoridades no será otro que Danniell Garrett, mi cuñado.

# Capítulo 14

**En la cabañita de los Garrett.  
14 de Febrero 2017  
Elizabeth Stone.**

El ambiente lo noto pesado y muy caluroso. Quiero girarme y cambiarme de postura para alejarme de las llamas de la chimenea artificial, cuando escucho crujir una cama de muelles bajo mi peso.

Abro los ojos sorprendida al ver que estoy tumbada encima de una cama. ¿No me había quedado acostada en el suelo del salón antes de caer dormida?

Miro a derecha y a izquierda en la estancia, intentando averiguar dónde estoy, y parpadeo incrédula al reconocer la habitación como la mía. Al menos la que Maddy me asignó cuando Jim me encontró herida en la nieve.

¿He sido capaz de andar hasta aquí para acostarme en la cama con fiebre, entumecimiento y dolor?

Aprieto los dientes esperando sentir dolor proveniente de la herida de mi hombro al querer incorporarme en la cama y me quedo sorprendida al ponerme en pie y no notar nada. Vale, no soy un robot. Si es cierto que siento malestar e incomodidad proveniente de los nervios de mi hombro derecho, pero no es un dolor tan ardiente como el que sentía antes.

Estoy como... sedada.

¿Sedada?

Camino para ir al cuarto de baño que sé que hay en esa misma estancia y al encender la luz para ver mi reflejo en el espejo, parpadeo incrédula al ver que ya no estoy vestida con la ropa de empleada de hogar que tenía antes.

Estoy vestida con un pantalón y una camiseta de pijama.

Mi propia ropa de la maleta.

Me llevo la mano izquierda a los ojos y me restriego los ojitos esperando averiguar si estoy soñando o si es real todo eso, pero al ver que por mucho que me toco los ojos, sigo viéndome vestida con ese pijama, me convengo de que no estoy soñando.

Me bajo con cuidado la manga del brazo derecho y ahora sí que me quedo muda al ver una venda ocultando la herida del disparo y de las puñaladas de Laia.

Empujo al último rincón que tengo en la mente el recuerdo de mi hermana e intento concentrarme en el presente que tengo ahora. Es evidente que alguien ha entrado en la cabaña de Maddy y de Jim, y que ha atendido mis heridas.

¡Hay alguien en la casa!

Quiero encerrarme en el baño y echar la llave al comprender que alguien ha tocado mi cuerpo –posiblemente incluso me ha visto desnuda—, y me ha curado, dándome algún tipo de calmante que ha amenizado el dolor de la herida en el hombro.

¡Calmante!

*Por Dios, que no me hayan dado drogas otra vez,* rezo casi con vehemencia para mis adentros, *que sea cualquier persona menos Marcus o Laia. Quiero ser consciente de mis acciones. No quiero volver a ser hipnotizada o manipulada para hacer algo que yo no quiero.*

El sonido del teléfono momentos antes de irme a dormir me hace darme cuenta que posiblemente alguien ha podido conseguir mi ubicación tras mi llamada al Hospital General de Nottville. Intento por ello recordar si puse el número en llamada oculta antes de haber llamado al Hospital, pero no consigo acordarme de eso.

¡Ni siquiera he estado consciente cuándo han tenido que cerrar la herida!

Siento impulsos de quitarme la venda para ver qué hay debajo, pero al levantar el brazo para hacer el intento, y notar algo de tirantez en la parte superior del hombro, me lo pienso mejor. Ya que ahora no me duele en exceso, prefiero dejar ese mal trago para después.

Voy al inodoro y hago mis necesidades por hábito, más que por urgencia. Mi cuerpo me pide retrasar el momento de averiguar la identidad de la persona que está conmigo en la casa. Quiero disfrutar aún de un poco de paz.

Intento levantar con mi mano sana el hombro que tengo recién vendado, pero enseguida compruebo que está inmóvil, como inerte. No hay forma de que reaccione. Espero que sea asunto del calmante. Por nada del mundo deseo que me hayan inyectado algún tipo de droga.

Me limpio con dificultad y tras terminar vuelvo a mirarme en el espejo una última vez. Mi cabello está limpio y nada sudado. Entiendo que a parte de curarme el balazo, también me han bañado y adecantado físicamente.

¿Quién se habrá tomado tantas molestias?

Contemplo mi cicatriz con tristeza. Un buen recordatorio de mi vida en las calles.

Salgo del cuarto de baño y del dormitorio y me dirijo hacia el salón. Todo está oscuro y en silencio. No veo a nadie allí. Camino hacia la puerta y al intentar girar el pomo no me sorprende descubrir que está cerrada con llave. Me fijo en el cristal que rompí al llegar y al verlo reparado, entiendo que el extraño no sólo me ha curado a mí. También ha arreglado la casa para hacerla inaccesible.

Pues vaya.

Aparto un poco la cortina de la ventana para mirar al exterior y siento un poco de desesperanza al ver que el coche de West ya no está aparcado ahí. Se me

encoje el corazón al recordar que mi maleta con todo mi dinero estaba allí, y ya no está.

—De nuevo no tengo nada.

Lanzo un poco de vaho hacia el cristal y con mi dedo índice dibujo una rosa con espinas. Así es como me siento yo ahora. Llena de espinas que se clavan en mi piel torturando ya no sólo mi cuerpo, sino mi alma también.

—¿Qué demonios...?

Acerco tanto la cara a la ventana que parece que si abro la boca puedo comerme el vidrio. Junto al porche a la izquierda está apostada una moto, una Harley que antes no estaba allí.

¡La moto de Dann!

Escucho pasos en mi espalda y suelto un grito de incredulidad al ver a través del reflejo de la ventana al menor de los Garrett. Tiene en sus manos unas esposas que me señala con expresión seria. ¡Está justo a mi lado! Después de las largas semanas huyendo de él, vuelvo a verle frente a mí.

—Si te portas bien no tienes porqué ponértelas, al menos de momento— me dice en un susurro bajo.

Me giro para mirarle de frente y me tengo que apoyar contra la pared para no caerme de bruces, de nuevo. Dann. Ante mí. Cierro y abro los ojos repetidamente quizá esperando que sólo sea un espejismo de mi imaginación y que en un parpadeo se vaya. Enseguida compruebo que no es así.

Dann Garrett me ha encontrado. Y lo que es peor, me tiene encerrada en la casa.

—La comida estará lista en un minuto. Piénsate si deseas pasar estos días recuperándote de la herida de bala esposada o no. Es tu elección.

Me da la espalda y sin darle importancia a mi presencia allí, camina hacia la cocina lanzando las esposas al aire una y otra vez. Como si estuviese jugando. Conmigo. Mis piernas tiemblan y ya no es debido al frío o a la enfermedad. Tiemblo de emoción.

¡Estoy en la misma casa en la que conocí a Dann! ¡Y estamos a solas!

Oh dios mío. Entiendo que ha sido Dann quién me ha curado y quién me ha visto desnuda, una vez más.

—¿Por qué si sabes todo lo que hecho?

Hago la pregunta en voz alta, pero es evidente que nadie me responde. Ahora mismo Dann está en la cocina preparando algún tipo de comida. Mi estómago gruñe deseoso de probar comida. Ni recuerdo la última vez que comí algo.

Me alejo poco a poco del salón y con mucha más timidez de la que nunca hice gala en compañía del menor de los Garrett, entro en el salón con paso indeciso. Evidentemente mi vista en seguida se posa en los músculos que se forman en la espalda masculina al estar trasteando con los cacharros de comida. Parece muy cómodo allí, cocinando para mí.

Tiene incluso la radio encendida. Suena muy flojita pero se entiende

perfectamente lo que está diciendo el locutor. Quizá por eso no lo oí desde el salón cuándo bajé.

—Estimados oyentes, estamos informando desde Virginia Occidental, al Oeste del País. La temperatura empezó a bajar desde anoche. Fuertes nevadas se esperan por las carreteras interestatales que cortarán el tráfico a todo tipo de vehículos por unos días. Si alguien está interesado en viajar a nuestro estado, o hacia el Este, se llevará una sorpresa cuando vea los caminos cortados. La nieve no es buena consejera en viaje.

Frunzo los labios disgustada al entender lo que eso significa. Igual que cuando fui a parar a esa casita, en breve van a cortar las carreteras por el temporal. Eso quiere que voy a estar incomunicada junto a Dann por más tiempo del previsto.

—Como en los viejos tiempos, atrapados por la nieve— comenta él, pillándome por sorpresa.

Le miro a los ojos y me altera ver que no hay ni rastro del color azul que tanto me gustaba en él. Sus ojos son ahora de un tono gris que me asusta realmente. Se parece al color del tinte de pelo que me puse cuando viví en la calle.

Pone un plato con un tenedor y un vaso de refresco a un lado de la mesa, mientras se sienta en el otro, con su propio plato ya servido de antes.

Camino sin decir ni una palabra hacia el lugar que está libre y me siento en él, con miles de pensamientos cruzando por mi mente. No sé cómo reaccionar, ni qué emoción tener con respecto a estar de nuevo tan cerca de Dann.

La última vez que estuvimos frente a frente – sin contar el conato de secuestro de su amigo West—, me vio apuñalar a su primo y disparar contra su mejor amigo en el vientre. No son recuerdos que ayuden a tratar de hacernos amigos nuevamente.

—¿Podrás comer tú sola?— me pregunta sacándome de mis atormentados pensamientos.

Miro compungida mi mano derecha –soy diestra evidentemente—, y levanto la izquierda para ver cómo cojo el tenedor. Es tanta el hambre que tengo, que me olvido de los buenos modales y al ver qué comer con la mano izquierda es algo que no se me da especialmente bien, me decido a probar bocado directamente con los dedos.

Son huevos revueltos y salchichas. No tengo porqué convertirme en una señorita de buena cuna justo en ese momento. Y menos cuándo mi estómago me está pidiendo a gritos devorar todo lo que encuentre a mi paso.

—Una buena forma de comer, sin lugar a dudas— dice él encogiéndose de hombros.

Me concentro en escuchar la radio mientras como de forma frenética. Así intento no obsesionarme con mirar cada movimiento que hace el menor de los Garrett frente a mí. ¡Le he echado tanto de menos, que incluso verle comer me resulta placentero para la vista!

*La radio, concéntrate en la radio*, pienso ordenándomelo con fiereza.

—Y eso es todo por hoy...— comienza a decir el interlocutor, haciéndome gruñir de rabia al ver que mi plan de distraerme con la radio se va al garete—, feliz día de San Valentín a todos los presentes.

Me atraganto con la salchicha que estoy comiendo, tanto que tengo que beber el refresco de golpe si no quiero ahogarme. San Valentín. Ha dicho día de San Valentín. No sé qué me horroriza más si saber que han pasado tantos días desde que Laia me disparó o si saber que estoy a solas con Dann justo en el día de los enamorados.

—La comida hay que masticarla— me dice él sin mirarme a penas.

Es evidente que está comportándose como si yo le diera igual y eso quiera aceptarlo yo o no, me duele más de lo que puedo querer reconocer. Es evidente que está tratando de hacer como si yo no existiera, y no sé si eso pertenece a alguna especie de juego que no logro comprender del todo.

Vuelvo a fijar mi vista en la comida, y comienzo a comer lentamente. Con calma. Prefiero ocupar mi atención en una cosa al mismo tiempo.

Primero voy a llenar el estómago, después ya me preocuparé por qué hacer con Danniel Garrett.

\*\*\*

Una vez dejo el plato limpito como una patena veo una mano masculina coger mi plato pasando casi por encima de mi cabeza. Me llevo la mano izquierda al corazón sorprendida. No le vi venir.

—Si prefieres jugar al juego de ignorarme por mí está bien. Sólo te pido que no brinques del susto cada vez que me acerque a ti, sino vas a pasarlo muy mal estos días que estemos solos— me dice casi con frialdad—. A fin de cuentas soy yo quién tengo que seguir desinfectándote la herida cuando se te pase la anestesia.

¿Anestesia?

Eso quiere decir que me ha puesto sedación, nada de drogas. Siento tanto alivio que me gustaría comenzar a reír como una loca. Sé que eso no ayudaría mucho a mi causa, pero bueno.

—¿Desinfectándome?— pregunto intentando averiguar qué narices ha hecho con mi herida.

—Cuando te encontré en el suelo del salón temblabas como un muelle y ardías en fiebre—empieza a decir mientras limpia los platos que ensuciamos. No me mira a los ojos en ningún momento—. Eso por no contar la herida sangrante del brazo, no sólo del disparo de bala, sino de la puñalada que te dieron.

Vaya. Por lo visto sí que estaba mal. Tal vez Marcus y Laia tenían razón en una cosa. Si Dann no me hubiera encontrado, las heridas sufridas habrían acabado conmigo.

—Si tan mal estaba, ¿cómo es que ahora me siento relativamente bien?—

pregunto con voz neutra.

—No te va a durar mucho.

Su voz me da muy mala señal.

—¿Qué quieres decir?

—Ahora estás relajada por efectos de la sedación, señorita Stone. Cuando se te pase la anestesia, el dolor volverá y más intensamente que antes.

Mi rostro se pone blanco sin necesidad de que nadie me lo tinte. ¿De nuevo me va a doler? No suelo ser chica de decir palabrotas, pero ¡menuda puta mierda! Joder, no quiero volverlo a pasar mal.

Imagino que mi silencio se hace muy pesado porque Dann cierra el grifo del fregadero y se gira hacia mi para mirarme con los brazos cruzados. Su expresión es intensa. Mi estómago tiembla y ya no de hambre, sino de nervios. Es evidente que ya no siente ni pizca de cariño hacia mí. No se parece en nada al Danniell Garrett que yo conocí casi dos meses atrás.

Y todo por mi culpa.

—Si te preocupa el dolor, tengo calmantes, medicinas y vendas suficientes para darte un adecuado tratamiento mientras estemos encerrados en esta cabaña — comenta con frialdad—. Maddy fue la que me dijo que cosas podías necesitar para atender tu herida.

—¿Maddy?

—Sí, mi cuñada es doctora a fin de cuentas y aunque tú hayas querido matarla en el pasado, ella tiene mejor corazón que tú. No iba a dejarte sufrir.

Bajo la mirada con tristeza. Primera puñalada que me lanza. Es obvio que Dann me odia. Y mucho. ¿Por qué me va a querer curar, entonces? ¿Por qué?

—Puedes ir a tu dormitorio si quieres para descansar un rato. Imagino que con tu poco peso actual, pronto comenzará tu calvario de nuevo.

Sé que espera que haga lo que me diga sin rechistar y aunque de verdad quiero hacerlo. Alejarme de su vista es lo que más deseo hacer en estos momentos, no lo hago. Mis piernas no se mueven.

He soñado tanto con poder estar delante suya otra vez, que ahora que lo he logrado, no quiero irme. Aún odiándome y todo, verle junto a mí me llena de una tranquilidad que es difícil de explicar.

Fingir estar enamorada de él, ¡ja! Nunca fue un fingimiento, ni una orden que seguí al pie de la letra de Marcus o de Jason. Me enamoré perdidamente de Danniell Garrett desde el primer instante que le vi, en aquella fotografía.

Mi Dann.

Levanto la mirada y durante un segundo quiero creer que vi cómo los ojos de Dann se tornaban en azul al estar contemplándome. Pero no. Al parpadear, de nuevo el gris sigue apareciendo allí en su mirada.

—¿No vas a esposarme, entonces?— pregunto casi con timidez.

—Estás encerrada aquí. No veo necesario crearte más dolor, al menos de forma innecesaria— dice en contra de su voluntad—. Aunque claro, todo depende de tu actitud. Si te portas mal, pienso atarte sin remordimiento de

conciencia. No quiero que juegues sucio conmigo, Elizabeth Stone. No estoy para juegos, créeme.

Le digo que sí con la cabeza, entendiendo sus reglas. No tengo nada contra ellas. Bastante “considerado” está siendo, imagino. Sabiendo que yo soy la famosa psicópata de Carson City, tratarme así es... raro.

Se aleja del fregadero y ante mi asombro camina hacia mí. Su expresión sigue estando seria y distancia. Trago fuertemente con la garganta seca.

Se coloca a mi lado y sin apenas hacer el intento de tocarme consigue que mi vista se clave en la suya. Como si mis ojos fueran imanes y sintieran la profunda necesidad de quedarse fijos en los suyos.

¿Eso es estar enamorada?

—No me entiendas mal— comienza a decir apretando los nudillos hasta dejarlos del color de la nieve—. No he olvidado que tú mataste a mi primo. Ni que disparaste a bocajarro a mi mejor amigo.

—Yo...

—Tampoco se va de mi mente que atentaste contra mi cuñada y su madre. Casi matas a mi sobrino, que aún está creciendo en el vientre de su madre. ¿Cómo olvidarlo tan fácilmente?

Vuelvo a intentar abrir la boca para decir algo que me defienda, pero aunque Dann se queda callado, esperando mi respuesta, yo no hablo. ¿Qué tengo qué decir? No tengo excusa, ni explicación. Ninguna razón válida que usar como argumento a mi favor.

—Por todo eso, te vuelvo a hacer la misma promesa que te hice unas semanas atrás— continúa diciendo en tono de voz muy frío—. Voy a ser yo el que con gusto te envíe a prisión. Te pondré las esposas que tengo en el bolsillo cuando te recuperes y el temporal de nieve se haya ido de este lugar.

—Dann...

—Una vez te pedí que confiaras en mí— me interrumpe apoyando las manos en la mesa. Puedo sentir su aliento en mi rostro—. Casi te lo rogué si mal no recuerdo. Y tú no lo hiciste. Me mentiste, y me manipulaste a tu antojo, como si yo fuera una marioneta. Te antepuse a mi familia y me equivoqué. Casi les pierdo a ellos por tu causa.

Quiero dejar de escuchar, e interrumpirle, llevando mi mano izquierda a su antebrazo. Creo que necesito pedirle una oportunidad para que me deje explicarle todo tal cual había sucedido. Hacer como con Mike West. Confesarle toda la verdad.

Ahora era el momento.

—No—dice él, alejándose de mi contacto como si yo fuese repulsiva—. Tú nunca más volverás a tocarme.

Regresa a la mesada de la cocina y cogiendo una manzana del cesto de fruta, comienza a comérsela con tranquilidad.

—Ahora sólo siento odio hacia ti. Voy a curarte para que cuando te envíe a la cárcel estés en perfecto estado para que pagues por tus delitos. Ese será tu

castigo, Elizabeth. Pasar el resto de lo que te queda de vida en prisión.

No me quedo a escucharle mal. Estoy a punto de echarme a llorar como una tonta y sé que ahora no es el momento. ¡Qué egoísta soy! Dann no está más que diciéndome la verdad de lo que siente y yo sólo quiero que deje de hablar porque me duele todo lo que dice.

¿Cómo puedo ser así?

Me levanto de la mesa con la cabeza baja y me dirijo hacia la salida de la cocina, dispuesta a encerrarme en mi habitación. Si de verdad voy a pasar dolor, prefiero pasarlo sola. Bastante ya tengo que sufrir viendo el desprecio de Dann hacia mi persona.

—Sé que mi palabra no vale de mucho ahora, pero te prometo que no voy a causarte problemas. Cuando decidas que es el momento de que me entregues ante la Ley, consentiré. No quiero luchar más, Danniell.

No me detengo a ver si mis palabras significan algo para él o no. He perdido el derecho de llamarle Dann, por eso decido a hacer como si él fuera el poli bueno y yo la criminal malvada.

Mejor eso que demostrarle lo mucho que me duele su distanciamiento.

\*\*\*

En cuanto subo al dormitorio, cierro con llave la puerta de mi habitación y me tumbo en la cama de un golpe. Caigo del lado del brazo derecho, pero como sigue anestesiado no siento dolor. Al menos físico, claro.

Evidentemente en cuanto mi corazón vuelve a latir a la velocidad normal, rompo a llorar como una boba. Me encojo en la cama, con la almohada apretada en mi pecho y suelto hipidos y gemidos de pura angustia.

Dann me odia.

—*Ahora sólo siento odio hacia ti. Voy a curarte para que cuando te envíe a la cárcel estés en perfecto estado para que pagues por tus delitos. Ese será tu castigo, Elizabeth. Pasar el resto de lo que te queda de vida en prisión.*

Sus últimas palabras se clavan en mi cabeza e intensifican mi llanto. No puedo liberarme de su desprecio. Tanto amor que me prodigaba antes. Tanta devoción que sentía hacia mí, convertido en odio. Eso es lo que he logrado con mentir y con ocultar la verdad.

¿Qué hubiera pasado si yo hubiera sacado valor y le hubiera contado todo desde un principio?

No tengo la respuesta y sé que nunca voy a tenerla.

Creo oír ruidos al otro lado de la habitación y apretando mi cabeza contra la almohada ahogo allí mis lágrimas. Es imposible que el menor de los Garrett me haya seguido hasta mi dormitorio, ¿para qué? ¿Para seguir prodigando que me desprecia?

Él no es así.

Pongo la mente en blanco y cerrando los ojos, viene a mi memoria un

recuerdo ya olvidado. Uno más que navega entre la maraña de mi pasado. Enterrado en mi cerebro, gracias a las malas mañas de Marcus.

\*\*\*

*Toulouse, Francia.  
25 de Agosto de 2016*

*Le doy un par de billetes al taxista, agradeciéndole el trayecto hacia la Plaza del Capitolio. Según el programa de interés turístico y regional que he sacado de la agencia de viajes, ese lugar es ideal si no quiere descansar y pensar las cosas con calma.*

*Está situada en el centro del pueblo, por lo que el viaje desde el aeropuerto no ha sido difícil, y evidentemente nada caro. Mi viaje a Madrid me ha dejado con pocos recursos y todo para no conseguir nada. Laia ya no estaba allí.*

*Puedo ver el ayuntamiento en mitad de la Plaza y varios restaurantes que llaman la atención por el color de sus paredes. Rosa. Muy llamativo para mi gusto, pero a los franceses parece no importarle ese detalle.*

*Miro atentamente en todas direcciones y hasta que no encuentro la figura que busco no me muevo.*

*—Buenos días, Marcus— le saludo sentándome a su lado.*

*Alza una ceja con la sorpresa reflejada en la cara. Parece que no esperaba verme allí. Curioso, le había dicho a Jason que antes de mi regreso a casa quería pasarme a hablar con él.*

*—Elizabeth, es agradable verte por aquí.*

*Abro la carta del menú que está colocada encima de la mesa y le pido al camarero una bebida que contenta mucho alcohol. No suelo beber mucho, pero ese día lo necesito.*

*—Espero que invites tú— le digo a mi acompañante con una sonrisa.*

*—¿Qué quieres, Elizabeth? Hasta dentro de cinco días no habíamos quedado para vernos.*

*—Quiero saber dónde está Laia.*

*Voy directo al grano.*

*Mi encuentro con Joanne Pearson no ha dado los frutos esperados. Hablar con ella ha sido más frustrante que otra cosa.*

*—Yo no tengo contacto con tu hermana— me dice alzando una ceja con sorpresa—. Te dije que fueras allí porque pensé que al ser su trabajo la encontrarías.*

*Le miro fijamente sin saber si me está diciendo la verdad, o no. Como mago profesional que es, puede ser un buen mentiroso si así lo desea. A fin de cuentas, hacer trucos de magia consiste en eso. En engañar el ojo humano.*

*—Por eso he venido a verte en persona. Necesito saber si mi hermana está bien y dónde está. Según sus compañeros del Hotel, hacía unos días que ya no se aparecía por su trabajo, y es la jefa digamos. Raro de narices.*

*Marcus se encoje de hombros, comiendo su plato con calma. Como siempre en él, o al menos desde que le conozco, no parece alterado para nada.*

—Tu hermana aparecerá cuando ella así lo desee. Es simple, cariño.

No me gusta su respuesta y me levanto de mi silla con un mal presentimiento recorriendo mi cuerpo. Marcus me oculta algo, puedo verlo. Lo siento.

—Siéntate— me ordena poniendo voz dura.

Mis piernas hacen lo que él dice, y en contra de mi voluntad.

—Yo...

—Voy a contar hasta tres y dejarás de recordar el nombre de tu hermana por varios días — chasquea los dedos delante mis ojos—. Después olvidarás tu viaje a Madrid. No recordarás haber conocido a Joanne Pearson, ni haber descubierto que Laia ya no está trabajando en ese hotel.

El sonido de sus dedos taladra mi cerebro y me quedo mirándole embobada. No entiendo nada.

—¿Marcus?

Él me sonríe, mostrando sus dientes blancos en el intento.

—Querida, ya tienes que coger el avión. Tu vuelo a Westport saldrá en breve.

¿Sí?

Intento recordar qué hago allí, pero no me acuerdo.

—Todo está bien, querida. Hemos disfrutado de unas buenas vacaciones que ya se terminan. Yo tengo un espectáculo que dar esta noche. Mañana regresaré yo. Nos vemos en cinco días en mi casa ¿sí?

Asiento, levantándome de la silla con dolor de cabeza.

Camino hacia la salida de la Plaza en la que estoy, y pestañeo confusa al no saber qué dirección tengo que dar para ir al aeropuerto. ¿En qué ciudad he pasado las vacaciones?

Me giro para ir hacia donde está Marcus y allí preguntarle a él directamente, cuando me quedo sin habla al ver a una mujer besándole en los labios, antes de sentarse a su lado. Toma el vaso de un líquido de color ámbar que le deja el camarero enfrente y bebe de un sorbo un trago.

Es una mujer esbelta, de color castaño, y con gafas de sol. Me resulta familiar, pero no logro saber en qué aspecto.

—¿Señorita?

Me giro ante la llamada de un taxista que ha parado a mi lado con su coche.

—¿Regresa ya al aeropuerto?

Tengo la sensación de que me conoce.

—Antes me dio billete de más, si quieres puedo acercarle al aeropuerto haciéndole un buen descuento. Soy un hombre honesto.

Le agradezco el ofrecimiento y antes de entrar en el interior, le pido que me espere un minuto.

—Ahora vengo. Si me espera le volveré a dar propina.

—Aquí estaré, señorita— sonríe él, encendiendo un cigarrillo de olor nauseabundo.

Regreso al lugar donde está Marcus y me mira con cabreo al verme aún allí. La señorita que está a su lado, se encoje en el asiento bajando la vista más aún si cabe. Sus gafas de sol le ocultan el rostro.

Miro la mesa donde están sentados los dos y recién me fijo que hay otro asiento vacío

*pero con un plato de comida servido ya.*

*Marcus sigue mi mirada hasta ese asiento y se levanta veloz del asiento con el ceño fruncido.*

*—Es hora de irte, tu avión se irá sin ti, cariño— escupe con ira latente.*

*Quiero despedirme de la señorita que evade mi mirada, pero el brazo de Marcus se aferra al mío y me lleva casi a rastras hasta el taxi.*

*—No quise molestar. No sabía que estabas teniendo una cita romántica.*

*—Buen viaje. Ya hablaremos.*

*Me tira con brusquedad al interior del taxi y dándole la dirección al taxista del aeropuerto, le exige que me saque de allí rápidamente. Quiero echarle un último vistazo a la mesa donde estuve sentada unos instantes antes y pego mi cara al cristal del coche con la boca abierta.*

*Puedo ver cómo Marcus saluda a un hombre que recién llega a la mesa y le abraza como si fuera un amigo de toda la vida. Hasta ahí todo es normal, pero lo raro del asunto es el rostro del hombre.*

*Es alguien que yo únicamente he visto en fotos y retratos.*

*¡Es Fran Krantz!*

\*\*\*

*En la actualidad.*

Tomo conciencia del lugar dónde estoy en la actualidad, tras recordar mi viaje a Francia, cuando el primer ramalazo de dolor comienza a avisarme que la tortura ya está de regreso a mi cuerpo. Ya no es psicológico, sino físico, y en este instante es peor.

Mucho peor.

Muerdo la almohada ahora con fuerza, y dejando que las lágrimas sigan brotando de mis ojos, me llevo la mano izquierda al brazo derecho para acariciarlo suavemente. Estoy recuperando el movimiento en esa mano e inevitablemente, junto a su reacción viene la sensibilidad. Y con ella el dolor.

¡Y qué sufrimiento!

Los pinchazos de hipotermia que sentí meses atrás en aquella misma estancia se han quedado en nada comparado con lo que me viene ahora. Parece ser verdad ese dicho que dicen que la anestesia solo duerme temporalmente un mal. Cuando el efecto se va, lo malo regresa. Y con doble intensidad.

Escucho unos golpes en la puerta. Sé que se trata de Dann. Imagino que ya sabe que el efecto del calmante ya se ha ido y viene a darme algo más.

No contesto a su llamada.

No estoy haciendo ruido, así que procuro permanecer en silencio, y finjo estar dormida. No quiero ver a Danniell, al menos no ahora que acabo de recordar que Marcus y Fran se conocían en persona.

Ahora entiendo algo mejor el porqué Jason tenía fotografías de Fran. Eran amigos. O al menos conocidos. ¿Por qué entonces me hizo matarle? Me concentro en esa imagen en mi cerebro y aunque el dolor de mi cuerpo no se va, lo disimulo.

La mujer de mi recuerdo también acude a mi memoria y sé sin lugar a dudas que tenía que tratarse de Laia, o mejor dicho Ellen. Según ellos mismos, mi hermana Laia, la niña que creció conmigo, ya no existía. Se había convertido en Ellen Harold, la futura segunda esposa del magnate Jian Lin.

Nada que ver con la joven de Westport a la cual le gustaban los vestidos de lujo, nadar e ir en bicicleta. Siempre con una sonrisa.

—Hasta que las drogas pudieron con ella.

Muerdo con más fuerza la almohada cuando el dolor se intensifica. Las palabras de Dann avisándome de lo que podía pasar vienen a mí, y le maldigo. Como siempre, ha tenido razón.

De nuevo la puerta suena con un golpe y esta vez no se conforma sólo con llamar con los nudillos. También habla.

—Elizabeth, abre la puerta, aquí tengo tu calmante. Tienes que tomártelo. Ya ha pasado hora y media desde que se ha tenido que ir el efecto de la anestesia.

¿Hora y media?

—Estoy bien— grito intentando fingir que digo la verdad—. No necesito nada. Quiero dormir nada más. Vete.

Si mis palabras le molestan no lo deja ver.

—Como tú quieras.

Oigo sus pasos alejarse rumbo al salón y yo dejo salir los sollozos que he contenido a la hora de decir mi mentira.

¡Joder! Malditas sean las armas de fuego.

\*\*\*

A través de la ventana de la habitación he podido contemplar cómo los copitos de nieve caían contra el suelo en las horas siguientes a que el dolor viniera a mí. Puede que desde el último de entrar al dormitorio hayan pasado dos o tres horas, no lo recuerdo bien.

Sólo sé que el dolor ha ido a más, y mis lágrimas ya se han secado.

He mantenido mi palabra de querer estar sola hasta ese momento, aguantando el dolor y los pinchazos en el hombro como una valiente, pero mi límite ya ha llegado. Parece que la fiebre también ha querido volver a mí justo en este momento, porque siento mi temperatura corporal bastante elevada.

Demasiado, quizá.

El problema está en que mi orgullo me impide pedirle ayuda a un hombre que ahora me odia. Saber que en unos días, él me llevará de sus propias manos a la cárcel más cercana me tiene confusa y sin saber qué sentir o cómo reaccionar.

Alejo de mí la almohada que me ha servido como mordedor y al ver que he

sido capaz de hacerla pedazos con mis dientes —ni qué fuera un puñetero lobo, coño—, me levanto de la cama con suma dificultad. Otra vez el mareo viene a mí y decido lanzar mi orgullo a la mierda.

Necesito ayuda y para bien o para mal la única persona que está cerca mía para atenderme es Danniel Garrett. Le necesito a él, una vez más.

Camino hacia la puerta casi trastabillando, y al quitar el cerrojo y abrir la puerta, me quedo sin respiración al ver ante mí a Dann. No sé cuánto tiempo lleva allí de pie, pero está apoyado contra la pared y su mirada la tiene clavada en mí.

—¿Cansada de aguantarte el dolor, señorita Stone?

Quiero ser capaz de soltarle alguna clase de insulto pero no lo hago. No merece la pena. Me quedo quieta, observándole seria. Mi mano izquierda sigue aferrada al hombro herido. Creo que incluso hasta mi labio inferior tiembla.

—Me duele— reconozco en voz muy bajita.

Él no dice nada. Sin esperar a ver que hago yo o qué digo, se acerca a mí y con sumo cuidado, más del que sin duda yo merezco, me coge en vilo y llevándome a sus brazos, me coloca en su pecho con suma suavidad.

Camina en dirección hacia su dormitorio y me tumba en su cama. A continuación se acerca a la mesa dónde tiene una jeringuilla junto a un bote y varias vendas.

—Primero te voy a inyectar el calmante y después te cambio las vendas— susurra con calma—. Según Maddy, todavía no puedo quitarte los puntos. Es muy pronto. Te seguirá doliendo aún un par de días más. Tienes muy tirante la piel todavía.

Se sienta a mi lado en la cama, y tomando con delicadeza mi brazo izquierdo busca la vena y sin pensárselo mucho deja salir todo el calmante con la inyección.

—No quiero drogas— musito cerrando los ojos con fuerza.

Lleva su mano a mi frente y maldice con tono de voz de enfado.

—Ardes en fiebre, ¿por qué serás tan terca a veces?

No abro la boca, permanezco en silencio sin abrir los ojos. Espero y deseo que el dolor se vaya en breve. No creo tener la fortaleza necesaria para aguantar ni un segundo más sintiéndome así de mal.

Noto un paño muy frío en mi frente instantes después y un pequeño tirón en el hombro herido. Entiendo que está cambiándome la herida.

—En breve el calmante hará efecto y caerás dormida. Espero que hasta la hora de la cena.

Afirmo, haciéndole ver que he escuchado todo lo que dice. Poco a poco mi cuerpo se va relajando y aprovechando que el calmante está actuando sobre mí, me dejo llevar al mundo de los sueños.

Creo sentir algo húmedo sobre mis labios durante unos segundos, pero enseguida lo dejo pasar como producto de mi imaginación. Tal vez sería una gota de agua caída del paño húmedo.

¿Sino, que otra cosa podría ser?

\*\*\*

El sonido del teléfono de la sala principal me saca del letargo que la medicina ha inducido en mí. Noto la boca seca y pastosa. Sin duda necesito beber algo de agua de forma urgente.

Abro los ojos con algo de miedo. Aprieto los dientes con fuerza temiendo que algún ramalazo de dolor me ataque a traición, pero enseguida suspiro con verdadero alivio al ver que estoy bien. Bueno, más o menos, la cabeza me late con demasiada fuerza y noto medio dormida la mano derecha.

Hago a continuación el intento de mover el brazo para ver si tiene movimiento o no, y sonrío agradecida al ver que sí puedo moverlo. Sea lo que sea que está haciendo Dann, está funcionando.

—A parte de poli, podría ser un buen médico.

A mi mente viene el recuerdo de ver junto a víctima y a vérdugo, como lo son para mí Fran y Marcus y me guardo la alegría para otro momento. Aún no sé cómo lidiar con ese recuerdo.

¿Fran tenía negocios con Marcus? ¿Ese fue el motivo de la reunión que tuvieron en Francia? ¿Qué podría querer un asesor inmobiliario de un famoso hotelero?

No tengo respuestas a esas preguntas.

—Ni siquiera saber que Fran Krantz trabajaba para la empresa de Sean Jenkins, aclara mucho la cuestión.

Me incorporo en la cama en seguida, deseosa de dejar de pensar en esos asuntos. Conocer ese misterio tampoco es primordial ahora para mi situación. Mi deseo de querer matar a Marcus —que aún permanece en mí, clavado como fuego ardiente—, ahora está lejano. Danniell Garrett ha prometido llevarme a la cárcel cuando el temporal de nieve se vaya y mi estado mejore.

No voy a tener oportunidad de cumplir mi amenaza sobre él.

Camino hacia la puerta del dormitorio de Dann —oh sorpresa, seguía tumbada allí—, y voy hacia el salón directa. Tengo que pasar por allí para ir a la cocina a coger algo de beber. Tengo mucha sed. Demasiada. Imagino que es por efecto del calmante inyectado.

—Maddy, he hecho todo lo que me has dicho. Sobreviviré.

Me quedo paralizada en la entrada al oír cómo está hablando con su cuñada. Evidentemente está contándole sobre mi situación física actual.

—Sí. La infección no va a más. Ha perdido mucha sangre y todo eso, pero ya te digo. Se va a recuperar... sí, tal como te prometí. En cuanto esté mejor y el tiempo lo permite, me la llevo a Carson City, a la estación de policía de allí. El comandante Thompson se hará cargo de su detención.

Comandante Thompson.

Creo que se me escapa una exclamación en voz muy alta, porque enseguida Dann se gira hacia mí para mirarme con una ceja alzada. Me pongo roja al darme

cuenta que me ha pillado espiándole.

Nuevamente le doy una razón más para odiarme más. Jolines.

—Tengo que colgar, Maddy. Ya no estoy solo... Sí, tranquila, estaré bien atento. No me hará daño. Te quiero, cuida a Brianna por mí.

Esas últimas palabras las dice sin apartar su mirada grisácea de mí y mi corazón se encoje un poquito al entender que si las ha pronunciado ha sido a propósito. Para mandarme un mensaje.

*Brianna y Maddy van antes que tú. Has perdido todo el derecho del mundo a que vuelvas a oír de mis labios que te quiero, o que me preocupe por ti. Ellas son importantes, tú eres basura.* Algo así piensa mi mente ahora.

Y mucho me temo que no estoy exagerando nada al imaginármelo así.

—¿Españándome?— pregunta muy serio—. Vaya, no dejarás de sorprenderme. Ni siquiera enferma dejas atrás tus viejos hábitos, señorita Stone.

Está burlón. Genial.

—Lo siento, quería un poco de agua— respondo dándome la vuelta rápidamente.

Voy a la cocina sin esperar para ver si me sigue o no. Mi cuerpo se siente entre comillas lo suficientemente fuerte para andar y para hacer las cosas por sí mismo.

—Hay agua fría en el frigorífico si quieres. Y varios refrescos— me dice encendiendo la luz, al entrar detrás de mí en la cocina—. Coge lo que gustes.

Le agradezco con un gesto su “amabilidad” y voy directa a la pila del fregadero para tomar agua de un vaso. No deseo aceptar su ofrecimiento. Su forma de mirarme con tanta frialdad está afectándome demasiado, pero no sólo eso, sino el nombre que pronunció antes para su cuñada.

Ha dicho comandante Thompson. ¿Por qué me suena tanto ese nombre?

—¿Vas a llevarme a Carson City?— le pregunto dejando el vaso a un lado tras beber hasta apagar mi sed.

—Evidentemente. Se te juzgará por el asesinato de mi primo allí.

Mis piernas tiemblan ante esa posibilidad, y no por el dolor o por el malestar. Ser juzgada por asesinato. Maldito Marcus. Con su juego mental y sus drogas, ha logrado destrozarme mi mundo entero.

—¿Cuándo se irá el temporal?— quiero saber mirando a través de la ventana al exterior.

La nieve sigue cayendo con fuerza contra el suelo. Parece que en las últimas horas se ha intensificado la tormenta.

—Aún quedan varios días. Una semana mínimo.

Siete días, entonces. Tengo siete días de libertad antes de que ponga las esposas en las muñecas.

Bajo la vista hacia allí y me estremezco sin poderlo evitar al descubrir una pequeña marquita en uno de los laterales. Me pongo roja al recordar cómo me lo hice. Y Dann parece que sabe lo que estoy pensando porque suelta una maldición seguida de un golpe con su puño en la mesa del centro de la estancia.

—¿Qué?

—Ni se te ocurra pensar en esas cosas ahora— espeta rabioso—. Eso fue algo del pasado que no se repetirá. No vas a manipularme tan fácilmente.

¿Manipularle?

Me quedo quieta, observándole fijamente sin entender a qué se refiere.

—No vas a seducirme mordéndote así el labio mientras babeas por la marca de las esposas que se te hizo en las muñecas— dice casi a voz en grito.

¿Seducirle?

Quiero reírme ante ese absurdo. La mirada de desprecio que tiene fijada en su rostro habla perfectamente por sí sola de lo que él siente por mí ahora. Ni aunque así yo lo deseara, podría seducirle. ¡En la vida!

El reloj que hay en la mesita de la cocina suena avisando del cambio de hora y parpadeo sorprendida al ver que van a ser las once de la noche. He dormido más de lo esperado al final.

Queda una hora para que se termine el día de San Valentín.

Suelto la muñeca que he estado acariciando hasta ahora, y bajo mi vista hacia el suelo. No quiero que sepa lo que pasa por mi mente.

Me alejo de su vista y me acerco a la ventana para ver la nieve golpeando el cristal del vidrio. Lanzo un suspiro de tristeza. Con tanta huida y desesperación de las semanas pasadas, el tiempo para mí ha seguido pasando, pero sin darle importancia. No he celebrado ni el día de Navidad, ni Año Nuevo, ni siquiera el día de Reyes —que en España sí se celebra, no cómo aquí—.

No he parado ni un minuto a disfrutar de un día de calma y de descanso. Ni siquiera cuándo fui a Oregón en compañía de Mike West. Aún habiéndome quedado dormida en el jacuzzi de la bañera esa noche, no me detuve a disfrutar del descanso. Unas horas después, Laia ya me había disparado, dejándome en la situación de malestar físico en la que estoy ahora.

Y cuando tomo conciencia del día que es, vengo a darme cuenta que es el día de los enamorados. ¿Y dónde estoy yo ahora? ¡Encerrada en una casa, sin posibilidad de salir, justamente en compañía del hombre al que amo!

Irónico, ¿no?

Sobre todo porque él ya no siente amor, ni deseo por mí. ¡Vaya con el destino! Cruel hasta decir basta.

—La ventana no se puede abrir. He reforzado todos los puntos débiles de la casa— oigo a Dann hablándome con seriedad.

—No quiero huir. Ya te dije que voy a portarme bien.

Y lo quiero seguir manteniendo.

¿Quiero tener la oportunidad de matar a Marcus? Sí, lo puedo llegar a gritar algo y claro si es necesario. Y si algún día se me presenta la oportunidad, juro por lo más sagrado que voy a hacerlo, pero ahora no es el momento. Tampoco tengo la ocasión.

Estoy encerrada sin opción de escape. Por eso es mejor no provocar más al menor de los Garrett y tratar de vivir en paz el resto de días que nos queda a los

dos de estar a solas en la casa de Maddy y de Jim.

—Sé que ahora mismo confiarías antes en la palabra de un desconocido que en la mía— susurro sabiendo que digo la verdad—, y lo comprendo. Debí haberte dicho tantas cosas antes que me callé por miedo y por estúpida. Sé que es tarde y que ya no tiene sentido, pero te pido perdón Danniell. Siento mucho todo lo que he hecho.

Le oigo reír irónicamente y me prometo a mí misma que no me duele su gesto burlón. *No sientas dolor*, le ordeno a mi corazón, *recuerda que eres una mentirosa compulsiva. No va a creerte digas lo que digas.*

—Si tan arrepentida estás...— musita él cuando la risa se le acaba—. Dime una cosa. Sólo quiero saber una cosa salir de tus labios envenenados. ¿Fue verdad en algún momento?

Me giro para verle sorprendida. Creo oír en su tono de voz algo parecido a... la tristeza. No hay odio en sus palabras.

—¿El qué?

—¿En algún momento me amaste?— pregunta con los labios apretados—. ¿O sólo me usaste, pensando que acostándote con el primo de tu víctima te protegería de la ley al saber la verdad?

Quiero decirle alto y claro que sí le amé —narices, si incluso le sigo amando ahora—, pero al recordar las fotografías que Marcus me dio mostrándome su fotografía el día que me ordenó seducirle para poder acabar con Madeleine y con Brianna Jenkins cuando llegase el momento oportuno, me quedo callada.

No puedo mentirle. No otra vez. No en el día de San Valentín.

—Me lo imaginaba— susurra recuperando la frialdad en la expresión de su rostro—. No eres más que una buena mentirosa. El apodo de la psicópata de Carson City te hace justicia, querida. Sabes jugar con la mente de las personas a tu antojo. Te lo aplaudo.

Aplaude con las manos, haciendo el gesto con las manos y se aleja de mí para acercarse al frigorífico.

—Voy a cenar. Si quieres algo, te sirves— dice ocupado sacando un recipiente con comida congelada—. Si no tienes hambre, te he dejado un par de pastillas en tu dormitorio. Tómalas cuando sientas que te duela o que te suba la fiebre. Mañana estarás algo mejor, supongo.

Sus palabras suenan tan desapasionadas y tan lejanas que los latidos de mi corazón quieren bombear con demasiada fuerza. Los oídos me pitan de pura angustia. Estoy dejándome llevar de nuevo por mis sentimientos.

Quiero correr a sus brazos para suplicarle que me dé un par de minutos para que le explique con pelos y señales todo lo que ha sucedido en mi vida desde que Jason Laker y el dichoso mago Marcus aparecieron en mi vida. Al igual que hice con Mike West, pero la postura defensiva que ha tomado Dann con respecto a mí, me hace ver que es inútil.

Sólo voy a perder el tiempo si me humillo así ante él. ¿Qué lo merezco? Puede. Le he arrebatado la vida a un hombre inocente —¿supuestamente

inocente?—, y he atentado contra su propia familia. ¿Cómo puedo esperar que me perdone algún día?

—No tengo hambre.

Voy hacia la puerta y tal como puedo imaginarme, por el rabillo del ojo puedo observar cómo a Dann le da igual si me quedo o si me voy. Continúa preparando su comida como si yo fuese un insecto molesto que al fin se va de su espacio vital.

Una lágrima de desamor quiere escaparse de mi globo ocular y yo la detengo casi con ira. Por muy psicópata que yo sea – y eso aún está por verse—, no voy a dejar que saber cuánto me odia me hunda. No ahora. Si he logrado sobrevivir a un disparo de arma de fuego, perfectamente podré ser capaz de superar en el futuro estar encerrada en prisión.

O saber que el hombre que amo me odia.

Pongo un pie fuera de la cocina y siguiendo un impulso que no entiendo ni yo para qué lo tengo, me doy la vuelta y deshaciendo mis pasos, regreso hasta el lugar dónde Dann permanece.

Eleva la vista alzando una ceja, sorprendido al verme entrar de nuevo en su cocina.

—¿Necesitas algo?— pregunta indiferente.

—Sí.

Sé que voy a arrepentirme de esto, y que voy a comportarme como una adolescente obsesionada por el amor del típico chaval de instituto que no le hace ni caso, pero ¡qué diablos! Estoy destinada a terminar el resto de mis días entre rejas, ¿qué tengo que perder?

—Amarte nunca fue un juego para mí— le digo sin parpadear en tono bien alto—. Sí que es cierto que me enviaron aquí, a esta casa, para conocerte a ti y a tu hermano. El plan era joderle la vida a Sean Jenkins para que vendiera su empresa al mejor postor, haciéndole daño a Maddy y su esposa, Brianna.

Sus ojos quieren cambiar color del gris al verde, y sé que eso quiere decir que estoy cabreándole, pero me da igual. Tengo que seguir.

—Es una historia muy larga y probablemente nunca vas a creértela, pero la verdad es que yo sí que me enamoré de ti. Y de Maddy. Y de Jim. Al principio yo no sabía quiénes érais. ¡No lo sabía!

—Basta con ese juego— comenta él dejando a un lado los cubiertos que está sacando—. Si crees que con esas mentiras vas a...

—¡Me drogaron e incluso hipnotizaron para que yo matase a tu primo! ¡y también para que atentaré contra la vida de Maddy! ¿Por qué te crees que quería huir a cada rato? ¿Por qué salí de madrugada en pleno temporal de nieve, para alejarme de vosotros si tanto daño os quería hacer? ¡Casi muero de hipotermia, tratando de esconderme de Maddy para no hacerla daño!

Respiro agitadamente tras gritarle a la cara todo eso. Sé que estoy hablando con incoherencia, pero me da igual. He contenido tanto esas palabras, que me parece adecuado tener que pronunciarlas así. A voz en grito.

—Eres una psicópata, dirías lo que sea necesario para que crea en ti— me espeta él obviamente enfadado.

—¡Sí!— le reconozco queriendo agarrar con mi mano sana su brazo.

Enseguida Dann se aleja de mí, como si yo tuviese la peste. Otra vez huye de mi contacto. Eso me destroza y me enfada a partes iguales.

—Cuando yo te vi en el despacho que hay a pocos pasos de aquí, no sabía que eras el primo de Fran— le digo alterada—. No lo sabía cuándo traté de huir de esta casa cuando me imaginé matando a Maddy. ¡Marcus el mago implantó el deseo de tener que asesinarla en contra de mi voluntad?

—¿Marcus el mago?— repite él burlón—. ¡Sí claro! ¿Y ahora dirás que tú eres una princesa inocente, salida de un cuento de hadas, y que una gemela malvada que tienes escondida es la que ha cometido todos los delitos, no?

Puedo ver cómo sus ojos ya son de color verde tormentoso y sé sin lugar a dudas que está rabioso. Mucho. Mi explicación no está dando resultado.

—Si de verdad en ese entonces no sabías nada, dime una cosa— me pide apretando los dientes con fuerza—. Afirmas entonces decir que la noche que te hice mía la primera vez, en mi cabañita, ¿no sabías quién era yo? ¿No recordabas a Fran? ¿Juras por Dios que esa noche me amaste sin intenciones ocultas? ¡Dime la verdad!

Quiero decirle alto y claro que sí. Que esa noche yo aún no sabía nada, que yo me entregué a él porque le deseaba y le amaba, pero no lo hago. No puedo hacerlo, porque sé que no es así.

Mi intención esa noche fue la de seducirle. Es evidente que le deseaba, y también que le amaba cuando hice el amor con él, pero mis motivos no eran románticos. Y mucho menos altruistas.

—¿Ves? No eres más que una mentirosa— murmura enfurecido—, y una mujerzuela que me vendió su cuerpo. Pensaste que a cambio de un poco de sexo, si algún día yo descubría tu delito te cubriría, cómo lo hice cuándo descubrí que eras una falsificadora.

Siento sus palabras como latigazos directos hacia mí. Ráfagas de odio y de frustración que ha acumulado en estas semanas desde que sabe la verdad de quién soy yo.

—Pues, querida señorita Stone, te vendiste demasiado cara para lo poco que vales. Nunca, óyeme bien, nunca voy a olvidar que tus manos fueron las que le arrebataron la vida a mi primo. Mientras yo viva y mientras tú vivas también, lo recordaré y te odiaré por lo que hiciste. Las patrañas que le contaste a Mike son sólo mentiras, sacadas de tu alocada imaginación.

—¿A Mike?

Toda la ira y la valentía de la que he hecho gala hasta ahora se esfuman como un papel movido por el viento.

—¿Pensaste que mi mejor amigo no me contaría lo que pasó esa noche en el hotel?— pregunta irónico.

—¿Te lo contó... todo?

Y no sólo le pregunto por mi confesión, sino por el absurdo beso que robó, y que ya ni me acordaba, hasta ahora claro.

—Por supuesto. Es como mi hermano.

Una pequeña chispa de esperanza se enciende en mi cabecita al imaginarme que aparte de por saber lo que le hice a Maddy y a su primo, una parte de él está enfadado conmigo porque yo me besé con otro hombre. Tal vez incluso esté celoso, y por eso no quiere dejarme hablar.

—Dann...— susurro llamándole de nuevo por el diminutivo. Al diablo con mi orgullo—. No sé que te habrá contado Mike, pero sólo fue un beso y por parte de él, yo no...

—¡Qué!

Ahora es él quién me agarra de mis hombros con fuerza al escucharme.

—¿Sólo un beso?— repite furioso.

El tono verdoso del color de sus ojos se vuelve brillante. Demasiado. Tanto que asusta.

—¿Te atreviste a tratar de seducir a mi mejor amigo?— grita zarandeándome—. ¡Claro, por eso cuando llegamos le tenías atado a la cama! ¡Usaste ese truco con él!

—¡No!

Siento náuseas sólo con imaginarme hacer en una cama lo que hice con él y con las esposas.

—No, por favor, escúchame, con Mike yo no...

—¿Te vio desnuda?

—¿Qué?

—¿Te desnudaste para él?

A mi mente se aparece el recuerdo de estar esposada en el baño, bajo la espuma en la bañera, y ver a Mike poniéndome encima una toalla para tapar mi desnudez y mi rostro me traiciona. Se pone rojo justo en el peor momento.

—¡Eres... eres...!— no es capaz de terminar la frase.

—Dann...

—¡Crees que usando tu cuerpo vas a lograr que los hombres hagan por ti lo que tú quieres! ¿No? No eres más que una asesina y una manipuladora. Todo lo que le contaste a Mike es mentira, lo sé ahora. ¡Ideaste todo eso de las drogas, del espectáculo de magia y de tu supuesto amor por mí para justificar tus acciones! Pensaste que habías seducido al poli equivocado y por eso trataste de llegar a Mike a través del sexo... ¡serás...!

No termina la frase.

Me suelta enseguida al oír mi gemido dolorido. Él cree que el hombro ya está por dolerme otra vez y no le digo lo contrario. Quiero que lo piense. Tal vez así no sepa el daño que me está causando al espetarme todo eso. Mi idea de que estuviera celoso del beso con Mike se derrumba como un castillo de naipes mal sujeto.

Daniel Garrett me odia con todo su corazón. Es inútil tratar de razonar

con él.

—Lárgate de mi vista si no quieres que haga algo de lo que me arrepienta después— sisea Dann enfurecido—. Maldigo la hora en la que Maddy me dijo que seguías viva. Casi hubiera deseado seguir pensando que estabas muerta.

Ya sí que no puedo contener las lágrimas.

*No, no lo bagas, le suplico casi a mis ojos, no lloréis, por favor, guardad la pena. No puede verte llorar. No.*

Él se ríe despectivo ante mi muestra de emotividad y sé que está pensando que ahora trato de manipularle a base de lágrimas. Como si con eso pudiera lograr algo.

Me giro torpemente dispuesta alejarme de su vista todo lo lejos que pueda, cuando sin yo esperármelo, de un instante a otro, me toma del brazo y me empuja contra sus fuertes músculos.

—¿Qué...?

Dann lleva la mano a mis lágrimas y casi con rabia me seca la mejilla acariciando el rastro lacrimonal con lentitud.

—Los Garrett sólo amamos a una mujer durante toda nuestra vida— dice con voz ronca—. Le somos fiel hasta la muerte, ante todo y ante todos, pero cuándo ese amor nos traiciona, también somos capaces de odiar con esa misma intensidad. Hasta el final y para siempre. Unas cuantas lágrimas de cocodrilo no van a cambiar eso.

Quiero decirle ahogando un sollozo que yo no estoy fingiendo nada, pero no encuentro las palabras. Y a decir aunque las hubiera encontrado, la siguiente acción de Dann me deja completamente inmóvil. Y anonadada.

—Aún así, hoy es el día de los enamorados y maldito sea yo mil veces si dejo que tus labios conserven el calor de otra boca que no sea la mía— susurra muy seriamente.

Y sin delicadeza alguna, invade mi boca con la suya con un beso pasional. Cierro los ojos y me aferro a él, en cuerpo y alma. Su lengua juega y se entremezcla con la mía, buscando grabarse a fuego en mi interior. El recuerdo del beso de Mike West desaparece de mi memoria, y sin necesidad de que nadie manipule mi pensamiento.

¡Jolín, ese sí que es un buen beso!

Sé que no está siendo producto del amor, sino de la pasión, del odio y tal vez de los celos, pero maldita sea si no lo disfruto. Adiós al dolor, a la angustia y a la desesperación de las últimas semanas. Quiero ser capaz de saborear este momento, enfrascarlo en un tubo de cristal y guardarlo para siempre en mi memoria.

Me va a hacer falta en las noches de soledad que se me avecinan.

—Feliz día de San Valentín, señorita Stone— me dice él en mi oído instantes después de dejar mis labios tranquilos.

Se aleja de mí haciendo una mueca en su rostro y sé que se arrepiente de lo que ha hecho. ¡No me dura la satisfacción ni un minuto, maldición!

—También los Garrett somos muy posesivos— me dice encogiéndose de hombros—. Tómame el beso como una despedida. Yo no voy a darle más importancia.

—Como desees— le digo decepcionada al ver que sus ojos han recuperado el color gris—. Puedo hacer que el beso nunca existió, pero lo que si es cierto es que te amo, y que todo lo que le conté a Mike West es cierto. Si no me crees, allá tú. Se supone que eres poli y el bueno de esta historia, ¿no?

Salgo de la cocina ahora sí, sin mirar atrás.

Me llevo la mano a los labios y mientras camino hacia mi dormitorio, lanzo un suspiro de placer al sentir aún el calor de la invasión de la boca de Dann sobre la mía. Me siento poseída por él, y eso me gusta.

Calma mi corazón dolorido.

Me tumbo en la cama nada más entro en el cuarto y cierro con llave el pomo de la puerta. Tomo entre mis manos la almohada —ya no está rota, entiendo que Dann la ha cambiado para que esté más cómoda—, y por primera vez en mucho tiempo me permito soñar con que esta historia tenga un final feliz. Quizá no uno de película, dónde la buena — nunca me he considerado como la buena en todo este asunto, arrebatarse la vida a alguien no es un acto de bondad precisamente —, termine casada con el hombre buenorro de la historia. Eso no es para mí.

Pero tal vez sí puedo desear el conservar algo del amor de Dann Garrett en mi vida. Al menos en mis recuerdos, con eso me conformo. Y el beso que Dann me acaba de dar, me demuestra que por mucho que aparente odiarme, algo por mí siente.

¿Puede ser desprecio?

Pues muy bien.

Pero es un desprecio apasionado y eso para mí de momento es suficiente. Es mejor que nada, a fin de cuentas.

# Capítulo 15

**Los Ángeles, California.**  
**14 de Febrero 2017**  
**Melanie Sánchez**

Miro fijamente a los fuertes brazos de Sam mientras conduce por la carretera. Está muy atento al tráfico y a los coches que se le cruzan en medio. Se le ve muy concentrado. Entiendo que es su expresión habitual cuando hace algo que requiere mucha atención.

Observo la hora en el reloj y parpadeo asombrada al ver que ya es mediodía. Llevamos más de cinco horas en viaje. No llevo la cuenta ni de las millas de distancia recorridas.

—La próxima vez recuérdame que te haga caso y que cojamos un billete de avión para trasladarnos de un sitio a otro— le digo a Sam haciendo un pucherito.

Él me sonrío, pero no dice nada. Brevemente da su asentimiento con la cabeza, sin apartar la vista de la carretera.

—Entendido, me quedo calladita.

Giro mi vista para observar el paraje que vamos recorriendo y pienso en el colegio y en mi mentira con respecto al traslado. Desde que lo dije no he puesto un pie en la escuela. Sé que está mal y que mis obligaciones deberían estar primero antes que el placer, pero el asunto de Elizabeth Stone lo ha puesto todo patas arriba. Y no sólo porque yo la conociese, o porque hubiéramos sido amigas en otra época de nuestra vida. No se trata de eso.

Todo se debe al hombre que está a mi lado ahora.

Samuel Gómez.

Es el primero de los hombres con los que mantengo una relación que sabe toda la verdad con respecto a mi pasado. No ha actuado de forma exagerada al saber el incidente que tuve con mi antigua jefa, allá en Argentina. Me ha comprendido y ha estado a mi lado en todo momento. Incluso ahora. No tenía porqué llevarme con él a hacer ese viaje y aún así lo ha hecho.

*Tengo que ir a los Ángeles, me dijo el día anterior. Será un viaje de ida y vuelta en el día y probablemente no saque nada en claro, pero aún así me gustaría que vinieras conmigo.*

*Tu compañía me haría muy bien, cariño.*

Mi respuesta fue evidente. Por algo estoy ahora con él sentada a su lado en el coche. La lluvia que cae sobre nosotros dice que no es un buen momento para viajar, pero aún así no me quejo de la temperatura, ni de nada en general.

Sólo me pregunto una cosa, y lo hago desde que hice el amor con él la primera vez. ¿Cuándo mi vida va a tener equilibrio nuevamente?

Con el colegio sé que hay no problema. Llevo trabajando más de diez años como directora en él, y nunca he tomado unas vacaciones. Los demás miembros de mi claustro siempre han pensado que soy una adicta acérrima al trabajo y nunca me ha dado por negarlo. He preferido mantener esa versión para que nadie sospechase nada raro de mí. Ahora el asunto ha cambiado y mucho.

Ahora mi cuerpo y mi cabeza me piden estar junto a Samuel el máximo tiempo posible. Si está bien o mal, no me importa.

—¿Preocupada por tu relevo en el colegio?— me pregunta Sam perspicaz.

—El subdirector Trent puede encargarse de cualquier incidencia que surja en mi ausencia— respondo y la verdad que sí pienso lo que digo.

Nunca ha dado motivos para que yo pueda dudar de él. A nivel profesional, es un hombre respetado de más de cincuenta años, con experiencia suficiente para tomar las decisiones adecuadas a cada situación. Tal vez por eso, decidir tomarme un descanso largo y temporal no ha sido tan difícil.

—Ya vamos a llegar a la empresa. Después te prometo que iremos a cenar tranquilamente a un restaurante que he visto por Internet. Te gustará.

¿Restaurante?

—Hoy es San Valentín, ¿no pensarás que no vaya a celebrarlo contigo, no?

Me quedo muda de la sorpresa, mirándole con la boca entreabierta. ¡San Valentín!

Mis mejillas se sonrojan a placer al pensar que después de tantos años, por fin voy a poder ser capaz de celebrar el día de los enamorados, teniendo pareja.

—¡No me he traído nada que ponerme!— me quejo volviendo a poner cara de niña pequeña.

Sam ríe alegre, mientras gira el volante para tomar un desvío.

Alzo la vista y entre las gotas de lluvia puedo ver un edificio alto que llama la atención desde la distancia. Es formidable y enorme. Como un imperio.

—Vaya con Los Ángeles.

—Es una de las primeras sedes que Jian Lin abrió aquí en Estados Unidos cuando quiso expandir su negocio de China hacia el extranjero.

—¿En serio?

—Sí. Pensó que este Estado le daría buen beneficio y la verdad es que acertó. Al menos le arrebató la posibilidad a Sean de abrir sede aquí.

—Dos empresas de seguridad en la misma zona entrarían en conflicto todo el rato— resumo yo entendiéndolo enseguida.

Veo a Sam gruñir y recuerdo la lealtad que él siente hacia Sean Jenkins. Sé poco del tema porque no he querido meter las narices donde no me llaman, pero

al parecer el asesinato que cometió Elizabeth Stone con el señor Fran Krantz está relacionado con Jenkins y con Jian Lin.

Me entristece recordar que Elizabeth está muerta ahora.

Criminal o no, el tiempo que estuvimos trabajando juntas, fue mi amiga y ser consciente de que no volveré a verla más me duele. Y mucho.

—¿Preparada?— me pregunta Sam, aparcando el coche instantes después.

—Por supuesto.

Salgo del coche cogiendo el bolso y de la mano de Sam, camino hacia las dobles puertas acristaladas que dan la entrada al lugar.

—Te has puesto esa minifalda a propósito, ¿no?— me pregunta en el oído mi acompañante.

Siento que mis partes íntimas se mojan de puro deseo al oír el deseo que hay oculto en esa frase.

—Si el señor Lin está aquí, mientras tú hablas con él, esta falda puede distraerle a él y quizá te cuente algo más de lo que espera— le respondo plantando una sonrisa sexy en mi rostro—. Las mujeres tenemos que usar nuestras armas femeninas en cualquier situación, ¿no?

Sam me acaricia disimuladamente mi culo antes de que nadie lo note.

—Esta noche en la cama te mostraré porqué esa última frase ha sido muy desacertada, señorita Sánchez.

Me da un beso en la mejilla y sonriente como un boy scout, se dirige a la señorita de la recepción con paso resuelto. Disfruto mucho observando lo bien que le queda el traje con corbata que se ha puesto. ¡Él sí que va de infarto!

Procuro no sentir celos al ver cómo la señoritinga de recepción le hace ojitos al hablar con él.

—El señor Lin les recibirá en breve. Espera su visita, señor Gómez.

Acaricio con mis uñas el hombro de mi hombre —mío—, y sin dedicarle ni una mirada de amabilidad a la muchacha, camino junto a él hacia el despacho donde está esperándonos Jian Lin.

—¿Celosa?— me susurra él en voz baja.

—¡Ni en sueños!

Suelto su brazo y entro en el despacho con la cabeza bien alta. Celosa yo... ¡no!

—Señor, Gómez. Señorita. Un gusto— susurra Jian Lin levantándose de su silla de despacho—. Han llegado puntalmente.

—Soy un hombre de negocios— responde él, ofreciéndole la mano por educación.

Puedo notar que Sam está tenso y sé que es porqué no confía en el chino para nada. Finjo yo una sonrisa en mis labios para tratar de hacer las cosas bien. Sam ha querido que yo estuviera presente para que Jian no se sienta amenazado por su presencia.

—Y bien. Soy todo oídos— le dice Jian tras ofrecerle a él un vaso con brandy y a mí otro con Champagne.

—Vengo de parte de Sean Jenkins— murmura Sam, sentándose con gracia en la silla que le ofrece—. Como bien sabrá, yo soy su apoderado en una de las sedes que tiene en New York y está planteándose la posibilidad de ampliar su ámbito de acción aquí en California también.

—¿En serio?

Declino el ofrecimiento de sentarme yo también y me acerco a un lateral de la habitación con la vista puesta en una librería que hay allí. Me asombra ver la cantidad de libros de colección que tiene el señor Lin.

Me evado un poco de la explicación que Sam le da sobre sus planes de expansión, y con el dedo índice comienzo a acariciar los lomos de los libros con puro placer. La lectura siempre ha sido uno de los pocos placeres que me he permitido tener.

—Tenga cuidado con ellos— me advierte el empresario chino—. Son de coleccionista y ninguno está escrito en inglés. Están traducidos en mi idioma natal y en español.

—¿Ah sí?

—Puede tocar lo que quiera, pero no me los ordene, señorita. Por favor.

Le prometo que voy a tener cuidado y vuelvo a concentrarme en leer los primeros títulos de los libros que tengo más cerca. Escucho de fondo a Sam tratando de negociar algo así como una fusión empresarial y la verdad no entiendo mucho del tema. Me dedico mejor a elegir un libro que me llame la atención para verlo.

En mi colegio, la biblioteca que tenemos está repleta de libros de temáticas diferentes, pero todos son textos escritos en nuestro idioma natal. Ver algunas líneas escritas en chino, o en español llama poderosamente mi atención.

Soy curiosa por vocación, supongo. El conocimiento no ocupa lugar, o eso dicen.

Elijo uno que pone “Tratado de normas en la vida militar” en español y lo cojo entre las manos, acariciándolo como si fuera un tesoro.

Abro el libro e inspiro el dulce aroma que sale proveniente de él. Cierro los ojos durante un segundo encantada con mi decisión de haber deseado acompañar a Sam en aquél viaje.

—¿Sean Jenkins está de acuerdo en realizar este negocio?— escucho de fondo cómo el señor Lin se lo pregunta a Sam.

—Sí, señor. Ha pensado en la oferta y debido a los últimos acontecimientos que ha tenido su vida privada, ha pensado en empezar a retirarse discretamente del plano empresarial para dedicarse a su familia.

Oigo cómo Jian Lin se hace al sorprendido al oír que la familia de Sean ha estado en problemas y entiendo sin necesidad de ser poli o detective privado, que es evidente que está sobreactuando un poco. Y eso que no le veo el rostro, pero el tono de su voz le delata.

Voy a cerrar el libro al entender que dentro de poco Sam acabará ya con la reunión —evidentemente Sean Jenkins no quiere negociar con el señor Lin, sólo

hemos ido hasta allí para ver la reacción del Director General de Empresas Lin, tras averiguar que iba a estar en California en esa semana—. Y cuando lo hago una fotografía que está casi pegada a una de las páginas, casi se cae del libro.

Miro hacia Sam y hacia Jian Lin a través del espejo de la ventana para ver si alguno de ellos ha visto algo, pero al comprobar que están ambos entretenidos mirando un documento que parece tedioso y oficial, aprovecho para despegar la fotografía con sumo cuidado de la página en la que está pegada y miro atentamente el rostro de una persona que conozco muy bien.

Es la imagen de Elizabeth Stone, en compañía de su hermana Laia. La primera está de pie junto a una mesa en una especie de Plaza enorme. La segunda se encuentra sentada. Lleva gafas de sol y su color de pelo está diferente, pero sé que se trata de la mayor de las hermanas Stone por el tatuaje que se ve en su mano izquierda. Nadie más que ella se tatúa el nombre de su primer novio en la mano junto a un corazón partido.

En la fotografía aparece una tercera persona. Un hombre apuesto, vestido de forma informal. No le reconozco para nada.

Mi corazón late a mil de los nervios.

Giro la fotografía para ver el reverso y veo que hay escrito en nuestro idioma dos nombres y un lugar junto a una fecha en concreto.

Elizabeth Stone, Ellen Harold. Toulouse, Francia. 25 de Agosto de 2016.

En un movimiento rápido, doblo la fotografía y la meto en el escote de mi camiseta. Entre mi sujetador y mis pechos.

Vuelvo a mirar hacia los hombres y siguen enfrascados en el documento. Gracias al cielo. Dejo el libro en su sitio y saco otro que está contiguo a él. El título de este en cuestión dice en español “La Armada española, glorias y derrotas”.

Hago lo mismo que con el libro anterior y no me sorprende para nada al ver que este libro también tiene una fotografía pegada, en una de las páginas finales del texto.

—Solicitaré a mi secretaria que le envíe un borrador al señor Jenkins para que lea el contrato y me dé una respuesta, si le parece bien, señor Gómez.

Doy un brinco del susto llevándome la mano que tengo libre al corazón. Cruzo una mirada con Sam de pánico y él enseguida al verme sabe que estoy asustada por algo raro. Baja la vista de forma disimulada el libro que tengo entre manos y creo que sospecha que he descubierto algo, porque enseguida comienza a hablarle al señor Lin para distraer su atención de mí.

Aprovecho ese segundo de distracción para despegar con cuidado esa nueva fotografía y doblándola, meterla también en mi escote. Esta vez en el otro pecho.

Deposito el libro en su lugar y con calma vuelvo a acariciar el lomo de otros cuantos, un par de filas más a la izquierda de dónde he estado mirando ahora.

—¿Le gusta alguno, señorita Sánchez?

Me giro fingiendo desinterés, sonriendo como una niña tonta.

—La verdad que no, señor Lin. Como están escritos en idiomas que no

controlo, no me causan interés.

Voy hacia donde está tomando una segunda copa de brandy Sam, y me apoyo contra el escritorio cruzando una pierna con la otra. Sé que estoy dejando a la vista más carne de mi pierna de lo que debería, porque Sam carraspea incomodo a mi lado.

Mi plan surte efecto ya que el empresario chino posa su vista en el contorno de mis piernas con lentitud. Tiemblo de puro asco al ver cómo me observa con tanta lujuria.

—¿Y usted está soltera, señorita Sánchez?— pregunta el señor Lin mirándome con avidez.

Sé que Sam aprieta los puños queriendo saltar con enfado ante ese simple comentario y yo le pido con la mirada que tenga paciencia. Puede que yo sea rubia y que físicamente esté de buen ver, pero no soy tonta.

—La verdad es que soy viuda, pero no descarto volver a comprometerme. Tal vez en algún viaje que haga por alguna ciudad de Europa.

—¿Europa?

—Sí. No conozco más allá de mi país— le digo soltando una risita tonta—. ¿Quién sabe?, quizá mi próximo marido pueda darme el capricho de llevarme a París, Toulouse o a Madrid.

Veo cómo él parpadea durante unos segundos como afectado por lo que le digo, pero en seguida pone una sonrisa lobuna en su rostro. Parece un cazador que cree que puede saltar sobre su presa para capturarla en cualquier momento. ¡Engreído!

—Tome— susurra dándome una tarjeta con su teléfono personal y su dirección—. Iré a mi país en breve, pero regresaré. Si quiere cumplir cualquier deseo íntimo de viaje, contácteme y veré que puedo hacer para complacerla.

Sam agarra mi mano y me pone en pie con suma rapidez. Casi se me cae la tarjeta de la brusquedad con la que me incorpora.

—Tenemos que irnos— espeta mirando al señor Lin con desprecio mal disimulado—. En breve cuando el señor Jenkins me dé una respuesta, me pondré en contacto con usted.

Jian Lin alza una ceja mirando sorprendido la mano de Sam aún puesta en la mía y cabecea sin entender el cambio de actitud de su visitante. Por mediar, le doy una pequeña sonrisa para que no descubra enseguida nuestro juego.

—Gracias por todo, señor Lin. Si las cosas se propician a favor, prometo contactar con usted más adelante.

Hace el intento de darme un beso en la mejilla, pero Sam se adelanta, nuevamente, y llevándome con él, le da la mano y sin echar la vista atrás, casi me arrastra hasta la salida.

—Sam, por favor, me haces daño.

No me contesta. Sigue andando. Ni siquiera se despidе de la secretaria que le hace morritos desde el mostrador de recepción al ver que no se fija en ella.

Vaya. ¡Sí que le ha molestado mi actuación!

No recupera el habla hasta que me obliga a sentarme en el coche y lo pone en marcha dando un acelerón demasiado fuerte.

—¡Casi le muestras las bragas!— grita ofuscado.

—Sam, era una estrategia— murmuro intentando darme paciencia ante su enfado.

—¿Estrategia? ¡Casi pudo ver lo que es mío! ¿Cómo no estar enfadado, Mel?

¿Lo que es mío?

Sonrío para mis adentros, feliz. ¡Está celoso! El gran detective Samuel Gómez, que huyó de mí tras un par de noches de sexo apasionado, se ha puesto celoso por verme coquetear con otro hombre. Vaya. Es... sorprendente.

—¿Qué es concretamente lo que te hace gracia?

—Sam, sólo quería ver su rostro cuando le mencionase la ciudad de Toulouse— le digo sacando de mi escote las dos fotografías.

Él se queda mirándolas sorprendido. Tanto que no presta atención al tráfico y otro conductor impaciente le pita al ver que casi se mete en su carril.

—Encontré estas fotografías pegadas a unos libros de su librería. Se suponía que eran textos algo así como militares o históricos. No tenían que estar aquí.

—¿Quiénes son?

Le cuento que en una sale un hombre que no conozco, junto a Elizabeth Stone y a su hermana. La otra fotografía no he tenido tiempo de verla bien, por eso me quedo en silencio mirándola mientras él conduce.

Miro el reverso pero en esta ocasión no hay escrito ningún lugar, ni ninguna fecha. Sólo unas frases nombrando varios nombres que Sam y yo conocemos perfectamente.

—En esta no reconozco a la persona que sale en la fotografía— comento mirando de forma analítica una mujer que sonrío a la cámara como si fuese una modelo—, pero sí sé lo que pone por detrás.

Giro el retrato y dejo que Sam lo vea.

*Objetivo, Empresas Jenkins. Arma para llevarlo a cabo. Elizabeth Stone. Método. Sufrimiento familiar.*

Sam se enfada tanto, que vuelve a realizar un giro brusco en el volante y sin pensar en las consecuencias, frena el coche en una estación de servicio que hay junto al arcén.

—¡Sam!

—¡Ese tipo es quién está detrás de todo esto!— grita furioso—. ¡Según parece ser, es quién mueve los hilos!

—Elizabeth Stone tenía razón entonces— murmuro yo de forma resumida.

Él me mira como si yo me hubiera vuelto loca por confiar en esa mujer, pero yo no me detracto de mis palabras. La prensa últimamente ha tirado más mierda sobre Elizabeth al anunciar públicamente su muerte, pero a mí eso siempre me ha dado igual. Lo poco que he oído de ella, que Mike West o que Jim Garrett le han dicho a Sam mientras estaba conmigo en mi apartamento, me han hecho tener un juicio claro sobre todo ese asunto.

Y a mi modo de ver, Elizabeth Stone no es tan mala como todos pretenden hacer ver.

—Tampoco entiendo porqué en esta fotografía pone el nombre de Ellen Harold, cuando se trata de Laia Stone.

—¿Laia?

—Sí, la hermana de Elizabeth.

Le paso las dos fotografías y me recuesto en el coche, satisfecha con haber sido tan curiosa. Hacer esa visita a Jian Lin ha resultado productivo a fin de cuentas.

—Le mandaré la fotografía a Mike West— murmura haciéndole una fotografía con su móvil—. Tal vez ellos sepan averiguar quién es la muchacha que no conoces.

—¿Y lo de Laia?

—Él ha visto en persona a la tal Ellen Harold. Si su rostro es igual al que tú dices que es el de Laia, lo sabremos enseguida.

Afirmo, mientras cierro los ojos. Mi piel se estremece tratando de olvidar la mirada lasciva del señor Lin sobre mis atributos. Evidentemente no pienso llamarle nunca.

Unos labios fuerte y atrayentes invaden los míos con ardor.

—Samuel...— gimo abriendo los ojos al verle ante mí.

—Eres mía, Mel. Nunca más vuelvas a tratar de seducir a ningún otro hombre. Bajo ninguna circunstancia.

Trato de explicarle porqué lo hice, pero de nuevo comienza a besarme y la verdad pierdo el hilo de mis propios pensamientos. Sus besos son mi droga.

—Creo que voy a cambiar el plan de la comida de celebración para la cena— susurra muy excitado—. Quiero enterrarme en tu interior primero, y luego darte un buen regalo de San Valentín, en un lugar adecuado.

Deseo decirle que no hace falta que haga nada especial. Realmente para ser feliz yo solo necesito estar a su lado, pero cuando acaricia el nacimiento de mis pechos por encima de la camiseta, mientras me besa sin descanso, me deja sin capacidad de reaccionar.

Creo ser capaz de decirle que sí a todo con tal de que no deje de besarme nunca.

—Eres la cosita más deseable que he tenido nunca entre manos.

—¿Cosita?

Ríe negando con la cabeza, mientras regresa a su asiento y pone en marcha el coche otra vez.

—No me hagas caso. Me vuelves loco, querida. Sólo puedo darte esa explicación.

Me coloco yo ahora bien en el asiento del copiloto y tomando del suelo la tarjeta de Jian Lin, la rompo en muchos pedazos para satisfacción de Sam.

—Adiós al señor Lin.

—¡Esa es mi chica!

Comienza a silbar contento, mientras se dirige al primer hotel que vea a la vista. Yo por mi parte sonrío feliz por estar ahí.

Por primera vez en mi vida estoy dejándome llevar por los deseos, dejando a un lado las obligaciones, ¡y qué bien se siente una, por Dios!

\*\*\*

**Nottville, Virginia Occidental.**  
**Casa familiar Garrett.**  
**Jim Garrett.**

El sonido del reloj resuena en toda la estancia, avisándome de que ya es hora de la comida. Miro el horno y calculo que al pastel aún le queda un buen rato. Al igual que a las milanesas y a las patatas que estoy haciendo al mismo tiempo.

Me quito el sudor de la frente mientras miro con recelo las noticias de la televisión. Maddy y Sean llegarán dentro de poco a casa del Hospital. Estoy inquieto por tener en casa a mi mujer lo antes posible, y más en ese día.

Es el primer San Valentín —y el único—, que voy a pasar con ella sabiendo que está esperando un hijo mío, y me hace ilusión poder hacerle una comida especial para celebrar nuestro amor.

Años anteriores, los pasé ocupado en mi clínica veterinaria, y poco tiempo dediqué a hacerle cosas tiernas para demostrarle mi amor. Sé que el 14 de Febrero, sólo es una fecha más, y que para demostrar a tu pareja que la amas, no tienes que esperar a ese día para hacerlo. Y por eso, Maddy ha estado acostumbrada a recibir de mi parte sólo un paquete con una felicitación y un regalo — muy caro por cierto—, al término del día.

En una ocasión el regalo se tradujo en un viaje a París, la ciudad considerada como el amor. Para Maddy fue un sueño, para mí un viaje más.

Este año, estoy decidido a hacer algo diferente. Casi pierdo a mi mujer por culpa de una psicópata —drogada, hipnotizada o lo que sea, psicópata al fin y al cabo es esa muchacha, se mire por donde se mire—, y no quiero desaprovechar ningún momento.

Ya no.

Madeleine es la mujer de mi vida desde que posé mi mirada sobre ella a los quince años y voy a dedicar el resto de lo que me quede de existencia, a demostrárselo.

Amarla a ella me hace ser un hombre más fuerte.

—Las previsiones del temporal que está cayendo sobre varias zonas del Estado— está diciendo por la televisión la señorita del tiempo—, hace que los guardias de Tráfico hayan tomado la decisión de cortar las carreteras en varias zonas.

Me paro un momento para ver el mapa que se muestra a continuación y

lanzo un grito de frustración al ver que las carreteras que dan acceso a mi segunda residencia están cortadas en este momento.

Mi hermano está encerrado en mi casa con Elizabeth Stone.

Joder, maldita sea la gracia que eso me causa.

Cojo el mando de la televisión y rabioso cambio de canal. Pongo algo de música para distraer la mente. Seguir pensando en esa mujer me va a estropear el día y no quiero eso ahora.

—Este día es para hacer feliz a mi esposa. Nada de cosas malas.

Saco la bandeja del horno y dándole un par de vueltas a las patatas para que se hagan bien, vuelvo a meterlas justo en el mismo momento en el que escucho el ruido del timbre en la puerta principal.

Dejo el paño en la mesa y con delantal y todo voy a la puerta para ver quién es.

Sonríó abiertamente al ver a Mike West mirándome con cariño, con una botella de cava en la mano.

—Regalo de mi madre— dice alegre—. Imagine que querrías estar a solas con tu chica todo este día, así que sólo vengo a dejarte la botella y ya me voy.

—Gracias, Mike.

Le invito a pasar si quiere, y se disculpa con un gesto de pena auténtico alegando que tiene cosas urgentes que hacer.

—Sam me ha mandado unas fotografías que tengo que investigar— me dice mostrándome el móvil para enseñármelas—. Al parecer, el señor multimillonario Jian Lin sí que está implicado en los ataques contra Maddy y Brianna al final.

Aprieto los puños con rencor al oír eso.

Miro las fotografías irritado y alzo una ceja con sorpresa al ver que una de las fotografías pertenece a Elizabeth en compañía de Ellen Harold. La mujer que vimos disparándola a través de la cámara en ese hotel de Oregón.

—¿Eran amigas?— pregunto inquieto.

Mike se encoje de hombros sin tener respuesta a ese asunto.

—Sólo sé que Melanie Sánchez sí conoció a Laia Stone y ella la ha reconocido como a la hermana de Elizabeth. Voy a pasar su fotografía a reconocimiento facial del FBI, para ver si encontramos alguna coincidencia. Haré lo mismo con el hombre que sale con ellas.

—¿Y la otra mujer?

—Es Joanne Pearson, la verdadera— me dice en un suspiro—. Sigue encerrada en una de las prisiones de Morehead City. En Carolina del Norte.

Silbo atónito.

Entiendo porqué Mike no puede quedarse ahora con nosotros. Tiene bastante trabajo qué hacer en la estación de policía aún.

—Agradécele mucho a tu madre el detalle— le pido de nuevo con una sonrisa—. Dile que en breve cuando todo se estabilice, pasaremos a verla antes de que se vaya a su casa.

Mike me choca los cinco en un puño, deshaciendo el camino para llegar hasta

su coche en señal de amistad. Le digo adiós con la mano y cuando voy a entrar a la casa para continuar con la comida, gruño con pesar al ver el coche de mi suegro aparecer por la esquina, con mi mujer.

¡Llegan demasiado pronto!

Miro hacia el salón donde los globos, lucecitas y velas aún están desperdigadas por todos lados sin orden ni concierto y gimo de pura frustración. ¡No me ha dado tiempo!

Bajo las escaleras de la entrada casi arrastrando los pies y abriendo la puerta dónde está sentada mi mujer, la cojo en brazos con sumo placer.

—Llegas pronto, mi amor— murmuro besándola con dulzura en los labios.

—Estoy un poco revuelta— me dice avergonzada—. Y quise venir pronto para recostarme un rato antes de la comida.

Miro a Sean algo preocupado al oír eso, pero mi suegro me dice con la mirada que es algo normal en una mujer embarazada.

—Está a punto de comenzar el segundo trimestre— me dice en un susurro—. Es normal que sienta náuseas y malestar ahora. Un poco de descanso y mimos ayudarán.

Le doy las gracias y sin pararme a sacar la silla de ruedas del coche, camino con ella en brazos hacia el interior de nuestra casa.

—Llévate la silla, Sean. No hará falta hoy. Mañana ya la recogeré yo.

Él me mira con el ceño fruncido, pero no dice nada en contra. Se ve que está deseoso de regresar con su mujer al Hospital y evidentemente yo no voy a impedirselo.

Yo también deseo más que nada estar a solas con mi mujer hoy. Bueno, hoy, mañana y siempre.

Deseo pedirle a Maddy que cierre los ojos para que no vea las velas en la salita de estar y descubro que no es necesario. Está apoyada en mi pecho, con los párpados cerrados ya de por sí.

—Mi vida, ojalá pudiera tener yo las náuseas y no tú.

—Entonces serías el primer embarazado de la historia— musita en un suspiro.

Le doy un beso en la nariz y caminando hacia nuestra cama, la tumbo allí con delicadeza.

—Estoy haciendo aún la comida. ¿Estarás bien si te dejo sola unos minutos? —pregunto mirándola con suma dulzura.

—Quiero ver si duermo un ratito. Si necesito algo, con el intercomunicador te lo haré saber, cariño.

Acaricio su pelo y su rostro una última vez, admirando lo bella que es, y llevándome conmigo el otro aparato de intercomunicación, voy hacia la cocina directo al horno. Saco la bandeja con las patatas y con la carne, aliviado al ver que no se ha quemado. Menos mal.

Después saco el pastel y quitándome el delantal, voy al salón para terminar la decoración. Sé que no me dará tiempo a adornar todo tal cómo yo lo hubiese

querido, pero al menos sí quiero poner las velas en su lugar.

Velas, más comida rica, más marido amoroso, igual un buen regalo de San Valentín, ¿no?

—Oh, Jim.

Alzo la vista hacia lo alto de las escaleras compungido, al ver a mi esposa observándome con la sorpresa escrita en el rostro.

—¡Maddy!

Subo las escaleras de dos en dos, dejando encima del sofá una vela sin encender que tengo en la mano para ir a su lado. Está apoyada en una muleta, con la rodilla fracturada en alto.

—¡Qué precioso!

La tomo en brazos de nuevo y ella acaricia mi ceño fruncido con ternura.

—No te enojés. Te vi muy misterioso y muy deseoso de dejarme sola en mi dormitorio, que me dio curiosidad por venir a ver qué estabas haciendo.

Pillado.

Bajo la mirada algo apenado al ver que mi sorpresa se ha ido al traste, pero Maddy no lo permite. Me sonrío, besándome mi cuello cálidamente.

—Cariño...

—Es precioso, Jim. Las velas, los globos, ¡incluso el olor tan bueno que sale de la cocina!

—Te preparé tus platos favoritos— reconozco tímidamente—. Quise regalarte un buen San Valentín, mi vida. Siento que tu marido sea tan torpe que no haya podido sorprenderte debidamente.

Maddy niega repetidamente, mientras me pide que la deje en el suelo. Intento decirle que no es conveniente que se sostenga sobre una pierna sola en su estado de buena esperanza, pero no está por la labor de escucharme. Desea que la suelte y muy en contra de mi voluntad lo termino haciendo.

Se pone a la pata coja y llevando sus manos a mi cabeza, hace que la mire a los ojos con fijeza.

—James Garrett, para mí el día de los enamorados son todos los días que amezco acariciando tu rostro junto al mío cada amanecer— murmura emocionada—. Tu hijo y yo agradecemos enormemente todo esto que has querido organizar y en cuanto físicamente pueda demostrártelo, te recordaré cuánto te quiero y cuánto te deseo...

Me lanzo a besarla, feliz. Ella me hace inmensamente feliz.

—Maddy...

—Tú eres mi mejor regalo de San Valentín. Te quiero, Jim. Siempre.

—Y yo a ti, esposa mía.

Vuelvo a tomarla en brazos y esta vez giro con ella como si fuéramos los dos bailarines de ballet.

—¿Te apetece comer?

Maddy asiente, mientras alza las manos para que la lleve en brazos a la cocina.

—Comodona.

—Eres mi marido, ¿no? Me gusta que me mimes. Recuerda lo que dijo mi padre antes.

Voy junto a ella a la cocina y dejándola tiernamente en un sillón que he habilitado específicamente para su uso, comienzo a servir platos para los dos.

Pienso en el regalo que aún tengo reservado para darle a medianoche y sé que el día aún no se ha terminado. Aún tengo tiempo de sorprenderla como ella merece.

Como marido suyo tengo derecho a lucirme, aunque sea una vez al año, ¿no?

\*\*\*

### **A pocas millas de Nottville, Virginia Occidental.**

#### **En el vehículo de alquiler.**

**Amy Kimberly.**

Aparco con mucha dificultad el coche a un lado del camino y saliendo del coche con suma impaciencia, procedo a ponerle las dichas cadenas al coche de mi marido. ¡Tiene que ponerse a nevar intensamente justo ahora!

Mi plan de seguir a Danniell Garrett ha funcionado hasta este momento. Le he perdido la pista un día atrás y no sé cómo he podido dejar que se me escapase. Por desgracia no puedo echarle la culpa sólo a la nieve. Las llamadas de mi marido y de mi antiguo comandante han sido quiénes han ocasionado que me distraiga. Y así ha pasado. Ahora no sé dónde narices está.

Saco del maletero las cadenas antideslizantes y unos diez minutos después finalizo la tarea. Siento las manos congeladas. Maldito frío que hace en ese Estado. Prefiero mi hogar.

Entro en el coche, y sentada en el asiento del conductor, enciendo la calefacción. Froto las manos con fuerza y lanzo una maldición con enojo al oír sonar el teléfono de nuevo. La dichosa melodía del terminal me está molestando y mucho.

Quiero darle a rechazar llamada entrante cuando veo que se trata de una llamada oculta. Más por curiosidad que por otra cosa, le doy a responder.

—¿Sí?

—¿Estoy hablando con la oficial de policía, Amy Kimberly?

Es una mujer la que habla. Con acento extranjero.

—Soy yo, sí, ¿quién me llama?

—Soy Ellen Harold.

Me siento recta con la alerta grabada en el cerebro. Ellen Harold. Según las últimas noticias, el Teniente Garrett ha distribuido por la prensa y el telediario la noticia de que vieron un video —inexistente claro—, en el cual se mostraba cómo

Ellen Harold disparaba a sangre fría a Elizabeth Stone, matándola en el acto.

Aún a día de hoy no se ha encontrado el cuerpo ni esa grabación por ningún lado.

—¿Cómo ha conseguido mi teléfono?

—Tengo contactos en su departamento— me dice con sorna—, y a parte, sigue usando el mismo teléfono que puso en los anuncios de Se Busca para encontrar a Elizabeth Stone. No es difícil localizarla, Amy.

Quiero exigirle que no me tutee. Evidentemente, ahora no es la misma chica asustada que interrogué en Carson City. Imagino que ese día estaría usando conmigo el papel de víctima inocente. Sí, claro.

—¿Qué quiere?

—Quiero ofrecerle un trato. Uno bastante ventajoso para usted y para su carrera.

—¿De verdad?

Elevo la vista para mirar mi reflejo a través del espejo retrovisor y puedo reconocer en mi mirada la incredulidad y la desconfianza. Mi instinto policial me dice que esa mujer, la señorita Harold, está tratando de manipularme.

—Me gustaría saber qué opina si le digo que tengo contactos que con sólo una llamada de teléfono, puedo hacer que la readmitan en el cuerpo de policía y que asciendan su rango.

Muy a mi pesar, mi corazón late con bastante fuerza en mi pecho. Readmitir en el cuerpo. Subir de rango. ¡Eso suena a gloria para mis oídos!

—¿Y qué tengo que hacer?— pregunto con suspicacia.

—Sé de manos de un infiltrado en la Estación de Policía de Carson City, que usted ahora ya no lleva la placa, ni su arma reglamentaria. Eso quiere decir que su promesa de respetar y hacer cumplir la ley ahora mismo no le sirve de nada. Puede saltárselo si lo desea, por una buena causa.

Dejo escapar una sonrisa de arrogancia. Vaya con la muchacha que tenía miedo de ser deportada. Parece que hizo una actuación digna de un goya en nuestro último encuentro.

—¿Y en qué debo saltarme mi juramento, si puede saberse?

—Queremos que nos ayude a eliminar dos cabos sueltos, que nos impiden avanzar en una tarea que tenemos pendientes.

—¿Queremos?

—Tengo dos amigos íntimos que están deseando finalizar este asunto de una buena vez, y usted puede ayudarnos de formas que ni se espera, señora Kimberly.

Cambia a tratarme de usted ahora. Ya no me tutea. Me muerdo el labio inferior, pensativa. Si mal no estoy entendiendo, están tratando de chantajearme con mi carrera para que cometa algún delito. ¡Y se lo están pidiendo a una persona que ha defendido la ley durante toda su vida!

No sé si son locos o estúpidos.

—Mire, Ellen...— murmuro tuteándola ahora yo—. No sé qué diablos quiere de mí, pero puedo asegurarle que ahora mismo estoy tratando de arreglar

un asunto muy importante para mí. No tengo tiempo para sus juegos, ni para sus tonterías.

—¿Ser nombrada Sargento de Policía de los Estados Unidos, lo considera usted una tontería, señora Kimberly?

—¿Qué?

Trago con demasiada fuerza, que se me va la saliva por otro lado. Comienzo a toser con energía. ¿Subir casi tres rangos de golpe? ¡Sí que está loca!

—Sé que puede parecer increíble, pero si es tan amable, puede mirar un archivo que acabo de enviarle a su móvil con una copia del documento del nombramiento. Creo que puede encontrarlo sumamente interesante.

Con dedos temblorosos, voy a archivos recibidos a través de mi correo —no pregunto cómo ha averiguado mi mail—, y me quedo sin habla al ver un documento legal, proveniente de un alto cargo de los Estados Unidos, certificando que gracias a mi labor, mi trabajo y mi esfuerzo, he sido ascendida al rango de Sargento con efecto inmediato.

Sólo le falta un sello para hacerlo oficial.

—Sargento de la policía de los Estados Unidos, Amy Kimberly— susurro casi con adoración. ¡Joder, incluso puedo superar al engréido ese de Danniell Garrett!

Al otro lado del teléfono, Ellen sonrío esperando una respuesta por mi parte. Me parece irónico que para lograr ser Sargento me propongan cometer un delito. Si se lo cuento a alguien no se lo cree.

—¿Qué se supone que tengo que hacer?

—Queremos muertas a Maddy Garrett y a Brianna Jenkins— me dice con frialdad—. Usted las conoce y puede acercarse a ellas.

—Ellas me odian— le recuerdo—. Si me han expulsado temporalmente del cuerpo es porque me he dedicado a ensuciar el apellido Garrett en los medios de comunicación. No querrán hablar conmigo.

—No tiene qué hablar con ellas. Sólo tiene que aprovecharse que no desconfiarán de usted para acercarse a ellas, y cuando esté a su lado, matarlas. Sencillo.

Sencillo, dice la loca. Sí, claro.

Saco de la guantera un paquete de tabaco y con puro nervio, lo enciendo e inhalo mi bendita nicotina. Joder, qué bien sienta.

—No sólo ganará el nombramiento, Amy— insiste, volviendo a tutearme. Decídete, joder—. Tenemos dos alicientes más para poner a su servicio, que harán que no te resistas más a unirte a nuestro bando.

—Vuestro bando...— el de los malos, contra lo que he luchado en toda mi vida, pienso para mis adentros.

Ella parece que nota mi incertidumbre, porque suaviza un poco el tono de su voz. Creo que quiere llegar a mí apelando a la calma.

—¿Qué le parece tener un plus de cien mil dólares cuándo termine el trabajo?

Casi muerdo el cigarrillo de la sorpresa al oír esa ingente cantidad de dinero.  
¿Qué qué?

—Cincuenta mil ahora, y el resto al final.

Joder, están bien financiados, pienso sorprendida.

—Y no sólo eso, sino también podemos ofrecerle algo que le hará feliz. Su libertad matrimonial.

—¿Libertad?

—Podemos deshacernos de su marido, como un favor hacia ti, Amy. Sabemos que te ha sido infiel durante los últimos cinco años. Podrás liberarte de su yugo sin necesidad de abogados y de pleitos.

Entiendo que está hablando de liquidarle. Vaya. Trato de sentir remordimiento, o pena por la vida de mi marido, pero me sorprende mi reacción ante esa posibilidad. Me da igual si vive o muere.

Termino el cigarrillo y con ansia empiezo otro.

La verdad es que estoy muy tentada de ceder ante la propuesta que me ofrece Ellen Harold. Ser casi millonaria, estar soltera de nuevo para hacer lo que me dé la gana y ser ascendida a Sargento. Mis sueños cumplidos realidad, y todo sólo con un acto.

El asesinato de dos mujeres, que ni me van ni me vienen.

—Entiendo que esto es confidencial. Nadie sabrá nunca de este asunto.

—Así es. Usted cumple su trabajo, y nosotros al día siguiente cumpliremos nuestra parte del trato. Recibirá su recompensa sin demora.

Valoro mis opciones durante un segundo, y al mirar la nieve que cae sobre el coche, recuerdo la situación en la que me encuentro ahora, y sé cuál va a ser mi decisión. Tampoco tengo otra opción.

—Quiero un tercer aliciente— murmuro cerrando los ojos—. Acepto el trabajo bajo todas las condiciones que se me han ofrecido, si hacen una última cosa por mí.

—¿Qué deseas?

—Quiero que me digan dónde está el Teniente Danniell Garrett.

No menciono mi sospecha de intuir que está junto a Elizabeth Stone. Y lo hago por una razón en concreto. Si se supone que Ellen disparó contra la psicópata de Carson City, la tiene que haber dado por muerta. Y si en verdad ella cree que falleció así, eso me viene bien.

Así yo puedo rematarla sin remordimiento de conciencia. Total, si voy a matar a dos miembros de la familia Garrett, ¿qué más me da añadir a la lista dos nombres más?

—El Teniente Garrett.

No escucho compasión ni pesar en la voz de Ellen. Entiendo que él no está dentro de su plan, pero a mí me da igual. Si quiere contratarme como su verdugo, tiene que hacer lo que le pido. Los negocios son así de simples.

Decido ayudar un poco a la causa.

—Sé que salió de Nottville ayer, y que fue en su moto. Su Harley— les

facilito la matrícula, modelo y marca—. El caso es que no sé dónde está ahora.

—¿Si le buscamos la ubicación exacta dónde está ahora, accederá a cumplir nuestra petición?

—Claro. Quiero ese ascenso. No me importa que tengo que hacer para conseguirlo.

Y es la verdad. Adiós a mis escrúpulos y a mí honor. Total, si tratando de defender mis principios la ley me ha dado de lado, yo puedo hacer lo mismo, pero al revés.

—Está bien. En menos de media hora le enviaremos la ubicación del menor de los Garrett.

Le doy las gracias, antes de colgar el teléfono y de encender el tercer cigarrillo seguido de la tarde. Me recuesto en el asiento y espero pacientemente a que deje de nevar tan intensamente.

Tal vez si todo va bien, en menos de lo que canta un gallo, puedo recuperar mi puesto en la policía de los Estados Unidos. Eso me haría muy feliz.

\*\*\*

**Nottville, Virginia Occidental.**

**Hospital General.**

**Brianna Jenkins.**

Me incorporo en la cama, agradecida de no tener ya la vía puesta en mi muñeca izquierda. Acaricio esa zona de mi cuerpo con mucha ternura, mientras espero la llegada de mi marido. Gracias al cielo, por fin después de meses internada en el Hospital, me van a dar el alta.

¡Voy a poder regresar a casa!

En complicidad con Erick, mi doctor, y con mi esposo, hemos ocultado la buena noticia a Maddy. He querido darle la sorpresa a mi hija directamente cuándo llegue a casa. Quiero ver la alegría en su rostro cuando me vea casi recuperada.

Sé que aún me queda mucha convalecencia y reposo, pero no me importa. Voy a estar en casa con mi familia y eso es lo único que me importa hoy día.

Escucho un ruido de llamada en la puerta y miro sorprendida la visita del reverendo Simmons. Le pido con amabilidad que entre.

—¡Qué alegría verle, padre!

—A mí me da mucho gusto poder verla recuperada, Brianna. ¡Es gracia divina del señor!

Afirmo mientras le pido que se siente a mi lado en el sillón.

—Hoy me dan el alta. Estoy contenta de por regresar a casa.

El reverendo muestra una sonrisa feliz al oír la noticia, y yo agradezco al Señor que me haya ayudado en mi recuperación. Sé que gracias a él, he podido

tener la oportunidad de regresar tras el accidente para estar con mi marido y con mi hija. ¡Y con nieto en camino!

—Soy una mujer afortunada— le digo al reverendo, al ver por el rabillo del ojo a mi marido entrar también en la habitación, con un peluche enorme bajo el brazo.

Me sonrojo como una adolescente al entender que el regalo es para mí. Claro, hoy es 14 de Febrero. Casualidad o no, es el día de los enamorados cuándo Erick ha creído conveniente darme el alta hospitalaria. Bendito sea él.

Sean le da una palmada de cariño al reverendo agradeciéndole su visita, y después me pone bajo el brazo el peluche de color morado. Me besa en la mejilla con sumo cariño.

—Feliz día, mi amor.

Acaricio su rostro con ternura. Adoro ver su rostro. Su mirada siempre refleja amor cuando sus ojos se posan en mí. Y ya vamos a hacer casi cincuenta años de casados. ¡Fíjate si el tiempo da para mucho en su compañía!

—¿Preparada para venir a casa?

Afirmo alegre.

El reverendo se levanta enseguida, diciendo que desea que me siga mejorando con prontitud. Yo le agradezco mucho su visita, aunque lamento el poco tiempo que ha estado en la habitación.

—Prometo visitarte en unos días a tu casa— me dice acariciando mi pelo. Después se dirige a Sean y le da la mano—. Cuídala, hijo, es una gran mujer.

—Es mi mayor tesoro.

Me sonrojo como una tonta, y pidiendo su ayuda con la mano, me levanto de la cama. Siento un poco de remordimiento de saber que yo ya puedo andar sin necesidad de muleta ni de apoyo alguno, pero mi hija Maddy tiene que estar condenada a moverse en silla de ruedas.

Las fracturas y el embarazo no son buena combinación.

—¿El doctor dijo algo de operar a Maddy de la rodilla?— le pregunto a Sean compungida.

—Ahora está entrando en el segundo trimestre. Creo que dijo algo así que si se deciden a hacer una intervención con sedación parcial, y no total, puedan hacerlo. Si la operan de la rodilla, podrá andar de nuevo por sí misma, aunque tenga que hacer rehabilitación.

—¿El bebé no sufrirá daño alguno?

—No. Erick ha sido muy claro al respecto. Hoy en día, la ciencia está muy avanzada. Nuestro nieto no correrá riesgo alguno. Por eso están esperando.

Siento alivio al oír eso. Y mucho. Quiero que mi hija viva un embarazo normal. Al menos lo más normal posible. Saber que estamos amenazadas de muerte por un trío de psicópatas no me da mucha paz que digamos.

—¿Se sabe algo del falso Alain Scott y de sus cómplices?

Sean pone mala cara al oír mi pregunta, pero yo me amedrento. Sé que en este asunto mi marido me oculta algo y quiero saber qué es.

—Cariño, tú estás a salvo. Tengo a más hombres de los necesarios, monitoreando tu día a día. Nadie va a acercarse a ti para hacerte daño.

Quiero recordarle que ya se echó sobre mí Jason Laker, pero me quedo en silencio. Tarde o temprano, sé que lograré sacarle la verdad sobre su implicación en este asunto.

Sean, viendo mi terquedad, me da un beso en los labios y me dice que va a buscar mi alta hospitalaria para que salgamos del Hospital ahora mismo. Yo le digo que le voy a esperar encantada.

Tomo en mis brazos el osito de peluche e inhalo el suave aroma de Sean que se ha impregnado en él. A pesar de mi avanzada edad, sigo sintiéndome como una jovencita enamorada cada vez que Sean me sorprende con un detalle nuevo.

No puedo imaginar qué secreto puede esconderme. ¿Qué pudo haber hecho en sus negocios, para que quieran hacernos daño a Madeleine o a mí? No logro entenderlo.

—¿Cariño?

Abro los ojos y los clavo en mi marido al verle ante mí con una carpeta en la mano. Está triste. Imagino que ha reconocido en mi expresión la preocupación.

—¿Estás bien?

—Sólo... tengo algo de miedo— confieso caminando hacia él—. Temo que alguien le haga daño a Maddy o a ti, Sean.

—Brianna, yo...

—Shhh—le pido tapándole la boca con uno de mis dedos—. Mi vida yo sé que tú eres capaz tu vida por la mía, o por la de nuestra hija. Nunca lo he dudado. Lo que temo, es que esa gente cambie de objetivo y quiera ir hacia ti. Yo no podría soportar saber que te pierdo.

Sean me atrae a su fuerte pecho y me acuna y yo me siento completa a su lado.

—Amor, te doy mi palabra de que este asunto acabará pronto. Tenemos cogido por los huevos a Jian Lin. Sé que ha sido ese cabrón el que ha iniciado este juego.

¿Juego?

—Sean...

—Pagará muy caro el haberse atrevido a tocarte a ti— promete apasionado—. Muy caro.

Tiemblo ante su voz y eso es algo que no he sentido en mucho tiempo.

—Por ahora no te angusties por eso, cariño. Todo está bien. Tienes mi palabra.

Giro mi cabeza para contemplar su rostro y le doy un beso en los labios. Me recuerdo a mí misma que confío en él y que no tengo porqué dudar de su promesa. Si Sean dice que lo tiene todo controlado, tiene que ser verdad. Nunca me ha mentado.

—¿Nos vamos con Maddy?

Mi marido sonrío feliz y yo tomo su mano entre la mía con fuerza. Me apoyo

en él, como he hecho siempre a lo largo de mi vida. Sean Jenkins, irlandés de nacimiento, es mi pilar. Gracias a él he tenido una hija maravillosa y una vida tranquila a su lado. Sé que va a estar a mi lado, pase lo que pase en el futuro.

Según las enfermeras que me han tratado en estos meses de convalecencia, Sean no se ha separado de mi cama ni un minuto. ¿Qué hombre hace eso?

—Te quiero, Sean Jenkins— le susurro entrelazando aún más mi mano con la suya—. Este San Valentín es el mejor de mi vida. A tu lado.

—Cariño...

—Gracias por existir en mi vida.

Me amoldo a su cuerpo y abrazada a él, salimos del Hospital. Yo voy con la cabeza bien alta. Omito el sentimiento de opresión que viene a mi pecho al pensar que tendré que montar en un coche y acepto la ayuda que me ofrece Sean al abrir para mí la puerta del copiloto. La nieve que cae sobre nuestras cabezas, ayuda a despejarme un poco la mente.

—¿Estás bien?

—Sí.

Respiro hondo mientras me pongo el cinturón de seguridad. Por suerte, sé que la casa de Maddy y de Jim está cerca del Hospital. Sólo estamos a diez minutos de distancia.

Acerco la mano a la radio y pongo la primera emisora que encuentro.

Sean entra al coche en ese momento, y poniendo el coche en marcha, sale del aparcamiento con el ceño fruncido.

—¿Seguro que estás bien?

—Es la primera vez que me monto en un coche tras el accidente— le digo cerrando los ojos—. Sólo tengo que acostumbrarme.

Él maldice cabreado consigo mismo. Le conozco tan bien, que sé que se siente culpable por no haberse dado cuenta antes de mi malestar. Trato de decirle que sólo necesito unos minutos para relajarme, cuando mi atención se va a dirigida a la emisora de radio y al programa que están dando.

—...así que podemos sentirnos tranquilos. La conocida psicópata de Carson City por fin ha sido declarada como fallecida.

Abro los ojos y clavo mi mirada asombrada en mi marido.

—¿Está muerta?— le pregunto llevándome la mano al corazón.

Sean maldice, apagando la radio.

—¿Por qué no me has dicho que esa mujer ha fallecido?

—Porque aún no se ha encontrado su cuerpo— responde serio—. Y porque no quería alterarte.

—¿Alterarme? Cariño, ella trató de matarme. Y casi mata a Maddy y a mi nieto en el camino. ¿Cómo voy a alterarme?

—Por Daniel, querida.

Se me escapa un ruido de angustia. Oh Dios, Danny. A pesar de todo, yo sé que él seguía queriéndola. Es evidente por su forma de actuar y de estar desaparecido.

—¿Cómo está?

—No lo sé. Según Jim partió a ayer a realizar alguna investigación secreta. No sé cuándo volverá, ni a dónde ha ido.

Gimo, llevándome la mano ahora a la cara. Saber que Elizabeth Stone está muerta no me alegra tanto como imaginé en su día que lo haría. ¿Tan tonta soy?

Miro al frente dispuesta a pedirle que ponga de nuevo la radio para terminar de oír todo lo que puede estar contando sobre Elizabeth, cuando veo la casa de Maddy y de Jim alzarse a mis ojos.

Mis ojos brillan de felicidad al ver que por fin estoy en casa.

Sean respira tranquilo a mi lado al ver cambiar mi actitud. Yo me quito el cinturón enseguida para el coche y salgo rumbo a la casa directamente. A mi espalda mi marido se queja de que no le espere, pero sé que lo hace en broma. Le gusta verme feliz.

—¡Brianna!— exclama Jim al abrir la puerta.

Tiene puesto el pantalón y el pecho está al descubierto. Entiendo que Maddy y él han estado viviendo un momento romántico. Trato de sentirme culpable por haberles interrumpido, pero al ver la alegría en los ojos de mi yerno al verme allí, lo olvido enseguida.

—¿Y Maddy?

—Está arriba, en su dormitorio.

Le doy un beso caluroso en la mejilla, y con paso firme pero decidido voy hacia dónde mi pequeña está. Se le llenan los ojos de lágrimas a mi hija al verme entrar a su habitación.

—¡Mamá!

A mí también se me escapan un par de lágrimas de felicidad al abrazarla. ¡Por fin estoy en casa!

—¿No es una imagen maravillosa?— susurra Jim en la entrada.

A su lado está Sean, orgulloso de verme feliz con nuestra hija.

—La mejor imagen que he visto en mucho tiempo— afirma él.

Acaricio el suave vientre dónde está creciendo poco a poco mi primer nieto, y mis ojos parecen no querer parar de llorar ni un instante. Mi hija me va a dar el mejor regalo del mundo.

—Supongo que ahora que estamos juntos es el mejor momento para darnos una buena noticia a todos— dice mi marido entrando en la estancia, seguido de Jim.

—¿Una buena noticia?

Saca unos documentos que trae junto a mi alta médica y se los da a Jim, para que él los mire primero.

—¿En serio?

—Sí, creo que es lo más conveniente en estos momentos.

Noto que Jim cruza una mirada preocupada con su mujer, y en los ojos de mi hija veo que ambos tienen un secreto que quieren ocultarnos.

—¿Cariño?

—Son unos billetes de avión para cinco personas. Para ir a Irlanda.

¡Irlanda!

Suelto una exclamación de alegría al pensar en ese lugar. Allí fue dónde conocí a Sean, siendo una jovencita de veintidós años. Mi segundo amor. El primero ya no cuenta.

—Es para unos meses, hasta que se calme la cosa aquí— explica Sean—. Evidentemente regresaremos cuando se le note la barriga a Maddy para que tenga aquí a su hijo, pero creo que es necesario que Maddy y Brianna desaparezcan un poco de aquí para que nadie pueda acceder a ellas. Bajo ningún concepto.

Pienso que Maddy se va a poner contenta al recibir esa noticia, pero al ver su mirada compungida, entiendo que no le hace mucha ilusión.

—Pensé que siempre quisiste conocer ese lugar— le digo en un susurro.

—Y quiero ir mamá, pero antes debo operarme de la rodilla— me dice—, y no sólo eso. Necesito estar aquí cuando Danny regrese de su viaje.

Siento a Jim carraspear incómodo y Sean y yo nos miramos con la confusión escrita en el rostro.

—¿Danny?

—El también tiene su billete listo— comenta mi marido—. También va a necesitar descanso y reposo, antes de retomar su vida laboral con normalidad.

—Papá, no es eso.

—¿Entonces?

Jim camina hasta la cama dónde estamos Maddy y yo.

—¿Qué le pasa a mi Danniell?— pregunto yo como si fuera mamá oso.

No puedo evitarlo. Para mí él es como un hijo. Ojalá Dios algún día me perdone, pero para mi corazón Danniell siempre ha sido más hijo que Jim. Tal vez porque a él le tengo considerado como mi yerno y el marido de mi hija.

Danny es distinto.

—¿Dónde está, hija?

Sean me pone la mano en el hombro para tratar de calmarme, pero no puedo. Mi corazón de mamá osa me dice que algo está pasando. Y mi instinto femenino me grita alto y claro que tiene que ser algo relacionado con asuntos de corazón.

—¿Es algo sobre Elizabeth Stone?

Maddy empalidece mientras que Jim aprieta los puños de sus manos con algo parecido a la ira. Sí. Se trata de esa mujer.

—¿Ha encontrado su cuerpo y ha ido a enterrarla?— pregunto inquieta.

Fuera el temporal parece que va a más, porque parece que empieza incluso a granizar. Los golpes contra la ventana son demasiado fuertes para que sea nieve normal.

—Ojalá hubiera sido eso.

—¡Jim!

Mi hija le reprocha decir eso con la mirada.

—Maddy, Jim, ¿dónde está mi Daniel?— pregunto con una mala sensación en el pecho.

Le pido a Sean que permanezca en silencio al ver que trata de tomar la palabra en ese instante. Recuerdo algo de lo que me dijo él mismo en el coche instantes antes, y entiendo todo como si hubiera tenido una iluminación divina.

Ya no es necesario que ellos dos me digan nada.

—Su cuerpo no se llegó a encontrar— murmuro cruzando una mirada asustada con mi marido—. Eso dijiste antes.

—Mamá...

—Danny ha ido tras Elizabeth, ¿no? Esa mujer sigue viva.

Sean se ríe burlón tratando de decir que no es cierto esa suposición, pero la mirada de Maddy esquivando la mía, me da la respuesta.

—Entonces es eso. Sigue viva.

Trato de sentir miedo o rencor al saber que no ha muerto, pero la preocupación por el bienestar de Danny, borra de mí el resto de sentimientos. Y con mucho pesar, miro a Sean y le digo con voz muy seria.

—Aunque deseo ir a Irlanda, opino igual que Maddy. No me moveré de aquí hasta que Danny vuelva a casa.

Y aunque sé que mi marido me protestará y me exigirá que salga de los Estados Unidos, hasta que el tal Jian Lin sea detenido, yo no pienso hacerlo.

No pienso huir del país sabiendo que uno de mis hijos está en peligro.

Y Daniel estará siempre en peligro, hasta que alguien sea capaz de encerrar a la cárcel de una vez por todas a Elizabeth Stone. Sólo en ese entonces, encontrará la paz y yo podré vivir tranquila el resto de vida que me quede en compañía de mi familia.

Antes no.

Y no hay más que añadir.

# Capítulo 16

**En la cabaña de Maddy y Jim. A las afueras de Virginia Occidental.  
20 de Febrero 2017  
Elizabeth Stone.**

El golpeteo de llamada en la puerta de mi dormitorio me despierta. Me giro en la cama con la boca seca. Me estiro como una gatita y me alegra ver que ya muevo mejor mi hombro. Casi siete días de curas y tratamiento con fármacos han dado sus frutos.

Tomo de la mesita una botella de agua y tras beberla como si fuera un bálsamo, me llevo a la boca el analgésico correspondiente. Suspiro aliviada, muy contenta de sentirme mejor. Al menos físicamente.

Como no quiero pensar tan pronto en mi estado emocional, voy al cuarto de baño y tras hacer mis necesidades básicas y bañarme con mucho cuidado, me quedo inmóvil enfrente del espejo. Mis ojos van directamente hacia la cicatriz de mi mejilla. Parece que se va notando menos al ir engordándome la cara. Con la comida que he ingerido en estos días pasados, mi cuerpo ha cogido unos cuantos kilos y mi rostro se ha redondeado. Un poco al menos. Supongo que es normal. Comer cinco veces al día, y pasar todo el día tumbada en cama, es lo que tiene.

El cuerpo engorda, y no adelgaza. Y a mí me alegra que vaya recuperando el peso que perdí viviendo en las calles de Montana.

—Fue hace apenas unas semanas, y ya parece que han pasado siglos desde entonces— murmuro lavándome la cara con la mano derecho.

¡Cuánto me emociona volver a tener movilidad en la mano!

A mi cabeza viene la imagen de Dann y mi alegría se va al garete. Sé que si he mejorado tanto ha sido gracias a sus cuidados.

—Unos cuidados invisibles.

Me río irónica. Mi estimado Danniel Garrett se ha dedicado a curarme, y a tratarme con medicinas, vendas y calmantes sin cuidado, pero eso sí. A escondidas.

No le he visto el pelo en seis largos días.

Desde nuestro beso apasionado en la cocina, no ha querido volver a estar a solas conmigo. Casualmente, cuando me ha cambiado las vendas, o incluso

cuando me ha quitado los puntos, lo ha hecho estando yo dormida o grogui por el calmante.

La comida, la ropa limpia, los vasos con las pastillas, todos han ido apareciendo a mi lado en la cama, sin que él asomase la cabeza. Hasta para despertarme, lo hace golpeando a la puerta con fuerza. En silencio.

Como si yo fuese una molestia.

Cierro el grifo del lavabo y peinándome el cabello con los dedos, me hago una coleta. Vuelvo a admirar el movimiento que tiene mi mano derecha. Una semana de descanso ha hecho milagros conmigo.

Me asomo a la ventana de mi dormitorio antes de salir y al ver con mis propios ojos que Dann ya está fuera, recogiendo leña y toqueteando la moto de nieve de Jim, es cuando me decido a bajar a desayunar.

Si él no quiere verme, yo no voy a llevarle la contraria. Y menos ahora que ya estoy casi recuperada. No he olvidado que en cuánto él considere que estoy bien físicamente, su idea es llevarme a la autoridad del Estado de Nevada, en Carson City. ¿Cómo olvidarlo?

Bajo las escaleras con la mano en la pared y voy directamente a la cocina. Allí, en la mesita veo un plato con unas tostadas ya partidas, melocotón y zumo de naranja. A su lado hay una nota escrita con su puño y letra.

Mientras me siento y pruebo un trozo de melocotón, leo el escrito.

*Elizabeth, ya han abierto las carreteras al tráfico. Volveré a media tarde. Espero que cumplas tu palabra y te comportes adecuadamente. Si te sirve de recordatorio, está todo cerrado con llave y los marcos de las ventanas bien cerrados. Tienes en el frigorífico comida ya preparada para servir hasta que yo llegue.*

*Dann.*

Hago burla ante la parte de “Espero que cumplas tu palabras y te comportes adecuadamente”. Lo repito una y otra vez enfadada. ¿Acaso no me he comportado bien estos días?

Vale que he estado enferma y algo dolida por saber que me odia, pero eso no quiere decir que yo sea incapaz de cumplir mi palabra. A mi memoria viene el recuerdo de Fran y de las puñaladas que le di en el pecho y consciente o inconscientemente soy culpable de eso.

Y eso muy a mi pesar, quiere decir que a veces mi palabra puede no significar nada.

Triste por ese pensamiento, engullo el desayuno más por obligación que por otra cosa y tras poner las cosas en el lavavajillas, vuelvo al salón y me siento en uno de los sofás. Ya que estoy sola en casa, prefiero quedarme en un lugar neutral.

Tal vez si me ve allí, tan cerca de la puerta, y no encerrada bajo llave en mi habitación, sea una muestra a favor mía de buena voluntad.

Me recuesto mirando fijamente la chimenea eléctrica y me pregunto para qué necesitará Dann haber recogido leña si en la casa de Maddy la chimenea no va con leña. Me encojo de hombros. No tengo respuesta a esa pregunta, y aunque la

tuviera, tampoco voy a sacar nada en claro.

Es evidente que cuando Dann regrese, me llevará detenida. En la nota me puso que las carreteras ya se han abierto al tráfico. Me echo a temblar sin poder evitarlo. A pesar de saber que es lo correcto, me da miedo. Y mucho. Sobre todo, el hecho de pesar que voy a pasar los siguientes años encerrada en una habitáculo pequeño.

La imagen de Marcus, el farsante viene a mi cabeza y bullo de furia. El muy maldito al final se va a salvar de recibir su merecido.

Miro inquieta hacia la puerta y durante un segundo me planteo romper el cristal de vidrio para de un empujón salir al exterior. La moto de Dann sigue aparcada allí. Se ha llevado la de nieve, o incluso el coche de West. Si logro hacer arrancar su vehículo, con un poco que investigue a Jian Lin, sé que puedo ser capaz de dar con el paradero de Marcus.

Recuerdo que no tengo armas, pero no le doy importancia. Cuando asesiné a Fran, sólo me hizo falta usar un cuchillo y eso lo puedo encontrar fácilmente. Acabar para siempre con Marcus estaría considerado como un bien nacional, a pesar de lo que West o Dann puedan llegar a pensar al respecto.

Llego a levantarme incluso para caminar hacia la puerta. Voy hacia el pomo y suelto un grito de sorpresa y estupefacción al ir a girarlo y ver que se abre. ¡No estoy encerrada!

Parpadeo con la boca muy abierta.

Pongo un pie en el porche y una ráfaga de aire frío me golpea en la cara con fuerza. Jolín, qué alivio poder sentir el viento en la cara. A pesar de ser un viento helada, es placer para mis sentidos.

Alzo ambas manos y cerrando los ojos, lo disfruto como si fuera la última vez que voy a poderlo sentir.

—Gracias, Dann.

Sé sin un ápice de dudas, que lo ha hecho a propósito. Por eso me ha dejado escrita la nota. Desconozco si su motivación ha sido probarme para ver si soy capaz de cumplir mi palabra o no, o si lo ha hecho por otra razón. Lo único que sé es que con aquél gesto, mis ideas asesinas de acabar con la vida de Marcus, se esfuman de mi mente.

Me explico. Evidentemente quiero matar a ese tipo si tengo la oportunidad. No se merece otra cosa, ¿pero porqué para hacerlo tengo que volver a traicionar a Danniell Garrett? Aunque no le he visto mucho en esta última semana, ha dormido bajo mi mismo techo. Me ha pelado y cortado la comida para que yo pudiese comer. Ha curado mi herida. Me ha dado medicina. ¿De verdad se merece que yo le pague con una mala acción nuevamente?

No.

Aún le amo demasiado para volver a hacerle daño, al menos de forma intencionada.

Me siento en la hamaca y cerrando los ojos, recuerdo la primera vez que estuve allí, tras conocer a Dann el primer día. Él se sentó allí a mi lado y me

acaricio la mano en señal de cariño hacia mí. Yo me asusté, pero no por rechazo, o por miedo, sino por deseo hacia él.

Ahora de nuevo, yo estoy allí sentada. Sé que él no está conmigo, pero su esencia y su olor permanecen en mi interior.

—Si aún mi cabeza tenía una pequeña duda de si realmente te he llegado a amar o si todo ha sido producto de la manipulación de Marcus en mi mente, hoy puedo afirmar que ya estoy segura de lo que siento por ti, Dann— murmuro acariciando la venda. Puedo sentir debajo la cicatriz que se está formando tras la retirada de puntos—. Te amo, Danniell Garrett. Y sé que siempre lo haré.

\*\*\*

Cuando el frío se hace intenso y empiezo a tiritar, abro los ojos y regreso a la casita. Enciendo la chimenea y me acurruco en el sofá. Evito mirar hacia la televisión. No me interesa saber lo que la prensa del corazón o de las noticias, da igual, esté hablando de mí. Supuestamente a estas alturas, ya todos sabrán que yo realmente no fui asesinada.

Dann lo habrá informado en cuánto lo supo.

Me froto ambas manos y cerrando los ojos poco a poco me voy quedando dormida. El calorcito de la chimenea siempre logra el propósito de hacerme descansar. Bendito sea en invierno. Espero que en la cárcel tengan algo parecido a la calefacción para cuando tenga que pasar la época invernal allí.

En sueños creo que la imagen de Fran se me presenta de forma insistente, en diferentes lugares que no recuerdo haber estado yo en persona, y no sé si se trata sólo de una reproducción puramente onírica, o si es un recuerdo olvidado. Estoy realmente tan cansada de no poder recordar todas mis acciones del año anterior.

El ruido de la puerta al cerrarse hace que despierte casi de golpe. Creo que incluso lo prefiero. No quiero volver a alimentar el odio en mi interior hacia Marcus. ¿Para qué? Estoy harta de tener malos sentimientos y pensamientos por la gente.

Me incorporo en el sofá y durante un segundo veo en el rostro de Dann reflejarse la sorpresa. Internamente me siento algo decepcionada al comprobar en sus ojos grises que él hubiera deseado que al regresar yo ya no estuviese allí.

Pues vaya.

—Te prometí no causarte problemas— murmuro triste levantándome del sofá—. Y creo que he cumplido.

Puedo notar en mi propia voz la decepción que siento y eso me pone peor. Tal vez Dann piense que estoy haciéndome la víctima para obtener su lástima. ¿Por qué todo pensamiento que tengo de mí ahora es malo?

Camino a su lado para ir a la cocina. Mi estómago me pide sustento. Tan ocupada he estado descansando, entre comillas, que he olvidado comer.

—Espera...— me pide él tomando mi brazo con delicadeza.

Me quedo de piedra al ver que está tocándome. ¡Él a mí! ¡Si hace unos días

rehuía todo tipo de contacto físico conmigo como si yo tuviese la lepra!

Observo sorprendida su mano en mi brazo. Imagino que cuándo él vea lo que estoy mirando me soltará como si yo quemase, pero no lo hace. Se acerca más a mí si cabe y para mi asombro, comienza a acariciar mi mejilla. No, la mejilla no. La cicatriz de la mejilla.

Cierro los ojos absorbiendo la dulzura que me brinda con su gesto. Se me forma un nudo de emoción en el pecho de forma tan intensa que casi me hace llorar. Tantas noches en soledad anhelando por un poco de su ternura y de repente tenerla ahora, cuando menos lo espero, me sobrecoge.

—Dann...

Le noto temblar al oírme pronunciar su nombre. Abro los ojos para fijarme en los suyos y ya sí que no contengo las lágrimas al comprobar que su mirada vuelve a ser azul cristalina.

¿Qué está pasando aquí?

—No has huido— murmura secando mis lágrimas.

Niego con un gesto, incapaz de vocalizar palabra alguna. Si estoy soñando — ¡Dios que no sea así!—, deseo no despertar nunca.

—Fui a ver cómo estaban los ciervos, ¿te acuerdas?— yo afirmo con la cabeza—. Y también estuve en mi cabaña, reparando la ventana que rompiste y adecentándola un poco. Quise hacer tiempo allí para cuando regresase, hubieras tenido el tiempo suficiente para alejarte de aquí.

Ahí está.

Está reconociendo delante de mí que me ha tendido una trampa. Quiero alejarme de su toque para no dejarme llevar por mis sentimientos por él, pero Dann no me lo permite. Me toma en sus brazos y ante mi falta de reacción, comienza a subir las escaleras rumbo a su habitación.

¿Por qué me lleva allí?

En otra ocasión hubiese pateado, o exigido que me dejase en el suelo. Ahora ya no quiero luchar. Sigo sin entender porqué quería que yo me fuese de la cabaña. ¿No se supone que al estar ya la carretera abierta, ahora ya no tiene nada que le impida entregarme ante la policía?

¿Qué pude ganar él deseando mi marcha?

La respuesta de mi conciencia llega enseguida, hundiéndome en la miseria. Alejarse de mí. Me tiene que despreciar tanto, que prefiere perderme de vista antes que hacer otra cosa. Me odia.

Sigo sin reaccionar cuando me deja con cuidado junto a su cama.

—Voy a dejar esto aquí— dice sacando las esposas y su pistola.

Miro incrédula cómo lo coloca encima de la mesita que a pocos centímetros de mí. Creo que estoy a punto de sufrir un paro cardíaco o algo así. ¿Por qué está dejando a mi alcanza un arma? ¿Acaso no recuerda lo último que pasó cuándo yo tomé prestada su revolver?

Casi mato a West.

Mike West.

Recordarle a él me da una respuesta clara de porqué está actuando así Dann. ¿Otra prueba? Lanzo un suspiro con desgana. ¡Y maldita sea, no estoy queriendo actuar como una víctima! Simplemente, saber a dónde llega su odio por mí, me tiene inutilizada mentalmente.

—¿Sientes alguna molestia o dolor en el hombro?— me pregunta levantando la mano para alcanzar la venda.

Ahora soy yo quién retrocede para evitar su contacto. Él lo capta enseguida y su mirada azul se evapora. Siguen grises tormentosos. Supongo que el cambio que he creído ver en él ha sido producto de mi imaginación.

—Estoy bien.

Evito dirigir mi vista hacia sus objetos policiales y entrelazando las manos a mi espalda, me quedo en silencio esperando una respuesta por su parte. Está actuando de forma rara.

—¿Has comido?— pregunta a continuación.

Parpadeo y niego con un gesto. Pienso seriamente que es posible que se haya vuelto loco. ¿O tal vez sigue tratando de probarme para ver si me pillas en algún renuncio? ¿Es eso?

—No te voy a causar problemas— le repito sin mirarle de frente—. De verdad que no. No tienes porqué seguir probándome. Acataré lo que pidas que haga.

—¿Probándote?

Dann se ríe, más con dolor que con ironía.

—No estoy probándote, Elizabeth.

Elizabeth.

Su voz pronunciando mi nombre me causa más ganas de llorar. ¿Por qué parece que sigue tierno?

—No es necesario que actúes y que finjas que sientes aprecio por mí— le pido en un susurro—. Soy consciente de que yo soy quién mató a tu primo. Sé cuánto me odias. Te vuelvo a decir que no voy a hacer nada raro. Cuando decidas que es la hora de ponerme las esposas, lo voy a aceptar. Te lo prometo. Sólo te pido que no me trates bien si no lo sientes. Te lo pido por favor.

No añado que eso es lo que más daño podría hacerme. Tener migajas de la ternura que antes me ofrecía tan cándidamente.

Me obliga con su mano en mi barbilla a mirarle a los ojos y se me encoje el corazón al comprobar que ahora los tenía verdosos. ¿Le ha enfadado mi petición?

—Así que quieres que use las esposas...— murmura con voz peligrosamente suave—. ¿Por qué tengo la sensación de que la que trata de actuar aquí eres tú?

¿Yo?

Voy a decirle que no estoy haciendo nada, cuando sin yo esperármelo, Dann toma entre sus manos las esposas y acercándose a él, coloca una en mano izquierda y la otra la pone en el cabecero de su cama. Al intentar soltarme, tropiezo hacia atrás y termino medio tumbada en la cama.

—Esto fue lo que hiciste con Mike, ¿no?— pregunta socarrón.

—¿Qué?

—Tengo entendido que le ataste a un poste de la cama, semidesnudo— me dice con ira acercándose a mí.

Se tumba encima de mí, y siento ardor por todo mi cuerpo al sentir su aliento tan cerca de mi rostro.

—Danniel...

Sus ojos brillan con enfado al oír que le llamo por su nombre sin abreviar.

—Mi pregunta es...— continúa hablando con la respiración agitada—... si tú estabas desnuda o vestida cuando le ataste a la cama, señorita Stone.

Trago hondo. Voy a decirle que evidentemente estaba vestida —o al menos eso creo, no lo recuerdo bien—, cuando Dann no espera. Sin delicadeza alguna, y sin pedir permiso alguno, invade mi boca con su lengua, obligándome a devolverle el beso.

Gimo en sus labios sorprendida ante su intento de posesión. Nunca en mi vida, nadie se ha apoderado de esa manera de mi boca. Mi cuerpo se retuerce debajo suyo. Una persona ajena a nosotros podría pensar que me muevo así tratando de liberarme de su peso sobre mí, pero yo sé que la realidad es otra.

Le deseo tanto, que incluso notándole tan salvaje y tan pasional, me da igual cómo quiera besarme. Me entrego a él con abandono. Tanto, que quiero no tener imposibilitada mi mano izquierda y comienzo a querer liberarme de la esposa para poder acariciar su cabello y su espalda.

¡Le amo tanto!

Él por su lado besa, muerde, araña, absorbe, invade y posee mi boca como si estuviese sediento por sentir mi sabor. Quizá lo hace de forma un poco brusca para mi gusto. Anteriormente siempre que me besó o que me acarició lo hizo más con ternura que con pasión, pero no voy a protestar.

Tantas noches anhelando volver a tener su cuerpo sobre el mío, me hacen aceptar todo lo que venga de parte de él. Puede que una parte de él siga odiándome por todo el mal que yo le he hecho a su familia, pero otra parte sigue siendo mío. Y lo digo con razón de ser. Es evidente que me sigue deseando.

Su cuerpo al parecer ya está preparado para ser uno conmigo.

—Dann...— gimo, susurrando su nombre abreviado tal como a mí me gusta.

Creo que él se vuelve algo loco al escuchar mi gemido en su oído, porque utiliza una de sus manos para bajarme el pantalón del pijama que tengo puesto, y con la otra se baja su propio pantalón. En menos de lo que yo lo creo posible, está en mi interior penetrándome hasta la empuñadura.

Suelto un grito mezcla de placer y mezcla de dolor. Parece que aunque yo le desee, mi cuerpo aún puede necesitar algo más de preparación.

En contra de lo que espero — y quizá de lo que deseo—, al oírme Dann gruñe frustrado y sale enseguida de mí, abrochándose el pantalón. Camina hacia fuera de la habitación cerrando la puerta con un portazo.

Yo me quedo inmóvil, tratando de calmar a mi corazón, que late de forma frenética. Me siento... ni yo misma sé en realidad como me siento. Sólo sé que no tengo a Dann sobre mí y le echo en falta.

—Dann...

Rompo a llorar sin poderlo evitar. Y esta vez amargamente. Ya ni me molesto en tratar de soltarme la muñeca de la esposa y del poste de la cama. Sé que sin la llave no voy a poder abrirla.

Cierro mis piernas con vergüenza dejándome llevar por el llanto y por el dolor que siento en el corazón. Por mucho que sea evidente que Dann siga deseando mi cuerpo, ya no me quiere. Si lo hiciera, no hubiera actuado así tras hacerme suya.

Me escuece mucho mi zona íntima, pero no le doy importancia. Miro hacia el escritorio dónde aún permanece la pistola de Dann y sé que si muevo la mano derecha que tengo libre, puedo alcanzarla. Está a mi alcance si yo lo desease.

—El caso es que no quiero tomarla...— murmuro entre sollozos.

Cierro los ojos y dejo que salga todo el dolor y la tristeza que me acecha. El frío helado de antes cuando la nieve caiga sobre mí no es nada comparado, con el dolor del alma que me ataca ahora.

Es más mortal, si cabe.

\*\*\*

Unos minutos después, no sé cuántos, aún sigo llorando a moco tendido. Siento aparecer de la nada una mano que me libera la mía que está esposada. Abro los ojos y empañados en lágrimas observo cómo Dann me toma en brazos y me acuna en sus brazos con pura dulzura.

Deseo desatar la ira del desamor que siento y exigirle que se vaya y que me deje tranquila de una buena vez. Pero no lo hago, y no por falta de deseo, por la actitud de él.

—Lo siento mucho, cariño. Joder, perdóname Elizabeth.

La ternura que despliega besando mis cabellos y la forma que tiene de susurrarme palabras cariñosas mientras me consuela, me hace llorar con más intensidad. Me aferro a su cuerpo y apoyando mi cabeza en su pecho suelto toda la angustia guardada.

Sé que Dann está pensando que estoy llorando por su causa y de momento no quiero contradecirle. Y no porque no quiera, sino porque no puedo pronunciar sílaba alguna. He echado tanto de menos su cercanía.

—Elizabeth, por favor, deja de llorar. Sé que desde nos volvimos a ver he sido un completo cabrón contigo, y lo siento mucho. Lo de hoy ha sido lo más bajo que he hecho en mi vida y necesito que entiendas que no volverá a pasar. No quería forzarte.

¿Forzarme?

Alzo la mirada para mirarle cobijada en su pecho y sus ojos están tristes y

apagados. Otra vez grises. Vaya con su cambio de humor. Carraspeo para intentar aclararla voz y así poder hablar. Sólo un monstruo dejaría que él pensara eso de lo que acabábamos de hacer.

—Dann... ambos lo deseábamos— le digo poniendo todo el sentimiento que puedo en mis palabras—. Yo te deseé. Te correspondí a tu pasión con la mía propia.

—Pero tú no estaba preparada.

—No esperaba tenerte dentro tan pronto— reconozco tímidamente—. Después de que tú supieras toda la verdad, pensé que nunca más podría volver a ser tuya. En ningún momento me has forzado a hacer algo que yo no quisiera.

Seca las últimas lágrimas que recorren mi mejilla y su mano no para de acariciarme hasta que llega a mi cicatriz de nuevo. La expresión de su rostro se ensombrece al contemplarla y yo tiemblo una vez más ante su toque.

*Por favor Diosito, no permitas que deje de tratarme así. No me importa vivir el resto de mi vida haciendo penitencia por mis pecados con tal de disfrutar de su ternura un poco más.*

Quiero decir algo inteligente a continuación pero me pierdo tanto en su mirada que no soy capaz de inventar nada sofisticado que llame su atención.

—¿Fue el hombre del hotel en Billings el que te hizo esa cicatriz?

Mi corazón bombea muy rápido. ¿Cómo sabe eso?

Intento recordar si se lo comenté a Mike cuando le confesé todo lo que tuve que vivir, pero no. En ningún momento le mencioné a ese hombre.

—Mike, Sam y yo hemos seguido tu pista desde que saliste de Nottville— confiesa sin dejar de acariciar mi cicatriz—. Y te vieron allí. El hombre ese es conocido en el lugar por intercambiar dinero por sexo.

Me atraganto asqueada al recordar ese momento de mi vida. Y no por él, sino por la similitud de la situación con el familiar de mi niñez que trató hacer lo mismo conmigo. Por suerte éste último no lo consiguió.

—No me acosté con él— le confieso con suma tristeza—. Pero sí hice otras cosas. Como no tenía papeles, ni documentación nadie me quería contratar. Y yo necesitaba salir de Billings. Necesitaba transporte.

—Elizabeth...

—Sólo usé la mano y la boca— le digo temblando al recordar ese momento—. Después de salir del hotel con su dinero inmundo, vomité y no comí por días. Usé la miseria que me dio para trasladarme a Helena. Y no volví a hacerlo. Preferí vivir en la calle durante días sin comer apenas, sólo por sobrevivir.

Tomo aire para seguir hablando. Aún no he terminado.

—Y con respecto a West— continúo—. Sí que es cierto que me vio desnuda. Y también que me besó pero yo no le correspondí. Ni siquiera cerré los ojos. No es que quiera hacerme la santita, te digo la verdad. Al parecer tu amigo quería probarme para ver si yo era fiel a ti o no, y consiguió su respuesta. Ese beso me hizo ver lo que siento por ti.

Deja de acariciar mi cicatriz para pasar a acariciarme mi muñeca izquierda. Está un poco enrojecida por haber intentado soltarme de las esposas con tanta

brusquedad.

—Cuando estuviste ahora encima mío— termino de decir—, yo quise lo que pasó, segundo a segundo. Es cierto que no estoy acostumbrada a... a hacerlo así, tan directo, pero me ha gustado. Tal vez no estaba preparada para que me penetrarás, pero disfruté mucho el beso y sentir tu cuerpo sobre el mío. Lo prometo.

Quiero bajar la mirada, por vergüenza más que por otra cosa, pero Dann no me lo permite. Hace que fije mi vista en él.

—Entonces, ¿por qué ese llanto?

—Porque después de saber que me odiabas, te tuve conmigo durante unos instantes— reconozco con voz ronca—. Y al verte marchar de esa forma tan brusca, sentí un vacío muy grande en el corazón. No merecía nada menos, aquí la mala de la historia soy yo y tú lo sabes, pero aún así... me afectó. Y dejé salir todo el miedo y toda la angustia vivida desde el pasado día 25 de Diciembre.

Mis ojos parece que quieren iniciar el llanto, pero la voz firme y serena de Dann al hablar, me lo impide.

—Elizabeth, yo no te odio.

—¿Qué?

—Creí odiarte— reconoce casi con inocencia—. Deseé odiarte por haberle arrebatado la vida a mi primo. Y por lo de Maddy y Brianna.

—Sin contar el disparo que le di a West— añado para hacer la lista completa.

Dann asiente serio.

—Sí, por todos esos motivos, me propuse odiarte. Me hice la firme promesa de encontrarte y de hacerte pagar por todo el dolor que causaste en mi familia. Quise vengarme de ti y la única forma posible que tenía para hacerlo era meterte en prisión. Hacer que pagarás por tus delitos. Por eso convencí a todos y me convencí a mí mismo que te odiaba.

—Se te dio muy bien cuando nos vimos aquí— reconozco triste.

—Sí, me lo creí incluso yo. Lo seguía pensando incluso cuando te besé el día de San Valentín. Pensé que si te robé ese beso fue por celos.

—Por West.

—Sí, por Mike. ¡Qué celoso me puse!

Le ordeno a mi corazón que se calme un poco mientras escucho atenta cada palabra que sale de los labios de Dann. Mi mente está deseando darse alas para empezar a dar saltos y brincos de alegría al pensar que de verdad Dann me quiere. *No, no te hagas ilusiones, pienso, sigue escuchando.*

—Las cosas que iba a averiguando con respecto a ti ayudaban a la causa.

El secuestro de esa niña. Mi vida en la calle. Lo del hombre de Billings. Mi declaración de intenciones de asesinar a otro hombre más, en este caso a Marcus. Dann me lo resume en pocas palabras y sé que está hablando de todo eso.

—Y luego cuando hablamos por teléfono la cosa no cambió. Tu llegaste a secuestrar a West e hiciste que su herida se abriera.

Asiento cabizbaja. Recuerdo cómo caímos por las escaleras forcejeando por el arma.

—Pero llamé a un médico para que le atendiera— le digo de forma infantil para tratar de defenderme.

A Dann se le escapa una sonrisa, y yo río con él, aunque sé que no tengo motivos para mostrarme alegre. No es el momento.

—¿Qué te hizo cambiar de opinión?

—Esta semana a tu lado y el hecho de ver cómo morías, señorita Stone.

¿Ver?

Me alejo un poco de su lado para mirarle fijamente. ¿Ha dicho ver?

—Había cámaras en la habitación del hotel en Oregón, Elizabeth. Vi cómo Ellen Harold te dispara y caías al suelo bajo un charco de sangre. Mike, Jim y yo pensamos que habías muerto ese día.

Cámaras de vigilancia. Me llamo tonta por no haberme dado cuenta antes. ¡Claro! Marcus, o Alain Scott cómo le gustaba hacerse llamar, siempre grababa todo. Y para ello, ponía cámaras de seguridad en todas sus empresas. Entiendo que ese hotel al ser propiedad de algún amigo suyo, usaría la misma técnica.

Me avergüenza pensar que quizá hay una grabación visual también de mi estancia en la habitación del hotel junto a West. Creo que Dann intuye lo que estoy pensando, porque niega enseguida con un gesto de su cabeza.

—Las grabaciones de ese día se destruyeron todas. De todas las habitaciones. Ese hotel pertenece a Jian Lin. O él es socio. Algo así. Y ordenó que toda imagen desapareciera mágicamente de la noche a la mañana.

Vaya. El empresario chino está en todas partes.

Trato de recordar la conversación que oí a hurtadillas cuando estaba en el coche semiinconsciente tras recibir el disparo, pero no logro recordar nada de interés. Sólo que tenían un cómplice en la policía. Un comandante, pero no sé el apellido.

—Entonces pensar que estaba muerta te afectó.

—Y tanto— afirma él en un suspiro—. Me dejó tocado. No levanté cabeza hasta que Maddy me llamó para decirme que habías contactado con ella desde aquí para avisarla.

Niego llamándome tonta a mí misma. Tal como he imaginado durante varias ocasiones en los días pasados, mi llamada a Maddy fue la que delató mi ubicación.

—¿Por qué has hecho tantas llamadas para avisar que quieren matarla?— me pregunta—. Te vi tratando de asesinarla.

La voz de Dann suena tan triste que deseo levantarme de su regazo para tomar distancia, pero él no me lo permite. Me aferra a su lado usando la fuerza.

—Quiero la verdad, pero quiero que me la digas mirándome a los ojos. Basta de mentiras. Sé sincera conmigo.

Quiero ponerme a reír histérica al oírle. Sé sincera conmigo. Si él supiera las veces que yo deseé haberle contado la verdad. Y nunca lo hice por miedo el

desprecio en sus ojos. Sonríe entristecida dándome cuenta que con mis acciones ya he conseguido hacer que me odie. Al menos que desease odiarme.

Respiro hondo y tal cómo hice con West, a comienzo a contarle todo tal y como yo lo recuerdo. Desde la noche del 21 de Septiembre del 2016, hasta el día de hoy. No escondo nada. Por fin le abro mi corazón y esta vez cien por cien. Soy consciente de que tal vez no me crea, pero ya he sostenido esta carga por demasiado tiempo.

Si Mike West me escuchó hasta el final sin ironías ni burlas, sé que Dann hará lo mismo. Por eso no le oculto nada. Ni lo de Laia. Ni el asunto de la fotografía falsa que intercambié por la mía para que se distribuyera. Ni siquiera le oculto los días que pasé viviendo en la calle – cómo tuve que sobrevivir—, ni los recuerdos escondidos en el fondo de mi memoria.

Le hablo incluso de Fran y de mi viaje a Toulouse cuando le vi en compañía de Marcus y de Laia.

Noto que se tensa cuándo menciono a Fran, pero imagino que es normal. Es su primo. Sólo rezo porque no se piense que trato de salvarme a mí metiéndole mierda a él.

Cuando termino de contar todo –no he dejado de mirarle a los ojos todo el rato—, hago un poco de fuerza para salir de sus brazos, y al ver que no resiste, entiendo que mi versión de la historia llega tarde.

No me cree.

Si hubiera confiado antes en ti, pienso cabizbaja, ahora no estarías mirándome como si estuviese loca.

No me detengo a escuchar nada de lo que quiera decirme, camino hacia la puerta dispuesta a bajar a la sala inferior. Mi estómago me recuerda que sigo con hambre y quiero hacerle caso una vez más.

No me sorprende al ver que me deja marchar, sin moverse, y sin decir nada.

Pues bueno. Allá él.

\*\*\*

Llego a la cocina y sin hacer caso del dolorcito que sigo sintiendo en mi zona íntima femenina, saco del frigorífica una ensalada de pasta y un refresco y poniéndolo en la mesa, comienzo a comer, clavando el tenedor eso sí con demasiada fuerza.

No llego a acribillar a muchos trocitos de pasta cuando Dann entra en la cocina, con paso decidido. No le miro. No quiero ver de nuevo el desdén en su rostro. Temo saber que si fue cariñoso conmigo antes cuando estuve en sus brazos, fue únicamente para sonsacarme toda la verdad.

Sí, algo cruel de pensar de él, ¿pero qué otra cosa puedo creer?

—Si no respiras un poco mientras comes, vas a atragantarte, señorita Stone— me dice él sentándose a mi lado.

Alzo la mirada enfurruñada. No entiendo porqué está usando ese tono

burlón conmigo. Me recuerda a la primera vez que le vi en esa cabaña, y le tiré un trocito de comida al pelo. Está comportándose de la misma forma.

Dejo caer el tenedor en el plato al racionalizar ese pensamiento.

Está comportándose igual.

Me fijo en su mirada y al ver que sus ojos son azul brillante, se me escapa una sonrisilla tonta de puro placer.

—Me has creído.

Dann afirma, tomando mi tenedor para comer él también un poco de pasta de mi plato.

—Yo tampoco he comido y estoy famélico.

Verle bromear y hablar de esa forma tan guasona conmigo me pone tan contenta, que me levanto de la silla, y obviando el hecho de que se cae al suelo tras ponerme en pie, me siento encima de las piernas de Dann.

—¿Elizabeth, qué...?

—Sé que tengo mucha penitencia que pagar— murmuro entrelazando mis manos en su cuello—. Y que hay cosas que hice que nunca lograrás perdonar. Y lo acepto. Sólo te pido que me dejes amarte el tiempo que me queda a tu lado.

Dann alza una sin entender lo que quiero decir.

—Me refiero a que me dejes amarte el tiempo que estemos aquí en la cabaña. Hasta que tengas que entregarme a las autoridades.

Su mirada parece ensombrecerse un poco y no entiendo porqué.

—Dann. Por favor, no te pongas triste. Tú y yo sabemos que tengo que pagar por mis crímenes. Y tú eres poli. Es natural que seas tú quién me entregué ante la ley. Y créeme, me ha costado entenderlo, pero ahora lo comprendo. Entiendo porqué tiene que hacerse así. Sólo te pido que hasta que tengas que hacerlo, me dejes demostrarte lo mucho que te amo.

Mis palabras son dichas con tanta intensidad y con tanta verdad, que sé que estoy siendo sincera completamente. Y por raro que parezca, hablo en serio. Por mucho miedo que me dé terminar el resto de mis días en la cárcel, sé que soy culpable de los cargos que se me imputan. Drogada o no, yo lo hice.

Y no, no estoy siendo una mártir, ni haciendo el papel de una. Simplemente creo que el daño que he causado tengo que compensarlo. Entiendo que cumpliendo una condena justa podré resarcirme de todo.

—Te has vuelto completamente loca— dice él.

Me quedo anonadada sin entender porqué me dice eso.

—¿Por qué te crees que dejé la puerta abierta antes, señorita Stone?— me pregunta muy serio—. ¡Tenías que marcharte para que yo no tuviera que llevarte a la cárcel!

—¿Qué?

—Prefiero saber que estás libre y a salvo en cualquier lugar, aunque sea lejos de mí, que verte encerrada en prisión. Esa es la verdad. ¡Para qué veas que buen poli soy!

Mi respiración se agita y mucho.

—Dann, pero si me dijiste que...

—Te dije que traté de odiarte y que incluso yo mismo me auto convencí de que te odiaba, pero no es verdad cariño. No puedo odiarte. Y tampoco puedo resistir que toda mi familia te quiera ver encerrada en una prisión. Ellos ya saben toda la verdad. Todo lo que me has contado yo ya lo sabía.

—¿Qué?

Dann no permite que yo suelte mis brazos de su cuello, pero sí saca con su mano del bolsillo de su pantalón su teléfono móvil. Uno nuevo. El otro lo lancé a las llamas.

Veo cómo busca un archivo en una de las aplicaciones y cómo instantes después una voz femenina comienza a hablar. ¡Es mi voz!

—Pero... ¿cómo...?

—Mike te grabó— responde encogiéndose de hombros—. Una grabación de audio.

Vaya. Me quedo inquieta. Tal vez también avergonzada. Eso quiere decir que antes de mi confesión, Dann ya sabía todo.

Lo sabía desde el primer día que entró en la cabaña y me curó. Y aún así me mostró odio y desprecio.

—Si sabías la verdad, ¿por qué has actuado tan frío toda esta semana?

—Porque ya mentiste mucho antes, cariño. Sólo quería saber si la grabación era un burdo engaño o una dulce confesión. Reconoce que tenía motivos para tener dudas.

Quiero no sentirme dolida al darme cuenta que efectivamente sí que se ha dedicado a probarme en esa semana a mi lado, y no lo logro. No me molesta. Creo que yo hubiera hecho lo mismo que él si hubiera estado en su situación.

—Elizabeth, yo...

—Has hecho lo correcto— le digo y soy sincera—. Si yo hubiera confiado en ti antes, quizá las cosas hubieran sido distintas.

—Puede.

Por su mirada pasa una nube negra y sé que está pensando en Fran Krantz. En su primo. Tal vez mi forma de actuar tampoco ha sido tan desacertada a fin de cuentas. Ese asesinato siempre estará entre nosotros como un escollo bien grande.

Un impedimento para nuestra relación demasiado fuerte.

—El caso es que ya sé la verdad— comenta mirándome con dulzura—. Y aunque sé que hay temas que son... escabrosos, lo importante es que tú me amas a mí, y que yo te amo a ti.

—Dann...

—Y por eso, a día de hoy yo no estoy preparado para enviarte a la cárcel. No por mí mano al menos.

Entiendo lo que dice, y a pesar de que puede parecer increíble viniendo de mí, creo que no tiene razón. Las palabras que una vez Mike West me dijo vienen a mi memoria para torturarme un poco más.

Convertir a Dann en mi cómplice.

Su carrera y su vida se puede ir a la mierda si yo permanezco a su lado. Sé que sólo es cuestión de tiempo que alguien más a parte de los Garrett descubran que sigo viva. Cuando se sepan, las acusaciones irán a parar a Dann por haberlo ocultado abiertamente.

Y esa es una vergüenza por la que no pienso dejar que él pase. No lo merece.

Lanzo un suspiro, acariciando yo ahora su cabello con mucho cariño.

—Una vez quisiste decirme la verdad en mi casa, ¿no?— pregunta él alzando una ceja—. Cuando me pediste el móvil para que me pusieras una fotografía.

Afirmo.

—La llamada de Amy Kimberly lo impidió— murmuro cabizbaja.

Quiero decirle que es hora de olvidarnos de eso para aprovechar el tiempo que estemos juntos, y justo mi estómago estropea el momento romántico, haciendo ver que estoy hambrienta.

Dann y yo comenzamos a reír cómo niños pequeños. Mi corazón se aligera de puro placer al compartir esa alegría con él.

¡Cuánto tiempo sin reír yo con tanta tranquilidad!

—Llenemos la tripa entonces. Después hablaremos de lo que podemos hacer a partir de ahora.

Le doy un beso casto en los labios haciéndole ver que estoy completamente de acuerdo con él, antes de levantarme para ir al frigorífico para sacar otra ración de comida también para Dann.

Después ya veríamos qué hacer.

\*\*\*

Una vez recogemos la cocina y dejamos todo limpio, Dann me ofrece otro calmante para que me tome. Según él hasta la noche no es necesario que cambie la venda por otra limpia. Yo asiento haciendo ver que estoy escuchando todo lo que dice, pero mi cuerpo está deseoso de poder pasar un momento más íntimo a su lado.

Y no sé cómo pedírselo.

Sé que después de mi confesión y de que él confesara haber sentido celos por lo sucedido con West en esa habitación de hotel —odiaré eternamente esa escena durante mucho tiempo—, nuestra relación ha iniciado una nueva etapa.

No somos los mismos que hacíamos el amor en su cabañita, o en su casa de Nottville, ni si quiera las mismas personas que estuvimos juntas en su dormitorio horas antes aquí en la casa de Maddy y Jim.

Las mentiras ya no existían y todo eso. Y realmente me da un gran alivio saberlo, pero eso no es suficiente para arreglar todos los inconvenientes. Ni siquiera Marcus, que se cree un mago de verdad, es capaz de mover un dedo y tras decir una palabra mágica, solucionarlo todo de golpe.

Dann y yo necesitamos tiempo, pero por desgracia, justo eso es lo último

que tenemos.

Por eso ahora mismo lo que más deseo es convertirme en una persona egoísta – oh, que raro, yo egoísta, ¿verdad?—, y tratar de seducirle para llevarle a la cama conmigo. Tenerle desnudo sobre mi cuerpo, o debajo, no me importa, es mi único objetivo ahora.

Y no por mero deseo o por desear un desahogo. No. Quiero entregarme una vez más a Dann por amor.

—¿Por qué tengo la sensación de que no estás escuchando nada de lo que digo?

Su pregunta delata que estoy pensando en otra cosa.

Dann niega acercándose a mí con expresión intensa. Miro al salón dónde hemos ido a parar y casi de forma disimulada miro hacia las escaleras, deseando encontrar la manera más sencilla de decirle lo que estoy pensando.

El beso que me da enseguida él para llamar mi atención, me hace ser consciente de que yo no soy la única que está pensando en cosas calientes. Dann también lo hace. ¡Y de forma menos disimulada que yo! Está duro. Por todo su cuerpo.

—Dann...— gimo en sus labios.

—Llevas mirándome con lujuria desde que recogimos la mesa. No soy tonto, señorita Stone.

¡Adoro la forma que tiene de llamarme así!

Le atraigo a mi cuerpo y sin ningún tipo de vergüenza, hago quitarle la camiseta levantando sus brazos por encima de la cabeza.

—Así estás mejor, sin ropa— le digo acariciando sus pectorales mientras me muerdo el labio inferior.

—¿Me quieres desnudo?

—Sí, señor Garrett. Mi placer sería verte completamente desnudo el máximo del tiempo posible. Eres magnífico.

Él me ayuda a quitarle ahora los pantalones. No puedo evitar quedarme hipnotizada viendo todo su cuerpo como Dios le trajo al mundo. Es músculo puro y duro por todos lados donde miro. No tiene ni una pizca de grasa. Imagino que al ser poli, tiene que tratar de mantenerse en forma siempre.

—¿Mí cama o el sofá?— me pregunta él con voz ronca.

Siento su necesidad por mí y sé que es tan grande como la mía. No quiero esperar, por lo que no me hace falta responderle. Comienzo a besarle ahora yo ardientemente, mientras le hago caminar hasta tirarle encima del sofá.

—¿Quieres ponerte encima?

Yo asiento, mientras me quito mi pijama con rapidez.

Nunca he hecho eso de ponerme encima de un hombre para hacer el amor así, pero imagino que el instinto me dirá qué hacer. El deseo que siento de pertenecerle una vez más es suficiente para mí.

Sus manos van directas a mis pechos para acariciarlos y mordisquearlos justo cuando me coloco justo encima suya. Mi zona íntima femenina está en pleno

contacto con él. Y le noto ardiendo. Mucho.

—¿Por qué me pareces más grande ahora?

Él suelta una carcajada mientras comienza a lamer mis pezones.

—No me tengas miedo, cariño. Tú puedes acogerme en tu interior perfectamente.

—Lo sé— le respondo acariciando su pelo—, pero si me ayudas un poco mejor.

Dann alza mis caderas y con sumo cuidado entra dentro de mí. Yo cierro los ojos encantada de sentirle hasta el fondo. Ahora sí estoy preparada para él. Su empuje ya no me duele como antes.

—Ahora sí, señorita Stone, ¿preparada para cabalgar a tu hombre?

—Por supuesto que sí señor Garrett.

Entrelazo mis manos con las suyas y siguiendo el ritmo del amor, me muevo al compás de su cadera, sintiéndome en casa por primera vez en mucho tiempo.

Daniel Garrett es mi hogar y el pilar que me sostiene serena y en pie. Así es como tiene que ser.

# Capítulo 17

**En la cabaña Garrett**  
**22 de Febrero**  
**Elizabeth Stone**

No sé qué hora es cuándo abro los ojos. Y tampoco recuerdo dónde estoy. Los fuertes brazos de Dann rodeando mi cintura mientras siento su respiración en mi oído, me hacen saber dónde estoy.

Me giro con suavidad para mirar el dulce rostro del hombre que duerme a mi lado. Fuera a través de la ventana está empezando a llover. Ya no nieva. El temporal que ha mantenido cortada la carretera nada más vino ya se fue. Ahora sólo cae lluvia, y no mucha la verdad.

Muevo el brazo derecho que tengo libre y hago una mueca de incomodidad al sentir dolor. Mi abuela viene justo ahora a mi mente sin saber porqué. Ella siempre decía que los días de lluvia era cuándo los huesos más le dolían. Imagino que a mí me pasa igual. Ahora que el tiempo ha cambiado a lluvioso, el dolor de la herida regresa. Y algo más intenso que el día anterior.

Miro el reloj de mano que tiene Dann en su mano y casi se me escapa un silbido de sorpresa al ver que estábamos a día 22 de Febrero. ¡Dos días!

Increíble o no, pero a parte de comer, ducharnos, y hablar, hemos pasado estos últimos días en la cama. Bueno, eso de decir cama figuradamente. Hemos estado haciendo el amor, en cada rincón de la casa de Maddy y Jim.

Si no estuviera oscuro allá fuera, seguramente se puede ver mi rostro enrojecido de vergüenza al pensar lo que Maddy pensaría de haberme entregado a su cuñado en cada rincón de su casita.

—¿Avergonzada?

Oculto mi rostro en el antebrazo de Dann al oír su voz. Está despierto. Tengo que anotar mentalmente lo siguiente y es averiguar que está despierto cuándo no ronque. Si ronca, está dormido.

—Algo dolorida— musito señalando mi hombro.

—¡El calmante!

Dann se pone rápidamente en pie, lanzando maldiciones una detrás de otra para sí mismo. ¿Calmante? ¡Claro! Por eso me duele, no por la teoría de la lluvia.

Se le ha olvidado suministrarme el relajante muscular.

—Lo siento, cariño.

Me ofrece un vaso de agua y la pastilla de color blanco.

—Gracias.

Me pongo en pie y obediente como una buena niña pequeña, me siento en la cama esperando que me cambié la venda antes de irnos a la ducha. Esa es nuestra rutina, al menos de los últimos días. Después de despertar, toca ducha, luego reponer fuerzas y después... idear un nuevo lugar dónde seguir haciendo el amor.

Es satisfactorio para ambos.

La expresión del rostro de Dann me dice que mi plan no le parece adecuado para seguir haciendo ahora.

—¿Qué pasa ahora?

Lanza un suspiro mientras me pasa un sobre que tiene a su espalda. Alzo una ceja inquieta. No lo he visto.

—¿Qué es?

—Ha aparecido debajo de la puerta. Cuando fui a por el vaso de agua, lo encontré.

Tiene la expresión seria. Casi puedo decir que está enfadado. Espero que no sea conmigo. No quiero afrontar más problemas. Y menos ahora. Quiero seguir flotando en la nube de felicidad de los últimos dos días. Creo que lo merezco.

—¿Puedo verlo después?— pregunto enfurruñada. Dann niega con un gesto y yo en un suspiro abro el sobre y me quedo helada al ver la imagen retratada en el papel—. ¿Pero... qué...?

Ante mis incrédulos ojos veo tres fotografías diferentes y una nota a su lado.

Las tres son de Dann y mías, y son en esa casa.

—Esta es de nuestro beso de San Valentín— susurro mirándome a mí misma besando a Dann en la cocina. Por mi expresión se puede ver claramente lo enamorados que estamos. ¡Y yo que ni cuenta me di en ese entonces!

—Esta es de cuándo hicimos el amor en el sofá...— me recuerda Dann.

Me veo a mí misma montada encima de Dann, con él en mi interior, desnudos los dos y mis mejillas se tiñen del color rojo sangre. No me sorprende descubrir que no soy voyeur. ¡Qué vergüenza me da verme así!

Salto a la siguiente fotografía, y en esta ocasión le doy la vuelta enseguida. Y no por que me dé asco, o repugnancia. Más bien no quiero verla por vergüenza ya que en ella se me ve a mí claramente arrodillada junto a Dann, haciéndole el amor con los labios en su... intimidad.

Dann viene en mi ayuda y toma entre sus manos las fotografías. Le veo furioso y mucho. Está leyendo la nota con los nudillos de los puños apretados con fuerza.

—¿Qué dice?

Me pasa la nota tras pensarlo durante unos segundos e imagino que no le hace mucha gracia dejarme leerla.

*Estas fotografías se han enviado al Departamento de Policía de Nevada, en Carson City. Es evidente que Elizabeth Stone sigue viva y que el Teniente Danniel Garrett es su cómplice. Sobran las palabras con estas fotografías. Espero que hayan disfrutado del placer carnal en estos días. No podrán continuar con sus juegucitos una vez estén en la cárcel. Una por ser una psicópata asesina y el otro por ser cómplice y encubrirla. Al fin se hará justicia.*

No logro reconocer la letra. Tampoco viene firmada. Sólo puedo determinar que está escrita con mucha ira.

—Es alguien que nos odia a los dos— murmura Dann caminando hacia la ventana para mirar hacia el exterior.

Hago lo mismo que él y me quedo helada al ver en el suelo unas huellas en el suelo nevado que aún la lluvia no ha deshecho. Sea quién sea, ha estado allí hace poco.

—Hay huellas de neumáticos. Se pierden de camino a la carretera de nuevo.

—¿Se ha ido?

—Creo que sí. Sólo pretendía asustarnos.

¿Asustarnos?

Mi cuerpo entero quiere ponerse a temblar de pies a cabeza, y no por preocupación hacia mi persona. Yo ya me he dado por perdida. Temo por Dann. Le está haciendo cómplice a él. Me llevo las manos a la cabeza horrorizada.

¡Le he puesto en peligro a él por mi egoísmo!

*Disfrutemos los días que tengamos juntos, pienso haciendo burla con mi propio recuerdo, después iré a la cárcel y todos tan contentos. ¡Sí claro!*

—¿Elizabeth?

—Tienes que entregarme a la policía, Dann— le digo cuando me lleva a sus brazos para acurrucarme junto a él—. Aunque haya mandado a la policía esa foto, podemos alegar que se hizo antes. Bueno, tú eres quién tiene que decirlo. No es actual.

—Cariño, tu pelo es diferente ahora.

¡Las extensiones!

¡Hasta mis planes salen mal!

—Respira hondo, ¿sí?

Trato de hacer lo que dice. Quiero pensar que Marcus es el culpable de esa nota, pero sé que él cree que estoy muerta. Si hubiera sido él, o Laia ahora yo estaría muerta. No me quiere con vida.

—¿Quién ha podido ser?

—No lo sé cariño. Poniéndonos nerviosos no vamos a lograr nada. Tenemos que mantener la calma.

Le digo que tiene razón y dándole un casto beso en la mejilla, camino hacia la cama para sentarme de nuevo en ella. El calmante aún no ha hecho todo su efecto y los nervios no ayudan precisamente a calmarme.

—Vayamos poco a poco— me propone él—. Primero te cambio la venda. Luego nos duchamos, comemos algo y planeamos nuestro siguiente movimiento.

—¿Planeamos?

—Claro, somos una pareja ¿no?— dice tranquilamente—. Pase lo que pase, desde ahora estamos juntos y actuaremos con cautela, pero unidos.

Le doy una sonrisa calurosa, contenta con lo que dice. Me gusta cómo suena eso de “ahora estamos juntos”. Esa frase habla de continuidad y de un todo el uno junto al otro.

Y eso me gusta.

\*\*\*

Enciendo la chimenea y me siento en el sofá justo encima de Dann tal como él me pide. Siguiendo la costumbre suya —no se ha olvidado que le gusta que tengamos conversaciones serias en esa postura—, me acurruca en sus brazos y acaricia mi espalda rítmicamente por debajo de la camiseta.

—Preocuparte no sirve de nada, cariño— me dice con voz suave.

—No me preocupa lo que pueda pasarme a mí. Lo que me tortura es lo que te pueda ocurrir a ti Dann. Van a acusarte de ser mi cómplice. Y eso yo no puedo permitirlo. Tú no has hecho nada malo.

Dann sólo ríe. Parece feliz de ver la intensidad con la que le defiendo.

—¿Cómo he podido pensar que deseas mi mal?— se pregunta en voz alta—. Creo que a veces parece que quieres protegerme más a mí, que a ti misma.

¿En serio?

Alzo una ceja sorprendida por saber que tiene esa impresión de mí ahora.

Muevo un poco el hombro al empezar a sentir un cosquilleo en la zona dónde está cicatrizando la herida. Al ver qué Dann se da cuenta, le digo al oído que no se preocupe, que sólo me escuece un poco.

Le noto pensativo y eso no me gusta mucho.

—¿Estás bien tú?

—Tengo que contactar con Maddy— me dice en voz baja—. Hace varios días que no contacto con ella y sé que estará subiéndose por las paredes.

Maddy. Mi corazón comienza a acelerarse. Desde que entré en la nube de amor de estar en los brazos de Dann, no he pensado para nada en ella. Ni en Jim. Sólo Dann ha estado en mi pensamiento. Ahora la realidad me golpea la cara.

¿Cómo va a tomarse ella... mi reconciliación con Dann? No lo va a entender, yo lo sé.

—Elizabeth...

—Maddy me odia y con razón— le recuerdo—. Cuando sepa que tú y yo volvemos a llevarnos bien, me acusará de haberte embrujado, abducido o algo así.

Dann me hace mirarle a los ojos. Veo su mirada incrédula ante esos términos. No puedo olvidar lo escéptico que se quedó conmigo al principio cuando le conté los trucos de magia que hacía Marcus.

—Yo hablaré con ella. Y con Jim. No te preocupes.

Sí, claro. Muy fácil de decir, pero difícil de hacer.

Acaricio su rostro, disfrutando de ver regresar en él su mirada azul. Si tuviera una cámara de fotos, le haría una fotografía ahora así tal como está, para llevarle siempre conmigo.

—¿Qué piensas?

Se lo digo, y sólo sonrío. Lleva la mano a la mesita que hay junto al sofá, y sacando su móvil del cargador me lo ofrece.

—Sácanos una fotografía juntos, creo que no tenemos ninguna ahora que lo pienso.

Sé que no está acordándose de las fotografías que nos hizo la persona esa que se coló en la casa, pero no abro la boca. Tomo su móvil entre las manos y abriendo la aplicación de la cámara nos hago una fotografía a los dos juntos.

Me quedo mirándola fijamente un ratito y me alegra ver lo sonriente que salimos los dos. Cualquiera que se pare a mirarnos, se daría cuenta lo mucho que nos amamos. A veces nuestras palabras pueden pronunciar mentiras, pero lo que refleja nuestra mirada nunca engaña.

—¿Contenta?

Voy a decirle que sí, cuando su móvil comienza a sonar en mis manos. Cruzo una mirada extrañada con Dann al ver que en la pantalla pone el nombre de Mike West.

—¿Me voy?— pregunto al notar algo de enojo en su expresión al saber que es su mejor amigo el que está llamando.

Dann sólo niega, mientras continúa abrazándome contra su pecho.

Sin yo esperarlo, pulsa el manos libres y puedo oír perfectamente al otro lado del hilo telefónico a la voz de Mike West.

—Ey, tío, ¿cómo estás?— comienza a decir West—. Estás últimamente desaparecido.

—Estoy llevando un caso urgente— dice Dann sin dejar de acariciarme la espalda—. ¿Necesitas algo? Estoy a punto de quedarme sin batería, colega.

Trago hondo sorprendida al ver que hasta un policía también sabe mentir cuando la situación lo requiere. ¿Quedarse sin batería? ¡Pero si está llena!

—Sólo quería saber que estabas bien. Hablé con Maddy y con Jim, y cuándo les pregunté por ti, pusieron cara de circunstancias. Y eso me preocupó bastante.

—¡Y a mi también!— añade otra vez masculina que yo desconozco.

Frunzo el ceño ahora yo. Así que al parecer West no está a solas, sino en compañía de otra persona.

Alzo la cabeza para posar mi mirada en la de Dann y sé que él reconoce esa voz enseguida.

—Hola, Sam. ¿Por qué será que no me extraña que estés en Nottville de nuevo?

Sam.

Trato de hacer memoria intentando ponerle cara a ese hombre, y no lo consigo. Su voz suena profunda y grave.

—No estamos en Nottville, tío. Sino en la prisión de Morehead City, en

Carolina del Norte. Acabamos de salir de interrogar por enésima vez a Joanne Pearson. Y por desgracia, seguimos sin sacar nada en claro de ella.

¿Joanne Pearson? ¿La auténtica? ¿En la cárcel?

Me paraliza sorprendida. Ahora que me pongo a pensarlo, me doy cuenta que Dann a mí no me ha contado casi nada de lo que ha hecho desde el día que nos separamos. La única que ha hablado he sido yo.

—¿Joanne Pearson?

—Sí. Estuvimos visitando a Jian Lin en California y descubrimos unas fotografías muy interesantes en uno de sus libros. Te las hemos enviado para que también las tengas. Tanto lo que pone delante de las fotografías, como lo que pone en el reverso.

Escucho el pitido de mensaje entrante proveniente del móvil y en contra de los deseos de Dann, me levanto de su regazo. Me pone nerviosa saber lo qué han averiguado.

El trata de que me quede a su lado, y me hace sentarme junto a él en el sofá. Toma mi mano con dulzura y con la que tiene libre, abre el archivo para ver las fotografías.

En una me reconozco claramente en Toulouse. Chasqueo disgustada al ver que justo en ese retrato no sale Fran, pero si salen Marcus, Laia bajo el papel de Ellen Harold y yo. En la otra fotografía, reconozco a Joanne Pearson. Creo que está vestida igual que la ocasión en la que la vi en Madrid, en el Hotel al que fui a buscar a mi hermana.

*Objetivo, Empresas Jenkins. Arma para llevarlo a cabo. Elizabeth Stone. Método. Sufrimiento familiar.*

Leo en voz baja la instantánea que aparece ahora en el móvil con el reverso de la foto y siento ganas de vomitar. Arma. Me tratan de arma. No sé que es peor, si saber qué ese es el concepto en el que Marcus y los demás me han considerado siempre, o leer lo de “sufrimiento familiar” junto a Dann.

—Entiendo que habéis ido a Carolina del Norte ha visitar a Joanne para intentar sacarle información al respecto de la fotografía— resume Dann con voz seria.

La mano que aún tiene sobre la mía está dura y tensa. No sé si tratar de hacer que me suelte o permanecer así. Me da miedo que de nuevo su actitud cambie con respecto a mí tras hablar con sus amigos.

¿Cuándo acabará este miedo, jolines?

—No nos ha dicho nada. O le han pagado muy bien para quedarse callada, o de verdad no sabe nada y es una víctima más.

Yo niego con un gesto para hacer ver que Joanne Pearson está implicada en ese asunto hasta el fondo. Dann asiente, dándome una sonrisa de consuelo y mi corazón vuelve a latir de forma normal.

Vale, no me odia.

Bien.

—Ahora sólo nos queda volver a visitar a la falsa Laia Stone para ver si ella

accede a decirnos algo— murmura el tal Sam.

¿La falsa Laia Stone?

Dann me mira como pidiéndome permiso para contarles lo que sabe con respecto a Ellen Harold, y yo me acerco a su oído para pronunciarle unas pocas palabras en voz muy baja. No quiero que me oigan.

—No quiero que tengas secretos con ellos. Saber que el verdadero nombre de Ellen Harold es el de Laia, será un buen punto de partida para encontrar a Marcus o a ella misma.

Él me besa con dulzura en la frente y después con voz pausada y firme les cuenta a sus amigos quién es la verdadera Laia Stone y con quién está en esos momentos. Ambos se quedan en silencio digiriendo esa información.

—¿Estás queriendo decir que a Elizabeth la mató su hermana biológica?— pregunta Mike con ira.

Noto a Dann ponerse tenso al oír a su amigo pronunciar esas palabras con tanta intensidad y lanzo un suspiro de pesar. No me gusta que el menor de los Garrett pueda llegar a tenerle desconfianza a West. Es su mejor amigo desde la infancia.

—Sí, Ellen Harold es Laia West, y parece que está comprometida para casarse con Jian Lin.

Mi hermana casada con un multimillonario chino. Guau. Si de pequeña me lo llegan a decir, alucinaría en colores. Y mucho.

—¿Qué opinas con respecto a la nota del reverso, Dann?— pregunta Sam.

—Opino que es evidente que quieren acabar a cómo dé lugar con Sean y con su familia. Maddy y Jim tienen que estar alertas y atentos ante cualquier eventualidad.

Afirmo con mi cabeza, haciéndole ver a Dann que estoy de acuerdo con él. Todo lo que se pueda hacer para mantener a Maddy a salvo es poco.

—¿Y con respecto a Elizabeth Stone?— pregunta Mike instantes después—. Se refieren a ella como un arma para la causa. Eso demuestra que su confesión fue verdadera, Dann.

No sé si mis mejillas se ponen rojas o simplemente si se quieren poner a reír justo en ese momento, porque me sale una sonrisilla de vergüenza muy a mi pesar.

Mike West está defendiéndome. Y parece que en contra de la voluntad de la persona que está con él, porque comienza a suspirar y soltar una diatriba con algo parecido a “ella amenazó a varias personas e incluso te disparó a bocajarro, tío”.

Yo me suelto de la mano de Dann y camino hacia la chimenea con un sentimiento de pesar que me ahoga por dentro. Creo que incluso me falta la respiración por ansiedad.

—Se va a cortar ya— se excusa Dann—. Cuando pueda os llamo. Cualquier novedad que tengáis os ruego que me volváis a llamar. Gracias chicos.

Cuelga el teléfono y lo deja encima del sofá. No tarda ni un minuto en

acercarse a mí para llevarme a sus brazos. Me dejó envolver en su aroma y su olor me calma.

—Elizabeth...

—Un arma— le digo—, así me han considerado desde el principio, como un arma a la causa. Sólo para hacer daño a tu familia. Y como una idiota yo les seguí la corriente.

—Te manipularon.

—Sí, pero eso no quita que asesiné con mis propias manos a tu primo, Dann — le recuerdo y no sé porqué. Tal vez por masoquista.

¿Estoy esperando que de tanto decírselo, él se canse y vuelva a odiarme?

Pienso durante un segundo esa idea, y creo que me pongo pálida al entender que sí. Es precisamente lo que mi mente quiere. ¿Pero por qué?

—Quieres desligarte de mí usando una excusa que nos separe— me dice Dann dulcemente.

—¿Qué?

—Puedo saber lo que piensas y lo que te preocupa. No soy idiota. Sé que te asusta entregar tu corazón y que de la noche a la mañana yo descubra algo nuevo que tú hiciste y ahora no recuerdes, y me enfade.

Jolín.

Me giro para observarle sorprendida. Es precisamente lo que estoy pensando y lo que siento.

—Ahora entiendo porque tu profesión es la que es— le digo acariciando su rostro—. Es usted muy perspicaz, Teniente Garrett.

—Y usted es la mujer más tentadora que jamás he tenido en brazos, señorita Stone— me responde besándome castamente—. Nunca lo olvide.

Asiento respondiéndole al beso con ardor.

¡Ojalá pueda estar así, enlazada a sus labios, por todo el día!

\*\*\*

La lluvia nos da descanso al atardecer. Dann y yo aprovechamos ese prelude de relativa calma de la tempestad, para salir de la casa. Quiere que le acompañe a echarle de comer a los ciervos.

A pesar de mi protesta inicial – no me ha parecido adecuado salir de la casita cuando hay una persona que al parecer disfruta espiándonos a nuestras espaldas —, finalmente me ha logrado convencer. Creo que mi lema de querer compartir con él cada momento que sea posible es mi motor hoy día.

—¿Lista?

Me lleva hasta detrás de la casa, junto a las lindes del bosque y veo el coche de West aparcado allí, junto a la moto de nieve.

—Imagino que no iremos en el coche— le digo anhelando estar calentita un rato más.

Dann levanta la mano con culpabilidad y yo me guardo la sonrisa. Sé lo poco

que le gustan los coches.

—Sólo me monto en esas latas de metal y ruedas como último recurso— me recuerda—. Prefiero la moto de Jim.

¡Vivan los buenos recuerdos pasados!

Junto a él voy hacia la moto y al pasar junto al coche de su amigo, me quedo parada un momento. Desde que recibió la llamada de West y del tal Sam ese, no hemos hablado de ningún tema escabroso y la verdad que opino que guardar los temas delicados no es buena idea.

Ya hemos tenido demasiado secretos entre nosotros.

—Dann...— murmuro casi con timidez—. ¿Está enfadado con Mike West?

Es evidente que mi pregunta le molesta, porque pasa de estar relajado a ponerse tenso. De un minuto a otro.

—¿Enfadado con Mike? ¿Por besar a mi chica, y seguirla defendiendo aún a pesar de pensar que esta muerta?— pregunta en tono irónico—. ¡Noooo! No estoy enfadado con él.

Camina hacia la moto y sacando un casco para darme a mí, se queda apostado en la moto, quitándole con un paño el agua y la nieve que se ha quedado encima de los sillines.

—Dann...

—Sube, cariño— me pide tratando de parecer tranquilo—. Me gustaría poder llegar a la casa antes de que anochezca.

Finjo que voy a hacer lo que me pide, pero antes de que me ofrezca su mano para ayudarme a subir a la moto, doy un salto y apoyándome en su fuerza, salto hacia él con la fe de que me tomara en brazos.

Creo que le pilló demasiado por sorpresa, porque de un momento a otro termino con Dann en el suelo, riendo como tonta al ver la cara de impresión que se le ha quedado. Imagino que por su cabeza pasa el recuerdo de cuándo le lancé el casco a sus pelotas y me mira con algo parecido al respeto prudencial.

—Recuérdame que cuándo te vuelva a querer ayudar a subir a una moto, me quede alejado por más de tres metros— dice en un suspiro.

Arrugo mi cara haciendo una mueca de niñita pequeña regañada y él no aguanta más la risa. Comienza a reír a carcajada limpia, mientras me ayuda a incorporarme. Gruño un poco de dolor al notar un pinchazo en mi hombro derecho. Vaya, eso por no pensar en las consecuencias.

—¿Te duele?

—Caí mal— respondo encogiéndome de hombros—. Perdona, Dann, sólo quise...

—¿Lanzarte a mis brazos?

Afirmo quitándome trocitos de nieve del pelo.

—¿Y porqué querías hacer algo así?

—Para demostrarte que yo sólo me fijo en ti...— murmuro con voz ronca—. No quiero que sientas celos de Mike West.

Su cara cambia de estar risueña a seria al oír el nombre de su amigo.

—Elizabeth...

—Mike es tu amigo y sólo trataba de protegerte— le digo intentando poner toda la seriedad posible a mis palabras—. Me contó lo que pasó con Amanda y quería ayudarte. Sé que tal vez no debió hacerlo, pero nunca pensó en traicionarte. Te adora mucho. Eres su mejor amigo. Lo hizo por ti.

—Pero él siente algo por ti— me responde con frustración—. No sé exactamente el qué, pero puedo ver que es intenso. Y creo que incluso Sam se ha dado cuenta. ¿Crees que no tengo razón para estar algo molesto?

Niego, mientras me acurruco en sus brazos. Me gusta hablar de estos asuntos sintiéndole cerca mía.

—Yo te amo a ti— le recuerdo—. Y sólo a ti. Necesitas hablar con Mike y aclarar las cosas. No pierdas tu amistad con él por una tontería.

—¿Una tontería?

—En la vida hay dos cosas que son importantes en la vida de toda persona y que tiene que cuidar— resumo en un susurro—. La familia y la amistad. No podemos vivir alejados de ellos, ni darlos de lados por cualquier contratiempo que aparezca.

Recuerdo la sensación de familiaridad que sentí junto a Maddy compartiendo la casa con ella y un sentimiento de vacío inunda mi corazón. Sé que nunca podré recuperar esos momentos y no deseo que a Dann le pase lo mismo con su mejor amigo.

Nunca podría perdonármelo a mí misma.

—No echas a perder tu amistad con Mike. Te lo pido como favor personal, mi vida. Para él, tú eres como un hermano. Y por mucho que crea sentir algo por mi, no es real. Recuerda que casi no me conoce.

Recupero la respiración normal tras decir esas palabras. No sé si mis palabras surten algún efecto o no, pero permanece inmóvil mirándome unos instantes, con una expresión en sus facciones que no le he visto antes.

—¿Sabes que te pones bellísima cuándo defiendes una postura que te gusta mucho?— pregunta sonriente.

—¿Sí?

—Sí.

Me toma en sus brazos y me besa con cariño.

—Vamos, les damos de comer a los animalitos y cuándo lleguemos a casa hablaremos seriamente sobre Mike, sobre tú y sobre mí.

Trago fuerte, algo preocupada al oír eso de hablar sobre nosotros dos, pero no lo exteriorizo. Me quedo contenta con la parte de que querrá hablar sobre West.

Eso me anima y bastante.

\*\*\*

Llegamos rápidamente hacia la llanura dónde los animalitos han realizado su

nido y su hogar. Esta vez al bajarme de la moto para ir hacia ellos, voy con una sonrisa porque tengo en mis manos el teléfono móvil de Dann.

No voy a desaprovechar la oportunidad de hacerles la fotografía. Otro recuerdo que quiero mantener en imagen. Junto a la instantánea que tengo de Dann conmigo.

—Han crecido mucho— me dice él sonriente dejando a un lado la comida que trae.

—¿Vienes mucho a darles de comer?

—¿La verdad? No— confiesa cabizbajo—. Desde tu huida, no volví a este lugar. Imaginé que cómo animales salvajes que son, cambiarían el nido cuando sus cachorros crecieran, pero al regresar aquí por ti, vine por aquí y les encontré. Desde hace una semana les vengo a dar de comer.

Su amabilidad y ternura al contarlos llenan mi corazón. Me recuerda a Jim, y a su instinto fiero por proteger a los animales. Me pongo algo triste sin poderlo evitar al recordar a su hermano.

—¿Qué pasa?— quiere saber él enseguida—. ¿Por qué esa carita?

—Estaba pensando en lo parecido que eres a Jim cuándo cuidas animales— le respondo encogiéndome de hombros—. Sólo recordaba la pena que me da no volver a verle cuidar un ser vivo así más.

Mis palabras no le gustan a Dann, pero no me contradice. Se agacha nuevamente para dejarle el resto de comida a los ciervos y me hace retroceder un poco para que salgan de su escondite.

Pone su mano en mi hombro “sano” y atrayéndome hacia él, juntos contemplamos cómo los cachorritos – que ya de cachorros tienen poco de lo grandes que están—, comen. Sus padres no están. Entiendo que habrán ido a cazar.

—Hasta la noche no regresan.

—¿Y les queda comida para después?

—No, pero por eso a los adultos les dejo la comida en otro lado— me dice besándome el cabello con ternura—. Vengo enseguida. No te muevas.

Acaricio su espalda y de reojo le veo marchar hacia una zona oculta entre los ramajes de los arbustos. Contemplo su figura perderse en la distancia y vuelvo a enfocarme en los animalitos que están comiendo.

Siento muchos deseos de acercarme a ellos para hacerle mimitos y de la nada, me sobreviene a la cabeza un dolor intenso. Inmenso puedo decir. Omíto un grito por no asustar a los cachorros, pero sí me dejo caer en el frío suelo nevado.

Por la lluvia la nieve casi se ha derretido y está resbalizado. No caigo de bruces sobre mi trasero de milagro.

A mi mente comienzan a venir cómo ráfagas recuerdos que vuelven a mi memoria, pero no es cómo las veces anteriores. No son fragmentos enteros de la situación o del momento. Sino que son cómo imágenes sueltas de un mismo momento.

Veo a Jason Laker, cuándo aún vivía. Y a Marcus. Creo que estamos en la casa de éste último. El 30 de Agosto del 2016. Cinco días después de mi viaje a Francia. Estoy desnuda en su sillón. Ambos ríen. Están embriagados por el alcohol. Creo que yo también, porque todo me da vueltas.

Ellos aún están medio vestidos. Hablan del plan que han preparado para mí. Mencionan el cuchillo que tengo que coger. Me dicen el hotel al que tengo que ir cuando salga de Wesport. Incluso me ordenan qué ropa ponerme, y cuánto beber para emborracharme.

—¿Elizabeth?

La preocupada voz de Dann invade la penumbra del recuerdo, y cuándo me zarandea para que regrese al presente, el último fogonazo que viene a mí antes de salir de esa maraña de recuerdos, es ver a una tercera persona entrar en esa habitación.

Otro hombre.

—Fran Krantz...— murmuro cerrando los ojos.

Sé que Dann me oye pronunciar el nombre de su primo, porque sus músculos se tensan al cogerme en brazos, y quiero disculparme por ello, pero ahora no puedo.

Estoy tratando de obligarme a memorizar el resto de esa noche. Quiero saber porqué Fran Krantz estuvo esa noche allí también, con Marcus, Jason y conmigo. ¿No estaban incitándome y enseñándome a cómo matarle a él? Si así es... ¿por qué estaba presente?

Noto cómo Dann me sienta en la moto de nieve y poniéndome delante suya, rodea con una mano mi cintura y con otra el manillar para ponerla en marcha.

Quiero decirle que estoy bien del equilibrio para que él no tenga que hacer malabares y que puedo ir detrás como antes de copiloto, pero no Dann no se detiene. Conduce agarrándome con fuerza mientras le oigo respirar agitadamente en mi oído.

Espero que este nuevo recuerdo no sea un nuevo motivo para vivir con miedo, una vez más.

\*\*\*

Enseguida llegamos a la casa de Maddy y Jim. Dann no me deja regresar a la cabañita andando. Me lleva en brazos todo el camino.

—Dann, estoy bien...— trato de decirle, pero no hay forma.

Hasta que no me ha dejado sentada en su cama, con un vaso de leche a un lado, y una pastilla en la palma de mi mano, no se relaja.

—Gracias.

Le pido que se siente a mi lado y cuándo por fin lo hace, me dejo arropar por su cariño. Inhalo su aroma. He aprendido a hacerlo siempre que quiero conseguir tranquilidad. ¿El olor de una persona se podrá embotellar para poder llevármelo de recuerdo, al igual que las fotografías?

Me río de mí misma al pensar eso.

A pequeños sorbos me voy tomando la taza con el líquido calentito. Mi mente está ocupada tratando de darle una explicación suficiente clara ante lo sucedido.

—Cuando te sientas preparada, te escucharé encantado.

¡Ojalá siempre fuese así!

—Ha venido a mí un nuevo recuerdo a mi memoria— le confieso tímidamente—. Y esta vez ha sido demasiado... intenso.

—¿Qué has recordado?

Inspiro hondo. Decido hacerlo directamente. Le cuento lo poco que he recordado de ese día. El 30 de Agosto de 2016. El puño de su mano se cierra con fuerza sobre la sábana. Aún así no dejo de hablar. Le vuelvo a contar algo que ya hice antes. Le digo de la fotografía que Jason Laker me mostró en Nottville cuándo me confesó toda la verdad.

Su expresión seria no cambia de su rostro, pero un detalle hace que no sienta miedo de su reacción. Y es que sus ojos siguen siendo azules. Mi nuevo color favorito en el mundo, sin lugar a dudas.

—Así que Fran tenía contactos con ese tal Alain Scott— resume él con voz ronca.

—El supuesto falso Alain Scott. Yo le conocí cómo Marcus a él, y cómo Jason Laker al que intentó matar a Brianna en el Hospital— añado yo, recordando esos sucesos que las noticias reprodujeron por la tele, semanas atrás.

Dann abre y cierra el puño de la mano, mirando al infinito. Parece que su mente está volando hacia un lugar muy lejano.

—¿Por qué un asesor inmobiliario de Nottville iba a querer hacer tratos con un magnate hotelero?— me pregunta inquieto.

—Fran trabajó un tiempo para la empresa de Sean Jenkins. Quizás de esa forma se conocieron.

Él asiente, aunque aún no muy convencido.

—Dann, yo no sé desde cuándo se conocieron. Ni siquiera sabía que eran amigos hasta ese día en Toulouse, que les vi comiendo junto con mi hermana.

Cierro los ojos tratando de obligarme a recordar algo más de ese 30 de Agosto, pero a parte de un dolor de cabeza enorme, nada más logro conseguir. No sé cómo demonios Marcus pudo joderme tanto la mente. Ya hasta soy capaz de empezar a creerme que utilizó magia conmigo para manipular y borrar recuerdos.

Cosas más imposibles se han visto.

—La magia no existe— me dice Dann dulcemente.

Le miro enseguida, muy sorprendida. Parece que lo último lo he dicho en voz alta.

—Ha debido de usar drogas alucinógenas contigo, Elizabeth. Por eso hay cosas que no recuerdas.

—Pero...

—Te prometo que algún día recordarás todo, cariño— me dice tierno—. Yo te ayudaré a vivir tranquila a partir de ahora.

Suena tan convencido y tan dulce, que todo mal pensamiento se me va de la mente. Evidentemente el miedo a separarme de él aún sigue clavado en mi mente, pero lo aparto como si fuese algo superfluo.

Me concentro en el presente y en el problema que tenemos entre manos ahora.

—Tengo una pregunta qué hacerte— empieza a hablar él—. Quiero que me digas una cosa. Ese tipo, el que se hace pasar por mago, ¿tenía cámaras de seguridad en todos lados?

¿Qué?

Sé que mi expresión se nota que es confusa, porque Dann vuelve a repetirme la pregunta, esta vez más despacio y enfatizando más la parte de las cámaras de seguridad.

—En su hotel sí. Así fue cómo me sacó las fotografías en “El Placer de los Sentidos” y el video de... mi crimen— le digo, omitiendo la parte de asesinar a su familiar.

—¿Y en su casa?

En su casa.

Me incorporo en la cama, entendiendo perfectamente lo que me quiere preguntar. En su casa fue el último recuerdo que ha venido a mi mente. Allí el 30 de Agosto estuve desnuda junto a ellos.

—Sí, es un fanático de las telecomunicaciones. Todo lo graba. Por eso Jason Laker tenía tantas fotografías de vosotros, de mí, y de Fran. Incluso sus falsos espectáculos de magia también los grababa. Para la posteridad, decía él.

Mi rostro se llena de algo parecido a la excitación al entender lo que Dann está tratando de hacerme pensar.

—Quieres saber si esa noche está grabada en algún lugar— murmuro sorprendida.

—Si es cierto que Fran estuvo allí con vosotros tres, quiere decir que su mismo asesinato fue un plan que salió mal— dice él, vocalizando cada palabra con esfuerzo—. Y no sólo eso. Según me has contado, después de las primeras veces, el resto del tiempo siempre te has visto con él en su casa. Hasta el pasado 21 de Septiembre, ¿no?

—Eso es.

—Sí usó droga sobre ti, o hipnotismo. O incluso si te manipuló de algún modo, tiene que estar registrado en sus grabaciones. Sus planes de intento de asesinato. Su relación cómplice con Laia y con Jian Lin. Todo.

Abro la boca muda del asombro.

¡Y yo pensando que la mejor forma de acabar con la amenaza de Marcus era matándole! Y no. Su obsesión por grabarlo todo podía ser su fin.

—Pero habrá destruido esas grabaciones...

—No creo, quizá las de su hotel sí. Al huir. ¿Pero las tuyas personales?

Elizabeth, según lo que conozco de los criminales, él es un psicópata. Y por tanto, siente la necesidad de ser superior al resto de las personas. Creo que incluso quiere ser mejor que Jian Lin. Quiere poder.

—¿Cómo sabes todo eso, si no le conoces?

—Porque se arriesgó a presentarse ante Samuel para darle la grabación que te incriminaba. Se burló de él, paseándose con una matrícula falsa y usando un nombre falso. Incluso sí, nos engañó, echándote a ti toda la mierda. Tratándote como su arma perfecta.

Las últimas palabras las pronuncia gritando. Creo que mi mente está captando que Dann está tratando de culpar a Marcus de todos los delitos que yo he cometido y sé que eso tampoco es correcto. De forma consciente, o inconsciente, yo hice todo de lo que se me acusa.

Todo.

Quiero decírselo, pero su mano en mis labios me impide hablar.

—Señorita Stone, lo sé. No soy ingenuo. Sé que a pesar de todo no eres inocente cien por cien.

Vaya. A veces su sinceridad asusta.

—Aún así, no vas a cargar tú con todas las culpas. Si todo va bien, y podemos hallar esas grabaciones, podríamos demostrar ante un juez que tu participación en este caso ha sido obligada.

—Pero Dann...

—Tal vez te condenen a prisión domiciliaria, pero hasta eso incluso sería una bendición.

¿Prisión domiciliaria?

Una cosa llamada esperanza empieza a formarse en mi pecho, iluminándose a marcha forzada. Eso mi mente lo traduce a arresto domiciliario. Estar manchada para siempre por los crímenes cometidos, pero obligada a no poder salir del domicilio sin el permiso jurídico correspondiente.

¿Por qué esa perspectiva me gusta tanto?

—Dann...

—Cariño, si encontramos esas grabaciones, aunque no te absuelvan de todos los cargos, un buen abogado podría demostrar tu inocencia. Has actuado de forma involuntaria. Y tú lo sabes. Hasta el día de hoy hay cosas que aún no recuerdas.

—Sí recuerdo haber disparado contra West— le recuerdo bajito.

—Por eso te digo que aunque te condenen, puede que no sea a prisión. Podemos intentar demostrar que emocionalmente y mentalmente no estabas bien. Esas grabaciones lo pueden avalar.

—Si las encontramos.

Me dejo abrazar por él nuevamente, esperanzada.

*Diosito, sé que últimamente te pido mucho, pienso con algo parecido al remordimiento, pero si hay una mínima posibilidad de que yo pueda salir bien parada de este asunto, si Dann tiene razón y lo que dice es cierto, por favor, ayúdame a hacer que se*

*cumpla. Prometo no volver a cometer un delito más en mi vida. Y también doy mi palabra de que no protestaré si me condenan a arresto domiciliario. Haré lo que haga falta. Concédeme este deseo. Por favor.*

Las manos masculinas comienzan a acariciar mi brazo, haciéndome estremecer. Mi mente está volando hacia el futuro, y por primera vez en mucho tiempo, lo que veo es bueno. Me imagino a mí misma dentro de un par de años, en compañía de Dann, Maddy y Jim, en este mismo lugar. Riendo, como en los primeros días que pasé en compañía de los Garrett. Incluso puedo ver con claridad cómo si lo tuviera delante ahora mismo, mi vientre abultado. Con un bebé Garrett.

Llevo mi mano hacia mi estómago y me permito recrearme en esa imagen. Me hace temblar de pura anticipación.

—Ojalá podamos encontrar esas grabaciones pronto. Si están en algún lugar, tiene que ser en su ordenador personal. Siempre que le vi, no se separaba de él. Incluso en sus actuaciones en el teatro.

Dann toma nota de ese detalle.

—Entonces nuestro plan ahora es sencillo. Sólo tenemos que encontrarle y arrancarle de las manos ese ordenador.

Río sorprendida de lo fácil que es para él decirlo.

—Sólo necesito que me des tú palabra en un asunto, cariño— me dice con voz suave.

—Dime...

—Quiero que me prometas que no intentarás matarle en cuánto le veas.

Tomo algo de espacio físico con él al escucharle.

—Dann...

—Si queremos demostrar tu inocencia, tienes que quitar de esa cabecita tuya el hecho de desear saltarte la ley. Ya sea por una buena causa o no.

—Pero él está tratando de matar a Maddy. Aún a día de hoy sé que va a seguir intentándolo.

—Lo sé— accede él nada tranquilo—, y créeme que ese tipo merece ir a la cárcel y pudrirse allí por todo el mal que ha hecho. Y no sólo él, sino Ellen y Jian Lin también. Pero eso no nos da derecho a ninguno de nosotros a tomarnos la libertad por nuestra mano. No podemos matar al criminal. Así no funciona la justicia.

—Pero...

—No, Elizabeth. En este aspecto no puedo ser transigente. Tienes que darme tu palabra que no harás nada para intentar matar a Marcus en cuanto encontremos su rastro.

Noto los latidos de mi corazón a punto de salirse por la boca. Sé que debo decirle que voy a hacerle caso, ¿pero estoy preparada para hacer esa clase de problemas? ¡Todo mi cuerpo me insta a decirle que cuándo esté cerca de Marcus, lo que pienso hacer es matarle!

Recuerdo a West tratando de convencerme de que no fuera a intentar matar

a Marcus cuándo le confesé a él la verdad. No le escuché, y casi muero de un balazo.

—Elizabeth, yo te amo. Déjame salvarte, por favor. Prométeme que no actuarás en contra de la ley nunca más. Empieza por no desear matar a Marcus. Si quieres que Maddy esté a salvo, ayúdame a conseguir esas grabaciones. Piensa que no sólo te pueden exculpar a ti, sino que directamente le inculparán a él.

A mi mente viene mi utopía de un mundo junto a los Garrett, con un bebé en camino en mi vientre, y sé que para llegar a ese punto, tengo que hacer lo que él me pide. Debo dejar de pensar como si la Ley no significase nada para mí.

Nada de falsificaciones, ni de disparar a nadie, ni de matar, secuestrar o golpear a la gente.

—Está bien. Te lo prometo, Dann.

—¿El qué me prometes, señorita Stone? Dímelo.

—Prometo no atentar contra la vida de nadie más en lo que me reste vida— le digo mirándole a los ojos—. En especial a Marcus. Seré buena a partir de ahora. Lo prometo.

Levanto la mano en señal de que estoy haciéndola una promesa de verdad y él me atrae a sus brazos enseguida con expresión risueña.

—¡Eres un caso! Bromeas hasta cuándo tienes que ser seria.

—Voy a cumplir mi palabra.

—Lo sé. Tu palabra es importante para ti. Sé que vas a cumplir esta promesa, y no puedes imaginar lo que esto significa para mí.

Se lanza a besar mis labios y yo me olvido de todo en sus brazos. Acaricio su cabello sedoso, y le mordisqueo de vez en cuando sus labios. Está en mi mente demasiado fresco mi deseo de tener un hijo suyo. Trato de calmarme y de dejarlo a un lado aparcado hasta cuándo sea una realidad tangible.

Ahora sólo es una quimera.

—Necesito una última promesa antes de perderme en tu cuerpo...— me dice él en un susurro.

Me avergüenza oír el tono seductor que usa. ¡Está tratando de ser lascivo conmigo!

—Dann...

Quiero quitarle la ropa y que se hunda en mí. No quiero hacer más promesas, pero parece que para él es importante, porque frena a mis manos juguetonas cuando quieren caminar hacia sus pantalones.

—Escúchame, cariño.

Gruño alejándome de sus labios.

—Dime.

—Nuestro plan a partir de mañana va a ser el siguiente— me dice él con voz ronca—. Vamos a salir de aquí.

Afirmo, haciéndole pucheritos. Quiero seguir tocando su cuerpo, y él lo nota, porque me pide con la mirada que me ponga seria un instante. Hago lo que me pide.

—¿Y a dónde me llevarás para esconderme?

—¿Esconderte?

—Quieres pedirme que me quede en un lugar escondida, mientras tú y tus amigos buscáis esa grabación de manos de Marcus, ¿no? Eso es lo que quieres que te prometa, que nadie me vea y que te espere sin meterme en problemas.

Creo que hablo con demasiada seriedad, porque Dann alza una ceja algo confuso ante lo que le digo. Entiendo que he hablado de más.

—¿Dann?

—Elizabeth, tú vas a venir conmigo a buscar esas grabaciones. Tú has estado cerca del tal mago ese de pacotilla. Y de Ellen Harold. Con tu ayuda podremos encontrarlos más fácilmente.

Parpadeo sorprendida.

—¿En serio? ¿Vas a llevarme contigo?

—¡Por supuesto! Por varios razones, y ninguna de ellas es mantenerte controlada y vigilada, no quiero que ese absurdo pensamiento se te pase por la mente— me dice acariciando mi sien con ternura—. Quiero que estés a mi lado porque si estás cerca puedo protegerte mejor.

—Pero todos piensan que estoy muerta, si salgo a la calle y me reconocen...

—Tal vez la persona que nos hizo las fotografías ya ha distribuido nuestras imágenes públicamente. Quizá ya todos sepan que estás viva, cariño.

¡Las imágenes! Gimo frustrada. No lo he recordado. Mi memoria está siendo mala no, sino lo siguiente.

—Oh, vaya.

—Por eso, no voy a dejarte sola. Yo puedo protegerte siempre y cuándo estés a mi lado.

Su voz suena tan sexy diciendo eso, que me derrite. Por dentro y por fuera, y no sólo sexualmente.

—Vas a venir conmigo. Por eso quiero que cumplas tu promesa de no matar a Marcus cuando nos crucemos en su camino, en primer lugar.

—Eso ya lo prometí.

—Bien. Y en segundo lugar quiero que hagas exactamente lo que te pida cuando salgamos de aquí. Quiero que hagas las cosas a mi manera. No sólo porque yo sea el poli aquí y tenga experiencia en estos casos, sino porque no vamos a estar solos y no quiero problemas, mi amor.

No vamos a estar solos.

¿Qué qué...?

—¿Dan...?

—Necesitamos ayuda, cariño. No podemos solos con esto y...— suspira antes de terminar la frase—, creo que es el momento de pedir ayuda a mis amigos.

Sus amigos.

Mis ojos se abren fuertemente al igual que mi boca. Decir que me quedo anonadada es poco.

—¿A quién te refieres cuándo dices... amigos?

—Mañana llamaré a Mike y a Sam, y nos reuniremos con ellos en Carolina del Norte, o dónde estén. Una vez juntos los cuatro, idearemos el mejor plan para llevar a cabo.

Pienso en Sam, a quién no conozco de nada e intuyo que él no será un gran problema, pero Mike tal vez sí.

—No te preocupes por Mike, mi vida— me dice leyendo mi mente—. Sé que antes estuve un poco celoso de él, pero hay algo de lo que dijiste que se me ha quedado clavado a fuego dentro. Y es que la amistad que tengo con él es más importante que los celos.

Eso me gusta oírlo.

—Y por tanto, voy a hacer lo que amablemente me has aconsejado. Hablaré con él y aclararemos las cosas. Imagino que muy a mi pesar tendrás un aliado en él— dice apretando los dientes más fuerte de lo necesario.

—¡Dann!— protesto golpeándole suavemente en el hombro, por su media broma, media verdad.

Él me atrae a su pecho, abrazándome con fuerza. No sé si sentirme feliz de nuevo de estar en sus brazos – no llevo la cuenta de las veces que ya me ha puesto en esa misma postura, ¡y ya creo que son pocas!— o si sentirme inquieta por lo que me espera a partir de mañana.

—Se sorprenderán al saber que sigo viva.

—Si la noticia no se ha propagado por las noticias, me temo que sí. Creerán que me volví loco.

—¿Guardarán el secreto?

—Por mí sí. Recuerda que Mike tiene tu grabación original con la confesión. Y aunque sé que Sam antes dio a entender que no creía en tu inocencia, él tiene otra razón más poderosa para estar receloso ante ti.

¿Ah sí?

—¿En serio?

—Sí. Se ha colado por Melanie Sánchez, la directora de tu antiguo colegio.

—¿¡Qué?!

¿Mel? ¿De mi Melanie?

Parpadeo alucinada no, lo siguiente. Trato de imaginar cómo se conocieron esos dos, pero mi imaginación no da para tanto. Al garete mi idea de que con él podría llevarme bien. Me avergüenza acordarme de la amenaza que le hice a Mel para que hiciera lo que yo quería, cuando mi plan era matar a Marcus.

Normal que el tal Sam ese me odie.

—El mundo es un pañuelo.

—Intentar encontrarte a ti ha traído cosas buenas, cariño.

Sus palabras me halagan.

—Entonces entiendo que a partir de mañana ya no vamos a estar solos...— murmuro tocando su fuerte pecho con malas intenciones. Digo, sexy intenciones.

He prometido ser buena, me repito. Buena, pero no casta, añado para mi

interior.

—Ajá...— corrobora él conmigo ayudándome a quitarle la camisa de en medio—. Prometiste hacer las cosas a mi manera. No matar a nadie más y permanecer a mi lado.

—Sí, y lo pienso cumplir.

Ahora le ayudo yo a él para que me quite a mí mi camiseta. Omito el pinchazo de dolor del hombro que me sobreviene al elevar ese brazo hacia arriba.

—¿Estás...?

No permito que termine esa pregunta de si estoy bien. Sé que si le digo que me duele un poco – aún el golpe contra el frío suelo de antes me sigue pasando factura—, es capaz de aprovechar que ya estoy sin camiseta para curarme la herida, y no quiero que de su mirada el deseo pase a un segundo plano.

Ya que esa noche iba a ser la última que estuviéramos solos los dos, mi plan es aprovecharla al máximo.

—Estoy húmeda y lista para ti, Dann. Yo te he prometido a ti muchas cosas hoy—le recuerdo tratando de bajar ahora sus pantalones—. Ahora es tu turno de que prometas una única cosa.

—¿El qué?— pregunta mirándome con ojos ávidos de deseo.

—Quiero que me prometa, señor Garrett, que esta noche me dará al menos tres orgasmos seguidos. Quiero recordar lo que pase esta noche durante los siguientes días.

Dann me toma en brazos y depositándome en su cama, se sube encima mía con la mirada clavada en mi piel. Se nota mi excitación y mi deseo por él

—Se lo prometo, señorita Stone. No querrá que acabe nunca.

¡Y vaya si compruebo que un Garrett cumple sus promesas! ¡Menuda noche de amor me hizo pasar en sus brazos ese 22 de Febrero de 2017!

Una noche más para el recuerdo.

# Capítulo 18

**Carson City, Nevada.**  
**23 de Febrero 2017**  
**Comandante Thompson.**

La reunión semanal con los agentes de la ley de mi estación de policía termina y voy a mi despacho a tratar la correspondencia pendiente. Siempre tengo la misma rutina todas las semanas. Sólo miro la documentación en un día, no suelo tener nada de interés esperando por mí.

Silbo mientras me sirvo una taza de café, y comienzo a abrir los sobres con parsimonia. Como siempre, no hay nada de interés. Licitaciones, órdenes judiciales, documentación de búsqueda y captura de criminales, etc.

Le pido a mi secretaria que no me pase llamada alguna y me recuesto en la silla, abriendo el único sobre de color marrón de la pila. No pesa mucho. Rompo con el abre cartas la parte superior y un par de fotografías caen a mí manos, seguidas de una nota de color blanco.

Creo que mi rostro se pone pálido al ver retratados a la señorita Elizabeth Stone junto a Danniell Garrett, sin ropa. En todas las fotos aparecen igual. Me fijo en el marco de la foto, dónde consta la fecha de creación de la imagen y me quedo sin hablar al darme cuenta que se realizó pocos días antes.

Busco con nerviosismo la nota y a continuación me pongo a leer.

*Comandante Thompson, aquí tiene la prueba de que yo tenía razón. El Teniente Garrett es aliado de la psicópata de Carson City. Ha encubierto su muerte y está ayudando a mantenerla al margen de la Ley. Como podrá ver, cometió un error al cesarme de mi puesto y empleo. Espero que haga lo que tiene que hacer, y reparta por los medios de comunicación estas fotografías. Tiene que hacerse justicia de una vez.*

No está firmada, pero evidentemente sé quién lo escribe. Amy Kimberly. ¿Quién más? Abro uno de los primeros cajones de mi escritorio y saco el último talonario recibido de parte de Laia, o Ellen como ella quiere que la llame ahora.

Busco la tarjeta de contacto que siempre mete en los sobres, y tomando mi teléfono móvil personal marco su número.

Contesta al tercer tono.

—Vaya, el Comandante Thompson al habla— dice burlona—. ¿Qué

quieres? Pensé que la última vez que nos vimos ya te di tu cheque en persona.

—Es otro asunto— murmuro haciendo escaneo de las fotografías para enviárselas con ella en línea—. Creo que tenemos un problema y muy serio.

Ella se queda callada esperando que yo añada algo más y lo que hago es decirle que mire su teléfono móvil. Suelta un gruñido de rabia que no me pasa desapercibido.

Está furiosa.

—Así que esa mujer ha sobrevivido— murmura en voz alta.

—Esa mujer es tu hermana— le recuerdo con calma.

—¡Desde que ya no me llamo Laia, ella y yo somos hermanas! ¡Ahora soy una inmigrante en este país, que pronto va a casarse con un magnate multimillonario!

Respira agitadamente tras espetar todo eso en menos de un minuto. Miro las fotografías, fijándome especialmente en la mirada del Teniente Garrett. Paso por alto el hecho de verle desnudo —no soy maricón—, pero es evidente que la agente Kimberly tenía razón cuándo decía que él la seguía amando. Su mirada enamorada al besarla, o al desnudarla, lo dice alto y claro.

—Tengo que informar de esto— le digo con seguridad—. Lo siento por el Teniente Garrett, pero tenemos que volver a reabrir el caso de la señorita Stone.

—¡No!— exclama ella.

¿No?

—¿Perdón?

—Elizabeth tiene que seguir muerta...— susurra ella bajando el tono de voz—. Marcus y Jian creen que ese asunto se ha acabado. Si llegan a descubrir que sigue viva, se estropeará todo. Estamos a punto de finalizar para siempre este negocio.

—Pero...

—Oculta esas fotos, Thompson. Te pagaré el doble de lo que Jian te puede proporcionar.

El doble. Hago cálculos mentales y sé sin lugar a dudas que ese dinero extra me vendría muy bien. Tal vez demasiado.

La imagen de mi esposa en el cuadro que tengo colocado en mi escritorio parece mirarme con el ceño fruncido y mi corazón se encoje un poco de inquietud. Vaya. ¿Es acaso mi conciencia la cree que en vez de ver una sonrisa en su rostro, ve algo que no es verdad?

—¿No te interesa el dinero ya?

—Laia...— murmuro viéndome incapaz de llamarla por otro nombre—. Soy comandante de Policía de la estación en Carson City, el Estado de Nevada. No puedo esconder este descubrimiento. La gente tiene que saber que una asesina sigue suelta, y que un poli es corrupto. No puedo ocultarlo.

Mis palabras sé que no le gustan, porque lanza varios insultos que en otro tiempo me hubieran afectado. Ahora me los paso por el forro de los cojones. Casi literalmente.

—Trabajas para nosotros— intenta amenazarme ella.

—En todo caso quién firma mis cheques es Jian Lin— le recuerdo yo tras carraspear—, y este asunto no tiene nada que ver con él. Se trata de la asesina de Fran Krantz. El pueblo tiene que saber que esa mujer está viva. Por mucho que sea tu hermana y que quieras defenderla...

—¿Defenderla?— me interrumpe rabiosa—. ¡Tú bien sabes que intenté matarla! Ocultaste ese atentado eliminando todas las grabaciones que existían de ese intento de asesinato. ¡Necesito que permanezca muerta un poco más!

Empiezo a notarla histérica y no me gusta. Prefiero que esté sexy y provocativa, a que actúe como una niña pequeña y caprichosa. Las mujeres mimadas no me gustan un pelo. Para eso hubiera querido tener niños.

—Mañana daré una rueda de prensa informando de las novedades. Si el señor Lin requiere algo de mí, ruego que sea él quién me lo pida. Ten buen día, Laia.

Cuelgo antes de empezar a oír los insultos que seguramente saldrían de boca de esa mujer. Cuando las cosas no se hacían cómo ella quería, esa era su forma de proceder.

Alzo el teléfono fijo del despacho y hablo con mi secretaria.

—Organiza una reunión mañana con la prensa— le pido con voz autoritaria—. Necesito informar de novedades con respecto al caso del asesinato de Fran Krantz.

—Señor, pero si la principal sospechosa está muerta.

—Usted hágalo— le ordeno sin querer dar explicaciones—. También trata de localizar a Amy Kimberly. Si consigues contactar con ella, y no te cuelga antes de dejarte hablar, dile que quiero volver a darle su placa.

—¿En serio, señor?

—Sí, eso he dicho— gruño cansado de repetirme como un loro—. No quiero saber nada hasta que tenga esas llamadas hechas, ¿me expresé con claridad?

Me quedo satisfecho cuándo ella dice “sí, señor”. Mi conciencia me quiere advertir que tenga cuidado con Laia, pero enseguida lo deshecho de mi mente con un simple movimiento de cabeza. Mi verdadero jefe y la persona que paga por mis servicios es Jian. No esa prostituta malcriada. A él es a quién le debo mi lealtad, a nadie más.

\*\*\*

## **Cincinnati, Ohio. Ellen Harold.**

Miro la vegetación y los árboles que envuelven el paisaje con desagrado, mientras guardo el teléfono móvil en mi bolso. La llamada que acabo de tener de parte del comandante Thompson no me gusta un pelo. El muy idiota parece querer

arruinar todos mis planes de un suplido.

Estúpido idiota.

Giro la vista hasta la gasolinera, dónde Marcus está negociando algo con el jefe de la estación y me muerdo el labio inferior. Tengo que pensar en una solución para salir bien librada de esa situación. Todos piensan que Elizabeth está muerta y de momento la cosa tiene que seguir así.

Mi “hermanita” tiene que seguir desaparecida. Si alguien descubre que sigue viva, volverán a activar la vigilancia sobre la familia Jenkins y es algo que no podemos permitir. No si queremos hacernos con la empresa familiar que ellos dirijen.

Saco de nuevo mi teléfono y sin dudarlo, marco el número de alguien que jamás pensé volver a tener que contactar. Al menos no tan pronto.

—¿Laia?

Elevo la vista al cielo cansada de oír ese nombre. ¿Tan difícil es que todos entiendan que yo ya no soy Laia? Aunque mi ADN aún tenga la sangre de Laia Stone, biológicamente hablando claro, la verdad es que esa mujer murió hace tiempo. Desde que caí en el mundo de la prostitución, del dinero y de las drogas, soy Ellen Harold.

Nadie más.

—Necesito encargarme de la muerte de un poli de Carson City— le digo siendo directa.

—No me digas— se burla él—. ¿Otro más? Hace unos días me pediste que nos encargásemos del marido de la señora Amy Kimberly, que por cierto ya está en el otro barrio. Muerto de sobredosis, tal como solicitaste. Y ahora, ¿me llamas para volver a pedirme lo mismo? ¿Te has vuelto loca o algo?

—Va a descubrir que Elizabeth sigue viva— susurro en voz muy baja interrumpiendo su perorata—. Y eso va a estropear nuestros planes.

Mis palabras le afectan más de lo esperado. Se queda callado. Sólo puedo oír su respiración agitada.

—Mándame fotografía de la persona y lugar de trabajo y mañana morirá.

Cuelga el teléfono con brusquedad y yo siento alivio puro y duro.

Marcus aparece justo por mi derecha en ese momento y yo me llevo las manos al corazón. Me ha asustado.

—¿Todo bien?

Le veo enfadado. Parece que su charla tan intensa con el hombre de la gasolinera no ha ido muy bien que digamos.

—Sí, ningún problema. Acordaba unas cositas sobre la boda, nada más.

Le beso en la mejilla fingiendo cariño, antes de salir del coche para ir yo ahora a la gasolinera. Necesito refrescarme un poco la cara en el baño. A pesar de saber lo que acabo de mandar a hacer, sé que es la mejor respuesta. Con el comandante Thompson muerto nos quitamos un problema de encima.

—La única pega va a ser que nos quedamos sin un contacto en la policía— murmuro en voz alta entrando en el servicio para chicas.

Observo mi rostro con ojo crítico. No me sorprende no encontrar ningún tipo de remordimiento en mi reflejo. Sé casi a ciencia cierta que no puede ser muy difícil comprar los servicios de otro policía de alto cargo en Carson City. El mundo suele moverse por interés personal, y Jian Lin tiene mucho dinero. Él puede comprar lo que desee.

Dejo correr el agua del lavabo y cuándo veo que sale bien fría, me mojo la cara y las manos repetidamente. Estamos a casi trescientas millas de distancia de Nottville. Es la distancia suficiente para estar atentos a lo que pueda suceder con la esposa y la hija de Sean Jenkins. Si Amy es buena haciendo su trabajo, las dos mujeres morirán pronto.

Después de eso ya podría confesar que Elizabeth sigue viva.

—¡Laia, tenemos que irnos!— oigo que me grita Marcus desde el exterior.

Siento rabia al oírle llamarme por ese nombre, pero no le digo lo que pienso. Suelto una sonrisa tonta y le digo alegre que enseguida voy. Oculto mi odio hacia él antes de caminar a su lado. Tengo que actuar de nuevo cómo la perfecta amante. A fin de cuentas, hasta que contraiga matrimonio con el señor Lin, dependo económicamente de él.

Para mi desgracia.

—Perdona, cariño, necesitaba refrescarme un poco.

Marcus me agarra con fuerza la mano y bruscamente me lleva hasta nuestro coche. Vaya, sí que está enfadado.

—¿Estás tú bien?

—Necesito que seduzcas al tipo de la gasolinera y ya sabes lo que opino de mercancías dañadas— me suelta con ira—. Tú podrás sacarle la información que precisamos. Haz que te lo confiese todo después del primer orgasmo, ¿sí?

Afirmo con un nudo en la garganta. No me apetece nada prestar mi cuerpo de nuevo a alguien más, pero sé que tengo que hacerlo. Si algún día quiero ser libre, necesito actuar con calma. Me repito a mí misma, que tengo que priorizar las cosas si quiero sacar el máximo beneficio de la situación.

Por eso pongo en mi rostro una máscara, y fingiendo alegría, camino hacia la persona en cuestión, contoneando bien las caderas.

Ellen Harold acaba de entrar en acción.

\*\*\*

**Nottville, Virginia Occidental.**

**Clínica veterinaria.**

**Jim Garrett.**

Acaricio el lomo de Jade, el bóxer que recién acabo de vacunar y se lo entrego a su dueña. Ella me mira con cariño, agradeciéndome haber atendido a su mascota sin cita previa. Niego con un gesto al ver que quiere darme una propina.

—Guárdelo para otro día— le digo amable—. El seguro médico de Jade cubre estos gastos.

Ella me mira con agrado nuevamente.

Le digo adiós con la mano, mientras le abro la puerta para que salga de la clínica. Va a ser mediodía. El tiempo está pasando de forma demasiado lenta. Extraño estar con Maddy y con sus padres en nuestra casa. Mucho.

Cierro la puerta y pongo el cartel de “cerrado” en el cristal y sin pensármelo mucho, camino hacia el despacho interior para hacer unas llamadas telefónicas. Quiero volver a reanudar la búsqueda de un ayudante que se encargue de la clínica de ahora en adelante. Después de haber capturado el hombre llamado Pete, que había venido a matar a mi mujer, había apartado esa idea de mi mente.

Le di prioridad a mi familia.

Ahora que he regresado a la clínica y que he visto el sufrimiento de mis queridos animales, sé que Maddy tenía razón cuándo me dijo que no hay otro veterinario en el pueblo. No puedo darles la espalda. No de nuevo.

Me siento con calma en la silla de mi escritorio y encendiendo el ordenador personal, subo el anuncio nuevamente a través de la red. Quiero empezar a buscar a la persona indicada lo antes posible.

—¿Diga?— respondo a la llamada del teléfono en mi móvil al sentir la vibración en el bolsillo de mi pantalón.

—Hola James, soy Erick, te llamo del Hospital, ¿cómo estás?

Durante un segundo mi corazón se encoje de angustia. Pienso que le ha podido pasar algo a mi Maddy y comienzo a sudar. Mucho. Imagino que mi respiración se altera demasiado, porque Erick sonrío, pidiéndome que no piense en lo peor.

—¿No ha pasado nada grave?— pregunto angustiado.

—Nadie está hospitalizado, tío.

Suelto un suspiro de alivio. Mis pulsaciones vuelven a recuperar su ritmo normal en mi respiración. Bien. Maddy está bien.

—¿Qué sucede, Erick? Cada vez que me llamas pierdo años de vida.

—Es sobre la operación de rodilla de Maddy. Creo que ha llegado el momento de intervenirle la rodilla.

De nuevo siento un nudo en la garganta. Joder, la operación.

—¿Seguro que será bueno operarla?— pregunto—. ¿No correrán peligro, ella ni mi hijo?

—Con los adelantos que tenemos ahora, y la tecnología que tú te encargas de proporcionarnos todos los años, créeme. Todo va a salir bien.

Comienza a decirme que no van a dormirla entera, y que el riesgo de que pase algo malo es sólo el uno por ciento. Niego frustrado. Si él supiera lo alta que es para mí esa posibilidad. Sólo una opción entre cien que pase algo mal. ¿Cuánta probabilidad había que la nueva novia de Danny fuese la asesina de nuestro primo?

Carraspeo incómodo con mis pensamientos. Pensar en ella, me hace

acordarme de Dann y de que no sabemos nada de él desde la semana anterior, y los nervios vuelven a mí.

¡Ojalá que esa mujer no le haya hecho nada a mi hermano!

—¿Jim?

—¿Cuándo va a ser la operación?— quiero saber.

—En dos días.

—¡Dos días!

Me levanto de golpe de la silla. Maldita sea, ¿por qué tan pronto? Quiero preguntarlo en voz alta, pero Erick se adelanta y me cuenta todos los pormenores de la operación. Parece todo tan formal y tan planeado, que algo de la angustia se me va.

Sé que ellos aprecian mucho a Maddy y que no van a hacer nada que la pongan en peligro, pero aún así eso no logra calmarme del todo.

Imaginar a mi mujer en un quirófano no me gusta un pelo.

—¿Volverá a andar después de la operación en su rodilla?

—Tras una breve rehabilitación, efectivamente. Ella está deseando desplazarse sin tener que usar muletas, o la silla de rueda.

Sonrío sin poderlo evitar. Efectivamente, mi querida mujer quiere volver a tener independencia. Como doctora que ella es, quiere empezar a fortalecer sus músculos nuevamente. Imagino que es algo normal.

—Está bien, avisaré a Maddy para que nos pasemos por el Hospital.

—Recuerda que necesitamos que venga en ayunas. Intentaremos hacer el preoperatorio lo más suave posible. Por su embarazo. No vamos a arriesgarnos en nada, Jim, lo prometo.

Se lo agradezco, y cuelgo la llamada. A continuación me quito el sudor de la frente. Otra vez nos va a tocar ir al Hospital. Joder. No me hace especialmente ilusión el hecho de saber que tienen que operar a Maddy. Me preocupa que pueda pasarle algo a ella o al bebé.

Me levanto de un golpe al oír que comienzan a llamar a la puerta con insistencia. Frunzo el ceño extrañado. Camino hacia allí con paso raudo. Tal vez sea una urgencia veterinaria.

Me quedo casi literalmente sin habla al abrir la puerta y ver ante a mí, a la oficial de policía Amy Kimberly. Me sonrío amable. ¿Amable?

—Buenos días, señor Garrett— saluda ella tendiéndome una caja de bombones que tiene en sus manos.

—¿Para mí?

Miro los dulces con la sensación de estar soñando. ¿Acaso la poli que se ha dedicado en las últimas semanas a poner verde a mi hermano y a mi familia, ahora nos regala bombones para pedirnos disculpas?

—Yo...

—No es mía— dice ella enseguida—. Estaba aquí en el suelo. Acabo de llegar y al ver que alguien podía pisarla o tirarla, decidí dársela.

Le doy las gracias, con extrañeza.

Me fijo en la nota que hay pegada a la caja. Sólo pone las siguientes palabras. “En agradecimiento por haber tratado tan bien a mi perrito. Con cariño para la señora Garrett”.

—Parece un regalo de agradecimiento— sonrío Amy casi con burla—. Espero que disfrutéis el dulce.

—¿Gustas?

Ella niega rápidamente, disculpándose señalando su estómago.

—Estoy a dieta.

Me pide permiso para pasar al interior de la clínica y por educación, le cedo la entrada. No me hace especial ilusión mantener una conversación civilizada con ella, pero no tengo más remedio. Ella es una dama, y yo un caballero.

—¿Necesita algo, señora Kimberly?

—Sólo vine para disculparme con el Teniente Garrett— murmura entre dientes—. Creo que me extralimité con mi intento de capturar a la señorita Stone. Lo siento.

Mi vista se clava en su mirada esperando ver pena o remordimiento en la expresión de sus ojos. No veo nada de eso.

—Disculpada queda, agente Kimberly— miento en voz baja—. El pasado se queda atrás.

Voy a mi despacho para coger las llaves del coche y de mi casa, y con la caja de bombones bajo mi brazo cierro la clínica con rapidez. Amy sigue allí, esperando.

—¿Necesita algo más?

—¿Va a casa?

Si su pregunta me parece extraña no se lo hago saber. Asiento sin pronunciar mayor palabra. La verdad es que desde que supe lo que Elizabeth hizo ya no confío tanto en la gente. Prefiero mantener las distancias.

Uno nunca sabe cuándo le van a golpear por la espalda.

—Gracias por sus disculpas, se lo haré saber a Danniell cuándo le vea.

—Eso estaría bien— dice ella sonriente—. Espero que salude a su mujer de mi parte. Ojalá esté mejor ahora.

Le digo que le daré recuerdos de su parte y voy directo hacia mi coche.

La actitud de esa mujer me parece muy rara. Demasiado, pero lo paso por alto. Tal vez se ha dado cuenta de su error y ahora quiere rectificar las cosas.

Lástima que sea muy tarde.

\*\*\*

**Nottville, Virginia Occidental.**

**Clínica veterinaria.**

**Amy Kimberly.**

Saludo con la mano al mayor de los Garrett, mientras le veo salir del aparcamiento de su clínica veterinaria. Sonrío para mis adentros con maldad. Sin dudas, mi plan ha funcionado.

Saco el móvil de mi bolsillo interior y marco el teléfono de Ellen Harold. Contesta al primer tono.

—Hola encanto, ahora no es buen momento— me responde con la respiración agitada—. Estoy algo ocupada. Sé breve.

—Dentro de unas horas Maddy Garrett estará muerta— afirmo concisa—. Y si tenemos suerte, su madre caerá con ella.

—¡Esa noticia es estupenda!

Escucho unos gemidos e imagino en qué está ocupada ahora ella.

—Cuando tengas confirmación de su muerte, vuelve a llamar— y me cuelga el teléfono sin decir nada más.

Resoplo asqueada con su respuesta. Ser testigo de un encuentro sexual de esa mujer con alguien desconocido no es algo que me haga especial ilusión. Zorra.

Entro en mi coche y elevo los ojos al cielo con disgusto al recibir una llamada telefónica. Odiaría saber qué es Ellen quién marca por error. Descuelgo sin mirar quién era.

—¿Amy Kimberly, por favor?

Es una voz de hombre. Me recuesto en el asiento del conductor y pongo el manos libre sorprendida.

—Sí, soy yo, ¿quién es?

—Le llamo del departamento forense de Carson City, en Nevada. Del departamento de administración. Es sobre su marido.

Mi corazón palpita frenéticamente.

—¿Le ha pasado algo?— pregunto fingiendo horror.

—Está muerto— me dice con voz suave—. Fue descubierto esta mañana en su casa común. Falleció por una sobredosis.

—¿Por droga?

—Sí, señora. Lo siento mucho. Debe regresar al Estado de Nevada para iniciar los trámites relacionados con su defunción.

Le prometo que estaré allí en breve y apago el teléfono móvil. Se me escapa una sonrisa de satisfacción. Me alegra ver que Ellen está cumpliendo con nuestro trato. Sólo me queda cumplir mi tarea de asesinar a Madeleine y a Brianna, y mi ascenso sería un hecho.

Saco un cigarrillo de la guantera y disfruto de la nicotina. Adoro el olor del tabaco. Es mi droga perfecta.

—Adiós señora Garrett— murmuro pensando en el veneno que contienen los bombones.

En cuanto pruebe uno, dejará de poder respirar y la toxina del veneno conseguirá acabar con su vida. Sé que Ellen sólo me pidió que me encargase de las mujeres de esa familia, pero si Garrett o el señor Jenkins llegan a probar también los bombones, ese no era mi problema.

Lástima que el Teniente Dannel Garrett no esté en la casa hoy, pienso chasqueando la lengua, me hubiera gustado verle caer muerto de mi mano.

Enciendo el motor del coche y pongo rumbo hacia Carson City. Necesito hablar con el comandante Thompson. Según su secretaria, ha tratado de contactar conmigo para devolverme mi antiguo puesto. Quiero decirle que se lo meta por el culo, ya que dentro de poco tendré un ascenso mejor.

Y todo gracias a una prostituta llamada Ellen Harold, qué gran ironía.

\*\*\*

**Arlington, Virginia.**

**Núcleo urbano.**

**Mike West.**

Sam y yo nos acercamos al Ayuntamiento de la región con una sonrisa plantada en el rostro. Ambos estamos cansados. Desde que salimos de Carolina del Norte visitando a la señorita Joanne Pearson no hemos parado ni un instante. Él está deseando regresar a Westport para reunirse con Melanie y yo... bueno, yo estoy deseando regresar a casa para decirles a mis padres que ya estoy bien.

Desde el asunto del disparo que recibí en el estómago y la posterior odisea en busca de Elizabeth, ellos decidieron quedarse conmigo en mi apartamento. Para estar disponibles para mí por si pasaba algo. Ahora que el asunto ya casi estaba por terminar, ya podían regresar a hacer su vida normal.

Saco de mi mente su recuerdo y abro la puerta del lugar con energía.

—¿Estás seguro de lo que vas a hacer?— me pregunta Sam.

Me quedo inmóvil un momento, con la mano puesta en el pomo. Le miro con la ceja levantada de la sorpresa.

—Hemos llegado hasta aquí, ¿y ahora me preguntas si estoy seguro?

—Yo no conozco mucho a Dannel, siempre he tenido más contacto con su hecórmano mayor. Aún así sí te puedo decir que sé cómo piensan los Garrett y ellos valoran su privacidad por encima de todo— me dice en voz baja—. Ahora mismo vamos a meternos en un asunto personal suyo, tío. No sé hasta qué punto vamos a hacer lo correcto.

—Dann ya ha perdido a la mujer que amaba, colega. Esto es lo menos que podemos hacer por él.

Gruño al sentir sobre mí una mirada condescendiente por parte de Sam, pero no le presto atención. Camino hacia el interior del Ayuntamiento y saltándome las reglas, voy directamente hacia el cuarto que tiene por letrero la palabra “Seguridad policial. Prohibido el paso a personal ajeno a las instalaciones”.

Puedo oírle perfectamente gruñir acerca de algo relacionado con Elizabeth Stone. Imagino que él sigue creyendo que ella es la mala de la película. *Era la*

*mala, me recuerdo con tristeza, ahora está muerta.*

Mi corazón se encoje de pesar al recordar que efectivamente Elizabeth murió semanas atrás. No he podido olvidarlo. Ni un instante.

—¿Hacemos esto por querer ayudar a Danny o por aliviar tu sentimiento de culpabilidad?— murmura Sam a mi espalda.

—¿Culpabilidad?

—Tú también deseabas a esa mujer— espeta con resentimiento—. Creo incluso que también estás llorando su pérdida.

—No digas tonterías.

Continúo mi camino ofendido por su comentario. ¿Llorando la pérdida de Elizabeth Stone? ¿Yo? Imposible.

—Simplemente estoy aquí por mi mejor amigo. Nada más.

Llamo con fuerza a la segunda puerta con la que nos entramos al cruzar la zona privada del ayuntamiento, y un hombre regordete, con gafas y pajarita se queda mirándome con expresión sorprendida.

—Hola colega— le saludo fingiendo alegría—. ¿Cómo estás?

—West— dice dándome su mano con efusividad—. Es una sorpresa tenerte aquí.

Mira confuso el pasillo a nuestra espalda y sé que está pensando que hemos pasado por territorio vetado para nosotros.

—Necesitamos que averigües el paradero de estas dos personas— murmuro pasándole una nota. Tiene dos nombres escritos en su interior—. Es urgente. Cuestión de vida o muerte.

—Pero...

—Hemos estado en Whastingon y nos dijeron que se marcharon a este Estado hace un par de meses. Necesitamos encontrarles para averiguar que están bien.

Me cruzo de brazos esperando su respuesta.

—Pero... yo no...

—Sé que ya dejaste atrás tus conocimientos como Hacker y tus habilidades— le digo en un susurro. Él se pone pálido al oírme—. De ahí que ahora trabajes como funcionario en un Registro como éste, y yo me alegro por ti.

—West, yo no...

—Serán sólo dos minutos, Javier.

Él me mira asustado tragando fuertemente. No tarda ni un minuto en asentir y en entrar a su despacho. Enseguida Sam y yo entramos después.

—Vaya...— murmura mi acompañante mirando sorprendido la cantidad de póster, cuadros, maquetas y muñecos que adornan el despacho—. Y eso que se supone que usted es el jefe de seguridad de este lugar.

—Técnico de vigilancia de sonidos y sistemas— corrige él altanero.

Está sentado en su ordenador, tecleando nombres y lugares en una aplicación. Enfoco bien la vista para averiguar dónde está metido y me quedo sin habla al ver que está conectado a la página extra oficial del FBI.

Ahora quién traga hondo soy yo.

Estoy ayudando a alguien a cometer un delito. Pienso en Elizabeth y me sonrojo sin poderlo evitar. Espero no haber aprendido a saltarme la ley por su mano. Menudo policía estaría hecho yo entonces.

—Listo.

—¿Ya?

—Encontrar a personas que no tratan de esconderse es fácil, sobre todo si el menor está en una casa de acogida.

¿Casa de acogida?

Cojo con rapidez unos papeles que Javier acaba de imprimir por la impresora y me quedo mudo de la impresión. En esa documentación dice muy clarito que Amanda falleció hace dos años debido a un accidente de coche. Ella y su novio murieron a consecuencia del golpe. Jaime fue el único que sobrevivió.

—¿Ha estado viviendo en casas de acogida todo este tiempo?— pregunto con un nudo fuerte en la garganta.

—Nadie adopta chavales que son adolescentes.

Quiero decirle que Jaime es más que un simple adolescente, pero me quedo callado. Ya ni siquiera pienso en Amanda y en el lío que tuve con ella en el pasado. Eso ya ha quedado atrás. Mi mente sólo está pensando en la reacción de Dann cuándo sepa que el chico que quería como un hijo está viviendo con familias que no desean adoptarle.

Joder.

Va a ser duro decírselo.

—¿Mike?

La voz de Sam suena preocupada. Imagino que es normal. Él no sabe exactamente lo que Jaime significa para Danny. Como bien dijo antes, él no le conoce tan bien.

—Vámonos tío.

Saco unos cuantos dólares del bolsillo de mi pantalón y se los dejo a Javier en agradecimiento a su ayuda.

Quiero decirle a Sam que lo primero que tenemos que hacer cuándo salgamos del Ayuntamiento es contactar con Dann. Tiene que saber lo antes posible lo que le está sucediendo a Jaime. Sé sin lugar a dudas que cuando lo sepa, le ayudará.

Pienso que Dann y yo tenemos telepatía, cuando al llegar al coche y poner el manos libre, sin hacer nada mi móvil suena, poniendo su nombre como llamada entrante.

—Tío, justo pensaba llamarte ahora— respondo mientras Sam arranca el coche.

—Mike, ¿sigues con Sam?— me pregunta él en tono serio.

—Estoy escuchando— responde el susodicho girando el volante a la izquierda para meterse en el tráfico de Virginia—. ¿Sucede algo?

—Necesito vuestra ayuda, pero tiene que ser de forma condifencial y secreta.

No quiero que Jim se entere. Bueno, ni él, ni nadie más. Sólo nosotros tres.

Cruzo una mirada seria con Sam. Puedo ver por la expresión de su rostro que él también se preocupa por el tono tan serio con el que Dann nos habla.

—¿Qué pasa, tío?— pregunto enseguida tras decirle que prometíamos mantener el secreto.

—Necesito saber si podéis estar mañana en Nebraska. Concretamente en Lincoln, la capital.

Hago cálculos mentales. Estamos en Virginia, calculo que en avión tardaríamos unas cinco horas más o menos. Sí, sin duda para mañana podríamos estar allí. Si encontramos pasaje, claro.

—Claro – responde Sam pitándole a un conductor que se puso en medio obstaculizando el paso—. ¡Apártate, gilipollas!—. Añade después cómo quién no quiere la cosa—. Mañana estaremos en el aeropuerto allí.

—Bien.

Se queda en silencio en la línea telefónica y eso no hace más que aumentar mi sensación de inquietud. Algo no va bien.

—¿Qué pasa, Dann?— pregunto.

—Necesito deciros algo y no sé cómo empezar— reconoce él con calma—. Así que supongo que la mejor manera de empezar es soltando la bomba directamente.

—¿Qué bomba?

—Necesito vuestra ayuda para encontrar a Alain Scott. Bueno, a Marcus, si es que ese es su nombre real.

—¿A Marcus?

Recuerdo la obsesiva idea de Elizabeth de querer asesinarle, la última vez que la vi con vida, y mi corazón late con fuerza sin saber porqué. ¿Acaso es casualidad que ahora Dann quiere encontrarle también él?

—Dann... ¿esto tiene que ver con Elizabeth?

—Vuestra colaboración me vendría muy bien para este asunto— reconoce casi a regañadientes muy a su pesar—. No puedo hacer solo.

—¿Colaboración para qué?— pregunta Sam—. Dilo ya tío, no vamos a morderte.

Sonrío ante la brusquedad de Sam. Entiendo que con este viaje, su encuentro con Melanie se retrasa un poco más y eso no le hace bien a su malhumor.

—Necesito que me ayudéis a comprobar la inocencia de Elizabeth Stone.

¡Bingo!

Mi corazón parece que galopa frenético al darse cuenta que yo tenía razón. Todo eso tiene que ver con Elizabeth. Sam, a mi lado, estaciona el coche al lado del arcén con el ceño fruncido.

—¿Esa mujer? ¿Quieres limpiar el nombre de una asesina?

—Es largo de explicar— dice Dann—. Y mucho más de entender. Os pido que tengáis la mente en blanco y que no prejuzguéis. Ya no sólo por la confesión

que Mike tiene guardada, es más que todo eso. Creo que hay cosas que no sabemos de este caso, que averiguaremos si damos con el paradero de Marcus. Están en su poder unas grabaciones que servirán para limpiar el nombre de Elizabeth y para condenar al verdadero asesino.

—Pero Danniell, esa mujer ya está muerta— trata de hacerle razonar Sam—. Si nosotros vamos en busca de Marcus, él volverá a querer hacerle daño a Maddy y a Brianna.

—Mucho me temo que ese tipo no va a parar hasta que no acabe con la vida de mi cuñada, Sam. Por eso, tenemos que encontrarle y hundirle en la cárcel para que se pudra allí. Para eso, os necesito. Insisto, no puedo hacerlo sólo.

Sus palabras suenan lógicas y al mismo tiempo lo que pide parece tan inverosímil que no sé qué pensar. ¿Unas grabaciones que sólo Marcus tiene?

—¿Y qué hay de Jian Lin?

—A su debido tiempo nos encargaremos también de él, y de Laia Stone. Bueno, Ellen como se hace llamar ahora.

—Está bien— murmuro agarrando con fuerza entre las manos el papel que dice dónde se encuentra Jaime.

Sé que lo que yo tengo que decirle también es importante. Cediendo ante esto para ayudarle será una buena excusa para poder contarle todo lo que hemos descubierto sobre Mandy y su hijo. Y además, también a quién quiero engañar. Yo también quiero ayudar a demostrar que Elizabeth fue una víctima más en todo este asunto.

—Entonces mañana nos vemos en Nebraska— resumo accediendo a su plan—. Allí hablaremos.

De nuevo Dann se mantiene en silencio y sé que hay algo más que nos quiere decir.

—¿Dann?

—No hay mejor forma de decir esto que hacerlo rápidamente, así que allá va — murmura suspirando—. No estaré solo mañana, chicos.

—¿No?

—No. Elizabeth estará conmigo. Sigue viva y está de nuestro lado ahora.

Sigue viva. Sigue viva. Sigue viva.

Siento un pitido sordo en mis dos oídos que me impiden enfocar la atención en la voz de Dann, que sigue hablando. Ahora con Sam. Éste al oír que Elizabeth Stone continúa viva se altera más de lo esperado. Suelta varios tacos y maldiciones. Supongo que aún recuerda que amenazó a Melanie la vez que se encontraron.

Yo por mi parte siento una alegría extraña, nada normal en mí, que circula por mis venas. Elizabeth sigue viva.

Siento deseos de bailar y de exclamar de alegría.

¡Sigue viva!

—¿Mike?

Sam me zarandea para traerme de nuevo a la realidad.

—Mañana nos veremos, Dann— murmuro con voz ronca—. Te prometo que no diremos nada. Te ayudaremos en todo lo necesario.

—Gracias, Mike— responde él algo serio para mi gusto—. Sam, mañana te explicaré todo. Dejar de gruñir si no quieres que te detengan por conducir con malhumor.

Se me escapa una sonrisa al ver la cara de Sam enfurruñada al sentirse regañado con esas palabras. Yo me recuesto en mi asiento, poniéndome el cinturón de seguridad con parsimonia.

—Tío, ten cuidado, se te nota mucho— me advierte Sam poniendo en marcha el coche nuevamente.

—¿El qué se me nota mucho?

—Pues que estás loquito por la mujer de Danny.

Sus palabras me sientan como una patada en pleno estómago.

—No vuelvas a decir eso— le pido en tono muy serio—. Simplemente creo en la inocencia de Elizabeth Stone. No hay nada más.

—Sí, ya. Mira tu reflejo en el espejo y luego me cuentas si digo la verdad o no.

Hago lo que me dice y fulmino mi propia mirada en el reflejo que da el espejo retrovisor de mis ojos. Brillan más que nunca antes en mi vida, y no es por cariño de amigo, o de alivio.

Joder. Brillan por algo más.

\*\*\*

**Westport, California.**

**En el Colegio.**

**Melanie Sánchez.**

Le agradezco a Trent la ayuda que me ha brindado ocupando mi cargo las últimas semanas en el colegio. Él me sonríe, queriendo ser coqueto. Sin duda sigue sintiéndose atraído por mí. Con delicadeza, rechazo sus avances mientras cierro la puerta con contundencia.

Antes no estaba disponible, y ahora menos.

Lanzo un suspiro de nostalgia, pensando en Samuel Gómez. Le extraño. Mucho. Y eso que se fue apenas unos pocos días atrás.

Me siento en mi despacho y saco los papeles por los que he venido a la oficina. Tenemos inspección de profesores en pocos días, y tengo que poner la documentación al día. No quiero que mi excedencia temporal afecte al correcto desenvolvimiento de la institución.

Casi una hora después entre papeles, firmas, contratos y bonificaciones termino la tarea. Me inclino en la silla mirando el infinito. Cierro los ojos anhelando sentir los besos de Sam por mi cuerpo. Su calor y su roce con mi piel

parecen haberse grabado a fuego. Tanto así que parece que incluso ahora puedo oler su aroma en mi despacho.

Como si estuviera aquí conmigo.

Una llamada a la puerta me hace levantarme rápidamente para ir a abrir. Tal vez mi olfato ha sido acertado. Sam ha regresado a mí.

Pongo la sonrisa más sexy que tengo en mi repertorio y me quedo estática del susto al ver ante mí a la persona que menos esperaba volver a encontrarme en el mundo.

—Señorita Sánchez, es un placer contemplar su belleza de nuevo— dice Jian Lin.

¡El chino multimillonario que tuvo algo que ver con el asunto de Elizabeth Stone está ante mí!

Me quedo sin respiración, mirándole como si yo fuese tonta. No sé qué decir, ni qué hacer. Mi aventura en su despacho, robando las fotografías personales de sus libros viene a mi recuerdo y trago hondo de puro nervio.

—¿No se alegra de verme?— dice él burlón entrando a mi despacho.

Me hago a un lado para que no me pase por encima. Quiero dejar la puerta abierta para correr si siento peligro alguno, cuando una mano musculosa y fuerte me aprieta la muñeca. Contemplo al que parece un hombre de seguridad mirándome con desdén desde sus dos metros de altura.

Oh, no.

El tipo me hace entrar al interior de mi despacho y cierra la puerta con brusquedad.

—Son instalaciones municipales...— murmuro casi con enfado.

—¿Le importa más el estado de su colegio que su propia seguridad, señorita Sánchez?

La voz del señor Lin suena fría y arrogante y entiendo sin lugar a dudas que ha averiguado que le robé esas fotografías.

—Esta no es una visita de cortesía, ¿no?

—Hay cámaras de seguridad en mi despacho— dice él sentándose encima de mi escritorio como si fuese suyo—. Y en ella se ve claramente cómo roba de dos de mis libros unas fotografías muy valiosas para mí. He venido a recuperarlas, claro está.

El hombre que sigue agarrándome el brazo con fuerza me obliga a caminar hacia su jefe, poniéndome enfrente suyo.

—¿Alguna excusa?

—Usted ayudó a conspirar para meter a Elizabeth en todo el lío de Carson City— le digo sacando fuerzas de no sé dónde para no quedarme callada—. Yo simplemente ayudé a unas buenas personas a descubrir la verdad.

Jian Lin se acerca a mí con una expresión rara en el rostro. Me toma por sorpresa cuándo agarra mi cuello con demasiada fuerza y me atrae a su pecho, alejándome del agarre de su guardaespaldas.

—Así que quería usted quedar conmigo otro día, ¿no?— susurra apretando

fuertemente mi cuello. Tanto que me está dejando sin respiración—. Trató de seducirme enseñando sus atributos femeninos. ¿No sabe usted, señorita Sánchez, que según un dicho chino, un hombre puede tomar con sus propias manos lo que una mujer le ofrece gratuitamente?

Creo que mi cara comienza a ponerse roja, por falta de respiración. Llevo mis manos hacia las suyas y a mi cuello para tratar de soltarme de su firme agarre. Si sigue así, a parte de dejarme marca, va a ahogarme.

—¿Dónde está el señor Gómez?— pregunta con frialdad—. Encanto ese hombre seguramente estará utilizando para que usted haga el trabajo sucio por él. Apuesto lo que quieras a que te obligó a jugarme sucio para que me robase.

Afloja un poco la presión en mi cuello y yo comienzo a toser buscando aire. Poco a poco recupero la respiración.

—No lo sé— miento mirando al suelo.

Sé que Sam nunca me utilizó, porque la idea de coger las fotografías fue únicamente mía. Incluso él me regañó mucho el pasado día de San Valentín cuando supo lo que había hecho.

Mi respuesta no le agrada, porque vuelve a cogerme del cuello, pero esta vez no para apretarlo. No. Me empuja contra la pared de mi despacho, haciendo que mi cabeza golpee contra una esquina. Veo aparecer estrellitas a través de mis ojos ir y venir.

—Llévatela. Vendrá con nosotros a China cuando todo esto termine. No necesito otra esposa, pero tal vez mi club si necesite una nueva camarera. Su cuerpo es tan sexy que pagarán muy bien por ella.

Siento ganas de vomitar ante lo que dice. ¿Llevarme con él a China? ¿Pagar por mí? ¡No! Trato de levantarme del suelo para evitar que me agarren del brazo, pero el tipo musculoso es más rápido que yo. Me atrae a su cuerpo, poniendo lo que parece una navaja en su cuello.

—Si te portas bien, ningún alumno saldrá herido – me amenaza con maldad—. Si intentas huir, gritas o alguien nota algo raro en tu actitud, juro por Dios que mataré a cualquier persona que se ponga en medio. ¿Entendido?

Me zarandea y vuelve a formular la misma pregunta con brusquedad, acercando demasiado a mi cuello el cuchillo.

—No llamaré la atención— murmuro en voz baja—. Por favor, no le haga daño a mis alumnos.

Él ríe con maldad y me obliga a ir hacia la salida, guardando el cuchillo en el cinturón de su pantalón. Me estremezco de puro terror. ¿Qué querrán hacer conmigo hasta que decidan partir hacia el país natal del señor Lin?

Echo un último vistazo a mi despacho, concretamente hacia dónde está mi teléfono móvil posado encima de la mesa del escritorio. La imagen de Sam diciéndome que me cuidase antes de salir de mi apartamento, dándome un beso de telenovela como despedida viene a mí.

Y temo por primera vez en mi vida no poder volver a verle nunca más.

Y todo por haberme creído por un instante una espía.

Qué mal todo.

# CAPÍTULO 19

**Segunda residencia de Maddy y Jim.  
24 de Febrero 2017  
Elizabeth Stone.**

El agua corriendo mi cuerpo me despierta definitivamente. La noche anterior Dann y yo nos dormimos muy entrada la madrugada. Nuestra última noche en la casa de su hermano ha sido espectacular. Y no por las sesiones de sexo que hemos tenido, no. La cosa no va por ahí.

Lo maravilloso del asunto ha sido sin lugar a dudas la sensación de paz y tranquilidad que he experimentado al saber cien por cien la confianza que Dann está volviendo a sentir hacia mi persona. Y a las pruebas me remito. En ese día, unas horas después, estaríamos encontrándonos con Mike y Sam, dos personas importantes para él.

Si no confiase en mí, no hubiera accedido a llevarme a su lado.

—¿Eli?

Doy una plegaria al cielo de felicidad al oír tanta ternura en la voz de Dann al llamarme. Eli. ¡Suena tan bien de sus labios!

Termino de enjuagarme bien el pelo y el cuerpo y cierro el grifo. Saco una mano hacia el exterior de la ducha para coger una toalla y encuentro la mano de Dann. Me ofrece una con cariño.

—Aquí tienes.

—Gracias.

Le doy un beso tierno en los labios y tomando su mano con fuerza, salgo de la ducha. Él me ayuda a secarme, acariciando mi piel con sus dedos con suma delicadeza. Mi piel se estremece ante su toque.

—¿Te duele mucho?— pregunta dejando durante unos segundos su mano en mi cicatriz de la mejilla.

—Ya no— respondo—. En su día me dolió horrores. Ahora ya ni lo noto.

Me besa la cicatriz con ternura y yo me giro hacia él para mirar a sus ojos con el amor escrito en mi rostro.

—¿Sabes que adoro ver que tus ojos han recuperado su color azul celeste habitual?— murmuro pasando las manos por su cuello.

—Eli...

—¿Y también sabes que agradezco mucho el hecho de que comiences a confiar en mí? Sé que no merezco ni la mitad de...

No me deja terminar de hablar. Me atrae a su cuerpo y me roba un beso con lengua que me hace temblar de pies a cabeza. Su olor y su sabor son mi perdición.

—Dejemos el pasado atrás. Vivamos el presente— me pide observándome—. Nuestra misión es luchar porque te concedan al menos la libertad bajo fianza.

—O el arresto domiciliario— propongo con un suspiro—. Tal vez la ley sea indulgente conmigo y si conseguimos esas grabaciones que obran en poder de Marcus, pueda dejarme pagar mis delitos haciendo trabajos para la comunidad.

—¿Eso te haría feliz?

—Sí sé que pasaré todas las noches a tu lado, sí, Dann. Eso me haría feliz.

Vuelve a atraerme hacia él, y me besa con puro ardor.

—Ojalá mi ley pueda protegerte para siempre, Elizabeth.

*Sí, pienso yo dejándome arropar por sus brazos. Oigo su corazón latir en mi oído. Ojalá eso sea suficiente para no tener que entrar en la cárcel.*

\*\*\*

Tras desayunar, limpiar y recoger la casa, salgo hacia la puerta principal para observar el paisaje antes de que Dann y yo nos vayamos de allí. Cierro con llave y me aseguro de que la casa queda completamente cerrada.

Camino hacia la hamaca del porche y me siento allí con lentitud. Tengo en mis manos las fotografías que la persona desconocida nos hizo a Dann y a mí. Temo que haya tenido ya la ocasión de mandar las imágenes a la prensa.

—No quiero que te acusen de nada— murmuro mirando la imagen del menor de los Garrett—. Eres inocente de todo.

Miro hacia la derecha en dirección dónde están los árboles y sonrío al ver caminar hacia mí a Dann. Lleva colgada a la espalda su mochila.

—¿Tardé mucho?— pregunta sonriente al mismo tiempo que me echo a sus brazos como una colegiala.

—No, pero me gusta cobijarme en tu pecho.

—Sabes que puedes hacerlo cuándo gustes, señorita Stone.

Beso su cuello con dulzura al mismo tiempo que me alejo de su lado al escuchar un ruido raro encima de nuestras cabeza. Alzo la vista y me quedo como obnubilada mirando unos pájaros que me son muy familiares.

—¡Son *Jimboo Junior* y *Maddariana*!— exclamo muy sorprendida.

—Vienen a despedirse de nosotros— murmura Dann poniendo la palma de su mano hacia ellos para que coman algo que ha traído—. Nosotros también nos despedimos de ellos dándoles comida. Seguramente la próxima vez que regresemos, vendrán a hacernos una visita.

Parpadeo sorprendida viéndoles comer de su mano.

—Eres maravilloso— le digo—. Espero que lo sepas.

—Si no dejas de decírmelo, me lo terminaré creyendo—me responde nada avergonzado—. ¡Adiós pequeñuelos! Cuidado con el temporal. Nos veremos pronto.

Veo cómo se despiden de ellos y cómo de la mochila que tiene en la espalda saca una bolsa de plástico que me pasa enseguida.

—¿Qué es?

—Tus efectos personales.

Abro la bolsa y me quedo anonadada al ver ante mí el dinero de herencia y mi documentación. Tanto la falsa, como la verdadera.

—Lizzie Flynn— murmuro observando mi imagen con el pelo con extensiones y de diferente color.

—Te queda mejor el pelo corto— susurra él acariciando mi rostro—, pero eso sí, el color gris no es tu favorito. Eres muy joven para hacerte pasar por una viejita.

—Quería pasar desapercibida.

—Espero que el pelirrojo vuelva pronto a ti— me dice besándome el cabello—. Aunque mejor mirado, estás guapa con cualquier color de pelo.

Sus palabras me hacen enrojecer.

—Dann, vas a hacer que no quiera moverme de aquí— susurro encandilada mirándole.

Y ya no sólo porque me devuelva mi documentación y mi dinero, sino porque con ese gesto me está demostrando que confía en mí. Y esta vez de verdad. Ya no sólo porque vayamos a estar con sus amigos. Está poniendo en mis manos mi libertad lejos de él... si yo quisiese alejarme de su lado.

Mi molesta conciencia quiere decirme que puede ser una prueba, pero enseguida sacó ese pensamiento de mi cabeza. Dann me quiere y me ha perdonado. Punto. No está tratando de ver si cumplo con mi palabra o no.

—Tomaremos el avión que sale dentro de dos horas rumbo a Nebraska— me dice ayudándome a guardar la bolsa con mis cosas en mi propia mochila—. Recuerda que tienes que presentar la documentación que está a nombre de Lizzie. Nadie más sabe que tú compraste esa identidad.

—¿No?

—No. Sólo Mike, Jim y yo sabemos eso y no hemos difundido esa información. A día de hoy de momento es confidencial.

Afirmo, acomodándome bien la mochila.

—En el avión, evita mirar a la cara a la gente— me aconseja de forma muy seria—. El video en el que supuestamente morías se destruyó, pero casualmente tu imagen nueva con las extensiones y el morado de tu pelo sí se ha distribuido. Así que cuando podamos, vamos a comprarte unas gafas de sol y una chaqueta con capucha que te oculte el rostro. Al menos hasta que te cambiemos el look.

Lanzo un suspiro con pesar al ver cuán detallista es Dann cuando concibe un plan. Ni de coña yo le llego a la suela de sus zapatos en cuánto se refiere a

estrategia. Desde que me marché de Carson City, mis pasos han sido al azar. Nada planificado.

Al menos por mí.

—¿Y qué color crees que me iría mejor ahora?— pregunto tratando de hacerme la coqueta.

—Yo te pondría azul...— murmura acariciando mi rostro—. Así haría juego con mis ojos, ¿o no?

Afirmo, dándole un casto beso en los labios. La verdad es que su idea me ha gustado y mucho. Azul está bien. Pobre pelo mío, cuántos cambios en tan poco tiempo.

—Entonces a partir de ahora soy Lizzie Flynn— resumo yo para concentrarme en el presente.

—Para el resto del mundo sí, para nosotros no.

Toma mi mano, y despidiéndose de los pájaros de su hermano, me lleva hasta el coche de Mike.

—¿No vamos en tu moto?

—No. Prefiero que se quede aquí. Nadie sabe cómo es el coche de Mike, y hasta que no sepamos si esas dichosas imágenes que nos sacó la persona misteriosa salen a la luz o no, prefiero no arriesgar.

—Pero tú odias ir en coche— murmuro apenada.

—En los últimos meses he logrado superar ese miedo, cariño— me dice en voz muy seria, mientras me da las llaves del vehículo—. Me han pasado cosas peores, que sí que me aterran realmente. Temer ir en una chatarra como ésta ya lo he superado.

Le miro con el ceño fruncido, pero no digo nada. Entiendo que una de las cosas que más puede temer ahora es que su familia sufra o muera. Supongo que es normal.

—Entonces ponemos rumbo al aeropuerto, ¿no?

—Eso es.

Me besa en la mejilla antes de caminar hacia el asiento del copiloto. Yo le echo un último vistazo a la casa de los Garrett y un presentimiento me asalta como si fuese un golpe. Tengo la sensación de que pasará mucho tiempo hasta que yo vuelva a pisar el suelo de esa casa.

—¿Todo bien?— me pregunta Dann.

—Perfecto— respondo yo.

Y deseo fervientemente estar diciéndole la verdad.

\*\*\*

Un par de horas después, me encuentro sentada en el avión que nos va a llevar hasta Lincoln, capital del Estado de Nebraska. Estoy poniéndome el cinturón con mucha dificultad. Tanto he adelgazado por falta de comida en los últimos tiempos, que me queda grande.

Maldita sea.

Apoyo la cabeza en el respaldo del asiento y miro hacia la ventanilla. Dann me ha cedido el asiento, alegando que él prefería ir sentado en el medio. Según su teoría, para que nadie se fijase en mí. Estos asientos están conformados por tres lugares e ir yo en el medio no parecía ser una buena idea.

Por mi bien.

Me apetece mucho poder ver el paisaje, y contemplar las nubes mientras sobrevolamos el Estado. No recuerdo a decir al verdad la última vez que me di el lujo de viajar en avión. Desde la muerte de Fran Krantz, mi odisea por los Estados Unidos ha sido mayormente en coche.

—¿Encontraste el coche de tu padre?— le pregunto a Dann, al acordarme de él en ese instante.

—Sí, está a buen recaudo.

Su voz suena cansada. Imagino que ha estado muy tenso viajando en coche, al menos el trayecto hasta el aeropuerto. Por mucho que opine que ya ha superado su recelo hacia los vehículos de cuatro ruedas, es evidente que aún le afecta viajar de ese modo.

Alargo mi mano y la coloco encima de la suya. A continuación comienzo a acariciarla con suavidad. Por suerte él no rechaza mi contacto.

—Enseguida estaremos en Nebraska. No son muchas horas de vuelo.

—No me da miedo el avión, cariño— me susurra señalando hacia la pantalla de televisión que tenemos en frente de nosotros—. Me preocupan más otras cosas, Eli.

Abro los ojos con asombro al ver que están dando en directo un comunicado desde la Estación de policía de Carson City. Busco con la mano que tengo libre los cascos que ofrecen de cortesía en el avión e intrigada más que otra cosa, comienzo a escuchar a la reportera del Canal 6.

—Nos encontramos ahora mismo en la Estación de policía de Carson City, donde esta mañana se ha encontrado el cuerpo sin vida del comandante Thompson.

Comandante Thompson.

Me inclino en el asiento anonadada. ¡Ese es el nombre del tipo que Marcus y Jian Lin pronunciaron el día que quisieron matarme! Su infiltrado en el caso.

—Oh Dios mío.

Dann gira su mirada a mí al ver que suelto mi mano de la suya y me mira con preocupación. Yo no le digo nada, sigo escuchando atentamente las noticias.

—No se sabe aún cuál es la causa de la muerte...— musita la reportera acercándose demasiado a la cámara para mi gusto—. Todo apunta a una sobredosis de droga o algo así. Parece ser el segundo caso que sucede en dos días en esta ciudad.

¿Segundo caso?

Quiero decirle a Dann que espere un minuto, al ver que trata de insistir en que le diga lo que me pasa, pero no lo hago. Mi mente se clava en la figura de

una mujer, que pálida y vestida de negro, aparece en cámara cómo si fuese una mártir.

Amy Kimberly.

No puedo evitar sentir fuerte rechazo al verla en pantalla de esa manera. Mi mente aún no ha olvidado la campaña de desprestigio que se ha dedicado a hacer en las últimas semanas sobre Dann y su familia.

—Con nosotros tenemos a la Sargento Amy Kimberly. Recientemente ha enviudado al morir su marido en circunstancias similares que el comandante Thompson.

Sargento, repito yo.

Giro mi vista hacia Dann y por la expresión de su rostro puedo ver que él está tan sorprendido como yo.

Me saco los auriculares de un golpe al no tener ganas de oír la versión de los hechos de esa mujer. No me interesa averiguar cómo murió su marido, ni su anterior jefe.

—¿Eli?

—No sabía que habían ascendido a esa mujer— susurro recostándome en mi asiento.

—Imagino que al cerrar el caso con tu supuesta muerte, sus superiores han decidido darle el ascenso que tanto quería tener ella.

Afirmo mirándole a los ojos con seriedad.

No tardo ni un minuto en contarle lo sucedido en el coche de Marcus, el día que trataron de matarme. Él se asombra y mucho cuándo le digo que el comandante Thompson estaba haciendo de espía para su causa.

—Así que él también estaba metido en el ajo— comenta silbando—. Parece ser que los contactos de Marcus y de Jian Lin son elevados.

—¿Qué quieres decir?

—Si han logrado llegar a comprar a un comandante de esa forma, no quiero imaginar a quién más tengan en nómina.

—¿Te refieres a...?

No termino la frase y él tampoco. Por mi mente pasan imágenes de personas que ostentan cargos altos en el gobierno actual y niego con la cabeza. Decido no seguir con esa línea de pensamiento.

¡No estamos en ninguna película de acción! Esta es la vida real y dejarse llevar por esas ideas no es nada bueno.

—Despiértame cuándo llegemos...— le pido a Dann cerrando los ojos.

—Por supuesto.

Siento su aliento cerca de mí, seguido de un beso de sus labios en mi frente. Quiero mover las manos para acariciar la suavidad de su pelo, pero me contengo. Prefiero mantener las manos quietas.

Por mucho que así lo quiero, no puedo dejar de pensar en la forma de morir del comandante Thompson. Una sobredosis. La maldita droga otra vez hace su aparición. ¿Tal vez a Marcus no le venía ya bien su ayuda, y ha decidido

liquidarle?

¿Quién sabe?

Me arrebujó bien en el asiento y tras sentir que Dann se ha alejado de mí para regresar a su posición habitual en su lugar, trato de dormir y de relajar la mente.

Dentro de poco el avión posaría tierra en Lincoln, y allí en el aeropuerto nos encontraríamos con Mike West y Sam Gómez. Sus amigos. Y aún no estoy del todo segura si su reacción sería buena o mala al verme.

*Por favor, que sea buena, pienso soltando un suspiro, no quiero más problemas. No ahora que Dann vuelve a confiar en mí.*

\*\*\*

**Lincoln, Nebraska.**

**Aeropuerto.**

**13,00 h.**

De la mano de Dann bajo las escaleras del avión, con la mochila a mi espalda. Siento pesadez en el cuerpo y en la cabeza. Haber dormido en pleno vuelo no ha sido muy buena idea, ya que no he descansado nada.

Laia, Marcus y Fran Krantz han invadido mis sueños.

*Ahora se hace llamar Ellen. Ya no es más tu hermana Laia,* me repito apretando quizá con demasiado fuerza la mano de Dann.

—Mike y Sam no te van a hacer anda, te lo prometo cielo— me susurra en el oído, atrayéndome a su pecho para darme su calor y su consuelo.

Quiero girarme hacia él para decirle que no estoy preocupada por sus amigos. Al menos no ahora, pero sus labios sobre los míos me lo impiden.

—Todo va a salir bien.

Acaricia mi espalda y mis brazos con cariño, y asegurándose que mi hombro herido está bien dentro de lo que cabe, me lleva dulcemente hasta la salida de la aeropuerto. Yo hago lo que él me dice, caminar mirando el suelo, sin mirar a los ojos a nadie. Descubro poco sorprendida que es una buena forma de pasar desapercibida.

—Aparentar ser tímida tiene sus ventajas— susurro para que sólo él me escuche.

Dann ríe ante mi ocurrencia y yo con él. Me encanta escuchar algo de alegría en sus expresiones. Es un bálsamo de tranquilidad, respecto a toda la tortura mental que ambos hemos tenido que vivir en las últimas semanas.

—¿Preparada?— me dice al salir del lugar.

Alzo brevemente la vista y no puedo evitar ponerme nerviosa. A menos metros de los que quisiera yo contar, puedo ver apoyados en un coche rojo a Mike y a su acompañante. Miro durante un instante a Dann con nerviosismo. No quiero que piense nada raro cuando nos vea juntos a Mike y a mí.

—Todo va a estar bien— me repite él dándome un fugaz beso en la mejilla —. Te lo prometo. Mis amigos no te a comer.

Deseo decirle que mi miedo no es ese, sino que él piense que puede llegar a haber algo raro entre su mejor amigo y yo.

Camino detrás de Dann. No vuelvo a levantar la vista hasta que noto que él se para y saluda con afabilidad a los recién llegados.

—Gracias por venir tan rápidamente— está diciendo él.

Ninguno de los dos le contesta y yo entiendo que es porqué están contemplándome a mí. Me armo de valor y alzo la mirada para clavarla en ellos. No me extraña ver en Mike simpatía, y en cambio en Sam reticencia.

—Hola...— musito casi de forma tímida.

Entrelazo mis manos con nerviosismo. No sé a cuál de los dos mirar.

—Me alegra ver que sobreviviste— dice Mike, hablando él primero antes de posar su mirada en la de su mejor amigo—. Colega, tengo que hablar contigo.

—¿Ahora?

—Sí. Es urgente.

Dann me pide que no me mueva de allí y se va junto a su mejor amigo.

—A mí no vas a engañarme— escucho que dice una voz a mi lado.

Aparto la mirada del menor de los Garrett, que está mirando con expresión angustiada un documento blanco, y clavo mi vista en Samuel Gómez. El detective amigo de Jim.

—¿Perdona?

—Yo he visto con mis propios ojos cómo atentabas contra Maddy y cómo matabas al primo de los Garrett— comenta con enfado—. No sé cómo habrás embrujado a Danny, pero a mí no vas a manipularme.

Noto ira en su mirada y no entiendo porqué siente tanta animadversión hacia mí. ¡Si yo no le conozco! Quiero preguntarle cuál es la razón de que esté tan resentido conmigo, pero enseguida me doy cuenta que no hace falta que yo diga nada. Él solito me dice lo que yo quiero saber.

—Ahora bien, quiero que sepas que no voy a volver a permitir que amenazas o chantajeas a Melanie.

Melanie.

Abro los ojos con asombro al notar que la ira que me tiene Sam es por mi antigua jefa en Westport.

—Sé que contactaste con ella y a parte de asustarla, amenazaste con revelar un secreto íntimo de ella. Quiero que sepas que no voy a permitir que vuelvas a tratar de hacerle daño.

—Mel te importa...— afirmo yo más que pregunto.

—Eso a ti no te incumbe.

¡Bingo!

No me guardo la sonrisa que se graba en mi rostro. ¡Es genial saber que Melanie por fin ha encontrado a un hombre que esté dispuesto a confiar en ella! Ya era hora.

—Melanie se ha portado muy bien conmigo, fingí amenazarla para que hiciera lo que necesitaba— le confieso con voz ronca—. Siento si le hice daño. No fue mi intención.

Los ojos negros de Sam tratan de taladrar mis defensas para ver si estoy diciendo la verdad o no. Imagino que trata de aparentar seriedad para comprobar si yo aparto la mirada o no. Y para mi fortuna, no le doy el gusto.

No estoy mintiendo.

—Te prometo no volver a contactar con Melanie— le digo levantando la mano derecha en señal de promesa. Sí, sé que es algo infantil, pero merece la pena el intento—. No pienso tocarle un pelo. Te doy mi palabra.

Intuyo que mi palabra puede no significar nada para él, pero aún así se la doy.

—Más vale que estés diciendo la verdad.

Se da la vuelta y sin despedirse ni nada, camina junto a sus amigos, dejándome a mi sola junto a su coche. Lanzo un suspiro de pesar y de remordimiento. Tal como yo imaginé, ganarme la confianza de gente cercana a Dann estaba resultando difícil. Mucho.

Viene a mi recuerdo la imagen de Melanie, y mi corazón se encoje un poco de pesar por el chantaje que tuve que hacerle cuando hablé por teléfono con ella. Por lo visto, le afectó más de lo que yo pude prever.

—Mel, lo siento. Parece que haga lo que haga meto la pata.

Camino hacia el coche y al ver que la puerta está abierta, me siento en la parte de atrás, del lado del conductor principal. El interior huele a cuero y a ambientador. Agradezco gratamente que no huela a tabaco. Uno de los últimos coches que he llegado a conducir apestaba a marihuana y a porro que echaba para atrás.

Pongo la mochila que tengo a la espalda en mis pies y rebusco entre mis pertenencias algo parecido a una tablet o a un móvil. No me sorprende no encontrar nada de tecnología en el interior.

Tengo dinero y mi pasaporte falso, pero nada más.

—¿Todo bien?

Es Mike. Ha entrado al coche y se ha sentado en el asiento del conductor. Su mirada serena está clavada en mí a través del espejo retrovisor. Me pongo nerviosa al no ver a Dann en el mismo lugar dónde le vi la última vez.

—Ha ido a hacer una llamada. Sam fue con él— dice Mike encendiendo el motor del coche.

—Espera... ¿nos vamos sin ellos?

—Sí. Voy a acompañarte a que te cambies el cabello y te compres ropa más discreta.

—¿Y Dann?

—Hemos quedado con él en el Motel dónde estamos registrados.

En el Motel.

Me muerdo el labio inferior con nerviosismo. No me gusta para nada la idea

de volver a estar en una estancia a solas con Mike West.

—Te prometo que voy a mantener las manos y los labios fuera de ti— comenta él más divertido que preocupado.

Yo le fulmino con la mirada. Su frase no me hace ni pizca de gracia. Algo dentro de mí me dice que pasar tiempo con él lejos de Dann y de Sam es mala idea.

—Tranquilízate— me pide con voz dulce—. Tienes que recordar que mi amistad con Danny es más importante que una bella mujer.

¿Bella mujer?

Me abstengo de decir nada más. Tampoco encuentro las palabras adecuadas, la verdad. Estoy seca de ideas en ese instante.

—¿Peluquería o mercado primero?— me pregunta dándome a elegir una de esas dos opciones.

—Empecemos con el cabello.

Gira a la izquierda al oír mi petición y yo miro hacia atrás con nostalgia. Cuando vuelva a ver a Dann, quiero hacerle prometer que no volverá a dejarme sola de nuevo.

Prefiero estar con él en todo momento.

\*\*\*

El Centro Comercial de Lincoln es más extenso y grande de lo que yo me he podido imaginar. Multitud de tiendas, comercios, y establecimientos se abren paso ante nosotros dos, mientras buscamos la peluquería más discreta del lugar.

—¿Te parece bien esa de allí?— me pregunta Mike, señalándome un establecimiento pequeño en el lado izquierdo de la calzada.

—Es perfecto.

Camino hacia allí sin esperar a mi acompañante y entro en la peluquería con una sonrisa grabada en el rostro. Quiero parecer natural para que nadie note nada sospechoso en mi actitud.

—Buenos días— le digo a la chica que me atiende.

—Buenos días, ¿en qué puedo ayudarla?

Le digo que quiero que me cambie el *look*, con un nuevo peinado y un tinte de color diferente. Ella me sonrío amable. Parece que le gusten los retos.

—¿Qué color vas a querer?— me pregunta haciéndome sentar en la silla que hay junto al lavabo.

—Azul— respondo acordándome de los ojos de Dann—. Quiero tener el pelo de color azul. Necesito cambiar también las extensiones que llevo, por otras de color morado en las puntas. Rizadas.

La peluquera afirma mientras yo cierro los ojos ilusionada. La verdad es que me gusta el hecho de cambiar mi aspecto aunque sea con mi pelo. Por suerte vuelvo a tener el dinero de mi herencia para poderlo costear. Sé que no va a ser lo mismo que cuando Maddy me ayudó con el tinte, pero bueno. Es una

profesional.

—Cierra los ojos— me pide ella, mientras abre el grifo del lavabo.

Antes de hacer lo que me pide, fijo mi mirada en Mike que no ha entrado en el local y frunzo el ceño al verle hablando seriamente con alguien por teléfono. Entrecierro los ojos intentando leer sus labios y mi corazón se para un poco al ver perfectamente que pronuncia el nombre de Danny. Mi Dann.

Mike al notar que estoy mirándole se da enseguida la vuelta y caminando hacia el local contiguo, continúa hablando lejos de mí.

Cierro los ojos enseguida para que no me entre nada de jabón y concentro mi pensamiento en Dann. Me parece muy raro que se ha haya marchado así, tan de repente, sin decirme nada. No puede ser normal. Algo ha tenido que pasarle.

Me muevo inquieta en la silla, sin disfrutar para nada del masaje en el cabello que la peluquera me hace. Sólo me interesa ahora hablar con Dann y descubrir qué está pasando. Maldigo el hecho de no tener móvil.

Doy un pequeño brinco al ocurrírseme la idea de que tal vez en ese establecimiento pueda encontrar un teléfono.

—Disculpa...— murmuro cuando termina de lavarme el pelo y comienza a secármelo con una toalla—. ¿Podría realizar alguna llamada telefónica? ¿Tiene usted móvil? Es una emergencia.

Si mi pregunta le parece extraña no lo hace saber.

—Claro. Puedo dejarte mi propio teléfono. Puede llamar a quién desee mientras sea nacional.

—Sí, no se preocupe.

Pienso que voy a darle propina cuando pague la cuenta. Por las molestias.

Tomo en mis manos su teléfono y aprovechando que se va al interior para realizar la mezcla del tinte y para buscar las extensiones que le he pedido, marco el número de teléfono de Dann. Por suerte me lo sé de memoria.

Lanzo un suspiro de pesar al no contestar nadie a la llamada. Gruño para mis adentros, sintiéndome incómoda. ¿Qué puede haber pasado para que Dann desaparezca tan de repente y encima no conteste a las llamadas que se le hacen?

Abro el menú de mensajes y procedo a enviarle uno. Quiero que sepa que soy la que le ha llamado.

*Dann soy Elizabeth. Te he llamado desde el teléfono móvil de la dueña del establecimiento donde estoy cambiándome el aspecto. Sólo quería saber si estás bien, nada más. Me preocupó que te fueras así tan de repente. Te quiero. Hablamos luego.*

Borro el mensaje de enviados y cuando voy a dejarlo a un lado para esperar a que termine de hacer la mezcla la peluquera, el teléfono vibra en mi mano. Mi corazón da un brinco de alegría al ver que se trata del número de Dann.

—¿Dígame?— respondo en voz baja.

—Elizabeth...— murmura él con voz triste—. Disculpa si no te cogí la llamada. Estaba ocupado hablando con Mike desde el móvil de Sam.

—¿Estás bien?

Mi pregunta no le sorprende, porque se queda en silencio con la respiración

agitada. Sé lo que está tratando de hacer. Quiere idear una excusa para no tener que contarme la verdad por teléfono.

—Eli, yo...

—Dann, no soy una niña, dime qué sucede— le pido mirando de reojo hacia la cristalera.

Mike vuelve a aparecer en escena, pero esta vez está de espaldas con el teléfono en el oído. Imagino que estará hablando con Samuel.

—Es sobre Jaime— me confiesa enseguida—. Está en una casa de acogida. Estoy tratando de averiguar cómo hacer para conseguir su custodia.

Su custodia.

—¿Y Amanda?

—Murió.

Me cuenta en pocas frases lo que Mike y Sam averiguaron el día anterior. Me quedo muda de la impresión al saber que un niño se ha quedado huérfano tan pronto.

—¿Casa de acogida?

—Sí. Cada cierto tiempo los niños que no logran ser adoptados por una familia, terminan en casas de acogida. Por lo visto, nadie ha querido adoptar a Jaime hasta ahora, y ha tenido que cambiar de residencia en más de siete ocasiones en los últimos meses.

Mi corazón se encoge de dolor, no sólo por Jaime, sino por Dann. Sé que está sufriendo mucho al saber que el muchacho a quién siempre consideró como un hijo está sólo en el mundo.

—Estoy tratando de arreglar el asunto con llamadas telefónicas y...—se queda en silencio un momento suspirando muy fuerte. Está muy frustrado—.... Y no consigo nada. Joder, Eli, no sé qué hacer.

—Ve a por él— le digo muy en contra de mis deseos.

Él se queda callado y yo también, tras oír mis palabras.

—¿Qué?

—Viaja hacia Arlington, y adopta al muchacho— le digo cerrando los ojos—. Dann, hasta que no te vean en persona y que puedas demostrar que el niño te importa, no vas a poder hacer nada.

—Pero...

—Yo estaré bien— le aseguro sin saber si es verdad o no.

Acabo de recuperarle, y volver a separarme de él, no me hace especial ilusión, pero algo dentro de mí me dice que sería muy egoísta si no ayudo a Dann a recuperar a Jaime. Aún recuerdo la tristeza que emanaba de su rostro, cuando me contó cómo le perdió por culpa de Mandy.

—Dann, yo me quedaré aquí escondida si lo deseas, esperándote. Vendrá bien que pase desapercibida por un par de días, mientras tú te encargas de Jaime. No va a pasar nada malo. Todo irá bien.

Él sonríe al escucharme repetir las mismas palabras que anteriormente me dijo a mí. Yo me copio y también sonrío de ternura. Sin duda su respiración se ha

calmado ante mi sugerencia. Sé que mi idea le ha gustado y mucho.

—Está bien, Eli. Cogeré el primer vuelo a Virginia, y cuando todo esté bien, volveré contigo para continuar con el rastro de Marcus y de Ellen.

Le prometo que voy a esperarle, antes de colgar la llamada.

Borro su número del teléfono de la peluquera y lo dejo en la mesita con mucha suavidad. Interiormente ya estoy arrepentida de haberle dado esa absurda idea a Dann. No quiero separarme de él. *Dices cosas que no quieres sólo por quedar bien con él*, pienso entristecida.

Enseguida niego insultándome mentalmente por pensar tonterías. La alegría en la voz de Dann al saber qué le he apoyado con el asunto de Jaime, me importa más que quedar bien. A fin de cuentas yo le amo, y quiero que esté bien.

—Disculpa el retraso— dice la peluquera caminando hacia mí.

Le paso el teléfono y le agradezco que me dejase llamar. Cierro los ojos y con la imagen de Dann en mi mente, me evado del lugar mientras ella hace su maravilla en mi cabello.

¿Cuándo podrá ver Dann mi cambio de look?

\*\*\*

Casi dos horas después —el tiempo más largo que he estado en una peluquería—, pago a la señorita por su gran atención y dejándole la propina prometida, salgo del establecimiento con un nudo en el estómago.

Encuentro a Mike tomándose algo en un bar. Camino hacia su lado y me dejo caer en la silla de golpe. El bocadillo que está comiendo llama mi atención. Recuerdo que hace horas no pruebo bocado alguno.

—Vaya...— susurra el poli mirándome con una ceja levantada—. Estás... preciosa.

Me sonrojo ante su halago sin poderlo evitar.

—¿Quieres tomar algo?— me pregunta levantándose rápidamente del lugar.

—Un refresco y el mismo bocadillo que tú tienes estaría bien— le digo, buscando en mi bolsillo dinero para que pueda ir a comprar lo que le he pedido.

Mike hace un gesto con su mano, impidiéndome que saque nada.

—Invito yo— dice sonriente—. La dama nunca tiene que pagar en la primera cita.

Quiero decirle que esto no es una cita, pero se escapa de allí sonriendo. Aprieto los puños con frustración. No entiendo su necesidad continúa de querer flirtear. Parece que sólo lo hace para molestarme y no me gusta. Si por casualidad Dann en algún momento llega a oírle, se puede llegar a enfadar. Y mucho.

Deseo levantarme para ir yo misma en busca de mi comida, cuando siento una mano en mi hombro que me estremece la piel. Giro la vista y abro los ojos con alegría al ver a Dann allí, sonriente.

—Sorpresa, cariño.

Me levanto de golpe y sin comedirme en mi reacción, me lanzo a sus brazos

y le beso apasionadamente. Dos horas pensando que no volvería a verle en días y tenerle ahora frente a mí, me hace no querer despedirme de él ni un instante.

—Dann...— susurro entre beso y beso—. Me has dado una gran alegría.

—No podía tomar el vuelo sin despedirme de ti, muñeca.

Muñeca. Me sonrojo al oírle hablar con esa voz tan sexy. Me derrito ante su mirada. Sus ojos azules brillan intensamente mientras me contempla.

—Estás hermosa— me dice acariciando mi cabello—. Te queda muy bien el pelo rizado.

Cierro los ojos mientras siento su caricia a lo largo de todo mi pelo. Se me eriza la piel ante su contacto. Me gusta que mi nuevo look le atraiga. He decidido volver a tenerlo largo, pero en vez de liso, le he pedido a la peluquera que me ponga las extensiones rizadas. Si tengo que cambiar mi apariencia al menos quiero hacerlo bien.

—Gracias por venir a despedirte.

Él sonríe misterioso, mientras se sienta a mi lado en el lugar.

—¿Te quedas?

—He estado hablando con Sam— dice señalándole al fondo—, y hemos llegado a un acuerdo.

—¿Un acuerdo?

—Sí. Primero quiero ir con él a la prisión, a ver a Pete.

—¿Pete?

—Es el cómplice de Jason Laker, quién atentó contra mi hermano en su clínica veterinaria.

Abro los ojos con asombro al entender de quién me está hablando. Es el tipo que se hizo pasar por vagabundo. De piel negrita.

—Se llama Pete.

—Sí. Quiero hablar con él para ver si sabe algo del paradero de Marcus. Imagino que aún no sabe que Jason se suicidó, así que usaremos eso en nuestro beneficio.

—¿Y después?

—Mike y tú nos estaréis esperando en el Motel. Con suerte, cuando nos encontremos ya sabremos dónde poder localizar a Marcus.

Mike llega justo en ese momento con mi bebida y mi bocadillo y yo le agradezco su amabilidad. Él también se alegra de ver a su amigo junto a nosotros.

—¿Y Jaime?— pregunto con algo de miedo de saber la respuesta.

—Cuando todo esto termine, iremos juntos por él, cariño.

Dejo quieta la mano con la que he querido coger el refresco y le miro compungida. ¿Juntos?

—Dann, yo...

—Cuando todo esto termine, y salgas libre de cargos, tú y yo adoptaremos a Jaime. Juntos. Es la mejor manera de que el Estado nos dé su custodia. Si vamos como pareja estable.

Mi corazón late demasiado deprisa. Mucho. Miro a Mike para ver qué opina él de lo que Dann dice, y la expresión de su rostro es indescifrable. Siento un pitido sordo en mi oído y sé que es de puro nervio. No sé qué decirle y para no hacerle daño, sólo se me ocurre hacer lo que siempre hago cuando la situación se escapa de mi control.

Miento, como una bellaca.

—Genial, Dann. Me hace mucha ilusión.

Él me sonrío en los labios, animando a comer, mientras espera la llegada de Sam. Yo evito la expresión confusa de Mike, y comienzo a concentrarme en masticar el bocadillo. Me siento mal por haber engañado a Dann, ¿pero qué podía decirle?

*Dann, te quiero mucho a ti, pero yo no conozco de nada a Jaime. Yo pensé que tú ibas a ser su padre, nunca me imaginé en ser yo su madre. ¡Soy una asesina! ¿Cómo voy a educar a alguien, si ni siquiera se comportarme yo misma?*

Las palabras que he debido pronunciar se acumulan en la punta de mi lengua, y para no sacarlas a fuera, comienzo a mordisquear el bocadillo de lomo con ansia.

—¿Sam?

Estoy tan concentrada en mi labor de comer sin pensar en nada y en nadie, que no he visto llegar a Samuel Gómez a la mesa. Tiene el rostro serio y meditabundo.

—¿Todo bien?

—En realidad no lo sé— responde él—. No sé nada de Melanie.

Su respuesta llama mi atención. Dejo el bocadillo a un lado y tras beber un sorbo del refresco para evitar ahogarme, clavo mi mirada en él con interés.

—Llamé a su casa y a su móvil, y no pude localizarla— sigue diciendo de forma apresurada—. Le he dejado varios mensajes y nada. No contesta.

—¿Has probado a llamarla a la escuela?—pregunto mirándole a los ojos—. A veces cuando trabaja, se evade tanto que no piensa en nada más.

Mi idea parece que le gusta, porque saca su móvil dispuesto a hacer lo que digo. Al ver que no sabe cuál es el teléfono del colegio, tomo su teléfono prestado y marco el número del colegio dónde trabajé por tantos años.

—Gracias...— me dice él casi a regañadientes.

—No es nada— le digo mientras Dann me besa en la mejilla con dulzura—. Pregunta por Trent, es el subdirector.

Sam levanta el pulgar mientras comienza a hablar con la mujer que le atiende el teléfono. Yo aprovecho para seguir comiendo. Sigo sintiéndome algo incómoda y no sólo por mi mentira, sino por Mike. ¡No me deja de mirar!

Deseo pedirle que enfoque su vista en otro lugar, pero la voz de Sam alzándose de forma peligrosa, me hace quedarme quietecita.

—¿Dice que no está tampoco en la escuela? ¿Desde ayer?— trato de identificar la voz de la persona que tiene en línea, pero no logro averiguar nada—. ¿Sus cosas están en el despacho? No entiendo cómo pudo irse sin su bolso ni

las llaves de su casa... Sí, claro. ¡Ya he llamado a su casa!... No hay problema, sí. A este número. Gracias.

Cuelga ofuscado, lanzando el móvil a la mesa.

—Si luego lo rompes no te quejes— le dice Mike mirándole con el ceño fruncido.

—¡Melanie se dejó sus cosas en el despacho, salió de allí sin nada! ¿Cómo quieres que no me ponga nervioso?

Su grito me toma por sorpresa, y no sólo por el enfado del que hace gala, sino por el miedo que hay detrás de ese enojo. No me sorprende ver que está preocupado por el paradero de Mel. Creo que eso es bueno.

—A veces cuando está muy nerviosa, le gusta pasear y estar a solas— le digo recordando que antes eso es precisamente lo que Melanie hacía cuando estaba estresada—. Imagino que podrás localizarla a la noche.

Mis palabras no le calman, pero al menos le relajan. Algo.

—Espero que tengas razón— dice con voz fría—. Te espero en el coche Dann. Cuánto antes hablemos con ese tal Pete, antes podremos salir de este lugar.

Sé que Dann quiere decirle algo por responderme de forma tan brusca, pero yo pongo mi mano en la suya para pedirle que no diga nada.

—Está nervioso, no se lo tengas en cuenta— le pido con dulzura—. Si yo estuviera desaparecida, tú también estarías de los nervios.

El asiente, convencido de lo que digo.

—Está bien— me besa en los labios antes de levantarse del asiento—. Mike, acompaña la a terminar de comprarse la ropa que le hace falta. Nos vemos en el Motel en unas horas.

Le digo adiós con la mano, mientras termino mi bocadillo. No aparto la mirada de él hasta que no les veo perderse en la distancia con el coche de Sam.

—¿Nos vamos nosotros?

Mike abre la boca para decir algo, pero enseguida cambia de opinión. Eso sí, no deja de mirarme con el ceño fruncido. Intuyo que hay algo que quiere decirme y no sabe cómo.

—Vamos pues— me respondo yo a mí misma, caminando hacia una tienda de ropa que ahí en esa misma manzana.

Tampoco me apetece oír la pregunta qué tenga que hacerme Mike. Seguramente estará relacionada con Dann y no quiero tener que inventarme la respuesta que le diga.

Creo que con una mentira por día es suficiente. Sobre todo ahora que estoy tratando de ser buena, ¿no?

## CAPÍTULO 20

**Nottville, Virginia Occidental.**  
**Casa de los Garrett.**  
**Sean Jenkins.**

Sentado en la mesa de la cocina tomo el café con leche con nerviosismo. Trato de calmarme mientras la cafeína fluye por mis venas. Este desconocimiento de noticias está alterando toda mi entereza y mi concentración. Desde que abro los ojos en la mañana hasta que los cierro para dormir, no tengo un minuto de paz. La imagen de mi mujer y de mi hija muertas ante mí no desaparecen de mi mente ni un instante. Y todo por un error del pasado. Joder.

Me levanto bruscamente y dejo caer el líquido que sobra del café por el fregadero. A continuación dejo la taza con agua y regreso al salón. Allí encuentro a Brianna tumbada en el sofá, leyendo con atención un libro. Miro más atentamente a la portada y no me sorprende en exceso ver el título en la cubierta. “Cómo ser una buena abuela”.

Deseo abrir la boca para decir a mi esposa que ella va a ser una gran abuela sin necesidad de leer ningún libro, cuando en el bolsillo superior de mi camisa comienza a vibrar mi móvil. Lanzo una plegaria al cielo de agradecimiento por recibir noticias nuevas.

Al fin.

Leo en la pantalla táctil el nombre de Brant, mi segundo hombre de confianza en cuestión de seguridad.

—¿Qué noticias tienes? — le pregunto en voz baja para no molestar a Brianna de su lectura.

Ella al oírme hablar gira un momento la cabeza para posar sus preciosos ojos negros en mí y yo la saludo con la mano con un gesto cariñoso. Camino hacia el despacho para poder hablar tranquilamente.

—Por desgracia seguimos sin averiguar el paradero de Ellen Harold ni del falso Alain Scott. Imagino que estarán usando nombres falsos.

Maldigo, soltando varios improperios de pura ira.

—¿Y qué hay de Jian Lin?

—Justamente de él quería hablar—dice Brant con tono serio—. No ha

dejado de llamar a la oficina preguntando por usted.

—¿De verdad?

*Sí. Alega que le urge hablar contigo sobre unos negocios.*

Lanzo un suspiro frustrado. Maldita sea. Otra vez con lo mismo. Llevo años negándome a hacer negocios con el señor Lin, y aún en estas circunstancias aún sigue lanzando sus absurdas ofertas de compra. Si no fuera porque ahora sé por parte de Sam que Jian Lin está implicado con el intento de asesinato para con Maddy y Brianna, ya le hubiese mandado a la mierda hace mucho tiempo.

—Dígale que estoy de vacaciones lejos del país en compañía de mi mujer y de mi hija.

—Eso es lo que hemos hecho señor, pero hay un problema—me dice en tono serio—. Insiste en hablar con usted de forma urgente. Dice que si hoy no se ha puesto en contacto con él hará mucho daño a la persona que le robó las fotografías en su oficina.

Mi corazón palpita aceleradamente con pesar. Recuerdo el atentado que sufrieron mi mujer y mi hija y entiendo que Jian no está amenazando en vano.

—¿Habéis contactado con Westport?

—Hemos tratado de localizar a Sam y no ha sido posible. Él es quién más unido está a ella. Tampoco ha sido posible localizarla en su Colegio, ni en su casa.

Joder. Y mil veces Joder. Me paso la mano por el cabello inquieto. No me gusta nada de todo este asunto. Parece que todo está complicándose de forma alarmante.

—Contactaré con Jian Lin.

—Pero señor...

—Si es verdad que la señora Sánchez está en peligro, tengo que averiguar qué demonios quiere de mí.

—Quiere su cabeza, Sean— me advierte Brant—. Siempre ha querido poseer todo lo tuyo.

—Aún así tengo que hablar con él y no por mí, sino por Sam. Sé que ella significa algo para él. Conozco a esa muchacho desde hace años y es la primera vez que le interesa una mujer de verdad. No puedo permitir que le pase nada.

Y sobre todo por culpa de un error mío, pienso. No lo digo en voz alta porque sé que eso conllevaría confesar un pecado mío y no es el momento. Le pido a Brant que me mantenga informado de todo y cuelgo la llamada.

Me dejo caer en uno de los sillones del despacho de Jim y cierro los ojos con angustia. Escucho perfectamente cómo Maddy ya se ha despertado de la siesta y cómo habla con Brianna en el salón. En breve sé que Jim vendrá de la clínica veterinaria. Al día siguiente el doctor Erick operará a mi hija de la rodilla y estamos todos inquietos esperando ese momento.

Y ahora por si fuera poco todo lo que tenemos, todo parece indicar que los tipos que trataron de matar a mi familia, han secuestrado a Melanie Sánchez. Pienso en Sam y abriendo los ojos marco su número de teléfono.

Maldigo al escuchar la locución de telefonía que indica que está la línea sin cobertura. Maldición.

Voy a la agenda de mis contactos y mordiéndome el labio inferior con fuerza, llamo a la empresa de Seguridad Lin. Sé que la secretaria podrá ponerme en contacto con su jefe en cuanto le diga quién soy yo.

Efectivamente, instantes después tras unos minutos de espera, oigo la voz de Jian Lin. Su acento inglés sigue dejando mucho que desear hoy día.

—Sean, amigo, ¿cómo estás? No sabes cuánto me alegra oírte.

Cuento hasta diez tratando de llamarme a la calma.

—Recibí tu mensaje — le respondo escueto—. Quiero saber qué quieres de mí.

—Vaya. Directo al grano. ¡Así no podremos disfrutar del juego!

—Esto no es un juego, Jian.

Aprieto fuertemente mi mano izquierda en un puño. Oír que Jian Lin trata todo este asunto como un absurdo juego me altera. ¡La vida de las personas es algo valioso con lo que no se puede jugar!

—Está usted muy alterado, señor Jenkins—me dice irónico—. En fin. Vayamos al grano. Tengo en mi poder a la zorra de Samuel Gómez. Quiero algo a cambio de liberarla.

—¿Y qué demonios quiere? — pregunto con frustración.

Me quedo en silencio esperando la respuesta del magnate. Sé que no será para nada de mi agrado.

—Quiero su negocio, señor Jenkins, lo que siempre he querido— me dice con frialdad—. La diferencia está que ahora no deseo comprárselo, sino que usted me lo done.

—¿Perdón?

—Es tal como lo oye. Si usted me regala Empresas Jenkins, con todas sus sedes aquí en América y en el resto del mundo, yo a cambio me comprometo a liberar a la señora Sánchez. Y no sólo eso, también le doy mi palabra de hombre de negocios que ordenaré cesar las hostilidades contra su familia. Su mujer y su hija estarán a salvo a partir de ahora si accede a mi petición.

Me levanto y doy grandes zancadas de un lado al otro del despacho con frustración. ¡El muy hijo de puta está reconociendo en mi cara que ha atentado contra Maddy y Brianna! Deseo gritarle, maldecirle y ordenar que le hagan algo terrible en compensación por todo el mal que ha hecho por su ambición, pero me llamo a la calma.

Ponerme nervioso no va a ayudar a mejorar la situación ahora.

—Tengo entendido que quién causó el accidente de mi esposa y de mi hija fue Elizabeth Stone— susurro en voz muy baja.

—Efectivamente. Y eso es lo que el mundo debe creer— asegura él sonriendo—. Al menos para mi es conveniente que no me relacionen con este asunto, ¿no opina igual?

Aprieto fuertemente los puños, enfurecido por el cinismo del que hace gala el señor Lin. Entiendo que está tratando de decir disimuladamente que la señorita Stone fue solamente un peón en todo ese juego como él lo denomina. Cabeceo nervioso por no haberme dado cuenta antes del tipo de hombre que Jian es.

—¿Cómo sé yo qué si accedo a hacer lo que me pide mi familia estará a salvo?— pregunto inquieto.

—Tendrá que confiar en mi palabra. ¿O acaso mi palabra vale menos que la suya? Creo recordar como usted no cumplió con su palabra con Alain Scott hace muchos años atrás, ¿no?

Se me escapa una expresión de incredulidad que él se toma con buen humor. Siento sudor frío recorriendo mi cuerpo. Él comienza a reír como un loco y yo comienzo a preguntarme qué demonios he hecho con mi vida. Las palabras que me dijo en su día Elizabeth vienen a mí como dardos tranquilizantes. “Tú eres el culpable de toda esta situación”. *¿Y si tuvo razón en decirlo?*, me pregunto.

—Te doy una semana para que te decidas, Sean.

—¿Una semana?

—Eso es. Si en el plazo de siete días tu empresa no pasa a ser filial mía, Melanie no lo contará. Y tu mujer y tu hija seguirán en peligro. Tú veras que es más valioso para ti, si tu familia o tus negocios.

Corta el teléfono y yo dejo que mi teléfono caiga al suelo de golpe. No me importa si se rompe o no. Noto que la respiración me falta. Trato de quitarme la corbata y los primeros botones de mi camisa, para intentar recibir más aire.

—Respira, Sean, no puedes decaer ahora— me digo dirigiéndome al mueble dónde Jim tiene colocadas las bebidas. Me sirvo un buen vaso de vodka con ron y lo bebo de un trago.

Poco a poco al malestar físico se marcha. Vuelvo a respirar con normalidad.

Tomo entre mis manos la botella pensativo y vuelvo a servirme otro trago. Necesito ponerme bien a tono antes de contactar con Sam para decirle que un loco tiene a la señora Sánchez. Imagino lo furioso que se va a poner.

—¿Sean?— pregunta Jim desde la puerta.

Me sobresalto al girarme y verle ante mí con mirada ceñuda. Sé que está asombrado de verme así. Nunca he probado alcohol delante suyo.

—Llegaste pronto a casa.

—Sí. Tengo que decidir a quién contrato para que lleve la clínica por mí estos meses. Ya tengo a tres candidatos fiables y debo decidir con calma al elegido.

—Eso está bien muchacho.

Le sonrío con tristeza, mientras dejo el vaso con el resto del líquido amarillento a un lado. Intuyo que a mi yerno no le gusta que yo beba, y por eso decido no hacerlo más. Al menos ahora. Tengo que tener la mente clara si he de hablar con Sam.

—¿Pasa algo?

Noto en el tono de su voz preocupación y sé que teme que una nueva amenaza se cierna sobre su mujer. Si él supiera lo cansado que yo estoy de recibir malas noticias.

—Todo está bien— le miento sin saber por qué—. Simplemente necesitaba un trago. Me preocupa la operación de Maddy. No quiero que al bebé le pase nada.

Jim al oírme, se acerca a mí y con calma me repite las mismas palabras que el doctor de mi hija nos ha dicho ya antes. Yo le dejo hablar, satisfecho con que haya creído mi media mentira.

—Todo saldrá bien mañana.

Asiento, dándole una palmada de agradecimiento en la espalda.

—Eso espero.

Miro el móvil en el suelo y lo tomo entre mis manos.

—¿Me permites unos minutos? Tengo que tratar ciertas cosas de negocios. Estoy descuidando el trabajo y no quiero que mis empleados piensen que la empresa se pueda ir a pique.

—Claro. Te esperamos en salón.

Le miro irse del despacho y sin pérdida de tiempo, en mi cabeza comienzo a formar varios planes para ejecutar lo antes posible. Sé que debo hacer lo que Jian Lin me pide si quiero que toda esta tortura termine y por primera vez en mi vida, no me da miedo anteponer a mi familia antes que a los negocios. Su bienestar es para mí más importante que la seguridad económica.

Ahora me doy cuenta.

Marco el teléfono de Sam y gruño frustrado al ver que sigue apagado. Joder. Por mucho que vaya a ceder y le vaya a “regalar” mis negocios al magnate chino, antes quiero hablar con él para contarle lo de Melanie. Él tiene derecho a saberlo. Si mi mujer estuviese en peligro, yo querría que me mantuvieran informado en todo momento.

Doy a finalizar la llamada y vuelvo a insistir, esta vez marcando el teléfono de Mike. Quizá él pueda ayudarme a localizar a Sam.

Ojalá no se lo tome muy a mal.

\*\*\*

**Carson City, Nevada.**

**Estación de policía.**

**Sargento Amy Kimberly.**

Le pido a mi nueva secretaria que me deje sola en el antiguo despacho del comandante Thompson y me dejo caer en la silla junto al escritorio de un golpe. Estoy agotada de tantas entrevistas televisivas y de tanto papeleo para solucionar el tema de las muertes de Thompson y de mi marido.

Parece que sus muertes son tan sospechosas que nadie duda de que ha podido ser obra de la misma persona. Gruño interiormente hacia la señorita Ellen Harold por haber orquestado muertes tan similares en tan poco tiempo.

—Estúpida— susurro registrando los cajones del escritorio.

Necesito encontrar las fotografías que le envié al comandante días atrás de Dannel Garrett y de Elizabeth Stone. Entiendo que Ellen no quiso que vieran la luz y por eso ordenó asesinarle, y yo no soy de la misma opinión. ¡Por algo yo misma les estuve vigilando varios días!

Cierro de golpe los cajones al no encontrar nada de interés. Tengo la intuición de que la persona que le asesinó no dejó rastro alguno de las fotografías. Maldita sea.

—¿Sargento?— pregunta la voz de mi secretaria a través del interfono.

—Dije que no quería ser molestada— le gruño en respuesta.

—Lo sé, pero parece ser urgente. Dicen que necesita hablar con usted. Algo sobre una deuda de rango que ha contraído o algo así.

Mi corazón comienza a latir de forma demasiado rápida tal vez.

—¿Deuda de rango?

—Eso es.

—¿Y te ha dado nombre?

—Sólo dijo llamarse Laia, nada más.

Le pido que me pase la llamada sin más demora.

—¿Se puede saber qué demonios quieres ahora de mí?— le pregunto en cuánto escucho la voz de Ellen Harold a través del otro lado del teléfono.

—Quiero saber porqué siguen vivas Madeleine y Brianna Jenkins.

Frunzo el ceño recordando al caja de bombones envenenada que ya le di a Jim en su clínica veterinaria.

—Imagino que pronto estarán muertas— respondo tranquilamente—. Les di veneno, y eso tarda.

Ellen silba al oír la palabra veneno salir de mis labios.

—Vaya, eres de armas tomar.

—No puedo pararme delante suya y darle un par de tiros a cada una. Tengo que mantener mi trabajo y mi empleo.

Me parece increíble tener que justificarme delante de esa mujer, pero no le doy mucha importancia. Yo he cumplido mi parte del trato y ellos han cumplido la suya, ¿qué más quieren?

—Necesitamos un favor más de ti— me dice ella.

—¿Qué?

—Ahora que estás ahí gracias a nosotros— continúa como si yo no hubiese dicho nada—. Queremos ayudarte a que sigas ascendiendo. Tanto a nivel económico, como a nivel profesional. Y vamos a hacerlo. En breve recibirás un sobre cerrado de color marrón, en el cual verás los importes que regularmente recibirá tu cuenta bancaria en compensación por los servicios que nos prestes a partir de este momento.

Ingresos en cuenta.

Aprieto con fuerza el auricular del teléfono.

—¿Estáis queriendo comprarme?

—Ya está comprada, Amy.

Deseo gritarle y decirle que yo no soy marioneta dispuesta a moverme según ellos dicten las normas, pero en cuanto me adelanta en viva voz lo que me pagarán a partir de ahora, me replanteo mejor mis opciones.

¡Es un número con más cifras de las esperadas!

—¿Quién coño os financia a vosotros?— pregunto anonadada.

—Pronto lo sabrás. Ahora mismo queremos otra cosa de ti y es urgente.

Urgente. Ahora soy yo quién silba, pero con frustración más que por sorpresa. No entiendo a dónde quieren a parar.

—¿Qué tengo que hacer?

—En breve te informaremos a dónde tienes que ir, y qué debes hacer. Sólo necesitas saber una cosa, y es que debes dejar por unos días que el mundo siga creyendo que Elizabeth Stone está muerta.

—¿Perdón?

—Como oyes. No puedes divulgar ninguna fotografía ni comentario que dé a entender que Elizabeth está viva. Durante un par de días, tiene que permanecer muerta a ojo del público.

—¿Por qué?

—Porque cuando reaparezca y todos sepan que está viva, queremos que pase el resto de sus días encerrada en la cárcel, Amy. Tú sabes perfectamente que cuándo hay casos de asesinatos, conspiración y drogas, alguien tiene que ser acusado formalmente y pagar su crimen en la cárcel. Pues bien. Esa persona tiene que ser Elizabeth Stone.

Noto verdadero odio en su voz. Tanto que no digo nada.

—¿No se supone que ella es tu hermana?— pregunto asombrada.

—¡No es mi hermana!— grita ofuscada—. Yo soy Ellen Harold. Laia Stone murió hace mucho tiempo, pero ya no sólo eso, ¡sino que aunque compartamos el mismo apellido, ella y yo nunca compartimos lazos de sangre! ¿Tú crees que yo querría arruinarle la vida a mi propia hermana de sangre?

Quiero decirle que de alguien malvado como ella yo me podría esperar muchas cosas, pero no lo hago. No deseo echar leña al fuego.

—¿Entonces tengo que encargarme de enviar a Elizabeth a la cárcel?— pregunto intrigada.

—Eso es, y para ello necesitamos que te encargues de alejarla de sus protectores.

—¿Y cómo...?

—Mañana contaré contigo y te diremos el plan que tienes que llevar a cabo. Espera instrucciones y verás que tu futuro se verá solucionado en un santiamén.

Me quedo mirando como tonta el teléfono, escuchando el característico sonido del “pi pi pi” cuando se corta una llamada. Miro hacia el exterior de mi

despacho y veo a mi secretaria haciéndome señas desde el cristal de la ventana señalando hacia la puerta exterior. Gimo en voz alta al presentir que hay más reporteros fuera esperando por declaraciones mías.

Joder.

¡Qué asco de ascenso, por dios!

\*\*\*

**Los Ángeles, California.**  
**Sótano de la sede Empresas Lin.**  
**Melanie Sánchez.**

Agazapada en un rincón de la habitación a oscuras en la que estoy, escucho el exterior. Sólo soy capaz de oír las gotas de alguna tubería rota que cae al suelo cada uno o dos minutos. No hay pasos, ni nadie en el exterior. Me han encerrado dentro y se han ido hacia el piso superior.

He reconocido la entrada perfectamente de una de las sedes de magnate chino. Es el mismo lugar dónde vine con Sam el día que jugué a ser espía. ¡Si hubiera sabido ese día lo que pasaría, me lo hubiera pensado mejor!

Intento cambiar de postura en el suelo, al sentir rigidez en la espalda, pero al notar pasitos de algún animalito no identificado pulular por allí, decido quedarme quieta. Imagino que si no veo qué clase de bichito es, menos miedo y asco me dará seguir allí.

Recuerdo la mirada de Jian Lin cuando me dio a elegir entre quedarme en una habitación de su suite personal en un motel, en calidad de su amante o de encerrarme en el sótano como una vulgar delincuente por haberle robado algo personal. Evidentemente escogí el lugar dónde estoy ahora. Ni en sueños cedería en ser su amante.

—Sam...

Cierro los ojos, y pienso en Samuel Gómez. Deseo fervientemente saber cómo está y si está pensando en mí. Le echo mucho de menos, y no sólo porque sé que si él supiera dónde estoy, vendría enseguida a por mí, sino por él en sí mismo. Su cuerpo, su tacto, el cariño con el que me trata.

—Espero que estés bien.

Unos pasos rudos comienzan a sonar por todo el pasillo que da acceso a la estancia en la que yo estoy y mi cuerpo tiembla sin yo poderlo controlar. Tengo frío y algo de hambre. Desde el día anterior no he probado bocado y ya mi estómago se resiente de no tener nada que llevarse a la boca.

Guiño el ojo para mirar hacia la puerta y me encojo de asco al ver la cara sonriente de Jian Lin, parado frente a mí. En sus manos lleva una bandeja, con varios alimentos. No sé qué me trae para comer, pero huele demasiado bien.

—Melanie, te traigo tu merienda— sonrío él dejando la bandeja en el suelo, a

pocos pasos de mí.

Mi cerebro le da la orden a mi mano para extenderla hacia la bandeja para comer algo, pero yo le ordeno a mi cuerpo que se comporte cauto ahora.

—¿Vas a tenerme encerrada aquí mucho más tiempo?— pregunto suavemente.

—Mínimo estarás conmigo una semana. Es el plazo que he dado para tu liberación.

—¿Plazo?

—Sé que tú no le importas nada a Sean Jenkins— dice en inglés, con un acento rarísimo—, pero sí a Samuel Gómez. Así que entiendo que por él accederá a hacer lo que le pido. Sobre todo teniendo cuenta mi mentira.

—¿Mentira?

—Sí. Añadí un cebo falso a la ecuación. Le aseguré que si hace lo que pido, su familia ya no sufrirá más daño, ni más atentados, cuando no es verdad.

—¿No?

—Por supuesto que no.

Suelta una risotada de maldad que me hace estremecer. Pienso sin opción de equivocarme, que ese hombre está loco. Tener tantos millones en el banco le ha dejado tocado de la cabeza.

—¿Hará daño a la familia Jenkins?

—Sean no sólo me ha estorbado a mí— dice serio—. Causó la muerte de alguien muy apreciado para mi socio. Yo sólo me aprovecho de la situación para conseguir lo que siempre he deseado. El poder de la Seguridad aquí en Estados Unidos. Su empresa vendrá bien para mis planes.

—¿Entonces Maddy y Brianna...?

—Ellas morirán por una venganza que yo no he provocado, pero sí alentado a que se produzca.

Trago hondo.

Si no estoy equivocada, eso quiere decir que la familia de Sean Jenkins, el jefe de Sam, morirán. Se cumpla el trato, o no.

Un momento.

Alzo los ojos para mirar de frente a mi secuestrador. Parpadeo un par de veces con algo de miedo. Y no es para menos. ¿Por qué diablos está contándome todo su plan?

—Querida señora Sánchez es usted muy perspicaz— dice él fríamente acercándose a mí.

Pone su mano en mi cabello y me acaricia la mejilla con algo parecido a la lascivia. Le aparto con brusquedad. Siento asco ante su toque. Él se enfurece ante mi rechazo y me golpea fuertemente en el rostro. Un dolor agudo y fuerte se instala en el pómulo, donde he recibido la bofetada.

Duele.

—No pienso liberarte. Quiero el imperio de Empresas Jenkins gratis y a él destruido, y no importa nada quién cae en el proceso. Tengo mucho dinero,

señora Sánchez y usted es una bella mujer. Puede convertirse en mi tercera esposa si lo desea. En el lugar de donde yo provengo la monogamia es una chorrada.

Niego, despreciando con un gesto de mi cara su propuesta.

—No.

—Si no quieres ser mi mujer, entonces serás mi prostituta. Mía y de mis hombres. Me pagaran mucho por tu cuerpo. Ya lo creo.

Tira de mi pelo hacia atrás para que alce la cabeza y le mire a los ojos, y al ver un brillo de lascivia en su rostro, le escupo a la cara con todas mis fuerzas. Él contesta a mi acto con una nueva bofetada, esta vez con el puño cerrado.

Siento sabor a sangre en mi labio. Nuevas ráfagas de dolor invaden mi rostro.

—Si no sabes apreciar mi hospitalidad, aprecia mi ira al menos. Te arrepentirás de haber entrado en mi sede aquél día, querida. Ya lo creo.

Me roba un beso baboso y asqueroso sin que yo pueda hacer nada por evitarlo.

—Espero que aproveche la comida.

Y con sumo desprecio, golpea la bandeja de una patada, haciendo que la comida caiga al suelo. Camina hacia la salida del sótano y riendo como un tonto, cierra con llave y se aleja del lugar.

Sin poderlo evitar, gateo hacia la bandeja y cojo la botella de agua que aunque se ha volcado, gracias al cielo está cerrada y no se ha desperdigado ninguna gota. Bebo con ansía, disfrutando de la saciedad que me da su líquido transparente.

Después cojo con las manos un par de empanadillas que no veo muy dañadas y las como rápidamente. No paro de comer, hasta que veo a una rata venir hacia mí, atraída por el olor de los alimentos. Suelto un grito de horror al ver sus pezuñas corretear hacia mí y corro hacia el otro lado de la habitación. Maldigo dejar atrás la botella de agua.

Apoyo mi cuerpo contra la fría pared de ladrillo y rezo para que no haya más que una rata en el sótano. No puedo contener lágrimas de miedo y de histeria que caen por mis mejillas, ante el horror que estoy viviendo. Rezo ante el ángel de la guardia que esté encargado de mi persona para que me apoye y me ayude en esos momentos de terror.

—Sam, mi amor, encuéntrame por favor.

\*\*\*

**Cincinnati, Ohio.**  
**Ellen Harold.**

El cuerpo del empleado de la gasolinera yace ante mí con los ojos en blanco.

Acabo de regresar de la calle, tras haber hablado con Amy Kimberly y haberle contado nuestros planes de futuro con respecto a Elizabeth Stone y a la familia Garrett, y me encuentro justo con un cadáver en mi cama.

Me acerco con sigilo, para tratar de averiguar si su muerte había sido ocasionada por algo natural o no, y al verle el cuello cortado y la cama llena de sangre, me hace averiguar enseguida que allí ha habitado un asesinato.

Maldigo en voz baja.

Busco mis cosas por la habitación y parpadeo incrédula al ver tirado en el suelo mi bolso, junto a mi documentación. Está todo lleno de sangre. Mi pasaporte, mi dinero, las llaves del coche alquilado a mi nombre. Todo está embadurnado con la sangre del muerto.

¿Por qué...? ¿Qué pasa ahí?

Trato de buscar un pañuelo en la estancia para limpiar mis documentos y salir de allí cagando leches, cuando escucho ruidos de pasos a mi espalda. Me llevo la mano al corazón cuando me giro para ver quién es el desconocido y suelto un suspiro de tranquilidad al ver ante mí a Marcus.

No es el asesino, gracias al cielo.

—¡Marcus!— corro asustada para abrazarme en su pecho.

Él me mece en sus brazos, besando mis cabellos con suma ternura. Me dejo arropar por el cariño que me demuestra encantada.

—Está muerto.

—Shhh...— susurra él sin cesar de acariciar mi espalda—. Tranquila. Todo está bien.

—Pero Marcus, él...

Me impide hablar, pidiéndome silencio de nuevo. Comienza a tararear en mi oído una melodía suave, que me pone los pelos de punta. La conozco perfectamente. Es la canción que él entona cuando quiere hipnotizar a alguien.

La canción que yo recuerdo de cuándo era Laia Stone.

Gimo con dolor, empezando a recordar imágenes de mi pasado en Westport, con mis padres adoptivos, el señor y la señora Stone. A quiénes yo llamé papá y mamá, hasta que llegó Elizabeth a nuestras vidas.

—Yo... no...

Deseo decirle que ahora yo soy Ellen Harold, una supuesta inmigrante en Estados Unidos. Quiero recordarle que voy a casarme dentro de poco con un gran magnate chino que me hará millonaria. Anhele pedirle que se encargue él de volver a borrar los recuerdos de Elizabeth de niña y de sus padres. Biológicamente yo no soy su hermana, ni soy hija de sus ascendientes.

Soy sólo una niña huérfana, que vivió en las calles durante los primeros cuatro años de infancia, y que fue adoptada por una familia buena, hará treinta y tres años.

—Laia, agradezco tu ayuda todos estos meses— susurra Marcus en mi oído, sin dejar de tararear la melodía—. Ahora ya has cumplido con tu parte. Nos diste el peón perfecto para culpar de los asesinatos de este caso.

Elizabeth. Está hablando de Elizabeth.

Trato de decirle que yo no tengo nada que ver con ella y que yo simplemente facilité sólo un nombre de la persona adecuada para pagar por todo, pero descubro asombrada que no puedo hablar. Ni siquiera moverme. Estoy paralizada.

¡Estoy hipnotizada!

—Sé lo que has hecho, Laia, y créeme, no sabes cuán decepcionado estoy de que hayas actuado por tu cuenta en este asunto.

*Yo... yo...*

—Si descubriste que Elizabeth seguía viva, tenías que habérmelo dicho. No debías haber contactado por tu cuenta con el Jefe. Y tampoco debías haber involucrado a Amy Kimberly en todo esto. Has jugado con fuego, cariño.

Por el rabillo del ojo veo mi documentación ensangrentada, y abro los ojos con puro terror. ¡Sé lo que está tratando de hacer! Al igual que hipnotizo a Pete, y a Jason Laker, y a la falsa Laia Stone, está tratando de hacer lo mismo conmigo.

Trato de moverme y de suplicarle que se detenga un momento para que me deje hablar, pero no puedo abrir la boca.

—Cariño, no te angusties. Será rápido, lo prometo.

Camina hacia el cuerpo del fallecido y poniéndose unos guantes que saca del bolsillo de su pantalón, toma el cuchillo que hay en el suelo y camina hacia mí. Chasquea la lengua con desagrado.

—Aún así, el plan que has tramado con la Sargento Kimberly es interesante y vamos a continuarlo. No será mañana, pero sí dentro de una semana. Jian Lin está gestionando un interesante intercambio y yo voy a ofrecerle tu idea.

Se coloca enfrente mío y sin yo poder hacer nada por evitarlo, clava el cuchillo en mi estómago con fuerza. Me doblo hacia delante, sintiendo un gran dolor. Mis ojos se llenan de lágrimas. Siento deseos de vomitar y de moverme para huir de la hoja afilada que está atravesando mi interior, pero no puedo hacerlo.

A mi mente viene el recuerdo de ver a Elizabeth hipnotizada, acuchillando a su primera víctima en Carson City y la angustia viene a mí. Yo fui quién la metió a ella en este asunto, ¡qué mierda que ahora trate de hacer Marcus conmigo exactamente lo mismo, pero al revés!

—Shhh...— vuelve a susurrar Marcus sacando de mi interior el cuchillo ensangrentado—. La versión oficial será que el tipo de la gasolinera te contrató para obtener tus favores sexuales. Tú te lo pensaste mejor, y al querer huir, él se cabreó y te apuñaló. Arrepentido, fue a la cama y se suicidió por temor a ir a la cárcel.

Trato de moverme al ver que va a volver a apuñalarme, pero sigo sin poder controlar mi cuerpo. Una nueva puñalada me atraviesa el estómago y esta vez siento más dolor que antes. Noto que empiezo a temblar y que se acalambra todo mi cuerpo.

*¿Por qué?, intento preguntarle con la mirada, ¿está haciéndome esto por haber*

*llamado al jefe para pedir la muerte de Thompson? ¿por encubrir que Elizabeth sigue viva?  
¿Por querer sacar mayor tajada millonaria en todo ese asunto?*

Imagino que mis ojos reflejan tanta confusión y desesperación entremezcladas, que él se apiada de mí, y se inclina a mi lado, para acariciar con sus manos enguantadas mi cabello. Otra vez.

—Ay, Ellen, Laia, o como quieras llamarte. Simplemente tienes que morir porque eres una testigo muy valiosa que tiene que desaparecer. Tú conoces todo el plan. Eres un cabo suelto muy peligroso.

Entiendo que quiere decirme que iba a morir tarde o temprano por su mano. ¿Cómo no me he dado cuenta de ello antes?

—Gracias por el placer que me diste por tu cuerpo. Sé que el señor Lin lamentará no disfrutarte en su lecho, pero cuando le expliqué que todo es para mejor, me apoyará. Además, voy a darle un aliciente para su plan intercambio. Gracias a ti, Amy Kimberly será de utilidad. Eres un encanto. Descansa en paz.

Me besa en los labios y sin rastro de piedad en su rostro alza el cuchillo y está vez lo clava en mi cuello, tal como hizo con el hombre de la gasolinera. Me da tiempo a pensar en el dinero que Jian Lin iba a darme por ser su esposa, y con el pensamiento de la casa que tenía pensado comprarme en China con esos millones de recompensa, caigo en las garras de la oscuridad. Y esta vez para siempre.

\*\*\*

**Lincoln, Nebraska.**  
**Prisión del condado.**  
**Samuel Gómez.**

El guardia de seguridad que nos acompaña a Danniell y a mí a la sala de visitas de la prisión es regordete y demasiado serio. El bigote que luce le da un aspecto de hombre afable que no se parece en nada a la actitud de la que hace gala para con nosotros. Parece que no estuviera acostumbrado a recibir visitas allí.

Y eso que la razón de la visita no era visitarle a él, sino a Pete, uno de los cómplices de Jason Laker.

Miro a mi acompañante con disimulo y parpadeo incrédulo al verle tan radiante y sereno. No se parece en nada al hombre con el que me encontré poco después de haber visto la dichosa grabación en la que se veía claramente a Elizabeth Stone, asesinando a sangre fría a su primo.

*¿Será que esa mujer es buena en la cama?*, pienso encogiéndome de hombros.

Sé que yo no puedo ser muy imparcial. A parte de que fue Jim quién me metió en todo ese asunto, contratándome para que investigase el pasado de Elizabeth, poco contacto he podido tener yo con ella. Como mucho lo que Melanie me explicó de su pasado y lo que las grabaciones ha mostrado de su

carácter.

Nada más.

Tal vez por eso me resulta tan extraño todo eso. Si yo no fuese ateo, seguramente pensaría que la brujería tiene algo que ver con el cambio de actitud de Dann con respecto a Elizabeth Stone.

—¿Estás bien?— me pregunta el susodicho.

No me he dado cuenta que he seguido andando sin fijarme en el camino, mientras que ellos dos se han detenido delante de una sala circular. Trato de no sonrojarme al ver que no he prestado atención del camino que hemos tomado.

—Estoy deseando llegar a casa— me excuso encogiéndome de hombros, mientras voy hacia donde ellos están.

No me sorprende imaginarme a Melanie a mi lado, en una casa, no importa cuál, cada vez que pienso en la palabra Hogar. Es evidente que estoy muy colgado por ella. Tal vez demasiado incluso.

—Melanie estará bien— me susurra Dann en el oído antes de que pasemos al interior de la sala de visitas de los presos.

Quiero decirle que sé que efectivamente ella va a estar bien, pero me quedo en silencio, tragando fuerte. Interiormente una señal de alarma sonando “Ring Ring Ring” todo el rato, no me deja en paz. Cada vez que pienso en Mel y en que no he podido localizarla hasta ahora, se me encoge el corazón de preocupación. Y mucho.

Miro a todos lados en la sala a la que accedemos y camino junto a Dann. A la izquierda de la estancia observo a un hombre sentado con la mirada en alto, observándonos fijamente a nosotros dos. No puedo evitar fijarme en el lunar que tiene localizado de forma tan pronunciada en la ceja.

—Tienen diez minutos de visita— anuncia el guardia antes de retirarse un par de pasos hacia atrás para dejarnos sitio a nosotros dos.

Yo me siento justo en frente del hombre que se hace llamar Pete Harold y Dann se queda de pie a mi espalda. Es curioso que tanto él, como Marcus como Ellen, la supuesta hermana de Elizabeth, se apelliden igual.

—Hola Pete— le saludo con una sonrisa amable.

Él no contesta nada y yo me encojo de hombros. Sé que no soy poli, ni nada de eso, pero mi oficio como detective privado y como agente de seguridad particular, me permite tener cierta licencia para interrogar, que un poli normal no tiene.

—¿Por qué quisiste matar a mi hermano?— pregunta Dann con brusquedad.

Gimo en voz baja al ver lo directo que hace la cuestión mi amigo. ¡Y eso que él sí que es policía!

—Mi misión era matar a Madeleine Garrett y a Brianna Jenkins— comienza a decir Pete de carrerilla—. Su hermano era un daño colateral.

—¿Un daño colateral?

Hago el intento de agarrar la mano de Dann presintiendo que arremetería

contra el prisionero, pero al ver que el único movimiento que hace es sentarme a mi lado, me quedo quieto.

—¿Y Elizabeth Stone?—pregunto yo ahora—. ¿Qué relación tiene con ella?

—Se me encargó encontrarla y llevarla ante Alain Scott.

—¿El falso o el verdadero?

Pete alza una ceja sorprendido ante mi pregunta.

—Me refiero a si el hombre que tú llamas Alain Scott es Jason Laker o Marcus— matizo mirándole serio—. Ha estado usando varios nombres diferentes.

—Marcus— responde.

Hago la imagen mental el hombre que me dio la grabación en Tahoe City cuando fui a visitar a Laia Stone al Hospital – que luego resultó no ser la verdadera, pero bueno—, y entiendo que ese hombre es uno de los principales artífices de este escabroso asunto.

—¿Dónde está?— quiere saber Dann—. Queremos saber su dirección.

—Y yo quiero salir en su próxima actuación de magia y ser un aprendiz de mago— se burla él alzando las cejas de forma irónico.

—Este asunto es de suma importancia— murmuro yo con frialdad—. Se han cometido varios intentos de asesinatos. No creo que añadir más cargos a tu condena te venga bien. Si cooperas con nosotros, será un atenuante para ti.

Pete sonrío socarrón e intuyo que no vamos a sacar nada claro de este encuentro. Lanzo un suspiro de pesar, mirando a Dann casi con tristeza. Puede que haber venido a verle a prisión no haya sido tan buena idea después de todo.

—Marcus es escurridizo. No podréis encontrarle a no ser él que así lo desee— dice alzando una ceja—. Imagino que no quedará mucho para que prepare su acto final en toda esta historia. Ya ha conseguido lo que quería.

—¿Y según tú qué es lo que él quiere?—quiero saber.

—La caída de Sean Jenkins, ¿no es obvio?

Se levanta de la silla y le recuerda al guardia que el tiempo se ha acabado. Dann y yo nos levantamos a su vez, con el cabreo escrito en el rostro. ¿La caída de Sean Jenkins?

—Marcus moverá pieza atrayendo a Elizabeth Stone a su lado de nuevo— susurra en voz baja una vez el guardia llega hasta nosotros—. Ella es su mejor arma, y no va a dejarla marchar fácilmente. Avisados quedáis.

Dann intenta lanzarse hacia él y yo me pongo en medio. No quiero llamar más la atención. Miro al guardia y le sonrío para hacer ver que no pasa nada.

—Ya nos vamos...— murmuro obligando a mi amigo a dar la vuelta para salir de la sala.

Pete comienza a reír a nuestra espalda y yo tengo que hacer mucha fuerza en el brazo de Dann para hacer que salga de allí. No le hago detenerse hasta salir de la prisión.

—Sé andar por mi mismo— dice entre dientes.

—Lo sé, pero no quiero que tus pies den marcha atrás hasta que estemos en

el coche, rumbo al hotel.

Gruñe para sus adentros, pero ya no dice nada más. Está tenso y muy cabreado. Imagino que haber oído a ese hombre hablar de Elizabeth le ha puesto así de furioso, y supongo que lo entiendo. Si algo relacionado así pasase con Melanie, creo que yo me sentiría igual.

Entramos en silencio en el coche y una vez arranco el coche y partimos hacia el hotel, miro de reojo a Dann.

—Elizabeth no volverá a hacer tratos con Marcus— dice con voz pausada—. Ella es inocente.

—Amigo, yo confío en ti, y si tú crees en ella yo te apoyo.

Mis palabras parecen calmarle un poco, ya que se acomoda en el asiento del copiloto y posa su mirada en la ventana para observar el exterior. Enciendo la radio buscando un canal de entretenimiento musical. Siempre he creído a fin de cuentas que la música puede amansar a las fieras.

Localizo la frecuencia de la policía del condado de Nottville, dónde estoy sintonizado de forma casi automática y escucho algo intranquilo las noticias que dan sobre dos cuerpos que se han encontrado sin vida cerca de una gasolinera.

A pocas millas del pueblo de los Garrett.

—La oleada de crímenes y de terror parece que se quiere cebar con Virginia Occidental y con los estados cercanos— está diciendo el locutor con voz seria y preocupada—, ya que hace poco la policía del lugar ha sido llamada a un motel donde han encontrado el cuerpo de un hombre y de una mujer.

Dann mira la radio y tensa las manos. Yo hago el intento de cambiar de canal, para no tener que escuchar noticias así, pero él me lo impide con un simple gesto de su mano.

—Hemos podido identificarlos gracias a la documentación hallada entre sus pertenencias— continúa diciendo el hombre—. Él se trata de Marcus Harold, un hombre dedicado a realizar espectáculos de magia profesional en teatros y salas a nivel nacional, y ella suponemos que es su mujer porque en su documento de identidad pone que se llama Ellen Harold.

Suelto un grito de sorpresa seguido de Danny, que me mira con el asombro grabado en el rostro. Ahora sí que poso mi mano en la radio y subo el volumen para escuchar bien el resto de la noticia.

—La policía no ha podido dar información acerca del motivo de este crimen, ni quién puede ser el presunto asesino. Sólo nos han podido decir que él murió a causa de un corte en el cuello y ella por varias puñaladas en el pecho. Mismo *modus operandi* que utilizaba la psicópata de Carson City. Esperemos que no se trate de ningún imitador de ella, ya que...

Enseguida Dann apaga la radio cabreado y sé que lo hace para no oír improperios salir de la boca del tipo ese sobre Elizabeth.

—Tenemos que ir a ese lugar— dice en voz alta—. Si de verdad le han matado, tenemos que encontrar sus cosas y hallar las grabaciones que necesitamos.

—¿Pero y si no las llevaba consigo?

—Entonces estamos jodidos.

Frunzo el ceño, haciendo girar el volante a la izquierda para tomar la intersección. Sé que Elizabeth no se tomará muy bien averiguar esta nueva información. Sin testigos, y sin pruebas exculpatorias, va a ser su palabra contra las imágenes en las que se ve matando y conspirando en vivo y en directo.

—¡Joder!— exclama Dann sobresaltándome.

—¿Qué pasa?

—Ha dicho que también han asesinado a Ellen Harold— dice con voz muy seria—. Y ella es su hermana, ¿te acuerdas?

Suelto un silbido de impresión, dándome cuenta de eso también. No puedo evitar sentir algo de lástima hacia Elizabeth por las últimas novedades. Ninguna es buena para ella.

—Esperemos que al menos con estas muertes, Brianna y Maddy estén ya a salvo definitivamente.

—Sí, en cuanto neutralicemos a Jian Lin, todo esto habrá terminado de una vez.

Jian Lin. El magnate millonario. Pensar en él, me hace recordar a Melanie. Mi cuerpo se estremece de puro placer al saber que pronto voy a poder estar con ella nuevamente. Imagino que ya habrá aparecido. Me hago la promesa de tratar de contactar con Mel esta noche, cuando esté tranquilo y relajado.

Oír su voz será una panacea para todos los sinsabores del día, que me vendrá muy bien. Ya lo creo.

\*\*\*

**Lincoln, Nebraska.**

**Horizon in Mottel.**

**Mike West.**

La señorita de recepción me sonrío cálidamente mientras me da la llave magnética de la habitación del motel. Yo miro incómodo hacia mi izquierda, dónde está Elizabeth observándome con una ceja levantada.

—¿En modo ligón de nuevo?— susurra con el rostro medio tapado por la capucha de la chaqueta que lleva puesta.

Niego mientras camino hacia nuestra habitación. Ella me sigue, riendo sin parar. Se ve que está contenta tras nuestra excursión por tiendas de ropa. Y bueno, para qué negar que yo también me siento dichoso de poder estar en su compañía.

Noto que me suben los colores por mis mejillas al tener ese pensamiento, y hago todo lo posible por evitar la mirada suspicaz de Elizabeth a mi espalda. No quiero que ella se dé cuenta de lo que siento. Y no sólo por vergüenza, sino por

Dann. *Es la chica de mi mejor amigo, me recuerdo con enfado hacia mí mismo, no puedo seguir alimentando este sentimiento. Al menos si quiero seguir estando cuerdo y bien con Dann.*

Mi mente vaga hacia Nottville y siento nostalgia de no estar en la Estación de Policía, haciendo mi vida normal allí. Extraño mucho volver a actuar como un poli normal, en un pueblo que no destaca por su tasa de criminalidad. Supongo que la rutina y el orden son más importantes para mí de lo que pensaba.

*¿Tal vez por eso Elizabeth Stone me atrae tanto?*

Cabeceo inquieto con mis pensamientos y abro la puerta del Motel. Tiene dos camas de matrimonio y una individual al fondo. Muy acogedora y amplia, la verdad.

—¿Todo está bien?— me pregunta Elizabeth caminando hacia la cama que está colocada junto a un gran ventanal. Deja sus bolsas de compra a un lado y se sienta con calma sobre el colchón—. Se te ve pálido.

—Sólo estoy cansado.

Saco el móvil del bolsillo interior de mi chaqueta y frunzo un poco el ceño al ver que tengo tres llamadas perdidas de Sean Jenkins.

—¿Pasa algo?

Le digo que debo llamar a mi madre y ella se encoge de hombros. Yo por mi parte le señalo hacia el cuarto de baño y cogiendo ropa mía de mi maleta de mano, me encierro dentro soltando un suspiro.

Dejo caer el agua del grifo de la bañera, mientras me apoyo contra la puerta. El móvil en mis manos vuelve a vibrar y en esta ocasión la persona que llama sí que es la mujer que me dio la vida treinta y cinco años antes. Vaya, parece que tenemos telepatía.

—Dime mamá.

—Hola cariño, sólo te llamaba para asegurarme que la herida está bien cerrada y que tú estás bien— me dice de carrerilla.

Sonrí con ternura antes de proceder a tranquilizarla con unas pocas palabras. No me gusta saber que está preocupada por mí. Es evidente que ella sabe perfectamente que yo soy un hombre adulto y que sé cuidar de mí mismo, aún así a veces parece tratarme como un bebé de teta.

Imagino que todas las madres actúan igual con su único hijo.

—En breve volveré a Nottville— murmuro pensando en la mujer que está atareada al otro lado de la puerta, tecleando en el ordenador.

—Eso está bien, cariño. Tu padre y yo planeamos regresar a nuestra casa en un par de días. Tenemos humedades en la casa y debemos arreglarlas lo antes posible.

Afirmo, sintiéndome algo culpable por haberles mantenido tanto tiempo alejados de su casa por mi causa.

—Estaré bien cuando os vayáis. Ya estoy recuperado, mamá, te lo prometo.

—Lo sé, mi vida. Sólo quería asegurarme que seguías bien. Tengo cosas que hacer. Tu padre te manda saludos, y dice que que te diga que te cuides la espalda.

Quiere que no olvides lo que te dijo con respecto a una mujer— murmura en voz baja—. No quiero que ninguna otra Amanda te vuelva a dañar el corazón o tu orgullo.

Dejo de escucharla cuando comienza a soltar su típica perorata de “tú vales mucho, Michael, no debes dejar que una mujer juegue con tus sentimientos”. Y no porque no aprecie su preocupación. Entiendo que ella es mi madre, y tenga yo la edad que tenga, va a seguir dándome consejos. Supongo que es lo normal en la vida.

—Mamá, tengo asuntos que tratar— le digo cuando toma un poco de aire para respirar—. Te prometo que tendré cuidado. Nos vemos en un par de días en Nottville. Dale un abrazo a papá de mi parte también.

Cuelgo la llamada tras lanzarle un beso grande.

Camino hacia la bañera y me doy una ducha rápida. Quiero tratar de quitarme de la cabeza la sensación de traición que siento cada vez que miro a Elizabeth Stone a los ojos. De tantas veces que Sam me ha dicho que esa chica me gusta, he llegado ya a creérmelo. Tanto que ahora no hago más que desear volver a probar besarla, al menos una vez más.

Y es algo que no debo hacer bajo ningún concepto. Por Dann, por Elizabeth y por mí.

—Soy un hombre adulto— me digo secándome bien el cuerpo—. Estoy confundiendo sentimientos, nada más.

Me visto con el pantalón y la camisa que he cogido antes y regreso junto a mi acompañante con lentitud. Como tonto que soy me quedo mirándola fijamente nada más mis ojos se posan en ella. Está preciosa con ese cabello teñido que tiene ahora de color azul. Le cae en cascada sobre sus hombros. Las extensiones rizadas que se ha puesto le quedan muy bien. Está muy atractiva. Imagino que la expresión que tiene mi rostro ahora es de idiota redomado porque veo cómo se pone roja ante mi escrutinio.

—¿Estás bien, Mike?

*Sí, a parte de que estoy comiéndote con la vista como un adolescente pajillero, estoy muy bien, pienso enojado conmigo mismo.*

—Sí, sólo quería saber si tienes bien el hombro— le digo, carraspeando para aclarar mi voz.

Me siento a su lado en la cama y alzo la mano para palpar su hombro, con la intención de comprobar que la venda sigue bien puesta en su lugar. Dann antes de irse con Sam, me pidió que estuviera atento a la herida de bala de su hombro.

—Está bien, realmente con la medicación no me duele en exceso— responde encogiéndose de hombros—. ¿Tú herida que tal?

Le digo que también está bien ahora y de nuevo nos quedamos callados. Quiero abrir la boca para decir algo gracioso o interesante, pero no me salen las palabras. El móvil en mi mano comienza a vibrar y al mirarlo de reojo veo que se trata de Sean, otra vez.

—Cógelo...— me pide Elizabeth casi con dulzura—. Si es tu madre de

nuevo querrá decirte algo importante.

Me levanto de la cama y caminando en dirección al cuarto de baño respondo a la llamada con tranquilidad.

—¿Dígame?

—¿Está Sam contigo? – me pregunta la voz de Sean Jenkins con nerviosismo.

—No, está junto a Dann en la prisión del condado de Nebraska.

Oigo a Sean maldecir y se me forma un nudo en el estómago. Conozco al patriarca de la familia de Maddy desde hace muchos años y sé que casi nada logra alterarle. Es un hombre de negocios, que utiliza la lógica y la inteligencia en cada una de sus decisiones.

—Necesito hablar con él de forma urgente y rápida, ¿puedes ir a buscarle?

—¿Qué pasa, Sean? – pregunto en voz baja, intentando evitar que no se me escuche—. Te noto raro.

—Melanie Sánchez ha sido secuestrada, Mike— me dice dejándome sumamente paralizado por la sorpresa—. Jian Lin ha contactado conmigo para informarme de su secuestro. Si no hago lo que me pide, puede hacerla daño. Por eso necesito contactar con Sam de forma urgente.

Lanzo varias maldiciones, elevando la vista al cielo con indignación. Pienso en Sam y en lo colgado que está por la directora de Westport, y sé que no le sentará muy bien esta nueva noticia. Sé que va a volverse loco cuándo lo sepa.

—Voy a tratar de localizarle. Regresaremos enseguida a Nottville. Imagino que Jian querrá hacer el intercambio allí.

—¿Aquí?

—Los psicópatas quieren ganar la partida y obtener la victoria en territorio enemigo, Sean. Si quiere destruirte, querrá hacerlo en tu hogar. Contacta con Brant, y cuéntale todo. Yo iré en busca de Dann y de Sam y regresaremos a casa enseguida, ¿de acuerdo?

El padre de Maddy asiente y yo me giro hacia Elizabeth pensando en cómo decirle que tengo que dejarla sola por un rato. No me sorprende para nada verla caminar hacia mí, preocupada.

Sin duda ha oído toda la conversación.

—¿Ha pasado algo con Maddy?— pregunta asustada.

—No, Maddy y Brianna están bien— murmuro acariciando su rostro para tranquilizarla. Ella tiembla algo ante mi toque y yo mi cuerpo traidor se estremece al sentir su final piel bajo mi mano—. Es sobre Melanie. La razón de que Sam no pudiera localizarla hoy tiene nombre y apellido.

—Jian Lin— responde Eli suspirando—. ¡Maldita sea!

Se aleja de mi lado y camina por la habitación. Me recuerda a un león enjaulado que trata de salir de su encierro y no encuentra la salida. Camino hacia ella y poniendo las manos en sus hombros con ternura, hago que se gire hacia mí.

—Todo va a salir bien, recuerda que yo soy poli. Y Danny también. Daremos con ella— le digo en voz baja—. A la señorita Sánchez no va a pasarle nada.

—Sam pensará que todo esto ha sido mi culpa— murmura ella compungida—. ¿Y sabes qué? Yo pienso eso mismo.

—Has estado todo el día conmigo, tú no has hecho nada. No te sientas culpable por los pecados de otros. No tienes que ser una mártir, Elizabeth. Bastante tienes con lo tuyo.

Acaricio ahora un mechón de extensión de color morado hipnotizado y me alejo rápidamente de ella como si me hubiese electrocutado. *Elizabeth Stone es propiedad de mi hermano. De Dann. Es fruta prohibida*, me repito como si fuera un mantra.

—Volveré enseguida. No te muevas de aquí y no hagas nada— le pido seriamente.

No me quedo tranquilo hasta que ella no me promete que se quedará quieta. Le echo un último vistazo de reojo, antes de salir de la habitación de motel enseguida. Me prometo tener después una conversación con ella y con Dann sobre lo que estoy sintiendo en mi interior. Esta atracción que parece ir creciendo en mí no es deseada. Para nada. Justo es lo último que necesito.

—Sam primero, mis sentimientos van después— murmuro, mientras marco el teléfono de Dann. Necesito contarle a él primero el asunto, antes de que Sam se entere de la mala noticia.

¡Quién sabe cómo reaccione Samuel Gómez cuándo sepa que su novia está atrapada bajo las garras de Jian Lin!

# CAPÍTULO 21

**Lincoln, Nebraska.**  
**24 de Febrero. Al anochecer.**  
**Elizabeth Stone.**

Escucho a Mike West darse un baño en la ducha de hotel y trato de relajarme sentada en la cama con el ordenador en mis manos. Tras salir de la peluquería y del centro comercial con ropa nueva, hemos ido directamente al hotel a registrarnos a su nombre para descansar. Así esperamos en un lugar seguro a Dann y a Samuel. Rezo porque vengan con buenas noticias sobre el paradero de Marcus y de mi hermana.

Suelto un suspiro de impaciencia al ser consciente de que mi mente no hace más que seguir pensando en Ellen Harold como mi hermana. A pesar de todo lo que me ha hecho y de haber sabido de lo que es capaz con tal de conseguir droga, una parte de mí me recuerda constantemente que yo podría haber terminado así si no me hubiese enamorado de Dannel Garrett.

Si hubiera seguido cumpliendo las órdenes de Marcus al pie de la letra, tal vez ahora yo sería una adicta a las drogas, igual que Laia. Y eso es difícil de olvidar.

Me acomodo bien en la cama y abro el ordenador con nerviosismo. Aún no comprendo cómo Mike me ha dejado comprarlo. Paso los dedos por encima del teclado casi con reverencia, encantada al sentir las teclas bajo mi piel. No soy capaz de recordar cuándo fue la última vez que tuve uno entre mis manos.

Una Tablet o un Ipad, no es lo mismo que un ordenador grande. Está visto.

Abro en oculto una página web – no es por ser mala, sino porque no quiero que Mike o cualquier otro sepa qué páginas visito—, y pongo mi nombre en el buscador de Google. Quiero saber qué últimas noticias sobre mí hay circulando por las redes.

No me sorprende encontrar en todos los portales por los que paso, la misma información. Mi muerte a manos de una persona desconocida. Sonrío con ironía. Entiendo que todos estarán felices al saber que oficialmente estoy en el otro barrio. Ya no tendrán que preocuparse por la psicópata de Carson City.

Cierro todas las páginas abiertas y me bajo en el ordenador el programa de

localizador que tengo instalado en la nube de mi cuenta personal de drive. Gracias a haberlo comprado en su día, ahora tengo la opción de poder acceder a él para descargármelo en el terminal que yo quiera, ya sea un móvil, un ordenador o una Tablet.

—Veamos si averiguo dónde está Marcus desde aquí...— susurro tateando una canción.

No puedo evitar sentirme algo mal por no haberle dicho a Dann que yo tenía una forma rápida de poder localizar a Marcus casi sin esfuerzo. Supongo que no se lo conté porque aún ahora que trato de abrir la aplicación una vez descargada, ni yo misma estoy segura de poderle encontrar. Tal vez Marcus y Laia hayan tirado los localizadores cuando me dieron por muerta.

—Ahora lo averiguaré.

Abro el programa y poniendo la clave de acceso, trato de hacer funcionar el GPS. Resoplo frustrada al ver que no da ningún tipo de señal. Evidentemente encontraron el localizador y lo destruyeron. Gruño muy enfadada conmigo misma por no haber logrado conseguir nada.

*Al menos ya no tengo que seguir escondiéndole nada más a Dann*, pienso al mismo tiempo que la puerta del baño se abre y sale Mike con el pelo mojado por la ducha que se acaba de dar.

—¿Estás bien, Mike?— le pregunto al verle con expresión meditabunda.

Parece distraído. Se queda observándome como un bobo, como si yo fuese la octava maravilla del mundo o algo así. Recuerdo el enfado de Dann al pensar que su mejor amigo se sentía atraído hacia mí, y ahora la que se queda meditabunda soy yo.

—Sí, sólo quería saber si tienes bien el hombro— me dice con carraspera.

Se sienta a mi lado, y toca mi hombro herido por encima de la venda. No puedo evitar recordar lo comprendida y tranquila que me llegué a sentir la noche que estuve con él en el motel, confesándole toda la verdad. Imagino que gracias a ese momento *íntimo* digamos entre nosotros dos, Dann empezó a entender que yo no era tan culpable como parecía a fin de cuentas.

—Está bien, realmente con la medicación no me duele en exceso— respondo encogiéndome de hombros. Pienso en el disparo que yo misma le di en Navidad y añado en voz baja—. ¿Tú herida qué tal está?

Me responde que todo está bien y se queda en silencio mirándome seriamente. Yo también elijo no decir nada, y mantenerme en espera. Sentirme cerca de Mike no es lo mismo que estar junto a Dann – mi corazón no tiembla de forma tan incontrolada como cuando está mi lado el menor de los Garrett—, pero aún así, mi piel se estremece de forma estúpida cuando West me acaricia o cuando se queda observándome fijamente.

Y no entiendo la razón. ¡Si yo sólo quiero estar junto a Dann!

Voy a decir algo que relaje un poco el ambiente, cuando noto que el móvil de Mike West comienza a vibrar nuevamente. *Salvada por la campana*, supongo.

—Cógelo...— le pido con dulzura—. Si es tu madre de nuevo querrá

decirte algo importante.

Le veo levantarse del sofá cogiendo la llamada y caminar hacia el cuarto de baño. Frunzo el ceño al verle contestar el teléfono con voz casi susurrante. Raro.

Me incorporo en la cama con el oído bien puesto en dirección hacia Mike y cabeceo algo inquieta al oírle nombrar a Dann. ¿Desde cuándo la madre de West querría saber algo de mi chico justo ahora? ¿Y por qué justo en este momento, necesita saber que está en la prisión visitando a un delincuente?

Me levanto lentamente y camino hacia él con un mal presentimiento en la boca de mi estómago. Al acercarme a su lado y oír el nombre de la persona con la que está hablando, entiendo el motivo de estar preocupada.

—¿Qué pasa, Sean? — pregunta Mike en un susurro—. Te noto raro.

No escucho la respuesta del padre de Maddy, pero sí puedo ver lo alterado que se pone mi acompañante y aprieto fuertemente las manos sobre mi regazo. Rezo mil plegarias a cualquier santo que puesta estar de guardia hoy, para que nadie conocido haya sufrido daño alguno.

—Voy a tratar de localizarle— responde Mike rápidamente—. Regresaremos enseguida a Nottville. Imagino que Jian querrá hacer el intercambio allí.

¿Intercambio?

Ahora sí que me pongo nerviosa. ¡Están hablando de un secuestro! ¿A quién demonios habrán capturado ahora? Imagino que Marcus habrá tramado alguna de las tuyas, nuevamente. Espero que no estén hablando de Maddy.

—Los psicópatas quieren ganar la partida y obtener la victoria en territorio enemigo, Sean. Si quiere destruirte, querrá hacerlo en tu hogar. Contacta con Brant, y cuéntale todo. Yo iré en busca de Dann y de Sam y regresaremos a casa enseguida, ¿de acuerdo?

No le noto sorprenderse al girarse para hablar conmigo y verme ya a su lado. No me detengo a disculparme por mi intromisión. Si de verdad Maddy está en peligro, quiero ayudar.

—¿Ha pasado algo con Maddy?— pregunto con miedo.

—No, Maddy y Brianna están bien— murmura acariciando mi rostro para tranquilizarme. Tiemblo ante su toque sin poderlo evitar, y no por atracción, sino por nerviosismo. Si a Maddy le hubiera pasado algo, Dann nunca me lo perdonaría—. Es sobre Melanie. La razón de que Sam no pudiera localizarla hoy tiene nombre y apellido.

—Jian Lin. ¡Maldita sea!

Camino por la habitación, sin saber a dónde dirigirme. Me preocupa mucho Melanie. Si yo no hubiese contactado con ella en un primer momento, seguramente nunca hubiera conocido a Sam, y ahora mismo no estaría inmersa en este gran problema. Tengo que encontrar la forma de echar una mano para encontrarla.

No me quedo quieta, hasta que Mike no se acerca a mí. Coloca sus manos en mis hombros y me hace girar hacia él suavemente. Puedo sentir su aliento y su respiración acelerada a pocos centímetros de mi rostro. Su olor me calma... algo.

—Todo va a salir bien, recuerda que yo soy poli. Y Danny también. Daremos con ella— me dice en voz baja—. A la señorita Sánchez no va a pasarle nada.

—Sam pensará que todo esto ha sido mi culpa— murmuro compungida—. ¿Y sabes qué? Yo pienso eso mismo.

—Has estado todo el día conmigo, tú no has hecho nada. No te sientas culpable por los pecados de otros. No tienes que ser una mártir, Elizabeth. Bastante tienes con lo tuyo.

Acaricia un mechón de cabello como quién no quiere la cosa, y yo cierro los ojos agradeciendo su contacto. Enseguida actúa como si yo le hubiese quemado, porque se aleja de mí con rapidez. Lanzo un suspiro de exasperación, ¿qué narices está pasando con Mike West?

—Volveré enseguida. No te muevas de aquí y no hagas nada— me pide con seriedad.

Y sin esperar a que yo le diga nada, coge su cartera y su pistola y sale de la habitación del motel como alma que lleva el diablo.

\*\*\*

Observo la puerta de roble macizo cerrarse ante mis ojos. Estoy paralizada, sin saber qué pensar o qué sentir. Mi pensamiento sólo está en Melanie y en Jian Lin. Maldición. Ese hombre la tiene secuestrada. Mi cuerpo vuelve a estremecerse al imaginarla encerrada en algún lugar frío, en compañía de ese psicópata.

Parpadeo a propósito un par de veces, tratando de llamarme a la calma, y regreso a la cama en búsqueda del ordenador. Tengo que encontrar a Marcus como dé lugar. No sé hasta qué punto él sabe el asunto del secuestro de mi antigua jefa, pero tengo que intentar ayudar en algo.

Yo conozco a Marcus. Él me hizo ser su arma para cometer actos delictivos, tal vez si logro dar con su paradero y le ofrezco algo que pueda ser de interés económico para su bolsillo, pueda ayudarme a salvar a Mel.

—Pobre ilusa— murmuro para mí.

Abro el buscador de Google nuevamente, y pongo en el campo de búsqueda las palabras “Marcus”, “Ellen Harold”, “Mago” y “Actuación”. El simbolito de búsqueda se activa y yo mordisqueo las uñas de los nervios. La conexión de ese motel tarda demasiado para mi gusto.

—¡Vamos!

Le doy a actualizar repetidamente y decir que me quedo sin palabras es poco. La primera noticia que mis ojos ven es un artículo sobre una actuación de magia amateur que va a llevarse a cabo el próximo día 24 de Febrero, en el Teatro Municipal del Estado de Oakland, Maryland. ¡Hoy es esa fecha!

Busco con la mirada el nombre del supuesto maga que llevará a cabo el espectáculo de magia y no me sorprendo al ver a pie de página el nombre de Marcus, el magnífico. No hay ninguna fotografía que acompañe al artículo de su figura, pero yo sé que se trata de él.

Anoto en un bloc de notas que hay en la mesilla de noche el teléfono del Teatro y la dirección del lugar —¡Oakland está a menos de una hora y media de distancia de Nottville!—, y sin pensar mucho en lo que hago, salgo de la habitación rumbo a recepción. Quiero pedir prestado un teléfono para contactar con el gerente del Teatro. Tal vez si le digo que soy un familiar del supuesto mago, acceda a pasarme con él en llamada.

Por intentarlo, ¿qué puedo perder?

Con ese pensamiento en mente camino sonriente hacia recepción y facilitando el número de mi habitación, le solicito el teléfono al recepcionista. Parece que mi petición le resulta extraña, porque eleva una de las cejas con incredulidad sin decir nada, una vez me quedo en silencio.

—¿Disculpe?

—Necesito que me preste su teléfono para llamar a un familiar enfermo— vuelvo a decir, esta vez poniendo cara compungida—. Es una emergencia.

El hombre que está ocupando el puesto en la recepción del motel me mira confundido y yo sé que si yo no fuese mujer, no me habría hecho ni el menor caso.

—Está bien, puede usar el teléfono— murmura señalándome uno que está al fondo de la barra—, pero usted tiene uno en su habitación a su disposición también si lo necesita.

Asiento, dándole las gracias. No quiero decirle que efectivamente yo ya sabía que en la habitación había un teléfono de cortesía. ¿Cómo decirle que no quería usarlo, para que no fuesen capaces de registrar mis llamadas?

Marco el número de teléfono que tengo anotado en la hoja y girándome hacia un lado para que nadie pueda oír lo que hablo, me quedo esperando. Allá fuera del Motel, ya está oscuro. El anochecer en este lado del país llega antes, al parecer.

—Buenas noches, Teatro Municipal de Oakland, ¿en qué puedo ayudarle?

—Buenas noches, soy la mujer de Marcus...— comienzo a mentir en voz baja—. Y he tenido un accidente, me gustaría saber si podría usted pasarme con él.

Cruzo los dedos.

—Está preparándose para la actuación, que está prevista que comience en menos de una hora y media.

—Es urgente, señorita. Dígale que su mujer, la señorita Stone necesita hablar con él. Se lo agradecerá mucho.

—Está bien, espere un minuto.

Me giro sobre mí misma mirando hacia la puerta y respiro aliviada al ver que no hay señal de Mike, ni de los demás. Quiero tratar de negociar rápidamente con Marcus, antes de regresar a la habitación de Motel. Sé que puedo estar cometiendo una estupidez actuando sin contar con el apoyo de Dann, pero no quiero que una inocente sufra si puedo yo evitarlo.

Bastante daño he hecho ya.

Tal vez si mi plan sale bien, al final pueda contarle todo a Dann, y me perdone por mis mentiras. Una vez más. Espero no estar pidiendo demasiado.

—Hola, cariño— escucho la voz de Marcus al otro lado del teléfono. Pronuncia las palabras con socarronería—. ¿En qué te puedo ayudar?

—Quiero que me asegures que Melanie Sánchez se encuentra bien— murmuro directamente.

Sé que debo ir al grano para tratar ese asunto.

—Vaya, vaya, a parte de mentirosa, y escurridiza, eres estúpida. ¿Sabes que el teléfono del cuál estás llamando, me aparece aquí, señorita Stone? Si yo lo quisiera, podría llamar a la policía ahora mismo, para que vayan a detenerte. A ti, y a tu amante asqueroso.

Amante. Está hablando de Dann. Trago hondo, entiendo perfectamente lo que trata de decirme. ¡Seguramente él fue quién contrató a la persona que nos estuvo espiando en la casita de Maddy y de Jim días atrás!

—¿Por qué aún no has publicado esas fotografías?— quiero saber.

—Porque sabía que tarde o temprano pasaría algo para que tú tuvieras que contactar conmigo. Eres imprevisible, Elizabeth. Tal vez demasiado.

Le repito nuevamente que quiero saber si Mel está bien, y él contesta que sí. De forma seca y dura. Puedo sentir por el tono de su voz que está molesto. Y mucho.

—¿Frustrado porque tus planes no salen bien?

—Yo diría más bien cabreado porque hayas podido localizarme de forma tan fácil— dice casi arrastrando las palabras—. Pensé que después de la actuación de esta tarde podría ocultar mi rastro un poco más. Está visto que he sido demasiado iluso. No he contado contigo.

¿Actuación?

Quiero preguntarle de qué demonios habla, cuándo es él mismo quién me aclara mi pregunta no pronunciada.

—Enciende el televisor. Está siendo anunciado en todos los canales nacionales. Imagino que en Nebraska también podrán darlo.

Dejo el auricular del teléfono en el hombro y me giro para pedirle al recepcionista que me deje ver las noticias en la televisión. No es necesario. El rostro sin vida de quién fue Ellen Harold en el pasado se aparece ante mí, dejándome paralizada y rota de dolor. Mi corazón comienza a palpar de forma demasiado de prisa.

—Laia...

Noto que Marcus escucha el dolor que sale de mis labios al pronunciar el nombre de mi hermana y comienza a reírse como un loco. Trato de decirle que se quede callado y que no se atreva a burlarse más, cuando veo en la pantalla del televisor, el anuncio de la muerte de otra persona. De Marcus Harold, el falso Alain Scott.

Los reporteros y periodistas están anunciando a viva voz el asombroso asesinato del director hostelero más famoso del Estado de Nevada. ¡Asesinato!

—¿Has fingido tu propia muerte?— pregunto casi tartamudeando de la impresión.

—Aprendí de ti...— dice socarrón—. Cuando descubrí que seguías viva, hablé con Jian Lin, y decidimos fingir mi muerte. Así puedo seguir captando nuevos asesinos en mis espectáculos de magia.

—¡Serás...!

—Tranquila— me dice él tarareando una canción que me pone nerviosa—. Yo sólo soy peón que juega esta partida. A fin de cuentas, yo no inicié este juego. Lo hizo Sean Jenkins.

Sean.

Suelto una maldición, mientras una lágrima solitaria cae por mi mejilla al seguir viendo el cuerpo inerte de Ellen Harold en la pantalla de la televisión. Marcus ha podido fingir su muerte, pero no la de ella.

—¿La has matado tú?

—Elizabeth...

—¿Fuiste tú?

—Ella ya no era tu hermana. Desde que cayó en el mundo de las drogas, hice que olvidase su vida como Laia. Se convirtió de verdad en Ellen Harold y era un cabo que había que cortar de forma urgente.

Siento fuertes deseos de volver a convertirme en asesina sólo por estar escuchando esa sarta de estupideces, pero me contengo. Por Mel. Ahora no es el momento, ni el lugar.

La imagen de Dann se viene a mi memoria cuando me hizo prometerle que no iba a atentar contra la vida de Marcus y resoplo frustrada. Si quiero cumplir la palabra que le di, tengo que calmarme. Y mucho.

—Quiero ofrecerte un trato a cambio de la vida de Melanie Sánchez...— murmuro tras contar hasta diez—. Algo que será beneficioso para ti.

Hago un cálculo mental del dinero que tengo aún guardado de mi herencia y se lo suelto sin pestañear. Marcus silba sorprendido.

—¿Tanto dinero tienes y viviste durante unas semanas como una indigente?

—Perdí el dinero durante un tiempo— le digo sin darle importancia—, el caso es que ahora lo tengo y quiero dártelo. Te vendrá bien para tus... actuaciones. Y más ahora que se supone que estás muerto. Tendrás que comprarte nueva identidad y nueva vida.

—Tengo la financiación de Jian Lin, ¿crees acaso que necesito algo de ti?

Vuelve a reírse irónico y esta vez de mi propuesta. Noto que está tratando de agotar mi paciencia. Y para mi desgracia, lo está consiguiendo.

—¿Y qué pasará cuando Jian Lin tenga Empresas Jenkins? Ya no te necesitará. Serás un cabo suelto para él. ¿Acaso crees que te dejará salir con vida de todo esto? Él tiene millones de dólares y tú no tienes nada. Sólo tus drogas, tu magia de hipnotismo y tu psicopatía. Nada más.

Mis palabras sé que le molestan, porque se queda callado, pensando seriamente en lo que estoy diciéndole. Parece que le hago entrar en algo de

razón, porque su tono de voz cambia de repente cuando comienza a hablarme de nuevo.

—¿Todo ese dinero a cambio de la señorita Sánchez?

—Sí.

—¿Sin trampa ni cartón?

Pienso en Dann, y en la idea que teníamos de demostrar mi inocencia con las grabaciones de Marcus y sé que estoy cometiendo un error con ese acuerdo. Voy a echar a perder mi libertad junto a Dann por salvar a Melanie. Meses atrás, me hubiera llamado tonta por estar anteponiendo el bienestar de otra persona al mío propio, ahora las cosas no son tan sencillas como antes.

Mel es inocente de todo. Ella no se convirtió en asesina, yo sí.

—Sin trampa— le prometo con voz firme—. Mi dinero a cambio de que me entregues a Melanie.

—Está bien. Te espero en este mismo teatro dentro de una semana, a las siete de la tarde— dice él tras pensárselo unos segundos—. El 3 de Marzo tengo aquí otra actuación, y creo que para entonces podré tener a Melanie conmigo. A fin de cuentas Jian Lin no está pensando en liberar a su rehén cuando Sean le entregue todos sus bienes.

¡Joder, lo sabía!

—Más te vale que vengas sola, y que no hagas nada raro. Aún recuerdo la promesa que me hiciste de matarme. No lo olvido.

Le aseguro que me portaré bien, y cuelgo el teléfono.

Me llevo una mano al corazón, tratando de normalizar mi respiración. Evito las imágenes de Ellen y del falso Alain Scott muertos en la gran pantalla, y tras agradecerle al recepcionista la llamada, regreso a nuestra habitación.

Ojalá cuando Dann regrese no note un nuevo cambio en mí.

\*\*\*

Abro la puerta con la llave magnética y entro en la habitación con paso lento. Siento un pitido sordo en mi oído de malestar al mirar hacia la cama y ver a Mike West sentado allí, cotilleando cosas en mi ordenador.

Trago hondo, intentando recordar si cerré la página del Teatro de Oakland cuando salí minutos antes, o no. Por más que lo intento, no logro saberlo.

—Creo recordar haberte pedido que no te movieses de aquí cuando salí antes...— me dice con voz seria.

Puedo ver la vena de su cuello muy hinchada, señal inequívoca de lo enfadado que está. Trato de pensar en una buena justificación para haber salido de allí a escondidas y lo único que se me ocurre es la noticia del asesinato de Ellen Harold.

*Dios, perdóname*, pienso antes de forzar a mis ojos para suelte un par de lágrimas más. No puedo creer lo manipuladora que puedo llegar a ser al ver tristeza en el rostro de Mike al verme llorar ante su presencia.

—¿Elizabeth?

Camino hacia él y fingiendo unos hipidos muy extraños, le cuento la noticia del asesinato de Ellen y de Marcus. No le confieso que éste último sigue vivo. Si quiero salvar a Melanie, algo en mi interior me dice que tengo que mantener el secreto un tiempo.

—¿Qué?

Señalo al ordenador y mi cuerpo se estremece al verle levantarse hacia mí. Eleva su mano derecha y con dulzura quita las lágrimas que caen por mis mejillas. Siento un hormigueo en mi estómago de dolor al ser consciente de que estoy fingiendo un dolor que aunque sí siento – la muerte de Laia me afecta más de lo que puedo imaginar—, no debo exteriorizar de esa forma.

—Vi en las noticias de la web el anuncio del asesinato de Ellen y de Marcus, y bajé a recepción para llamar a la estación de policía del Estado de Ohio, dónde han encontrado sus cuerpos.

—Pero Elizabeth, eso es...

—Sí, sé que no debo llamar la atención, pero no pude contenerme.

Esta vez se escapan lágrimas de verdad y rompo a llorar como si yo fuese una niña pequeña. Mike me atrae a sus brazos y me abraza con ternura. Apoyo mi cabeza en su pecho y dejo salir afuera el verdadero dolor que siento al saber que Laia está muerta.

—Todo va a estar bien, tranquila— me susurra Mike, acariciando mi cabello.

Su ternura me gusta. Tal vez demasiado. Tanto que me alejo de él rápidamente al oír ruidos de pasos cercanos a nuestra habitación. Rápidamente, regreso a la cama y terminando de secarme las lágrimas de mis mejillas, me pongo delante del ordenador para ver lo que Mike estaba mirando antes de entrar yo.

Suspiro aliviada al ver que no hay nada relacionado con el Teatro de Maryland, ni de Marcus en la pantalla. Mike se ha creído mi mentira. Bien.

La puerta de la habitación se abre a continuación, y entran Dann y Sam por ella.

Mi corazón palpita fuertemente de emoción al ver el rostro de Dann ante mí. Mi estómago comienza a sentir mariposillas revoloteando al saber que voy a estar cerca suya un poco más. Hasta dentro de una semana al menos.

Y eso me gusta, y mucho.

Giro mi vista para observar a Samuel Gómez, y al verle mirar preocupado su teléfono móvil insistentemente, cruzo una mirada entristecida con Mike. Ambos intuimos que él aún no sabe del secuestro de Melanie.

—¿Pasa algo?— pregunta Dann caminando hacia mí con paso lento.

Lleva el pulgar de su mano izquierda a mi mejilla y me quita una lágrima con suma dulzura.

—Laia...— murmuro con voz ronca.

Su expresión se llena de pena y entiendo que él está enterado de todo el asunto del asesinato de Ohio.

—Lo siento mucho, cariño.

Me atrae a sus brazos, y al sentir su olor tan cerca de mí, me siento completa y tranquila en su pecho. Miro de reojo a Mike y éste se encuentra mirándome con algo parecido a la sospecha en su rostro y no entiendo porqué.

¿Acaso está dudando de mí?

—Dann, yo...

Quiero contarle lo que está pasando con Melanie, pero la mirada profunda de Mike, aún clavada en mí, me hace quedarme en silencio. Imagino que no soy yo quién debe dar la noticia.

—Sam, ven un momento conmigo— le dice él señalando fuera de la habitación, hacia el pasillo.

Yo tiemblo de nerviosismo ante la reacción que pueda tener el amigo de Dann, y creo que éste me nota rara, porque una vez se van de nuestra presencia Sam y Mike, me obliga a levantar la vista para mirarle a los ojos.

—¿Estás bien, cariño?

—No— le respondo y es la verdad.

Odio mentirle, cuando le he prometido no volverlo a hacer más. No sé cómo actuar en su presencia y creo que él lo intuye, porque sus ojos azul celeste ya no tienen el tono tan brillante que antes poseía.

—¿Es por Laia?

—Ellen Harold ya no era Laia— musito.

Y ahora sí que lo pienso. En eso Marcus ha tenido razón. Desde que la manipuló usando las drogas, el hipnotismo con ella, la convirtió en otra persona. Con otra identidad, y otro carácter. Por eso pudo atentar contra mi vida. No éramos hermanas.

Una hermana para mí era Maddy, que me cuidó, protegió y curó cuando más sola y perdida me sentía. ¿Y cómo devolví yo bondad? Tratando de matarla.

Bajo la mirada tratando de evadir la suya, pero Dann no me lo permite.

—Hemos dicho que nada de mentiras...— murmura él en tono suave—. ¿Lo recuerdas? Prometiste hacer las cosas a mi manera.

Cierto.

Inspiro hondo, y le suelto una de las dos bombas que tengo escondidas en la recámara.

—Jian Lin ha secuestrado a Melanie.

Dann se tensa ante mis palabras.

—¿Qué?

—Eso es lo que Mike está tratando de explicarle a Sam...— murmuro señalando hacia el exterior, dónde se pueden oír perfectamente los gritos alterados del detective privado al conocer la noticia—. Ese magnate chino quiere usar a Mel como moneda de cambio. Si Sean le entrega todo su patrimonio “gratis”, él se la entregará sana y salva.

No me da tiempo decirle nada más, porque Samuel Gómez abre la puerta de golpe y camina hacia mí en dos grandes zancadas. Su rostro está desencajado por la rabia. Sé sin asomo de dudas que me considera culpable del secuestro de su

chica.

—¿Y para qué negarlo? Yo misma me siento responsable de eso.

—¡Tú!

Siento tener un deja vu claro al contemplar a Dann levantándose instantes antes para ponerse en medio entre su amigo y yo. ¡Igual que pasó con Jim, poco antes de que Maddy tuviese su accidente!

El asunto es que ahora la situación es completamente diferente, porque antes yo estaba obligada a mentir para salvar mi culo, ahora no estoy sola. Y no tengo porque elegir la mentira ahora. No. Ya no.

—Sam, colega, cálmate— le pide también Mike a nuestra espalda.

—¡Ella tiene que saber dónde está! ¡Ha sido su cómplice todos estos meses!

Me levanto con calma de la cama, y conforme con mi decisión de hacer las cosas bien, trato de llegar hasta él para explicarle la situación, pero Dann no se aparta. Sam está demasiado alterado y no atenderá a razones. Imagino.

—Tío, respira hondo, encontraremos a Melanie.

—¡No sabemos si podemos confiar en él para que haga el intercambio con Sean en una semana!— grita ofuscado.

—Y no va a cumplir su palabra...— murmuro poniendo una mano en la espalda de Dann.

Hago un poco de fuerza y me pongo delante de Sam. Si desea golpearme que lo haga, bien lo merezco. Estoy convencida de que si no hubiese contactado con ella el mes anterior, nada de esto habría pasado.

—Sam, Jian Lin sólo quiere conseguir el imperio de Sean. Quiere destruirle. Todo lo que sea que haya prometido hacer, no lo cumplirá.

Sam suelta un improperio al oírme, y Mike me pide que no sea tan sincera justo en este momento. Chisteo por frustración al escucharle.

—¿Entonces qué se supone que puedo hacer?— pregunta con frustración alejándose un par de pasos de mí.

Dann respira aliviado a mi espalda y yo continúo hablando.

—Conozco la forma de actuar de Jian Lin. Ha ordenado la muerte de mi hermana porque le estorbaba. Cuando haga el trato con Sean, continuará atentando contra la vida de Maddy y Brianna por venganza.

—¿Venganza?

—Sí. Marcus y él tienen algo en común. Ambos odian a Sean, y no sólo por los negocios o por dinero, sino por algo personal. Algo que el padre de Maddy hizo cuando era joven.

No sigo hablando de eso, porque es un secreto que se supone que yo no debo saber. Si alguien tiene que contarlo es Sean, y yo no.

—¿Y eso en qué nos ayuda?

—Tenéis que ir a Nottville y hablar con Sean para que no entregue su imperio. La forma de acabar con este asunto no es renunciando a su herencia, sino atrapando a Marcus y a Jian con las manos en la masa.

Pienso en las grabaciones que obran en poder de Marcus, y aún a pesar del

trato que yo he hecho con él por el bien de Mel, sé que siguen siendo la única manera de encerrar en prisión a esos dos... asesinos.

—Debemos seguir con el plan de conseguir esas grabaciones.

—¡Sólo piensas en ti!— espeta Sam enfadado.

Yo niego, tratando de razonar con él.

—Seguramente Mel estará encerrada en una de las sedes que tiene Jian. Necesita que siga con vida hasta que Sean haga lo que él desee. En cuanto le entregue sus negocios, seguramente la mate primero a ella y luego a Maddy y a Brianna. Yo no quiero salvarme consiguiendo esas grabaciones, quiero salvar a Sean, a Maddy y a Mel.

—Pero Elizabeth, ya no podremos dar con Marcus, él está muerto, su cuerpo ha sido encontrado esta tarde junto a...

—Marcus sigue vivo— interrumpo yo casi con vergüenza.

Mike, Sam y Dann clavan en mí sus miradas con extrañeza.

—¿Y cómo lo sabes?— me pregunta éste último con suspicacia.

—Porque acabo de hablar con él hace menos de quince minutos.

\*\*\*

No sé quién se pone más tenso tras mi confesión, si Dann o Mike. Ambos se quedan mirándome como si fuese el insecto más raro del universo. Sam, por el contrario, comienza a reír casi de forma histérica.

Parece que estoy demostrándoles a todos que no soy de fiar.

—Explícame eso...— dice Dann poniéndose a mi lado.

Su postura parece amenazante y su mirada se torna peligrosamente al color verde. Gimo entristecida con temor de hacer o decir algo que le hagan daño. Causarle algún mal es lo último que deseo hacer.

—Oí hablar a Mike con Sean sobre el secuestro de Melanie y me sentí culpable— comienzo a decir, optando por decir la verdad—. Si yo no hubiese contactado con ella en su día, tal vez Jian Lin no hubiese querido usarla como moneda de cambio en esta absurda guerra. Por eso he querido adelantarme a su intercambio porque sé que no cumplirá su palabra.

—¿Y crees que Marcus te escuchará?

—No. Sé que él tratará de traicionarme también. Yo sólo pretendía hacerle creer que iba a entregarle todo mi dinero a cambio de Melanie. Quise ofrecerle algo jugoso para que aceptase el trato.

—¿Y aceptó?

—Sí.

No miro a Dann cuando sigo hablando, sino a Sam. Quiero que él comprenda lo que voy a decir, palabra por palabra.

—Aún habiendo aceptado el trato, sé que no hará nada por entregarme a Melanie. Él sólo querrá matarme, como hizo con Ellen. Y como mucho, querrá hacerse con mi dinero. Es un mercenario a fin de cuentas.

—¿Entonces?

—El plan es hacerle creer que estás de su parte, mientras vamos nosotros a buscar a Melanie, ¿no?— pregunta Mike con voz ronca.

Afirmo. Me sorprende que haya comprendido tan rápido mi plan.

—Eso es.

—¿Quieres usarte como cebo para distraer a Marcus?

—Quiero que Sean distraiga a Jian— comento rápidamente—. Mientras él está con el magnate, yo estaré con Marcus. Y vosotros podréis rescatar a Mel y conseguir las grabaciones de Marcus.

—A cambio del imperio de Sean y de herencia— resume Sam.

—No. Lo único que recibirán esos dos será un paso a la cárcel. La idea es tenderles una trampa. Y el dinero es la mejor estrategia para usar.

Dann toma mi mano y sin decir ni una palabra, camina conmigo hacia el interior del cuarto de baño. Escucho a nuestra espalda a Mike y a Sam reflexionar sobre todo lo que yo he dicho.

Me giro tranquilamente apoyándome en la puerta para mirar a Dann y hablar con calma, cuando sin yo esperármelo, me atrae a sus brazos y devora mis labios con un beso largo y profundo. Me dejo llevar por su pasión, encantada de la vida de sentirle tan cerca de mí.

Paso mi mano por su cabello y gimo con puro placer al beber de sus labios su propio sabor. Oh, Dann.

—No quiero perderla, señorita Stone...— susurra en mi oído—. Estoy empezando a temer cada segundo que paso alejado de ti. ¡Te metes en líos más rápido de lo que yo puedo imaginar, maldita sea!

Se me escapa una sonrisa de ternura al oírle.

—Señor Garrett, no me perderá.

Y creo que estoy siendo sincera al decirlo. Y mucho. ¡Qué fácil parece todo cuando se decide por confiar en los demás y decir la verdad siempre! Increíble.

—¿Dónde está Marcus, Eli?

Me aparto un poco de él para poder pensar con tranquilidad. Alzo la vista hasta contemplar el iris de sus ojos, y mi siento un nudo en la garganta al seguir contemplando sus ojos de color verde. ¡Quiero que vuelvan a ser azules!

—Está en Cincinnati, Ohio— miento al recordar que allí es dónde se supone que han sido asesinados Ellen Harold y un hombre desconocido—. En un Teatro. En diez días va a hacer un espectáculo de magia. Llamé al teatro, me hice pasar por su mujer y me pasaron con él.

Cruzo los dedos de los pies en un gesto demasiado infantil, y espero a ver la reacción de Dann.

—¿En Ohio?

—Sí. Puedes coger el ordenador. Poniendo su nombre, y pocos datos más relacionados con el teatro y con la magia, le puedes encontrar. Así hice yo.

Dann alza su mano y acariciando un mechón morado de mi pelo, lanza un suspiro de pesar que me encoje el corazón. No entiendo porqué estoy mintiendo

ahora. Si delante de ellos acabo de decir la verdad, ¿por qué le miento en la intimidad?

*¿Hola? ¿Me entiende alguien?*

—Entonces con él has quedado en hacer un intercambio.

—Sí. El dinero de mi herencia por Melanie.

—¿Cuándo?

Le cuento con pelos y señales cómo fue toda nuestra conversación, omitiendo un pequeño detalle. El lugar verdadero del intercambio.

Inconscientemente quiero proteger a Mel, y a Dann. Yo sé que aunque la magia verdadera no existe, la hipnosis y el subyugamiento sí, y no deseo que Marcus haga algún truco de magia retorcido y que termine jugando con la mente de Dann. Nunca me lo perdonaría.

—El plan es que yo acuda al encuentro con Marcus, y mientras tanto Mike y tú podéis ir a su casa y recoger las grabaciones que tanto necesitamos. Con ellas en nuestro poder, vamos a ser capaces de encarcelar a Jian Lin y al falso Alain Scott.

Trato de mirar a un punto fijo de su cara para que mi cara de mentirosa no se descubra y parece que mi táctica funciona, porque poco a poco Dann va cambiando su expresión de estar enfadado a estar algo más relajado. ¡Y con los ojos azules de nuevo! Bien.

—Entonces si resumimos el asunto...— comienza a decir, atrayéndome a su cuerpo de nuevo—. Tu plan es ponerte en peligro, mientras Mike y yo entramos a hurtadillas en casa de Marcus y le robamos las grabaciones.

Voy a decirle que sí, cuando él vuelve a robarme otro beso de escándalo. ¡Cómo me gusta besarle!

—Vamos. Como te dije antes de viajar a Nebraska, necesitamos la ayuda de Mike y de Sam. Allí contaré lo que vamos a hacer.

—Pero Dann...

—Prometiste que haríamos las cosas a mi manera. Pues bien, así vamos a hacer.

Toma mi mano con dulzura y llevándome casi a rastras, regresamos al lugar dónde Mike y Sam me miran con sospecha.

¡Ni diciendo la media verdad puedo parecer la buena de este asunto! Vaya por Dios.

\*\*\*

Camino hasta la cama cuando Dann se coloca en medio de la estancia, y tomo en mis brazos el ordenador. En cuánto tenga la más mínima oportunidad, quiero borrar el historial de búsqueda. Por si acaso.

La vida de Mel está en juego, no quiero echarlo a perder bajo ningún concepto.

—¿Entonces qué vamos a hacer?— pregunta Sam impaciente.

Su tono de voz me demuestra lo preocupado que está por el bienestar de Melanie. Me asombra sentir tanta pasión y tanto dolor emanando de él. No puedo evitar sentirme algo feliz por Mel. No debido a su sufrimiento, evidentemente, pero sí por haber encontrado a un hombre que se ve que la quiere tanto. Lo merece, sin lugar a dudas.

—El plan es este— comienza a decir Dann tras contar todo lo que yo terminé de decirle en el cuarto de baño—. Mike, tú vas a regresar con Sam a Nottville. Tenéis que hablar con Sean y con Brant. Hacedle ver que planear un intercambio con Jian Lin es mala idea.

—Pero...

Dann alza una mano pidiendo silencio, y yo trago hondo al ver la seriedad con la que mira al detective privado. Me quedo boquiabierta, entendiendo en vivo y directo porqué tiene el rango de Teniente.

—Sam, no va a pasarle nada a Melanie. Te lo prometo. Créeme que entiendo cómo te sientes, si tuvieran secuestrada a Maddy o a Eli mismamente, yo también estaría histérico de preocupación, pero con eso no solucionamos nada. Tenemos que ser más inteligentes que ellos, y actuar con mayor raciocinio.

—Estoy de acuerdo— murmura Mike.

No me quita la vista de encima, y eso me incómoda. Ya no sólo por vergüenza, sino por Dann. No me gustaría que él se diera cuenta de esas miradas tan intensas que su amigo me echa. Ya tengo bastante con luchar con mis mentiras, como para enfrentar encima otra batalla distinta.

—Entonces vamos con Sean y le convencemos de que no destruya su patrimonio— resume Sam con malhumor—. ¿Y después?

—Haremos las cosas por la vía legal. Pediré que comprueben que el cadáver del hombre encontrado junto al cuerpo de Ellen Harold no pertenece a Marcus, sino a otra persona— dice serio—. Después, buscaremos su casa en Ohio, o dónde esté hospedado, y pediremos una orden de registro a un juez. Necesitamos tener plena asistencia legal para poder actuar sin asomo de duda.

Las grabaciones de Marcus. Trago hondo, recordando que le he dicho a Dann que Marcus estaba en un lugar dónde ya no está. Parece que mi mentira se va a derrumbar demasiado pronto.

—Las órdenes tardan un par de días, y no tenemos tiempo para eso...

—Sí lo tendremos, porque en cuanto habléis con Sean y le tranquilicéis, partimos en busca de Melanie.

Alzo una ceja sorprendida.

—¿Qué?— pregunto yo anonadada.

—Tú misma has dicho que ni Jian, ni Marcus van a cumplir lo pactado. Ninguno sacará a Melanie del lugar dónde la tengan secuestrada. Eso juega a nuestra favor, porque mientras ellos hacen la jugada que creen perfecta, nosotros aprovechamos para entrar a por la señorita Sánchez y salir acto seguido, con ella sana y salva.

Mike y Sam cruzan una mirada avisada, mientras que yo sigo sin entender

nada. ¿Su plan es arriesgarse a entrar a la guarida del lobo así como así? Pero... ¿cómo? Quiero abrir la boca para opinar yo, y ahora es a mí cuándo Dann me calla lazando una mano en mi dirección.

—Por eso es necesario que hablemos con Sean y de paso con Jim. Él también tiene que estar preparado para cuidar de Brianna y de Maddy por si acaso.

—Marcus y Jian no van a decaer en intentar hacer algo en contra de Maddy y de su madre...— murmuro yo con tristeza—. Según me dijo Marcus, ahora mismo está “reclutando” a base de hipnosis y de drogas a más personas inocentes, para convertirlas en su arma.

Cierro los ojos con angustia y pesar. Yo he sido un elemento importante en el juego de hacer daño a Maddy. No logro sentirme bien siendo consciente de eso.

—Por eso es importante que actuemos rápidamente.

—Entonces Mike y yo partimos ahora mismo hacia Nottville— dice Sam buscando en la estancia su móvil, que lo dejo a un lado del lugar—. Iremos al aeropuerto y cogeremos el primer vuelo que encontremos hacia Virginia Occidental. No quiero que Sean se ponga nervioso y actúe antes de lo pensado.

Veo a West chascar la lengua en mi dirección y sé que no le hace gracia tener que alejarse ahora de Dann y de mí, pero no dice nada. Su mirada se clava ahora en su mejor amigo, esperando por ver qué le parece la idea.

—Está bien. Intentad mantener la calma cuando le contéis todo a Sean y a Jim.

—No obliguéis a Sean a que os cuente su secreto— les pido yo, con rabia medio acumulada—. Es un pesar que tiene que contar él cuando esté preparado.

Sam murmura algo en voz baja que no logro entender, mientras sale de la habitación sin despedirse de nadie.

—Quédate atento de él, Mike— le pide Dann a su amigo—. Intenta hacerle ver que pronto iremos a por Melanie. Si todo va bien, pasado mañana estaremos inspeccionando cada una de las sedes de Jian que tenga en Estados Unidos.

—Los Ángeles o Denver— murmuro yo sin mirar a nadie en concreto—. Si el magnate extranjero ha querido esconder a Melanie en algún lugar, ha tenido que ser allí. Tengo vagos recuerdos de sus sedes, pero creo recordar que esas oficinas son las preferidas del señor Lin, según Marcus.

Mike agradece la información y se gira para irse de la habitación para encontrarse con Sam. Cuando va a poner una mano en el pomo para abrir la puerta, se gira hacia su mejor amigo y pregunta cómo quién no quiere la cosa.

—¿Qué harás tú cuándo tengas la orden de registro de la casa de Marcus?

—Cuando tenga la orden y se demuestre que el cadáver no pertenece a ese hombre, Elizabeth y yo iremos a por Jaime. Quiero sacarle de la casa de acogida en primer lugar.

Mi rostro palidece al oírle. ¡El niño! Después de haber averiguado que Melanie estaba secuestrado, he olvidado completamente el asunto de Jaime.

—Y después...— continúa Dann sin fijarse en mi asombro—, Eli y yo partiremos a Ohio. Quiero ser yo quién dé caza a ese farsante. Después os buscaré y con la ayuda que haga falta, iremos a por Jian para rescatar a Melanie de sus garras.

—Ohio entonces.

—Sí, ahí le ha localizado Elizabeth.

Mike asiente, focalizando su mirada intensa en mí. Sus ojos color miel se clavan en los míos, esperando una reacción por mi mente. No le doy el gusto. Sigo asustada por el hecho de tener que ir con Dann a buscar al niño. ¡Curioso que algo me aterre más que ir a la cárcel!

—Está bien. Le diré a Sam que como mucho en tres días, podremos ir a rescatar a su mujer. ¡Cuida tu espalda, Dann, por favor!

Y sin más, sale de la estancia, dejándome casi muda de la impresión. ¿Por qué me preocupa tanto la forma que tiene Mike West de mirarme?

\*\*\*

A solas al fin en la habitación del Motel, Dann se sienta conmigo en la cama y fija su mirada azulada en mí con algo parecido a la sospecha. Rezo a cualquiera que pueda atender mi petición para que no descubra el miedo tan visceral que me da al pensar en convertirme en la madre de un chaval que no conozco de nada.

—¿Ha pasado algo entre Mike y tú?

Su pregunta me pilla por sorpresa, tanto que me quedo con la boca bien abierta, mirándole sin poder pronunciar sílaba alguna. Él se da cuenta de mi asombro y suspira aliviado.

—Ni siquiera cuando supe por Michael que se había acostado con Amanda, estuve tan celoso antes en mi vida— reconoce en voz muy baja—. Creo que no me gusta para nada esta sensación.

Parpadeo confusa, tratando de entender el hilo de sus pensamientos. ¡Yo aún sigo luchando con la idea de convertirme en madre así tan de repente!

—Dann, entre tu amigo y yo no hay nada. Te lo prometo.

—Lo sé. Aún así, tú le gustas, Elizabeth. Yo lo noto.

—¿Yo... qué...?

—Un hombre sabe ver esas cosas, cariño. Puedo ver el deseo oculto en sus ojos, y cómo lucha para permanecer alejado de tu lado. Y eso le honra, ya no sólo porque hace ver que su amistad conmigo es más valiosa que otra cosa, sino por cómo se contiene. Creo que ni siquiera yo en su misma situación, estaría actuando igual.

¿De verdad?

Creo que mi rostro pasa de estar pálido a coger color, porque Dann sonrío ante mi reacción y me lleva a sus brazos para retenerme cobijada en su pecho sin preguntar siquiera. Inhalo su característico olor a hombre y todo el temor y el

miedo que ha estado invadiendo mi corazón se esfuma como por arte de magia.

—Estoy enamorado de ti, señorita Stone. No puedo evitar ser celoso.

—Yo también estoy enamorada de ti, y supongo que yo me pondría igual de celoso si veo a alguna mujer, revolotear a tu alrededor.

La palabra revolotear le hace gracia, porque la repite una y otra vez mientras besa mi cabello repetidamente.

—¿Prefieres dormir aquí o salimos también hacia el aeropuerto para buscar billetes hacia Virginia?

Pienso en el frío que tiene que hacer en la calle, y mirando anhelante la cama de reajo, Dann entiende enseguida lo que me gustaría hacer.

—Descansar hoy, y viajar mañana, ¿no?

—Por favor— le pido poniendo morritos de nena pequeña.

Él ríe tranquilo ante mi ocurrencia y yo me acurruco encantada en sus brazos. Adoro poder pasar más tiempo a solas a su lado.

—Dann...— murmuro recordando la razón de nuestra visita a Nebraska—. ¿Qué tal con Pete?

—Nada. No nos dijo nada de interés.

Siento tensarse a sus músculos y supongo que no está siendo del todo sincero conmigo, pero no se lo tengo en cuenta. Yo le he mentado a la cara con respecto al paradero de Marcus. ¿Por qué lo he hecho?

Ni yo lo sé. Algo en mi interior me dice que su plan puede fracasar y yo no quiero que Marcus se libre de nada. Merece ser encarcelado en prisión y que pase el resto de sus días cumpliendo condena en una cárcel de máxima seguridad.

—¿Estás bien?

—Un poco cansada, nada más— le susurro en voz baja.

Dann no se lo piensa mucho. Me toma en brazos y caminando hacia una de las camas que no hemos usado todavía, me tumba allí tras quitarme los zapatos para que esté más cómoda.

—Gracias.

—Descansa cariño, mañana será un día largo.

La imagen de un niño de entre once y quince años aparece en mi retina y me hace estremecer.

—¿Dann?— pregunto al ver que se va a levantar para apagar las luces y cerrar con el cartel de “no molestar” en la puerta del motel—. ¿Te puedo hacer una pregunta?

—Claro.

—¿Qué edad tiene ahora Jaime?

—Nueve años— responde—. ¿Por qué?

¡Nueve años! Según la fotografía que yo vi meses atrás en el primer móvil de Dann, el niño parecía más grande de edad. ¡Y no tiene ni diez años! Prácticamente hay que educarle en todo.

—Para ver qué regalo podemos llevarle mañana para que se sienta a gusto con nosotros— miento abrazando la almohada contra mi pecho con mucha

fuerza—. Quiero que sea feliz.

—Con nuestro amor será suficiente, Eli. Te lo prometo.

Besa mi frente y tras decirme que se va a dar una ducha antes de ir a dormir, entra en el cuarto de baño, dejándome a oscuras en el cuarto de estar. Mi mente se llena de preocupaciones y de temores. Ya no sólo estoy angustiada por cómo pueda pasar estos días Melanie entre las garras de Jian Lin, sino que ahora me asusta y mucho el hecho de responsabilizarme de la educación y del bienestar de un niño el cual no conozco de nada.

¿Y si no logramos hallar las grabaciones, y el juez me declara culpable de todos los cargos? ¿Y si en vez de arresto domiciliario, terminan encarcelándome en la misma prisión donde Marcus y Jian pasen el resto de sus días? ¿Qué pasará entonces con Jaime y con Dann?

Me gustaría ser capaz de hallar ahora mismo una respuesta o varias a esa pregunta y por desgracia no consigo nada. El miedo y la desesperación se apoderan de mí. Ya ni siquiera la perspectiva de pasar una noche en brazos de Danniell Garrett me otorga paz y calma.

¡Maldita sea!

## Capítulo 22

**Nottville, Virginia Occidental.**  
**Hospital General del Estado.**  
**25 de Febrero, a primera hora de la mañana.**  
**Jim Garrett.**

Me paseo de un lado al otro de la sala de espera del Hospital, esperando a que Erick salga de la sala de operaciones para que me diga cómo ha salido la intervención de rodilla de Madeleine. Estoy sumamente preocupado por el bebé y por mi mujer. Llevan casi una hora y media de operación y la espera me está matando.

Sean y Brianna aún no han llegado y también el hecho de estar solo esperando noticias me tiene demasiado alterado. Más de lo que debería. ¿Por qué tardan tanto?

Miro mi móvil en busca de alguna llamada perdida que me haya podido pasar por alto o de algún mensaje que no haya recibido y vuelvo a encontrar con que no tengo ninguna novedad.

¡Carajo!

Las enfermeras que pasan por mi lado ya han dejado de preguntarme si estoy bien o si necesito algo. Todas me conocen ya, y saben que hasta que nadie me confirme que mi mujer y mi hijo están bien, no voy a quedarme tranquilo. No señor.

—¿Jim?

Giro mi cabeza hacia al voz masculina que pronuncia mi nombre y corro como un loco sediento de sed por un trago de agua en un desierto al ver al doctor Erick ante mí. ¡Al fin!

—¿Cómo está mi mujer?

Erick me sonríe, dándome palmaditas en el brazo de consuelo.

—Tranquilo, amigo, tanto tu hijo como tu mujer están bien. Hemos tenido que ir despacio en la intervención para que la sedación no afectase al feto. Dentro de poco Maddy despertará y podrás ir a verla.

—¿Mi bebé está bien también, entonces?

—Perfectamente. Seguirá creciendo sano y fuerte en el vientre de Maddy.

¡Bien!

Quiero saltar y gritar de alegría, pero al recordar que estoy en un Hospital y que hay gente enferma a mi alrededor, me contengo. No es el momento.

—¿Puedo ver a mi mujer?

—Danos un par de minutos. Tenemos que llevarla a la habitación, habilitarla y dejarla descansar. Enseguida te daremos acceso para que estés a su lado. Quédate tranquilo.

Vuelve a palmearme el hombro y sin más se marcha, leyendo unos documentos de una carpeta blanca que tiene en sus manos. Entiendo que está revisando el historial de su siguiente paciente. Respiro hondo.

Maddy está bien. Y el pequeño Garrett también. Mi hijo nacerá sano y bien.

—¿Hijo, todo está bien?— me pregunta Sean, apareciendo por detrás.

Su voz suena preocupada. Supongo que al verme con los ojos cerrados tan serio ha pensado algo malo. Le saco enseguida la preocupación de encima.

—La operación ha salido perfectamente— susurro tomando las manos de Brianna, que está con Sean—. Vuestro nieto y Maddy se van a recuperar. Gracias a Dios todo ha ido bien.

—¡Genial!

Brianna me da un abrazo enorme, mientras que Sean deja en el suelo una bolsa de plástico blanca antes de hacer lo mismo que su mujer. Me siento feliz de poder ser su yerno y compartir esos momentos tan dulces con ellos.

—¡Hemos traído pasteles y bombones para celebrarlo! Maddy los agradecerá — dice Brianna, cogiendo la bolsa y enseñándome el interior con ilusión.

Puedo ver de reojo la caja roja de bombones que Amy Kimberly me dio en mi clínica veterinaria, junto a pasteles varios realizados por la propia mano de mi suegra. Sonrío encantado porque se hubiesen acordado de traerlos.

A Maddy le gustarán mucho.

—¿Enfermera?— llamo a la primera con la que me encuentro—. ¿La habitación de mi esposa, de Maddy Garrett? Acaban de operarla y el doctor me dijo que iban a instalarla en una habitación. Me gustaría verla, ¿podría llevarme hasta ella?

La mujer me mira con exasperación y a mi espalda Brianna me pide que me tranquilice, pero yo no hago caso. Ahora que sé que la intervención ha salido bien, quiero ver a mi esposa. ¡Y quiero verla en este preciso instante!

\*\*\*

**Carson City, Nevada.**  
**Carretera interestatal.**  
**Sargento Amy Kimberly.**

Dejo aparcado el coche en la cuneta y apagando el motor para que no llame

mucho la atención, marco el teléfono de Ellen Harold. Las noticias desde el día anterior están plagadas de información sobre los cuerpos encontrados apuñalados en un hotel de mala muerte de Ohio y temo realmente que mi nombre termine siendo relacionado con ella en el caso de Elizabeth Stone.

¡Vaya mierda! Al final la porquería parece querer saltarme a mí. ¡Y todo por aceptar un pequeño soborno y una ayudita para ascender en mi carrera! Joder.

—¿Sí?

Miro el reloj que marca el panel de mandos del coche y no me siento nada culpable al ver que son las siete y media de la mañana. Muy pronto para despertar a alguien, pero bueno.

—Amy Kimberly al habla, quiero hablar con la dueña de este teléfono— murmuro decidiéndome por ser directa en el asunto.

—¿Sargento Kimberly?

—La misma, ¿quién es usted?

Temo por un instante que esa persona me cuelgue el teléfono y me obligo a mantener la lengua callada para no soltar un par de improperios, nada elegantes provenientes de una dama.

—Soy Alain Scott. Ya nos conocemos. Estuvo usted en mi hotel hace un par de meses investigando el caso de Fran Krantz. ¿Lo recuerda?

Alain Scott. Recuerdo la basura que los Garrett y compañía prodigaron por los medios de comunicación, alegando que el señor Scott y Marcus, el supuesto mago que “embujó” y “manipuló” a Elizabeth Stone, eran la misma persona.

Y ahora parece que le tengo en línea, cuando se supone que está muerto. Según las noticias, su cuerpo ha aparecido asesinado junto al de Ellen Harold horas atrás, en Ohio. ¿Qué hace vivito y coleando, contestado a mi llamada telefónica?

—Supongo que estará sorprendida tras averiguar que sigo vivo. Mi plan no está saliendo tan bien como yo esperaba— dice enfurruñado—. Eres la segunda mujer que descubre que sigo vivo en menos de medio día. Todo un record.

—¿Debo llamarle Marcus o Alain?— pregunto con cinismo.

—Como usted prefiera, a fin de cuentas mi identidad es como dicen en las matemáticas. El orden de los factores no altera el producto.

Le hago burla al oír el tono de voz tan presuntuoso que utiliza. No le recuerdo tan listillo al hombre. Al menos como director hotelero. Sí, es indudable que le vi arrogante y seguro de sí mismo, pero nunca imaginé que fuese un criminal.

Una sorpresa.

—¿Ha matado usted a Ellen Harold?

Mi pregunta es directa y concisa, y él se la toma como algo serio, porque su tono de voz cambia de estar guasón a estar serio nuevamente.

—Ella ahora está en un lugar mejor— responde—. Digamos que ahora tu nuevo jefe soy yo.

¿Mi nuevo jefe? ¡Y una mierda! Quiero dejarle clarito que se acabó el juego,

cuando él vuelve a hablar, adelantándose a mi renuncia.

—Nosotros seguimos siendo quién la paga, señora Kimberly. Usted está ahora mismo haciendo las funciones de comandante en su Departamento de policía porque nosotros la hemos puesto allí. Nos debe su lealtad y su sumisión, querida.

—¿Sumisión?— mis manos arden de ganas de golpearle fuertemente—. ¡Yo no me sublevo ante nadie!

—Si no hace lo que nosotros ordenemos, todo el mundo sabrá que usted es la responsable principal de la futura muerte de Madeleine Garrett y su familia.

—¿Qué?

—Está cogida por los ovarios, señora Kimberly. Una vez usted accedió a tener todo lo que le dimos, firmó un contrato de obediencia hacia Jian Lin, el Jefe y hacia mí. Ya no puede salir de la partida fácilmente.

¿Jian Lin? ¿El Jefe? ¿De quién habla?

Me recuesto en el asiento y enciendo un pitillo con ansiedad. Necesito algo de nicotina. La llamada a Ellen Harold está saliendo peor de lo que imaginé esa mañana al despertar.

—¿Qué quiere de mí, señor Scott?

—Necesito que se venga a Maryland, a un lugar llamado Oakland. Aquí estoy yo y necesito su protección. Ayer me contactó Elizabeth Stone e hizo un trato conmigo que seguro no va a cumplir. Ella se cree que soy idiota, pero puedo intuir sus planes. Quiere mi cabeza servida en una bandeja y no se lo voy a permitir.

—Yo no soy la guardaespaldas de nadie— le espeto muy enfadada.

—Desde este momento sí lo es. Claro si desea mantener todos sus privilegios. De lo contrario, será encerrada y condenada a prisión por intento de asesinato a la familia Garrett, y por conspirar para matar a su marido, al Comandante Thompson y a Ellen Harold.

—¡Yo no he hecho eso!

—Ya, pero tenemos grabaciones que pueden parecer lo contrario— se ríe él encantado de la vida—. Querida, el precio de la fama y de ascender tiene una consecuencia, y en su caso, es que ahora está a mi servicio.

Suelta una carcajada que me pone los pelos de punta.

—Tranquila, no voy a requerirla durante mucho tiempo. Sólo el suficiente para que la señorita Stone venga a mí. Aún no sé qué plan tenía Ellen con ella y con usted, pero no pasa nada. Improvisaré. Es lo que mejor se me da— sentencia sonriente—. La espero aquí mañana por la mañana y ya le cuento mi plan. Y no se preocupe, que su esfuerzo se verá recompensado. El Jefe tiene muchos contactos. Puede hacer que ascienda de nuevo con los ojos cerrados.

La línea se corta, y el pitido de llamada finalizada se graba en mis oídos de forma muy molesta. Termino de darle la última calada al cigarrillo que tengo en los labios y enciendo otro, de forma casi automática. La conversación de tarugos que acabo de tener con Alain Scott se repite en mi mente una y otra vez. Maldigo

su insistencia en que viaje a otro Estado sólo para hacerle de vigilante. Joder. ¡Tengo más cosas que hacer!

Saco de la guantera una fotografía en la cual salgo yo en mi boda con mi marido, que descansa en paz ahora, y sin pensármelo dos veces, la acerco al fuego y dejo que se queme hasta dejarlo todo en cenizas. Siento algo de liberación interior al verla arder ante mí. Desahogo un poco de ira con el trozo de papel quemado.

—Nadie me va a detener ahora que mi carrera recién está despegando— susurro con voz fría—. Caiga quién tenga que caer, yo seguiré adelante. Paso a paso.

Pongo en marcha el GPS del móvil, y sin pensar en pasar por casa para coger mis cosas, arranco el coche y pongo rumbo al Estado de Maryland. Quiero evaluar primero la situación y ver cómo se mueve el señor Scott en territorio desconocido para mí. Después ya voy a tener tiempo de averiguar quién es Jian Lin y el Jefe a los que tanto se ha referido en la conversación.

En ellos tiene que estar la clave de toda esta porquería de caso.

\*\*\*

**Los Ángeles, California.**  
**Sede principal Lin.**  
**Jian Lin.**

Firmo un par de documentos más sobre absorciones de multinacionales y cuando mi vista se cansa de prestar tanta atención, llamo a mi secretaria para que continúe ella por mí. Sabe imitar a la perfección mi forma de escribir y mi firma. Yo no tengo tiempo para seguir atendiendo los negocios.

Mi mente está ahora en otra parte, o mejor dicho en otra persona, con nombre y apellido. Sean Jenkins. ¿De qué me sirve a mí seguir haciéndome con multinacionales pequeñas, que no aportarán ni el diez por ciento de valor de mercado que gano con mi propia empresa de seguridad? De nada. Empresas Jenkins ya es otra cosa.

Antes yo era el rey del imperio de la seguridad en Asia y en cierta parte de Estados Unidos y de América Latina. Ahora con la donación que Sean me haga de sus negocios, seré el emperador de este mundillo de toda Europa, América y Asia. Todo será mío.

Mío.

Cuento las horas para que eso suceda, por eso tratar negocios simples y sencillos que hasta mi secretaria puede hacer falsificando mi firma, no me interesa ahora. Para nada.

—¿Señor Lin?— me llama desde el interfono la recepcionista.

—Dije que no quiero ser molestado por nadie— respondo furioso.

Anoto en un bloc de notas hablar con recursos humanos para que empiecen la búsqueda de otra chica atractiva de recepción. Todos tienen que aprender en esta empresa que mis órdenes tienen que ser acatadas sin rechistar.

—Lo sé señor, pero ya está subiendo. No quiso esperar, ni aceptó el hecho de que estaba usted reunido, yo no...

Corto el intercomunicador y me quedo de una piedra al ver al hombre trajeado que viene hacia mí con expresión seria y meditabunda. Me levanto enseguida de mi escritorio y recibo al visitante con inquietud.

—No esperaba verte por aquí, pensé que no salías de casa.

—Laia me tuvo que pedir ayuda y yo actúe. Dos veces— responde con voz fría, mientras se acerca a mi armarito y sin pedir permiso, se sirve una buena copa de brandy—. Se supone que Jason, Marcus y usted sois los mejores para llevar a cabo este asunto con discreción, ¿por qué entonces he tenido que tomar yo las riendas?

Maldigo a mi prometida. Nunca tuvo que recurrir a su ayuda para continuar con la misión. Se dejó llevar por el estatus que tendría como mi esposa. Imagino que supuso que sería invencible una vez llevase mi apellido. Estúpida mujer.

—Ella ya está muerta.

—Lo sé, por eso he tenido que salir de mi escondrijo. No quiero más errores, ni más meteduras de pata en este asunto.

Su voz suena seria y directa. Trato de sentirme intimidado por su presencia, pero no lo puedo evitar. A pesar de mi riqueza y de todos los millones de dólares, euros y yenes que tengo en el banco, estar en la presencia del creador de todo este caso, me sobrecoge. Y mucho para mi pesar.

—¿Qué quieres que hagamos?

—Tú tienes que hacerte con empresas Jenkins. Sigue adelante con los planes que tengas para apoderarte de esa compañía. Ya vas con retraso según lo planeado.

—Confiar todo en Elizabeth Stone fue un fracaso.

—Sí— responde nostálgico, mientras camina hacia la ventana de mi oficina y mira al exterior con el ceño fruncido—. Alejar del juego a Frank Krantz fue una cagada importante. Debimos dejarle en acción un poco más. Hubiéramos conseguido mucho más a estas alturas.

Alzo una ceja confuso. ¿Haber dejado activo a Krantz? No.

—¿Y qué más? ¿Después de apoderarme de empresas Jenkins qué plan tienes?

—Tenemos que sacar de juego a los Garrett y a los Jenkins. Tienen que desaparecer.

—¿Los Garrett también?

—Sí, todos. Esa fue la razón de haber enviado a Elizabeth Stone a su guarida. Destruirles desde dentro. No lo hemos conseguido de la forma que pensábamos, así que tienen que desaparecer. Y pronto. Si terminan descubriendo mi actuación en todo este asunto, se acabará el juego. Y mi venganza aún no se

ha realizado.

Asiento, pensando en contactar con Marcus lo antes posible para darle las siguientes instrucciones. El Jefe manda en este asunto. Tal vez él pueda encargarle a su nuevo contacto en la policía el asesinato de todos los miembros de la familia Garrett. Un accidente a lo grande.

—También tienes que encargarte de eliminar todos los cabos sueltos en este asunto.

—¿Cabos sueltos?

—Sí, como Ellen Harold, tenemos muchos cabos sueltos que nos pueden joder vivos. Tienen que morir— sentencia dejando el vaso vacío de licor en la mesa, encima de mis papeles—. Pete, Joanne Pearson, la falsa Laia Stone, Amy Kimberly, Marcus Harold. Todos también tienen que desaparecer.

¿Qué?

Camino hacia él y me cruzo de brazos a su lado.

—¿Marcus? ¿Él también?

—Son pequeños eslabones mal tejidos en esta historia. Todos saben algo que no deberían. No puede terminarse este asunto y que continúen con vida. Podrían estropearlo todo.

—Tienes miedo de que descubran tu identidad— resumo con ironía—. Por eso quieres que se liquiden todos los que tuvieron alguna vez contacto contigo.

El sonrío mostrando sus feos dientes llenos de sarro y del color amarillento del tabaco con orgullo. Joder. ¡Y qué yo tenga que obedecer órdenes tuyas!

—Entonces imagino que yo también estoy en esa lista negra— digo mirándole seriamente a los ojos—. Si quieres liquidarte a Marcus, no te temblará el pulso ordenar mi muerte.

—Te equivocas, amigo mío.

Se coloca a mi lado y poniendo sus manos en mis hombros hace que fije más aún mi mirada en él.

—Te necesito para que mis planes salgan bien. Con ayuda de empresas Lin, podré alzarme y obtener el poder que ansío. Eres el único del cual no puedo deshacerme, no te lo tomes a mal.

Suelto una risotada burlona. Su forma de ver las cosas me asombra y me estremece a partes iguales.

—Pero basta de charlas. No puedo permanecer más tiempo aquí. Me esperan en Nottville— dice acercándose al vaso vacío de la bebida para llenarlo con un trago más—. Vayamos al grano. Quiero que te encargues de separar a los aliados de los Garrett, para que estén alejados. Si mal no estoy informado, dos de ellos se dirijen hacia a Nottville ahora y eso no me viene bien.

—¿Cómo lo sabe?

—Tengo ojos y oídos por todos partes. Yo sé todo lo que pasa— comenta saboreando el sabor de mi brandy, una vez más—. Quiero que utilices a tu rehén para causar cisma en ellos. Les necesito separados un poco más.

Le digo que haré lo que me pida, mientras me acerco a mi escritorio y me

siento en él. Miro entre mis papeles y suelto un gruñido al ver un documento manchado con un poco de líquido de brandy. Maldición, no me gusta el desorden.

—¿Y con respecto a los cabos sueltos?

—Yo me encargaré. Dentro de nada verás las noticias plagadas de reporteros informando muerte de varias personas a causa de salvajes sobredosis. ¡El mundo está fatal hoy en día!

Ríe sólo cómo si nada le importase, y camina hacia la puerta de salida sin mirar atrás.

—El asunto de Elizabeth se solucionará solo. Sobre ella recaerán todos los cargos y los crímenes que se han cometido estos últimos meses. Marcus el mago se encargará de hacerme éste último favor antes de despedirse de este mundo. ¡Qué majo él!

Abro la boca para preguntarle a qué se refiere con eso, pero alza la mano sin darse la vuelta para hacerme callar. ¡Joder! Ni que tuviera ojos en la nuca. Sigue hablando como si nada.

—Consigue el imperio de Jenkins, y yo te seguiré recompensando. Te permitiré que sigas teniendo tus millones y tu reconocimiento internacional. Cuento contigo para proyectos futuros. No lo olvides, Jian. Tú eres una pieza importante en este juego. No te salgas del camino.

Proyectos futuros.

Ese simple pensamiento logra erizar mi piel. Froto con fuerza mis brazos, tratando de sacar esa sensación de mi piel. No me gusta sentirme una marioneta de nadie. Estoy acostumbrando a mandar, no a que me den órdenes.

—Quiero a nuestra invitada en mi despacho ahora mismo— le grito al interfono, marcando la extensión de mi agente de seguridad privada.

—Sí, señor.

Me recuesto en la silla y girando sobre mí mismo, trato de sentirme culpable por el destino que le espera a Marcus Harold. El Jefe ha sido claro en ese sentido. Tiene que morir. Igual que Ellen. Sus días están contados. ¿Por qué mi conciencia no se siente mal al pensar en eso?

Realmente me importa un bledo si ese farsante vive o muere. Nuestra relación ha sido estrictamente laboral. Sí, puede que su arte en manipular y en drogar me ha venido bien para obtener el control de Empresas Jenkins. Aún así eso no cambia nada. El Jefe cree que es un eslabón suelto y ordenará su muerte en breve.

Alzo la mano para coger el teléfono y pedir que me comuniquen con Marcus, pero cuelgo enseguida la línea telefónica. No. No voy a meterme. Me repito que no es asunto mío.

—Si es la hora de morir de ese hombre, que así sea. Mejor para mí. Así no tendré que repartir su parte cuando tenga en mi poder todo el dinero de Sean.

Esas palabras me consuelan y me hacen dejar de pensar en cosas absurdas.

Miro al frente hacia el doble cristal de la ventana de entrada a mi despacho y

me levanto enseguida de la silla al ver a mi hombre de confianza, trayendo a Melanie de su brazo. Está pálida y ojerosa. No ha dormido nada.

—Estabas más seductora cuando entraste aquí días atrás y me robaste— musito haciendo una mueca de asco al inhalar el desagradable olor que sale de ella.

Melanie evade mi mirada.

—¡Muestra más respeto ante el señor Lin!— le exige Fan Wong, empujándola hasta mí.

La directora de Westport tropieza y termina parando en mis brazos.

Siento el impulso de volverla a empujar para lanzarla lejos al oler tan de cerca la inmundicia que emana de su ropa y de su piel, pero me aguanto. La señorita está tan asustada y temerosa en mis brazos, que me excita la idea de aterrorizarla un poco más. ¡Así aprenderá a no meterse en asuntos que no le atañen!

—Si querías ir al baño podías haberlo pedido...— ronroneo acariciando sus hombros lentamente—. Una mujer tan bella como tú debe permanecer hermosa ante un hombre.

Su piel se estremece ante mi toque y yo sé que es de odio y de asco. Bien. Sigo subiendo la mano hacia llegar a su cuero cabelludo. Sin delicadeza alguna, le tiro del pelo y hago que me mire a los ojos directamente. Contemplo ante mis ojos un hematoma bien fuerte que tiene en el labio y en la parte derecha de la mejilla.

Vaya, me da a mí que no he sido muy hospitalitario que digamos.

—Tu tortura está a punto de terminar— miento a continuación—. Necesito que hagas una llamada telefónica y en un par de días serás libre.

Ella ríe de forma histérica, tratando de evitar mi mirada. Yo no se lo permito. Quiero que entienda todo lo que voy a decir.

—Mi prometida acaba de morir...— comienzo diciendo con voz ronca—. Pronto todos los que alguna vez tuvieron algún tipo de relación con los Garrett o con Elizabeth Stone morirán. Dado que tú no pintas nada en este asunto, quiero darte la oportunidad de salvarte. Sin necesidad de que sufras más.

Por mi mente pasa la idea de meterla como dama de compañía en el local de mi primera mujer y trato de borrarla enseguida. No quiero que ella note en mi expresión lo que de verdad estoy sintiendo.

—¿Qué debo hacer?— pregunta ella en voz baja.

¡Vaya! ¡Qué rápido descubre hacia dónde va ese juego!

—Quiero que hables a tu amante, y le digas lo que creas conveniente para alejarle de Nottville.

—¿Qué?

—Si tú le llamas y le aseguras que yo te liberaré una vez Sean Jenkins cumple su parte del trato, él querrá ir hacia dónde tú estés. Le dirás un sitio y un lugar para que pase a recogerte. Si te portas bien, cuando el señor Gómez venga a buscarte os dejaré marchar.

Mis palabras la sorprenden, porque se queda asimilando lo que le digo, sin decir nada al respecto. ¿Soy tan buen mentiroso cómo aparento?

—¿No dices nada?

—¿Cómo sé que dices la verdad?

—Porque estoy cansado de tantas muertes y de tantos crímenes. Han matado a mi prometida— añado fingiendo dolor—. Y todo por nada. Yo sólo quiero conseguir lo que merezco. He tratado de comprar esa empresa por las buenas y de forma legal y no he logrado nada. Sean Jenkins ha provocado todo esto.

—Él no...

—Yo sólo quiero que todo este asunto termine— interrumpo zarandeándola un poco—. No quiero más muertes innecesarias. Y tú eres un punto importante en esto. Puedes salvar a Samuel Gómez. Incluso quizá a la persona que esté con él ahora. Si los alejas de Nottville, salvarás vidas inocentes, junto a la tuya. ¿No es magnífico?

Noto por el rabillo del ojo cómo Wong cambia el peso de su pierna de un movimiento y sé que él puede ver que estoy mintiendo. Trato de no carraspear o de no decir nada extraño para que Melanie Sánchez no note mentira en mi voz.

—¿Si yo hago esa llamada, Sam se salvará pero no los Garrett?— pregunta ella clavando su mirada ahora en la mía.

Afirmo soltando su cabello como muestra de buena voluntad.

Hago que camine hacia mi escritorio y sentándola en mi silla – me anoto mentalmente ordenar que limpien bien todo el despacho cuando esa mujer se vaya para desinfectarlo—, le ofrezco un poco de agua y el teléfono de empresa. Ella enseguida bebe del líquido ansiosa. Intuyo que ha pasado toda la noche acurrucada en un rincón, sin probar bocado alguno.

Oh. Recuerdo cómo tiré al suelo la bandeja de comida cuando se la llevé al zulo. ¡Qué descortés por mi parte!

—¿Y bien? ¿Qué va a ser?

No contesta nada, lo que sí hace es coger el teléfono y marcar un número de teléfono. Wong se pone nervioso a mi espalda y quiere hacer el intento de detener a la muchacha. Yo le pido con un gesto que se quede inmóvil. La mujer que está ante nuestros ojos está asustada y mucho. Es imposible que quiera jugarnos una mala pasada en su situación.

Estaría loca si hiciera algo indebido.

—¿Sam?— oigo cómo susurra al oír una voz al otro lado del teléfono.

Puedo escuchar en la distancia el grito asombrado de Samuel Gómez al reconocer la voz de su chica. ¡Sensiblero estúpido! Y eso que parecía un tipo duro el día que le conocí.

—Estoy bien...— responde la señorita Sánchez mirando nerviosamente hacia mí. Yo le hago un gesto con la mano en mi cuello escenificando lo que puede pasar si no hace lo que le pedí y ella tras tragar hondo, continúa hablando con voz entrecortada—. Estoy bien, Sam. Necesito avisarte que no me han hecho daño. Me han prometido que me soltarán sana y salvo si hacemos lo que piden.

Bien. Suavizo un poco mi mirada al ver que está haciendo lo que le he dicho.  
—No— continúa diciendo, ahora clavando en mí sus ojos claros—. No me han hecho daño, te lo prometo.

¡Sabe mentir ella también! Menuda sorpresa.

—Sam, escúchame por favor. No permitas que Sean Jenkins haga el trato con el magnate chino. Es una trampa, ¡va a continuar con la idea de matar a todos los que se entrometan en sus planes!

Parpadeo un par de veces atolondrado al entender lo que la maldita mujer está haciendo. ¡Está previniendo al hombre de mis planes!

—No te separes de tus amigos y ve a Nottville, por alguna razón Jian Lin no quiere que...

Wong no deja que ella siga hablando. Se adelanta a mí y arrancando de cuajo la línea telefónica, hace que Melanie deje de hablar. A continuación la toma en brazos y comienza a abofetearla en el rostro una y otra vez.

Yo no hago nada por impedirlo. Me siento estúpido por haber tratado de hacer las cosas por las buenas. Evidentemente no iba a dejar que ni ella, ni el señor Gómez salieran bien parados tras terminar con este asunto, pero tampoco quería acelerar nada.

¡Las órdenes del Jefe me han hecho actuar precipitadamente, joder!

—Basta Wong— le pido a mi hombre al ver el rostro ensangrentado de la mujer—. Regrésala de nuevo junto a las ratas. Se quedará allí hasta que hagamos el intercambio.

—¿Seguirá siendo en una semana, señor?

—No. Lo tendré que adelantar. Si ellos usan la tecnología que tiene Empresas Jenkins localizarán la llamada en breve y les tendremos aquí en un abrir de ojos. Ya te informaré. Tengo que hablar con Marcus.

Hago un movimiento de la mano precipitado, haciéndole ver que no quiero seguir hablando. Él a mi orden coge a Melanie y llevándola casi a rastras la saca de mi presencia. Yo por mi lado tomo en mis manos el vaso de brandy vacío y lo estampo contra el suelo. Veo los pedacitos de cristal dispersarse por la moqueta de mi despacho y gruño con desdén.

Comienzo a lanzar órdenes a mi secretaria y a todo aquél que se cruza en mi camino para que limpien mi oficina y la dejen como los chorros del oro. Necesito salir de viaje urgentemente.

—Si preguntan por mí, he regresado a China— le advierto a la oronda de mi asistente—. Ah, y por cierto, ordena a recursos humanos que busquen una nueva recepcionista. No quiero verla aquí a mi regreso.

Y sin necesidad de dar más explicaciones, tomo las llaves de mi coche con un solo pensamiento en mente.

Necesito tener en mi poder el imperio de Jenkins y lo necesito ya. ¡A cómo dé lugar!

\*\*\*

**Charleston, Virginia Occidental.**  
**I—79N, a mediodía.**  
**Samuel Gómez.**

El coche de alquiler que hemos cogido en el aeropuerto es una ranchera sencillita, con comodidad y tecnología actual que hasta a mí me han sorprendido. Los respaldos de los asientos de cuero, junto a la tapicería convierten a este vehículo en una maravilla. Lástima que ni Michael ni yo disfrutamos del viaje.

En esta ocasión es mi acompañante el que conduce. Me lo pidió él, y tampoco tuve ganas de decirle que no. Mi mente no hace más que pensar en Melanie y en las miles de torturas chinas que conozco y que puede estar soportando en estos momentos.

Jian Lin es un psicópata de la peor calaña. Por conseguir millones, más patrimonio y lujos se me ha metido hasta el culo en asuntos turbios. Grandísimo hijo de puta. Todo el dolor que han causado para conseguir una mierda de absorvación. Y lo peor, que mi mente no hace más que pensar una cosa, y es una pregunta muy simple. ¿Cómo narices no he podido verlo yo antes?

Siento ganas de fumarme un cigarrillo y gruño para mis adentros por desearlo. Hace años que dejé ese mal hábito. Muchos más años de los que recuerdo. Ahora la ansiedad por el bienestar de Mel me tiene tan alterado que me hace desear cosas que no debería.

Joder.

—Melanie va a estar bien...— susurra Mike a mi lado, adelantando a un furgoneta que va pisando huevos—. Necesitan que esté bien para hacer el intercambio. No te preocupes.

Me giro hacia él para decirle que se meta sus palabras de consuelo dónde mejor le quepan, pero al fijarme en su rostro me quedo calladito. Está muy serio. Y distante.

Dejo a un lado mi temor por Mel, y me concentro en el poli que está a mi lado. Desde que salimos de Nebraska en el avión anoche, tras pasar la mayor parte del tiempo dormitando en el aeropuerto, ha estado así. Callado. Serio. Meditabundo. Nada que ver con el hombre que me ha acompañado en estas últimas semanas en búsqueda de pistas que demostrasen la inocencia de Elizabeth Stone.

—Maldita sea...— murmura Mike a continuación al tener que frenar el coche de repente al encontrarse con un atasco en los carriles.

Comienza a golpear rítmicamente el volante con frustración y yo entiendo inequívocamente que algo relacionado con esa maldita mujer le ha afectado. Y me refiero cómo no, a la dichosa señorita Stone.

Recuerdo cómo el semblante de Mike al conocer la noticia de que esa mujer seguía viva se iluminó de felicidad. Parecía un puto árbol de Navidad,

vomitivamente brillante. Tanto que me llegaba hasta a dar náuseas el encontrármelo tan feliz.

El viaje hacia Lincoln fue una tortura por eso. Y lo peor del asunto que Mike no lo esperaba. No. Él no se daba cuenta de lo colgado que estaba por la novia de Dann.

—¡Muévete ya, hombre!

Silbo sorprendido y llamo la atención de mi acompañante al verle tan tenso por un simple atasco. ¡Joder, mi novia está secuestrado por un psicópata! ¡Soy yo el que debería estar alterado a más no poder, no él!

—Mike, cálmate— le pido con voz ronca—. Sólo es una retención.

Él suspira y respira hondo.

Nos quedamos los dos callados unos instantes. Mike concentrado en el tráfico y yo en su rostro. Sé que yo ya tengo bastante cómo para querer meterme en algo más, pero no puedo evitar hablar. A fin de cuentas, el oficial de policía Michael West es amigo mío, y un buen tío.

—¿Qué te ha pasado con Elizabeth, colega?

Enseguida noto cómo sus músculos se contraen al oír hablar de esa mujer y eso me demuestra sin lugar a dudas mi teoría. Ella le ha hecho algo en el tiempo que estuvieron solos en esa habitación de motel.

—Nada— responde enseguida cortante.

—Tío, no estoy para mentiras— le digo con voz acerada—. Melanie puede estar ahora herida, o algo incluso peor. Estoy tratando de centrarme en otra cosa para no volverme paranoico. Si no me quieres decir la verdad, adelante, pero no me engañes. Yo no soy Danny.

Me recuesto en el asiento del copiloto y miro a través de la ventana el resto de personas que tratan de conducir también por esta carretera. Me dan envidia, y mucha. Ellos no tienen preocupaciones reales que les amarguen el alma.

Viven sus vidas con tranquilidad y sosiego. Afortunados ellos.

—He descubierto que sigue encubriendo a Marcus...— susurra Mike pasados unos instantes.

Mi cuello casi suena “crack” al girarme bruscamente hacia él de nuevo.

—¿Perdona... qué?

—Sean me llamó y me contó todo con respecto al secuestro de Melanie. Yo estaba con Elizabeth. La dejé a solas en la habitación para ir abajo y tratar de localizaros de forma urgente. Le pedí encarecidamente que no se moviese de allí y no tardo ni cinco minutos en desobedecer y salir hacia la recepción.

Me agarro al asa del coche cuando Mike pone el intermitente a la izquierda y de un acelerón brusco adelanta a un Audi que tenemos delante. Me hago la promesa mental de conducir yo a la vuelta cuando tengamos que regresar.

—¿Viste lo que hizo?

—Habló por teléfono y contactó con Marcus— dice en tono irónico—. No le costó mucho localizarle. Yo subí a la habitación para intentar averiguar qué había hecho y encontré su ordenador abierto por una página de información

sobre un espectáculo de magia que se iba a realizar esa misma noche en un pueblo de Maryland.

Me quedo sin palabras al oír ese Estado. ¡Está casi al lado de Virginia Occidental! Muy cerca de aquí.

—Joder, colega. Creo haber entendido que Elizabeth dijo que él estaba en Ohio.

—Mintió, Sam. Ella mintió... otra vez.

El tono de su voz suena tan entristecida que se me encoje el corazón incluso a mí. Reconozco esa expresión. Es igual que la mía al pensar que nunca más voy a volver a ver a Melanie en el mismo estado en que la dejé en Westport.

—Estás enamorado de ella, tío, ¿cómo no puedes verlo?

—Es la mujer de Dann— reconoce con una sonrisa torcida—. Y para mi desgracia, estoy empezando a pensar que no es tan inocente como aparenta. ¿Por qué nos dice que Marcus se encuentra en Ohio si en realidad está en Oakland, Maryland?

—Tal vez para protegernos...— murmuro, pero no por convencimiento. No, no creo en ella. Lo digo como consuelo para él. Ver a sufrir a un hombre tan noble y recto como Mike no me gusta.

Mis palabras le dan que pensar, porque pone el intermitente para regresar al carril derecho y baja la velocidad. Al fin.

—Sea cual sea su motivo, hay que avisar a Dann. Si quiere iniciar una orden de registro, tendrá que hacerlo al juez que corresponda, ¿no?

Mike asiente con la vista puesta en la conducción, yo quiero cerrar los ojos un rato para intentar de descansar durante la hora que aún nos queda para llegar hasta el pueblo de los Garrett, cuando mi móvil comienza a sonar en mi bolsillo.

Me quedo unos minutos paralizado al ver en la pantalla táctil grabado en la memoria de mi móvil el nombre de Oficina Jian Lin. ¡Me está llamando el hijo de puta desde su sede principal de Los Ángeles!

¡Cabrón psicótico!

Contesto enseguida a los dos tonos de estar sonando con un grito que llamo la atención incluso de Mike.

—¿Sam?

Abro y cierro la boca paralizado al oír la dulce voz de Melanie. Se la nota asustada y quebradiza. ¡Es Mel! Suelto un grito sin poderlo evitar de asombro y alegría al escuchar su voz de nuevo. ¡Sigue viva!

—¿Dónde estás, cariño?— le pregunto rápidamente—. ¿Estás bien? ¿Te ha hecho daño?

—Estoy bien...— me dice ella pausadamente. Su respiración se altera durante un segundo, y oigo perfectamente cómo traga saliva antes de continuar hablando—. Estoy bien, Sam. Necesito avisarte que no me han hecho daño. Me han prometido que me soltarán sana y salvo si hacemos lo que piden.

Puedo oír movimiento al otro lado de la línea del teléfono y sé sin asomo de dudas que Melanie no está sola. No se ha escapado para llamarme. Si está

contactando conmigo es por orden del maldito magnate.

—¡Ponme con él, cariño!— le pido con voz apremiante—. Necesito hacerle entender que si te toca un solo pelo de tu cabello, le mataré y de la forma más sangrienta que encuentre.

—No— vuelve a decir ella—. No me han hecho daño, te lo prometo.

Hace énfasis en no haber sufrido daño, que me mosquea. Mike a mi lado me pide en voz baja que trate de mantener la calma y que intente averiguar dónde está. ¡Se encuentra en la sede de Los Ángeles de Empresas Lin!. Yo ya sé dónde está, lo que quiero confirmar es que esté bien ella.

—Pásame con Jian Lin— vuelvo a pedirle—. Sé que está ahí, presionándote para que hables conmigo.

—Sam, escúchame por favor— me interrumpe Mel—. No permitas que Sean Jenkins haga el trato con el magnate chino. Es una trampa, ¡va a continuar con la idea de matar a todos los que se entrometan en sus planes!

¿Qué?

Trato de hablar para pedirle que se calme un poco, pero ella sigue hablando. Esta vez de forma más apremiante que antes.

—No te separes de tus amigos y ve a Nottville, por alguna razón Jian Lin no quiere que...

Lo siguiente que se oye es un golpe y la línea del teléfono se queda muerta de repente. Mi corazón late a velocidad anormalmente rápidamente con preocupación.

—¡Mel!

Trato de volver a llamar para contactar con el teléfono directo del maldito señor Lin y el contestador automático de la línea telefónica me dice muy amablemente que ese número de teléfono no está activo en esos momentos.

—¡Joder!

Mike gira a la derecha aprovechando una parada de peaje del camino y poniendo las luces de emergencia para el coche a un lado. Se gira hacia mí y comienza a hablar con voz pausada:

—Sam, respira hondo, acabas de comprobar que Melanie está bien. Tranquilo.

—Si no le han hecho daño antes, lo harán ahora...— murmuro serio—. Me ha dicho algo que seguramente Jian no quería que supiéramos.

—¿Qué te dijo?

—Sean. Me habló de Sean y del trato que hizo con el magnate. Dice que no va a cumplir lo que prometió y que no dejemos que ceda sus bienes. Me dijo que el plan es matar a todos los implicados en el caso de Elizabeth Stone y que vayamos a Nottville. Algo va a suceder allí. Y por lo visto el chino no quería que estuviéramos.

Mike chasquea la lengua ofuscado. Yo elevo mi mirada y clavo mi vista cansada en sus ojos color miel.

—Esa llamada pretendía ser una trampa. Tu novia se adelantó, Sam. Te avisó

a su manera para que pudiéramos proteger a alguien más.

—¡Se ha puesto en peligro!

Mis palabras ponen en voz alta lo que mi pensamiento está tratando de decirme a gritos en mi cabeza. Si Mike tiene razón y Mel ha querido ayudarnos, se ha arriesgado a que hagan algo malo con ella. Maldita sea.

—Necesito ir a Los Ángeles— le digo desesperado—. No puedo esperar a Dann o a nadie. Pueden estar haciéndole algo malo en este momento, lo siento muy dentro.

Me llevo una mano al pecho y me estremezco al notar una sensación de malestar en mi interior, que nace desde mi estómago.

—Está en peligro, Mike. Tengo que ir a por ella o corro el riesgo de perderla para siempre.

—Pero Sam...

—¡Estoy seguro que ahora están haciéndole daño! No puedo esperar tres días, tío, Melanie no tiene tanto tiempo. Me lo dice mi instinto.

Alargo la mano hacia el picaporte de salida del coche y sin pensar en consecuencias salgo del vehículo. A nuestro lado los coches que pasan nos pitan y lanzan insultos varios que me la traen floja. Mi mente sólo está puesta en Melanie y en llegar hasta ella lo antes posible.

Mike sale también del coche con expresión seria. Entiendo que quiere detenerme y hacer que entre en razón. Abro la boca para tratar de lograr que crea que mi decisión es la adecuada, cuando él me sorprende lanzándome las llaves de la ranchera.

—¿Qué?— dice él encogiéndose de hombros—. Si yo estuviera en tu lugar y supiera el lugar dónde tienen encerrada a mi mujer yo también saldría corriendo a rescatarla.

—Mike...

—A fin de cuentas, si fuera Elizabeth quién estuviera en peligro ahora yo haría lo mismo que tú, tío.

Su confesión dicha con tanta tristeza me llega al corazón. ¡Joder, sabía que la quería!

—Vete, Sam. No pierdas tiempo. Los Ángeles está a una buena tiradita de distancia.

—¿Y tú?

—Estamos en mi condado ya. No te preocupes por mí, enseguida conseguiré otro coche para que me lleve a Nottville. Estaré bien.

Camina hacia donde yo estoy y me da un empujoncito para que me ponga en marcha. No me lo pienso más. Entro en el asiento del conductor y enciendo el motor.

—Volveré enseguida con Melanie. ¡Ni se te ocurra hacer nada arriesgado hasta que yo vuelva con el asunto de Elizabeth y Marcus!

—¿Algo arriesgado?

—¡No hagas nada, colega! Al menos hasta que yo regrese y te ayude, por

favor. No quiero tener que salvar tu culo una vez venga con Melanie, ¿estamos?

Le veo asentir con una sonrisa torcida y yo me doy por satisfecho.

Miro a ambos lados del asfalto y aprovechando que no pasa nadie en ese momento, meto primera y acelero el coche al máximo para hacer un cambio de sentido prohibido. Dejo atrás la figura de Mike poco a poco y mi mente se centra en el problema que tengo a continuación.

Encontrar a Melanie, sacarla de las garras del magnate millonario y regresar a Nottville sin levantar sospechas.

Sencillo, espero.

\*\*\*

**Nottville, Virginia Occidental.**

**16,00h. Hospital General.**

**Brianna Jenkins.**

Beso dulcemente en la frente de mi hija con mucho cariño al verla despierta en la cama del Hospital. Ella me sonrío con calma. Respiro al fin tranquila al comprobar que ha despertado muy bien de la anestesia y que todo ha salido bien.

A mi lado están mi marido y mi yerno. A ambos también se les ve felices. Al fin algo bueno que nos pasa a nosotros. Desde la muerte del primo de Jim y Danny todo parece haber caído en una espiral de dolor y destrucción que aterriza.

Saco de la bolsa blanca los pasteles y la caja de bombones y lo abro poniéndolos encima de uno de los sillones.

—Ahora que hemos visto que Maddy está bien, todo el mundo a comer— murmuro cogiendo yo la primera un pastel con sabor a trufa.

Mi esposo sonrío a mi espalda, caminando a mi lado con la intención de coger un bombón de café.

—No...— murmuro dándole a cambio otro pastel sin azúcar—. Recuerda tu azúcar, querido. Debes controlarte.

Él gruñe en señal de disconformidad, pero termina haciendo lo que le pido.

—Papá, debes cuidar tu salud— dice Maddy con tono dulce.

Jim se acerca también a nosotros y coge tres bombones de dulce de leche. Dos se los mete en la boca, saboreándolo con placer y el otro se lo alcanza a Maddy.

—Toma mi vida.

Quiero abrir la boca para advertirle a mi hija que no es buena idea que coma algo sólido tan pronto, cuando la puerta de entrada se abre, y entra Erick seguida de una enfermera a la habitación. Mira hacia dónde está su paciente y mi yerno y chasquea la lengua con reproche.

—No puedes comer nada aún...— murmura mirando la caja de bombones y pasteles con reticencia—. Eres doctora, cielo, tú lo sabes mejor que nadie.

Maddy refunfuña elevando los ojos al cielo.

—No tengo diversión últimamente...— susurra mirando con anhelo el bombón.

—Te quitaré la tentación, cariño— sonrío Jim tragándose también enseguida—. Así no hay problema.

Se acerca a darle un beso en los labios y se aleja un poco para dar espacio al doctor y a la enferma a revisar a mi hija.

Yo me acerco a Sean y me abrazo a su cintura, dichosa de tenerle cerca. Mis dolencias tras despertar del coma se han ido poco a poco con los cuidados y el amor que me ha prodigado el hombre que tengo a mi lado. Saber que juntos vamos a ser abuelos de un niño que está por venir, me llena de tanta dicha que a veces no sé cómo expresarlo sin parecer una vieja ñoña.

Cosas maternas que poca gente entiende, supongo.

—Debes descansar y no moverte para nada en todo el día— aconseja Erick tras revisar a Maddy a fondo—. Tu bebé está bien, y tú también. Si necesitas ir al baño, puedes avisar a la enfermera y te ayudará con la cuña.

—Yo la ayudaré— dice Jim apoyándose en un lado de la pared para asombro mío y de los presentes—. No será necesario molestar a la enfermera.

Miro fijamente a mi yerno y me sorprende verle comenzar a sudar a chorros. ¿En febrero, con el frío que hace?

—¿Jim, estás bien?— le pregunto acercándome a él con cautela.

—Sí...— dice él intentando no darle importancia al asunto—. Habré cogido algo de frío, supongo.

Erick cruza una mirada extrañada conmigo, y mientras le encarga a la enfermera que acomode bien a Maddy en la cama y le ponga una inyección de suero para que llegue algo de alimento al bebé, se acerca a nosotros dos con paso lento. Saca sus herramientas de auscultar y se coloca en frente de Jim.

—Déjame revisar tus pupilas.

—Erick, estoy bien...

—Jim— ordena el doctor con voz seria—. Estás temblando, sudando a chorro limpio y con el equilibrio algo lamentable. Déjame comprobar que no hay nada de que preocuparse.

Maddy mira a su marido, con expresión intranquila.

—Jim, por favor...

Intuyo que el mayor de los Garrett va a protestar por la forma defensiva en la que pone su cuerpo. Quiero acercarme para ver si puedo tratar de calmarle, cuando se dobla en dos, gimiendo de dolor.

—Me duele mucho el estómago...— susurra, mientras Erick le grita a Sean que llame a pedir ayuda y que traigan una camilla.

La enfermera se queda con Maddy, intentando obligarla a que no se mueva del sitio. Mi hija al ver que su marido no está bien, hace esfuerzos para bajarse de la calma para llegar a su lado. Suerte que la enfermera le impide realizar el movimiento.

—Jim...— susurro yo agachándome a su lado, mientras Erick trata de incorporarle—. Tranquilo, te vamos a ayudar.

—Estoy empezando a ver doble— dice él con mucho esfuerzo—. Siento que se me retuerce el estómago.

—Tranquilo, colega, todo va a estar bien.

Erick le da palabras de consuelo mientras le mira las pupilas y le toma la temperatura. Maldice no ver entrar refuerzos aún.

—¡Maldita sea, que pasa con esa camilla!

Deseo pedirle que no grite así delante de mi hija y de mi yerno, pero me quedo sin palabras al ver a éste último desmayarse ante mis ojos.

—¡Jim!— grita Maddy forcejeando con la enfermera.

—¡Dale un calmante, Tess!— le ordena el doctor a continuación—. No le viene bien alterarse de esa forma tras la operación. Haz que duerma.

—¡No!

Intenta hacer un último esfuerzo para librarse de la aguja que la enfermera quiere inyectarle en las venas. Yo me siento inútil al no saber qué hacer, si quedarme con el inconsciente Jim o ir a defender a mi pequeña. La llegada de Sean, junto a la camilla y otros doctores decide por mí.

—¡Ponedle una vía enseguida! Está sin conocimiento y con las pupilas dilatadas. Hay que llevarle a hacer un lavado de estómago rápido.

¿Lavado de estómago?

Sean me ayuda a levantarme del suelo y me pone a un lado, mientras observamos cómo los doctores tratan eficientemente a Jim. Maddy a nuestra espalda solloza, sin moverse a penas. El calmante le está haciendo efecto pronto.

—¡Vamos!

Una vez le ponen la vía y le suben a la camilla, desaparecen de la habitación sin decir nada. Me aprieto fuertemente a Sean, asustada.

—Ha dicho que van a hacerle un lavado de estómago— dice mi marido acariciándome suavemente para intentar de relajar mi tensión—. ¿Tú has visto a Jim comer algo hoy?

—No— contesto con voz temblorosa—. Hemos estado aquí toda la mañana. Ni desayunamos, ni comimos nada hasta que Maddy despertó. Nosotros no...

Suelto un grito de horror al girar mi vista al sofá y ver allí los pasteles abiertos y la caja de bombones. Sean sigue mi mirada y lanza una sarta de insultos que en otra época me hubieran puesto los pelos de punta.

—Joder, esa caja de bombones iba dirigida a Maddy, cariño.

Siento un sabor amargo subir por la boca de mi estómago hasta mis labios y no puedo contenerme. Corro al cuarto de baño, y al pensar que alguien acaba de volver a tratar de asesinar a mi hija, vomito toda la poca comida que pueda tener acumulada en mis jugos intestinales.

—Cariño...

—Ve con Jim— le suplico respirando agitadamente—. Exige que le salven la

vida. Yo me quedo con Maddy.

—Brianna...

—¡Ve, Sean!

Mi grito le pone en movimiento, ya que se acerca a mí y tras ayudarme a incorporarme sale corriendo de la habitación en busca de información sobre Jim Garrett.

Dios bendito, qué puedan llegar a tiempo.

Regreso a la cama con Maddy, y miro con odio profundo y visceral el resto de bombones que aún están puestos en el sofá. La enfermera llamada Tess me mira como con pena.

—Jim sólo ha comido esos bombones – le digo con voz fría—. Nada más en todo el día. Si es necesario llévenselo para que los analicen y sepan qué ha indigestado a mi yerno.

Ella asiente, cogiéndolos con cuidado y marchándose de la habitación con premura.

—Tranquila...— le susurro a Maddy al ver que sus ojos van cerrándose, obligados por el tranquilizante que le han suministrado—. Jim es fuerte. Todo un Garrett. Se pondrá bien.

Coloco la mano en el vientre donde está creciendo mi nieto, y lanzo una plegaria al cielo rogando por el bienestar de mi familia.

Un ruego desesperado.

## CAPÍTULO 23

**Arlington, Virginia.**  
**25 de Febrero, 17,00h**  
**Elizabeth Stone.**

El orfanato o casa de acogida dónde está enclaustrado Jaime se alza majestuoso ante mí. El edificio de color blanco y marrón parece que me mira con burla. Creo que intuye que mi alma no está conforme con los pasos que mi cuerpo da para entrar dentro de los grandes portones de madera que dan acceso a las instalaciones.

Dann está a mi lado.

Desde que bajamos del avión y alquilamos un coche de sustitución, no ha pronunciado palabra alguno. Está serio y taciturno. Imagino que preocupado por ver cómo sacar lo antes posible a Jaime de ese lugar.

Al despertar esa mañana en Lincoln, Nebraska, lo primero que se dedicó a hacer fue a ordenar los análisis al cuerpo encontrado encontrado en Ohio al Departamento de Policía. Gracias a su rango de Teniente, logró hacerse entender rápido y se pusieron manos a la obra. Por eso salimos más tarde de lo pensado rumbo al aeropuerto.

El avión salió a penas unas horas atrás y ya por fin estamos aquí.

Ni siquiera hemos parado a comer algo. Lo poco que ofrecían de almuerzo en el avión nos ha servido de alimento hasta ahora. Espero poder remediar eso en cuánto salgamos de ver a Jaime.

El niño.

Me estremezco, parada en la puerta. Dann se adelanta y entra el primero en la institución. Yo lanzo un suspiro de pesar antes de decidirme a seguirle. La verdad es que mi chico está actuando un poco raro. Tal vez ya haya descubierto mi mentira sobre el verdadero paradero de Marcus. Me aterra pensar que pueda volver a desconfiar de mí de nuevo.

Me apresuro para seguir el paso y siento alivio puro y verdadero al fijarme en sus ojos y ver que siguen siendo del color azul cielo. *Bien, pienso, si le pasa algo no está relacionado conmigo. Es bueno saberlo.*

—Buenos días, veníamos a hablar con la madre Eleonora.

Madre. ¡Un orfanato gestionado por monjas!

La cosa mejora por momentos.

Camino hasta ponerme al lado de Dann, y tras asegurarme de tener bien puesta la capucha para que nadie pueda quedarse mirándome fijamente, me cuelgo de su hombro. Él al verme a su lado me sonrío.

Al observar la expresión de su rostro y la impaciencia que corre por su piel entiendo alto y claro que lo que le pasa al menor de los Garrett es que está nervioso por encontrarse nuevamente con el pequeño. No tiene nada que ver conmigo, ni con el caso en el que estamos involucrados.

Todo es por Jaime.

—Todo va a salir bien...— me dice él al notarme tensa a su lado—. Jaime se pondrá muy feliz al irse con nosotros, cariño.

Le doy una sonrisa, fingiendo estar contenta, cuando interiormente siento todo lo contrario. Cuchillos afilados de celos y envidia recorren mi piel, haciéndome sentir miserable. ¡Ahora resulta que voy a tener celos de compartir mi tiempo con Dann con un niño huérfano! ¿A qué grado de crueldad puedo llegar?

—Ya lo sé, cariño— le susurro dándole un beso en la mejilla.

A continuación una mujer mayor con el pelo entrecano y mirada bonachona se presenta ante nosotros. Nos da la mano a los dos, antes de pedir que la acompañemos a su despacho. Me fijo en su forma de andar y noto una ligera cojera en su pierna derecha. Cabeceo tratando de concentrarme en el asunto en cuestión por el que hemos viajado hasta allí.

Jaime. O mejor dicho Jaime Garrett, si Dann se sale con la suya. El niño pasará a tener el apellido Garrett. Jaime Garrett Stone, si yo acepto a darle mi apellido.

Me mareo con sólo pensarlo. Y no por el hecho de hacer oficial la adopción del niño, sino por mi apellido. Stone. ¿Cómo voy a darle mi apellido a ese niño, si puedo acabar encerrada en la prisión por asesina? Supuestamente ahora estoy muerta para todos, pero tarde o temprano, llegará un momento en el que todos sepan que sigo viva y pase a orden judicial. Si nuestro plan de demostrar mi inocencia no sale bien y finalmente me condenan con la ley en la mano a pasar el resto de mis días en prisión, ¿qué clase de estabilidad voy a poder darle como madre?

¡Ninguna! La respuesta es clara y concisa.

—Madre Eleonora, soy Danniel Garrett es un placer conocerla.

—El placer es mío— responde ella con amabilidad tras hacernos sentar en unas sillas, enfrente de su despacho—. Es una alegría poder conocerle al fin, señor Garrett.

¿Conocerle al fin?

Miro a la mujer con extrañeza.

—¿Le conoce?— pregunto yo sorprendida. Me doy cuenta que la monja se queda mirándome ahora a mí fijamente y entiendo que aún no me he presentado.

Carraspeo antes de darle mi nombre falso—. Lizzie Flynn, la pareja de Danny.

Eleonora me devuelve la sonrisa aunque con esfuerzo. Parece que mi aspecto no le gusta mucho. Mi corazón palpita con fuerza en el interior de mi pecho con algo de temor. ¿Me habrá reconocido como Elizabeth Stone?

—¿Puedo hablar con libertad?— quiere saber ella poniéndole atención sólo a Dann.

Intento no sentirme rechazada por la frialdad que demuestra hacia mí. A fin de cuentas yo no quiero estar allí. Si he ido al orfanato ha sido por Dann y por la ilusión que le hace ver de nuevo a Jaime. Nada más.

—Lizzie es mi mujer— sentencia él mirándome con cariño—. Es de plena confianza.

La monja carraspea antes de seguir hablando.

—Está bien. Le decía que es un placer conocerle porque Amanda nos dijo que tarde o temprano usted vendría a recoger a Jaime.

—¿Amanda? Pero si murió en un accidente.

—Eso es, pero un par de meses antes de sufrir ese accidente, nos dio a su hijo. Alegó no poderle mantener y renunció a sus derechos de madre biológica.

Rebusca entre sus papeles y saca una carta con claras señas de haber sido leída muchas veces.

—Dejó esto dirigido a Danniell Garrett. Nos dijo que usted se haría cargo del niño sin discusión alguna.

No sé quién se queda más sorprendida sobre ese hecho, si Dann o yo. ¿Amanda abandonó a su hijo? Mi corazón se encoge de dolor ante ese pensamiento. Según el informe que Mike le dio el día anterior, Jaime lleva años en casas de acogida. Si Amanda no quería al niño, ¿por qué no contactó antes?

Quiero levantarme para acercarme a Dann para ver si está bien tras leer esa carta y él se adelanta ante mi movimiento. Se pone en pie con los músculos rígidos de tensión y dejando la carta encima de la señora Eleonora comienza a hablar con voz rota de dolor.

— ¿Por qué si sabían mi nombre y mis datos no contactaron conmigo antes? — pregunta él respirando agitado—. Jaime ha tenido que pasar por el trauma de vivir con más de ocho familias distintas en los últimos tres años, ¿por qué diablos no me llamaron cuando Amanda os lo dejó a vuestro cargo? ¡Me da la custodia a mí del niño!

La custodia.

Enfrento la mirada de la monja y de Dann con incredulidad. Así que esa mujer le ha dejado la custodia plena de Jaime a él. Noto que al procesar esa información mi respiración vuelve a normalizarse en mi interior.

No tengo porqué adoptar yo a Jaime. La propia madre del niño ya se pronunció al respecto y le ha dado la plena custodia a Dann.

¡Bien!

—Señor Garrett, la señora Amanda nos hizo firmar una cláusula de confidencialidad ante notario. Le tuvimos que prometer que únicamente

contactaríamos con usted cuando se personase en nuestras instalaciones. No podíamos buscarle para obligarle a ser padre.

—¡Yo vi crecer a ese niño, y estuve a su lado desde pequeño! ¡Este papel no sólo me hace ser su padre legalmente, sino que yo ya lo era por sentimiento y amor! Si yo hubiera sabido hace tres años que Jaime estaba aquí, hubiera venido a por él sin pensármelo si quiera ni un instante.

Sus palabras salen a borbotones por sus labios y suenan tan apasionadas, que me estremezco hasta yo.

—Me alegra oír eso señor Garrett, porque en cuanto usted dé su consentimiento, llevaremos los papeles que nos entregó Amanda con la custodia del niño ante la Consejería de Familia y Servicios Sociales de este condado para que autoricen la legalidad del documento.

—¿No puedo llevarme a Jaime hoy?

—No hasta oficialmente sea su padre adoptivo.

—Maldita burocracia.

Me levanto ahora sí de la silla y me coloco junto a Dann. Él al notar me cerca se gira hacia mí y me mira a los ojos con una expresión de dolor que no estoy acostumbrada a ver. Puedo ver que se siente culpable por no haber ido a buscar al niño antes.

—Cariño, no sabías nada— susurro con ternura acariciando su mejilla. Él cierra los ojos al sentir mi tacto—. Vas a ponerle remedio en cuanto hagan legal la última voluntad de la madre de Jaime.

No le digo que es mejor que Jaime tarde en llegar a casa un poco. Una vez salgamos de Virginia y tratemos de salvar a Melanie, nos esperan días difíciles. Si no encontramos las grabaciones de Marcus, nunca podremos demostrar mi inocencia en el caso del asesinato de Carson City y seguiré siendo una fugitiva durante años.

O peor. Una criminal encerrada en prisión de por vida.

—Tienes razón.

—¿Podemos ver a Jaime?— le pregunto a Eleonora con mal humor.

Jolín, si ella me mira con frialdad bien yo puedo hacer lo mismo con ella. ¡Faltaría menos!

—Sí, un par de minutos. Sigánme.

Guarda el documento de nuevo en un cajón de su escritorio y sale por la puerta sin esperar a ver si la seguimos o no.

—Tranquila— me pide Dann besándome en la mejilla.

Toma mi mano y me hace andar detrás de la mujer. Yo quiero decirle que por muy monja que sea esa mujer no tiene derecho a tratar de forma condescendiente o mal sin conocerme si quiera, pero el apretón de su mano enlazada con la mía me impide hablar. Siento un pinchazo en mi hombro izquierdo y no es precisamente a causa de la herida de bala que gracias a dios está sanando bien.

Es de nervios.

Me da algo de miedo sentir rechazo o repulsión por el niño.

Y mucho.

\*\*\*

La estancia a la que Eleonora nos guía es blanca como la nieve cuando cuaja en el suelo. Brillante. Se encuentra en el primer piso de la institución, junto a un cuarto de baño y a una habitación que tiene el letrero de “comedor”. Me guardo un mal comentario acerca de poner tan cerca en un lugar tan grande el baño y el lugar dónde dan de comer a los niños.

Tengo que portarme bien.

Le pido a Dann que pase él primero a la habitación y me quedo a un lado mientras una señorita joven, vestida formalmente —sin llevar el hábito de monja, mejor dicho—, trae a la sala a un niño de unos diez años, bien arreglado y peinado de forma elegante.

Veo a Dann tragar hondo. Está nervioso. Tanto que sus ojos se empañan cuando el niño se planta delante suya y exclama en voz alta “Danny” antes de lanzarse a sus brazos como si fuese un bote salvavidas.

Yo me quedo paralizada al ver esa muestra de afecto por parte del niño. Ni en mis mejores sueños esperé en el viaje de Nebraska hasta aquí que Jaime reconociese a Dann.

—Jaime, hijo...— susurra él agachándose junto al niño para abrazarle con fuerza—. Te he echado mucho de menos.

—Mamá me dijo que vendrías, y que por eso yo debía esperarte y no aceptar a ninguna familia de acogida.

El crío llora mientras habla entre hipidos y su voz me da ganas de llorar a mi también. Enfoco mi vista en la joven que sigue detrás observando todo con alegría.

—Nos hizo enmarcar una foto que nos dejó su difunta mujer en forma de retrato— dice ella con ternura—. Por eso Jaime no le ha olvidado. No se separa de esa fotografía en todo el día.

Me quedo impactada con la frialdad de Amanda. ¿Cómo pudo decirle a niño de seis años que esperase a Dann hasta que él viniese a buscarle? ¿Y si nunca se enteraba de que estaba en un orfanato? Se me encoge el corazón por Dann y su sentimiento de culpabilidad.

Trato de concentrarme en lo que siento yo con respecto al niño al verle en brazos de Dann, y la verdad es que no sé que sentir. No me da rechazo de forma visceral y eso es bueno. O eso espera. Supongo que ver esa escena de ternura entre los dos me hace sentir... bien. Feliz por Dann.

*¿El amor es así?, me pregunto con tristeza, ¿amar a alguien te hace alegrarte por él si se reencuentra con un antiguo amor? Porque sí, a pesar de tratarse de un niño, y no de una mujer, Dann ama a Jaime con su alma, como un padre a un hijo. Y eso no tiene que hacerme sentir mal, porque que él quiera al niño no quiere decir que por eso me vaya a querer menos a mí, ¿no?*

Salgo de mis pensamientos al encontrarme con Dann y Jaime ante mí instantes después. Me agacho ahora yo para ponerme a la altura del crío.

—Ella es Lizzie— susurra Dann algo cohibido por no poder decir mi nombre verdadero—. Mi mujer.

Sé que quiere decir que seré su mamá en el futuro y por eso le freno a tiempo. Es pronto para decirle al niño que tiene que ver a otra mujer como su madre. Bastante tiene ya con aceptar que el hombre que será su papá viene con maleta.

—Hola Jaime— le sonrío mostrándome amable—. Es un placer conocerte.

—Gracias— responde él tímido mirándome con recelo—. Eres guapa. Tienes un pelo muy chulo.

Varios rizos de las extensiones se escapan de dentro de la capucha y me la bajo para que él pueda ver mi cabello entero. Suelta un silbido sorprendido al ver el doble color que tengo “pintado” en el pelo.

—Mi color de pelo es igual que el color de los ojos de tu papá...— susurro mirando con amor a Dann.

El niño se da cuenta de la ternura con la que yo le hablo y parece que eso le gusta, porque se suelta de la mano masculina y se acerca a mí para acariciar una de las extensiones.

—Son bonitas— vuelve a decir con una sonrisa infantil que no estoy acostumbrada a ver.

Supongo que me gana su inocencia porque le cojo ahora yo en brazos y le doy un sonoro beso en la mejilla.

—Eres un niño muy inteligente y muy grande— le digo sonriente—. Me hace muy feliz conocerte.

¡Y lo sorprendente del asunto es que lo digo de corazón!

Alucinante.

El niño se pone contento al ver que no le rechazo y me da un abrazo antes de hacer fuerza para que le deje al suelo para ir junto a su padre.

Tal vez actuar de madre cuando lo malo de los últimos meses se solucione no esté tan mal después de todo.

¿No?

\*\*\*

Media hora después y obligados por la cuidadora joven de Jaime, cuyo nombre no nos ha dicho, dejamos al niño en el orfanato y salimos del edificio con una sensación de pérdida que me sorprende hasta a mí.

Dann ha tenido que pasarse un buen rato a solas en la oficina de la madre Eleonora firmando la solicitud oficial de adopción del niño. Pobre mío. Le resulta difícil alejarse de Jaime ahora que le ha encontrado. Se le ve en el rostro.

—Piensa que tenemos muchos asuntos que arreglar— le digo en voz baja mirándole con mucho cariño—. Dann, hay que intentar conseguir esas

grabaciones para encerrar en la cárcel a Marcus, Jian Lin y compañía.

Me mira intensamente, con esos ojos azules que tanto me gustan.

—Me gusta que ya no hables sobre asesinar, ni sobre hacer justicia con tus propias manos sobre ninguno de esos tipos— me dice acariciando mi rostro.

Estamos junto al coche de alquiler, enfrente del orfanato.

La verdad es que nos cuesta meternos en el coche para salir de allí. Es sorprendente lo fuerte que puede ser el instinto maternal, incluso en una persona como yo.

—Si quiero tener un futuro junto a ti tengo que ser buena— le digo pestañeando rapidamene, fingiendo inocencia—. Muy buena.

—Eres de lo que no hay— ríe él besándome—. Perdóname por no haberle podido decir a Jaime tu verdadero nombre.

—No te preocupes. De momento está bien así.

Más a salvo estará supongo.

Quiero decirle que es hora de subirnos al coche para partir hacia nuestro siguiente destino, cuando su teléfono móvil suena desde su bolsillo. Rezo porque no sea el forense para confirmarle que el cuerpo hallado en Ohio no coincide para nada con las muestras que tiene del verdadero Marcus Harold.

Si se descubre tan pronto que Marcus sigue vive, Dann querrá ir a Ohio para enfrentarse directamente a él, y aún no le he dicho la verdad del paradero del falso Alain Scott. Sigo manteniendo esa mentira y aún no sé porqué.

—¿Sean?

Parpadeo anonadada y esta vez no cómo señal seductora, sino con pesar. ¿Qué diantes querrá Sean Jenkins ahora de Dann?

—Habla más despacio Sean, no te entiendo— oigo que le pide Dann—. ¿Qué mi hermano... ¡qué!?

Me llevo una mano al corazón al notar cómo Dann se pone pálido de la impresión por lo que sea que Sean le está diciendo.

—Sí, claro, voy enseguida. Por favor, mantenme informado ante cualquier novedad.

Abre la puerta del coche y sin dirigirme la palabra arranca el motor del coche. Tengo que correr para montarme con él en el asiento del copiloto. Le veo temblar al poner la marcha en el coche.

—¿Dann? ¿Qué pasa?

Durante un segundo creo que no me va a contestar, porque ni siquiera se pone el cinturón de seguridad antes de apretar el pedal del acelerador. El motor ruge enfadado por no haber presionado el embargue.

—¡Dann!

Pongo mi mano sobre la suya en las marchas y al notar que al fin me presta atención, paso a acariciarle ahora el rostro para tranquilizarle. Gime ante mi contacto. Parece un hombre torturado.

—¿Qué le ha pasado a Jim?— pregunto con un nudo en el estómago que pocas veces he sentido antes.

—Están tratando de salvar su vida, Eli. Alguien ha tratado de envenenarle con unos bombones.

Siento romperse mi corazón en pedacitos al oír eso. ¿Jim? ¿Envenenado? Sudor frío recorre mi espina dorsal al imaginarme un mundo en el que no estuviera James Garrett. Los pájaros que salvó en su segunda residencia en medio del campo viene a mi memoria y me da ganas de gritar y de sollozar al pensar que alguien haya querido tratar de matar a un hombre tan bueno y solidario como Jim.

—Lo peor no es que esté grave, sino que los bombones iban dirigidos a Maddy, cariño.

Ahora sí que tiemblo esta vez yo, y de pura mala leche. ¡Maldito sea Marcus! Es indudable que ha tratado de continuar con el encargo que me hizo a mí de matar a la hija de Sean. Joder.

—¿Maddy está bien?

—Sí, por suerte ella no probó ninguno. Sólo Jim.

La voz abandona a Dann y yo le atraigo a mi pecho como puedo en la incomodidad del coche y le abrazo con todo el amor que siento por él. Se deja arropar por mi cariño sin decir nada. Le noto estremecerse ante mí y maldigo mil veces más a Marcus por seguir con esa locura.

El deseo que ya creía olvidado en el fondo de mi memoria de matarle vuelve a mí y trato de tranquilizarme para que Dann no lo note. No es el momento de perder los estribos. Por Jim y Maddy.

—Déjame conducir a mí— le pido instantes después—. Salimos de inmediato hacia Nottville.

—Pero Eli, son más de trescientas millas. Unas cinco horas de viaje, yo no...

—Si pretendemos ir en avión tardaremos más, porque no sabemos si habrá vuelos disponibles. Hazme caso, ponte aquí donde estoy yo y te llevaré a Nottville.

Noto que quiere seguir protestando y le interrumpo. Saco del coche las llaves y salgo del vehículo con la decisión escrita en el rostro. Danniel Garrett está ahora paralizado por el dolor de saber que su hermano se encuentra grave en el hospital, no puedo dejarle conducir. No si queremos llegar sanos y salvos a su pueblo natal.

—Dann...

—Eli, tú no puedes regresar a Nottville. Por mucho que hayas cambiado tu aspecto, te reconocerán.

—Bueno nadie me verá. Yo no voy a ir al Hospital. Prometo esperarte escondida en tu casa— le digo fingiendo alegría. ¡Cómo si no me doliese el hecho de saber que estoy vetada si quiero ver de nuevo a Maddy o a su marido! —. Me portaré bien hasta que vengas del Hospital, lo prometo. Sólo quiero llevarte lo antes posible y en buenas condiciones allí.

Parece que la intensidad con la que hablo le termina de convencer, porque saltando por encima de la caja de marchas del coche se coloca en el asiento del

copiloto y me deja el espacio suficiente para entrar yo y ponerme al volante.

—Conduce con cuidado. No quiero salir en radares, ni que nos tomen fotografías por exceso de velocidad y salga tu imagen— me dice con voz apagada.

—Todo saldrá bien— le sonrío robándole un último beso en la comisura de sus labios—. Regresamos juntos al lugar dónde toda esta aventura comenzó, ¿qué hay mejor que eso?

Mis palabras parece que le hacen gracia porque a parte de reír conmigo, cuando pongo el intermitente izquierdo para salir del aparcamiento, clava su mirada en mí con la expresión intensa en su rostro.

—Gracias por haber confiado en mí y regresar a mi lado, señorita Stone— me dice casi con humildad—. Me hace mucha falta ahora.

—Gracias por darme el beneficio de la duda, señor Garrett.

Le lanzo un beso con los morritos y acelero a tope al incorporarme a la carretera. Dann me mira frunciendo el ceño ahora y yo le saco la lengua como nena pequeña.

—Prometo llevarte sano y salvo a Nottville, pero no por eso voy a ir pisando huevos. Jim y Maddy te necesitan.

Él gruñe algo parecido a “sí, me necesitan, pero sano y entero y no tras haber echado la primera papilla del susto”, pero yo no le hago caso. Sigo conduciendo, concentrada en la carretera.

Nottville es la próxima parada.

\*\*\*

## **Nottville, Virginia Occidental. 1,00 am, casa Garrett.**

Bostezo repetidamente mientras aparco el coche en la entrada de la casa de Dann. Tengo más sueño del que quiero reconocer. Haber conducido tan de seguido me ha dejado agotada, y eso que Dann me ha pedido en varias ocasiones que cambiemos los puestos para ponerse él al volante. Y por terca me he negado todo el rato.

Al menos en lo que sí le hice caso fue en ir primero a su casa en el pueblo. Más por seguridad mía que por otra cosa. Seguramente puedo correr más riesgo de que me descubran si me ven en el Hospital que si espero en su casa.

Es asunto de lógica supongo.

—Duerme un rato, cariño— me pide ayudándome a salir del coche.

Toma mi mano y me acompaña hasta su casa. Oler su aroma repartida en toda la estancia me llena de nostalgia. Y de recuerdos bellos. Allí fui muy feliz con él. Un par de días solamente, sí, pero intensos.

—Dale un beso a Maddy y a Jim de mi parte— le pido acariciando su rostro.

Veo arrugas en su rostro de preocupación y sé sin asomo de dudas que está muy preocupado por su hermano.

—Aunque ellos nunca sepan que esos besos se los envió yo, al menos yo me quedaría así más tranquila— murmuro poniéndome de cuclillas para robarle un beso antes de dejarle marchar—. Te quiero Dann, no lo olvides.

Él me mira ceñudo unos segundos.

—¿No vas a irte de aquí sin avisar, no?— pregunta casi titubeante.

—No me fui cuando pensé que querías arrestarme, no me voy a ir ahora que estamos casi a punto de conseguir las grabaciones que obran en poder de Marcus — le digo tratando de tranquilizarle—. Te dije esas palabras porque al entrar aquí me he dado cuenta que te las digo muy poco y que tú mereces oírlas casi todos los días.

Mi afirmación le hace reír casi a regañadientes.

Me atrae a su fuerte y sudoroso pecho y me roba un beso apasionado que me quita la respiración. Gimo en sus brazos, abrazándome fuerte a él. Me encanta su olor corporal y no sólo el que deja impregnado en su casa.

—Yo también te quiero, Elizabeth. Te avisaré de cualquier novedad con respecto a mi hermano y a Maddy.

Me recuerda que trate de pasar desapercibida, dejando las luces apagadas lo máximo que pueda y tras acariciar mi cabello color azul, se marcha de su casa rumbo al hospital.

Yo me acerco a la ventana y aparto un poco la cortina para verle marchar.

¿Por qué siento tanta tristeza al verle marchar?

Llevo mis manos al contorno de mis labios y cierro un instante los ojos tratando de guardar en un rinconcito de mi interior ese beso que me dio. *Qué cosa más rara, pienso, si no tengo la intención de alejarme de su lado ni un instante.*

Cabeceo tratando de alejar esos pensamientos de mi mente y me pongo en marcha. El cansancio que tengo acumulado tras haber concentrado la vista en la carretera, decide por mí. Así que me dirijo a la habitación de Dann, donde ya he dormido a su lado más de una vez, y tras coger una de sus camisas que aún guarda algo de su olor, cierro los ojos.

Caigo dormida en menos de lo que se tarda en decir dulces sueños.

\*\*\*

**3 am, 26 de Febrero.**

**Aún en casa de Danniel Garrett.**

El insistente sonido del teléfono me saca del letargo en el que el sueño me ha dejado inmersa. Parpadeo un par de veces y me llevo las manos a los ojos para restregarlos con rapidez. Las legañas me impiden ver bien. Miro la hora en el reloj de la mesita de noche de Dann y suelto una maldición al ver que he caído

roque durante más de tres horas.

¡Maldición!

Alargo la mano para coger el auricular del teléfono y contesto con un dormido “¿sí?”. Escucho la risa impregnada de ternura de Dann al oírme.

—Buenas noches, cariño— dice él en voz baja—. Siento despertarte. Sólo quería decirte que al fin nos han dejado pasar a ver a Jim, y ya está fuera de peligro. Por suerte el veneno que le suministraron en los bombones no le ha dañado mucho internamente. Erick actuó a tiempo.

—Menos mal.

Me incorporo en la cama, sin soltar la camisa de Dann en ningún momento.

—Han llevado a analizar la caja de bombones, y a parte de las huellas de Jim, Brianna o Sean, no hay ninguna más. Quién dejó esa caja en la consulta veterinaria fue muy inteligente— dice con rabia—. Un profesional del crimen, diría yo.

Marcus.

El nombre del falso mago viene a mi cabeza en un instante y sé sin lugar a dudas que ha tenido que ser él quien volviese a intentar matar a Maddy. Según Dann los bombones iban dirigidos a Maddy, ¿quién más trataría de matar a la hija de Sean?

—¿Y Maddy como está?— pregunto inquieta.

Quiero añadir que deseo saber si el bebé está bien, pero no me atrevo a formular esa cuestión. Tal vez el recuerdo de Jaime, y el haber estado cerca de un niño haya activado en mí un instinto maternal que no sabía que tenía.

—Bien. Hoy la operaron de la rodilla— dice algo enfadado consigo mismo —, y no lo sabía. Salió todo bien. El asunto del bombón envenenado pasó después.

—Menos mal que ella no probó ese bombón.

—Cierto. Si lo hubiera hecho, me temo que mi sobrino no hubiera podido sobrevivido a ese ataque, cariño.

Su sobrino.

Respiro aliviada al entender que ese bebé sigue creciendo sano y salvo en el vientre de su madre. Bien. A pesar de estar tan jodida mi mente, aún sigo pensando en Madeleine como en una hermana muy querida.

—Me quedaré un rato más por aquí. No quiero irme hasta saber que Jim está consciente y pueda hablar con él. Quiero saber si pudo ver quién le dejó esa caja de bombones o qué pacientes atendió ese día. Por algún lado hay que empezar a buscar al hijo de puta que ha intentado envenenar a mi familia.

Mi lengua quiere comenzar a hablar y recordarle que los únicos que desean la muerte de Maddy son Jian Lin y Marcus, pero me quedo en silencio. Aún no quiero recordarle el nombre de Marcus. Y no por querer salvarle el pellejo a ese malnacido. Si fuera por mí, ya estaría muerto y enterrado por mi mano.

Quiero tratar de llegar hasta su lado para que confiese qué planes tiene con respecto a Melanie Sánchez, y con Sean Jenkins. Por muy confiado que esté en

realizar el intercambio y el trato que haya planeado junto a Jian Lin, sé que no cumplirán su palabra.

Algo traman, y necesito saber qué es para poder proteger a la gente que amo y que ama Dann.

—Sigue durmiendo un poco más— me pide él a través del teléfono al ver que me quedo callada un buen rato—. Es pronto para estar en pie.

—Sí, cualquier novedad, aquí estoy para ti.

Me lanza un beso sonoro que me hace reír, y yo se lo devuelvo con energía. El sonido resuena en la habitación y mis mejillas se ponen rojas como la lava de un volcán de vergüenza. ¡Cualquiera que me vea ahora se reiría de mí fijo!

Me tumbo en la cama de nuevo, y llevándome a la nariz la camisa de Dann, vuelvo a tratar de dormir, inundándome de su olor.

Funciona a la perfección.

\*\*\*

**6,00 am, 26 de Febrero.**

Abro los ojos de nuevo al oír un ruido de pasos y golpes en la puerta principal de la casa de Dann. Me levanto enseguida con el corazón acelerado. Temo que alguien haya oído algo raro durante la noche y haya avisado a la policía para que fueran a ver en el interior de la casa.

Tal vez todos en el pueblo ya sepan que Dann está en el hospital haciendo compañía a su hermano tras haber sido éste envenenado, y se hayan extrañado al oír ruidos raros provenir de la casa.

Trato de recordar si me levanté mucho durante la noche para ir al baño, pero no lo sé con seguridad. He estado tan cansada y somnolienta, que puede que haya ido al sanitario a hacer mis necesidades pero sin darme cuenta del proceso. Cosas más raras se han visto.

Dejo la camisa masculina en la cama, y sigilosamente abro la puerta para poner bien el oído en la puerta. Sigo escuchando pasos que van de un lado al otro del salón. Entiendo que Dann no es, porque si fuera él ya hubiera ido subido a darme los buenos días.

Tomo una figura de cerámica que hay colocada en un mueble del pasillo e intentando no hacer ruido voy hacia el origen de los ruidos. La casa ya está iluminada por los rayos del sol que entran por los ventanales, así que no me resulta necesario encender ninguna luz.

Me quedo sin palabras al llegar al salón y encontrarme cara a cara justo con la última persona que esperaba ver de nuevo. Al menos tan pronto.

—Brianna Jenkins...— murmuro guardando la figura de cerámica en mi espalda.

No quiero que piense que he tratado de atentar contra su vida. Otra vez.

—Vengo en son de paz— dice ella alzando las manos mientras camina hasta mí—. Puedes dejar en la mesita la figura. Es una antigüedad de la familia Garrett. No creo que Danniell se alegre mucho al ver que se te cayó de las manos sin querer.

Alza una ceja de ironía al verme titubear a la hora de dejar ese adorno a un lado y me pide amablemente que me siente en uno de los sillones.

—Quiero hablar contigo como personas civilizadas.

¿Personas civilizadas?

El olor de su perfume llega hasta mis fosas nasales y de repente un fogonazo de antipatía y odio recorre mis venas, dejándome paralizada en el lugar. Maldigo a Marcus una y mil veces. Su hipnotismo o como se llame la droga que usó conmigo para hacerme odiar a Brianna, está activo y latente en mí ahora.

Imágenes de mi misma agachándome en el interior del coche de Maddy para quitarle los frenos asaltan mis recuerdos y me paralizan de terror en medio del salón. Maldita sea. Justo ahora eso es lo que menos debo recordar.

—Voy a ir directa al grano— dice Brianna sacando del bolsillo de su chaqueta un talón—. Yo adoro a Danniell como si fuera un hijo más. Me importa tanto como Maddy, y por eso quiero su bienestar. Entiendo que te ama y todo eso, y créeme lo lamento mucho.

Siento mis mejillas arder al oír el desprecio con el que dice esas palabras. Me entra la duda de saber si el sentimiento de odio que creo intuir en cada cosa que ella dice está sólo en mi imaginación o si de verdad emana de ella.

—Aún así, no creo que tú seas buena para él— añade mirándome por entero con el ceño fruncido—. Nos ha contado el asunto de Jaime y su adopción, y es evidente que tú no estarás a su lado cuando eso pase. Si la policía no te atrapa, tendrás que huir como una fugitiva. Sino terminarás en la cárcel.

—¿Va a delatarme usted?

Ordeno a mis piernas que se muevan y camino hasta quedarme detrás de uno de los sillones de la sala. A mi espalda está la chimenea, con muchos adornos pesados que parecen llamar mi atención. *Úsame, úsame*, creo oír en mi interior que me dicen para que los tome en mis manos si la situación lo requiere. Le ordeno a mi mente que se comporte decentemente, mientras agarro con fuerza el cuero del sillón.

*No soy una asesina, me repito respirando hondo, quiero a Dann, le he prometido no volver a arreglar las cosas arrebatándole la vida a la gente. Tengo que saberme aguantar.*

—No, querida. Danniell te adora como bien dije antes. Si lo hago no me lo perdonará y no quiero eso. Creo que es mejor que haga otra cosa— abre el talonario que ha sacado minutos antes, y sacando un bolígrafo hace un garabato en su interior con rapidez—. Toma. Lo he puesto al portador para que no tengas problemas a la hora de cobrarlo. Te servirá para alejarte lejos de este Estado, incluso del país si así lo deseas.

Se acerca hacia mí y me pone en la mano el talón. Siento deseos de llorar y reír de forma histérica al leer la cantidad que viene reflejada. Es más del dinero

que tengo ahorrado de mi herencia, y del que puedo ganar en toda mi vida. Joder.

El taco merece la pena al acercar el talón a mis ojos y mirarlo con estupefacción. ¡Brianna Jenkins está tratando de comprarme para que me aleje de su vida para siempre!

—Usted quiere que yo coja este dinero y no me vuelva a acercar nunca más a la vida de los Garrett ni de usted— murmuro en voz muy baja.

—Sí. Imagino que quién pagó por sus servicios para matarme a mí o a Maddy le pagó bien, pero creo que la cantidad que ganará si hace lo que le pido le satisfará mejor, señorita Stone. Quiero que Danniel sea feliz y sé que cuando adopte a Jaime, la olvidará. No al momento, imagino, es un muchacho muy leal mi Danny, pero si a largo plazo. Usted a fin de cuentas sólo es una mercenaria.

Pienso en Marcus y en su maldito plan de destruir a los Jenkins y comienzo a reír esta vez sin poderme contener. ¡Joder con la señora Jenkins! Tan religiosa, buena y paciente que parecía ser. ¿Y trata de sobornarme con dinero?

—Puedo llamar a la policía y hacer que la detengan si lo desea— dice ella sonriente—. Yo sólo quiero lo mejor para mi familia y usted ya ha tratado de matarme una vez. Estuve en coma por su culpa. Y hasta donde yo sé, estoy portándome bien ahora mismo. No he tratado de recriminarle nada, ni de saltar sobre sus ojos por lo que trató de hacerme a mí y a mi hija.

—Yo me arrepiento mucho de que Maddy saliera mal parada de ese suceso — murmuro cuando al fin recupero el habla—. Nunca quise hacerla daño.

Brianna carraspea guardándose el talonario en el mismo lugar que antes.

Me echa un último vistazo por entero y sin mostrar ni un ápice de comprensión en su rostro, añade con voz fría.

—Usted decide cómo prefiere vivir el resto de su vida señorita Stone. Si se queda junto a Danny, le arrastrará a su mundo criminal. Pueden acabar ambos en la cárcel.

—Dann no ha hecho nada malo.

—Está encubriéndola querida, y eso ya es delito, ¿no?

Me dice adiós con la mano y sale de la casa de Dann como si fuera suya.

Vuelvo a mirar el cheque y durante un segundo me imagino a mí, cogiendo un avión con destino Europa, con un nuevo cambio de look. Dispuesta a seguir adelante con mi vida. Sin riesgo de terminar en la cárcel. Sin estar atada a un domicilio si el juez es comprensivo conmigo y me condena a arresto domiciliario. Tiento a mi conciencia con la posibilidad de ser libre y empezar de cero en algún otro lugar.

Con otra identidad. Quizá otro aspecto. El dinero puede hacer maravillas estéticamente hablando. Si pago por ello, tal vez me convierta en una persona nueva y nadie conocido pueda encontrarme nunca más.

Sin amenazas, ni miedo.

—Maldita bruja...— susurro mirando con rencor el dinero que puedo llegar a tener.

Siento odio profundo hacia Brianna Jenkins por haber venido a comprar mi voluntad con su dinero. Pienso en Jian Lin y en su obsesión por hacerse con el patrimonio de Sean y por un segundo mi mente entiende el extremo al que ha llegado por hacerse con los bienes de Empresas Jenkins.

Doy un brinco del susto al escuchar sonar el teléfono de la casa. Me llevo la mano al corazón y con gesto duditativo cojo el auricular para contestar la llamada. Me quedo en silencio esperando que empiece a hablar la persona que esté al otro lado del teléfono.

—¿Eli?

Me estremece escuchar la voz de Dann preocupada.

—¿Estás bien, cariño?

Su ternura me derrite. Miro el cheque que aún tengo agarrado con fuerza en mi mano izquierda y siento un nudo en el estómago que me impide respirar con tranquilidad. Las imágenes de mi nueva vida en Europa taladran mi cabeza y me hacen sentir culpable por haber deseado escaparme aunque fuera un segundo.

—¿Pasa algo, Eli?

—He tenido una pesadilla, Dann— le digo arrugando el cheque con ira—. Un mal sueño nada más.

Arrojo el arrugado talón a la chimenea y me dejo caer en el sofá donde una vez estuve sentada encima de Dann. Necesito sentirle cerca para poder recuperar la calma.

—En un par de horas estaré contigo— me dice él con mucho cariño—. Sé que estar en Nottville te trae recuerdos malos.

Afirmo, y no precisamente por querer darle la razón en su frase, sino por otra razón. Algo de lo que Brianna ha venido a decirme me ha hecho entrar en razón en un aspecto, y es en que estoy poniendo en peligro el futuro de Dann permaneciendo a su lado de esa forma. Si las cosas salen mal, y del registro en la casa de Marcus no encontramos pruebas que demuestren mi “inocencia” en el asesinato ocurrido en Carson City, Danniell Garrett va a estar metido hasta el cuello de mierda por tratar de ayudarme.

¿Y yo voy a permitir que se joda la vida?

La respuesta viene alta y clara a mi cabeza en un santiamén.

No.

*Lo siento, mi amor, pienso cerrando los ojos con fuerza un instante, siento no cumplirte la promesa que te hice anoche de no marcharme sin ti. Necesito encontrar a Marcus y terminar con todo esto de una buena vez por todas. Si todo sale bien y encuentro las grabaciones que necesitamos, siempre puedo regresar y pedirte perdón de rodillas por haber hecho esto sin ti.*

—¿Eli?— me pregunta él llamando mi atención de nuevo a la conversación. Parece que ha estado diciéndome algo que no he escuchado para nada.

—Repíteme lo último por favor.

—Van a pasar a planta a Jim en breve— vuelve a decirme con tono suave—. Hemos logrado hacer que le lleven a la misma habitación de Maddy para que

puedan estar juntos. Mi cuñada ha estado de los nervios, alejada de mi hermano las últimas horas. Erick ha cedido en mi petición, gracias a Dios.

—Bendito sea ese doctor— murmuro yo aparentando tranquilidad—. ¿Sobre qué hora vendrás, cariño?— le pregunto disimuladamente.

—Más o menos a mediodía, porque voy a pasarme por la estación de policía con Mike. Ahora que al fin han confirmado que el cadáver que encontraron en Ohio pertenece a un gasolinero de la zona, voy a pedir la orden de registro a la casa que tenga alquilada el señor Marcus Harold.

Siento la sangre en mis venas fluir con rapidez por mi cuerpo al oír su plan. ¡Tengo que adelantarme a eso!

—¿Y con respecto a Melanie?— pregunto preocupada—. ¿Qué pasa con ella?

—Sam ha ido a por ella— dice Dann algo contrariado—. Y Mike le dejó marchar. He discutido con él sobre eso, pero bueno. Estamos esperando su llamada. Según informadores Jian Lin se marchó de Los Ángeles, y ahora mismo está en Oakland, Maryland.

Me levanto de golpe del sofá al escucharle. Siento que mis oídos comienzan a pitar de forma inexorable. ¡Marcus está en ese Estado! ¡No puede ser casualidad, maldita sea!

—¿Estás seguro?

—Sí, cogió su avión personal y aterrizó allí ayer por la noche— me dice Dann con voz ronca—. Por eso aún no he salido hacia Los Ángeles para ayudar a Sam a rescatar a Mel. Sé que él sólo puede entrar en esa sede y salvar a su chica, sin necesidad de inmiscuirme. Si hubiera preferido poderle ayudar y cubrir su culo, pero bueno, no se lo puedo reprochar. Yo hubiera hecho lo mismo por ti.

Sus palabras suenan tan intensas, que hace que me olvide por un segundo de Marcus y del chino y que me centre en él. En mi Dann. No puedo evitar saber que va a sentirse muy dolido conmigo cuando regrese a su casa y no me encuentre allí.

Mucho.

—Tengo que colgar... — me dice Dann al ver que yo no le digo nada. ¿Y cómo decirle algo, si siento un nudo en la garganta que no me deja pronunciar palabra alguna—. Una vez tenga la orden de registro, partiremos hacia Ohio, Eli. Marcus no se nos va a escapar esta vez.

Cierro los ojos, dolida conmigo misma. Aún estando él en el Hospital, temiendo por la salud de su hermano, Dann sigue haciendo planes con la intención de ayudarme a mí en todo lo posible. Mi absurdo sueño momentáneo de haber querido escapar de su lado de minutos antes me atormena ahora más que nunca.

—Le quiero con toda mi alma, señor Garrett— le susurro apretando con fuerza el metal del teléfono—. Y espero que cuando todo este asunto termine de una vez por todas, podamos ser felices para siempre.

—Yo también la quiero, señorita Stone. Y cuando regrese al mediodía para

estar a su lado, le demostraré cuanto.

Rompo a llorar en cuanto cuelga la llamada y me dejo caer en su sofá, para dejar salir todas las lágrimas que salen a borbotones de mis ojos. Maldigo a Brianna Jenkins por haber entrado de esa forma en la casa para hacerme ver la realidad de la peor manera posible.

Con todo mi corazón.

\*\*\*

**7,00h am, 26 de Febrero.**

Doblo con cuidado la carta que me ha costado más de media hora escribir, y se la dejo a Dann encima del sofá del salón. En cuanto entre por la puerta se la encontrará de lleno, por eso decido dejarla allí. Me sé de memoria lo que le he escrito casi con los ojos cerrados incluso.

*Querido Dann.*

*En primer lugar discúlpame por no decirte esto en persona y dejarlo escrito con estas pocas palabras que te van a saber a poco. Créeme que ésta es la única forma que tengo de hacer las cosas. No puedo seguir arriesgando más tu prestigio y tu buen nombre por seguir a tu lado. No hasta que las cosas se solucionen y mi nombre quede limpio. O al menos todo lo limpio que se pueda.*

*Cuando llegues a casa del Hospital no me encontrarás, porque ya habré partido en busca de Marcus. Siento no haberte dicho que él en realidad no se encuentra en Ohio, sino en Maryland. Imagino que Jian habrá viajado hacia allí para encontrarse con él, para ver cómo quitarle todo a Sean. No lo sé. Lo único que tengo claro es que este asunto turbio comenzó conmigo y tiene que terminar también conmigo. Debo enfrentarme a Marcus sólo.*

*Cuando leas estas líneas, trata de no odiarme mucho. Te amo, y lo sabes. Lo daría todo por ti y por eso elijo mantenerte al menos. Si consigo encontrar a Marcus y le hago enfrente, tu vez pueda sacarle la verdad del asunto. Si no lo logro y todo se va a la mierda, al menos me quedará tranquila de saber que a ti no podrán acusarte de tratar de ayudar a una criminal. Piensa que no sólo lo hago por ti, sino por Jaime. El crío te necesita a ti. Una vez te den su custodia, tú serás su padre, en las buenas y en las malas, y no puedes dejar que nadie ensucie tu nombre. El apellido Garrett siempre ha sido usado con honor y fuerza y Jaime será una cosa que herederá de ti cuando crezca.*

*Por favor, si quieres hacer algo por tratar de ayudarme, mantente al margen. Si las grabaciones existen y Marcus las tiene, quizá las lleve consigo. Ojalá sea tan sencillo el asunto como eso, ¿soñar es gratis no?*

*Nunca he creído en la Ley, tú lo sabes, no ha hecho nada bueno por mí estos meses, pero al menos ahora quiero empezar a confiar en tu propia Ley, la que me enseñaste con amor, paciencia y cariño. Esa será mi salvación, si logro salir airosa de esto.*

*Te llevo en mi corazón, y en la camisa que te tomo prestada de tu dormitorio. Le quiero*

*mucho, señor Garrett, nunca lo olvide.*  
*Elizabeth Stone.*

Metó en la mochila de mis pertenencias la camisa de Dann y tras mirar con odio una última vez el cheque que está arrugado en la chimenea, salgo de la casa con aire taciturno.

Espero no estar a punto de cometer el mayor error de mi vida por amor.

\*\*\*

**7,15 am. 26 de Febrero.**  
**Casa de Danniell Garrett.**  
**Brianna Jenkins.**

Entro en la casa del hermano de mi yerno en cuanto veo salir por la puerta con paso lento a Elizabeth Stone. No me sorprende para nada encontrarme encima del sofá una nota dirigida a Danny.

La tomo en mis manos y sin ningún tipo de remordimiento leo el contenido del texto de un tirón. Lanzo un bufido de incredulidad antes de arrugar la carta con fuerza y meterla en el bolsillo de mi chaqueta a presión. No creo para nada las palabras de esa mujer. Pienso que ha querido hacerse la noble y la buena y por eso le ha soltado esa sarta de mentiras a Danny para quedar bien.

—Te has llevado el cheque con el dinero— murmuro con ironía—. No vas a intentar salvar a Dann, sino a ti misma, bruja.

Mi estómago quiere protestar de nervios al pensar que estoy actuando mal al haber sobornado a una mujer para que dejase a mi familia en paz, pero enseguida me recompongo. No he hecho nada malo, sobre todo teniendo en cuenta que la persona en cuestión trató de matarme a mí, y a Maddy, mi hija, meses atrás a sangre fría.

Lo único que tiene que darme pesar y tristeza es la cara de Danny cuando llegue a casa y no encuentre a esa mujer.

Titubeo durante un segundo entre sacar de nuevo la carta de mi bolsillo para valorar si es buena idea dejarla en la casa para que Danniell la lea o no, cuando giro mi mirada hacia la chimenea y veo un papel arrugado allí, junto a la leña. Agradezco que la calefacción no está encendida para coger el papel.

Me quedo blanca cual fantasma al encontrarme con mi talón arrugado tirado allí.

—Joder.

Doy un par de vueltas por la habitación, frustrada. Parece ser que no sirve de nada tratar de comprar la voluntad de Elizabeth Stone. Miro un segundo inquieta el sofá dónde acabo de encontrar la nota y sé sin lugar a dudas que por primera vez en su vida esa mujer ha tratado de hacer lo correcto, yendo sola al

encuentro del hombre ese que trata de matarnos a Maddy y a mí.

Pienso durante un segundo que he cometido un error al ir a esa casa en la mañana, al ver que de verdad la señorita Stone sí ama a mi Danny, cuando me doy cuenta de la realidad. Esa mujer ya se ha ido. Si el menor de los Garrett llega a su casa y no la encuentra allí, pensará que le ha abandonado otra vez y volverá a odiarla. De nuevo.

Justo lo que yo he pretendido en todo momento.

Rompo en pedazos la prueba de mi participación en ese asunto, haciendo trizas el cheque. Y tras guardarme los restos junto a la carta arrugada de amor, salgo de la casa de Danny con paso apresurado.

—Lo siento, señorita Stone, pero usted no va a tener un final feliz. Al menos no con la familia Garrett si depende de mí.

# CAPÍTULO 24

**Los Ángeles, California.**  
**8,00 am, 26 de Febrero.**  
**Samuel Gómez.**

Me encuentro agachado en el aparcamiento de la sede de Empresas Lin, observando atentamente a la puerta de salida del edificio. No es la principal, sino la secundaria. Es la comúnmente llamada puerta de atrás. Por ella sólo pueden entrar y salir empleados, asistentes del hogar y los obreros que son llamados para arreglar cualquier avería del edificio.

Estoy aquí apostado desde las cinco y media de la mañana esperando. Mi móvil ha vibrado en el bolsillo de mi pantalón más veces de las que creo recordar. No he contestado a ni una sola llamada. Mi concentración está puesta en allí.

Sé sin asomo de dudas que tras la llamada de Melanie a mi teléfono particular desde esa sede, tarde o temprano Jian Lin ordenara que la trasladen a otro lugar. Y no precisamente para realizar el intercambio. Según Sean habían quedado para cumplir su pacto en seis días. Si movían de lugar a Melanie era para hacerla desaparecer de Estados Unidos. O bien para siempre – y tiemblo sólo de imaginarme a mi Mel muerta—, o bien para llevarla a Asia a prostituirla.

Las dos opciones me ponen los pelos de punta. Literalmente.

Escucho ruido de pasos desde el otro lado de la puerta y se me eriza la piel. Me pongo alerta. He aprendido a lo largo de los años que un buen rescate se tiene que llevar a cabo con cautela y precisión. Atacar antes de que te vean llegar. Sin limitación.

Mi corazón late a mil al escuchar un gemido femenino. Suena como gloria a mis oídos, aunque suene horrible decirlo. ¡Es Melanie! Gracias al cielo está viva aún.

Me lo repito un par de veces cuando un instante después aparece en mi campo de visión un hombretón vestido completamente de negro, llevando a rastras a mi chica cogida del brazo. Aprieto los puños con rabia al ver esa repugnante escena. *No sientas nada ahora, me digo, rescátala. Actúa nada más.*

Me muevo sigilosamente hacia la derecha sorteando un par de coches en

completo silencio, y cuando me coloco en modo paralelo a ellos dos, me agazapo bien para saltar en el momento oportuno.

—¡Vamos, zorra!— le grita él zarandeándola un poco al ver que le cuesta moverse.

Aprieto los puños y aguanto la respiración clamando a mi paciencia para que no me abandone justo ahora. No muevo ficha hasta que se coloca justo de espalda, entre una columna del garaje y un coche rojo. Salto sobre el matón, golpeándole en su columna vertebral con rabia.

Melanie cae al suelo al no poder permanecer en pie por la debilidad que pueda sentir en sus piernas y yo lucho contra mis ganas de ir a ayudarla. Todavía no puedo. El maldito maltratador sigue consciente, respirando con dificultad desde el suelo.

—Tiene un arma...— gime Mel tratando de ayudar.

Le doy una patada al susodicho antes de que saque su revolver y sin remordimiento de conciencia le pongo en pie con violencia y le golpeo la cabeza contra la columna que antes le cegó la visibilidad. El hombre gime en mis brazos y cae al suelo con un gran reguero de sangre en la base del cráneo.

Me acerco a él para ver si tiene pulso, y llego a sentir pesar al encontrárselo. Joder. El tipo duro sigue vivo. Siento el impulso de coger su arma y descargar todas las balas que tenga en la recamara en su cabeza por haberse atrevido a tocar a mi mujer, pero al empezar a escuchar los sollozos provenir de los labios de Melanie me lo pienso mejor.

Estamos en un aparcamiento, accesible para todo el mundo. Si quiero poner a salvo a mi querida directora de Westport, tengo que sacarla de allí en ese preciso momento. No sé si el hombre agonizante del suelo tiene a más lacayos a sus órdenes en el interior de la sede o no.

Corro hacia Melanie y la tomo en brazos como suma delicadeza. Tiembla contra mi pecho.

—Sam...— solloza ella al verme.

—Tranquila, muñeca, te voy a llevar a un lugar seguro. Ya estás a salvo.

Camino con ella, arrullándola como si fuera mi bien máspreciado — que lo es, ya no me cabe duda alguna—, y contengo la rabia que bulle por mis venas cuando llego hasta la ranchera de Mike y a la luz del sol veo los hematomas que ella tiene en el rostro.

—Joder, debí haberle matado— espeto furioso.

Ella parece alterarse al oír mi voz alterada y yo le pido perdón con la mirada. Acaricio y beso su cabello repetidamente y no me quedo quieto hasta que no la dejo sentada en el asiento del copiloto de la ranchera.

—Ya estás a salvo, mi amor.

Melanie se acurruca en el asiento, mirándome con ojos asustados. Está muerta de miedo, puedo verlo claramente.

—¿Te hiciste daño?— me pregunta con inocencia.

—No mi vida, ojalá pudiera haberle hecho a él más daño por lo que te ha

hecho.

Me hago la firme promesa de ir a por todas a por el cuello de Jian Lin cuando Melanie esté resguardada en algún lugar seguro, y con ese pensamiento en mi cabeza, arranco el coche y pongo rumbo al primer pueblo que encuentre en el camino.

Quiero darle un baño cálido y relajante a Mel para que sus huesos se relajen del estrés vivido en los últimos días, y asegurarla que nunca nadie más iba a ponerle las manos encima. Nunca. Aunque eso significaba no tenerme que separarme de ella en la vida.

Conduzco durante dos horas en silencio, con el corazón encogido en un puño por los gemidos y sollozos que salen de los labios de mi Mel. Me mata no poder parar el coche y acurrucarla en mis brazos, para hacerle prometer que todo va a estar bien.

El gran letrero de Motel de carretera que se muestra a mis ojos me convence de pararme en el camino y al ver que ya he recorrido de seguido más de 200 millas, creo que es lo suficientemente lejos para tomar un descanso.

Mel lo necesita, y qué diablos, yo también.

Aparco en el tétrico aparcamiento, y tras ayudarla a bajar del coche, la tomo en brazos con firmeza. Así de acurrucadita a mí, entro en el motel y pago en metálico por el uso de la habitación.

—¿Se encuentra bien la señorita?

—Es mi mujer— le digo con voz seca—. Y se ha mareado en el trayecto. Es nuestra luna miel y estamos recorriendo el país para celebrarlo.

El tipo de recepción me mira cómo envidia y yo cojo la llave de la habitación y camino lejos de su mirada. No tengo paciencia para que nadie devore con la mirada a mi chica.

—Ya vas a poder descansar, amor, te lo prometo.

Hago malabares para abrir la dichosa puerta y cuando por fin lo hago, dejo a Melanie tumbada en la cama. Acaricio su cabello con dulzura, besando su frente con pura reverencia.

—Voy a prepararte un baño caliente. Ordenaré que te compren una muda nueva y pediré algo de comer. Tienes que estar hambrienta, nena.

Su mano temblorosa agarra la mía y me impide moverme de su lado.

—Sam, no me hicieron nada— dice en voz muy baja. Tengo que sentarme con ella en la cama, y atraerla a mi cuerpo para poder entender lo que dice—. Bueno, solo golpearme por no haberte dicho lo que ellos querían, pero no han tratado de llegar a más.

¡Gracias al cielo!

Respiro aliviado al oír eso. Y no por egoísmo, ni por celos, sino por Melanie. Sufrir una agresión sexual es un mal que ninguna mujer debe sentir nunca en su vida.

—Cariño, todo está bien.

—Sam, escúchame— me pide aferrándose a mis manos con desesperación

—. Los hombres que me han hecho esto, no sólo quieren conseguir las propiedades del señor Jenkins. Quieren acabar con su familia por venganza. No van a parar hasta que lo logren.

—No podrán hacer nada— le digo muy seguro de mí—. Estamos preparados para enfrentarnos a ese maldito magnate y al mago farsante. No podrán con nosotros.

—Pero es que a eso mismo me refiero, Sam— insiste ella con voz apagada.

Intento incorporarla para acomodarla mejor a mi cuerpo y que así esté más cómoda, y Melanie se gira hacia mí, para clavar sus ojos asustados en los míos. Me da mucha rabia ver tanta desesperación y miedo reflejada en su rostro. ¡Malditos hijos de puta!

—Mel, mi vida, no tienes que seguir temiendo por nada, estás a salvo, yo...

—¡Sam!

Su voz suena tan desesperada que dejo de hablar y acaricio con ternura la zona dónde tiene el morado del golpe que le han dado. Ella cierra los ojos temblorosa al sentir mi caricia sobre su piel.

—Dime, mi vida.

—Jian Lin no es el cabeza que da las órdenes— dice sin abrir los ojos—. Es otra persona a la que llaman el Jefe. Oí a hablar a Wong y a uno de los suyos al respecto.

—Cariño, ¿estás segura?

—Estoy hambrienta y cansada, pero mi oído está bien. Sé lo que escuché, Sam. Por favor, confía en mí.

Le digo que por supuesto que creo en ella, y la abrazo con suma ternura. Reflexiono sobre lo que me dice. Un Jefe superior al millonario Jian Lin. Increíble. ¿Quién demonios será esa persona?

—¿Dijeron si es hombre o mujer?— pregunto, pensando en Elizabeth Stone.

Ahora el descubrimiento que Mike hizo con respecto a ella y a Marcus viene a mi memoria y me crea un nudo en el estómago difícil de digerir. ¿Y si lo peor imaginable se hiciera realidad? ¿Y si a fin de cuentas resulta cierto que Elizabeth Stone es la más malvada de todo este asunto, y ha querido mantener engañados a Danny y a Michael todo el rato?

El sólo hecho de pensarlo me estremece de pura inquietud.

—No lo sé, lo único que pude escuchar antes de que se alejaran del zulo donde he estado encerrado ha sido una cosa, y no te va a gustar nada.

Frunzo el ceño, confundido. ¿Perdón?

—¿Qué escuchaste?

—Pues que el supuesto Jefe al que rinden respeto y sumisión— dice con burla—. Es un miembro de la comunidad de Nottville, Sam. Vive allí todo el año.

Creo que desde los músculos de mi boca suena un horrible crack que me deja paralizada esa zona del cuerpo durante un rato, porque no soy capaz de

cerrarla ni aún intentándolo. ¿Miembro de Nottville?

Joder.

El asunto es más rocambolesco de lo que me he podido imaginar.

—Tengo que decírselo a los Garrett y a Mike. Tienen que saber que tienen al enemigo en casa, y que precisamente no es Elizabeth Stone.

Melanie niega, abrazándose a mí casi con desesperación. Entiendo que ahora quién más me necesita es ella, así que me dedico a acurrucarla y a darle suaves caricias por su cuerpo, para tratar de calmarla.

—Te prometo que no voy a separarme de tu lado en mucho tiempo— le murmuro y añado a continuación al verla tratando de decirme algo más—. Cariño, te lo digo en serio, vas a tener que pedir una orden de alejamiento contra mi persona para que me despegue de tu dulce trasero.

Mel suelta una risita avergonzada que a mis oídos suena a gloria. Por tonto que suene o que parezca yo ahora, adoro verla feliz.

—He decidido que cuando se solucione el asunto de Elizabeth Stone y de Sean, que voy a pedir el traslado y una nueva apertura de sede en Wesport.

—¿Qué?

—Tú eres directora de un colegio, mi vida, y yo un simple detective privado y hombre de negocios. Mi oficio puedo hacerlo desde cualquier lugar. Siempre que tenga un teléfono y conexión a internet. No necesito nada más.

—Pero Sam...

—Te quiero— le digo mirándola seriamente.

Ella se queda paralizada, observándome con los ojos abiertos de la impresión y me da vergüenza reconocer que esa es la primera vez que le digo lo que siento por ella tan abiertamente. Joder, ¡me voy a convertir en un Señor Enamoradizo Don Color Rosa!

Aún así, no retiro mis palabras, ni verbal ni mentalmente.

El tiempo que supe que estaba secuestrada por esos hijos de puta, me hizo averiguar lo mucho que la mujer que está en mis brazos me importa, y nunca bajo ningún concepto, voy a dejar que ella vuelva a sufrir una situación así. Antes yo estaré muerto, seguramente.

—Oh, Sam.

Besa mis labios con dulzura y yo me contengo, devolviéndole el besito con calma. No quiero apoderarme de su boca todavía. Está demasiado sensible y traumatizada tras el secuestro como para saltar sobre ella como un depredador sexual.

—Yo también te quiero – me dice ella con los ojos arrasados de lágrimas—. Pero ya hablaremos de eso de Westport y tu traslado.

—Melanie, no. Eres directora, no puedes renunciar a tu gran trayectoria profesional. No voy a permitirlo. Tu futuro es importante para mí y quiero apoyarte.

Sé que va a volver a protestarme, y me adelanto a su comentario. Le robo un beso que me sabe a sal de sus lágrimas y a elixir de dioses, por lo dulce que son

sus labios.

—Ya nos pondremos de acuerdo después en nuestros respectivos trabajos— le digo en voz muy baja—. Ahora sólo nos dedicaremos a descansar, uno junto al otro. Por hoy podemos tomarnos las cosas con calma e ir mirando al futuro poco a poco.

Vuelvo a inclinarme ante ella y continúo el beso de antes con todo mi corazón.

Elevo una plegaria al cielo por haber podido encontrarla, sana y salvo.

\*\*\*

**Oakland, Maryland.**  
**Teatro Municipal.**  
**Amy Kimberly.**

Comienza a llover en cuanto salgo de mi vehículo y pongo un pie en la acera. Estoy de malhumor, por el camino que he tenido que recorrer por carretera. No sólo por el tráfico que me he chupado, ni por haber tenido que parar en un hotel de mala muerte para pasar algo de noche para descansar. La pura realidad es que estoy furiosa por tener que haber viajado hasta ese lugar del país obligada.

Simple y llanamente por eso.

Ante mis ojos puedo ver el Teatro donde el señor Alain Scott me ha citado. Habiéndole conocido por ese nombre, pensar en él cómo Marcus Harold me resulta muy difícil. Tanto que mi mente ha hecho a su lado su participación cómo cómplice de los crimines de esa zorra de Elizabeth Stone, y sólo le recuerdo como el magnate hotelero que conocí en Carson City.

Miro a derecha y a izquierda del edificio en busca de cámaras de vigilancia o alarmas instaladas en el lugar, y lanzo un suspiro al ver que no hay nadie. Bonito lugar para que un fugitivo de la ley se esconda.

Observo la puerta de entrada de madera de roble, y al ir a abrir me encuentro con la sorpresa que el Teatro se encuentra cerrado. Me fijo en el horario que indica el cartel y veo que el lugar no abre hasta las 10 de la mañana. Miro la hora en mi reloj y lanzo un suspiro de irritación al darme cuenta que aún falta media hora para que abran.

Me pongo a un costado, apoyada en la pared y enciendo el último cigarrillo del paquete que tengo desde lo compré de madrugada. Inhalo el suave olor a nicotina y mis nervios se calman de forma inmediata.

Vuelvo a recordar la estrategia ideada para llevar las riendas de la situación y que no puedan utilizarme más de lo necesario. *Seguir el rollo a Alain, ser su guardaespaldas si así lo requiere, estar atenta a cualquier información que den sobre todos los implicados en el asesinato ocurrido en Carson City y una vez todo se quede aclarado y en paz, mandarles a todos al diablo,* pienso enumerando mentalmente las cosas que tengo

que hacer.

Algo del instinto policial que siempre ha existido en mí me advierte que ya me he dejado corromper y que las cosas ya nunca volverán a ser como antes, pero al recordar el nuevo rango que ahora tengo de Sargento, y que ya no tengo un marido que estorbe en mis planes, olvido cualquier tipo de remordimiento que pueda tener.

La libertad a veces tiene un precio y en este caso yo he actuado como he creído conveniente. Sin más, ni menos.

Suelto el humo del cigarrillo mirando de reojo hacia el interior del establecimiento y me quedo como tonta mirando fijamente a un hombre que se encuentra en el interior del Teatro. Le reconozco perfectamente. Se trata de Alain Scott, el director del motel “El placer de los sentidos”.

Tiro el cigarro al suelo y aplastándolo con la boca me muevo un poco hacia la izquierda y puedo verle claramente hablando con alguien. Trato de pegar el oído para ver si descubro de qué están charlando antes de que me descubran espiándoles, pero para mi desgracia no se oye nada desde fuera.

Me canso de hacer el tonto mirándoles sin hacer nada, y sin pensarlo mucho, golpeo el cristal de la puerta, saludándole con la mano para llamar su atención.

El hombre desconocido para mí camina junto a Alain a mi encuentro y parpadeo asombrada al ver que se trata de un hombre extranjero con traje. No tardo mucho en intuir que estoy ante del magnate chino, Jian Lin. El supuesto Jefe en toda aquella trama de asesinatos, sobornos y crímenes.

—Espero no llegar en mal momento— le digo sonriente una vez abren la puerta desde el interior.

—No. Justo hablábamos de ti.

Alzo una ceja curiosa al oírle, y entro hacia el interior de la estancia, no sin antes mirar atrás para comprobar que nadie nos esté espiando, ni vigilando. Respiro aliviada al ver que ningún trañseunte se fija en nosotros.

—Vamos. En menos de veinte minutos vendrá la recepcionista a abrir el centro lúdico de la primera planta, y no nos conviene que nos vean juntos— dice Alain comenzando a andar hacia unas escaleras de madera que están situadas al fondo.

Yo le sigo muy cerca, sin dejar de observar ni un instante al famoso “Jefe” ante mis ojos. Por la pinta que tiene, y el modo que tiene de andar, se nota perfectamente que es un hombre acostumbrado a mandar. Un multimillonario caprichoso, que se pasa la vida dando órdenes y comprándose todo tipo de caprichos que se le ponga en mente. Aunque para ello tenga que matar.

Me da asco solo estar en su presencia.

Se me encoje las fosas nasales al cruzar un largo pasillo y empezar a oler aromas exóticos y absorbentes provenir de una de las habitaciones de esa planta baja. Se viene a mi memoria la excusa que empezaron a dar los Garrett, alegando que Marcus era un “mago” que había hipnotizado a Elizabeth Stone para obligarla a hacer lo que él quería y me entra la duda.

*¿No tratará de hacer lo mismo conmigo?*, me pregunto con algo de inquietud.

—Espero que no quiera hacerme ningún truco de los suyos para que yo cumpla sus ordenes sin voluntad alguna, ¿no?— le espeto cuando el olor se hace insoportable ya.

Llevo mi mano a mi pistola que tengo escondida entre las costillas y la cintura de forma disimulada para sentirme más tranquila y segura.

—No, señora Kimberly— responde por mí Jian Lin—. Necesitamos sus servicios con urgencia. Y para ello usted tiene que estar con todas sus capacidades mentales al día.

Sonrío con ironía sin poderlo evitar. Claro, era de suponer. Me quieren para que siga haciendo el papel de matona para su causa. ¡Malditos sean!

No digo nada más por no discutir realmente, y acepto la puerta que abre a mi paso para que entre en su salita. Miro a todos lados en busca de alguna trampa oculta o de algo inesperado y al no encontrar nada sospechoso me relajo algo.

—Ya estamos a solas – digo cruzándome de brazos, apoyándome en la pared izquierda—. Quiero saber exactamente qué diablos quieren de mí y cuánto me van a pagar por mis servicios.

Ya que estoy allí metida hasta el cuello en la mierda, al menos quiero estar segura de recibir mi recompensa.

Jian Lin suelta una carcajada, alzando una ceja. Parece encantado con mi actitud. ¡Cómo se nota que todo lo arregla con dinero!

—Recibirá el triple de dinero que el comandante Thompson percibía— me dice él sin inmutarse ni un poco—. Si usted ha ocupado su despacho en la Estación de Policía, entiendo que habrá visto alguna de las cartas emitidas por mi sede a su nombre con sus honorarios. Si lo ha hecho entenderá que nuestra oferta es más que jugosa de aceptar.

—Es lo mínimo por jugarme el cuello, supongo.

No me gusta el tono tan condescendiente que él usa hablando de dinero.

—Amy, escúcheme— dice Alain mirándome fijamente—. Quise que viniera aquí porque conozco a la señorita Stone y sé que no cumplirá el trato que hice con ella. Es muy impulsiva. Ahora que sabe donde estoy, vendrá a por mí. Ya me amenazó en su día con matarme y sé que no habrá olvidado ese deseo tan fácilmente. Yo mismo me encargué de manipular sus ideas y pensamientos. La convertí en una persona obsesiva.

Obsesiva.

Recuerdo lo “romántica” y “pesada” que vi a esa mujer cuando se acostaba con Danniell Garrett en la casa del hermano de éste último y me parece raro pensar en ella como alguien obsesivo. En cambio sí que no creo para nada su asunto de “manipular” la mente de nadie. La magia no existe.

Las voluntades débiles y fácilmente influenciadas por el contrario sí que existe y sin lugar a dudas esa zorra de Elizabeth Stone entra dentro de ésta última categoría.

—Entiendo que teme a la psicópata de Carson City— le resumo yo, deseando ir directo al grano.

—Por eso quiero que me cubra las espaldas durante un par de días. Necesito que esté atenta ante cualquier incursión de esa mujer aquí.

—Y ya no sólo de esa mujer— añade Jian Lin—. Hemos sido informados desde Nottville de lo que le ha sucedido a James Garrett con el intento de envenenamiento que ha sufrido.

¿Intento?

¿James Garrett?

Me quedo mirando a ambos de un lado a otro con las mejillas sonrojadas. Joder. Mi plan no ha salido tan bien a fin de cuentas. ¡Mil veces joder! El plan era que el bombón lo tomase Madeleine y Brianna, no el mayor de los Garrett. ¡Si se supone que las mujeres son las que se “pirran” por los dulces y no los hombres!

—Ha sido la primera tentativa— les digo sin bajar la vista ni un momento—. Eso no quiere decir que sea la última. En cuanto termine mi labor de ser su niñera, señor Scott, regresaré a Nottville y lo haré usando otros métodos más directos.

El sonido del teléfono de Jian Lin interrumpe la respuesta que Alain fuera a decirme. Mira enfurruñado el Smartphone del magnate sonar ante nosotros.

—¡Dije que no quería ser molestado hasta nuevas noticias, Wong!— le oigo gritar ofuscado.

Me sorprende y mucho ver a un hombre que parece tan sereno y tan seco, alterarse tanto por recibir una mísera llamada telefónica. ¡Hombres!

—¿Qué?

El grito que hace ahora hace retumbar la sala y ya no soy sólo yo quién mira con asombro al señor Lin. Alain también lo hace. Y no sé porqué, pero algo me dice que los planes de ese hombre no están saliendo nada bien.

—Maldita sea. Debería despedirte y mandar que te embalsamen por el resto de tus días por ser tan inepto. ¡Has dejado que el maldito de Samuel Gómez se cuele en mi sede más segura y protegida de Estados Unidos, te ataque y se lleve a la señorita Sánchez! ¡Eres un inepto!

Se me escapa un suspiro que no puedo ocultar al escuchar lo sucedido. Me parece a mí que no soy la única que ha fallado en cumplir su encarguito. Qué cosas, ¿no?

—Está bien. ¡Por supuesto que no! No sirve de nada que corras tras ellos como un perrito faldero. ¡Déjalo estar! Ya hablaremos cuando regrese a Los Ángeles.

Cuelga el teléfono y comienza a pasear por la sala como un tigre enjaulado. Parece que quiere saltar a la yugular en cualquier momento.

—El Jefe pedirá explicaciones por esto— susurra en voz baja en un inglés chapurreado.

Alzo una ceja sorprendida al entender lo que eso significa. Ninguno de esos dos tipos lleva la batuta del mando en esa operación. Son simples peones. Ja. Qué

cosa más interesante de saber.

—Entiendo que el intercambio entre Empresas Jenkins y tu imperio ya no es viable— dice Alain soltando un suspiro de decepción.

—De momento no. Al menos no usando esta vía.

A continuación comienza a proferir unos insultos en su idioma natal, el chino supongo, que no entiendo. Y tampoco me interesa entender. Imagino que se estará acordando de todos los muertos de ese tal Wong que no ha sabido mantener cautiva a la señorita Sánchez.

*Joder, pienso sorprendida, me tomo los secuestros y los actos criminales tan a ligera, que cualquier diría que sigo siendo poli.*

—Actuemos con algo de frialdad— murmuro yo llamando su atención al empezar a escuchar ruidos desde el piso superior. Miro mi reloj de mano y veo que ya es la hora de la apertura del sitio—. Hagamos como que nada ha pasado. Sigamos con la cuestión que nos ha traído aquí. Se supone que Elizabeth Stone viene hacia aquí, ¿no?

—Sí.

Alain nos dice que no está seguro si será hoy, mañana o pasado, pero está totalmente convencido de que no pasará la oportunidad de enfrentarse a él ahora que puede.

—Si me puso un localizador entre mis cosas, y sobrevivió a un disparo de bala mal curado, nada la va a detener a obtener mi cabeza. Y ahora que hemos atentado de nuevo contra la familia Garrett más. No sé qué diablos tendrá esa familia que ha sido más fuerte y más potente para obtener su lealtad que mi magia y mi sugestión mental.

—Entonces actuemos como si la mala siguiese siendo ella.

Jian y Alain me miran como si hubiera dicho algo tonto. Resoplo con irritación, haciendo que un trozo de mechón de mi cabello se aleje de mis ojos.

—Si esa mujer viene hacia aquí y se supone que tú sigues muerto, hay que tratar de hacer algo para llamar su atención y que cometa otro crimen.

—¿Cómo otro crimen?

Elevo los ojos al cielo, clamando por tener paciencia.

—A mí me metisteis en este juego porque fui la encargada de encontrar a la psicópata de Carson City. Como policía del Estado de Nevada, tenía que encontrarla y llevarla a la justicia. Pues bien, ya la he encontrado y ahora ella tiene que pagar por todos los delitos que hemos cometido nosotros.

—¡Eso es!— exclama Jian Lin volviendo a reaccionar. ¡Joder, al fin!—. ¡Eso mismo es lo que el Jefe quería que hiciéramos! Encontrar la pieza que se sacrifique como pasa en el ajedrez.

—Y esa pieza tiene nombre— digo yo más feliz que una perdiz—. Elizabeth Stone.

Me alejo de la pared y camino hacia Alain Scott. No paro hasta que me encuentro a menos de dos centímetros de su espacio vital.

—¿Quieres que vuelva a drogarla y a hipnotizarla para que podamos

grabarla de nuevo matando a alguien?— me pregunta confuso—. Más quisiera yo, pero ya he intentado en otras ocasiones volver a hacerla entrar en trance y no he podido, no se cómo...

—No.

Pongo las manos encima del escritorio al verle alejarse de mí inquieto ante mi presencia y miro hacia sus papeles con curiosidad. Veo varios nombres escritos en hojas en blanco y no me sorprende para nada ver en sus desvaríos aparecer a los Garrett, Jenkins y otros más.

—No se volverá a hipnotizar a esa mujer— digo con frialdad—. Haremos algo diferente y más impactante.

—¿Más fuerte que haber matado al primo de los Garrett?— pregunta Alain—. Si aún habiendo asesinado ella a un familiar de Danniell Garrett, el muy estúpido ha terminado enamorándose de ella hasta las trancas.

—Y eso precisamente juega a nuestro favor, ¿no lo veis?

Miro a uno y a otro tratando de encontrar comprensión en sus ojos, y solo encuentro extrañeza y confusión. ¡Vaya con los dos! ¿Es qué todo hay que explicarlo?

Suspiro frustrada y sigo hablando.

—Danniell Garrett ama a Elizabeth Stone— les recuerdo como si estuviera hablando con niños pequeños—. Ella le ama a él. ¿Por qué ha salido victoriosa en todo este asunto? Porque de una forma u otra, el menor de los Garrett y su familia de amigos y parientes ha ayudado a que escape de la Ley.

—Sí, ¿y qué con eso?

—Pues que si logramos hacer que Danniell vea de una vez la clase de monstruo malvado que es Elizabeth Stone, dejará de meter mano donde nadie le llama, y ella terminará en la cárcel, pagando por nuestros delitos.

Alain y Jian cruzan una mirada de entendimiento que me hace replantearme seriamente si esos dos tipos tan orgullosos y fuertes son tan tontos como parecen.

—¿Y cómo hacemos eso?

—Haciendo que la señorita Stone mate a alguien muy cercano a Danniell Garrett, a ser posible delante de sus narices. Dices que ella viene hacia aquí, ¿no?

—Sí.

—Pues nos aseguraremos nosotros a su vez que no sea ella la única que acuda a tu encuentro, oh gran mago— digo en voz alta con burla.

Les muestro la sonrisa más diabólica y fría que tengo, y procedo a contarles con pelos y señales el plan que se me ha ocurrido.

¡Brillante según mi parecer, sin asomo de duda!

Tal vez eso de manipular y confabular no sea algo tan malo como he creído en mis casi treinta años de carrera profesional en la policía.

\*\*\*

**Nottville, Virginia Occidental.**  
**Habitación 543, planta segunda del Hospital.**  
**11,00h del 26 de febrero.**  
**Madeleine Garrett.**

Despierto sobresaltada con una ligera taquicardia. Miro primero hacia mis constantes vitales para ver que todo esté bien con mi bebé y conmigo misma y suspiro aliviada al no encontrar nada raro en el monitor.

Lo siguiente que hago es recordar dónde estoy, y al notar un ligero dolor en la zona de mi rodilla, me viene a la mente que estoy ingresada en mi Hospital por la operación de rodilla que me han realizado en la mañana. En un par de semanas, tras la rehabilitación correspondiente, al fin podré volver a andar con normalidad.

Seré como una embarazada más común y corriente.

Quiero incorporarme en la cama para buscar con la mirada a Jim sentado junto a mí y me llevo la mano a la boca de la impresión al ver sentado en el sillón a Danny Garrett. Se levantan enseguida al verme abrir los ojos.

—Cuñada, ¡muy buenos días!— susurra él besándome calurosamente primero en la frente y luego en el vientre—. ¡Hola a ti también, sobrino!

Mi primer pensamiento a parte de pensar que tengo un cuñado que está algo loco, es hacia Elizabeth. Si él está aquí, quiere decir que algo con respecto a esa mujer ha ido mal. Y se ha escapado. Inevitablemente comienzo a temblar con algo parecido al miedo y a la preocupación al pensar que puede volver a tratar de matar a mi madre o a mí misma.

La máquina que me monitorea comienza a pitar al bajármeme la tensión de repente, y Danny quita su sonrisa para acariciar mi pelo y acercarse a mí con preocupación.

—Cariño, ¿qué va mal?

Trato de tranquilizar mi respiración y de hacer que el pánico se vaya de mí, cuando veo por el rabillo del ojo una cama en la misma estancia con otro paciente tumbado entre las sábanas, y los recuerdos vienen a mí como fogonazos.

Jim cayendo al suelo roto de dolor. Los bombones. El veneno. Erick pidiendo que me den un calmante para tranquilizarme.

—Jim!

Trato de levantarme de la cama para tratar de llegar a él, cuando Dann se queda parado delante de mí y me pone las manos en los hombros con dulzura para que no me mueva.

—Mi hermanito está bien, cariño. Está grogui tras la medicina y el lavado de estómago. Según Erick despertará dentro de poco. Quédate tranquilo.

Poco a poco sus palabras van haciendo mella en mí, y tomo conciencia de lo

que me dice. Llevo mi mano a mi vientre y cerrando los ojos cuento hasta diez. Con eso logro relajar mi respiración y retomar la calma.

—Eso es...— susurra Dann sin dejar de acariciar mi pelo ni un instante—. Todo está bien. Sabes que yo no te mentaría, cariño. Jim se recuperará.

Asiento, dándole a entender que ya estoy bien y me recuesto de nuevo en la cama. La rodilla comienza a molestarme por lo tensa que me he puesto.

—¿Y mis padres?— pregunto extrañada al no verles allí.

—Tu madre fue un momento a casa a coger ropa de Jim y tuya. Estaréis hospitalizados un par de días aquí, y necesitáis recambio y eso.

—¿Y papá?

—Sean fue con Mike un momento a la Estación de Policía, para tratar algunos asuntos de la investigación. Creo que no tardarán mucho. Yo a las doce tengo que salir.

—¿Te vuelves a ir?

Agarro su mano, temerosa de dejarle marchar y no volverle a ver en semanas.

—Será solo un momento. Quiero ir a casa y comprobar que todo está bien allí, cariño.

Sus ojos me dicen que algo esconde, y aunque me alegra saber que el tono de su mirada ya vuelve a ser azul celeste —¡cómo debe ser!—, puedo ver reflejado en su iris que me quiere ocultar algo.

—Danny, más que cuñados somos como hermanos tú y yo— le digo con el tono de voz de una mamá regañona—. Y como tal sé que me ocultas algo.

—Maddy...

—Estás tratando de encubrir a esa mujer, ¿no?

Mi pregunta logra hacerle parpadear, con lo que para mí es respuesta suficiente. Lanzo un suspiro de pesar al entender que se ha vuelto a enamorar de ella. Claro, eso si alguna vez dejó de estar prendado de ella.

—Danny...

—No es lo que tú crees— me dice él sentándose conmigo en la cama—. Sé que es largo de explicar, y que tú aún no te fías mucho de esa grabación de audio que escuchaste semanas atrás. Pero Maddy, te aseguro por mi palabra de miembro de la familia Garrett, que Elizabeth es una buena mujer que ha cometido errores, sí, pero que tiene buen corazón.

A mi mente viene el recuerdo del día que terminé dando vueltas en un coche tras que esa supuesta buena mujer manipulase los frenos, y evito la mirada de Danny para que no vea que ahora mismo no estoy creyendo mucho en lo que dice sobre ella.

—No voy a delatarte— le digo en un susurro—. Ni a ella, Danny. Supongo que en ti sí confío. Hagas lo que hagas, me parece bien. Y a Jim también.

Quiero añadir que sólo espero que tenga mucho cuidado con los pasos que dé ahora que esa mujer vuelve a estar en Nottville, cuando la puerta de la habitación se abre y veo entrar por ella a mi padre y a Mike. Éste evita rápidamente la mirada de Danny al verle.

¿Qué pasa allí?

—Maddy, cariño— dice mi papá viniendo hacia mí.

Mi cuñado se levanta para dejarle espacio y se coloca junto a Jim. Mike por su parte se coloca junto a mí en la parte izquierda de la cama, justo al otro lado de dónde se ha colocado Danny. Entiendo que no es imaginación mía. Algo ha pasado entre ellos. Y lleva escrito el nombre de Elizabeth Stone si no estoy equivocada.

—¿Te encuentras bien?

—Claro, Mike— le digo fingiendo una sonrisa—. ¿Y Sam?

Mi pregunta parece que sienta mal en los tres hombres, porque los tres carraspean y se miran unos a otros sin saber qué contestar.

—¿Qué ha pasado con él ahora?— quiero saber confusa.

—Está con Melanie— dice Mike.

—¿La directora de Westport?

—Sí. Están saliendo juntos. Al regresar de nuestro viaje, decidió regresar con ella. Ya sabes cómo actúa un hombre enamorado de su dama.

Su respuesta me calma, en cierta medida. Puedo llevar la bata de enferma ahora, y lucir como tal, pero soy mujer, y doctora, y entiendo perfectamente cuándo están contándome una mentira piadosa y cuándo me dicen la verdad.

Y ahora esos tres hombres que tanto adoro, están tratando de tomarme por tonta, pero bueno. Se lo dejo pasar. Sobre todo porque Jim, en su cama, comienza a gemir. Signo inequívoco que está despertando de la anestesia. Escucho cómo Mike dice que se va para avisar al doctor de que el paciente está reaccionando al fin y yo no le presto mucha atención a él.

Me incorporo en la cama otra vez, en esta ocasión con la ayuda de mi padre, y me quedo mirando como mi marido abre los ojos y posa su dulce mirada sobre mí.

—Maddy...

—¿Estás bien?— le pregunto preocupada.

—Sí, algo atolondrado, pero bien.

Veo cómo los ojos de Jim se alegran y mucho al ver a su hermano allí con él, y siento un profundo nudo en la garganta de emoción al ser testigo del abrazo que se dan los dos. Con fuerza, cariño y amor. Como dos hermanos que son.

—Me alegra verte bien, tío— sonrío Dann.

—Y a mí verte a ti a mi lado— le dice mi marido también con una sonrisa iluminadora en la cara—. Aunque tu rostro no es el ideal para ver nada más uno abre los ojos, me hace ilusión haberte encontrado aquí.

Ambos comienzan a reír sin parar y cabeceo exasperada con sus bromas, con una lágrima de dicha recorrer mi mejilla derecha. Entiendo que el embarazo y las hormonas me hacen estar más sensible de lo normal.

—Danny— susurra Jim a mi hermano en voz baja.

Sé que trata de decirle algo a Dann en privado para que yo no lo oiga, pero no lo permito. Carraspeo para llamar su atención.

—Si vas a decir algo con respecto a los bombones que yo no sepa, quiero escucharlo— le digo alzando la voz—. Soy tu mujer, Jim. Una Garrett también. Tengo derecho a saberlo.

Él me mira con pesar en su rostro y sé que no quiere que yo sepa nada, pero yo no me amilano. No señor.

—Dilo, tío— le dice Danny para sorpresa mía—. En éstas últimas semanas he aprendido una cosa, y es que en una relación de pareja tiene que haber sinceridad completa y absoluta. Las mentiras y los fingimientos solo sirven para crear dudas, dolor y confusión. No merece la pena.

Parpadeo encantada al ver lo cambiado que mi cuñado parece estar. Sí, sigue siendo bromista, familiar y todo eso, pero ahora parece más... no sé. Maduro. Más del estilo de mi Jim.

—Está bien— accede mi marido mirándome con preocupación—. ¿Recuerdas que te dije que me encontré esos bombones en la clínica veterinaria, Maddy?

—Sí, y que estaban destinados hacia mí – le digo tristemente.

—Pues lo que no te dije fue que alguien me los entregó en mano ese día.

Danny y Sean se ponen tensos al escuchar eso.

—¿En tus manos?— repite el primero con ira.

—Sí, y precisamente por eso no sospeché nada raro. Era un regalo de bienvenida a mi mujer, tal vez por su embarazo, ¿por qué no aceptarlo? ¡Qué idiota fui!

Le digo que no se angustie por ello, que no ha sido culpa suya, y él me sonrío con cariño ante mis palabras.

—¿Quién te lo dio?

—No quiere decir que ella haya sido la causante, Dann, pero... ahí va. Fue Amy Kimberly. Ella vino a verme a la clínica, y me dijo que se encontró los bombones en el suelo de la tienda. Me los dio en mano.

Danny suelta una maldición que me taladra el oído y yo miro a mi padre con resignación. ¿La poli que llevó el caso del asesinato de su primo? ¿Ella?

—Estuvo poniéndote verte en todos los medios de comunicación— nos recuerda mi padre nada sorprendido—. Y recordad que casualmente fue dada de baja del servicio, y días después sin que nadie sepa cómo o porqué, fue ascendida de repente como si nada cuando se supo la noticia de que Elizabeth Stone supuestamente había muerto.

—Pero eso no...

No sigo hablando, porque Danny sale enseguida de la habitación, sin esperar a oír nada más salir de los labios de su hermano. Me quedo algo inquieta, observando la puerta contonearse durante un rato hasta que se cierra al fin.

—Habrá ido a hablar con ella, supongo— murmuro cabizbaja.

Pienso en Amy Kimberly y en lo odiosa que se veía en la televisión malmetiendo contra mi cuñado y contra mi familia, y sé sin lugar a dudas que esa mujer no puede ser trigo limpio.

—Pero ella es policia— murmuro indecisa—. ¿Por qué iba a decidir saltarse la ley por querer hacernos daño? Además, si los dulces iban dirigidos a mí, ¿qué le he podido hacer yo a esa mujer para que quisiera matarme?

Mi padre y mi marido cruzan una mirada de inquietud, que me hace ver lo mucho que ambos se preguntan también lo mismo.

—Sea lo que sea, Danniell va a descubrirlo— termina diciendo mi papá—. Sé que ha ido a eso. Ya veréis que todo se soluciona. Y si de verdad esa mujer, la nueva Sargento de Carson City resulta culpable de haberte tratado de envenenar, se pudrirá en la cárcel, mi vida. Te lo prometo.

Me estremece oír sus palabras, pero le digo que sí con la vista, para hacerle ver que creo en lo que dice. Quiero alcanzar el pulsador para llamar a una enfermera y avisarle que venga con nosotros, cuando en la habitación entra mi madre pálida y sudorosa, con Mike a su espalda.

—¿Mamá?

Mi padre corre hacia ella enseguida para abrazarla, mientras que Mike se coloca a mi lado con expresión compungida.

—Quise ir a avisar que Jim despertó, y me encontré con Bri llorando en uno de los pasillos— susurra cabizbajo—. No he podido avisar de lo de Jim.

Le digo que no pasa nada, y elevo la mano para que mi madre venga y se consuele conmigo. Enseguida ella lo hace al ver mi gesto, sin soltar su propia mano del agarre de mi padre.

—¿Qué pasa, mamá?

—A mi Danniell se le partirá el corazón, sin lugar a dudas— solloza, mirándome con profunda tristeza.

Jim al oírla se pone tenso. Trata de levantarse de su cama para ir a nuestro encuentro y Mike se adelanta para detenerle.

—Tío, no puedes quitarte la vía.

Delicadamente se pone a su lado y haciendo fuerza, arrastra un poco la cama para acercarla hacia nosotros. Yo se lo agradezco con la mirada. Ahora al menos puedo seguir abrazada a mi madre, al mismo tiempo que tengo más cerca de mi marido.

—Deja de llorar, cariño, y cuéntanos qué pasa con Danniell— le pide mi papa, acariciando su espalda.

Mi madre solloza un poco más y a continuación, clava su mirada en Jim con aspecto muy entristecido.

—Cuando vi a Danniell aquí anoche, no me pude contener— empieza a decir en voz muy baja—. Imaginé que si regresó a Nottville fue preocupado por ti Jim. Es tu hermano a fin de cuentas y se preocupa por ti.

—¿Qué hiciste, mamá?

—Imaginé que no vendría solo, después de haber pasado los últimos días en compañía de esa mujer— termina admitiendo casi con vergüenza—. Y después de haber vivido en carne propia uno de sus actos criminales, supe que tenía que hablar con ella, de mujer a mujer. Por Danny, y por mi familia.

Me quedo de piedra, entendiendo a qué se refiere mi madre y sé que no soy la única. A Jim, mi padre y Mike les sucede lo mismo.

—¿Fuiste sola a ver a la mujer que te dejó en coma por semanas?— dice mi padre gritando—. ¿Pero acaso de volviste loca?

—Tenía que intentarlo— vuelve a sollozar ella—. Por Danny. No quería que siguiera sufriendo por ello, y menos ahora que nos contó lo de Jaime.

¿Jaime?

Mi marido y yo nos miramos sin entender nada de eso. ¿Qué tiene que ver el hijo de Mandy en todo eso?

—¿Te hizo algo, Bri?— pregunta Mike con voz entristecida.

Mi madre desvía un poco la mirada para ver a Michael y parece que su cuerpo tiembla al recordar ese encuentro. Empiezo a ponerme nerviosa yo también y mi monitor de pulsaciones da fe de ello, porque empieza a pitar paulatinamente como aviso.

—Demostró que no ha cambiado para nada— murmura sacando del bolsillo de su chaqueta su teléfono móvil.

Le enseña con manos temblorosas una aplicación del terminal a mi padre y éste suelta un grito de disgusto al ver en el móvil algo que no le gusta un pelo.

—¿Te robó esos millones?— pregunta boquiabierto.

Jim suelta una maldición y yo me quedo mirando a mi madre anonadada sin entender nada.

—No, cariño— susurra en voz baja—. Yo le ofrecí la mitad de ese dinero porque se alejase de Danny. Ella no dudó ni un segundo en aceptar el cheque. Ni siquiera me protestó por estar tratando de... sobornarla. Supongo que se dice así lo que traté de hacer. ¡Sólo pensaba en el bien de Danny! Si alguien descubría que estaba encubriéndola podría perder su empleo. Quise protegerle... y ella... ella... me golpeó. Cogió un cuchillo de la cocina de Danny y me amenazó con matarme si no le firmaba un cheque con mayor cantidad. Mencionó algo así parecido a que quería salir del país y cambiar su aspecto. Alejarse de los Garrett y de este país para siempre.

A continuación rompe a llorar, destrozándose con eso el corazón a mi a su paso.

Jim trata de levantarse bruscamente de la cama, furioso con Elizabeth Stone por volver a traicionar a su familia, y un pálido Mike le detiene, obligándole a permanecer tumbado. Otra vez.

—Jimmy, tranquilo— le pide tratando de mantener él mismo la calma—. Si no tienes cuidado, te quitarás la vía, y te vendrá el dolor. Quédate calmado.

—¿Qué me quede calmado? ¡Mi hermano ha vuelto a confiar en esa mujer, y le ha entregado todo lo que tenía, para que ella ahora haga esto! Maldita arpía. Solo le interesa el dinero. ¡Lo sabía!

Siento ganas yo misma de llorar, y no por lo que Elizabeth parece que ha vuelto a hacer, sino por Dann. Minutos atrás, al despertar yo trató de explicarme lo mucho que esa mujer había cambiado. Tanta ternura me mostró en hablar de

ella, que ahora todo se caía en pedacitos como un castillo construido en la arena que se ve arrasado por una ola gigante.

Oh, Danny.

—Hay que avisar a Dann— murmuro con el corazón encogido.

Mike se separa un poco de Jim cuando ve que éste se calma un poco y ahora camina hacia mí.

—Maddy, tienes que respirar y tranquilizarte— me dice pulsando el botón de llamada a una enfermera—. Tus constantes vitales están alteradas.

—Mike...

—Yo me voy a encargar de este asunto— añade dándome un dulce beso en la frente—. A fin de cuentas Danny es mi mejor amigo. Para mí es cómo el hermano que nunca tuve. Si tiene que enterarse de la verdad sobre Elizabeth Stone, tengo que ser yo quién se lo diga.

Otra vez.

No lo dice, pero sé que ese pensamiento pasa por su cabeza.

—Sé que cuando le cuentes todo esto a mi cuñado, él saldrá corriendo en busca de... esa mujer— digo con desprecio—. No medirá las consecuencias. Por favor, Mike. No dejes que te dispare otra vez si te encuentras con ella— le pido agarrando sus manos con fuerza—. Cuídate mucho y cuida a Danny. Quiero que regreséis sanos y salvos los dos.

—Te lo prometo, Maddy.

Besa mi mano como todo un caballero, típico gesto del Mike West que yo conozco, y tras despedirse de Jim, y de mis padres – a mi madre le da un gran abrazo—, sale de la habitación del hospital con la cabeza bien alta.

Yo miro hacia la puerta, y no aparto la mirada de allí hasta que veo entrar a mi doctor, seguido de la enfermera Tess. Ambos suspiran preocupados al ver lo tristes y decaídos que estamos todos.

Parecemos unos supervivientes tras el paso de un Huracán arrasador. Y lo más triste del asunto es que quizá en realidad, no estemos muy alejados de la realidad.

Cuando Danny sepa lo que Elizabeth le ha hecho a mi madre, se derrumbará. Y ojalá Mike pueda estar con él para volverle a levantar de nuevo.

Por el bien de todos nosotros.

# CAPÍTULO 25

**Oakland, Maryland.**  
**En el centro del pueblo.**  
**26 de Febrero.**  
**Elizabeth Stone.**

El taxista que me deja en el centro del pueblo me mira con una sonrisa repugnante, mostrándome su dentadura amarilla. Trago hondo tratando de no vomitar al imaginarme cómo debe de tener su boca entera ese señor y le pago la carrera rápidamente.

—Quédese el cambio.

Saco mi mochila y tras cerrar con fuerza la puerta trasera del vehículo, me dirijo al primer bar que veo que sirve comida. Mi estómago me ruge, exigiéndome alimento para llevar a la boca. Ni siquiera soy capaz de recordar la última vez que desayuné, o almorcé algo. Tras la llamada de Marcus en Lincoln, todo se ha dado cuesta abajo en mi vida.

La imagen de Dann viene a mí, y al mirar el reloj y ver que son las 19,00h de la tarde, se me encoge un poco el corazón al pensar que ya ha tenido que leer mi carta de despedida. Supuestamente si él regresaba a su casa a las 12,00h del mediodía, ya hace mucho tiempo que debe de saber que he huido de su lado. Otra vez.

No pienses en él, me obligo a pensar mientras entro en el bar y me siento en la mesa que hay más alejada y a oscuras del lugar. La camarera viene enseguida a mí y me pregunta qué deseo tomar.

—El menú que tenga del día.

—¿Para cenar?— me pregunta extrañada.

—Por favor. Soy nueva en la zona, y no he probado bocado en horas.

Ella mira mis ojeras y la expresión triste de mi cara, y no dice nada. Supongo que entiende que necesito comer y que no estoy para mantener ninguna conversación con nadie. Sale rápidamente de mi campo de visión y habla con el cocinero para pedirle mi menú.

Yo saco de mi mochila los auriculares y el ordenador que Mike me dejó comprar, y lo pongo encima de la mesa. Conecto el aparato de Internet en el

puerto USB correspondiente y comienzo a navegar por la Red mientras espero.

Quiero averiguar qué han hecho con el cuerpo de Laia. No sé si por Internet puedo ser capaz de ver dónde está, pero al menos quiero intentarlo. Sé que no le debo nada, porque fue ella quién al meterse en el mundo de las drogas, me arrastró con ella al fango, pero quiero hacerlo porque sí.

Supongo que haber convivido con la familia Garrett tanto tiempo me ha hecho ser una mujer más compasiva. Y más tolerante. Sigo el ejemplo de Maddy simplemente.

—Su bebida, señora— me dice la camarera rubia, dejándome encima de la mesa un refresco.

Le agradezco con la mirada mientras bebo un pequeño sorbo de la coca cola que me ofrece y casi me ahogo al cuarto trago al leer un titular entre las novedades que aunque no tiene nada que ver con Laia, sí que me afecta directa o indirectamente.

Me siento bien en la silla y abro la noticia con dedos temblorosos.

Ante mí aparece una reportera morena con el pelo rizado, una falda muy corta y una camisa que se le transparenta todo, informando sobre una serie de muertes ocurridas a lo largo del día en diferentes prisiones del país.

Todas causadas por una sobredosis de drogas, y todas en prisiones de Estados diferentes.

Le doy a pulsar el botón de reproducción justo cuando la camarera se me acerca con el primer plato. Una ensalada César bien poblada de lechuga, pollo, tomate y atún.

—Hoy día 26 de Febrero, a las 17,00h de la tarde han sido encontrados tres cuerpos muertos a causa de una sobredosis, según las primeras informaciones, en tres cárceles distintas— dice la mujer mirando a la cámara con aspecto impecable—. En la prisión de Morehead City, de Carolina del Norte una mujer llamada Joanne Pearson; En la penitenciaría de Lincoln, Nebraska, un hombre llamado Peter Harold; y en Billings, Montana una mujer que se hacía llamar Laia Stone, pero que al tomar sus huellas se descubrió que su nombre verdadero era Petra Harold, supuestamente esposa de Peter Harold.

Mastico fuertemente un trozo de lechuga mientras aparecen ante mí los tres presos que han fallecido por sobredosis. Noto que mis manos quieren empezar a temblar de nervios ante esas noticias y trato de controlarme.

Sigo escuchando lo que la mujer tenga que decir.

—Las autoridades correspondientes han hecho saltar las alarmas a la sociedad al hacerse público el hecho de que los presos muertos estaban presuntamente relacionados con el caso del asesinato del asesor inmobiliario Fran Krantz— dice tratando de hacerse la interesante—. Si no fuera porque sabemos que la psicópata de Carson City fue asesinada semanas atrás, pensaríamos que ha vuelto a actuar delante de las narices de la Ley.

Me quito los auriculares de las orejas cabreada con la insinuación de la reportera. Veo cómo pasan una fotografía mía antigua, dónde se me claramente

la cicatriz en la mejilla, e inconscientemente me llevo la mano a dicho lugar.

Puedo notar al tacto la cicatriz al toque de mi piel debajo del maquillaje que llevo puesto.

Sigo comiendo la ensalada y agradezco a la camarera el segundo plato — unos macarrones a la boloñesa con queso—, que me trae con una sonrisa de nuevo reflejada en su rostro. Bajo un poco el brillo del ordenador para que el reflejo no pueda ver nada de lo que salga en las noticias.

—No ha sido casualidad que casi justo el mismo día que tratan de matar a Maddy y a Jim, se carguen a Joanne, Pete y Petra.

Trato de sentir pena por ellos por haber muerto de esa forma pero al recordar el cuerpo de Laia apuñalado a sangre fría por algún loco sicario, no me sale. Ellos al menos no sufrieron. Se dice que cuando uno se toma una dosis de droga mal adulterada tiene una dulce muerte. Y a saber si es verdad.

Cierro la página dejando de prestarle atención a la reportera morena que sigue parlotando sobre la coincidencia de esos hechos y vuelvo hacia atrás, tratando de localizar qué ha sido del cuerpo de Laia. Me frustra no ser capaz de encontrar nada al respecto.

—¿Quiere la cuenta, señora?

—Sí, por favor.

Busco dinero suelto del billete de avión que tuve que pagar cuando salí de forma tan precipitada de casa de Dann, y al alzar la vista y cerrar el ordenador para pagar el menú, me quedo literalmente sin respiración al ver en directo una imagen de la Estación de Policía de Nottville y al propio Dann Garrett hablando ante los medios de comunicación.

Mi corazón por un segundo brinca de alegría al verle que tarda en darse cuenta que el color de sus ojos vuelve a ser una mezcla de gris tormentoso y verde esmeralda.

—No, Dann.

Dejo los dólares en la mesa a un lado y tras guardar en la mochila el ordenador y los auriculares me pongo en pie con lentitud. Mis pasos van solos hacia el lugar dónde la televisión está encendida y me pongo muy cerca para poder ser capaz de oír lo que están retransmitiendo, sin que el ruido de vasos, voces y gritos del bar aisle el sonido.

—...la última vez que se vio a la sospechosa fue esta mañana, a primera hora. Acudió al banco y sacó millones robándolos de la cuenta de los padres de mi cuñada. Seguramente ahora estará en cualquier lugar cercano a Virginia Occidental, tratando de encontrar la manera de viajar fuera del país hacia Europa. Tiene el dinero preciso para poderlo hacerlo, por eso necesitamos que todos los medios de comunicación, ya sea vía Internet, Televisión, Radio o periódico distribuya su nueva imagen.

Suelto un grito de horror al entender que está hablando de mí.

¿Dann qué...?

Cuando veo que ante todo el mundo muestra la imagen que me hice con él —

sin salir su rostro claro, está “manipulado” para que solo salga mi rostro—, sentada en su sofá, creo que quiero morirme.

Me levanto la capucha de la chaqueta para ocultar mi rostro ante las personas del bar, por si les da por fijarse en las noticias del Canal 8 y deseo que la tierra me trague. Nunca antes lo deseé tanto como ahora.

—Teniente Garrett... — le llama la atención uno de los periodistas—. ¿Cómo ha podido fingir su propia muerte y aparecer ahora de la nada justo en Nottville?

—Esa mujer es una arpía. Una manipuladora que utiliza a las personas a su santa voluntad. No puedo imaginar cómo hizo para regresar aquí, lo que sí es cierto es que ya hemos descubierto que sigue viva, y que la asesina de mi primo, la señorita Stone, tiene que ser encarcelada antes de que salga del país. Tiene que pagar por todos sus delitos. Y yo desde aquí quiero que todo el mundo sepa que el nombre que usa ahora es el de Lizzie Flynn, conseguido con un pasaporte falso, evidentemente.

—¿Y cree usted que será capaz de encarcelarla?— le pregunta una mujer que alza su grabadora muy alto—. Según chismorreos usted y ella se enamoraron.

—Lo que sentía por esa mujer murió hace mucho tiempo. Como Teniente de policía que soy, pongo mi placa, mi honor y mi Ley a disposición de todos ustedes como promesa de que en cuanto vuelva a ver su falso rostro ante mi presencia, le pondré las esposas a la espalda y será enviada a la prisión del condado de Carson City— dice con ira—. Palabra de Danniell Garrett.

Oigo un susurro a mi espalda y al girarme veo cómo la camarera cuchichea algo con otro camarero que está detrás de la barra, señalándome a mí y al mismo tiempo a la imagen de mí que sale en vivo y en directo y sé que debo salir de allí inmediatamente.

Y así hago, con el corazón destrozado.

\*\*\*

**21,00h, 26 de Febrero.**

La lluvia comienza a caer con fuerza sobre mi cabeza, pero no siento el frío en mis huesos. No, creo que nunca más volveré a sentir claro o frío en mis huesos. Mi alma se encuentra tan desolada en esos momentos, que creo que no seré capaz de recuperarme de ese golpe en mucho tiempo.

Dann me ha traicionado. Aún sigo sin podérmelo creer.

Localizo un banco protegido por las ramas de un árbol en un parque, casi a las afueras del pueblo y me dejo caer en él con pesadez. Me recuerda a los tiempos que tuve que vivir en la calle, en el Estado de Montana. Quiero romper a reír de forma histérica al comparar ambas situaciones justo en este momento.

Casi dos meses después y mira dónde vengo a terminar.

—Dann...

Susurro su nombre tratando de encontrar una respuesta lógica y sensata ante la actitud de odio hacia mí que he visto en él en plena televisión y por más que me devano los sesos tratando de pensar en qué ha podido pasar para que vuelva a odiarme de nuevo, no saco nada en claro. No se me ocurre porqué ahora quiere darme caza de esta manera.

Según él yo le he robado dinero a Brianna y a Sean Jenkins. ¡Pero si fui yo quién se deshizo del cheque que me dio como soborno para alejarme de sus vidas para siempre! No lo acepté por amor, ¿por qué dice entonces que les robé?

La lluvia comienza a caer con más intensidad y ya las ramas de los árboles poco pueden hacer para desguadarme, pero aún así no me muevo del sitio. Dejo que el agua caiga en cascada por todo mi cuerpo.

Estoy siendo plenamente consciente ahora que estoy sin documentación oficial. Otra vez. Dann les ha dicho a todos mi nombre falso. Lizzie Flynn.

Cierro los ojos tratando de sacar del interior de mi alma algo de odio para empezar a sentir desprecio hacia el menor de los Garrett por la traición tan gratuita que me ha hecho, pero no lo logro. Sigo sintiendo amor hacia él, aunque un poco entremezclado con tristeza. Y sobre todo mucho dolor.

¿Haberme ido para buscar a Marcus ha provocado todo esto en él? Pero si es así, ¿por qué mentir? ¿Por qué decir que yo he robado algo cuándo no ha sido así? ¿Qué puede ganar él con eso?

—Yo lo pierdo todo, eso está claro.

Como siempre.

Viene a mi mente la imagen del pequeño Jaime en el orfanato y creo que eso por fin logra abrir una grieta directa en mi corazón, y comienzo a llorar a moco tendido, allí agazapada en el banco.

—Oh, Dann.

Pienso en las ilusiones que él creó en mí cuando yo todo lo di por perdido de ser declarada inocente de los cargos que pesan sobre mi figura, y no hay forma de que ya frene las lágrimas que brotan de mis ojos.

Dejo que salgan sin hacer nada por evitarlo.

\*\*\*

**23,00h, 26 de Febrero.**

Elevo los ojos al cielo con la desesperanza reflejada en mi mirada. Observo a las nubes que se ocultan poco a poco de la vista. Ya no llueve tanto como antes, pero sé que es una calma parcial. En breve cuando menos lo esperemos, volverá a llover y a raudales.

Hace frío. Ahora sí que lo siento hasta los huesos, tal vez por haberme mojado durante horas.

Alrededor mío está todo en silencio. A excepción del ruido de algún pájaro, o animal callejero, no se ve a ningún alma. Estoy sola en medio del parque, esperando para ver qué rumbo puedo tomar.

Sé que mi tiempo de poder estar en paz y en sosiego es muy limitado. Más del que quiero reconocer o pensar, ya que para viajar a Maryland tuve que viajar desde Nottville al aeropuerto más cercano y embarcar con mi pasaporte falso. La policía ahora que tiene ese nombre fichado tardará poco en averiguar mi paradero.

Me encontrarán, encarcelarán y enterrarán en la cárcel casi sin inmutarse en cuanto den conmigo. Por eso mismo sé que es inviable el hecho de tratar de buscar una pensión o un motel para pasar la noche. Lo primero que harán antes de darme la llave de la habitación será pedirme mi documento de identidad para hacer el registro.

Así que... ¿qué hago?

Suspiro dejándome caer poco a poco del banco al suelo, y acurrucada allí, bajo el frío y húmedo suelo, viene a mi cabeza el nombre de Mike West. Mi corazón trata de sentirse algo esperanzado al pensar que si trato de contactar con él, tal vez pueda explicarle lo que ha sucedido en realidad.

A fin de cuentas él fue el primero que me dio el beneficio de la duda cuando escuchó toda mi versión de los hechos en el pasado.

Me sacó esa idea de la cabeza, al entender sin asomo de duda que si Mike está de parte de alguien ahora es de Dann y de nadie más. Él es su amigo a fin de cuentas, ¿y qué soy yo de él?

Nada. Ni una simple amiga puede considerarme.

—Estoy sola, tal como lo estaba cuando salí huyendo de Carson City, aquél maldito 21 de Septiembre, en Nevada.

Me levanto del suelo siguiendo un impulso y tras secar el resto de lágrimas reseca que aún tengo por mis mejillas, pongo rumbo hacia el Teatro dónde se supone que Marcus tiene que estar y camino sin pensar en nada más.

Ese es mi destino.

\*\*\*

## **00,00h 27 de Febrero. Teatro Municipal.**

Llego hasta la puerta del Teatro tras mucho andar y no siento pesar al pararme justo en la puerta del establecimiento y encontrarme con la puerta cerrada, con el cartel de fuera de horario clavado en el cristal de entrada. Acercó el codo a un trozo del cristal y haciendo fuerza hago pedacitos el ventanal y me pongo en alerta por si suena algún tipo de alarma.

Al ver que eso no sucede, meto la mano y giro el picaporte desde dentro

para abrir la puerta.

Permanezco un poco más de tiempo sigilosa, atenta a cualquier movimiento que hubiera en el establecimiento. Al pasar los segundos y ver que no pasa nada, comienzo a caminar rumbo a la planta baja. Según la página web que vi en Lincoln, cuando me conecté desde el motel al ordenador, Marcus daba sus actuaciones de magia en una entreplanta.

Tal vez si está ocultando su identidad tras fingir su muerte, si registro el lugar concienzudamente, ahora que estoy dentro, pueda ser capaz de encontrar algo que demuestre mi inocencia.

Por Dann.

Quiero tratar de demostrarle que yo no le he robado nada a Brianna. Vale, puede que en su día sí que intentase matarla. Y también puede ser cierto que esa mañana al verla también hubo un momento en el que hubiese deseado estamparle una figurita de porcelana en la cabeza para hacerla callar, pero no lo he hecho.

Y eso tiene que contar, ¿no?

Deseo creer que sí.

Abro la puerta que da acceso a la planta baja y poniendo la mano en la fría pared, comienzo a caminar casi sin ver por donde voy. No tengo linterna, ni móvil que me alumbre, así que me dejo guiar por la rugosidad de la pared y por mi olor.

Toda esa sala tiene el aroma raro y embragador característico de Marcus.

Así olía su casa el primer día que yo entré a verle.

Parece que fue hace mucho tiempo, y si me pongo a pensarlo no ha pasado ni un año desde nuestro primer encuentro. Jolín. Tantas cosas que pasan y sólo en semanas. Como mi amor por Dann. El no manipulado, matizo.

—Céntrate, Elizabeth.

Agarro bien con la mano que tengo libre la mochila por el asa, que aún sigue algo mojada de la lluvia y no paro hasta que mi mano no deja de tocar la pared y encuentra un pomo y una puerta. Giro la manivela y alzo una plegaria al cielo de felicidad al ver que las bisagras se abren y puedo entrar al interior de la estancia.

Busco el interruptor de alguna luz y parpadeo durante unos segundos, al tratar mi vista de acostumbrarse a la iluminación del lugar.

Observo que me encuentro en una habitación algo pequeña, decorada simplemente con una estantería a la izquierda, una televisión a la derecha, un colchón en el suelo y una mesa pequeña junto con su silla al fondo.

No veo a nadie agazapado ni escondido allí, así que aprovecho y me dirijo directamente hacia la mesa. No encuentro papeles de importancia en cuanto a información, pero sí en cuanto a Marcus. Es su letra, sin duda. Sí que se encuentra allí. Bien.

Pienso en la pistola que le compré al muchacho muchas semanas atrás y creo enrojecer de vergüenza al pensar en lo que podía haber hecho si en ese momento me hubiera cruzado con él.

El instinto de asesina lo tenía en ese entonces demasiado activo y dispuesto a actuar. No cómo ahora. Tal vez a causa de la promesa que le hice a Dann.

Dann.

Trago hondo tratando de olvidar el odio que pude ver en sus ojos al hablar de mí ante los medios de comunicación. Su mirada azul celeste que tantas veces me miró con amor, pasión y ternura cuando yo estuve en sus brazos, ya no estaba. ¿Tan mal le sentó mi carta de despedida?

Creo oír susurros a mi espalda y me doy la vuelta, cogiendo como arma un abrecartas que hay colocado en la mesa. Respiro tranquila sin duda al no ver a nadie allí. Me convenzo a mí misma de estar paranoica y me pongo a registrar los cajones de la estantería del fondo.

Me quedo de una pieza al ver un montón de DVDs, y Cintas de Video en las que sale impresa la letra M, seguida de fechas y lugares.

—No me lo puedo creer.

Observo con atención las diferentes fechas que aparecen y al encontrar un DVD que pone **M, J, F 30 de Agosto 2016**, la cojo rápidamente y me acerco a la televisión para tratar de ver que hay dentro. Gruño de frustración al ver que la televisión no tiene forma de reproducir esos videos.

Pienso que todo está saliendo demasiado fácil para ser cierto, y mosquea tener esa sensación hormiguar por la boca de mi estómago.

Vuelvo a acercarme al lugar donde encontré los videos, y cojo también uno que pone **M, L, F 1 de Septiembre 2016**, y **M, E, F 21 de Septiembre 2016**.

El primero que he cogido esa la fecha en la que supuestamente yo estuve desnuda junto a Jason Laker y Marcus en un diván en su casa, en Agosto. Allí según un sueño que tuve – porque mis recuerdos de ese día están muy oscuros aún a día de hoy—, aparecía Fran Krantz con nosotros. Y ahora mismo no hay nada que más quiera que ver la cinta para ver si puedo descubrir algo nuevo que no sepa.

El segundo lo he cogido al azar, pero el tercero no. Ese es el día de la muerte de Fran, el fatídico momento en el que me convertí en asesina y eché mi vida a perder.

Necesito encontrar un aparato que reproduzca DVD para poder salir de dudas.

Así que con esa idea mente, vuelvo al pasillo y antes de apagar la luz mirando hacia todos lados, tratando de buscar otra habitación o lugar que no apeste a incienso – no me apetece que Marcus, si acaso está por allí, pueda ser capaz de volver a hipnotizarme en contra de mi voluntad—, y me asusta un poco creer ver una sombra a mi espalda.

Doy un brinco de susto sin poderlo evitar.

Maldigo en voz baja al entender que estoy comportándome como una niña pequeña. Allí no hay nadie, me digo una y otra vez. Estoy a salvo.

—A salvo y a solas— me digo caminando hacia delante.

No apago la luz al final para poder tener algo de claridad. A fin de cuentas,

si hubiera alguien más rondando por allí, ya debería haber hecho acto de presencia, ¿no?

—¡El ordenador!

Al tropezar con un saliente del suelo y ver ante una puerta enorme, al abrirla recuerdo que a parte de llevar en mi mochila dinero y mis dos pasaportes – el falso y el verdadero—, también tengo un ordenador con reproductor DVD. ¡Puedo ver ahí las grabaciones!

Contenta ante ese pensamiento, doy un par de pasos en el interior del nuevo lugar donde he ido a parar, y suelto un silbido de admiración al ver que he terminado justo en la sala de actos.

Donde Marcus hace su espectáculo de magia.

Guiño bien los ojos tratando distinguir alguna figura extraña, y descubro enseguida que todo está bien, y correctamente. No hay nadie allí.

—Ni luz siquiera— murmuro, bajando con cuidado las escaleras en forma ovalada para llegar hasta el escenario central, donde se aprecia algo de luz reflejada a través del benelux de cristal del techo.

Me siento allí en el suelo, sacando el ordenador de mi mochila y rezando al cielo para encontrar algo que me ayude a demostrar mi inocencia, y al mismo tiempo que empiezo a reproducir ante mis ojos esos tres DVD encontrados minutos antes, mi mente se abre al pasado, y comienzo a recordar en mi propia piel uno de esos tres momentos olvidados de mi vida.

\*\*\*

### **30 de Agosto 2016 Casa de Marcus Harold.**

*Siento mucho calor en la habitación. La cabeza me da vueltas. Creo que he llegado a vomitar hace poco tiempo, ya que tengo la boca pastosa y con olor a rancio. Miro a derecha y a izquierda, y no veo a nadie a mi alrededor. No tardeo mucho en oír voces y ruidos que provienen de una de las habitaciones.*

*Pongo los pies en el suelo para dirigirme hacia ese lugar y mi cuerpo se estremece al sentir el frío suelo directamente con mi piel. Bajo la mirada lentamente y parpadeo atónita al ver que estoy completamente desnuda en una casa que no es la mía.*

*No me molesto en buscar ropa para cubrirme, sigo el ruido de las voces con pasitos cortos. No quiero hacer ruido. Enseguida escucho la voz de Marcus al otro lado del quicio de la puerta y mi cuerpo se calma de forma automática.*

*Estoy a salvo.*

*Me apoyo contra la pared pintada de color morado y no puedo evitar oír retazos de su conversación.*

*—Aún no está lista para seguir adelante con la operación— murmura la voz Jason Laker, su representante con seguridad—. No es necesario que ella te vea ahora. Si lo hace, te*

*puede reconocer cuando llegue a Nottville y podemos sufrir las consecuencias de ello.*

*—No me va a reconocer— contesta un hombre con voz grave—, porque no se acordará de nada de esta noche, ¿no, querido mago?*

*—No, señor, haré que olvide todo recuerdo de esta noche.*

*—Eso espero, Marcus, porque te he pagado mucho dinero para cumplas a la perfección con tu cometido— dice en modo de advertencia—. Si eres incapaz de drogar, hipnotizar y manipular la mente de una joven pusilánime como la de la señorita Stone, es que me he equivocado en contratarle para este asunto.*

*Me llevo las manos a la boca para intentar omitir el grito de angustia que quiere salir de mis labios al oír esa última frase. Sin duda están hablando de mí. ¿Hipnotizarme y drogarme a mí?*

*No puede ser. Mi Marcus no me puede hacer eso.*

*¿Mi Marcus?*

*Trato de recordar hace cuánto tiempo conozco yo a ese hombre y me quedo casi sin palabras al no poderlo saber con certeza. Mi mente está como... confusa.*

*Regreso al diván con paso lento, preocupada por lo que puede estar pasando allí. Si uno esa conversación que acabo de escuchar a escondidas, con el hecho de estar desnuda en una casa que no es la mía, descubro que no estoy actuando con normalidad. ¿Y si de verdad estoy siendo manipulada por un mago, aunque suene irrisorio?*

*¿La manipulación mental existe?*

*Ahora sí que me pongo a buscar algo con lo que cubrirme para salir de esa casa antes de que alguno de los presentes me vea que ya estoy despierta, cuando el sonido del timbre de la puerta me sobresalta.*

*Maldigo a quién sea que venga justo ahora.*

*Vuelvo a tumbarme en el diván, con la mirada puesta hacia los almohadones, para que no descubran que ya soy consciente de todo y finjo seguir dormida. Es la mejor opción que tengo para intentar salir bien parada de allí.*

*—¿Qué haces aquí?— escucho hablar precipitadamente a Marcus con alguien desde el hall de entrada.*

*—Vengo a disfrutar también de mi parte del botín, no podréis estar solos con ella todo el rato, ¿no?*

*Las voces se van alejando a medida que se lleva al recién llegado a la estancia donde estaban los otros dos y ya empiezo a sentir verdadero miedo ante esa situación. Y mucho. ¿Por qué estoy allí desnuda y por qué hablan de disfrutar de parte del botín? Rezo en voz media alta para que no estén hablando de mí.*

*—¿Qué hace él aquí? — oigo cómo gritan los dos hombres, uno junto al otro al encontrarse juntos.*

*Trago hondo tratando de levantarme de nuevo del diván, para salir de esa casa aunque sea desnuda como estoy, cuando escucho pasos que se acercan de nuevo a mí. Me tumbo nuevamente, conteniendo de mis labios un nuevo grito, pero esta vez no de estupefacción sino de irritación.*

*—Cuando solucionéis este asunto, me contactáis— oigo decir al primer desconocido que escuché nada más despertar—. Y si algo mal en Carson City o en Nottville, os la veréis*

*conmigo.*

—Pero señor, yo...

—¡Avisados estáis!

*La puerta se cierra de golpe y entiendo que ahora en la casa sólo hay tres personas.*

—¡Mira lo que has logrado viniendo aquí, tío!— dice Marcus al tercer recién llegado en escena.

—¿Bueno, qué pasa? Tenía que ver a nuestro peón, ¿no?

—Un peón que ya no está roncando— advierte Jason Laker haciendo algún tipo de movimiento que no puedo ver.

—Ve a bañarte y bájate en diez minutos.

*Es lo último que escucho saliendo de los labios de Marcus antes de empezar a oír una melodía pegadiza e hipnotizadora salir de un reproductor de música del salón. Empiezo a perder la conciencia del lugar dónde estoy sin poderlo evitar.*

*Lo siguiente que pasa es confuso para mí – y en la cinta de video grabada por DVD se aprecian los cortes producidos también en la reproducción del momento—. Sólo soy consciente de ser levantada en el sofá por Marcus y Jason, también desnudos ellos e incorporada en el diván para permanecer sentada como en un sándwich entre los dos.*

*Marcus se acerca a mi oído y comienza a susurrarme unas palabras que si no estuviera diciéndolas tan cerca de mí, no las hubiera podido entender.*

—Dime quién eres y qué vas a hacer a partir de hoy.

*Sin rechistar y en voz baja y metódica comienzo a decir cómo me llamo, dónde trabajo, cuál es mi familia, que estoy haciendo allí. Cuento el viaje que hice a Madrid para encontrar a mi hermana, y para conseguir cómplices para llevar a cabo el plan.*

—¿Qué plan, querida?

—De asesinatos— respondo sin dudar ni un ápice—. Voy a matar a un hombre.

—¿Qué hombre?

—Fran Krantz, un asesor inmobiliario que trabajó en su día con Empresas Jenkins, y que ahora se dedica a vender y comprar viviendas por todo el país.

—¿Por qué vas a hacerlo?

*Le digo que la principal razón que tengo para convertirme en asesina es hacerme con la fortuna Jenkins. La víctima la he escogido yo porque es familiar directo de un miembro de esa familia.*

—¿Y nosotros porqué estamos aquí?— me pregunta ahora Jason, haciendo que preste ahora mi atención en él.

—Porque os tengo chantajeados— continúo diciendo sin respirar si quiera—. Descubrí irregularidades en vuestros espectáculos de magia y os obligué a ser mis cómplices. Actuáis en contra de vuestra voluntad.

*La cabeza empieza a dolerme por un esfuerzo que no entiendo estar haciendo, y Marcus me atrae a su cuerpo con dulzura.*

—Tranquila, no te delataremos. Fingiremos que eres inocente en este asunto. Tú misma lo creerás.

—¿De verdad estarás dispuesto a arriesgarte tanto por mí, encubriéndome?

*Marcus sonríe sin contestar mientras yo me arrebuj o en su cuerpo, con un sentimiento de alivio que me llena el pecho.*

*Oímos pasos a un lado y recuerdo que no estamos los tres solos en la casa. Miro hacia all  y aparece otro hombre desnudo ante nosotros. No puedo ver a la persona claramente por estar casi sin luz all .*

*— Qu en es?*

*—Alguien con el que tienes que practicar para estar preparada para mantener relaciones sexuales antes de encontrarte con Fran Krantz— vuelve a decir en mi oído en forma de susurro—. A por él.*

*No me paro a escuchar más cosas. Me levanto del diván y extendiendo las manos me dirijo hacia el pecho masculino para atraerle a m  y robarle un beso ardiente. El hombre gime en mis brazos y no protesta cuando yo le hago caminar conmigo hacia el diván, donde Marcus y Jason aún nos esperan con sendas sonrisas grabadas en el rostro.*

\*\*\*

## **En el presente**

Saco con rabia el DVD del ordenador, frustrada por lo que mis ojos han visto. La grabación de Marcus no se corresponde para nada con los recuerdos que tengo yo de ese momento en especial. Ese 30 de Agosto de 2016 las cosas que salen filmadas en el DVD no son las mismas que yo tengo en mis recuerdos.

 En la cinta me hacen parecer la mala de este cuento!

Cierro los ojos ofuscada. Aún recuerdo oírme a mí misma narrar cómo quiero cometer el asesinato de Fran Krantz con tanta sangre fría. Como si lo hubiese planeado de ante mano yo.  Y eso es mentira!

 Mentira!

Miro con asco las otras dos grabaciones y me da miedo ponerlas en el ordenador para ver qué tienen grabado, pero supongo que no tengo más remedio que salir de dudas. He ido hasta all , provocando el odio de Dann sin pretenderlo por algo. Por Dios, que al menos haya sido por algo bueno.

Me pongo a ver a continuación el siguiente momento de mi vida, esta vez del pasado 1 de Septiembre, y en esta ocasión mis recuerdos no vienen en mi ayuda. Me quedo viendo como tonta como estoy ante Marcus y Laia – aunque ya en ese entonces ya se hacía llamar Ellen Harold—, ordenándoles que me consigan fotos de los Garrett para comenzar con la misión.

—Joder.  Qu  pasa aquí?

La grabación est  cortada en ciertas partes, pero ninguno de esos cortes deja entrever una manipulación del video. Todo parece real. Y todo me inculpa a mí.

Empiezo a sentir un sudor frío bajando por mi espina dorsal. La respiración comienza a fallarme y tengo que abanicarme con la mano en busca de aire.

—Creo que acabo de hacer la tontería más grande del mundo viniendo aquí.

Me queda por ver la grabación del 21 de Septiembre de 2016, pero decido no hacerla. Rápidamente recojo las cintas y guardando el ordenador en la mochila, bajo del escenario y pongo rumbo hacia la salida. No quiero ni ver a Marcus. No sé cómo lo habrá hecho, pero estoy convencida de que el dichoso mago ha manipulado las imágenes de nuestros momentos juntos, haciéndome quedar a mí como la criminal causante de todo.

¿Para qué?

No lo sé, pero no quiero pararme a averiguarlo.

Pienso que tal vez Dann ha recibido copia de esas imágenes y por eso ahora vuelve a odiarme con la misma intensidad que al principio y se me encoje un poco más el corazón. Creo que éste ya no se me puede romper más de lo que ya ha hecho hasta ahora.

Maldita sea.

Busco con la mirada la salida directa hacia la calle – es un teatro, tiene que tener una salida secundaria en algún lugar—, y las piernas comienzan a flaquearme de nervios y de susto al ver ante mí la figura de tres personas que no esperaba encontrar allí.

Joder.

\*\*\*

Me quedo varios minutos mirando sin pronunciar palabra alguna a Amy Kimberly, la dichosa poli de Carson City, el magnate secuestrador de mujeres, Jian Lin y el mago farsante, Marcus Harold.

*Estúpida, estúpida, estúpida, has caído en su trampa como una idiota*, pienso empezando a sentir dolor provenir de la cicatriz de mi hombro izquierdo, y no por que la herida esté abierta de nuevo, sino por ver ante mí a Marcus, el hombre por el cual fui herida.

Extraño durante un segundo no ver allí a Laia, pero enseguida la empujo fuera de mi pensamiento. Está muerta, asesinada por alguno de los tres que están presentes allí.

—Así que esta es la famosa Elizabeth Stone— dice Jian Lin, haciéndome una radiografía entera del cuerpo con altanería—. Pues si no es nada del otro mundo.

—Una zorra con suerte, nada más— asiente Amy, mirándome con ira.

Noto el odio profundo que siente por mí y creo que ahora comienzo a entender la razón de que esa dichosa mujer se dedicase en el pasado a malmeter contra Dann y su familia por mi causa. Es una poli corrupta, no hay duda.

Y yo estoy en medio, cómo no.

Clavo mi mirada en Marcus tratando de sentir algo de odio hacia él, y me sorprende estar tan derrotada emocionalmente que no siento nada. Ni siquiera un ápice de las ganas de tratar de matarle. ¿Cómo las cosas pueden cambiar tanto en un mes?

Hace menos de treinta días yo quería matarle y enterrarle en venganza por todo lo que había hecho, ¿y ahora todo ese odio ya no estaba? ¿Por qué? *Por Dann*, me responde mi conciencia, y jolín, qué razón tiene. El menor de los Garrett me dio una lección de vida importante con respecto a buscar la justicia en mis propias manos, que pase lo que pase no voy a olvidar en la vida.

Por Dann, me obligo a no perder la esperanza. Si una vez ya le demostré mi inocencia aún habiendo visto él con sus propios ojos cómo su primo moría en mis manos, puedo volver a tratar de convencerle de que esas grabaciones son una falsa.

Sólo tengo que pensar en la forma de salir airosa de esa situación. ¿Sencillo, no?

—Estas grabaciones son una mentira— comienzo a hablar yo, decidiendo a tomar la iniciativa yo—. Y una muy grande. Yo no he hecho nada por propia voluntad.

Marcus ríe, mientras el chino se acerca a mí paso a paso. Amy en cambio saca su arma reglamentaria y yo trago hondo. Empiezo a desear haber cogido algo más a parte de un abrecartas para usar como arma defensiva. Tengo la sensación de que voy a necesitarlo.

—Estás muy segura de ti misma para ser una contra tres— dice Jian Lin mostrando una amplia sonrisa.

—A veces en la vida no importa la cantidad de las cosas para que todo salga bien, sino la calidad de la persona y el modo de actuar— le digo yo sin dejar de estar atenta a sus movimientos.

La poli sonrío y yo empiezo a dar un par de pasos hacia atrás para alejarme del acercamiento del magnate chino.

—¿Liberó ya a Melanie?— aprovecho para preguntarle con altanería.

—Un amiguito de tu amante lo hizo por mí— me dice ofuscado mientras me lanza unas fotografías a la cara.

Me agacho para recogerlas del suelo y se me encoje el corazón al ver ante mí de nuevo las dichas fotografías de mi estancia en la cabaña de Maddy y Jim con Dann.

—Fuisteis vosotros...

—Concretamente fue la dama aquí presente— dice Marcus melosamente—. Ella os encontró en esa horrible cabaña donde el supuesto hombre de ley te escondía y lo documentó todo.

—¿Y porqué no se ha hecho público aún?

Ninguno contesta y la sonrisa que muestran los tres me pone los pelos de punta. Más aún.

—¿Qué queréis de mí?— quiero saber.

—No sé si te has enterado que ha habido una oleada de suicidios en diferentes prisiones del país, el mismo día y a la misma hora— responde Marcus, usando su tono de voz sugestivo.

—Lo he visto. Sí. Y si estáis pensando en que me suicidaré por vosotros,

quiero que sepáis que...

—No— me interrumpo él—. Tú tienes que vivir querida, ¿quién sino va a pagar por nuestros delitos?

Ja. Se me escapa un sonido de burla que no puedo contener y que tampoco quiero. Empiezo a entender lo que quieren hacer. Por eso sigo viva ahora. Su deseo es que el juez me acuse y condene a mí por todos los delitos cometidos desde el pasado 21 de Septiembre. Y sí, algunos los hice yo —drogada o no—, pero otros no.

—Yo no he tratado de envenenar a Jim— murmuro rabiosa—. Y yo nunca quise matar a Maddy. No voy a aceptar culpas que no son mías. Bajo ningún concepto.

Por mí y por Dann. Si quiero convencerle que soy inocente, tengo que actuar como tal. Confesar delitos ajenos no es buena idea.

—¿No?— susurra Jian, ya a escasos centímetros de mí.

Yo sigo con mi caminito de retroceso hacia atrás, que tengo que parar al casi caerme al suelo. El escenario ya se termina y me encuentro con las escaleras que llevan hacia la zona de las gradas y los asientos.

—Yo que tú me quedaría quieta si no quieres salir malparada tú— dice Amy apuntándome con su pistola al pecho—. Y claro, y ella también.

Abro la boca para preguntar a quién se refiere, cuando la poli de Carson City le hace una señal a Marcus para que traiga a alguien. Me quedo sin saber cómo reaccionar al verle traer obligada a una mujer mayor maniatada y asustada. Tiene el rostro lleno de lágrimas y varios hematomas en su mejilla.

Jolín, ¿por qué se me hace tan conocida esa mujer?

—Vaya, vaya, has pasado una noche entera con él, o dos incluso si mis informadores no mienten...— se jacta Jian Lin extendiendo su mano hacia mí—, y no reconoces a su madre. Muy mal de tu parte, señorita Stone. Es usted una persona muy malvada.

Siento la vena de mi cuello latir a presión de forma demasiado rápido y es de la angustia. Evidentemente la madre de Dann no puede ser porque falleció en un accidente automovilístico, ¿con qué otro hombre he podido pasar yo una noche a solas?

Me quedo pálida de impresión al saber la respuesta en menos de un segundo.

—No...

—La señora West está ahora mismo muy angustiada para que ahora te pongas enferma tú, querida— se burla Jian con la mano aún levantada—. Si eres tan amable de darme es objeto punzante ahora a mí, ella te lo agradecerá mucho.

Hago lo que me pide, dejando caer el abre cartas en su mano enguantada. Trato de no pensar porqué demonios está con guantes en un recinto donde hace tanta calor. Estoy chorreando de sudor, pero supongo que no todo es debido a la temperatura ambiental del lugar, sino a los nervios que siento en ese momento.

—Ella no tiene nada que ver en este asunto— murmuro yo con voz ronca—. No podéis hacerla daño. Dejadla marchar y haré lo que me pidáis.

—¿En serio?

—Dejadla marchar – les pido suplicando casi de nuevo. Y aunque no quiero hacerlo, vuelvo a susurrar en modo de promesa—. Si lo hacéis, os prometo que yo misma entregaré estas grabaciones donde se me inculpa de todo a la policía.

Amy Kimberly se pone a reír histérica al oírme, y sé que está recordando todo el recorrido que hice huyendo desde Carson City. Silbo incluso yo al pensar que he estado en los últimos seis meses en más Estados de los que cualquier persona normal puede recorrer por viaje de placer y por propia voluntad.

—¿Cómo sabemos que dices la verdad?— pregunta Jian Lin ahora alejándose de mí, con el arma punzante en la mano—. Puedes cambiar de opinión y darnos la espalda. Ya lo hiciste antes a favor de Danniell Garrett y su familia.

Quiero exigir que deje de hablar y que diga cosas así para que la señora West las oiga, porque con ello solo está aterrorizándola más, pero no lo hago. En cambio ahora, en contraparte a lo que he estado haciendo minutos atrás, comienzo a caminar hacia delante, intentando seguirle la pista de cerca al magnate extranjero.

No me gusta nada la actitud que está manteniendo.

—Os doy mi palabra— les digo con la frente bien alta, copiando la frase que Dann siempre dice cuando promete algo—. Iré a la cárcel. Sólo quiero que dejéis libre a la señora West. Es inocente.

—Yo también era inocente en todo esto y mira donde he terminado— susurra la poli de Carson City mirándome con verdadero odio—. Por tu culpa ahora soy cómplice de malversación de fondos estatales, ocultar un crimen, intento de asesinato a un hombre famoso en Nottville, prevaricación, instigación para que matasen a mi marido, y muchas cosas más que ahora no recuerdo. Y todo porque tú decidiste huir por todo el país, jodiéndome la vida a mí. ¿Crees que voy a dejar que vivas feliz y tranquila mientras yo lo paso mal? No.

Gira su cuerpo y en vez de apuntarme a mí, dirige el cañon de la pistola hacia la madre de Mike.

—¡No!— Grito suplicando por la vida de la señora West—. Marcus, por favor, no dejes que asesine a una mujer inocente. Por favor.

—Elizabeth...— susurra él alzando una mano para que Amy se quede quieta.

Ella ofuscada aleja su dedo del gatillo, pero no deja ni un instante de apuntar hacia la cabeza de la rehén.

—Haré lo que me pidáis— murmuro tratando de contener la angustia en mi interior.

Y no por esa señora que no conozco de nada, sino por Mike. Él se portó muy bien conmigo, confiando en mí la noche que escuchó mi versión de la historia. Si permito que maten a su madre delante de mí sin hacer nada por evitarlo, estaré traicionándole y mucho. Y no quiero eso.

—¿Te declararás culpable de todos los delitos que se hayan cometido a partir

de Julio del 2016?— me pregunta él en tono de voz susurrante.

Sé que está tratando de reactivar su dominación mental hacia mi persona con esa táctica y dejo que piense que funciona conmigo, aunque ahora mismo no es así. Yo realmente quiero salvar a esa mujer. Maldita sea, ya me he granjeado el odio de la madre de Maddy, al menos quiero llevarme bien con una cercana a los Garrett.

—Lo prometo.

Me quito la mochila de la espalda y añadiendo veracidad a mi promesa, me decido por lanzársela a Marcus a los pies como muestra de buena fe.

—Ahí está el dinero que te prometí— susurro. Puedo escuchar el miedo salir de los sollozos de la madre de Mike al sentirse apuntada por un arma de fuego y trato de mirarla con cariño para que se calme un poco—. Y también está mi documentación y todo lo que tengo de posesión, incluido un ordenador.

—¿De verdad?

—¡Sí! Ahí tenéis la prueba de que voy a cumplir con lo que os digo. Iré a la cárcel y me acusaré de todo, pero dejad marchar a la señora West, por favor.

Permanezco atenta a la pistola de Amy y a la socarronería de Jian por si planean hacer algo fuera de lugar y no vuelvo a recuperar el ritmo normal de respiración hasta que no veo a Marcus lanzar un suspiro y hacer a la pobre señora caminar hacia mí.

—Gracias— le susurro sintiendo gran alivio.

Pienso que Mike me deberá una y espero que me lo devuelva visitándome aunque sea a la cárcel por esto que acabo de hacer con su madre.

—¿Estás bien?— le pregunto a la mujer cuando Marcus se acerca con ella.

Él se aleja y ella gira sus ojos asustados hacia mi persona. Entiendo que también tiene miedo de mí y yo no se lo reprocho.

—Voy a quitarte la mordaza— murmuro quitándosela con suavidad—. Ahora nos iremos de aquí y juntas iremos a una estación de policía. Diras que yo te secuestre en venganza por el comunicado que hizo Dann en la televisión, pero que me he arrepentido y que te entrego para evitar mayor males, ¿de acuerdo?

Espero a que ella me diga que sí a todo, tanto a saber si se encuentra bien como a lo de entender el plan de acción, y cuando lo hace, empiezo a caminar muy seguida de ella rumbo a la puerta.

No tengo en mi poder ni los DVD que me condenan, ni las fotografías en las que salgo con Dann, pero no me importa. He logrado ayudar a la señora West y eso ya es todo un logro.

—Elizabeth...— me llama Marcus cuando logramos bajar los primeros escalones de las gradas.

Me giro hacia él tratando de mantener la calma, cuando no lo veo venir y de la nada se abalanza hacia nosotras Jian Lin, y empujándome a mí a un lado, comienza a acuchillar a la señora West repetidamente en el estómago.

—¡No!— grito desde el suelo mirando horrorizada la sangre emanando del cuerpo de ella—. ¡Malditos hijos de puta!

Trato de levantarme para apartar a Jian de la señora West cuando me veo encañonada con el arma de Amy en toda mi cabeza. Miro con ira a la maldita policía de Carson City.

—Llamad a una ambulancia— les suplico escuchando los sollozos doloridos de la mujer—. Por favor, voy a cumplir con lo pactado, no es necesario matarla. ¡Ayudadla!

—Tú has matado a esa mujer, querida— me dice Amy Kimberly agachándose a mi lado para agarrar mi pelo con fuerza—. Si hubieras actuado de otra manera, ahora Mike seguiría teniendo a su madre viva.

—¡Eres una zorra psicópata!

—Te equivocas, Elizabeth. Al fin y a cabo la psicópata de Carson City eres tú, y nadie más.

Se ríe en mi cara mostrando su fea cara y eso aviva la llama de mi rabia. No lo pienso y actúo. Le doy un cabezazo en toda su rostro, sintiéndome bien por el “crack” que escucho salir proveniente de su nariz, y empujándola a un lado de la escalera, le arrebató el arma y con ella apunto a Jian Lin.

—¡Aléjate en este mismo momento de ella!— le exijo poniendo el dedo en el gatillo—. ¡Ya!

Él hace lo que le pido, dejándole clavado el abre cartas en el estómago. Le ordeno que se aparte y se mantengan a distancia sin dejar de apuntarles ni un solo instante y me agacho hacia la señora West para ver cómo está.

—¿Se encuentra bien?

Ya no puedo oír sus sollozos y asustada me inclino aún más para sentir su respiración. Dejo caer el arma al suelo al ver que no consigo encontrar su respiración y quitando con mis manos el abre cartas de su estómago trato de medirle bien el pulso y nada.

No encuentro nada. Está muerta.

Comienzo a llorar de dolor y de impotencia.

Cojo el arma rabiosa del suelo con la mano izquierda, mientras que con la mano derecha aún mantengo en alto el objeto punzante y lleno de sangre y apunto dispuesta para disparar a los malditos asesinos que presencian todo como con alegría.

—¡Arderéis en el infierno por esto!— espeto dispuesta a disparar.

Y lo hubiera hecho, sobre todo por la expresión de satisfacción personal que se graba en la cara de Amy Kimberly – con la nariz ensangrentada aún—, si no fuera por el ruido de pasos que se empieza a oír desde la parte superior del Teatro.

Me giro un segundo hacia allí y me quedo de piedra al ver ante mí a Mike West, también con su arma reglamentaria en alto, apuntando directamente hacia mi corazón.

Oh, joder. Y mil veces joder.

\*\*\*

Siento a mi corazón golpear contra mi pecho ruidosamente una y otra vez con miedo y angustia. Mike me pide que baje al arma, levante las manos y me arrodille en el suelo inmediatamente. No posa su mirada en ninguno de los demás presentes. Sólo en mí. Me pongo pálida al ver en su rostro el odio reflejado en su mirada al posar su vista.

Me odia a mí.

El olor a sangre del cuerpo de su madre me taladra el olfato y no dudo en dejar en el suelo la pistola y el abre carta en señal de buena voluntad. A continuación comienzo a restregar sobre mi ropa la sangre que mancha mi mano tratando de quitarla. Ese gesto enfada más al poli que en otro tiempo fue mi amigo y comienza a caminar hacia mí con rabia.

—Has matado a mi madre – dice casi sin voz.

Quiero negar esa afirmación girándome un poquito hacia un lado para tener controlados en la distancia a Amy, Jian y Marcus y me quedo muy sorprendida al no ver al magnate extranjero por allí ahora. ¿Qué...?

La poli de Carson City sigue allí, taponándose la nariz como puede para detener la hemorragia, mientras tiene a Marcus cogido por el brazo fuertemente, como si fuese un detenido. Ahora sí que creo que estoy viendo alucinaciones.

—Me ha desarmado Mike— comienza a decir la estúpida mujer mirándome asustada—. Cogió el arma y un abre cartas y apuñaló a tu madre repetidamente en el estómago, igual que hizo con Fran Krantz. No pude detenerla. Me atacó y dejó inconsciente. Pude neutralizar al señor Alain Scott nada más. Lo siento.

Trato de hablar para decirle a Mike que eso es una mentira asquerosa pero las palabras mueren en mis labios al ver cómo él se inclina ante el cuerpo de su madre y repitiéndome de nuevo con voz fría que levante las manos y me arrodille en el suelo, se abraza a ella con mucho sufrimiento. Verle así, destrozado por la pérdida de su madre termina de romper los pobres pedacitos de corazón que aún tenía intactos.

—Mike, yo no...

—¡Cállate!

Su grito suena en el anfiteatro cerrado haciéndome encojer en el sitio.

—Yo te defendí Elizabeth— comienza a susurrar casi sin voz—. Ante todos. Puse en peligro mi amistad con Danny por ti y ¿así me lo pagas?

—Yo no he hecho nada— murmuro tristemente—. Intenté impedirlo. Fue Jian Lin con ayuda de Amy y Marcus. Ellos han planeado esto.

—No le haga caso, agente West— susurra la muy zorra, esposando a Marcus y caminando hacia nosotros.

Quiero hacer el intento de agacharme a coger la pistola para tratar de mantener alejada a esa mujer de nosotros dos, y Mike no me deja. Suelta a su madre y apuntándome a mí con su revolver me exige que me quede quieta.

—No te muevas— me dice con voz queda—. Levanta las manos y arrodílese en el suelo, señorita Stone. Es la última vez que se lo advierto.

Observo impotente cómo Amy coge su arma del suelo y aparta a un lado el abre cartas y cómo le sonrío conciliadoramente hacia Mike al ver que cree más en su palabra que en la mía. Siento náuseas y ganas de vomitar de puro nervio y miedo. Temó lo que esa mujer pueda estar planeando ahora.

—¿Ha venido solo, agente West?

—Antes de entrar llamé pidiendo refuerzos— confiesa sin apartar su mirada recelosa de mí—, imagino que en menos de diez minutos estará aquí la patrulla de Maryland. Y Dann también estará por venir. Le avisé dónde podría encontrar a Elizabeth.

Amy muestra de nuevo su sonrisa lobuna mirando hacia Marcus con algo parecido a la satisfacción en su rostro y yo trato de localizar a Jian Lin en la estancia. Me da mucho miedo el motivo que tenga para estar escondido justo ahora.

—¿Cómo supiste dónde estaba yo?— le pregunto casi sin voz.

—¿Acaso importa?

—Sí, ¿cómo?

—Una camarera del bar donde pasaste la tarde hoy te reconoció por la foto en las noticias y dio el aviso a nuestra centralita. Ella a su vez nos avisó a Dann y a mí.

Maldigo en voz baja mi descuido al ir a parar a ese restaurante.

—Lo que no entiendo— dice él—, es porque llamaste tú preguntando por mí. ¿Querías que viera tu crimen?

—¿Qué yo te llamé?

—No te hagas la inocente. Me dieron el recado de tu parte. Tú dejaste una nota en la casa de mi padre. Le drogaste a él y te llevaste a mi madre. Me pediste un rescate por ella.

Su voz comienza a alterarse a medida que comienza a hablar y veo cómo se van hinchando los músculos de sus brazos y piernas. Miro de reojo a Amy y ya no me queda nada más que entender de lo que sucede allí. ¡Ella, en confabulación con Marcus y Jian han orquestado todo!

—¿Te ha parecido divertido hacer que entre yo solo en el Teatro para que viera a mi madre muerta a tus pies?— dice casi sin voz—. ¡Dímelo!

—Yo no he sido, Mike.

Miro al hombre que se ha portado tan bien conmigo con tristeza y desilusión y mis ojos quieren creer que algo en mi expresión le hacen ver que yo sigo siendo la misma chica que le confesó toda mi verdad en el pasado. Pero no. Evidentemente es mi maltrecho corazón el que quiere hacerme ilusionar con una quimera. Su mirada dulce y buena ahora está teñida de odio y de pesar, grabada en mí.

Deseo lanzarme sobre Amy aún a riesgo de que el amigo de Dann me dispare a mí por no cumplir con su orden de permanecer quieta, pero tengo la horrible sensación de que la actuación de esa noche aún no ha terminado. Algo más se prepara para pasar.

Lo siento muy adentro de mí.

—Llévate a Marcus arriba con Danny— le pide Mike mirando con algo de recelo a la señora Kimberly—. Yo esposaré y llevaré a Elizabeth hasta el coche patrulla.

Ella sonríe y se da la vuelta para hacer lo que le ha pedido y yo trato de pensar en un plan B de escape súper rápido. Mike sigue apuntándome pero ya no tiene el dedo puesto en el gatillo. Está tratando de decidir qué hacer, si agacharse con su madre para llorarla a gusto o seguir vigilándome sin apartar de mí la vista un instante.

—No voy a huir...— murmuro entristecida.

Ya no aguanto más tanta desconfianza y tanta tensión. Al ver a Amy llevar a rastras a Marcus junto a nosotros y dirigirse hacia el piso superior con él cogido de su brazo, mi cuerpo se medio relaja y me dejo caer de rodillas junto al cadáver de la señora West.

—¡Aléjate de ella!

Su rugido suena de forma estridente, taladrando mis oídos. Ya no sólo por el tono con el que grita, sino por el eco que se hace en la sala.

—Intenté impedirlo— susurro con los ojos llorosos—. Intenté sacarla de aquí.

Llevo las manos a sus ojos y los cierro para darle descanso a la pobre mujer. Él me agarra la mano llena de sangre y apretándola con fuerza, me levanta casi en vilo.

—No te atrevas a seguir mintiendo.

—No miento, Mike.

Quiero alzar la mano que tengo libre de su agarre para acariciar su rostro con ternura y él me atrae a su cuerpo con más fuerza de la que hizo antes para apartarme. Dejo de prestarle atención a la espalda de Amy que ya casi está fuera del anfiteatro con Marcus y centro toda mi energía en posar mis cinco sentidos en Mike.

—Ni una palabra— me dice arrastrando las palabras—. Tienes la sangre de mi madre en tus manos. Ha sido asesinada igual que tu *modus operandi*. Cuchilladas en el estómago.

—Pero yo no he sido— le aseguro mirándolo a los ojos.

Me duele las manos de su agarre pero no le hago muestras que me duele. ¿Para qué? Está furioso conmigo. Por más que le diga algo no va a ayudar a mi causa y yo lo sé.

—Y por si fuera poco, fue tu letra la que se encontró en la carta en la casa de mi padre. Tú te llevaste a mi madre y la trajiste aquí.

Resoplo ahora yo cansada de oír tantas acusaciones infundadas. ¿Cómo habrán podido orquestar todo eso en tan poco tiempo? ¿Son magos del tiempo y la distancia o qué?

—Toma con tus manos las esposas que tengo en el cinturón del pantalón y póntelas, Elizabeth— me dice tras suspirar largamente—. Te llevaré al coche

patrulla con Dann y ya no tendré que volver a verte más.

—Mike...

—Contaré hasta tres.

Tengo la tentación de comenzar a zarandearle para que trate de escucharme de una vez, pero decido rendirme ante la evidencia. Me han hecho la cama perfectamente bien para demostrar que soy culpable. No hay nada que pueda decir que me salve.

—Está bien, Mike West— susurro cogiéndole las dichosas esposas una vez me suelta—. El mal vuelve a ganar otra vez.

Comienzo a ponerme una en una muñeca y cuando voy a ponerme la otra, mi mano se ve detenida por un nuevo agarre de Mike. Esta vez vuelvo a suspirar pero ya no de tristeza sino de irritación.

—Mike, estoy tratando de hacer las cosas fáciles, si dejaras de tratar de volverme loca con tus cambios de humor, la verdad es que...

Ahora sí que me quedo sin saber cómo reaccionar cuando sin yo esperármelo él me atrae a sus brazos y me abraza con calor y fuerza. Yo me quedo estática en su pecho, sin saber cómo reaccionar. No niego que me guste sentir su calor alrededor mío, pero eso no quita lo extraño del asunto.

—¿Mike?

—Ya se han ido— susurra en mi oído.

Salgo un poco de sus brazos para mirar hacia arriba del anfiteatro y parpadeo incrédula al ver que tiene razón. Amy y Marcus se han ido al fin. No lo puedo creer. Me separo un poco del amigo de Dann y con algo desconfianza me quedo mirándole, acariciándome la muñeca en la que aún tengo a medio poner las esposas.

—¿Qué...?

—Sé que fue Jian Lin quién ha matado a mi madre, Elizabeth— me dice dejándome alucinada.

Le miro fijamente unos segundos fijamente sin entender nada. Trato de ver en el iris de sus ojos si está tratando de jugar conmigo o no, y al ver pura claridad y de nuevo bondad en su mirada, sé que está siendo sincero.

—Tenía que fingir para seguirles el rollo— murmura acercando su mano a la mía para quitarme la esposa de la muñeca. Me estremece la ternura de su toque—. Puede que tenga que pedirte perdón si reconozco que hubo un momento en el que sí dudé de ti.

—¿Sí?

—Sí, desde que hablaste a escondidas con Marcus en Nebraska. Vi en tu ordenador que mentiste con respecto al lugar dónde él se escondía. Y luego lo que Brianna nos contó del robo de su dinero me hicieron dudar de tu palabra.

Brianna Jenkins. Estoy tan cansada, tanto emocional como físicamente que ni siquiera me inmuto ante ese pensamiento. ¡Por eso Dann me odia ahora, cree que le traicioné atentando contra la madre de su cuñada!

—Joder— susurro triste—. Para todos tengo que ser la peor víbora del

mundo.

—Para mí no— me dice él con una sonrisa decaída—. Tardé, pero confíe en ti.

Acaricia mi rostro sacando las lágrimas secas de mis mejillas y yo cierro los ojos. Sé que no debo dejarme llevar por el calor y la ternura que él trata de mostrarme, pero no puedo evitarlo. Me consuela y mucho.

—Dann también confiará en ti— termina diciendo como en contra de su voluntad—. Cuando te mire a los ojos y tú le cuentes la verdad sabrá que no mientes. Tienes un brillo en el rostro que se ilumina como un bello árbol de Navidad cuando te apasiona algo, Elizabeth.

Su voz suena tan dulce y tan sincera que me derrite. Voy hacia él y le abrazo ahora yo con energía.

—Gracias por haber tratado de proteger a mi madre incluso arriesgando tu libertad – murmura en mi oído segundos después.

—¿Cómo...?

—No llegué a tiempo para salvarla – dice triste—, pero sí pude oír cómo la defendías. Gracias.

Me acurruco un poco en sus brazos, consolándole a él por la pérdida que acaba de sufrir, y consolándome al mismo tiempo a mí misma por los altibajos sufridos en el día de hoy.

—Puedes llorar por ella si lo necesitas, Mike.

Él se aleja de mí un poco y rozando mi barbilla con su mano derecha, hace que le mire a los ojos. Están aguados y entristecidos.

—No iba a llorar delante de ellos— comenta dejando caer una lágrima por su mejilla.

—No, ellos no merecían ver tu dolor— le digo cariñosa alzando un dedo para quitarle ahora yo la lágrima de su mejilla.

Mike cierra los ojos. Parece querer tomar ese momento que estamos viviendo y guardarlo en un frasquito para poderlo recordar después.

—Elizabeth, sé que le debo a Danny lealtad porque es mi amigo. Y créeme que le quiero un montón. Es como un hermano para mí, pero debo decirte una cosa que me está quemando por dentro a fuego lento.

—Mike, ¿qué...?

—Elizabeth Stone, yo...

No llego a escuchar el final de esa frase. Antes de que Mike pueda terminar de hablar o incluso antes de que yo pueda entender lo que pase, se oyen varias detonaciones en el interior del anfiteatro.

Abro los ojos con temor mirando a Mike y antes de que ninguno de los dos sepamos lo que realmente pasa, escucho la risa de Amy Kimberly desde la parte más alta del lugar y al ver su pistola en la mano y el dedo presionado ya en el gatillo de su arma, entiendo lo que ha pasado.

Ha disparado contra nosotros.

Me llevo las manos a mi cuerpo y no siento dolor alguno. Miro ahora a Mike

asustada y a él le veo con aspecto macilento y sorprendido. Deja caer las esposas al suelo junto a su arma y apoyándose en mí comienza a derrumbarse poco a poco en el suelo, junto a cadáver de su madre.

—¡No!— grito asustada.

Mil veces más asustada que cuando vi apuñalar a su madre, las cosas como son.

La risa de la zorra de Amy resuena en todo el recinto y no contengo. Cojo el arma de Mike y comienzo a disparar sin pensar en consecuencias contra ella. Entre las lágrimas que caen por mis mejillas no logro distinguir si doy en el blanco o no. Cuando me acabo todo el cargador, me agacho junto al cuerpo de Mike y observo horrorizada la cantidad de sangre que sale de su pecho.

—Mike, no, por favor, tú no...— murmuro con el corazón en un puño.

Trato de presionar la herida de bala con mis manos – aún con su pistola entre ellas—, y él niega con su cabeza, empezando a temblar todo su cuerpo.

—Vete y busca a Dann— me pide en un susurro.

—Mike, yo... yo...

—Ve— me dice elevando con esfuerzo su mano para acariciar mi cabello azulado y la cicatriz de mi rostro—. Dile que eres inocente. Te creerá. Yo lo hice y él te ama tanto como yo te quiero a ti.

Sus palabras se clavan en mi alma y me hacen llorar con más intensidad. Trato de aplicar más fuerza a la herida para que deje de sangrar, pero el rostro de Mike se poniendo cada vez más blanco, y lleno de sudor y me hace ver que mis intentos son en vano.

—Lo siento tanto.

Quiero decirle tanto y pedirle tantas disculpas como pueda en el tiempo que aún le pueda quedar a él, cuando la puerta se abre bruscamente y por ella entra mi Dann corriendo, seguido de varios policías a su espalda.

—¡Mike!— grita al verle tirado en el suelo sangrante, junto al cuerpo de su padre—. ¿Qué ha pasado?

Yo me levanto temblorosa de allí y le dejo espacio a Dann, que se arrodilla junto a su amigo para tomarle el pulso. Evito su mirada y la clavo en la policía que se acerca a mí con sus pistola en alto.

No les presto ninguna atención, mi concentración y mis lágrimas están puestas en Mike West. Maldigo a Amy Kimberly, a Marcus y a Jian Lin. Sé sin asomo de dudas que ellos han planeado perfectamente toda esa situación para que la cosa terminase así.

Sollozo el nombre de Mike llevándome las manos al pecho, viendo los intentos de Dann de tratar de detener la hemorragia él también. Noto el olor de la sangre en mi cuerpo y sé que debo tener una mezcla de sangres de él y de su madre en mi cuerpo. Viene a mi memoria el recuerdo de la primera vez que vi a Mike West enfrente de la Estación de policía de Nottville meses atrás. Él enfundado en el uniforme oficial y yo asustada al verle aparecer de la nada, cuando estaba apoyada en la moto de Dann. Tan bromista y risueño y ahora...

—Mike, colega, aguanta... — le ruega Dann ahora mientras ordena a los policías que llamen a una ambulancia—. Eres fuerte. Ya has superado recibir varias balas en tu cuerpo, ésta es sólo una más.

—Dann...— susurra él clavando su mirada en mí—. Elizabeth... ella... ella... y mi madre... ella...

Alza su mano señalándome a mí y para mi horror y el de Dann deja de hablar y su mano cae en un golpe seco contra el suelo.

—¡Mike!

El grito pronunciado desde los labios de Dann me taladra el cerebro y yo noto que el suelo se mueve bajo mis pies. No puede ser.

Un policía aparece por mi espalda y zarandeándome un poco me obliga a poner las manos en la espalda y me coloca unas esposas con rudeza. Gimo de puro dolor y no por el daño que me hace, sino por la muerte de Mike.

Dann al oír mi gemido se gira hacia mí y creo que quiero desear desmayarme al ver reflejada tanta ira en su mirada dirigida hacia mí.

—Elizabeth Stone, queda detenida por el asesinato de Fran Krantz en Carson City— comienza a decir él delante de todos, mientras se incorpora y camina hacia mi lado—, también por los asesinatos del oficial de policía Mike West y el de su madre.

Quiero hablar para tratar de excusarme y de decir algo, pero Dann no me lo permite. Ya no es el hombre enamorado que trataba de protegerme y de cuidarme. Ahora es el Teniente de la policía de los Estados Unidos, haciendo su trabajo.

—Tiene derecho a un abogado— continúa diciendo en mi oído, causando escalofríos de terror—. Cualquier cosa que diga puede y será usada en su contra en un tribunal de justicia. Tiene el derecho a hablar con un abogado y que esté presente durante el interrogatorio. Si no puede pagar un abogado, se le asignará uno de oficio...

Dejo de escuchar todos mis derechos y obligo a mis piernas a que comiencen a andar al mismo tiempo que Dann tira de mí hacia la salida del Teatro. El sonido de la sirena de la policía y de la ambulancia se hace más intenso y más cercano a medida que vamos subiendo al primer piso de nuevo y salimos a la calle.

No sé que hora de la noche será, pero el frío y la lluvia del temporal me azota en plena cara cuando salgo a la calle y termino sentada en un coche patrulla. Trato de cruzar una última mirada con Dann para intentar explicarle lo que ha sucedido allí dentro con su amigo y con su madre y cuando veo que se gira para echarme un último vistazo en mi dirección, comienzo a hablar.

—Dann, yo...

—Ahórrate tus mentiras— me dice apoyándose en la ventana del coche—. Cumplí mi promesa de encontrarte y ponerte las esposas y ahora te hago otra promesa. Me encargaré de que pases el resto de tu vida encerrada en una mugrienta prisión por todo el mal que has causado. Palabra de Garrett.

Una lágrima de dolor se escapa de mi rostro al ver tanto odio salir de sus labios y él ríe con cinismo, sin apenas inmutarse.

—Tal vez si no te hubiera visto con la pistola del crimen junto al cuerpo moribundo de mi mejor amigo esa lágrima de cocodrilo que acabas de soltar me hubiera ablandado, muñeca. Ahora no logras nada.

Me da un último vistazo con desprecio y se aleja de mi lado sin mirar hacia atrás.

—¡Danniel Garrett!— grito intentando hacer que regrese para tratar de razonar con él, pero no logro nada.

El coche patrulla comienza a andar, alejándome de las calles cercanas del Teatro y del horror vivido en esa noche. Las lágrimas se mezclan con las gotas de lluvia que entran por la ventana y me llenan de miedo, inquietud y horror.

*Estoy detenida, pienso, y ha sido Dann el que me ha leído mis derechos y el que me ha acusado formalmente de asesina. Voy a terminar en la cárcel como una vulgar criminal.*

Recuerdo a Mike, y a las últimas palabras que trató de decirme y me acurruco en el interior del asiento del coche policial con un agujero enorme en mi pecho.

Mi mayor temor se ha hecho realidad al final. Tanta huida desde Carson City y sufrimiento no ha servido para nada. Y no puedo hacer nada para remediarlo.

# EPÍLOGO

**Charleston, Virginia Occidental.**  
**I—79N, poco después del mediodía.**  
**25 de febrero.**  
**Mike West.**

Observo la ranchera hacer esa maniobra tan arriesgada y tal ilegal ante mis ojos y elevo los ojos al cielo con disgusto por la impulsividad de Sam. Sé que está preocupado por Melanie y que quiere llegar a su lado rápidamente, pero tampoco es plan de que arriesgue la seguridad del resto de los conductores.

*Hablaré con él después,* pienso mientras marco el teléfono de mi padre en Nottville. Sé que está a casi noventa millas de distancia la casa del lugar dónde estoy parado, pero intuyo que a mi padre no le importará venir a buscarme hasta allí.

Él es así y eso me encanta de él.

—Dime Mike – me dice como saludo cuando contesta el teléfono.

—He tenido una pequeña emergencia, ¿podrías venir a buscarme?

Mi padre no duda. Me pide la dirección exacta de mi ubicación y al decirle que se le envíe por la app del móvil me dice que me espere, que en enseguida sale hacia mí. Le agradezco y cuelgo con una sonrisa tonta en la cara.

Adoro a ese hombre.

Me quedo en un lugar aparcado observando a los coches pasar por la carretera y me cruzo de brazos pensando en Elizabeth Stone y en la razón de su última mentira. ¿Por qué nos habrá tenido que mentir? ¿Y por qué con respecto a Marcus Harold?

Recuerdo a Sam y la forma que tuvo de decirme que a mi esa chica me gustaba y me vuelvo a sonrojar sin poderlo evitar. Me doy golpes contra la cabeza, inquieto ante el reconocimiento de ese hecho. Nunca en toda mi vida he estado tan desacuerdo en una cosa como en esto.

¿Cómo he podido colgarme por la mujer de mi mejor amigo?

Inaudito.

Pienso en las pocas veces que he estado en compañía de Elizabeth y enfado conmigo mismo por el hecho de haberme tenido que fijar en ella de esa forma.

—Dann me matará y con razón cuando se entere.

La vez que le conté mi “escarceo” con Amanda, ya que no se le puede llamar de otra forma, me perdono enseguida. Cierto fue que él no la amaba, claro, pero nuestra amistad prevaleció ante ese error. Ojalá la situación se repitiese ahora cuando llegase el momento de que le confesase yo toda la verdad.

Rezo porque así sea.

\*\*\*

Una hora y media después de haber llamado a mi padre, veo su Masserati realizar la intersección y el doble cambio de sentido para llegar hasta donde yo estoy, y le agradezco al cielo no tener que seguir hablando solo conmigo mismo.

El monólogo de la señorita Stone, Dann y mi sentimiento de culpabilidad por reconocer que me siento atraído por ella ya está empezando a crearme un verdadero dolor de cabeza.

—Hola papá— murmuro feliz en cuanto le veo.

—¿Qué pasó, hijo?

Su tono de voz suena grave y quedo e intuyo que mi llamada le ha dejado algo preocupado. Le cuento enseguida lo sucedido con Melanie y con Jian Lin — con mi padre no tengo secretos—, y la llamada de la pobre muchacha al teléfono de Sam.

—Entiendo que Samuel partió hacia Los Ángeles cuando supo la ubicación de la muchacha.

—Yo hubiera hecho lo mismo— vuelvo a decir, poniéndome en el lugar de Sam—. Si la mujer que amo estuviera en peligro, creo que hasta sería capaz de volar con tal de llegar a su lado para salvarla.

Mi padre sonríe ante la fiereza con la que lo digo y yo me avergüenzo como un niño pequeño al sentirme observado por su fuerte intuición.

—Yo también daría hasta mi vida por mi mujer si tuviera que hacerlo— me dice girando el volante delicadamente hacia la derecha, para ir por el carril lento.

Comparo su paciencia y su forma de conducir a la mía de antes y me hago la promesa de tratar de conducir con calma la próxima vez que me ponga delante de un volante. Por mi bien y el de los demás.

—El caso es que yo no tengo mujer todavía— le digo tratando de aligerar un poco el ambiente.

—¿No?

—No— confirmo seriamente—. Papá, ya hemos hablado de esto. La señorita Stone es la mujer de Danny, mi mejor amigo.

—¿Y si es así, porque tienes la necesidad de repetírtelo una y otra vez?

—¿Qué?

—Parece a mi modo de ver que repites todo el rato esa misma frase porque tienes miedo que de no hacerlo, lo olvides y te lances a besar a esa mujer.

—¡Papá!

—Yo también tuve tu edad una vez— me dice casi con ternura—, y sé lo que es amar a alguien que no te corresponde.

Ahora sí que me deja mudo. Apoyo las manos en el salpicadero y miro a mi padre con los ojos como platos.

—Papá, yo pensé que...

—Estoy hablando de tu madre— sonrío él nostálgico—. En su día te dije que yo me enamoré de ella la primera vez que la vi y es cierto. Yo comencé a enamorarme de ella el día que la conocí, pero ella tardó un poco más.

—¿En serio?

—Sí, me hizo sudar la gota gorda. No quería aceptar a un hombre que consagraba la vida del ejército por miedo a perderme. Tuve que pelear bien duro por obtener su amor.

Suelto un silbido impresionado por esa historia. No he sabido nada al respecto hasta ahora.

—Por eso te digo una cosa. Sé que Danny es tu mejor y que le tienes lealtad, pero recuerda una cosa. En el corazón no se manda. Y en la pasión tampoco. No puedes retirarte de la partida sin al menos intentar jugar.

—Yo no voy a arrebatárselo a Danny a Elizabeth— le digo ofendido.

—Y no tienes que hacerlo, hijo. Sólo debes ser sincero y decir lo que sientes. Si la amistad que tienes con Danny es verdadera – que yo creo que sí lo es—, podréis superar este bache, ¿y quién sabe? Tal vez ambos descubráis que a fin de cuentas esa mujer no es buena para ninguno de vosotros y decidáis los dos alejaros de ella.

Parpadeo confuso pensando en esa posibilidad durante un segundo y mi mente descarta esa opción rápidamente. Tampoco es algo que me deba preocupar ahora, dado que a fin de cuentas yo no tengo ninguna oportunidad con ella.

—Sólo Dios sabe lo que va a pasar, papá. Prefiero no pensar en ello.

Y es la verdad.

Me dedico a mirar por la ventana el resto del viaje y mi padre lo entiende, porque no me dice nada. Se dedica a conducir con la vista al frente. Esa es una de las cualidades que me encantan de él. *Espero cuando sea viejito y yo tenga hijos y nietos poder actuar con su tranquilidad*, pienso con una sonrisa escondida en el rostro.

\*\*\*

**Nottville, Virginia Occidental.**  
**25 de Febrero 2016, por la noche.**

Camino por las calles de mi ciudad con paso tranquilo y pausado. No hago más que mirar mi teléfono móvil, ansioso por recibir noticias que no llegan. Quiero saber qué ha pasado con Sam y Melanie, y sobretodo me muero por tener algún tipo de información de Danny. Me preocupa que haya ido a visitar a Jaime y que

aún no sepa nada al respecto.

*Antes de que Elizabeth apareciese en su vida, te contaba todo lo que le sucedía al momento, pienso con tristeza, ahora ya parece que estoy relegado a un segundo plano en su vida.*

Me aseguro de que mi terminal tiene el sonido puesto y me guardo el móvil en el bolsillo de mi pantalón. Quiero continuar con el paseo y disfrutar del fresquito nocturno. Por mi bien y el de mi paz mental.

Giro hacia una esquina de la calle principal del pueblo y se me encoje un poco el corazón al recordar que en ese mismo lugar, meses atrás, me encontré con Elizabeth Stone por primera vez.

Estoy enfrente de la Estación de Policía de Nottville. Mi trabajo.

Me siento avergonzado por haber dejado paralizado mi oficio los últimos meses. Aún no sé ni cómo nuestro comandante nos ha dado tanto permiso junto para que Danny y yo hiciéramos los que nos diera la gana estas últimas semanas.

—Supongo que ha ayudado mucho a la causa el hecho de haber estado de baja médica por haber recibido un disparo en pleno estómago— dijo en voz alta, llevando la mano a la zona dónde aún puedo acariciar una cicatriz.

La imagen en mi memoria de una Elizabeth tímida y temerosa por mirarme a los ojos me acosa y hace que para sacármela de encima, entre en la Estación de Policía para ver si puedo hacer algo para ocupar la mente.

Subo las escaleras de entrada y tras saludar a mis compañeros me dirijo hacia mi mesa con media sonrisa puesta en el rostro.

—Buenas noches— voy a decir para saludarles a todos, cuando veo a un lado a un muy alterado Sean Jenkins hablando con el comandante.

Decir que me quedo sorprendido es poco. Nunca he visto tan enfadado al padre de Maddy, ni siquiera tras el intento de asesinato que sufrieron su mujer y su hija meses atrás.

—¡Quiero saber qué está pasando! ¡Y lo quiero saber ya!

Noto que las muchachas que están a cargo de la centralita parecen más atentas de escuchar esa discusión que de atender bien a las llamadas que reciben de auxilio y tras darles una mirada enfadada por su falta de profesionalidad, me decido a entrar en el despacho para ver qué pasa.

Ambos al ver que entro sin llamar a la puerta antes, me miran durante un segundo con la sorpresa reflejada en el rostro. Enseguida cambian la expresión a una de vergüenza. Imagino que no les agrada que me meta donde no me llaman.

—¿Pasa algo?— pregunto alzando una ceja.

—Para nada, West— me dice el comandante mientras se acomoda en su asiento de escritorio—, el señor Jenkins y yo estábamos hablando de la guardia que tiene apostada en el Hospital.

—Quiere retirar a sus hombres— le interrumpe Sean mirándome con enojo —, y a mí no me parece una buena decisión. Mi hija y mi mujer siguen en peligro.

Comienza a decir sus razones por las cuáles tenemos que seguir vigilando a

sus mujeres y algo en mi interior me dice no era precisamente eso de lo que estaban hablando cuando yo entre, pero lo paso por alto.

No presto atención hasta que escucho algo que me alarma.

—Un momento— murmuro alzando una mano—. Sean, repite eso último.

—Decía que Jim está siendo intervenido de un lavado de estómago por un intento de asesinato hacia mi hija. ¡Incluso casi me enveneno yo, o mi mujer o mi hija si hubiéramos probado esos bombones!

Joder.

Se eriza la piel de mis brazos al entender enseguida lo que trata de decir. Alguien ha tratado de envenenar a su familia mediante dulces. Resoplo disgustado y sin poderlo evitar pienso en Elizabeth y en la conversación que haya podido tener con Marcus. ¿Por qué me sentiré tan mal al imaginarme que ella puede tener algo que ver en esto?

—¿Se sabe quién ha sido?— pregunto con un hilo de voz.

—No— responde el comandante—, pero lo averiguaremos. Ya he puesto a mis hombres a averiguar la procedencia de esos bombones.

Afirmo, mirando de reojo a Sean. Le noto nervioso, tal vez demasiado.

—¿Estás bien?

—Sí, Mike.

Se acerca al comandante y le da la mano con fuerza. Acuerdan estar en contacto y se dirige a la puerta de salida con la frente bien alta. Yo trato de hacer lo mismo que él, cuando el comandante me detiene al llamarme.

—¿Estás ya bien de tu herida de bala?

—Sí, señor.

—Bien. Me gustaría saber si puedo contar contigo a partir de la semana que viene— susurra mirándome a los ojos—. Me gustaría encargarte de un caso de robo a una gran multinacional, en Texas.

Oh, vaya.

Me quedo durante unos segundos paralizado, observándole sin saber cómo reaccionar, ni que sentir. Está ofreciéndome la posibilidad de regresar de nuevo a mi trabajo y encargarme un caso fuera del asunto de Elizabeth Stone, y de los Garrett. ¿Por qué mi corazón se encoje por un lado de angustia al pensar que voy a estar lejos por un tiempo? ¿Y por qué al mismo tiempo salta de alegría por poder tomar distancia?

—¿Aún no estás recuperado de la dolencia que tuviste, West?

—Estoy físicamente bien— le digo seguro de mí—. Y por supuesto que estaría encantado de aceptar el cargo. Ya es hora de regresar a la rutina, ¿no?

Él me sonrío y señala hacia la puerta dándome a entender que cuando me vaya, le deje cerrado. Me despido con un agradecimiento por la oportunidad que me brindo y salgo de la Estación. Adiós a mi intención de quedarme trabajando un rato.

Ya tengo más cosas por las que angustiarme.

Pongo un pie fuera de mi puesto de trabajo y me sorprende no encontrarme

a Sean allí. Supongo que habrá salido pitando hacia el Hospital para hacer compañía a su yerno y a su hija. Rebusco en los bolsillos de mi pantalón y al no encontrar las llaves de mi coche maldigo en voz baja al entender que no tengo forma de ir al Hospital hasta que regrese a casa.

Rehago el camino que hice horas atrás con el pensamiento en Texas y en Elizabeth. Tal vez tomando distancia pueda empezar a ver las cosas con perspectiva, como antes. Por mi bien.

Siento un coche viajar a demasiada velocidad por las calles. Miro el reloj que hay en lo alto de la plaza del pueblo y no puedo evitar sorprenderme al ver lo tarde que es. Casi la una de la mañana. Oficialmente ya estamos a 26 de Febrero.

Gimo en voz alta con puro sentimiento de pesar al escuchar el frenazo que hace el coche instantes después. Y no por la forma tan brusca con la que el conductor ha realizado la maniobra, sino por ver quién se baja del vehículo.

¡Son Elizabeth y Danny!

Recuerdo que Jim está hospitalizado en urgencias y entiendo sin asomo de dudas que Danny ha regresado a nuestro pueblo en cuanto se ha enterado de la noticia. Seguramente irá a ver a su hermano en cuánto deje a Elizabeth en la casa.

—No no la hubiera traído aquí...— susurro viéndoles bajar y entrar en la casa Garrett—. Aquí casi todos la conocen.

Camino hacia el coche que han traído que imagino que es alquilado y al ver que no han cerrado el vehículo, entro en su interior y me quedo sentado en el asiento del copiloto. Agradezco el descansar las piernas, y cruzándome de brazos procedo a esperar a que mi amigo salga.

Creo que va a siendo hora de hablar las cosas con Danniell Garrett.

\*\*\*

**1,05 am, 26 de Febrero.**

Tal como supuse, cuando sale de su casa Dann lo hace solo. Tiene que dar un par de zancadas grandes y llega al coche en tiempo Record. Ni se inmuta cuando entra su interior y me ve allí.

—Hola, colega— le saludo con familiaridad.

—Tengo que ir al Hospital, tío— me dice arrancando el coche—. Podemos hablar más tarde si quieres.

—Yo también quiero ir a ver a Jim— murmuro pidiéndole que se ponga el cinturón—. Conduce, Danny.

Él asiente y sin decir nada saca el coche de la puerta de su casa, y las cosas como son, con algo más de calma y cuidado conduce por las calles de Nottville hasta el Hospital. Se me escapa una sonrisa de ternura – que no debería escapárseme, pero bueno—, al saber sin asomo de dudas que era Elizabeth la que

conducía antes de esa forma tan alocada.

Me recuesto en el asiento y pienso en la conversación que tuve con mi padre. Danniel Garrett, el hombre que está sentado a mi lado conduciendo es mi mejor amigo. Siempre nos hemos tratado como si fuésemos hermanos. Incluso tras el paso de Amanda en nuestras vidas. Nunca ha habido entre los dos una palabra más alta que la otra. Siempre nos hemos entendido a la perfección. Tanto que incluso hasta nuestras carreras han sido casi paralelas.

Desde que nos graduamos en la escuela, decidimos que queríamos defender la Ley y hacernos policía y eso es lo que hicimos. Luego cada uno fue evolucionando su carrera de forma personal. A veces teníamos que salir de Virginia Occidental por asuntos de trabajo por separado, pero siempre al regresar nos juntábamos y hablábamos.

Nunca nos faltó un tema de conversación, ni tuvimos que estar pensando en qué tema de conversación sacar para no tener que mantenernos en silencio. Ahora sin embargo eso parecía haber quedado atrás.

Muy atrás.

Ahora a mi lado, Dann conduce callado. Taciturno. Una parte de mí me dice que su estado de ánimo actual se debe a la preocupación por la salud de su hermano, y eso es normal, claro. ¿Quién no estaría asustado por saber si su hermano iba a recuperarse de un intento de envenenamiento? Pero otra parte, la más fastidiosa y repelente, me grita otra cosa a plena voz, y es algo que me hace sentir mal. Y culpable.

*Estás empezando a desconfiar de Elizabeth Stone, y por eso ahora piensas que todo lo que ella toca lo estropea y Danny entra ahí él primero. Pienso cabizbajo. Estás pensando que está manipulando y dañando a tu amigo para convertirle en otra persona distinto. No lo ocultes.*

Cabeceo tratando de sacar de mi cabeza esas ideas y me concentro en controlar la hora. 1,15 am. Alzo la vista y ya puedo ver el Hospital enfrente nuestro. Cuando Dann aparca a un lado, salgo casi corriendo junto a él y preguntamos a la recepcionista por Jim Garrett y su estado actual.

—¿Es familiar suyo?

—Nancy, soy Dann, sabes perfectamente que soy el hermano de Jim.

Le pongo la mano en el hombro a mi amigo para que no pague su frustración con la muchacha y él respira profundamente clamando por encontrar paciencia.

—Es el protocolo— dice ella buscando entre los papeles el expediente correspondiente—. Planta cuarta. Creo que ya le hicieron el lavado de estómago.

—¿Erick le trató?

—Sí, señor, él...

Dann no para a escuchar nada más, camina hacia el ascensor y pulsa el botón con impaciencia. Yo me disculpo con la recepcionista.

—Danny, tienes que mantener la calma.

—No soporto la burocracia.

El sonido del ascensor nos indica que ya podemos montarnos en él. Asombrosamente nos encontramos con Erick allí en el piso segundo. Como era de esperar, Dann se lanza a preguntarle cosas de su hermano como si fuese una ametralladora. Erick nos informa que ahora mismo se encuentra libre de peligro, pero eso sí, inconsciente y sedado.

—Podréis pasar a verlo en un rato— murmura el doctor—. Ahora necesita descanso. Después me pasaré a ver a Maddy para ver cómo evoluciona tras su operación de rodilla.

Dann y yo nos quedamos pálidos al oír que habían operado a Maddy. ¡No sabíamos nada! De nuevo el pensamiento de que Elizabeth trata de alejarnos de nuestra familia y de nuestra vida regresa a mí y en esta ocasión de forma arrolladora.

—¿Dónde está?— quiere saber Dann.

Erick se lo dice señalando un par de pisos más arriba y mi amigo no se lo piensa dos veces. Sale corriendo hacia allí, no sin antes decirme un caústico “te veo luego, tío”. Yo lanzo un suspiro pensando en Maddy y en su familia. ¡Qué mal ha ido todo desde el asesinato de Francisco Krantz!

Le doy las gracias al doctor yo también y le pido que por favor si se sabe algo nuevo de los análisis que se están haciendo de los bombones me avise cuanto antes. Voy a poner rumbo a la habitación donde Jim está descansando, cuando mi móvil comienza a vibrar en mi bolsillo. Me quedo sorprendido al ver el nombre de Samuel Gómez en la pantalla.

—¡Colega!— exclamo tratano de modular mi voz al recordar dónde estoy—. ¿Cómo estás?

—Bien— escucho que dice. Puedo oír que sigue conduciendo por la mezcla de pitidos de claxon, chirridos de ruedas que se oyen por su parte—. Sólo te llamo para avisarte que tu ranchera está bien. Se quedo en el aeropuerto.

—¡La ranchera me importa un comino!— le digo algo exaltado—. Me importa más saber cómo estás tú. Y sobre todo, quiero saber si has encontrado a Melanie.

Escucho un par de suspiros y de golpes de aire contra el teléfono y supongo que está haciendo algún tipo de adelantamiento.

—Aún no he encontrado a Mel, pero sí sé que Jian Lin ha salido rumbo al Estado de Maryland. Cogió su jet privado y voló hará unas horas hacia allí.

Maryland.

Viene a mi memoria el ordenador de Elizabeth y el Teatro donde supuestamente se está escondiendo Marcus Harold y me mosqueo.

—¿Qué vas a hacer?

—No te preocupes por mí. Tengo un plan. Voy a llegar a la sede del magnate, me esconderé en un buen lugar con esta nueva ranchera que alquilé en el aeropuerto y esperaré paciente hasta que llegue mi momento.

—Pero Sam, tú...

—Sí Jian Lin se ha ido, quiere decir que tarde o temprano trasladará a

Melanie de lugar. No va a correr riesgos si intuye que yo ya sé dónde está secuestrada. Sólo tengo que esperar el momento adecuado y salvarla.

Quiero decirle que su plan es demasiado arriesgado para que lo lleve a cabo él solo, pero la comunicación comienza a entrecortarse y me impide seguir hablando con libertad. Me acerco a una de las salidas de emergencia de esa planta del Hospital y salgo afuera en busca de mayor cobertura.

—Sam, yo...

—Colega, sólo te llamé para que te dejarás de preocupar— me dice seriamente—, y también para sacarte la promesa que me esperaras para actuar contra Elizabeth Stone.

—No voy a...

—Yo también recuerdo que me dijiste que el lugar donde estaba Marcus no era Ohio, sino Oakland, en Maryland. Es mucha casualidad que Jian Linn haya viajado a ese lugar también. Algo gordo van a tramar. Y yo quiero estar ahí, junto a ti, y junto a Danny para coger a todos los implicados por los huevos. Quiero que me esperes, Mike, hasta que no tenga a Melanie a salvo no puedo salir hacia allí.

Lanzo un suspiro de impaciencia. Su discurso medio se ha ido entrecortando por el ruido del tráfico, pero lo esencial lo he escuchado. Y demasiado bien para mí gusto.

El insiste, como buen escorpio de signo que es.

—Colega, no hagas nada precipitado.

—Te lo prometo— le digo y no sé porqué, pero cruzo los dedos de las manos con pesar. Tengo la corazonada de saber que si hay alguien que tiene que descubrir el doble juego de Elizabeth Stone tengo que ser yo.

—Bien, ahora te cuelgo, cuando tenga a Mel a salvo volveré a contactar. ¡Adiós West, nos vemos cuando regrese, no hagas nada estúpido amigo!

Suspiro colgando la llamada y guardando el móvil en el bolsillo de nuevo. Miro la hora. No son más de las 2 am. ¡Qué largo se está haciendo ese día!

\*\*\*

**4,30 am, 26 de Febrero.**

Espero apoyado en una de las paredes de la habitación dónde está descansando Jim Garrett. Llevo allí un buen rato esperando la llegada de Danny. Estoy algo cabreado y dolido a partes iguales con él y por buenas razones. Desde que llegamos juntos al Hospital no sé cómo lo ha hecho, pero ha logrado evitar hablar conmigo en todas las ocasiones. Como si yo no fuese su mejor amigo.

Por eso estoy cruzado de brazos junto al lugar dónde sigue inconsciente su hermano, tratando de esperar su llegada para pillarle por banda. Necesito tener una conversación civilizada con él, y cuánto antes mejor.

—Mike, voy un momento a por un café de la máquina de abajo— me dice la señora Jenkins acariciando mi rostro con dulzura—. Se te cansado, tal vez deberías ir a casa a descansar, hijo.

Niego agradeciendo su gesto con una sonrisa. Adoro a esa mujer, la verdad. Me recuerda a mi madre, queriendo protegerme todo el rato.

—Estoy bien, Bri.

Beso su mejilla y siento que se me eriza el pelo de los brazos al ver por fin a Danny, caminando hacia dónde estoy yo. Parece que frena un poco su paso al verme a mí allí, pero no se detiene. Gracias al cielo. No me apetecía tener que perseguirle dando gritos por los pasillos en un lugar así.

—West...— murmura él haciendo un amago de poner la mano en el pomo de la puerta para ir a entrar en la habitación—. Voy a ir a ver a mi hermano, luego podemos...

—No. Luego es ahora.

Tomo su brazo con fuerza y ante su asombro y el de Bri que aún estaba allí, le llevo con celeridad hacia la salida de emergencias. No detengo mi paso ni el suyo hasta que estamos junto a un gran ventanal.

—¿Mike, qué...?

Escondo una sonrisa cansada al ver qué ahora vuelve a llamarme por mi nombre y no por el apellido. Arrugo un poco la nariz al oler restos de nicotina en la estancia y endiendo que ese lugar los auxiliares y los doctores lo usan para fumar cuando nadie les ve.

—Quiero saber qué demonios pasa contigo. Llevas evadiéndome toda la noche y quiero saber por qué.

Las rendijas de sus ojos se convierten en pequeñas y yo maldigo en voz baja al entender la desconfianza que se graba en sus ojos a qué se debe.

—Es por Elizabeth— murmuro entristecido—. Ya veo.

Él no dice nada. Sólo se coloca en una postura defensiva, mirándome fijamente a los ojos.

—Es evidente que te gusta y mucho— empieza a decir con voz seria—. Y mira, puedo entenderlo. Desde el asunto de Amanda sé que no has tenido contacto con ninguna otra mujer, y estar tan cerca de Elizabeth te ha hecho reaccionar como hombre, y lo entiendo. Aún así, comprende si me siento algo... raro, sabiendo que te gusta. Yo la amo, tío, y mucho.

Suena tan civilizado todo que yo alzo una ceja sorprendido ante tanta tontería que dice. ¿Me gusta Elizabeth porque no he estado cerca de otra mujer? Escondo una sonrisa traviesa para que no vea la verdad en mi rostro. Él no lo sabe, pero sí que he estado con otras mujeres en los últimos años, pero de forma discreta. La cercanía no ha sido el problema.

—No voy a negarte— comienzo yo a hablar—, que me siento atraído por Elizabeth. No lo he buscado. Ni siquiera puedo explicarte porqué me gusta ya que sólo he estado cerca de ella en dos o tres ocasiones creo. El caso es que ha pasado y no voy a negártelo. Me gusta, Danny.

Él aprieta los puños, y sé que está celoso.

—Aún así, tú eres mi amigo, y tu amistad me importa más— le aseguro y que me parta un rayo, digo la verdad. Clara y sencilla—. Y no sólo te elijo a ti por encima de todo por todo lo que hemos pasado juntos, y tampoco lo hago ahora que sé que Elizabeth está ocultado algo, otra vez. No. Quiero que sepas que no voy a meterme en tu relación con ella porque creo que la amistad que hemos alimentado, cosechado y establecido durante casi más de treinta años vale mucho más. Caí en la mierda al acostarme con Amanda, y aprendí la lección. No voy a repetir esa historia, tío.

Mis palabra suenan apasionadas y aún así no me avergüenzo de lo que digo. Otro podría pensar que estoy actuando como un maricón sensiblero o algo así, y eso está muy alejado de la realidad. Para bien para mí, yo soy así.

—Pero sí la besaste esa noche en el Motel— me acusa—. Y yo te pregunté si pasó algo y tú me dijiste que no. *Me mentiste.*

—Sí, lo hice— reconozco—, y lo siento, Danniell. Más de lo que crees.

Quiero añadir que ese día Elizabeth no me devolvió el beso y que ella se arrepintió enseguida del suceso, pero entiendo que no merece la pena insistir en eso. La expresión en el rostro de mi amigo así me lo dice.

—No volverá a suceder— le digo y es lo que pienso. Ya no sólo porque esté empezando a ver cosas sospechosas en Elizabeth, sino por mí.

—¿Por qué?— me pregunta—. ¿Por qué ahora vuelves a desconfiar de Elizabeth?

—¿Qué?

—He visto cómo la mirabas la última vez que estuviste con ella, y cómo frunces el ceño cada vez que la nombras ahora. *Y yo te conozco*, Mike. Eres mi mejor amigo.

—Danny, yo...

Él no me deja decir nada. Se acerca a mí hasta que casi nuestras narices se chocan y en voz muy baja, me pregunta.

—Si ahora mismo no sospechas que ella nos oculta algo turbio, ¿tú seguirías pensando en permanecer alejado de su lado por nuestra amistad?

Su pregunta me pilla por sorpresa y para mi desgracia y en contra de mi voluntad, creo que mi rostro habla por mí.

—Lo imaginaba— dice en un susurro—. Hazme un favor, Mike, aléjate de Elizabeth y de mí por un tiempo. *Por nuestra amistad.*

Deseo detenerle cuando quiere marcharse de allí, pero al ir a cogerle por la mano me evita como si mi contacto le hiciese mal y me quedo inmóvil, viéndole marchar.

Maldigo a mi corazón por haberme delatado justo en el peor momento posible.

\*\*\*

## 11,10, en la habitación de Hospital de Maddy y Jim.

Siento fluir por mis venas una ira no conocida antes en mi vida. Trato de calmarme al mismo tiempo que freno la rabia de Jim a mi lado. No puedo creer las palabras que salen de los labios de Bri. Si no fuera porque la conozco a ella, y porque estoy empezando a ver el lado oscuro de Elizabeth Stone, no hubiese aceptado ese hecho como verdadero.

*A parte de asesina, mentirosa, y fugitiva resulta que también es estafadora, pienso con desánimo. Estoy empezando a pensar que ni Danny ni yo merecíamos fijarnos en una mujer como ella.*

Cuando veo qué Sean está consolando a su mujer y que Jim está más o menos tranquilo, me separo de él y voy hacia Maddy. Está embarazada y alterada, no puede estar en ese estado y menos ahora que está recién operada.

—Maddy, tienes que respirar y tranquilizarte— le digo pulsando el botón de llamada a una enfermera—. Tus constantes vitales están alteradas.

—Mike...

—Yo me voy a encargar de este asunto— le digo dándole un beso dulce en la frente—. A fin de cuentas Danny es mi mejor amigo. Para mí es cómo el hermano que nunca tuve. Si tiene que enterarse de la verdad sobre Elizabeth Stone, tengo que ser yo quién se lo diga.

Otra vez.

Trato de calmar ahora a mi propia respiración. Intuyo lo mucho que le va a doler a Danny enterarse de nuevo de esta noticia.

—Sé que cuando le cuentes todo esto a mi cuñado, él saldrá corriendo en busca de... esa mujer— me dice Maddy con desprecio velado—. No medirá las consecuencias. Por favor, Mike. No dejes que te dispare otra vez si te encuentras con ella— me pido agarrando mis manos con fuerza—. Cuídate mucho y cuida a Danny. Quiero que regreséis sanos y salvos los dos.

—Te lo prometo, Maddy.

Me inclino ante ella y como siempre hago, le planto un dulce beso en la mano derecha. Me despido de Jim y de su suegro con amabilidad. Y a Brianna le doy un enorme abrazo de consuelo. Se me encoge el corazón al notar sus sollozos en mi pecho. Me hago la firme promesa de arreglar todo de la forma más sencilla posible.

Por todos.

\*\*\*

## 12,10, 26 de Febrero. Casa de Danny.

Tras mucho esperar un vehículo para llegar hasta el pueblo – y eso que está cercano el Hospital de la zona rural—, llego a la casa del Garrett más pequeño. No me lo pienso dos veces y en cuanto llego a la puerta principal, entro en el interior de la casa al ver que está todo abierto.

Miro en el salón y no me sorprende encontrar a un cabizbajo Danny junto a su chimenea, mirando hacia uno de los cuadros. Su mirada es meditabunda y triste. Ni se inmuta cuando oye mis pasos acercándome a él.

—Se ha ido— susurra en voz baja—. Se ha llevado sus cosas, y se ha marchado sin dejar ni una sola nota.

—No le ha hecho falta— digo yo quedándome quieto a mitad de camino—. Danny, lo siento, tío.

—¿Por?

—Te fuiste del Hospital antes de que te cruzases con Bri y con Sean.

Le resumo rápidamente lo que la madre de Maddy nos ha contado y contemplo con el corazón encogido cómo su rostro se transforma de triste a salvajemente cabreado.

—¿Qué?

Trato de decirle de nuevo lo que sucede y deseo no haberlo hecho, cuando instantes después sin yo esperármelo, Danny se abalanza hacia mí y me golpea con fuerza en la cara. Joder, si que tiene buen gancho.

Escupo en el suelo un resto de sangre que noto sobre el labio inferior y le miro a los ojos desde la distancia.

—¡Mientes! Eli no ha hecho eso. Ella me quiere. ¡Lo dices por separarme de su lado!

—Puedes llamar a Maddy o a tu hermano— murmuro llevándome la mano al labio—. Te dirán lo mismo que yo. Elizabeth se ha ido, con los ahorros que ha podido sacarle a Brianna.

—¡No!

—Tío, si yo quisiera meterme entre tú y ella nunca recurriría a una mentira tan horrible— le digo y mi voz sale teñida de dolor ante su desconfianza—. Pelearía por ella de frente. A la cara. Y tú lo sabes.

Él respira hondo y yo me pongo en modo defensivo al ver que abre y cierra la mano con fuerza una vez más. El dolorcillo que noto en mi rostro me pone en alerta.

—Puedes golpearme las veces que quieras, pero con eso no vas a solucionar nada.

—Lo siento— dice a continuación de forma casi inaudible—. Joder, Mike, lo siento.

Camina hacia la puerta de salida y cierra de golpe. Yo no me quedo quieto y voy detrás suyo. Le doy alcance cuando va a montarse en uno de sus coches. El de su padre, sino recuerdo mal.

—¿Dónde vas?

—Voy a la Estación de Policía— murmura arrancando el motor—. Quiero

lanzar una orden de búsqueda y captura para localizarla. No se va a marchar de este Estado así como así.

Pienso en Marcus y en Jian Lin, y sé dónde puede estar Elizabeth ahora. Quiero decírselo a Dann cuando mi móvil comienza a vibrar en mi bolsillo. Creo que puede ser Sam y contesto enseguida. Estoy sumamente nervioso por saber qué ha pasado con Melanie.

—¿Sí?

—Hijo, necesito que vengas a casa.

—¿Papá?

Me asusta oírle tan tenso y con la voz tan débil. Danniel nota en mi voz la preocupación y apaga el motor para dejarme escuchar tranquilamente lo que quiera decirme mi padre.

—Esa mujer se ha llevado a tu madre, Mike.

—¿Qué?— mi corazón se paraliza al oír esa frase—. Papá, ¿quién se ha llevado a mi madre?

—Elizabeth Stone.

Mi expresión de sorpresa y de incredulidad se oye en toda la manzana. Tanto que Dann sale del coche al ver mi rostro palidecer. Dejo que él coja la llamada y termine de hablar con mi padre. Estoy como paralizado, sin saber cómo reaccionar. *Mi madre, Elizabeth se la ha llevado. ¿Por qué?*

—¿Mike?— me zarandea mi amigo minutos después—. He llamado a una ambulancia. Tu padre está herido. Tenemos que ir a la Estación de Policía. Vamos.

Toma mi brazo y me empuja al interior del vehículo. Yo aún estoy alucinando, y mucho. Me dejo sentar en el coche y tras ponerme el cinturón de seguridad me quedo mirándole seriamente.

—¿Cómo lo haces?

—¿El qué...?

—Reaccionar... así. Tan sereno.

Mi forma de descripción su estado de ánimo le hace reír. Pone primera en el coche y sale del estacionamiento deprisa. Niega en seguida, apretando con fuerza el volante.

—Simplemente quiero ser yo quién le ponga las manos encima a esa... criminal— murmura enfadado—. Y para ello, hay que pensar con claridad. Nada más.

Yo asiento, entendiendo perfectamente porqué él es Teniente y yo todavía sigo siendo solo agente de policía.

\*\*\*

**19,30h, 26 de Febrero.  
Estación de Policía.**

Observo a lo lejos, cómo Danniell Garrett junto al comandante hablan con la prensa repartiendo folletos de la imagen actualizada de Elizabeth Stone. Mi cabeza sigue funcionando a velocidad reducida y sé que debo empezar a actuar con normalidad y no puedo. Lo que ha hecho Elizabeth me supera y mucho.

Pienso en Dann y recuerdo una de las frases que mi madre me dijo de pequeño. *“Cariño, tú cuando te enamores te darás cuenta que las cosas nunca son fáciles. Habrá problemas, y baches que tendrás que ir sorteando en el camino. Pero quiero que recuerdes una cosa. Tú sabrás que ella es la indicada cuando tu corazón siga latiendo de amor por esa mujer, aunque haya cometido errores. Si buscas alguna pequeña excusa para justificar su error o su mala acción, eso quiere decir que la amas y que serás capaz de hacerla reaccionar. Sólo entonces entrégale tu propio corazón”*

Me estremezco sin poderlo evitar cuando siento que lo que está haciendo Danny está mal. Recuerdo a mi madre diciéndome esa frase todas las noches antes de ir a dormir, y sé sin temor a equivocarme, que estoy demasiado colgado por una mujer que se supone que ha secuestrado a mi madre. Joder.

Escucho al comandante decir lo peligrosa que es esa mujer y lo grave que es la situación si no se actúa pronto y al recordar que mi padre ya se encuentra bien en el Hospital, me decido a reaccionar al fin.

Haya sido Elizabeth la culpable del secuestro de mi madre o no, tengo que actuar y el primer lugar a dónde hay que ir, es hacia dónde sabemos que se encuentran tanto Marcus como Jian Lin. Ellos han sido sus cómplices por mucho tiempo. Si alguien sabe su paradero, tienen que ser ellos.

Entro dentro de la Estación y voy hacia centralita para solicitar que rastreen el jet privado de Jian Lin. Quiero confirmar que siga estando en Maryland antes de salir hacia allí.

—¿Agente West?

—¿Sí?

—Es una llamada de una camarera de Oakland.

Creo que giro el cuello demasiado rápido, porque lo oigo como chasquear. ¡Auch!

—¿Oakland?— repito pensando en la noticia que leí en el ordenador de Elizabeth sobre el Teatro dónde Marcus se escondía.

—Sí, señor. Dice que cree haber visto a la señorita Elizabeth Stone en el restaurante dónde ella trabaja. Cree que...

No paro a escuchar nada más. Le doy las gracias y salgo rápidamente en busca de Dann. ¡Evidentemente mis temores son ciertos! Eli se ha ido a encontrarse con el mago y con el magnate extranjero.

Es hora de que nosotros también viajemos hacia allí, con o sin Sam.

\*\*\*

**23,56h. 26 de Febrero.  
Oakland, Maryland.**

## Teatro Municipal.

Tamborileo con los dedos en el salpicadero mientras miro el Teatro con el ceño fruncido. Danny a mi lado está impaciente. No sabe si mirar hacia el establecimiento o bien mirarme a mí. Sé que está inquieto por saber qué estamos haciendo allí y no sé qué decirle. ¿Cómo le sentará si le digo que desde que salimos de Nebraska yo casi sabía que Marcus estaba allí?

No muy bien.

Le he traído aquí con medias verdades y medio engaños.

La imagen sonriente de Elizabeth viene a mí cuando me confesó todo lo que hizo *hipnotizada*, y ya no sé que pensar ni que sentir. Aún una parte de mí siente esperanza de pensar que Elizabeth está jugando a un juego de mentiras y certezas raro para ayudarnos a atrapar a Marcus y compañía, pero no puedo entender qué diablos pinta mi madre en todo ese asunto.

¿Por qué Eli se la ha llevado?

Mi padre dice no la vio venir, pero sí dejó una nota con lo que quería a cambio de devolvernos a mi madre sana y salga. Y era su letra y su firma.

—¿Qué hacemos aquí, Mike?— me pregunta al final Dann.

Me observo el labio a través del espejo del retrovisor y suelto un suspiro de desdicha.

—Buscamos a mi madre, tío.

—¿Crees que Elizabeth la ha traído aquí?

Me encojo de hombros, agarrándome con fuerza al salpicadero al ver aparecer una figura en la oscuridad. No puedo reconocer muy claramente la forma de andar de la muchacha, pero sí sé que es ella. A mi lado, la respiración alterada de Dann me demuestra que estoy pensando correctamente.

—Elizabeth...— dice él con voz queda.

Alzo una mano y le pido que mantenga la calma.

Juntos observamos cómo minutos después ella rompe el cristal y entra dentro como una ladrona. Está sola. Adiós a la teoría de que ha secuestrado a mi madre. Si lo hubiera hecho, la hubiera llevado consigo, o al menos tendría llaves del lugar para entrar, ¿no?

—Hay que entrar— dice Dann buscando su pistola para entrar enseguida.

Le miro fijamente a los ojos y sé que en ese momento ha perdido toda la confianza que pudiera haber tenido en Elizabeth. Sé que si le dejo pasar, empezará por recriminarle cosas a Eli y perderemos un tiempo precioso.

—Colega— murmuro pensando en el bienestar de mi madre, y para qué negarlo, también en el de Elizabeth—. Creo que debo ir primero yo solo.

—¡Y una mierda!— me espeta él mirándome con ira.

No me amedrenta su agresividad. Me mantengo firme.

—Elizabeth y tú sois pura dinamita— le digo con una sonrisa oculta, y para mi pesar sé que digo la verdad—. Y si te ve entrar a ti, se cerrará en banda. Si me

dejas ir a mi primero, yo puedo calmarla.

—Mike, no creo que...

—Hacia mi no siente la misma pasión que hacia ti— le digo triste—, y no hablo por celos o por envidia. Es la verdad. A mí me ve como un amigo. Quizá si puedo hablar con ella a solas, y me cuenta porqué demonios ha cambiado su actitud tanto en menos de veinticuatro horas, podamos averiguar qué está pasando. Por el bienestar de mi madre, y del nuestro.

Veo cómo mi amigo eleva la vista al cielo con algo parecido a la desesperación y sé que mis palabras le llegan hondo. Pongo una mano en su hombro y le miro a los ojos, como siempre hacíamos cuando éramos pequeños para captar la atención del otro en alguna de nuestras travesuras.

—Danny, cuando salgamos de aquí y arreglemos lo sucedido, me vendría bien saber si podrías escaparte un par de días a Texas conmigo.

—¿Texas?

—Sí. Nuestro comandante me ha destinado allí para realizar una investigación sobre un robo a gran escala que ha sucedido. Tal vez si pasamos una temporada los dos lejos de Nottville para refrescar nuestras ideas, veamos todo de forma diferente.

Mi nuevo destino le sorprende, porque se queda mirándome serio unos instantes sin pronunciar palabra alguna.

—¿Te ibas a ir antes de saber nada?— me pregunta sorprendido. Yo afirmo sin pronunciar palabra alguna—. Entonces lo que dijiste antes sobre nuestra amistad es cierto.

—Claro colega. Sabes que para mí eres como un hermano. Nunca dejaría que nadie se interpusiera entre nosotros.

Y es la verdad, ahora lo sé.

—Ve a por tu madre, West— me dice dejando su pistola dónde estaba—. Te doy de margen diez o quince minutos. Después entraré yo.

Le sonrío y chocando las manos le digo que piense un lugar para ir a tomar una cerveza cuando esa noche acabe al fin. Creo que ambos necesitamos un par de tragos para relajarnos de la tensión del día.

—Yo pagaré la cuenta.

\*\*\*

**00,15h. 27 de Febrero 2017**

**Interior del Teatro.**

Soy consciente de entrar en el Teatro para buscar a Elizabeth y a mi madre, y andar por los pasillos rumbo hacia la luz y hacia el sonido de voces que puede oírse por el anfiteatro. Como buen teatro que es, tiene la acústica muy potenciada. Se oye eco por todas partes.

Dejo de pensar en mis actos al empezar a andar y oír conversaciones a medias entre dos hombres y dos mujeres, un par de pisos más hacia abajo. El eco amplifica tanto las voces que ya no sé si el lugar de dónde proviene el sonido está más lejos o más cerca.

Sólo sé que dejo de respirar y comienzo a correr cuando escucho la voz de Elizabeth suplicar porque liberen a un rehén. Entiendo sin equivocación alguna que mi madre está allí. Y sobre todo, sé sin lugar a dudas que Elizabeth es inocente.

Suspiro aliviado al pensar que voy a poder demostrarle a Dann que la mujer que él ama es inocente – al menos del cargo de secuestro, el de robo del dinero de los Jenkins aún está por ver—, cuando un grito desgarrador proveniente de mi madre me altera la respiración y los nervios.

¡Escuchar gritar a Elizabeth y los sollozos de mi madre me pueden!

No recuerdo los momentos siguientes, hasta que no estoy enfrente al cuerpo sin vida de mi madre, y veo a Elizabeth ensangrentada de pies a cabeza. La vista se me va y la ira viene, y no hacia ella precisamente. Sino hacia los presentes.

Amy Kimberly y Marcus.

Éste último está esposado y con la mirada gacha. La poli de Carson City en cambio comienza a andar y hablar, queriendo hacerse mi amiga, diciendo todo el mal que ha hecho Elizabeth. Recuerdo cómo Jim nos dijo que fue ella quién le dio los bombones en la clínica veterinaria y sé sin lugar a dudas, que está metida hasta el cuello en ese asunto.

Por tanto, aunque mi cuerpo me pide a gritos caer al suelo para llorar y sollozar por mi madre, que permanece sin vida a mis pies, me obligo a actuar con la cabeza fría, y actúo. Estamos en un Teatro, ¿no?

Pues apunto con la pistola a Elizabeth y fingo que la odio y que creo que ella es la culpable de todo. Sus ojos marrones me miran con tristeza y profundo dolor porque de mis labios sólo salen improperios y maldiciones dirigidas a ella, pero no hago caso. Amy y Marcus tienen que seguir creyendo que he creído sus mentiras.

Por Eli.

No me detengo en mi odio disimulado y fingido, hasta que Amy y Marcus se pierden de vista. En cuanto lo hacen y oigo sus pasos alejándose por el maldito pasillo que recorrí antes, atraigo a Elizabeth a mis brazos e inhalo su olor como si fuera un hombre desesperado por calor humano.

Siento fuertes deseos de llorar como un niño pequeño por no haber llegado a tiempo para salvar a mi madre y me obligo a permanecer entero. Un poco más. Sé que Danny entrará dentro de poco al Teatro. Y si le conozco tan bien como sé que lo hago, vendrá con refuerzos. Ya habrá detenido a los malditos asesinos de mi madre.

Me alejo un poco de Elizabeth al ver qué pronuncia mi nombre y en unos pocos minutos le digo que sé que es inocente y que he estado fingiendo delante de Amy y de Marcus. Ella parece sorprendida ante la forma que tengo de actuar y

yo me quedo prendado del alivio que se muestra en su mirada.

Comienza a hablar y yo le contesto a sus dudas con rapidez, pero no presto atención a lo que estoy diciendo. No hago más que pensar en mi padre, y en que se le partirá el corazón cuando sepa que no he podido rescatar a mamá. Joder, mi madre se ha ido.

Por mi cabeza comienzan a pasar todos los maravillosos momentos que he pasado en compañía de mi madre, y maldigo al destino por no haber llegado a tiempo. Maldita sea. Hubiera preferido dar mi vida por ella mil veces.

*Mamá, lo siento tanto. Nunca podré perdonarme el hecho de no haber llegado a tiempo.*

—Gracias por haber tratado de proteger a mi madre incluso arriesgando tu libertad —le digo a Eli, una vez sigo abrazado a ella como un niño pequeño en busca de consuelo.

—¿Cómo...?

—No llegué a tiempo para salvarla — digo triste—, pero sí pude oír cómo la defendías. Gracias.

Eli se acurruca más en mis brazos y yo no olvido la ternura que ella tuvo al cerrar los ojos de mi madre para que descansase en paz.

—Puedes llorar por ella si lo necesitas, Mike.

Me alejo de su lado un segundo y con delicadeza tomo su mentón y hago que su preciosa mirada se clave en mí. Ella aguanta la respiración al ver mis ojos aguados de dolor y de pesar por la pérdida de mi madre.

—No iba a llorar delante de ellos— le digo mientras la primera lágrima cae por mi rostro.

—No, ellos no merecían ver tu dolor— me responde a continuación.

Cierro los ojos al sentir su tacto por rostro. Sé que está tratando de consolarme y de hacerme sentir bien, ¡y qué bien se le da consolar! Mi cuerpo tiembla ante su roce y ya no soy capaz de discernir cuánto es por ella y su cercanía y cuánto es por la pérdida tan brutal que acabo de experimentar.

—Elizabeth, sé que le debo a Danny lealtad porque es mi amigo. Y créeme que le quiero un montón. Es como un hermano para mí, pero debo decirte una cosa que me está quemando por dentro a fuego lento.

—Mike, ¿qué...?

Tomo aire y me decido a ser sincero con ella hasta las últimas consecuencias. Sé que le he prometido a Dann que mi amistad hacia él me importa más que lo pueda llegar a sentir por la mujer que tengo en brazos ahora. Y eso no va cambiar. Claro que no, pero la muerte de mi madre me hace aprender una lección a las malas. Ella ya no podrá volver a oír de mis labios lo mucho que la quería, pero Elizabeth sí.

Aún tengo una oportunidad de decirle lo que siento.

—Elizabeth, yo te...

No puedo decirle lo que mi corazón guarda como si fuera un tesoro. Se escucha una fuerte detonación en sala. Mi respiración se corta de puro golpe y me quedo inmóvil, esperando sentir el profundo dolor que uno nota cuando

recibe un impacto de bala. Por que sí, esa detonación ha sido precisamente eso, un disparo.

Contemplo a Elizabeth y sé que siento alivio de ver que ella está bien, segundos antes de desplomarme en el suelo, junto al cuerpo de mi madre.

—¡No!— escucho cómo ella grita asustada.

Trato de decirle que voy a estar bien y que éste es simplemente un nuevo disparo más que recibo, pero al empezar a sentir cómo los músculos de mi cuerpo se congelan y me cuesta respirar, sé que no voy a salir de esta.

Y joder, la verdad es que no me asusta.

—Vete y busca a Dann— le pido cuando se arrodilla a mi lado.

—Mike, yo... yo...

—Ve— le digo alzando mi mano con esfuerzo para acariciar su cabello azulado. Después me dedico a acariciar la cicatriz que aún se puede apreciar en su rostro —. Dile que eres inocente. Te creerá. Yo lo hice y él te ama tanto como yo te quiero a ti.

Eli comienza a llorar a moco tendido al oírme y algo dentro de mí se rompe. Al fin me ha salido. Al fin le he dicho la verdad de lo que siento por ella. Me siento... bien. Es sumamente curioso.

—Lo siento tanto— solloza ella sin saber qué hacer por mí.

Quiero mentir nuevamente diciéndole que todo está bien, cuando escucho ruidos desde lo alto del anfiteatro y al ver a Eli levantándose y alejándose de mí, sé que Dann ha cumplido su palabra. Ya está allí.

—¡Mike!— me grita al verme tirado en el suelo—. ¿Qué ha pasado?

No puedo responder nada. Trato de hablar y me noto la boca seca. Me duele cada vez más al respirar. Sé que Dann trata de parar la hemorragia al mismo tiempo que pide a los policías que están allí que llamen a una ambulancia y me siento feliz de poder compartir con él mis últimos instantes de vida.

Giro un poco la vista hacia el cuerpo frío de mi madre y sé que tengo que hacer una última cosa antes de irme. Tengo que decirle quién la ha matado.

—Mike, colega, aguanta. Eres fuerte. Ya has superado recibir varias balas en tu cuerpo, ésta es sólo una más.

—Dann...— susurro mirando a la muchacha que solloza lejos de mi lado —. Elizabeth... ella... ella... y mi madre... ella...

Alzo una mano señalando hacia el lugar dónde ella está y cuando trato de decirle que es inocente de todo, pierdo conciencia de todo y de todos.

Mi último aliento se va, con el sentimiento y el corazón puesto en dirección de una muchacha llamada Elizabeth Stone, la psicópata de Carson City.

*Continuará...*